UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VÍCTOR HUGO

CON TINTA ROJA

PQ2285
.A95
S6

R. C.

1020026583



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PAGINAS REVOLUCIONARIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICTOR HUGO

CON TINTA ROJA

PÁGINAS REVOLUCIONARIAS.—DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA FRANCESA.—CRITICA LITERARIA.

BIBLIOTECA DE CULTURA
Concesionaria exclusiva para la venta
EDITORIAL B. BAUZA
Aribau, 175 a 179
BARCELONA

099352
30345

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

823
A.
PQ 2285
A85
C6

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CON TINTA ROJA

—o-o—

LA REVOLUCION DE JUNIO DE 1848

...En las trágicas jornadas de junio, de 1848, fué bruscamente invadida una de las plazas de París.

Aquella plaza, antigua, monumental, especie de fortaleza amurallada por un cuadrilátero de altas casas de ladrillo y piedra, defendióla un batallón mandado por un valiente oficial llamado Tombem. Los temibles sublevados de junio se apoderaron de la plaza con la rapidez irresistible de las multitudes combatientes.

Hablemos aquí breve, pero claramente, acerca del derecho de insurrección.

¿La insurrección de junio estaba justificada?

Se siente uno inclinado a responder sí y no.

Sí, si se atiende al objeto, que era la instauración de la República; no, si se atiende a que era el asesinato de la República.

La insurrección de junio mataba lo que quería salvar. ¡Fatal error!

Sorprende tal contrasentido, pero cesa el asombro si se considera que la intriga bonapartista y la intriga legitimista, se mezclaban a la sincera

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y formidable cólera del pueblo. La historia lo sabe hoy día, y la doble intriga la patentizan dos pruebas: la carta de Bonaparte a Rapatel, y la bandera blanca de la calle de San Claudio.

La insurrección de junio se equivocaba de ruta.

En la monarquía, la revolución es un paso hacia adelante; en la república es un paso hacia atrás.

La insurrección solo es un derecho cuando tiene en parte la verdadera rebelde, que es la monarquía. Un pueblo se defiende contra un hombre, y es justo que lo haga.

Un rey es una sobrecarga; todo de un lado, nada de otro; es, pues, necesario oponer un contrapeso a ese hombre excesivo; la insurrección no es otra cosa que un establecimiento de equilibrio.

La cólera es el derecho de las cosas justas; destruir la Bastilla es una acción violenta y santa.

La usurpación engendra la resistencia; la república, esto es, la soberanía del hombre sobre sí mismo y sobre él solo, como principio social absoluto, hace de toda monarquía una usurpación, aun legalmente proclamada, pues hay casos en que la ley contravine el derecho. Esas rebeliones de la ley deben ser reprimidas y solo pueden serlo por la indignación del pueblo.

Royer-Collard decía: «Si hacéis esa ley, juro desobedecerla».

La monarquía abre el derecho de insurrección.

La República lo cierra.

En la República toda insurrección es culpable.

Es la batalla de los ciegos.

Es el asesinato del pueblo por el pueblo.

En la monarquía, la revolución es legítima defensa; en la República, la insurrección es el suicidio.

La República tiene el deber de defenderse, aun contra el pueblo; pues el pueblo es la República de hoy, y la República es el pueblo de hoy, de ayer y de mañana.

Tales son los principios.

Así, pues, la insurrección de junio fué un error.

¡Ay!, lo que la hizo terrible, fué lo que tenía de venerable. En el fondo de aquel inmenso error palpitaba el sufrimiento del pueblo.

Fué la rebelión de los desesperados.

La República tenía un primer deber, reprimir aquella insurrección, y un segundo deber, amnistiarla. La Asamblea Nacional cumplió el primero, pero no el segundo. De esa falta habrá de responder ante la historia.

Hemos dicho estas cosas, como de paso, porque son verdaderas, y las verdades deben decirse, y porque las épocas turbulentas exigen ideas claras; ahora continuemos la comenzada narración.

Los sublevados penetraron en la plaza de que hemos hablado, por la casa número 6. Aquella casa tenía un patio, que por una puerta trasera comunicaba con un callejón. El portero, llamado Desmasiéres, abrió aquella puerta a los sublevados, que se precipitaron por ella en el patio, y luego en la plaza. Su jefe era un antiguo maestro de escuela destituído por M. Guizot.

Se llamaba Gobert, y ha muerto después, proscripto en Londres. Aquellos hombres penetraron en el patio, tempestuosos, amenazadores, andrajosos, algunos descalzos, armados de las armas que la casualidad da al furor: picas, hachas, martillos, sables viejos, malos fusiles, y con los ademanes poco tranquilizadores de la cólera y del combate, con la sombría mirada de los vencedores que se sienten vencidos. Al entrar en el patio gritó uno de ellos: «Esta es la casa de un Par de Francia». Aquel grito corrió por toda la plaza y llegó a los oídos de los habitantes, aterrados: «Van a saquear el número 6».

En efecto, uno de los inquilinos del número 6 era un antiguo Par de Francia, a la sazón, miembro de la Asamblea Constituyente. Ni él ni su familia estaban en la casa. Su habitación ocupaba todo el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

segundo piso, con entrada por la escalera principal, y una salida a una escalera de servicio.

El antiguo Par de Francia era en aquel momento uno de los sesenta representantes enviados por la Constituyente para reprimir la insurrección, dirigir las columnas de ataque y mantener la autoridad de la Asamblea sobre los generales.

Cuando ocurrían aquellos hechos, hacía frente a la insurrección en una de las calles vecinas, secundado por su colega y amigo, el gran escultor republicano David d'Angers.

—Subamos a su habitación—gritaron los sublevados.

Entonces el terror llegó a su colmo en toda la casa.

Subieron al segundo piso. Llenaban la escalera principal y el patio. Una vieja que guardaba el piso en ausencia de los dueños, les abrió, aterrada. Entraron en masa, con su jefe a la cabeza. El piso, desierto, ofrecía el grave aspecto de un lugar de trabajo.

Al franquear la puerta, Gobert, el jefe, quitóse la gorra y dijo:

—Todo el mundo descubierto.

Todos se descubrieron.

Una voz gritó:

—Necesitamos armas.

Otra añadió:

—Si las hay aquí, las tomaremos.

—Desde luego—dijo el jefe.

La antecámara era una gran pieza severa, alumbrada por una ventana alta y estrecha, y amueblada con arcones de madera colocados a lo largo de la pared, según la antigua moda española.

Penetraron.

—A formar—dijo el jefe.

Y se alinearon de tres en tres, entre confusos murmullos.

—¡Silencio!—ordenó el cabecilla.

Todos callaron.

Y el jefe añadió:

—Si hay armas, las tomaremos.

La vieja les seguía temblorosa.

Desde la antesala pasaron al comedor.

—He aquí justamente lo que buscamos—exclamó uno de ellos.

—¿Dónde?—dijo el jefe.

—Ahí están las armas.

En una de las paredes del comedor había, en efecto, una panoplia.

El que había hablado continuó:

—Ved un fusil.

Y designaba con el dedo un antiguo mosquete de rueda, de una forma extraña.

—Es un objeto de arte—dijo el jefe.

Otro sublevado, de cabellos grises, dijo elevando la voz:

—En 1830 nos apoderamos de fusiles como ese en el Museo de Artillería.

El jefe repuso:

—El Museo de Artillería pertenecía al pueblo.

Y dejaron el fusil.

Junto al mosquete pendía un largo yatagan cuya hoja era de acero de Damasco y cuyo puño y vaina, toscamente trabajados, eran de plata maciza.

—¡Ah!—exclamó un sublevado,—esta sí que es buena arma. Es un sable y me quedo con él.

—De plata—gritó la turba.

Aquella palabra bastó. Nadie tocó el sable.

Entre la multitud había muchos traperos del arrabal de San Antonio, pobres hombres muy indigentes.

El salón estaba junto al comedor. Entraron en él.

Cubría la mesa un tapete en cuyos extremos se veían las iniciales del amo de la casa.

—Nos combate—dijo un sublevado.

—Cumple con su deber—dijo el jefe.

—Y entonces, ¿qué es lo que hacemos nosotros?

El jefe respondió:

—Nuestro deber también.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y añadió:

—Nosotros defendemos a nuestras familias; él defiende la patria.

Aún viven testigos que oyeron estas tranquilas y hermosas palabras.

La invasión continuó, si puede llamarse invasión al lento desfile de una multitud silenciosa. Todas las habitaciones fueron recorridas. No se tocó a un solo mueble si se exceptúa una cuna. La dueña de la casa había tenido la superstición materna de conservar junto a su lecho la cama de su último hijo. Uno de los más feroces de aquellos desarrapados, se aproximó a la cuna y la meció dulcemente; por algunos momentos se hubiera creído que mecía a un niño dormido.

Y aquella turba le miraba con la sonrisa en los labios.

Al otro lado de aquella estancia se hallaba el despacho del amo de la casa, que tenía puerta a la escalera de servicio.

Los sublevados, atravesando todas las demás piezas llegaron a aquella.

El jefe hizo abrir la salida, pues tras los que llegaron primero, la legión de combatientes, dueños de la plaza, había entrado y llenado el piso, siendo imposible retroceder.

El gabinete ofrecía el aspecto de una habitación de estudio de la cual se ha salido para volver a trabajar. Todo estaba allí esparcido en el tranquilo desorden del trabajo comenzado. Nadie, excepto el dueño de la casa, penetraba en aquel gabinete; por eso reinaba allí la confianza absoluta. Había dos mesas, ambas llenas de los instrumentos de trabajo del escritor. Todo en ellas estaba revuelto, papeles, libros, cartas abiertas, verso, prosa, hojas sueltas, manuscritos en borrador.

Sobre una de las mesas estaban colocados en hilera algunos objetos preciosos, entre otros la brújula de Cristóbal Colón, con la fecha 1489 y la inscripción «La Pinta».

Gobert, se acercó a la mesa, tomó aquella brújula, examinóla curiosamente y púsola sobre la mesa, diciendo:

—Esto es único. Es la brújula que ha descubierto la América.

Junto a la brújula había varias joyas, sellos de lujo, uno de cristal de roca, dos de plata y uno de oro, joya cincelada por el maravilloso artista Froment-Meurice.

La otra mesa era alta, pues el dueño de la casa acostumbraba a escribir de pie.

Sobre aquella mesa estaban las últimas páginas de su obra interrumpida *(Los Miserables)*, y sobre aquellas páginas una gran hoja llena de firmas. Aquel documento era una solicitud de los marinos del «Havre» pidiendo la revisión de las penas y atribuyendo las insubordinaciones de los tripulantes a la crueldad del Código marítimo. En el margen de aquella petición estaban escritas estas líneas de puño y letra del Par de Francia, representante del pueblo: «Apoyar esta petición. Si se acudiese en auxilio de los que sufren, si se adelantara uno a las reclamaciones legítimas, si se concediese al pueblo lo que al pueblo es debido, en una palabra, si se fuera justo, nos dispensaríamos del doloroso deber de reprimir las insurrecciones.»

Aquel desfile duró cerca de una hora. Todas las miserias y todos los furores pasaron por allí silenciosamente. Entraban por una puerta y salían por otra. Escuchábase a lo lejos el estampido del cañón.

Todos aquellos hombres volvieron al combate.

Cuando se hubieron marchado, cuando las estancias estuvieron vacías, se notó que aquellos pies desnudos no habían manchado nada, que aquellas manos ennegrecidas por la pólvora, nada habían tocado. No faltaba ningún objeto precioso, ningún papel había sido cambiado de lugar...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A ESPAÑA

Desde el siglo sexto al décimosexto, esto es, durante mil años, ha sido un pueblo, el primer pueblo de Europa, igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte, a Francia por la filosofía; ese pueblo a tenido su Leónidas con el nombre de Pelayo, y su Aquiles con el nombre del Cid; ese pueblo ha comenzado por Viriato y ha concluído por Riego; tuvo un Lepanto, como los griegos un Salamina; sin él Corneille no hubiera creado la tragedia, ni Cristóbal Colón descubierto la América; ese pueblo es el pueblo indomable del Fuero Juzgo; casi tan defendido como Suiza por su relieve geológico, pues el Mulhacem es al Mont-Blanc como 18 es a 24, ha tenido su asamblea de las selvas, contemporánea del *forum* de Roma, mitin de los bosques en que el pueblo reinaba dos veces por mes, en el novilunio y en el plenilunio; ha tenido Cortes en León setenta y siete años antes que los ingleses tuviesen su Parlamento de Londres; ha tenido su juramento del Juego de Pelota, en Medina del Campo, bajo don Sancho; desde 1133, en las Cortes de Borja, ha tenido el tercer estado preponderante, y se ha visto en la asamblea de esa nación a una sola ciudad, como Zaragoza, enviar quince diputados; desde 1307, bajo Alfonso III, ha proclamado el derecho y el deber de insurrección; en Aragón ha instituido el hombre llamado Justicia, superior al hombre llamado Rey; frente al trono ha opuesto el temible *si non non ha* y rehusado el tributo a Carlos V. Al nacer, ese pueblo ha tenido en jaque a Carlomagno, y al morir, a Napoleón. Ese pueblo ha padecido

enfermedades y sufrido plagas, pero en resumen no ha sido más deshonrado por los frailes que los leones por los piojos. No han faltado a ese pueblo más que dos cosas: prescindir del papa y del rey. Por la navegación, por el comercio, por la invención aplicada al globo, por la creación de itinerarios desconocidos, por la iniciativa, por la colonización universal, ha sido una Inglaterra, con el aislamiento de menos y el sol de más. Ha tenido famosos capitanes, doctores, poetas, profetas, héroes, sabios. Ese pueblo tiene la Alhambra como Atenas el Parthenon, y un Cervantes, como nuestro Voltaire. El alma inmensa de ese pueblo ha arrójado sobre la tierra tanta luz que para ahogarla ha sido preciso un Torquemada; sobre aquella antorcha los papas han puesto su tiara, apagaluces enorme. El papismo y el absolutismo se han concertado para acabar con esa nación.

Después toda su luz la han convertido en llama, y se ha visto a España unida a la hoguera. Aquel quemadero desmesurado ha cubierto el mundo; su humo ha sido durante tres siglos el nubarrón horroroso de la civilización, y terminado el suplicio, acabada la guerra, se ha podido decir: esa ceniza es un pueblo.

Pero hoy renace la nación de esa ceniza.

Lo que es falso con respecto al fénix, es cierto con respecto al pueblo.

Ese pueblo renace. ¿Renacerá pequeño? ¿Renacerá grande? He ahí el problema.

España puede reconquistar su rango. Puede igualar a Francia y a Inglaterra, promesa inmensa de la Providencia. La ocasión es única. ¿La dejará escapar España?

¿Para qué sirve una monarquía más en el continente? España súbdita de un rey, súbdita de las potencias, ¡qué mezquindad!

Por otra parte, fundar una monarquía en estos momentos, es trabajar por cosa que ha de durar poco tiempo. La decoración va a cambiar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Una República en España sería la paz en Europa, porque el alto dado a los reyes es la paz; serían Francia y Prusia neutralizadas; la guerra entre las monarquías militares imposible por el sólo hecho de la revolución presente, la mordaza puesta a Sadowa y a Austerlitz, la perspectiva de las matanzas reemplazada por la del trabajo y la fecundidad, Chassepot destituído en provecho de Jacquart; sería el equilibrio del continente bruscamente establecido a expensas de las ficciones, por el peso de la verdad de la balanza; sería la vieja potencia, España, resguardada por esa joven fuerza, el pueblo; sería bajo el punto de vista de la marina y del comercio, la vida devuelta a ese doble litoral que ha reinado sobre el Mediterráneo antes que Venecia y sobre el Océano antes que Inglaterra; sería Cádiz igual a Southampton, Barcelona igual a Liverpool, Madrid igual a París. Sería Portugal volviendo a España por la sola atracción de la luz y de la prosperidad; la libertad es amante de las anexiones. Una República en España probaría pura y simplemente la soberanía del hombre sobre sí mismo, soberanía indiscutible, soberanía sobre la cual no puede recaer votación; sería la producción sin tarifas, el consumo sin aduanas, la circulación sin trabas, el taller sin proletariado, la riqueza sin parasitismo, la conciencia sin prejuicios, la palabra sin mordaza, la ley sin mentira, la fuerza sin ejército, la fraternidad sin Caín; sería el trabajo para todos, la instrucción para todos, el cadalso para nadie; sería el ideal hecho tangible y lo mismo que hay la golondrina-guía, habría la nación-ejemplo. No hay peligro en el cambio. España democracia, es España ciudadela. La República en España sería la probidad administrando, la verdad gobernando, la libertad reinando, sería la soberana realidad inexpugnable; la libertad es tranquila porque es invencible, y es invencible, porque es contagiosa. El ejército enviado contra ella se vuelve contra el déspota.

He aquí porqué se la deja en paz.

La República en España, sería en el horizonte la irradiación de lo verdadero, promesa para todos, amenaza para el mal únicamente; sería ese gigante, el derecho, en pie en Europa, detrás de esa barricada llamada los Pirineos.

Si España renace monarquía, es pequeña.

Si renace República es grande.

Que elija.

Hauteville House, 22 octubre 1868.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A UN OBISPO QUE ME LLAMA ATEO

¿Ateo? Entendámonos de una vez para siempre, ministro del Señor. Espiarme, acechar mi alma, husmear, mirar por el ojo de la llave en el fondo del espíritu, indagar hasta dónde alcanzan mis incertidumbres, preguntar al infierno, consultar su registro de policía a través de su siniestro respiradero, para ver lo que niego o lo que creo... no te tomes tal trabajo, porque sería inútil. Mi fe es sencilla y la proclamo en alta voz. Me agrada la claridad y la franqueza.

Si se trata de un hombre honrado, de poblada barba blanca, de una especie de Papa o Emperador, sentado sobre un trono que en lenguaje teatral llámase bastidor, rodeado de nubes y con un pájaro sobre su cabeza, y a su derecha un arcángel y a su izquierda un profeta, sosteniendo en sus brazos a su pálido hijo desgarrado por los clavos uno y trino, escuchando los armoniosos sonidos del arpa, Dios celoso, Dios vengativo, que inscribe en un registro a Garasse, que anota al abate Pluche en la Sorbona y aprueba a Nonotte; si se trata de ese Dios que valida a Trublet, Dios que pisotea a cuantos derriba Moisés, consagrando a todos los regios bandidos en sus madrigueras, castigando a los hijos por las faltas de sus padres, deteniendo el sol al anochecer, a riesgo de que se rompa instantáneamente el gran resorte, Dios mal geógrafo y no mejor astrónomo, inmensa y pequeña falsificación del hombre, encolerizado y haciendo morisquetas al género humano, empuñando un sable a semejanza del Padre Duchesne, Dios que de buena gana condena y raras veces perdona, que sobre

una injusticia consulta la imagen de la Virgen; Dios que en su azulado cielo cree deber imitar nuestros defectos y se complace en medio de las plagas, así como los mortales nos complacemos en vernos rodeados de querida jauría; que turba el orden, lanza sobre nosotros a Nemrod y a Cyro, hace que nos muerda Cambises y arrójanos entre piernas a Atila; sí, ministro del Señor, sí, soy ateo para ese buen Dios.

Pero si se trata del sér absoluto que condensa el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestando la unidad de la ley puede el universo, así como el hombre, decir yo: del sér cuya alma siento en el fondo de la mía, del sér que me habla en voz baja, e inconstantemente reclama en favor de lo verdadero y ataca lo falso, entre los instintos cuyo oleaje nos sumerge a medias; si se trata del testigo que unas veces acaricia mi obscuro pensamiento y otras lo punza, según que en mí, remontándome al bien o cayendo en el mal, siento engrandecerse el espíritu o crecer el instinto animal; si se trata del prodigio inmanente que se siente vivir más de lo que nosotros vivimos y con que se embriaga nuestra alma cada vez que se muestra sublime yendo donde voló Sócrates, donde Jesús llegó, por lo justo, lo verdadero, lo bello, directamente al martirio, cada vez que un gran deber atráela hacia el antro, cada vez que se encuentra envuelta en gigantesca tempestad, cada vez que tiene la augusta ambición de ir a través de la infame sombra que abomina y del otro lado de la noche, en busca de la aurora, ¡oh, ministro del Señor! si se trata de ese alguien profundo que las religiones no hacen ni deshacen, que adivinamos bueno y presentimos sabio, que carece de contornos así como de rostro, pero no de hijos, ya que su paternidad y su amor son más vastos que la luz estival; si se trata de ese desconocido que no nombra, ni explica, ni comenta ningún Deuteronomio; que los Calmets tampoco pueden leer en

ningún Esdras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja divisan vagamente desde abajo como una cima, Altísimo no comible en ningún pan ácimo, que no se enfada porque se profesen mútuo amor dos corazones, y que ve la naturaleza donde tú ves el pecado; si se trata de ese Todo vertiginoso de los seres que habla por la voz de los elementos,sin sacerdotes, sin biblias, ni carnal ni oficial, que tiene el abismo por libro y el cielo por templo, luz, vida, alma, invisible en fuerza de ser enorme, impalpable hasta el punto de que fuera de la forma de las cosas que disuelve aéreo soplo, se vislumbra en todo sin ofrecer asidero; si se trata del supremo inmutable solsticio de la razón, del derecho, del bien, de la justicia, en equilibrio con el infinito ahora, antes, hoy, mañana, siempre, dando su duración a los soles y la paciencia necesaria a los corazones, que, claridad fuera de nosotros, en nosotros mismos es conciencia; si de ese Dios se trata, del que ha lucido siempre en la aurora y en el sepulcro, siendo lo que empieza y lo que vuelve a empezar; si se trata del principio eterno, sencillo, inmenso, que piensa puesto que es, que de todo es el lugar, y que a falta de otro nombre llamo Dios, en tal caso, todo cambia, en tal caso nuestros espíritus se vuelven, el tuyo hacia la noche, sima y cenegal do moran las risas, las puerilidades, visión siniestra, y el mío hacia el día, santa afirmación, himno, deslumbramiento de mi alma arrobada; en tal caso, ministro del Señor, yo soy el creyente y el ateo tú.

LAS LEYES

La mitad de los Códigos los compone la rutina, la otra mitad el empirismo.

El sentimiento del derecho desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber.

V. H.

I

Los crímenes del hombre empiezan en la vagancia del muchacho.

El niño vagabundo es el corolario del niño ignorante.

El pilluelo es un sér dotado de todo lo inútil y falto de todo lo preciso.

El pilluelo es un ser que se distrae porque es desgraciado.

Toda la monarquía se encierra en el papa-moscas, y toda la anarquía en el pilluelo.

II

El creciente peligro del alma humana, no es solo un motivo para ensanchar el ánimo; y sufriendo, se embellece la causa, y se afirma el derecho; y cuando más grande se es, más justo se parece.

Sin dulzura no puede haber justicia.

En las caídas del derecho no hay desesperación posible.

No cerrándose los presidios y no abriéndose las escuelas, nada se crea para los desheredados y para los trabajadores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es espantoso pensar que la apreciación que se llama juicio no es la justicia; el juicio es lo relativo y la justicia es lo absoluto. Reflexionad sobre la diferencia que existe entre un juez y un justo.

La aproximación a las gentes de justicia, es tan singular y tan temible, que hasta cuando nos absuelven queremos escapar a su contacto.

III

La ley de todos es la libertad.

La dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina.

El tratado de los delitos está calcado sobre el espíritu de las leyes.

El trabajo, no puede ser una ley, sin ser un derecho.

Destruir los fanatismos y venerar lo infinito, esta es la ley.

IV

El presidio es un vejigatorio absurdo, que hace absorber, después de empeorarla, casi toda la mala sangre que extrae.

El presidio hace el presidiario.

Siempre que el miserable tiene ocasión de pensar, se hace pequeño ante la ley y raquítico ante la Sociedad; se inclina, suplica, se vuelve del lado de la piedad, se le ve reconocer su falta.

Las atenciones del carcelero hieden a cadalso.

El inconveniente de los calabozos está en que dejan pensar a los seres a quienes debería hacerse trabajar.

El preso está sujeto a la fuga, como el enfermo a la crisis que le salva o le pierde.

El que ha estado en presidio sabe el arte de

encogerse según el diámetro del agujero de las evasiones.

Los ladrones no interrumpen su profesión aunque estén en manos de la justicia.

Estar presos por un crimen, no impide planear otro; son como los pintores que tienen un cuadro en la exposición y no por esto dejan de trabajar en alguna obra nueva en su taller.

La argolla del presidiario condena a muerte a la inteligencia.

El presidiario es el sér que en la escala social carece hasta de sitio, por hallarse más bajo del último escalón. Después del último de los hombres, viene el presidiario. El presidiario no es, por así decirlo, hermano de los demás vivientes. La ley le ha sustraído toda la cantidad de humanidad que puede quitar a un hombre.

V

El Fiscal del crimen es un hombre que se gana la vida enviando a los demás al patíbulo. Es el proveedor particular de la plaza de la Gréve. Tiene pretensiones y ribetes de literato. En el debate siempre se inclina del lado del cadalso; ese es el papel que su oficio le obliga a desempeñar. Su grande obra literaria es la acusación, adornándola de metáforas y perfumándola con numerosas citas; conviene que agrade a la Audiencia y halague los oídos de las damas. Nunca llama las cosas por su nombre, presenta siempre su idea ataviada con mil epítetos y adjetivos. Suda sangre y agua, para encajar la cabeza de un acusado en el artículo más fatídico del Código. Cercena, con una ley mal pergeñada, la cabeza de un infeliz. Pone en infusión un baturrillo de tropos y de sinécdoques, dos o tres textos venenosos para exprimirlos y extraer penosamente la muerte de un hombre. Parece que mientras escribe, está bajo su mesa, el verdugo.

acurrucado en la sombra, y que de vez en cuando suelta la pluma para decirle como el amo al perro: —¡cállate, cállate! ¡pronto tendrás un hueso para entretenerte!

VI

El patíbulo es un mónstruo fabricado por el Juez y el carpintero. Es el fantasma de la justicia social.

El patíbulo es cómplice del verdugo, devora, come carne y bebe sangre.

En las crisis sociales, el patíbulo más abominable, más funesto, el más venenoso y digno de extirpación, es el político.

El patíbulo es el único árbol que no han podido desarraigar las revoluciones.

En tiempos de revolución, guardáos de cortar la primera cabeza porque el pueblo querrá ensañarse con las demás.

VII

Brutal con todos, la ley castiga el hecho con la muerte.

Se llama hacer justicia el deshonrar y arruinar a la familia del ajusticiado.

La pena de muerte es una amputación bárbara.

El crimen no se remedia con el crimen, por esto el asesino no debe ser asesinado.

La apelación de una sentencia de muerte, es una cuerda que tiene suspendido al hombre sobre el abismo, y a cada instante cruge cual si fuera a romperse y en efecto se rompe.

Los legisladores solo han visto en la ejecución de un reo, la caída vertical de una cuchilla triangular, creyendo sin duda que para la pobre víctima, nada hay antes ni más allá del patíbulo; no han pensado nunca en los padecimientos del espíritu. Creen haber obtenido un triunfo, ya que

pueden matar ahorrando algunos sufrimientos al cuerpo.

Bueno es tener tranquila la conciencia mientras corre la sangre, pero mejor sería impedir que ésta corriese.

La sociedad no debe castigar para vengarse, sino corregir para mejorar.

Llegará un tiempo en que sólo la atmósfera de la civilización desterrará la pena de muerte.

De un siglo a esta parte, la pena de muerte agoniza.

Ha desaparecido el tormento, la rueda, la horca; la guillotina es un progreso.

M. Guillotín era un filántropo.

El vetusto maderamen de la pena de muerte, cruge y va a caer.

El edificio social del pasado descansa sobre tres columnas, el sacerdote, el rey y el verdugo. Tiempo ha alguien dijo: ¡los dioses se van! Ultimamente se ha oído una voz que decía: ¡Desaparecen los reyes! Hora es pues, que se oiga otra voz que exclame: ¡El verdugo se va!

El orden no desaparecerá con el verdugo. La bóveda de la Sociedad futura no desaparecerá por faltarle esa hedionda clave.

La penalidad ha de transformarse considerando al crimen como una enfermedad, cuya enfermedad tendrá sus médicos que reemplazarán a los jueces, haciendo los hospitales las veces de los presidios, siendo la caridad el tratamiento de una dolencia, hasta ahora, tratada por la cólera y la pasión.

El pueblo tiene hambre, el pueblo tiene frío; la miseria lo arrastra al crimen o al vicio, según el sexo. Tened piedad del pueblo, al que el presidio roba sus hombres y el lupanar sus mujeres; hay ya demasiados galeotes y demasiadas prostitutas. ¿Qué prueban esas dos úlceras? Que el el cuerpo social tiene un vicio en la sangre: ocupáos de este mal. Tratáis equivocadamente esta enfer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medad, estudiadla mejor. Las leyes que sobre esto promulgáis, no son más que paliativos.

La pena infamante era una cauterización que gangrenaba la llaga; ¡insensata es la pena, que para toda la vida sella y remacha el crimen en el criminal, y estrecha para siempre el delito al delincuente como si fueran dos amigos, dos compañeros inseparables!

La pena infamante, el presidio, y la pena de muerte son tres cosas que se sostienen mútuamente; se ha suprimido la pena infamante, para ser lógicos deben suprimirse las otras dos. El hierro ardiente, el grillete y la cuchilla, eran tres partes de un silogismo; se ha suprimido el hierro ardiente; el grillete y la cuchilla carecen ya de sentido.

Deshaced la antigua y coja escala de los crímenes y de las penas y construidla de nuevo. Rehaced la penalidad, rehaced los códigos, rehaced las prisiones, rehaced los jueces. Llevad las leyes al paso de las costumbres.

Se cortan demasiadas cabezas cada año; ya que tratáis de ahorrar, economizad la sangre; ya que entráis en el camino de las supresiones, suprimid el verdugo; con el sueldo de los verdugos podéis pagar maestros de escuela.

Ocupáos de la masa del pueblo que necesita escuelas para los niños y talleres para los hombres.

Id a los presidios, reunid a vuestro alrededor a toda la chusma, examinad uno a uno a todos los condenados por la ley humana. Penetrad la expresión de sus perfiles, estudiad sus cráneos; cada uno de esos hombres que ha caído, encierra un tipo bestial; parece que cada uno de ellos, sea el punto de intersección entre una especie animal, y la humanidad. Este es el del lobo, ese el del gato, aquel el del mono, unos el del buitre, otros el de la hiena. De esas pobres cabezas mal formadas, el primer error proviene de la naturaleza sin duda alguna, pero el segundo proviene de la educación. La naturaleza bosquejó mal, pero la educación retocó mal el mónstruo. Dirigid hacia aquí vuestros estudios. Reformad lo mejor posible esas cabezas desgraciadas para que pueda crecer la inteligencia que dentro de ellas existe.

Las naciones tienen el cráneo mejor o peor configurado, según sus instituciones. Roma y Grecia tenían la frente muy grande: abrid cuanto podáis el ángulo facial del pueblo.

Cuando el pueblo sepa leer, no dejéis sin dirección la inteligencia que habréis desarrollado, porque eso equivaldría a otro desorden. La ignorancia vale más que la falsa ciencia. Acordáos de que existe un libro más filosófico que *El compadre Mateo*, más popular que *El Constitucional*, más eterno que la *Carta de 1830*, y que este libro es la Santa Biblia.

Hágase lo que se quiera, la muchedumbre, la mayoría será siempre relativamente pobre, desgraciada y triste; a su cargo correrá siempre el trabajo penoso. Examinad esta balanza; todos los goces en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿La balanza no debe necesariamente inclinarse y el Estado con ella? Sin embargo, en el lote del pobre, en el platillo de sus miserias, arrojad la certidumbre de un porvenir celestial; arrojad la aspiración de la felicidad eterna; arrojad el Paraíso, que es un magnífico contrapeso, y restableceréis el equilibrio; así la parte del pobre es tan grande como la del rico. Esto lo sabía Jesús, que sabía más que Voltaire.

Dad al pueblo, que trabaja y que sufre; dad al pueblo para el que el mundo es malo, la creencia de un mundo mejor, creado para él. Estará tranquilo y tendrá paciencia, que la paciencia la proporciona la esperanza.

Inundad los pueblos de Evangelios; repartid una Biblia en cada cabaña; que cada libro y cada campo produzcan un trabajador moral.

Ocupaos de la cabeza del hombre del pueblo, que

esta cabeza está llena de gérmenes útiles; emplead, para que madure y dé el fruto que debe dar, lo que sea más luminoso y más atemperado a la virtud; el hombre que asesinó en los caminos reales, quizás, bien dirigido, hubiera sido un ciudadano excelente.

Cultivad, desmontad, regad, fecundizad, moralizad y utilizad la cabeza del hombre del pueblo; así no tendréis necesidad de cortarla.

El género humano está en el calabozo, y son muchos los sentenciados inocentes. Carecen de luz, de aire, de virtud, y, lo que es peor, esperan tener todo eso.

Seres hay que viven muriendo, hay jóvenes que comienzan a prostituirse a los ocho años, y que llegan a la vejez a los veinte. Las severidades penales son espantosas.

Vivís engañados, equivocasteis el camino. Aumentáis la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico; obráis al revés de como debierais obrar. ¡Lo que quitáis al trabajador se lo dais al ocioso; lo que tomáis al desarrapado se lo dais al que va bien vestido; lo que arrebatáis al indigente lo destináis al príncipe! ¡Tened piedad de los pobres! Graváis los tributos en beneficio del trono. ¡Temed las leyes que promulgáis! ¡Temed al hormiguero que estáis aplastando! ¡Bajad la vista y mirad a vuestros pies. Existen miserables; ¡tened compasión de ellos y de vosotros mismos! Las muchedumbres agonizan, y muriendo lo de abajo lo de arriba ha de morir forzosamente.

IMAGENES Y PENSAMIENTOS

Los buenos pensamientos tienen sus abismos como los malos.

—

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en los cuales sea cual fuere la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

—

Observar, es trabajar; pensar, es producir.

—

Las naturalezas groseras se parecen a las naturalezas sencillas, en que en ellas no hay transiciones.

—

El hombre vive de afirmación más que de pan.

—

No existe la nada. El cero no existe. El todo es algo. La nada *es* nada.

—

El *No* solo tiene una respuesta, el *Sí*.

—

Tomar por deber un error austero, no deja de tener su grandeza.

—

El enterrador es un hombre que a fuerza de cavar fosas ajenas va abriendo la propia.

—

Lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa el ánimo hacia lo etéreo y le hace flotar en los espacios infinitos.

—

Nada hay como el dogma para producir la meditación, y nada como la meditación para engendrar el futuro.

—

La utopía de hoy es la carne y el hueso del mañana.

—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta cabeza está llena de gérmenes útiles; emplead, para que madure y dé el fruto que debe dar, lo que sea más luminoso y más atemperado a la virtud; el hombre que asesinó en los caminos reales, quizás, bien dirigido, hubiera sido un ciudadano excelente.

Cultivad, desmontad, regad, fecundizad, moralizad y utilizad la cabeza del hombre del pueblo; así no tendréis necesidad de cortarla.

El género humano está en el calabozo, y son muchos los sentenciados inocentes. Carecen de luz, de aire, de virtud, y, lo que es peor, esperan tener todo eso.

Seres hay que viven muriendo, hay jóvenes que comienzan a prostituirse a los ocho años, y que llegan a la vejez a los veinte. Las severidades penales son espantosas.

Vivís engañados, equivocasteis el camino. Aumentáis la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico; obráis al revés de como debierais obrar. ¡Lo que quitáis al trabajador se lo dais al ocioso; lo que tomáis al desarrapado se lo dais al que va bien vestido; lo que arrebatáis al indigente lo destináis al príncipe! ¡Tened piedad de los pobres! Graváis los tributos en beneficio del trono. ¡Temed las leyes que promulgáis! ¡Temed al hormiguero que estáis aplastando! ¡Bajad la vista y mirad a vuestros pies. Existen miserables; ¡tened compasión de ellos y de vosotros mismos! Las muchedumbres agonizan, y muriendo lo de abajo lo de arriba ha de morir forzosamente.

IMAGENES Y PENSAMIENTOS

Los buenos pensamientos tienen sus abismos como los malos.

—

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en los cuales sea cual fuere la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

—

Observar, es trabajar; pensar, es producir.

—

Las naturalezas groseras se parecen a las naturalezas sencillas, en que en ellas no hay transiciones.

—

El hombre vive de afirmación más que de pan.

—

No existe la nada. El cero no existe. El todo es algo. La nada *es* nada.

—

El *No* solo tiene una respuesta, el *Sí*.

—

Tomar por deber un error austero, no deja de tener su grandeza.

—

El enterrador es un hombre que a fuerza de cavar fosas ajenas va abriendo la propia.

—

Lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa el ánimo hacia lo etéreo y le hace flotar en los espacios infinitos.

—

Nada hay como el dogma para producir la meditación, y nada como la meditación para engendrar el futuro.

—

La utopía de hoy es la carne y el hueso del mañana.

—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El excepticismo es la caries de la inteligencia.

—

Mucha frente en un rostro, es lo mismo que mucho cielo en un horizonte.

—

La primera elegancia es la ociosidad, pero la ociosidad del pobre es el crimen.

—

El alba es la hora en que se desvanecen los fantasmas y se separan los bandidos.

—

El descaro es una vergüenza.

—

La noche es el verdadero centro de toda sombra.

—

Lo que mueve y arrastra al mundo son las ideas, no las locomotoras.

—

La tierra es una tempestad de almas.

—

El poeta se compone de diez partes; una de interés y nueve de amor propio.

—

Los instintos de las mujeres se comprenden y corresponden mejor que las inteligencias de los hombres.

—

El adulterio es la curiosidad del deleite ajeno.

—

El exceso de cobardía tiene también su parte de valor.

—

La calumnia no tiene otro objeto que el asesinato.

—

La elipsis es la espiral de la frase.

—

Los grandes peligros poseen el privilegio de hacer fraternizar a los desconocidos.

—

La ruina gusta del aislamiento.

—

La historia es un campo de tropiezos y de victorias, donde más de uno se arrastra, donde más de uno sucumbe.

—

La vergüenza es una mancha que crece incesantemente, como la sombra.

—

La traición empieza por la curiosidad.

—

La naturaleza es un acreedor que no acepta excusas.

—

Hay movimientos maquinales que proceden inconscientemente de nuestros pensamientos más profundos.

—

La luz de las antorchas es como la prudencia de los cobardes; alumbra mal porque tiembla.

—

En todo orador hay dos cosas; un pensador y un cómico. El pensador queda, el cómico muere con el hombre.

—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El odio y la venganza quedan desarmados ante la losa de un sepulcro.

—

La prudencia tiene más fuerza que la audacia.

—

Del peligro nace el orden.

—

El exceso del sacrificio fortalece.

—

La curiosidad es vecina de la ofensa.

—

La luz y el polvo son los dos componentes de la gloria.

—

Confiar es, casi siempre, abandonarse.

—

Todas las cosas de la civilización, vienen a parar en el barrendero que limpia el fango de la vía pública y el trapero que recoge los harapos.

—

El valor no teme al crimen ni la honradez a la autoridad.

—

Todo sabio tiene algo de cadáver.

—

El monólogo es el humo de los fuegos interiores del espíritu.

—

Adivinar es bueno, pero saber es mejor.

—

Un asno que sigue su camino vale más que un adivino con sus oráculos.

Los navíos son moscas para la tela de araña del mar.

—

Los minutos traen las horas y cumplen la voluntad de arriba.

—

El arrepentimiento es un buque que nunca se sumerge.

—

La ciencia pesa sobre la conciencia.

—

Nada endurece tanto el corazón como hallarse caliente entre dos sábanas.

—

El sueño de la infancia lo termina el olvido.

—

La restauración es la reconciliación de dos esposos; el príncipe y la nación.

—

En las restauraciones se reciben con aplauso los arrepentimientos.

—

La restauración es una sonrisa, pero no la sienta mal algún patíbulo para satisfacción de la conciencia pública.

—

Los tercos molestan a los complacientes.

—

La muerte hace que las gentes se ocupen de los que abandonan el mundo.

—

El hombre guapo ofrece el inconveniente de ser fatuo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un envidioso es un ingrato que detesta la luz que le alumbra y le calienta.

—

Es costumbre del envidioso absolverse a sí mismo, mezclando a su agravio el mal público.

—

La existencia es como una carta que la postdata modifica.

—

¡A cuántos creyentes en amuletos escucha el infinito! ¡Cuántos ateos ignoran que por el mero hecho de ser buenos y de estar tristes, ruegan a Dios!

—

Las generaciones son soplos que pasan.

—

El desprecio es un bofetón dado desde lejos.

—

Del infierno de los pobres se forma el paraíso de los ricos.

—

El disfraz es una de las felicidades del orgullo.

—

El que escucha, arriesga la oreja, el que acecha, el ojo; lo más prudente es no ver ni oir nada.

—

Una llama apenas rasga las tinieblas, y una chispa incendia un volcán.

—

Nada se calma tan pronto como el abismo, porque traga con facilidad.

—

El ángel custodio de la mujer querida, es la conciencia del hombre que la ama.

—

El exceso de vida da la muerte.

—

La luz halla siempre un brazo que la sostenga.

—

Se ha calculado que en salvas y saludos, el mundo civilizado gasta en pólvora cada veinte y cuatro horas 150.000 cañonazos inútiles. A razón de seis pesetas por cañonazo, importan 900,000 pesetas diarias o sean trescientos millones al año que se van en humo.. Durante el mismo tiempo se mueren de hambre muchos pobres.

—

Caer sin haber temblado, vale tanto como vencer.

—

La conquista es hermana de la estafa.

—

Sobre los grandes hombres se arrastra un gusano, la mentira.

—

Ante la posteridad, todo hombre y toda cosa quedan absueltos por la grandeza.

—

El verdadero nombre del sacrificio, es desinterés.

—

La fealdad es una pequeñez y la deformidad una grandeza.

—

La feo es la mueca que el diablo hace detrás de lo bello, y lo deforme es el reverso de lo sublime.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El infierno es la hornilla donde se calienta el hierro rojo que se llama fatalidad.

—

Las aristocracias se enorgullecen de lo que las mujeres creen que las humilla, de envejecer, pero mujeres y aristocracias se hacen la ilusión de que se conservan.

—

La aristocracia fué el obstáculo del despotismo, fué su barrera. Démosla las gracias y enterrémosla.

—

Si queréis conservar alguna cosa vieja, humana o divina, sea código o dogma, patriciado o sacerdocio, no la rehagáis ni aun por el exterior, todo lo más echadla algún remiendo. Las sombras deben habitar en las ruinas. Los poderes decrépitos se encuentran mal en sitios decorados a la moderna.

—

El secreto es una red, cuando se rompe una malla, se desgarra.

—

Los sucesos tienen su peso, y se les puede aplicar la ley del cuadrado de las distancias. Caen en el público y se hunden en él con extraordinaria rapidez.

—

La risa es una locura que desarruga todas las frentes.

—

El corazón es igual en todos los hombres. Entre los que oprimen y los que son oprimidos, sólo hay la diferencia del sitio en que está colocado.

—

La risa humana hace a veces todo lo que puede por asesinar.

—

Cada hombre puede llegar en su destino al fin de su mundo; esto es, a la desesperación. El alma está llena de estrellas caídas.

—

El dolor es un interrogatorio, y ningún juez es tan minucioso como la conciencia cuando instruye su propio proceso.

—

Hablar por los mudos es hermoso, pero hablar a los sordos es triste.

—

Quien tiene sed de adulación vomita lo real cuando lo bebe por sorpresa.

—

La sociedad es madrastra, la naturaleza es madre; la sociedad es el mundo del cuerpo y la naturaleza el mundo del alma. La una conduce al ataud, a la fosa, a los gusanos, y allí todo termina; la otra conduce con las alas abiertas, a trasfigurarse con la aurora y a la ascensión al firmamento; y empieza allí.

—

Nada desgasta tanto a los hombres y a las cosas como la ociosidad.

——o-o——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DURANTE EL SITIO DE PARIS
O EL AÑO TERRIBLE

Los 7.500.000 síes

¿Queréis que halague a la muchedumbre? ¡Nunca! ¡Oh! el pueblo está arriba, pero la multitud mantiénese abajo. La multitud es el guarismo, grano de polvo del número; es el vago perfil de las sombras dibujadas en la noche. La multitud pasa, grita, llama, llora, huye; vertamos sobre sus dolores fraternal compasión. Mas cuando se levanta teniendo la fuerza de su lado, débese a su grandeza, al peligro, al santo triunfo, al derecho, un lenguaje viril: ya que es dueña, conviene recordarle las leyes de lo alto que deletrea el alma en los recónditos cielos, los principios sagrados, absolutos, radiantes. Sólo se besan los pies desnudos, fríos y ensangrentados. No se sueña en la soledad para arrastrarse por los suelos; la multitud y el soñador tienen rudos encuentros. Con la frente encendida por la cólera Ezequiel gritaba a las osamentas: ¡Levantáos! Moisés mostrábase severo al exponer sus tablas; Dante regañaba. El espíritu de los temidos pensadores, grave, tempestuoso, semejante al misterioso viento que sopla del hondo cielo en el movedizo desierto do Tebas se engulle, cual náufrago bajel, ese indómito espíritu, cargado de barreduras de sombra. El huracán no se muestra tierno para con los conmovidos colosos; no son los incensarios que dejan burlada la esfinge. La verdad, he aquí el grande y austero incienso debido a esa masa do palpita un misterio, y que lleva en su pesado seno el justo derecho confundido con el apetito injusto.

¡Oh género humano! ¡luz y noche, caos de las almas!

Puede la multitud arrojar llamas augustas, pero si sopla una ráfaga de viento, vése descender de lo alto del virgen honor a lo más hondo de la cloaca, a la muchedumbre, huérfana, grande y fatal, y esta Juana de Arco se transforma en Mesalina. ¡Ah! cuando Graco se yergue en la flamígera tribuna, cuando muerde Ginecires las fugitivas naves, cuando en compañía de los Trescientos, Leónidas cae en las Termópilas, cuando surge Botzaris, cuando el confederado Schwitz destroza al Austria con su fuerte y ferrado bastón, cuando el altivo Winkelried, abriendo sus épicos brazos, muere ahogado por las picas, cuando combate Washington, cuando se aparece Bolívar, cuando Pelagio ruge en el fondo de su selva, cuando Manin, despertando a los muertos, galvaniza al viejo dormilón de bronce, el leon de Venecia, cuando el gran campesino expulsa a patadas a Lautrec de Lombardía y de Francia a Talbot, cuando Garibaldi, rudo para el vil e hipócrita sacerdote, pórtase cual uno de los héroes de Homero en los montes de Teócrito, y súbitamente hace brillar ¡oh santa Libertad! tu cráter al lado del Etna, cuando la Convención impasible hace frente a treinta reyes envueltos en una misma tempestad, cuando, coaligada y terrible y volviendo a traer las sombras de la noche toda la Europa corre presurosa, muge y desaparece como la espumosa ola al pie del dique, a presencia de los pensativos granaderos de Sambre y Meuse, es el pueblo que obra.

¡Salve, oh pueblo soberano! Mas cuando el lazzarone o el transteverino de algún Sixto V besa de hinojos el báculo, cuando la inepta, insensata y feroz barahunda ahoga bajo sus olas, conmovidas por salvaje aquilón, la honra de Coligny y la razón de Ramus, cuando aparece de entre horrorosa sombra monstruosa mano, sosteniendo por los cabellos la cabeza de Carlota, pálida del hachazo y roja

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del bofetón que recibiera, es la muchedumbre que así se porta. Y esto me desagrada y molesta; es el ciego y confuso elemento, el número, la negra debilidad y la fuerza sombría. Y si mañana se nos manda recibir de manos de esa turba a un amo y que apaguemos el fuego de nuestra alma y nos cubramos de vergüenza, ¿creéis por ventura que nos preocuparemos lo más mínimo por ello? Es indudable que veneramos a Esparta, a Atenas, a París, y todos los grandes foros de donde salen las grandes exclamaciones, pero colocamos a mayor altura la augusta conciencia. Un mundo culpado no pesa tanto como un justo; todo un océano loco hostiga inútilmente a un gran corazón. ¡Oh multitud, oscura y fácil para el vencedor! Harto a menudo te encenagas en el instinto bestial, y por nuestra parte te resistimos. Nosotros, hijos de Danton y nietos de Hampden, ni queremos el tirano nombrado Todos ni el déspota Uno Solo. Quiero la República y expulso a César; los arreos no pueden amnistiar a la carroza.

El derecho está por encima de Todos; no hay viento contrario capaz de derribarle, y Todos no pueden distraer ni enajenar nada del común porvenir. El pueblo es soberano de derecho, y cada cual es su propio rey: esto es el derecho. ¡Cómo! ¿el hombre que veo pasar poseería mi alma? ¡Vergüenza! Mañana serále dado, por imbécil voto, apoderarse, prostituir, vender mi libertad. ¡Jamás! Puede un día la muchedumbre invadir el principio, pero la oleada vuelve a bajar, se desvanece la espuma, y al partir la onda deja a descubierto el derecho. ¿Quién se ha figurado, pues, que el primer advenedizo tenía derecho a mi derecho? ¿que yo debía tomar su bajeza por yugo, por regla su capricho? ¿que yo penetraría en el calabozo si él se metía en la chozuela? ¿que me viese obligado a convertirme en eslabón porque a todos agrada trocarse en cadena? ¿que el pliegue de la cañaheja se convierta en ley del roble?

¡Ah! primer advenedizo, de la clase media o campesino, el uno egoísta y ciego el otro, entendámonos. Las revoluciones duraderas, hágase lo que se quiera, muestran hacia ese desconocido que arroja a su superficie, ya la infamia, ya la honra, el desdén que la pared muestra al estucador. Ved al pasante de Cartago, de Atenas o de Roma, semejante al agua que de la fuente cae al suelo, encaminarse al arroyuelo fatal, trocándose en fango después de haber sido cristal. Semejante hombre sorprende, al cabo de tan bellas y rudas jornadas, por su indiferencia en medio de la concupiscencia, a los mismos que en un principio deslumbró con sus virtudes: es Falstaff después de haber sido Bruto; engólfase en la orgía después de cubrirse de gloria. Preguntadle si sabe su propia historia, lo que fué Washington o lo que hizo Barra: su muerto corazón ya no late al sonido de los nombres que adora. Anteriormente restauraba los viejos cultos, los bustos de sus derribados héroes, de sus robustos antepasados, a Focion cadáver, a Licurgo amortajado, a Riego muerto, y ahora ¡contemplad qué olvido! Fué puro, y actualmente se lava las manos; fué santo, y lo ignora; ni siquiera nota que con la obra presente deshonra su obra pasada; vuélvese cobarde y vil, él en otro tiempo tan altivo. Su manchado pedestal se trueca en escabel; el honor parécele carga pesada, cubierto de orín; búrlase de tan severa armadura, diciendo: ¡Hierro viejo! Háse convertido en su propio insulto y en su propia ironía; tan esclavo es ahora que reniega, indignado de su pasado, evaporado ya.

Pero ¿por ventura se reprocha al mar que la onda se derrumbe, y a la multitud sus millones de cabezas? ¿De qué sirve sutilizar sus errores, el camino emprendido, los rodeos hacia atrás a esa humana nube, a ese gran torbellino de vivos, incapaz ¡ay! de ser inocente y de ser culpable? ¿Para qué? aunque vago, oscuro, sin punto de apoyo, es útil; y aunque flotando ante él, su misión, lo

mismo en París que en Londres, consiste en procurar el progreso, del que otros responderán. La República inglesa espira, se disuelve, cae, dejando a Milton en pie detrás de ella; ha desaparecido la muchedumbre, pero queda el pensador: esto basta para que todo germine y nada muera. No hay desesperación posible en las caídas del derecho. Tú sucumbes, Roma; la libertad busca un refugio en las catacumbas, los dioses son del vencedor, y Catón pertenece a los vencidos. Kosciusko surge de los huesos de Galgacus. Se interrumpe a Juan Huss, sea: Lutero continúa. La luz encuentra siempre un brazo que la sostenga; moriráse, si es preciso, para probar que no se ha perdido la fe, y voluntaria, sencillamente, sin espanto, saldrá una cohorte de justos de la avasallada muchedumbre, encaminándose en derechura al sepulcro y abandonando la vida, pues aborrecerán más a los hombres que a los gusanos de la tierra. ¡Oh! esos grandes Régulos, cubiertos de eterno olvido, Arria, Porcia, esos héroes-mujeres, todos esos ánimos puros, esas firmes almas, Curtius, Adam Lux, el tranquilo y fuerte Thraseas, el poderoso Condorcet, el estóico Chamfort, ¡con qué castidad abandonaron la indigna tierra! Así huye la paloma, así se cierne el cisne, así deja el águila el pantano de las serpientes. Legando el ejemplo a todos, a los males, a cuantos se arrastran por el suelo, al egoísmo, al crimen, a los sombríos y cobardes corazones, quedáronse dormidos con negro sueño; cerraron los párpados para no ver nada más. Esos mártires generosos consagraron el deber, y luego se tendieron sobre el fúnebre lecho; su muerte da indómito beso a la virtud.

¡Oh caricia sublime y santa del sepulcro a lo grande, lo puro, la bueno, lo ideal, lo bello! ¡En presencia de los que dicen: ¡no hay nada justo! ante todo lo que turba y perjudica, ¡qué afirmación esos grandes suicidios! ¡Ah! cuando todo parece muerto en el mundo de los vivos, cuando no

se sabe si dar un paso más, cuando no sale ni una exclamación de entre las masas, cuando el universo sólo duda y silencio ofrece, aquel que vaya a buscar alguno de esos puros difuntos en el recinto de los negros fosos y que pegue el oído al suelo, preguntando: ¿Hay que creer, austera sombra? héroe envuelto en ceniza, ¿hay que marchar?, oirá un acento que sale de la tumba y dice estrepitosamente: ¡Sí!

¡Oh! ¿qué es lo que cae en derredor nuestro envuelto en sombras? ¡Cuántos copos de nieve! ¿Habéislos contado? ¡Millones y más millones! ¡Negra noche! ¡Oh sombría capa de hielo! ¿Por ventura hemos terminado?

¿Qué quedará mañana de toda esa nieve, frío velo de la tierra semejante al sudario, una hora después de aparecer el sol?

——oo——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A LOS QUE SUEÑAN CON LA MONARQUIA

Republicana soy, y no tengo más rey que mi voluntad. Sabed que no es dado poner a votación este derecho supremo. Escuchad atentamente, señores, y estad persuadidos de que no se escamotea a la Francia así como así. Por nuestras venas no corre la sangre de los fellahs ni de los esclavones, sino preciosa sangre gala y francesa. Son nuestros padres los veteranos, y nuestros antepasados los francos: no olvidéis que somos amos. Nunca invocó nuestro auxilio vanamente la Libertad. Recordad asimismo que si nuestras manos quebrantaron a Reyes, también pueden quebrantar a pedantes. Bueno. Nombraos prefectos, embajadores, ministros, y daos las gracias mútuamente. ¡Oh ganapanes, atracaos bien! No tengáis otro cuidado en esas moradas regias que os sirven de madriguera, que endurecer vuestros corazones y ensanchar la panza; atiborraos de orgullo, de vanidad de dinero: bien, muy bien. Por nuestra parte usaremos de indulgente menosprecio, desviaremos el rostro para no ver vuestros actos. El hombre no puede apresurar la hora que Dios posterga; pero no atentéis al derecho de todo un pueblo. El derecho que se alberga en el fondo de los corazones, libre, indomable, altanero, acecha todos vuestros pasos, os juzga, os desafía, y os aguarda.

¡Reyes ladrones! vuestros bolsillos son bastante grandes para meter en ellos todo el oro del país, las ofrendas de los pobres, el presupuesto, todos nuestros millones; pero jamás podréis embolsaros nuestros derechos ni nuestra honra; jamás os embolsaréis la gran República. Por un lado todo un pueblo, por el otro un cúmulo de intrigantes; ¿qué vale vuestro derecho divino ante el derecho humano? Votamos hoy, votaremos mañana; nosotros somos el soberano; juntos queremos reinar como nos plazca, elegir lo que bien nos parezca, nombrar a quien nos convenga en nuestra papeleta electoral. ¡Ay del que meta la zarpa en las urnas! ¡ay del que falsifique la votación!

——oo——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FILOSOFIA DE LAS CONSAGRACIONES Y CORONACIONES

Feo, viejo y tonto es ese hombre. ¿Y qué intentáis que sostenga su frágil cabeza? ¿Una corona? No una, sino dos, tres coronas; la de los emperadores y la de los reyes, esto es: el laurel de César, la cruz de Carlo-Magno, y después una parte de Francia y otra grande de Alemania. Cosas son estas que hicieron vacilar a Carlos V. La tranquilidad del universo estriba en que se mantenga en equilibrio sobre aquella temblorosa frente todo ese cúmulo de acontecimientos; no cabe duda ese buen hombre sería más afortunado si se viese libre, con lo cual también ganaríamos nosotros. Si digiere mal, se oscurece la atmósfera; si escupe todos se conmueven y si tose el mundo se derrumba. Su ignorancia cubre de brumas la tierra; ¿por qué no se deja tranquilo a ese anciano? Si no tuviera soldados, ni duques, ni condestables, de buena gana recibiríamoslo en nuestra mesa, y nuestros vasos chocarían con el suyo, a la luz del sol, al aire libre, y estaría lleno de vida. Pero no; ídolo, se te hincha de paja, y eres petrificado bajo pesado y puntiagudo casco, y así como se desconfía del rey de arriba celoso de los reyes de abajo, en tu cima, sire, colócase un pararrayos; y es tan altivo tu pueblo que te adora. Te tapujan con un manto lo mismo que se engalana al Papa con una casulla, y quedas transformado en tirano y nos dominas, pues agrada a los hombres doblar la rodilla. ¡Oh amo! puedes sentirte enfermo, achacoso, acatarrado, viejo cuanto te plazca, castañetear los dientes

envuelto entre sábanas. No importa; no por eso deja de ser tu elemento el universo: Europa es un efecto cuya causa serás tú. Resplandece: ningún héroe va pegado a tus talones.

Un rey, aunque sea enano, pobre, petate, hidrópico, tullido, tuerto; aunque sus pies estén menos firmes que los de un reitre bebido; aunque tuviese muermo y lamparones, gota o mal de piedra; aunque fuese flaco de espíritu y falto de seso; aunque no contara con mucha más cordura que una rata; resto augusto y poderoso, hasta el último momento y hasta el repullo de su hipo final vése halagado por todo el mundo, lo mismo por el hombre de altar que por el hombre de ley: tiene el azoramiento de la decrepitud, no deja de ser César. Hasta en la ruina y moribundo, se obstina la majestad y le cubre, es grande: la santa, espléndida y austera púrpura sírvele de sudario cuando, dejando el cetro y el trono, pasa a ser pasto de los gusanos de la tierra. Agonizante, reina; vésele amodorrarse, temiéndose que su último suspiro produzca el efecto de un trueno. La encorvada muchedumbre le coloca en tan elevado pedestal, que toda temblorosa le admira y le contempla desde abajo cuando, mísero, penetra el ídolo en la abierta sepultura, y lo supone todavía dios cuando ya no es nada.

—oo—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEY DEL PROGRESO

¡Una última guerra! ...sí, es preciso. ¡Cómo! ¿el duelo triunfante, el asesinato, son condiciones de progreso? ¡Misterio! ¿Qué significa ese extraño trabajo de la tierra? ¿qué esa ley del desarrollo del hombre por el infierno, la pena y el tormento? ¿Por qué fin postrero, cuya eterna luz ni siquiera divisamos, el sér de las profundidades ha decretado que el hombre no debe dar un paso sin mostrar de qué pie cojea y de cuál estado se desangra, que el dolor es el oro con que aquí abajo se paga la dicha comprada a costa de tan rudos combates, que toda Roma debe empezar por un antro, que todo alumbramiento ha de desgarrar el abdomen, que en este mundo la idea lo propio que la carne deben desangrarse, y, marcada al nacer por el hierro, ha de tener, así para el luto como para la esperanza, su misterioso sello de vida y de sufrimiento en esta augusta cicatriz, el ombligo; que para que se descoja en abril el huevo del porvenir, hay que depositarlo en alguna cosa muerta; que es preciso nazca el bien y que la madura espiga salga en flor de la llaga llamada surco; que brota mejor el grito si se muerde la mordaza; que el hombre debe alcanzar supremos Edenes cuya

puerta, en medio de la sombra de los problemas, aparece radiante ante sus encendidos ojos, pero cuyas hojas se mantendrán cerradas a pesar del santo, el Cristo, el profeta y el apóstol, si Satanás no abre la una y Caín la otra?

¡Oh terribles contradicciones! de un lado vése la ley de paz, de vida y de bondad luciendo por encima del infinito, y por otro óyese triste voz que dice: —¡Pensadores, reformadores, luchadores, alcanzaréis el ideal! ¿A qué precio? Al precio de la sangre, de la esclavitud, del luto, de las hecatombes. La ruta del progreso es el camino de los sepulcros. Ved; el género humano, oprimido en este momento por las ciegas fuerzas que constituyen el globo que habitamos, debe vencer la materia, y, hé aquí el problema, encadenarla, para disfrutar él mismo de libertad. El hombre lucha cuerpo a cuerpo con la enorme naturaleza; mas ¡cuánta resistencia! Los más fuertes quedan aniquilados. La esfinge, antes de ser domada, clava sus uñas en las carnes del hombre atemorizado. Por momentos sonríe y hace traidoras ofertas; los sabios, los soñadores, aquellos que son sacerdotes únicos, ceden a sus fúnebres y burlescos llamamientos; el enigma invita, abraza y destroza a sus vencedores; los elementos, al menos aquello a que da tal nombre el error, tienen atractivos temibles para el hombre; el hombre nacido para vencerlo todo, se atreve a desafiar cualquier obstáculo. Ahora fijaos en los cadáveres. La suma de todos los combatientes que consume el progreso, sorprende al sepulcro y hace soñar a la muerte. ¡Cuántos infortunados ahogados en medio de sus esfuerzos para abordar nuevas y fecundas playas! ¡Oh ley! en todos los sepulcros existen imanes; los grandes corazones albergan el lúgubre amor del mártir, y la irradiación del precipicio atrae.

Estos son los sacrificadores, aquellos los sacrificados. El humano crecimiento en que confiáis se desarrolla y sube cubriento nuestras deformidades.

¡Destino aterrador! todo sirve, hasta la vergüenza; lo que se ama nace de lo que se deplora. El sufrimiento es lo que se ve claramente. ¿Por qué? En ciertos momentos, lo mismo en Tiro que en Sion, lo que se toma por crimen es castigo, castigo útil y fecundo donde sobrenada no sé qué vida, producto de la carnicería. Las losas de la historia, con su horroroso amontonamiento de traiciones, de robos, de inmundicias, de atentados, con su terrible empacho de lodo que aplastarán las ruedas de todos los Césares, con sus Tigellinos, sus Borgias, no sería más que la infame caballeriza de Augias, la letrina y la cloaca de la suerte, sin la lavadura de sangre que por momentos practica Dios en ese pavimento. Roma y Venecia florecieron entre arroyos de sangre.

Toda flor al principio es estiércol, empezando la naturaleza por comerse su propia podredumbre; para avanzar un paso el género humano va torcido: cada evolución que hace en medio de la borrasca parece un apocalipsis en que alguien se lamenta. Obra luminosa, más obrero tenebroso.

Luego que anda el carro empieza a rechinar. La esclavitud es un paso dado en el camino de la antropofagia; la guerra es pastor y carnicero a un tiempo; Ciro grita: ¡adelante! Todos los grandes jefes de ejército, habriendo a través del género humano ardientes rutas, llevan impresa en la frente (negros exploradores) imborrable mancha; rechazan la noche, las nieblas, los errores, la sombra, y el conquistador es el terrible misionero del rayo que detiene el trueno. Sesóstris vivifica matando, Gengiskan es la lava fecunda y sombría del volcán; Alejandro siembra, Atila fertiliza. Este mundo civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación, donde nada se produce sino después de haber sido destruído, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, constitúyenlo el mal que trabaja y el bien que está fabricando. Pero ¡cuánta sombra!

¡qué oleadas de humo y de espuma! ¡qué ilusiones de óptica produce esa niebla! ¿Ese tigre que da saltos acaso es un libertador? Ese jefe, ¿es héroe ó bandido? Adivinadlo. ¿Quién lo sabe? En esas profundidades producto de crimen, de virtud, de asesinatos, de festejos, engañados por nuestros ojos y por nuestros oídos, ¿cómo encontrar nuevamente el astro en medio de tantos horrores flotantes?

De ahí, que antes todo pareciera vano y empañado, lúgubre noche: el vasto derrumbamiento de los hechos tumultuosos, los combates, los traidores y tortuosos asaltos, las Cartagos, las Tiros, las Bizancios, las Romas, las catástrofes; y sucediéndose lo mismo que el granizo sucede al viento encolerizado, y como el calor sucede al frío, parecían no desempeñar más que una sola ley: nada es duradero. Nadie veía el objeto de tan vanas querellas, y Flaccus exclamaba:—Puesto que todo huye, amemos, vivamos y contemplemos cómo se disipa la sombra de los montes. Reid, cantad, arrancad racimos de los emparrados para colgarlos ¡oh Lyde! en vuestras orejas: basta con esto. Juro por Baco que bajo el peso de los héroes, de las grandezas, de la gloria y de los reyes he de interrogar a Caron, el barquero de las sombras.

Más tarde fueron perdiendo las muchedumbres su aspecto de caos, dejando vislumbrar algunos puntos de claridad. ¡Cómo! la guerra, el alternativo y rudo choque de las batallas lanzadas sobre la áspera muchedumbre, sobre el triste y basto montón de las salvajes naciones; esos estremecimientos y conmociones que el sonoro y feroz choque de los aceros da al naciente derecho, al pueblo que se levanta, ese vasto torbellino de chispas que brota de los combates, de los héroes que se topan, de la suerte, ese insensato tumulto de los campamentos y de las matanzas; el pataleo de los caballos, los escuadrones que envuelven a la infantería con los relámpagos producidos en su veloz carrera; los cañonazos azotando los humeantes muros, los tiros

de venablo, las estocadas, los golpes de las picas, el retumbo de las épicas corazas, las victorias triturando a los hombres, ese infierno, el terror, los ayes de los moribundos a quienes se degüella... —Todo esto equivale al martilleo del progreso en la fragua.

—¡Ah!

Al propio tiempo el infinito, que conoce el término de cada causa, siendo inconmensurable y elevada conciencia, producto de inmensidad, de paz, de paciencia, como sabe el fin y elige el medio, deja a menudo que se produzca el mal por el bien. Tal es la profundidad del orden, orden obscuro, supremo, tranquilo, que se afirma con sus mismos mentís.

Y ¿quién será el que exclame?: —Soy el astro, siempre he alumbrado; jamás he faltado, ni pecado; ignoro lo que son tentaciones, estoy sin mancha.—¿Hay algún justo tan audaz que intente parangonarse con el azul celeste? Por más que haga el hombre debe ceder a su naturaleza: conmuévele una mujer al menor gesto que hace; bebe, come, duerme, siente frío, calor; a veces el alma más grande y el corazón más elevado sucumbe a los apetitos mundanos, y el espíritu mendiga las inmundas satisfacciones del animal; se asoma a la obscena ventana, y de noche se le ve rondar de vergüenza en vergüenza por el dintel de los negros chiribitiles. Todo hombre es súbdito de los apetitos carnales; condenado está el cuerpo y no hay curación posible para la sangre. La verdad es que ningún sabio ha logrado curarse de las leyes de la naturaleza y de la humanidad.

He aquí la triste y disforme mezcla. El bien es sudario y mantillas; el mal es sepulcro y cuna; ambos se producen y la vida es su sello. Los atemorizados o esperanzados filósofos sueñan, y no existe entre ellos más diferencia al revelar el Edén, y aun al probar su existencia, que el verlo detrás o delante. Los sabios del pasado dicen:—El hombre retrocede, sale de la luz y penetra en el crepúsculo; el hombre ha partido del todo para naufragar en la nada. Ellos dicen: bien y mal. Y nosotros: mal y bien.

¿Es esta la frase exacta? ¿la cifra única? ¿el dogma? ¿es la sola túnica de Isis? Mal y bien, ¿estriba en eso toda la ley?— ¡La ley! ¿quién la conoce? ¿Alguno de nosotros, fuera de sí como dentro de sí mismo, bajo el cúmulo de los hechos, de las épocas, de las edades, ha penetrado en ese antro y sondeádole? ¿Hay alguien que desembrolle el germen original? ¿Alguien ve el punto extremo del túnel? ¿Hay quién vea la base y el techo a la vez? ¿Hemos penetrado siquiera la naturaleza? ¿Qué cosa es la luz y qué cosa el imán? ¿Qué el cerebro? ¿De qué se forma el movimiento? ¿De dónde procede que falte el calor a los rayos de la luna? ¡Oh noche! ¿qué cosa es un alma? ¿son almas los astros? ¿El perfume es el alma errante del pistilo? ¿Sufren las flores? ¿piensan las rocas? ¿Qué cosa es la onda? ¡Seres vivos! ¿acaso distinguimos una cosa de un sér? Dí, mortal, ¿qué es la muerte? ¿qué la vida? De un hecho preguntáis: ¿esto es la ley? Veamos, sea quien fueres, tú que hablas, dime: ¿qué eres? ¿quieres sondear el abismo? ¿Te sientes con fuerzas bastantes para escudriñar la obra de las savias bajo la corteza; para acechar, a través de la noche de las subterráneas vetas, el himeneo del agua terrestre con las olas del mar y la formación de los metales; para perseguir en sus antros el plomo, el azogue y el cobre, hasta el punto de poder decir: he aquí cómo se fabrica el oro bajo tierra y el alba en el firmamento? ¿Eres capaz de todo esto? habla. No. Bien está: no seas pródigo en axiomas tocante a Dios ni en sentencias respecto del hombre, y deja de pronunciar fallos sobre el infinito. Y todo aquel que aquí abajo, maldito o lleno de bendiciones pueda decir:—Lo que poseo es la ley, la ley completa, este hombre es Dios,

Dios con todos sus rayos; no os descuidéis en coleccionarle, y guardadle bien, temerosos de que se os escape.—Sabio en su laboratorio o sacerdote bajo su capa pluvial, ¿quién nos mostrará la suerte de ambas caras? ¿Quién medirá la sombra del uno al otro extremo, y la vida y el sepulcro, espacios inmensos donde el montón de los días expira bajo la masa de las noches, donde los vagos relámpagos se deslizan por entre las tinieblas, donde se desvanecen las extremidades de las leyes?

Cierta o falsa, absurda y loca, o demostrada esa ley del progreso en medio del luto, del éxito en la caída y del puerto en los escollos, lo cierto es que ante el enigma y ante el destino a veces los más firmes se sorprenden y cejan. Apenas blanquean algunas cimas en medio de la oscuridad de la noche, cuando la bruma ya ha envuelto otras cúspides: grandes montes, al parecer rodeados de eterna luz y libres del abismo, se yerguen, pero negros y lentamente borrados, desaparecen. Momentáneamente muéstranse todas las verdades, y luego cúbrelas un velo. El día, si día puede llamarse a tan sombría claridad, parece que sólo se levanta para contemplar las sombras; deja de verse el faro; uno no sabe qué pensar. ¿Se ha retrocedido o se ha avanzado? ¡Oh! ¡cuán lenta es la marcha en la humana ascensión, y cómo se siente la pesadez del arca! ¡Cómo destrozan sus espaldas contra los ángulos del progreso, aquellos que llevan sobre sí la carga de los intereses generales! ¡Cómo se deshace todo y vuelve a caer a compás! Nada de principio adquirido, nada de conquista segura; en el acto en que se cree terminado el edificio, se derrumba, aplastando al artífice. El siglo más grande puede tener su hora inmunda; a veces muge un azote en todos los puntos del globo terrestre y diríase que el hombre está poseído de un exceso de furor. El europeo, hermano mayor, gusta del horror como el caribe y el malabar; el civilizado inglés sobrepuja al bárbaro indu. El fin humano eclípsase en un infame olvido; reina la noche del Danubio al Nilo, del Ganges al Ebro. Fiesta en el Norte; celébrase la muerte del Mediodía. Dice Berlín: Rie, Europa, Francia ya no existe. ¡Oh género humano! A pesar de tantas edades terminadas, tu vieja ley de odio es siempre la más fuerte; el Evangelio constituye perennemente muerta claridad, huye la luz del día, se desangra la paz, vése proscrito el amor, y Cristo no ha sido desclavado todavía.

—oo—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEDAN

I

Embargado por el destino, es decir, por la lógica, el hombre trágico, cautivo de su maldad, entregado a ciegas a los negros sucesos que jugaban su vida a cara o cruz, fué a estrellarse, soñador, en el oprobio. En él estaba fija la gran mirada de arriba, lejana y formidable, mirada que jamás abandona al crimen; Dios empujó al tirano, hoy larva y espectro, hacia no sé qué sombra donde se estremece la historia, mansión que todavía nadie había visitado; y allí, cual en el fondo de siniestro pozo, le perdió. Sobrepujó el juez a cuanto se predijera.

Cierto día soñó aquel hombre: Yo reino. Sí, pero se me desprecia, preciso es que se me tema. Quiero a mi vez ser dueño del mundo. ¡Tierra! valgo tanto como mi tío, y asístime el derecho de aterrorizar. Verdad que no cuento en mi historia con una jornada como la de Austerlitz, pero sí con un brumario. Aquél está poseído del espíritu de Maquiavelo al par que del de Homero, y ambos a dos prestan atención a cuanto hace; a mí me basta con Maquiavelo. Gallifet me pertenece; antes tuve a Morny; ahora cuento con Rouher y Devienne.

Aun no he tomado a Madrid, ni a Lisboa, ni

a Viena, ni a Nápoles, ni a Dantzing, ni a Munich, ni a Dresde, pero no se me escaparán. En los mares humillaré la cruz de San Andrés y tendré por tributaria la vieja Albión. El ladrón que no es rey de reyes vegeta: por mi parte prometo engrandecerme. Yo, tendré por lacayos a Mastai con su mitra, a Abdul con su turbante, al Czar cubierto con su piel de oso y su gorro de marta. He herido con mis rayos el boulevard Montmartre; puedo, pues, vencer a Prusia; tanto vale sitiar a Tortoni como a Berlín: cuando uno se ha apoderado del Banco también puede tomarse Maguncia. San Petersburgo y Stambul son dos perros de porcelana: Pio y Galantuomo están en guerra abierta; Inglaterra e Irlanda se pelean ruidosamente cual dos machos cabríos en la pradera; España lanza una granizada de balas sobre Cuba; agárranse por los cabellos José, pseudo-César, y Wilhelm, dechado de Atila: pondrélos en paz, convirtiéndome en árbitro de todos, yo, el antiguo plebeyo; cabiéndome la gloria, casi sin discusión, de ser el Omnipotente y el Altísimo de aquí abajo. De falso Napoleón transformarse en verdadero Carlo-Magno, ¡cuán bello es!

Bismarck me hace el efecto de un saltimbanqui; creo que soy tan buen cómico como él. Hasta ahora he domado al deslumbrado acaso, haciéndole cómplice mío, y estoy enlazado con el fraude. Aunque cobarde, he vencido; brillo a pesar de mi infamia. ¡Adelante! ¿Acaso no cuento con París? Pues soy dueño del género humano. Todo me sonríe, ¿por qué detenerme en el camino? Sólo me falta ganar el quinterno; prosigamos, ya que la suerte es una bribona. Pertenéceme el universo, así lo quiero; este negro globo estrellado cabe bajo mi cubilete. He escamoteado a Francia; escamoteemos, pues, la Europa. Diciembre es mi manto; la sombra me envuelve; han volado las águilas y sólo me quedan los halcones, pero ¡no importa! Es de noche y aprovecho su oscuridad: ataquemos.

Y no obstante era día claro, tanto en Londres, como en Roma, como en Viena, y todo el mundo abría los ojos, excepto ese hombre: Berlín sonsonreía y acechaba silencioso. Como estaba ciego, supuso que era de noche: todos veían la luz; sólo él veía sombras.

Sin calcular el tiempo, el sitio, el número, a tientas, fiando en el vacío, sin más seguridad que sus propias tinieblas, ese suicida púsose al frente del ejército de Francia a quien precedía el renombre, y sin cañones, sin pan, sin jefes, sin generales, condujo los héroes al fondo de la sima.

—¿Dónde vas?, díjole la tumba. Y él respondió: «¿Acaso lo sé?»

II

Plinio explora el Vesubio y Empedocles el Etna; motivo asiste para obrar así a esos grandes curiosos, pues en su cráter irradia un crepúsculo; a Sócrates se le apellida discreto y loco a Jesucristo, siendo así que el primero es razonable y sublime el segundo; el profeta negro grita alrededor de Solima hasta que cae muerto a los golpes de las jabalinas; Green se confía al aire y Lapeyrouse a las olas; Alejandro invade la Persia y Trajano la Dacia; todos estos hombres saben lo que hacen, lo que quieren. Su audacia lleva un fin; empero jamás los siglos, habían presenciado el insensato espectáculo, el vértigo, el ensueño de un hombre que, descendiendo por sí mismo de triunfal y suprema cúspide, se toma el trabajo de abrir su fosa, y, colocando su cabeza bajo la horrorosa cuchilla rodeada de misterio, se la corta para afirmar en sus sienes la corona.

III

Satan caído de lo alto conserva su grandeza, pues su anonadamiento tiene cierto aire de apoteosis;

tratándose de un destino altivo, toda ruidosa catástrofe equivale a un último rayo. Antes cayera Bonaparte, y su inmenso crimen no deshonró al abismo; Dios le rechazó, pero a pesar de todo sobrenadaba en él algo de vasto y altivo; la claridad ocultaba la sombra, de suerte que la gloria estimaba aquel hombre sombrío y la humana conciencia dudaba en cierto modo tocante al daño que hacen los colosos.

Malo es divinizar el crimen; Dios vió que era preciso renovar el ejemplo.

Cuando un titán ladrón ha trepado a la cúspide, todos los ladrones quieren seguirle. Hora es de que el universo sepa horrorizado hasta qué punto el pequeño puede sobrepujar al grande, cómo un vil arroyuelo es peor que un torrente, y cuanto estupor encierra el destino, aun después de Waterloo y de Santa Elena. Dios quiere impedir que se levanten negros astros. Siendo útil y justo terminar brumario y ese diciembre velado todavía por una salpicadura que llega al firmamento y envuelto además en los enormes recuerdos de antes, necesitándose arrojar el último peso a la balanza. Aquel que todo lo mide quiso enseñar al mundo el execrable derrumbamiento después del gran final, para que el género humano recibiese una lección y menospreciara al causante de todo, ante el que tembló; para que después de la epopeya se ofreciera la parodia, y para que viéramos lo horrorosa, devastadora e infructífera que puede ser una tragedia cuando es un enano el que imita la caída de un gigante.

Como ese hombre personificaba el crimen, preciso era que todo el baldón recayese sobre él, que dándole perennemente el luto por pedestal; preciso era, digo, que al caer en la cloaca la produjese náuseas.

IV

Alegre es Azincourt. De hoy más Ramillies, Trafalgar, halagan nuestras melancolías; Poitiers ya no constituye una página de luto, ni Blenheim figura en el número de las afrentas; Crecy ha dejado de ser el campo donde inclinamos la frente, y el negro Rosbach hácenos el efecto de una victoria. ¡Oh Francia! La página repugnante de tu historia es Sedán. Escupe este fúnebre nombre, ante el que todo se eclipsa, para no pronunciarlo jamás.

La llanura. ¡Horroroso punto de cita! Ellos han llegado y nosotros también. Dos bosques vivos, formados de humanas cabezas, brazos, pies, voces, sables y furores marchan uno contra el otro y se confunden. ¡Qué espectáculo! Oigo gritos. ¿Acaso es la voz del cañón? A veces el sepulcro muéstrase tumultuoso, a lo cual llamamos altos hechos, hazañas; todo huye, todo se derrumba, y al estrépito levanta la cabeza el gusano. Los reyes lanzan sentencias, y el hombre ejecútalas en el hombre, obteniéndose cual laurel de la victoria la muerte de un hermano. ¡Oh guerra! La casualidad pasa montada en carro de sombras tirado por espantosos e invisibles caballos.

Indómita era la lucha. Fuego lanzaban las pupilas de los combatientes en el fragor de desenfrenada carnicería; el fusil Chassepot desafiaba al Dreyse. La rabia envolvía las sombras, y se comunicaba, cual si tomara cartas la naturaleza en la batalla. El mismo campo fatal parecía fuera de sí.

Este veíase rechazado, aquél impelido: allí estaban Alemania y Francia. Todos abrigaban la trágica esperanza de morir o la repugnante dicha de matar. La semilla sembrada por horroroso brazo, la metralla, llovía sobre el campo tenebroso; y respiraban penosamente los heridos, a quienes se pisoteaba, y bramaban los cañones lanzando sobre las masas formidable humareda que se perdía en el espacio. En medio del áspero encarnizamiento todos recordaban sus deberes, el honor que les ligaba a sus banderas, la abnegación, y la patria. De improviso, entre aquella bruma, al estrépito producido por el trueno, en la enorme sombra do ríe la visionaria muerte, en el caos de los épicos choques, en medio del infierno de cobre y de bronce que derriba aplastando cuanto cae, entre el ruido de la hecatombe, al toque de los rudos clarines que entonan su sombría cantinela, mientras luchaban nuestros soldados, altivos y tratando de igualar a sus antepasados, veneración de los pueblos, de repente, óyese este grito monstruoso: ¡Quiero vivir!

Calla el cañón estupefacto, interrúmpese la ébria pelea... Acabábanse de pronunciar las dos palabras fatales.

La negra águila abre sus garras y espera.

V

Entonces Francia, la gloria, y Brennus, la audacia, y Clodoveo, la victoria, entonces el viejo titán céltico de larga melena, y el altivo grupo de las batallas, Châlons, Tolbiac la indomable, la cruel Arezzo, Bovines, Marignan, Beangé, Monsen-Puelle, Tours, Rávena, Agnadel, Fornoue, Ivry, Coutras, Cerisolles, Rocroi, Denain y Fontenoy, Jemmape, Hohenlinden, Lodi Wagram, Eylau, los hombres del último cuadro de Waterloo, y esos guerreros tales como Heristal, Carlo-Magno, Carlos Martel, Turena, espanto de la Alemania, Condé, Villars, Kleber, Desaix y Napoleón, más grande que César y Pompeyo, entregaron sus espadas por manos de un bandido.

——oo——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡REPRESALIAS, NO!

No suelo doblegar las palabras en que creo, tales como razón, progreso, honor, lealtad, deberes, derechos. Nadie va a la verdad por un camino oblícuo. Sé justo; así se sirve a la república. Nada de cólera, pues sin dulzura no puede haber justicia. Soberana es la revolución; el pueblo un luchador prodigioso que arrastra el pasado hacia la sima y le empuja dentro con el pie. Sea: pero en medio de la sombra que me rodea no conozco otra majestad que tú, ¡oh conciencia! Todavía no he perdido la fe, y mi candor dimana de la experiencia. A los que he abatido no los destrozo. Mi círculo constituye mi derecho, y el suyo es mi compás; que todo se equilibre entre mis enemigos y yo, pues si los veo atados no me siento libre: mis rodillas se gastarían solicitando perdón antes que verter yo sobre ellos lo que lanzaban sobre nostros. Nunca diré: «Ciudadanos, el príncipe que se levanta en favor nuestro, contra nosotros agota sus fuerzas; honremos la rectitud despidiéndolo; la probidad se apareja con el expediente.» Tampoco iré a recoger mi lógica en los impuros labios de los jesuítas. Jamás diré: «Violemos la verdad;» ni tampoco: «Ese traidor, gracias a su perversidad, ha merecido que yo sea inícuo; reemplazo al leproso, pues me comunica su enfermedad; y ante el mismo hombre, para mi hoy será virtud lo que ayer constituía maldad en él. Era mi tirano, ahora será mi víctima.» El talión no es un reflujo legítimo. Mañana quiero ser lo que ayer fuí. No me será dado tomar en mis manos un crimen, diciendo: «Este crimen era su proyectil; encuéntrolo infame y útil a un tiempo; de él me sirvo y hiero, ya que fui herido a mi vez.» No, quedará engañada la esperanza de verme rebajado. ¡Cómo! ¿he de ser sofista cuando fui profeta? Mi triunfo no puede renegar de mi derrota; pienso mantenerme el mismo después de tanto vivir, y que en mí, el vencedor sea fiel al vencido. ¡Oh Dios mío! es inútil que me adviertas; no conozco dos justicias, como tampoco conozco dos soles. Al apagar nuestros derechos apagamos nuestros astros. Si después de tantos desastres no puedo obrar bien, tampoco quiero hacer mal a nadie.

Para los reyes la quimera, para el pueblo el ideal.

¡Expulsar a éste, arrojar a aquél en las mazmorras! ¡Nunca! ¡Declarar que las cárceles, los barrotes, los carceleros y el tenebroso destierro, malos para nosotros, son buenos para ellos! No, jamás arrebataré la patria a nadie. En mi cabellera tiembla un resto de huracán; veinte años de destierro hánme dado el austero derecho de oponer a los furores solitaria negativa, cerrando mi alma a la ciega iracundia; si veo los siniestros calabozos, los cerrojos, las cadenas amenazar a mi enemigo, éste me inspira amor, y doy asilo hasta al que me ha proscrito: he aquí lo que tiene de bueno el destierro. Si fuese Jesucristo salvaría á Judas.

Nunca me mancharé con un acto de venganza.

Un castigo harto rudo trae consigo demasiada indulgencia y llegaría a enternecerme si viese torturar a Caín. ¡No, jamás oprimo! ¡nunca mataré! Para servirte, pueblo mío, en este siglo fatal, renuncio a todo, hasta al nativo suelo, a mi nido, a mis sepulcros, al cielo azul de Francia surcado por la inocente paloma, a París, sublime campo del que fui segador, a la patria, al paterno hogar, a la fe-

licidad; pero entiendo mantenerme puro y sin mancha. No abdicaré del derecho que me asiste a la inocencia.

—

El pensador ha dejado de ser el tranquilo espíritu, grave en su actitud, despidiendo sus ojos relámpagos de indignación; ya no es libre, la cólera le domina; ha quedado prisionero del aborrecimiento; él, cuya vida se desparramaba en torrentes de amor; él, consolador, hoy se trueca en ser maldiciente. El que creía no tener que soportar más sufrimientos que los propios del género humano, sufre ahora viendo el desgarramiento de Francia; reconoce que existe en la tierra un rincón sagrado, la patria, caro aún para un corazón desmesurado, y que a veces amarga el alma del discreto, el cual se convierte en hijo al querer desangrar a su madre.

Sin duda que no siempre será desesperada su situación. Algún día su mirada recobrará gradualmente los augustos rayos del alba después del eclipse; veráse, es cierto, después del infame apocalipsis, reaparecer en él lentamente los blancos resplandores que Dios imprime de noche en la frente de los investigadores, al par que envía al hombre sumido en un antro, en un presidio, la luz del grande astro oculto detrás de la montaña. Sí, renacerá la paz; los pueblos se amarán.

Entre tanto lanza a los vientos su estrofa irritada y marchita: por momentos mira a lo lejos, sumamente hastiado; diríase que sacudiendo con fuerza su melena hace huir los monstruos de su presencia; parece un espectro errante falto de guarida; su planta huella inquieta el traidor y poco firme suelo.

¡Desolación! Europa vése encadenada; en lugar de Francia aparece un cadáver. Ha sido vencida la luz obteniendo la victoria la nada: el porvenir

se desdice, la gloria se desmiente; ya no hay honra, ni fe; sólo rebajamiento, olvido, oprobio, una oleada de cobardía que va subiendo.

El siente el áspero aguijón de tanta vergüenza. Ese león cojea, gracias a la espina que se ha clavado en el pie.

—

¡Oh vosotros, quien quiera que seáis, empeñados en ser amos, os compadezco! Viles, malignos, feroces, cobardes, traidores, pereceréis en manos de los que creéis dominar. El presente es el yunque do se forja el porvenir. La araña es más tarde cogida en sus propias redes. Si arrancábais el velo de los negros sucesos reconoceríais en esos ocultos verdugos vuestras pasadas faltas: detrás de él el asesinato, la embriaguez, el éxito, la gloria dejan una baba que, algún día, fuerza será tragársela; ahogando en vosotros la enemistad, la rabia, llegaréis a compadeceros de vosotros mismos. El rayo que os hiere lo soltasteis vosotros mismos, hasta el punto de que la suerte da dos nombres a la misma acción: primeramente crimen, más tarde castigo.

—

En tanto que muge el mar, y sobre el horizonte se derrumban los tumultos, ese vigilante (el poeta) hase encaramado en su observatorio. Su único deseo es que la concordia acabe por imperar.

Antes, durante elutados períodos como el que estamos pasando, el pensativo poeta sólo se confundía con los hombres para desarmarlos e infundirles la ternura de su corazón: amaba al vencido sin odiar al vencedor; suplicaba al ejército y a la ciudad. A los vivos cegados por la guerra civil mostrábales la claridad de lo verdadero, de lo grande, de lo bello, hallándose más que ellos inclinado hacia la tumba; y este hombre, en medio de un mundo inexorable, era el mensajero de la venerable paz. Gritaba: ¡Ah! ¿aún no se ha sufrido bas-

tante? ¿El cansancio no llegará a hacernos buenos? ¡Paz! ¡Compasión! ¡Los deberes son idénticos hoy día. El poeta, quiere que el hombre viva, que el hombre crea. El cielo, mansión desconocida y sagrada, por medio de su bondad prueba la dulzura eterna; la radiante poesía es hermana de la clemencia al par que de la armonía, afirmando lo verdadero negado por la cólera: lo verdadero es la esperanza, es la bondad, y la fraternidad constituye el gran rayo del arte. ¿De qué sirve agravar nuestra suerte con el odio? ¡Oh! si el hombre poseyera el oscuro idioma de los infiernos, de ese caos mansión de horrorosos destinos, de todos esos pobres corazones, de esas bocas condenadas, de ese llanto, de esos males sin fin, de esas iracundias, apercibiríase este sombrío canto: ¡Amémonos los unos a los otros!

El huracán, el océano, la tempestad, el abismo, y el pueblo, tienen por ley la sublime pacificación una vez llegada la hora del ayuntamiento, el desatinado antro da un beso a la tierra: furiosa es la espuma, pero no eterna; el más indómito aquilón acaba por plegar sus alas; la noche conduce al alba, apareciendo el sol.

——oo——

LOS DOS TROFEOS

¡Oh pueblo! este siglo ha presenciado tus obras sobrehumanas. Te ha visto reamasar la Europa. Mostraste la nada del cetro y de las coronas con tu modo de fabricar y de derribar los tronos: a cada paso que dabas todas las cosas aumentaban un grado; andabas e ibas sembrando por el despavorido globo formidable masa de ideas; eran tus legiones las desbordadas olas del progreso elevándose de cima en cima. La Revolución te guiaba; tu gloria ¡oh pueblo! tenía por compañera la aurora. Lo mismo que se invocara a los griegos se invocaba a los franceses: destruías el mal, el infierno, el error, el vicio. Magnífico, luchabas contra todo lo perjudicial; tu claridad tragábase la noche; toda la tierra estaba confundida en tus resplandores, y mientras te remontabas hacia tu estrellada vía, admirábante los hombres, aun en tus reveses; a veces te cernías por el espacio, y durante veinte años el universo, del Tajo al Elba y del Nilo al Adigio, constituyó el deslumbrado rostro y tú el prodigio; y todo desaparecía, hasta el jefe gigante, ante el pueblo titán.

De ahí dos monumentos levantados a tu gloria, el pilar del poder y el arco de victoria, constituyendo entrambos tu mismo sér ¡oh pueblo soberano!

Util es pensar que en otro tiempo fuímos vencedores. ¡Oh! ¡cómo van a ser guardados esos dos monumentos, espanto de la hostil Europa, y cómo serán vigilados día y noche con amor sombrío!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tante? ¿El cansancio no llegará a hacernos buenos? ¡Paz! ¡Compasión! ¡Los deberes son idénticos hoy día. El poeta, quiere que el hombre viva, que el hombre crea. El cielo, mansión desconocida y sagrada, por medio de su bondad prueba la dulzura eterna; la radiante poesía es hermana de la clemencia al par que de la armonía, afirmando lo verdadero negado por la cólera: lo verdadero es la esperanza, es la bondad, y la fraternidad constituye el gran rayo del arte. ¿De qué sirve agravar nuestra suerte con el odio? ¡Oh! si el hombre poseyera el oscuro idioma de los infiernos, de ese caos mansión de horrorosos destinos, de todos esos pobres corazones, de esas bocas condenadas, de ese llanto, de esos males sin fin, de esas iracundias, apercibiríase este sombrío canto: ¡Amémonos los unos a los otros!

El huracán, el océano, la tempestad, el abismo, y el pueblo, tienen por ley la sublime pacificación una vez llegada la hora del ayuntamiento, el desatinado antro da un beso a la tierra: furiosa es la espuma, pero no eterna; el más indómito aquilón acaba por plegar sus alas; la noche conduce al alba, apareciendo el sol.

——oo——

LOS DOS TROFEOS

¡Oh pueblo! este siglo ha presenciado tus obras sobrehumanas. Te ha visto reamasar la Europa. Mostraste la nada del cetro y de las coronas con tu modo de fabricar y de derribar los tronos: a cada paso que dabas todas las cosas aumentaban un grado; andabas e ibas sembrando por el despavorido globo formidable masa de ideas; eran tus legiones las desbordadas olas del progreso elevándose de cima en cima. La Revolución te guiaba; tu gloria ¡oh pueblo! tenía por compañera la aurora. Lo mismo que se invocara a los griegos se invocaba a los franceses: destruías el mal, el infierno, el error, el vicio. Magnífico, luchabas contra todo lo perjudicial; tu claridad tragábase la noche; toda la tierra estaba confundida en tus resplandores, y mientras te remontabas hacia tu estrellada vía, admirábante los hombres, aun en tus reveses; a veces te cernías por el espacio, y durante veinte años el universo, del Tajo al Elba y del Nilo al Adigio, constituyó el deslumbrado rostro y tú el prodigio; y todo desaparecía, hasta el jefe gigante, ante el pueblo titán.

De ahí dos monumentos levantados a tu gloria, el pilar del poder y el arco de victoria, constituyendo entrambos tu mismo sér ¡oh pueblo soberano!

Util es pensar que en otro tiempo fuímos vencedores. ¡Oh! ¡cómo van a ser guardados esos dos monumentos, espanto de la hostil Europa, y cómo serán vigilados día y noche con amor sombrío!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nosotros, a quienes se ultraja, invocaremos los hechos que aquellos representan pidiéndoles el ardor que se necesita para castigar. ¡Ah! ¡cómo buscará nuestra melancólica mirada en ese fiero metal y en ese mármol altivo a los indómitos veteranos, hijos de la República! Porque la hora de la caída es la hora del orgullo; porque a los ojos del enlutado pueblo la derrota viene a aumentar el bravío resplandor de los trofeos, recobrando los ánimos su perdido calor. La visión de los grandes es saludable para los pequeños. Eternizaremos esos monumentos edificados por los muertos, cuya obra extraordinaria sobrevive. Esos muertos, en otro tiempo poderosos, asemejábanse al trueno, oyéndose todavía el estrépito de sus pasos.

¡Oid, es el azadón! ¡oid, es una bomba! ¿Quién ordena el bombardeo, quién la demolición? Vosotros.

*

El pensador tiembla, cual el anciano rey Lear que habla a la tempestad y evita los reproches. ¡Qué señales más espantosas! ¿Acércanse por ventura días fatales? ¿Acaso puede asesinarse al porvenir? ¿acaso muere un siglo cuando aun no ha nacido el que le sigue? ¡Vértigo! ¿de quién es presa París? Un poder le mutila, otro poder le hiere con sus rayos. De suerte que dos huracanes están luchando en el Sahara, émulos entrambos en la destrucción. Pueblo, esos dos caos obran mal; por mi parte censuro así el firmamento que truena como a la tierra que se estremece.

*

De esos dos poderes, cuya cólera va en aumento, el uno tiene la ley en su favor, el otro el derecho; Versalles posee la párroquia y París la *commune;* pero sobre ellos, por encima de todo descuella Francia una; y además, cuando la situación es de lágrimas, ¿conviene devorarse mútuamente? ¿ha sido bien escogida la hora para la lucha? ¡Oh fratricidio! Aquí todo el frenesí de los cañones, de los morteros, de la metralla, y allá el vandalismo; aquí Caribdis, y allá Scila. Al triunfar tus esplendores, cada uno arranca a tu gloria uno de tus dos trofeos: vivimos en días siniestros y nuevos, y de esos dos poderes extrañamente rivales, para quienes golpea el martillo y levanta torbellinos la metralla, uno toma el Arco Triunfal y el otro la Columna.

*

Mas trátase de Francia. ¿Acaso derribaríamos lo que permanece de pie sobre los negros horizontes? ¡Aquí está la grandiosa Francia! ¡Qué importa Bonaparte! ¿Por ventura se para mientes en un rey al contemplar Esparta? Quitad de en medio a Napoleón, y reaparece el pueblo. Derribad el árbol, pero respetad el bosque. Todos estos grandes combatientes, dando vueltas en esas espirales, poblando los campamentos, las torres, salvando murallas y puentes, fosos, ríos, pantanos, son la Francia asaltando el progreso. ¡Justicia! quitad de delante a César, y en su lugar poned a Roma. Que se vea en esa cima un pueblo y no un hombre; condensad en estátua sobre el pedestal, la muchedumbre de la vida al París caballeresco, vengador de los derechos, vencedor de la feroz mentira. Fabricad esa estátua de un metal tan puro que no se vislumbre en ella nada de oscuro ni de fatal; y que ese pueblo gigante, ilumine el camino del lejano ideal.

Respeto a nuestros soldados; la Revolución muge en el fondo de sus cien combates. La Marsellesa, espanto del oscuro mundo antiguo, allá es piedra, aquí bronce, y de estos dos monumentos parte una exclamación: ¡Rescate!

*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Y con nuestras propias manos destruiremos la Francia? ¿somos nosotros los autores de tamaño atentado? ¡Nos lanzamos sobre éste doble trofeo, envidia de los teutones, empuñando la antorcha y la maza, y todos a la vez, en tropel! ¿Es decir, que nuestra gloria se derrumba al impulso de nuestros propios golpes? La destrozamos teniendo a Prusia por testigo. ¡Oh patria desatinada! ahí están aquellos a quiénes fué entregada y vendida tu invencible espada, ahí están los que derribaron al hombre de Ham. Delante de Reichshoffen bórrase Wagram; Marengo es tachado de la lista, sólo queda Waterloo. La altiva página muere bajo la presión de la página funesta; lo que mancha sobrevive a lo que brilla, y para conservar Forbach se suprime Jena.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¿Dónde están ¡oh Francia! los Charentones y los Bicêtres? ¿Por ventura los antepasados, no van a levantarse de sus tumbas, terribles, sacudiendo su viejo sable enmohecido, buscando en el firmamento la gran aurora desvanecida? ¿No es un hecho inaudito el verse expulsados violentamente de la historia por los vencidos hijos, ellos que se prodigaban sin jamás decir «¡bastante!» ellos que tuvieron al Papa y a los reyes, la negra sombra y el pasado, cautivos y cercados en medio de su gloria, ellos que bloquearon al mundo antiguo,? ¡Ah! este último golpe después de tanto infortunio, y la incurable paz de la que sagran dos úlceras, y todos esos vanos combates, ¿acaso no había sido puesta a prueba y bastante vejada la Francia? Y sin embargo, ¡por vuestro propio impulso derribasteis el bronce y ametrallasteis la piedra!

—

Patrimonio de los pueblos son los siglos; ellos sólo pueden disponer del momento fugaz, y lo uti-

lizan. ¡Oh extraña lucha! ¡oh encarnizamiento! Todos cortan con estrépito una rama del árbol. Vense saltar las partículas de bronce y las de mármol, cayendo la columna romana, así como el arco francés. La historia es acuchillada y agoniza la gloria. Piensese lo que se quiera de la Francia de ayer, de este rudo ejército y de este pueblo altivo, era ilustre lo que en este siglo en su tercer lustro soñó, intentó y quiso. ¿Por qué buscar que el país quedara reducido a nada? ¿Por ventura hase creado algo para los desheredados y para los trabajadores? ¿Se han cerrado los presidios? ¿se han abierto las escuelas? Destrúyese Marengo, Lodi, Wagram, Arcole; y, ¿siquiera se ha fundado el derecho universal? ¿Tiene el pobre un hogar, y fuego, y pan, y sal? ¿Hanse colocado el taller y la cabaña al amparo de una ley inmensa de vida y de luz? ¿Hase deshonrado la guerra renunciando a la loca y siniestra efusión de sangre? ¿Háse confeccionado nuevamente el código a imagen del justo? ¿Se ha erigido el altar de la augusta clemencia? ¿Hase levantado el templo do la claridad se condensa en razón y trúecase en libertad? ¿Se ha dotado al niño y emancipado a la mujer? ¿Hase plantado en lo más hondo del alma del hombre el árbol de la verdad? ¿Ofrécese al progreso, que se revuelve en la estrechez, alguna holgura de horizonte y de ruta? No, ruinas, nada. Sea. Por lo que a mi toca, dudo que baste con decir al pueblo murmurador: Lo que se hace es pequeño, y grande lo destruído.

—o-o—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS ARDIENDO

¿Cuándo concluirán los horrores? Oigo decir en voz baja: ¿y Moscou? ¡Ah! este espantoso asesinato es una imbecilidad. Hacer de todo un pueblo un inmenso mártir, trocar el día en noche, la Europa en China, porque hubo un oso llamado Rostopchin. ¡Que arda París, ya que ardió Moscou! Porque Rusia adoró su cabestro, porque quiso, reduciendo a cenizas su ciudad, expulsar a Napoleón para conservar a Alejandro, porque esto agradó al czar, porque, fija la mirada en la cruz de oro de Iván, un bárbaro ha salvado a su país valiéndose de un crimen, ¡hay que arrojar a la estrellada Francia en el abismo! Pero vosotros que hacéis traición a los derechos del pueblo, cometéis el crimen al par que perdéis el país. Ese Rostopchin es grande, mas con grandeza salvaje, tiene la estatura que puede alcanzar la esclavitud, y dicho hombre, empuñando una antorcha, penetra en su patria y sálese del género humano: es el viejo y negro escita, es el antiguo gépido, que se muestra feroz, sublime y estúpido a un tiempo; sábese lo que ha hecho, mas ignórase si comprendió sus obras; sería un héroe a tener talento. Sobre la cúspide de los siglos lucen cuatro llamas sombrías: Efeso embocando su clarín; la otra ofrécenos a Omar y la otra al cantor Nerón; como éstos, Rostopchin alumbra la historia. De estos cuatro resplandores, el suyo es el menos negro; pero vosotros, ¿qué queréis imitar?

¿Encender la quinta pira? ¿por ventura está destinado París a derretirse como la nieve? ¿os equivocáis hasta el punto de confundir la ciudad perjudicial con la útil? Moscou es la siniestra Babel del desierto, el antro donde cojea la razón, donde la verdad mira de través. Moscou era el Asia y París es la Europa. ¡Cómo! ¡se envuelve con el mismo sudario inepto y quiérese que en la misma tumba quepan Moscou, triste pasado, y París, representación del porvenir! ¡Qué importa que Moscou no exista! Quitad, en cambio, a París, y veréis surgir la sombra. La brújula se ha perdido y naufraga la nave; el progreso estupefacto no sabe por donde va. Si arrancáis al género humano ese ojo enorme, el cíclope queda ciego, y, aparte los hechos posibles, marcha a tientas lanzando horribles gritos. Baja de la pendiente en dirección a lo ignoto.

*

París presta un manto de luz a las ideas. Basta que solo lance una mirada sobre los errores, para que estos tiemblen y se derrumben. Así como bajo el templo está la cripta, y bajo Grecia el Egipto, y bajo el Egipto la India, y bajo la India la noche, bajo París, edificado por el tiempo y las razas, al cavar se encuentra toda la vieja historia. La conquista de París fué una victoria para el hombre; si ahora se le arrebata, tanto vale uncirlo al carro de la servidumbre. ¡De qué sirve la lucha si todo ha de desaparecer! Todos los pueblos unidos por venerable himeneo, han creado el alfabeto de la razón y del deber humano; París es su libro. París reina, y liberta. Mientras se mantenga en pie, el mundo estará tranquilo.

Tiene por emblema una embarcación que despliega su bauprés como un cetro; hace el gran viaje, partiendo de la ignorancia y remontándose hasta el pensamiento. Sabe el itinerario y ve el fin; va

más lejos de lo que se quisiera, sube más alto de lo que se soñó, pero siempre llega; busca, crea, funda, y lo que París halla es en provecho del universo entero. Una evolución del globo quiere a París por eje y tómale por astillero. Londres tiene su Carlos I, París su Luis XVI; Londres mató al rey, París la monarquía. Una palabra que París profiera vale tanto como una embajada; París siembra leyes en lo más hondo. A cada momento vese una gavilla de sublimes ensueños que, empuñando la antorcha o la espada, huyen de París desparramándose por el orbe. Dante llega a esta ciudad para escribir sus primeros versos; en ella construye Montesquieu las leyes, Pascal las reglas, y desde París emprenden su vuelo todas las águilas.

Quiere París que todo ascienda hasta un grado supremo; en apoyo del progreso y de las ideas emplea razones de cien codos de elevación, teniendo por cima y refugio la majestad de los principios rodeados de altiva claridad. El indómito pico de la verdad, he aquí su acrópolis; extrae a Mirabeau del siglo de Walpole. Este París que en todo tiempo hace cuanto puede en bien de los otros, a veces es Sibaris, nunca Lilliput. París nunca es pequeño, aunque se vea cubierto de polvo y reducido a la nada. Bueno es el fondo de sus furores; jamás el odio viene a turbar su augusta cólera ni a embarazarle; el cuerpo enternécese más bien cuando entiende el espíritu, y para ser el mejor ha de mostrarse el más grande. De ahí la dignidad de París, su lógica de sufrir por el hombre con trágica dulzura, y la fraternidad que muge en su iracundia. Témenle los tiranos en el campo y los buhos en sus madrigueras, pues al desear la paz desea la aurora. Abre un lecho a la tendencia humana, todavía oscura y vaga, fíjala un fin, dála un sentido. Ciertos problemas constituyen frutas de oro envueltas en cenizas; el fondo de uno es Todo, el de otro Nada; si se busca con demasiado ahinco el bien es fácil dar con el mal. París sabe esto y elige lo que debe vivir. A veces el derecho trueca se en vino embriagador; París despertó todas las pasiones para calmarlas después, y su gran ley «Combatir» tiene por principio «Amar». París admite el agape, pero no la saturnal.

Donde dice la esfinge: Caos, París escribe: ¡Libertad!

¡Aurora de todo porvenir! ¡sagrado punto de reunión de todos los mañanas! París, ciudad, talento, voto; tú hablas, tú redactas, tú decretas, tú quieres. En tí todos los prodigios se mancomunan. Si se mueve tu pavimento, todo tiembla, desde el paria de la India al negro del Darfour. En tu nido hace su muda el humano espíritu: idioma nuevo, derechos nuevos, nuevas leyes. No importa quién seais, no importa quiénes sean vuestros magos, vuestros doctores, vuestros guerreros, vuestros jefes, sea cual fuere vuestro esplendor vislumbrado entre sombras, ¡oh ciudades! aunque fueseis faros constelados; no importa cuáles sean vuestros palacios, vuestras torres, vuestras luces, vuestros rumores, el género humano gravita alrededor de ese imán llamado París, abolidor de las vetustas costumbres serviles, y no os será dado reemplazarle, ni una vez muerto consolar la orfandad del universo. No, no podréis conseguirlo, ni tú, Londres, ni tú, Berlín, ni tú, Viena, ni tú, Madrid, ni tú, Bizancio, a no ser que disfrutéis del poder que ella tiene, la alegría, y de su extraña fuerza, la bondad; a no ser que como el delicioso y temido París tengáis ese relámpago, el amor, y que seáis océano para los arroyuelos y sol para los planetas. El género humano quiere que su ciudad sea grande, alegre, heróica y colosal, y que se mantenga dueña suya al par que esposa.

¡Y decir que esa obra augusta, edificada por el cúmulo de los años, industriosos y lentos, que la ciudad heroica, la ciudad profética, quedaría aniquilada en una hora de delirio!

*

Año sombrío. ¡Oh miserable antorcha, abyecta, ciega, ingrata! ¡Cómo! ¡dispersar a todos los vientos la ciudad única! ¡Este París que con su corazón llena a los vivos, y hace cernerse al que se arrastra y pensar al que vegeta! ¡Arrojar París al fuego así como el pastor arroja en él con el pie un tizón!

¿Para quién trabajáis? ¿Dónde llega vuestra demencia? Dos fases se contemplan aquí abajo, el día y la noche, el áspero Odio y el poderoso Amor; dos principios, el bien y el mal, se abofetean, y dos ciudades que constituyen dos misterios, reflejan ese choque de dos relámpagos ante nuestros ojos emocionados, y Roma es Arimanes y París Ormus. Roma es el altar mayor donde humean los viejos dogmas; en la cúspide de París espumean en purpúreos raudales y en plena erupción todas las verdades. La justicia, lanzando irritados rayos, la libertad, el derecho, esas grandes y virgíneas claridades, frente a Roma, donde los cirios vacilan, es el volcán de las revoluciones de París.

Aquí la Casa Consistorial y allá el Vaticano. Si se suprimiese el París el uno sería en beneficio del otro: Roma odia la razón de que es apóstol París. ¡Oh desdichados! ved adónde vais a ser arrastrados; ante la lamparilla apagáis el Etna, y sólo quedará este vil resplandor. ¡Prospera el Vaticano donde muere la Casa Consistorial! ¡Luto! ¡locura! ¡inmolar el alma al negro sudario, la palabra a la mordaza,, la estrella al apaga-luces, la verdad que salva a la mentira que hiere, y el París del pueblo a la Roma del Papa!

*

¿El género humano puede ser decapitado?

¿Os imagináis desvanecida esta altiva ciudad que

fué la palabra de las naciones, su oído, su vida, su alma? ¿Os representáis a los pueblos buscándola? Ya no se ve su fanal, ni se oye su canto. Era nuestro teatro y nuestro santuario, desempeñando en el globo el papel de un estatuario esculpiendo el hombre futuro a mazazos.—Cuando trabajaba el universo estaba en espectación; era lo eterno y lo inmortal. ¿Qué cosa horrible ha acontecido, pues? ¿dónde está ahora? ¿Os la figuráis deteniéndose de improviso? ¿Qué significa este lienzo de pared que ha quedado en pie? Es el Panteón .Este bronce desparramado es la Columna; este panteón donde hormiguea un enjambre de cuervos es la Bastilla. En aquel indómito, silencioso y deslucido rincón se levantaba Nuestra Señora. La limaza y el gusano, augustos ornamentos de los escombros, manchan las piedras con su baba; ni un solo techo ha quedado de esas casas que reflejaban las estaciones del progreso humano, ni una de esas torres, preciosas sombras; nada de puentes ni de muelles: estanques bajo hierbas, un río extravasado en la oscuridad, vuelto informe, dirigiéndose a la desconocida arboleda...

Mas ¿quién ha arrojado ese tizón al fuego? ¿Qué mano, atreviéndose a matar con el día presente el mañana, intentó esa ruindad, ese sueño, ese misterio de abolir la ciudad astro, alma de la tierra? No, no eres tú ¡oh pueblo! el autor de tamaño atentado; vosotros, los extraviados, no sois culpables. El venenoso enjambre de causas impalpables, los viejos hechos convertidos en invisibles, os han turbado el alma, y sus alas azotaron vuestra frente; os sentisteis embriagados de negra sombra. Culpo a la Miseria, y llevo al banquillo de los acusados a ese ciego, a ese sordo, a ese bandido, a ese bárbaro, el Pasado; denuncio: ¡oh monarquía, oh caos! tus viejas leyes de donde han salido las viejas plagas. Ellas pesan sobre nosotros, en el siglo en que vivimos con el peso de la horrorosa ignorancia de los hombres; ellas nos convierten a todos

en hermanos enemigos: sólo ellas han hecho el mal; ellas han colocado la inepta antorcha en manos de los implacables dolientes. Ellas forjan los errores con que se intenta ligarlo todo, achican la escuela y cierran el taller; Ellas hacen ver de través al día y convierten en miope la mirada; pliegan las voluntades bajo el sofocante yugo; venden un poco de aire a la cabaña, al niño el alfabeto de la mentira, a todos la falsa claridad; abren mal el surco y perfectamente la fosa; no saben qué cosa es enseñar, sosegar, tienen oro para pagar su beso a Judas y carecen de él para satisfacer el viaje de Colón; entregan el débil a los fuertes, niegan el alma a las mujeres; son imbéciles, son feroces, son infames. Denuncio los falsos pontífices, los falsos dioses, aquellos que carecen de amoríos, y los faltos de ojos. No, no acuso nada del presente, ni a nadie; no, el grito que lanzo es contra el pasado, fantasma todavía de pie en las leyes, las costumbres, los odios, en todo. Acuso ¡oh antepasados! pues la hora es solemne, a vuestra sociedad, vieja criminal. La malvada ha hecho cuanto vemos; ella posó sus inmundas manos sobre el alma; ella, poniendo en competencia entrambos mundos, los eclipsó, así como eclípsa la razón por la fé y la fé por la razón; ella fué la que colocó un calabozo en el pináculo de las leyes; ella la que descarriando a los hombres, creó la ceguera apellidada ignorancia; y como buena madrastra, al dejar negros los espíritus cubrió de tinieblas los corazones. Acúsola, y quiero que sea condenada. Ella es la que ha producido este año horroroso. Ella ha creado la silenciosa e inconsciente muchedumbre; ha oprimido, rebajado, doblegado, todo. El rencor es olvidada cuchilla, pero que vuelve a aparecer. Esta sociedad, producto de los pasados tiempos, hace dos mil años que reina y usurpa nuestros bienes, nuestros derechos, arrebatando algo aun a aquellos que nada poseen; da el pueblo a los parásitos para que le devoren. La guerra y el

cadalso, he aquí sus éxitos. ¡Dígoos que acuso al pasado, a quien se debe todo! Cuando embrutecía al pueblo, triunfaba. Dios es su fantasma y Satanás su ministro. ¡Ah! ha creado la siniestra indigencia que se desangra y se venga a la ventura, convirtiéndose en aborrecimiento cuando sólo es desesperación.

¡Oh vosotros a los que sirvo y quiero! dolientes que la mano del crimen siembra en el campo del mal, siempre os he compadecido. ¡Oh hermanos! rechazad sin reparo al que os explota. Seguid al espíritu que se cierne sobre vuestras cabezas y no al que cojea; remontaos hacia el porvenir, hacia la luz, pero no os dejéis arrastrar. Resistid, resistid, no importa el nombre que lleve, a todo el que os dé un consejo contra el hombre; resistid, resistid los dolores, resistid el hambre.

*

¡El aplauso de los espectros es terrible! Pueblo, cuando en tu ciudad, lo mismo que en los tiempos bíblicos, se propagó el incendio; cuando, así como Nínive, víctima de Jehová, agonizó Lutecia, edificio de la luz; cuando ardió el Louvre cual techo de bálago; cuando el Sena arrastró rojas sus aguas bajo el puente Nuevo; cuando la Audiencia desprendiéndose súbitamente de la Santa Capilla, cayó como un harapo que una mujer descose; cuando de repente la destrucción llenó de púrpura el elevado templo en que durmieron Voltaire y Juan Jacobo, y todo este vasto montón, admiración de los pueblos, cúpulas, arcos triunfales, circos, fróntis, pavimentos, de donde brotan resplandores y resuenan voces; cuando por un momento creyóse ver la ciudad gloriosa, la ciudad de esperanza trocada en negra mansión, y París disipándose en horrorosa humareda, tan lúgubre resplandor despertó los muertos de sus tumbas, llenándose de fantasmas el horizonte, fantasmas que iban gritando: ¡Oh finados,

acudid para ver morir el Oriente! Torquemada salió del antro y dijo: ¡Bello espectáculo! Cisneros: ¡He aquí la gran pira del Hombre! Sánchez vociferó: Ved el abismo; mira ¡oh Roma! Cuanto lleva el nombre de derecho, principios absolutos, república razón y libertad, ha dejado de existir. Todos los verdugos, desde Nerón hasta Zoilo, llenos de contento arrojaron un tizón en la ciudad, y Borgia dió su bendición.

*

En una barricada, sobre adoquines manchados de sangre culpable y lavados con sangre de inocentes, es preso un niño de doce años junto con algunos hombres compañeros suyos.—¿Formas parte de la gavilla?, se le pregunta.—El niño contesta afirmativamente.—Bien está, añade el oficial, vas a ser fusilado. Aguarda que venga tu turno.—El niño ve brillar varios relámpagos, y a todos sus compañeros caer al pie de la pared. Y dice al oficial: ¿Queréis concederme que llegue hasta mi casa para entregar este reloj a mi madre?—¿Intentas evadirte?—Volveré.—Estos bribonazos tienen miedo.—¿Dónde vives.—Allá, junto a la fuente. Volveré señor capitán.—Vete, pillo!—El niño parte. Y reían los soldados lo mismo que el oficial, confundiéndose las risotadas con el estertor de los moribundos; pero cesó la risa, pues de improviso preséntase la pálida criatura, y altiva, se apoya contra la pared, y dice: Aquí estoy.

Avergonzóse la estúpida muerte y el oficial le perdonó.

Ignoro ¡oh niño! en medio del huracán que pasa y todo lo confunde, lo que te impelía a semejante combate; mas, digo que tu alma ignorante es sublime. Bueno e intrépido, das dos pasos en el fondo del abismo, uno hacia tu madre y el otro hacia la muerte. El niño posee el candor y el hombre el remordimiento, y no responde de lo que se le mandó

hacer; pero es magnífico y valiente el niño que a la huida, a la vida, a la aurora, a los juegos lícitos, a la primavera, prefiere la sombría pared donde se apoyan los cadáveres de sus amigos. La gloria imprime dulce ósculo en tu frente ¡oh tierno joven! En la antigua Grecia, Estesícoro te hubiese encargado la defensa de una de las puertas de Argos, y Cinegires te habría dicho: ¡Somos iguales!

——o-o——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EJECUCIONES

La victoria termina en sumaria carnicería. Los satisfechos están furiosos. Digo decir:—Preciso es acabar con los descontentos.—Hoy Alcestis fusila a Filanto.

Por do quiera la muerte, y sin embargo, ni una queja.

Se les lleva al pie del horroroso muro. El hombre dice al soldado que le está apuntando su fusil: ¡Adiós hermano. Y dice la mujer: Han muerto a mi marido; ignoro si es culpable o si la razón se encuentra de su parte; lo que sí sé es que ambos hemos soportado las desdichas; fué mi compañero de cadena; si se me arrebata ese hombre, para nada necesito la vida. Así pues, ya que ha muerto, yo también debo morir.

Y los cadáveres se amontonan en las encrucijadas. Ved pasar negra gavilla de muchachas; son en número de veinte y van cantando: sus gracias y su inocente tranquilidad inquietan a la despavorida muchedumbre; un transeunte tiembla.—¿Dónde vais?, pregunta a la más bonita.—Creo que quieren fusilarnos, contesta la interpelada. Lúgubre ruido resuena en el cuartel Lubau; es el trueno que abre y cierra el sepulcro. Allí son ametrallados montones de hombres, sin que ninguno derrame una sola lágrima; diríase que la muerte apenas roza sus ropas, que se apresuran a huir de un mundo áspero, incompleto, triste, y que les agrada ese género de libertad.

Ese trágico desdén equivale a una confesión. ¡Helado abismo! De suerte que no tienen apego a la vida; la vida está fabricada de modo que tanto se les da marcharse. Estamos en pleno mayo, cuando todo quiere vivir y mezclar su instinto o su alma a la dulzura de las cosas; aquellas muchachas debieran dedicarse a la recolección de rosas, el anciano a calentarse a los rayos del sol; todas esas almas deberían semejarse a canastillas llenas de perfumes. Todos debieran abrigar en sus corazones la aurora y el amor. Y sin embargo, en ese bello mes de luz y de embriaguez ¡oh terror! yérguese bruscamente la muerte, la gran ciega, la implacable sombra. ¡Oh! ¡cómo van a temblar, y a lamentarse bajo el firmamento, a sollozar, a invocar en su auxilio a la ciudad, a toda la Francia, y a nosotros, a cuantos detestamos el asesinato en confusión y la guerra a tientas! Veréislos, bañados en llanto, levantados los brazos y crispadas las manos, suplicar a los cañones, a los fusiles, a las espadas, agarrarse a los muros, pegarse a los transeuntes, y temblorosos huir, rehusar la tumba, aullando: ¡Se nos mata! ¡Socorro! ¡perdón! ¡perdón! No. Son extraños a cuanto pasa; miran frente a frente la muerte que va a llevárselos. Sea. Ni siquiera le conceden el honor de la sorpresa; tiempo hacía que semejante espectro flotaba por su mente. En su corazón estaba abierta su propia fosa.

Ahogábales vivir a nuestro lado; así, pues, parten. ¿Qué les habíamos hecho? ¿Qué somos nosotros para que dejen tras sí a todos los hombres, sin lanzar una exclamación, sin dignarse derramar una lágrima, sin llevarse un pesar a la tumba? Nosotros sí que lloramos. Su corazón estaba pronto para el suplicio. ¿De qué les sirve nuestra tardía conmiseración? ¡Oh! ¡cuánta sombra! ¿Qué fuimos nosotros para ellos antes de esa hora sombría? ¿Protegimos a sus esposas? ¿Sentamos en nuestras rodillas a los temblorosos y desnudos

niños, hijos de sus entrañas? ¿Sabe trabajar el uno y leer el otro? En fin ¿hémosles instruído, amado, guiado? ¿acaso les libramos del frío, del hambre? Por esto... declárolo en nombre de esas almas laceradas, yo, el hombre a quien conmueve más el cadáver de un niño que un palacio difunto, son ellos formidables moribundos, que no se quejan y mantiénense insondables, sonrientes, amenazadores, indiferentes, altivos, y que casi casi se dejan degollar de buen grado. Meditemos. Esos condenados, heridos hoy por el rayo no conocen la desesperación, ya que tampoco conocieron la alegría. La suerte de todos va unida a su suerte. ¡Ah! hagamos que los miserables se aficionen a la vida; si no, no es posible el equilibrio. Orden verdadero, leyes duraderas, sólidas costumbres, tranquilidad encantadora sin dejar de ser viril, todo esto encontraréis en el pobre si le mantenéis contento. Meditemos, ya que sobre ellos descansa el sudario, y comprendamos. Yo afirmo que la sociedad no se encuentra a gusto teniendo sobre sí el peso de esos fantasmas; que de todos los síntomas, su risa es cosa terrible, y que es imposible desechar el miedo del corazón mientras no se logre curar esa facilidad siniestra de morir.

——o-o——

A LOS HUMILLADOS

Sí, ¡estoy con vosotros! gozo esa sombría alegría. Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados, me atraen; siéntome su hermano, defiendo una vez caídos a los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero olvidar su injuria, su cólera, y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Pero, sobre todo, defiendo al pueblo que aguarda su salario, al pueblo, familia triste de hombres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiendo al extraviado, al débil, y a esa muchedumbre que no habiendo tenido jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. ¡Ah! no sé cómo no comprendéis que a vosotros tocaba guiarlos, que debía dárseles su parte de ciudadanía, que vuestra ceguera produce la suya. Recógense las consecuencias de una tutela avara, y el mal que les hicisteis ahora os lo devuelven. No les habéis guiado, conducido por la mano, indicándoles las sombras y el verdadero camino; habéislos dejado que se perdieran en el laberinto; ellos son vuestro espanto y vosotros les infundisteis temor, y es porque no han disfrutado de vuestra fraternidad. Andan errantes: el buen instinto vive de luz; nada tienen para alimentar su oscura alma; buscan claridad a través de la noche. A tientas, desesperado, en el último trance, ¿es capaz de pensar aquel que no puede vivir? Si damos vueltas en horrible círculo, la embriaguez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niños, hijos de sus entrañas? ¿Sabe trabajar el uno y leer el otro? En fin ¿hémosles instruído, amado, guiado? ¿acaso les libramos del frío, del hambre? Por esto... declárolo en nombre de esas almas laceradas, yo, el hombre a quien conmueve más el cadáver de un niño que un palacio difunto, son ellos formidables moribundos, que no se quejan y mantiénense insondables, sonrientes, amenazadores, indiferentes, altivos, y que casi casi se dejan degollar de buen grado. Meditemos. Esos condenados, heridos hoy por el rayo no conocen la desesperación, ya que tampoco conocieron la alegría. La suerte de todos va unida a su suerte. ¡Ah! hagamos que los miserables se aficionen a la vida; si no, no es posible el equilibrio. Orden verdadero, leyes duraderas, sólidas costumbres, tranquilidad encantadora sin dejar de ser viril, todo esto encontraréis en el pobre si le mantenéis contento. Meditemos, ya que sobre ellos descansa el sudario, y comprendamos. Yo afirmo que la sociedad no se encuentra a gusto teniendo sobre sí el peso de esos fantasmas; que de todos los síntomas, su risa es cosa terrible, y que es imposible desechar el miedo del corazón mientras no se logre curar esa facilidad siniestra de morir.

——o-o——

A LOS HUMILLADOS

Sí, ¡estoy con vosotros! gozo esa sombría alegría. Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados, me atraen; siéntome su hermano, defiendo una vez caídos a los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero olvidar su injuria, su cólera, y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Pero, sobre todo, defiendo al pueblo que aguarda su salario, al pueblo, familia triste de hombres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiendo al extraviado, al débil, y a esa muchedumbre que no habiendo tenido jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. ¡Ah! no sé cómo no comprendéis que a vosotros tocaba guiarlos, que debía dárseles su parte de ciudadanía, que vuestra ceguera produce la suya. Recógense las consecuencias de una tutela avara, y el mal que les hicisteis ahora os lo devuelven. No les habéis guiado, conducido por la mano, indicándoles las sombras y el verdadero camino; habéislos dejado que se perdieran en el laberinto; ellos son vuestro espanto y vosotros les infundisteis temor, y es porque no han disfrutado de vuestra fraternidad. Andan errantes: el buen instinto vive de luz; nada tienen para alimentar su oscura alma; buscan claridad a través de la noche. A tientas, desesperado, en el último trance, ¿es capaz de pensar aquel que no puede vivir? Si damos vueltas en horrible círculo, la embriaguez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se apodera de nosotros. He resuelto pedir para todos pan y luz.

Para ayudar al pueblo en la solución de un problema, yo me inclino hacia él. En primer término, le quiero; lo demás viene después. Sí, estoy con vosotros, tengo la indómita obstinación de presentarme blando ¡oh vencidos! y digo: ¡nada de represalias! ¡Oh mi viejo y pensativo corazón! nunca palpitas con más fuerza que ante las lágrimas de los hombres, y siempre vibrarás para las madres que llevan en brazos a los hijos de sus entrañas.

¡Cuando pienso que fueron muertas mujeres en cinta! cuando pienso en los que van a abandonarnos! No digamos fuí proscrito, fuí mártir; no hablemos de nosotros ante tan terribles duelos. Vuelve a apoderarse de mi alma la tristeza que antes la ahogaba. Nadie es malo, y sin embargo ¡cuánto daño se hace!

¡Cuántos séres humanos se estremecen a la hora presente sobre el mar que solloza y el cielo bañado en lágrimas, ante la repugnante escarpadura de lo desconocido! Ser arrojado allí, triste, inquieto, tembloroso, desnudo, número cualquiera en medio de la lívida muchedumbre, confundido con los demás y sin embargo enteramente solo, sin esperanza, sin socorro, roto en su corazón el hilo de sus amores! Decir:—«¡Dónde estoy! Partimos. Todo palidece, todo se ahueca, todo muere. ¿Qué significa tan horrorosa huída? Tierra y universo desaparecen; toda la inmensidad truécase en selva. Soy niebla y ceniza. Hemos pasado; ya nadie se acordará de mí. ¡Sólo el espacio!» ¡Verse olvidado para siempre en las nocturnas sombras! Convertirse para sí mismo en una especie de ensueño! ¡Oh! ¡cuántos inocentes estupefactos bajo el peso de la vil mentira, y de un castigo feroz!—¡Cómo! dicen ellos. ¿Ya no veré más este cielo? ¡se me arrebata la patria! ¡Devolvedme mi hogar, mi campo, mi industria, mi mujer, mis hijos! ¡devolved-

me la claridad! ¿Qué he hecho para verme precipitado de esta suerte en medio de la infame tempestad y de la amarga espuma, y para que se me quite el derecho que tengo a mi madre, la Francia?

¿Al tratar de sondear ¡oh vencedores! el oscuro pozo social abierto en el fondo de los corazones, de estudiar el mal, de hallar el remedio, de buscar en algún sitio la palanca de Arquímedes, cuando debiera forjarse la llave de los nuevos tiempos, después de tantos combates, de tanto trabajo, y de tantos ensayos altaneros y tantos esfuerzos, no encontraremos más solución que hacer naufragar entre tinieblas, nosotros los guías y doctores, nosotros los hermanos primogénitos, un caos de hombres desgraciados? ¡Qué viejos somos! ¡y qué niños! ¡Qué sueño, hombres de Estado! ¡qué sueño, oh filósofos! ¡Cómo! ¿creéis que basta expulsar los agravios, las catástrofes, los problemas, la angustia y las convulsiones para que desaparezcan? Meterse nuevamente en casa, y gritar:—¡Franceses, soy ministro y todo está corriente!—mientras que en el siniestro horizonte flota no sé qué almadía de Medusa, bajo pesadas nubes, inmóviles, cubiertas de sangre, almadía cargada de espectros, teniendo el infierno por fanal y la muerte por piloto. ¡Ser hombres fríos que jamás se embotan, cuya justicia nunca se enternece, llevando su imparcialidad hasta el punto de castigarlo todo! ¡Cortar el miembro entero para sanarlo! ¡adoptar por expediente el hondo mar! ¡En vez de ser la base fundamental del orden, arrojar en la sima amontonados hechos, cuestiones, lutos que llorábamos y atestiguábamos, la verdad, el error, los hombres temerarios, las mujeres que seguían a sus maridos o a sus hermanos, el niño que removió locamente el empedrado, y creerlo salvado todo porque sobre nuestros males, nuestro llanto, nuestras inclemencias hase pasado la escoba de ese inmenso barrendero!

Pero no tenéis razón. Oigo los gritos, veo el

espanto, el horror, la sangre, el mar, las fosas, la metralla, y censuro. ¿Por ventura tengo yo la culpa? No carezco de entrañas. ¡Ah! ¿por qué desencadenar tan rudos aquilones sobre tanta ceguera y tanta indigencia?

Sin contar con que todas esas venganzas sólo sirven para envenenar el porvenir. Trabajar para lo peor obrando por lo mejor, acabar de suerte que un día todo vuelva a empezar, he aquí lo que se llama sabiduría cuando es demencia. El sufrimiento y el odio son hermanos. Los oprimidos más tarde truécanse en opresores.

¡Aunque tuviese por mi parte que volver a recobrar la austera costumbre de la ausencia, aunque tuviese que volverse a cerrar para mí el áspero y silencioso aislamiento, aunque los cielos, iluminados instantáneamente por la aurora, tuviesen que volverse inexorables y sombríos, que al menos os quede un amigo ¡oh miseros mortales! ¡Que al menos se levante una voz para defenderos! Muere el derecho, la esperanza se derrumba, y la prudencia está loca. Que nadie pueda decir que no se ha levantado una protesta ante tan horroroso eclipse. Soy compañero de la calamidad. Quiero ser aquel que nunca ha obrado mal, y que llora; el hombre de los oprimidos y de los abandonados. Voluntariamente me meto en vuestro infierno, condenados. Vuestros jefes os extraviaban, helo proclamado ante la historia; sin duda que yo no hubiese compartido la victoria con vosotros, pero una vez caídos os sigo; y me adelanto, grave y solitario, no hacia vuestra bandera, sino hacia vuestro sudario. Abrome vuestra propia tumba.

Y ahora, tú, calumnia, y tú, odio, sarcasmos a sueldo, gratuitas mentiras, puños cerrados, gritos más negros que los vientos de la sombra libia, más viles que el látigo con que se azota al esclavo, ironía idiota, esquivos anatemas, ¡oh resto de la blanquizca saliva en boca de aquellos que

escupieron en la pálida frente de Jesús! piedra lanzada eternamente a todo proscrito, ¡encarnizaos sobre mí! Bien venidos seáis, ultrajes. Para obteneros, sufrimos todas las afrentas nosotros, combatientes del pueblo.

——o-o——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS DOS VOCES

Voz discreta

La política es un expediente. ¿Qué niegas, repudias censuras toda acción fuera de los principios? ¡Cuidado! Estás gastando tus fuerzas en esfuerzas vanos y nulos. Yo soy quien guío por la selva al hombre errante. Mi nombre es la razón, mi apellido el Interés. Soy la Discreción. Amigo, estoy hablando, escucha. Catón que me desafió supo lo que esto cuesta. Oh poeta, buscador de lo mejor! Pierdes el bien, se escapa de tus manos. Haces irrumpir Todo sobre Nada. ¡Deja, pues, sucumbir las cosas que sucumben! Tu pendiente te lleva siempre hacia los que caen, por la cual jamás alcanzarás la victoria. El que demuestra un corazón muy grande no tiene bastante ingenio. La verdad demasiado verdadera es casi mentira. Buscando el ideal, si traspasamos el espesor exacto, sólo encontramos los sueños y nos volvemos soñadores por haber pensado demasiado. El sabio no quiere ser injusto, sino que intenta mantener su firmeza; temeroso de aparecer demasiado justo, busca un término medio. Primer escollo, lo falso; segundo, lo verdadero. El derecho tomado en globo, no es más que el mineral en bruto. la ley es el oro. Hay que saber extraerla del derecho. A veces se aparenta obrar lo contrario de lo que debiera hacerse, estribando en esto el gran arte. Tú nunca llegas,

y yo me retardo; más vale llegar tarde que no llegar. En suma, tú haces un dios de un hombre, y yo trueco el dios en hombre; he aquí la diferencia que existe entre nosotros. Reflexiona. Tú desafías el caos, y yo temo el desorden. ¿Estás seguro de sacar de tu antro otra cosa que un sér imbécil y doliente? ¿Crees por ventura rehacer completamente al hombre y triplicar sus sentidos? Demasiada luz así como demasiada oscuridad, ciegan. Que sí es preciso sólo se abra la puerta a medias. Nadie quiere la guerra y se aborrece el cadalso en teoría, y sin embargo, sírvense de ambas cosas en la práctica. Querido, hay que poner la tienda a espaldas del templo; no ignoro que los mercaderes fueron arrojados del santo lugar, más la falta de Jesús está en ser dios en demasía. El discreto muestra moderación en todas sus cosas. Tranquilo en mi rincón, censuro al querido infinito, que va demasiado lejos. Los espíritus rectos tienen mucho que criticar en la creación, cuya esfera es harto extensa; el defecto del mundo en que vivimos es el exceso; magnífico es el sol y suave la primavera, teniendo el uno demasiados rayos y la otra demasiadas rosas, pues Dios no se halla libre de exageraciones. Imitarlo equivale a dar en la perfección gran peligro: las cosas marchan mejor amoldadas a más estrecho patrón; Dios no da siempre buen ejemplo. Jesús traspasa el fin sin examinar la oferta de Belcebú; yo no digo que hubiese debido aceptar, mas es una tontería que Dios se muestre impolítico cuando el diablo obra con honradez. Mejor fuera decir: Ya veremos, amigo. El hombre es hombre; ni malo ni bueno. Ni blanco como la nieve, ni negro como el carbón. Todo hombre mediocre es hombre político. Busquemos, no la grandeza, pero sí la proporción. El sabio prefiere la templada y cómoda vivienda del castor al arruinado Partenón. Frecuento a Rotschild y huyo de Adamastor. El titán de hoy es el millonario: el hombre de Estado no quiere nada excesivo; venera el voto univer-

sal, pero trabaja en el escrutinio; suprime el esclavo y conserva el veleta, es decir que rompe la cadena y guarda el hilo. Pequeños son los hombres, y enana su conciencia; el hombre de Estado los mide antes de atreverse a hacer nada. La mediocridad es cosa buena, ni bonita, ni fea, ni alta, ni baja, ni caliente, ni fría; y yo que soy la razón me instalo en ella, ya que lo sublime es inhabitable. ¿Quién se aloja, pues, en la cima del monte Blanco? El discreto es mediocre y blando, o lo aparenta. Los periódicos de campanillas mueven sus carracas; la gaceta de los fondos secretos del emperador dice tocante a tí cosas que horrorizan, tales como que cuentas las palabras de un telegrama, y hasta que el vino que se bebe en tu casa es de mala calidad; que para tu mesa es siempre cuaresma, y que B. ya no te hará el honor de acompañarte en ella, etc., etc. Te has atraído, pues, toda esa malevolencia. Con mucha chispa M. Veuillot te llama calabaza, y la memoria se embrolla narrando tus hazañas. Vives bajo el clamoreo de ¡justicia! ¡justicia! De todo tienes la culpa. ¿Por qué no eres razonable? Renuncia a hacer frente al mal. Sin duda que es bueno hacer frente al mal; pero no conviene estar solo. No eres aun abuelo para avanzar cuando tu siglo retrocede; es ridículo combatir cuando se peinan canas; todo hombre valeroso que usa de prudencia se engrandece; Nestor joven es Ajax, Ajax viejo es Nestor. Sé de tu tiempo; enseña a los pueblos la discreción. La Verdad demasiado desnuda es cosa de salvajes; maltratar el éxito es oficio de zopencos; todo vencedor tiene razón, cuanto brilla es oro. ¿Acaso es culpa mía si la suerte se desmiente? No me apeo de mis trece: salid airosos. ¿Y cómo? Concedo que hoy lo somos todo, de un modo oblícuo; para esto sirve la República. Se salva, suprimiendo el enemigo a cañonazos, y a medias el orden y la monarquía, casi inéditos aún, ¡y tú te niegas a entrar en semejante comandita!

Es absurdo. Esto indigna, y con razón. Además jóvenes, ancianos, grandes, pequeños, los peores, los mejores, todos invocan una misma ley, rendirse ante la evidencia. Siempre se condensa cierta dosis de derecho en el hecho; el mal contiene un poco de bien que es preciso buscar. La política es el arte de fabricar con lodo la hiel, la bajeza trocada en modestia, el rebajamiento de los grandes, la insolencia de los enanos, las faltas, los errores, los crímenes, los venenos, el sí, el no, lo blanco, lo negro. Aquí de poco sirven los principios. Irradian, perfectamente; Morus les contempló, saludémoslos. Todo astro tiene derecho a ese peaje, y bueno será que a veces lo cubramos con alguna buena nube. Yo busco la realidad, y tú lo verdadero. Con la realidad se vive, lo real teme a lo verdadero. Reconoce tu error. El deber es el empleo de los hechos. En vez de lo relativo eliges lo absoluto. Un hombre que, queriendo luz para bajar al sótano o escudriñar en algún montón de ceniza, o para, de noche, orientarse en medio de un bosque, introdujese la mano en el fondo del sombrío firmamento, apoderándose de una estrella para hacerla servir de vela, ese hombre serías tú.

Voz altiva

No escuches. Imposible oscurecer un corazón, así como no se oscurece un cielo. Soy la conciencia, es decir, una virgen; y ella la razón de Estado, impúdica ramera, que embrolla la verdad explicando lo falso. Es la hermana bastarda y ambigua del buen sentido. Admito que la baja claridad tenga partidarios, que se la encuentre excelente y sea útil para evitar un choque, parar un proyectil, marchar casi sin tropiezo por las negras encrucijadas, y orientarse en los pequeños deberes; tiene en su favor a los miopes, a los hábiles, a los sutiles, a los prudentes, a los discretos, a cuantos, en

fin, sólo pueden ver las cosas de cerca y que examinan la tela que fabrica la araña; pero ¡alguien ha de estar de parte de las estrellas! Preciso es que haya partidarios de la fraternidad, de la clemencia, del honor, del derecho, de la libertad, y de la verdad. Las constelaciones son sublimes en obscuridad, flores del eterno estío; mas necesitan, en medio de su serenidad, que el universo guiado les rinda testimonio, y que renovado un hombre en la tierra de edad en edad, tranquilizando a sus hermanos condenados, grite a través de la lúgubre noche: ¡Astros, irradiáis! Pues nada más horroroso que el crimen, la virtud, la luz, la sombra iguales en el abismo; ninguna acusación más justa contra el Altísimo que si tuviera que achacársele la pérdida, la difusión de la claridad sin orden ni concierto en el fondo de los cielos, y nada probaría mejor la demencia de lo alto que la inutilidad de la inmensa luz. He aquí por qué es buena la justicia, y el astro también. Ser sincero al azar, aunque se obtenga como premio el martirio, dejando vislumbrar la justicia en todos sus actos, he aquí la verdadera irradiación del hombre. Sea cual fuere el sitio en que se lleve a cabo un acto de iniquidad; sea cual fuere el momento en que se obre mal, preciso es que una voz se levante, que en medio de la noche aparezca repentino resplandor. En el cielo este dios es la Verdad; en la tierra este sacerdote es lo Justo. Son dos necesidades. Hay que contradecir al viento y resistir la ola.

——o-o——

LOS LIBELISTAS DE IGLESIA

Nos ofrecen a Dios en una diatriba, constituyendo por si solos el sacerdote, el raitre y el escriba. Ved como espumea su prosa de pertiguero. Cada uno de ellos raya por debajo con un estoque su oración, y puntúa sus oremus con mortífera bala. Ved, su carne es flaca y su espíritu está pronto. Arrojan al acaso y a vanguardia la afrenta, así como el hisopo arroja el agua bendita. La sombría guadaña, segun ellos, no va bastante aprisa, y se les oye gritar al verdugo: ¡holgazán! Paréceles que la muerte necesita un suplente. Ya que decididamente abusa el ochenta y nueve, devolvednos al rey Carlos con su arcabuz, y a Montrevel, indómito y rudo compañero. ¿Dónde están los útiles ganapanes de Aviñon que arrastraron el cadáver de Brune por el muelle del Ródano? ¿Dónde esos grandes carniceros del altar y del trono, cuyas frentes tostaba el sol de las Cevenes, guiados por Bâville y estimados de Bossuet? No hay duda que se hace lo que se puede con las ametralladoras, pero el hombre de la clase media se inclina ante las dulzuras peligrosas, llegando casi al punto de censurar a Gallifet. La sangre acaba por producir efecto a los cretinos, apoderándose el enternecimiento de esa clase de bípedos. El arco iris de paz es un gran sable desenvainado. Sin la espada (el mejor de los narcóticos) ninguna sociedad sale del paso, y hay que habituarse a este dogma; para salvar debe empezarse matando. Así pues, lo mismo se puede ser escritor que trabucaire;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos convertimos en delegados del emperador, en vicarios del Papa, y en apoderados de la muerte, así como en embusteros, verdugos, perros de presa. Y viles, devotos, heríamos una vez caído a Rochefort, el altivo arquero, el poderoso sagitario cuya flecha ha quedado clavada en el costado del derribado imperio. Esos hombres ultrajan el llanto, la viudez, los sepulcros, blanquean los cuervos, ennegrecen las palomas, lapidan una cuna protegida por un sudario, hieren a Dios en el pueblo y al niño en el abuelo, a los padres en los hijos, a los hombres en sus mujeres, creyéndose fuertes porque obran como infames.

*

Vémosles recrearse sobre París como una bandada de aves que lanzan al viento sus graznidos. El oprobio que bebieran Francia y Europa, quieren, asesinos, hacérnoslo beber otra vez, para lo cual válese de su capón la infalible Roma. El sangriento derecho divino, la horrorosa voluntad omnímoda, el vicio por sultán, el crimen por visir, para ellos el festín y las migajas para el pobre, la esperanza muerta, la vuelta al terrible calabozo, hé aquí su sueño dorado. Para vencer necesítase derribar al Cristo llamado pueblo, y poner sobre el pavés a Barrabás; hay que hacer tabla rasa de todos y de todo, y si alguno levanta la cabeza, aplastársela. Trátase del pasado, que se quiere galvanizar; necesítase difamar, incultar, denunciar, mentir, calumniar, babear, aullar y morder hasta que renazca el buen gusto al lado del buen orden. ¡Burlarse de la emutada Francia! Avergüénzanla con su viejo orgullo; acusanla de haber dado libertad al hombre, de haber fabricado a Esparta con los despojos de Sodoma, de haber enjugado el sudor que corría por la frente del pueblo, de ser el gran huracán y el gran resplandor, de proyectar en el horizonte la elevada sombra, de haberse despertado al grito de la alondra, repartiendo la faena a los trabajadores; Acúsanla asimismo de confrontar el dogma con la conciencia; de espiar la diafanidad que han de producir en nuestro horizonte las puertas de las cárceles al abrirse; de habernos gritado: ¡adelante! en el momento que obramos contra todos los viejos yugos y los viejos regímenes, y de sostener allá arriba la balanza, manteniendo en un platillo el derecho y en el otro el deber. Le echan en cara el término de las servidumbres, la caída del negro muro, el faro encendido entre las sombras, por do caminábamos, la sucesiva aparición de las constelaciones, todos estos astros manifestados en el cielo uno tras otro, Moliére, burlador pensativo como un apóstol, Pascal y Diderot, Danton y Mirabeau. Sus faltas son la Verdad, el Bien, lo Grande, lo Bello; su crimen consiste en la profunda obra llamada Revolución, por medio de la cual renace el universo, esa segunda creación que rehace al hombre despues de Cristo, después de Cecrops, después de Japhet. Apoyados en esto aquellos ruines, entablan un proceso en regla a la patria, al inmenso ángel con alas de águila. Se encuentra vencida, ensangrentada, y gritase: ¡abajo su gloria! ¡abajo sus votos, sus obras, sus combates! ¡Ella tiene la culpa de todos los desastres! ¡Y sus tenebrosos piés huellan a la inmortal, la cual es perversa, absurda, loca! Todos lanzan repugnante carcajada sobre tan sagrado infortunio. Bueno es que lo sepáis, tú, infame bufón, y tú, perverso: el que habla mal de su madre hace un esfuerzo siniestro, comete un crimen que estremece al cielo. ¡Oh mónstruos!

¿Y cuándo se cansarán los que obran mal? ¡Ah! a veces un minuto puede herir un siglo; compadezco a esos hombres que deben dar cuenta a la historia de sus actos.

¡Cómo temblará la gran musa negra, y cuál no será su sorpresa al ver que se pone en la picota a aquellos que cumplen con su deber, al ver que el

pueblo siempre es pasto, presa y blanco, que áun son posibles las matanzas en masa.

Tú te mantendrás gigante ¡oh pueblo! a pesar de esos enanos. Algun dia ¡oh Francia! brillando en tu pupila el relámpago de Prometeo, te erguirás, cual gran resucitada, sobre el Rhin y sobre los Apeninos.

Surgirás; tu frente lanzará los horrores, el espanto y la aurora a tus negros sepultureros, y exclamarás: ¡libertad! ¡paz! ¡clemencia! ¡esperanza! Esquilo en Aténas y Dante en Florencia acodaránse en el borde de la tumba, despiertos, y contemplándote altivos y alegres, humedecidos los ojos: el uno creerá ver a Grecia y el otro a Italia. Y tú dirás: aquí estoy para apaciguar y desatar; todos los hombres son el Hombre, un solo pueblo, un solo Dios.

—o-o—

ESPERANZA

I

De la suerte fatal, de los odios, de los furores, de los sepulcros, brota la luz ¡oh pueblo! y la certidumbre. ¡Progreso! ¡fraternidad! ¡fé! que lo afirme la soledad y consienta en ella la multitud a grandes gritos; que la alegre aldea lo diga al gran París y el emocionado Louvre a la cabaña. La última hora es clara tanto como fué sombría la primera, y óyese distintamente en el fondo del negro cielo el rumor producido por los que nacen.

Y yo, en estas indómitas y fieles hojas, en estas enlutadas páginas, llenas de combates y de espanto, caso de estallar a pesar mio angustioso clamor y de haber dejado escapar la palabra sufrimiento, negación cualquiera de esperanza, borro en seguida el oscuro y perdido lamento.

¡Se apoderaría de mi la duda, de mí, sereno navegante que no teme los embates de las olas! ¡Admitiría que repugnante mano pueda mantener corrido el cerrojo del pasado sobre el porvenir! ¡Cómo! ¿el crímen echaría su zarpa a la justicia, la sombra ahogaría al astro que se encamina hácia el solsticio, los reyes arrojarían léjos de sí a latigazos la ciega conciencia y el cojeante progreso; la verdad callaría, este siglo desaparecería sin pagar sus deudas, el universo se inclinaría cual náufrago bajel, y veríase consumir lentamente entre sombras el si-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niestro espasmo de los pensadores? ¡No; y tú te mantendrás, oh Francia, la primera! ¿Puede degollarse la luz? Si el sol, hostigado por un buitre, derrámaba su sangre, la sangre trocaríase en luz, ¡Herir al sol! Aunque el infierno entero se mancomune para llevarlo a cabo, sólo logrará hacer brotar rayos de aurora de su herida. Así pues ¡oh Francia! de la lanzada de tu costado verán manar la libertad los temblorosos reyes.

II

¿Qué te importa ¡oh París! ciudad de la hornaza, flamígero pozo, la pasajera niebla, y el sombrío viento que azota tu flanco? ¿qué te importa un combate más o menos en tu áspera justa? ¿qué te importa una bocanada de viento de la fragua añadida a todos los aquilones que atormentan tu pira? ¡Oh fiero volcan! ¿quién podrá saciarte de explosiones, de ruidos, de borrascas, de truenos, de sacudidas que conmueven toda la tierra, de metales que se alean, de almas que sirven de pasto al fuego? ¿Acaso te apagas al impulso del Divino hálito? No. Tu fuego vuelve a encenderse y hierve tu profunda ola, ¡oh fusión formidable de un mundo! Lo mismo que al mar, sólo Dios te dice: basta. Tu ruda función entrambos la conoceis. A menudo el hombre, inclinado hácia tu sonoro foco, toma por reflejo del infierno el tinte rojizo de la aurora. Tú no ignoras lo que debes construir o trasformar. Si se lanza una piedra en la sima donde yaces, despides enorme cantidad de chispas. Los reyes te azotan, y así como el forjado hierro de los martillos lanza el relámpago a los ciclopes, tú contestas a sus golpes cubriéndoles de estrellas.

Nada bastará a detener el venerable porvenir.

III

Tu pasión te coloca en medio del género humano,

en la cúspide. Nadie podrá acercársete sin oir salir de tu augusto suplicio tierno acento, pues sufres y te desangras en obsequio del universo entero. Ante tí los pueblos se prosternarán. La aureola del Etna no teme a Eolo, y ningún viento apagará la tuya, pues tu ilustre y terrible luz, abrasando cuanto no constituye la vida, honra, trabajo, talento, deber, derecho. curación, bálsamo, perfume, es púrpura para el porvenir y llama para el pasado. Gracias a tí el hombre crece, el progreso nace viable. ¡Oh, ciudad, cuán envidiable es tu trágica suerte! Tu muerte dejaría en la orfandad al universo. En tu llaga brilla un astro, y Cartago o Berlín comprarían al precio de todas sus rapiñas y de todas sus satisfacciones tu corona de espinas. ¡Oh ciudad! estás destinada a fundar la Europa. Pero hasta ese momento ¡cuántos tormentos te esperan! Lo que constituye tu gloria, la deuda que todos te pagan es el martirio. Acepta, sé grande. Muéstrate el pueblo héroe. Deja que después de los tiranos se presenten los verdugos, y mantente tranquila. En tu mano la espada se convierte lentamente en palma. Los pueblos te habrán visto ¡oh ciudad magnánima! después de ser el faro del abismo, después de luchar como es debido, después de ser crater, después de hacer hervir toda la libertad del mundo en tu retorta, después de expulsar el horroroso gigante llamado Prusia, erguirte repentinamente fuera del abierto antro, masa de bronce, deidad eterna de virtud, brillar como lava, y luego, quedar trocada en estátua al enfriarte.

IV

Creen los hombres del pasado que todavía viven, mientras que su trabajo, todos sus esfuerzos y contorsiones no son otra cosa que un afortunado hormigueo de gusanos terrestres: la losa del sepulcro está suspendida sobre sus cabezas. Pero de París, la ciudad sagrada, nada está muerto:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su agonía produce y su derrota crea. Lo que ella quiere será. El día en que nació, acabó lo imposible. Lo afirmo y no me canso de repetirlo al perjuro, al trapacero, al traidor, al cobarde, ¡oh reina, oh diosa! tú vives. Aquellos que debieran estar hartos de tus dolores, te insultan; pero tú vives ¡oh París! de tu arteria mana la sangre de todos los hombres y de toda la tierra, sintiéndose latir en tí el pulso del porvenir. Siéntese en tu seno, madre atareada, ciudad conmovida, ese feto (el desconocido universo) que se mueve. ¡Qué importan los zumbones siniestros! Todo va bien.

Convengo en que aquí abajo todos nuestros pasos son nocturnos. Es verdad, hombres del pasado, que la vida, a pesar de nuestra labor y de nuestra envidia es terrenal, y que no puede divinizarse antes de que el hombre se encamine al gran cielo en busca del gran viviente. La muerte será siempre la alta liberación. El cielo posee la felicidad la tierra la esperanza, pero la esperanza creciente, los pesares que se borran, y nuestros ojos abiertos, esto es el progreso. Tal o cual átomo es un astro, y reluce. Vemos al bienestar que va desterrando la miseria, mientras que vosotros saboreáis la taciturna oscuridad. Os agrada todo lo negro, y vuestro espantoso ensueño estribaría en cegar el alma. Para nosotros el sudario está cubierto de agujeros que despiden llamas. ¡Qué importa el sombrío zénit si vemos levantarse las constelaciones, resplandecer los rayos, metamorfosearse con majestad los soles; acá lo verdadero, más allá lo bello, lo grande, lo justo, por do quiera la vida con mil doradas aureolas! Y vosotros contemplando sombras, sombras y siempre sombras. Vosotros veis bajo triple velo las tinieblas, y nosotros miramos las estrellas. Buscamos lo útil, y vosotros lo perjudicial. Cada cual contempla la noche a su manera.

——o-o——

ENTRE SOMBRAS

El viejo mundo

¡Oh marea! Ya puedes bajar; es preciso. Jamás tu flujo había subido tanto. Mas ¿por qué te veo tan sombría e indómita? ¿por qué tu antro despide gritos cual humana boca? ¿por qué esa áspera lluvia, y esa sombra, y esos rumores, y ese negro viento que sopla en el nocturno clarín? ¡Tu onda sube con prodigioso ruido! He aquí tu límite. Detente, digo. Las viejas leyes, los viejos obstáculos, los viejos frenos, ignorancia, miseria y nada, subterráneos donde fenece la loca esperanza, profundos presidios del alma; la antigua autoridad del hombre sobre la mujer, el gran banquete, cuya barrera fórmanla los desheredados, las supersticiones y las fatalidades, a nada de esto toques, vete: son cosas santas. Vuelve a bajar, y guarda silencio. He edificado estos recintos alrededor del género humano y he levantado estas torres. Mas ¡no paras de rugir, y vas subiendo, subiendo! A tu frenético choque todo desaparece en confusión. He aquí el viejo misal, el antiguo código; ha pasado el cadalso envuelto en un pliegue de tu onda. No toques al rey: ¡justos cielos! yace en tierra. Y asimismo veo desaparecer esos hombres sagrados. ¡Detente! es el juez y el sacerdote. Dios te ha dicho: ¡no pases adelante, oh amarga onda! Pero ¿qué veo? ¿me engulles? ¡Socorro, Dios mío! ¡el mar desobedece! ¡el mar invade mi mansión!

La marea

Me crees la marea y soy el diluvio.

1853.—EL ESPIA HUBERT

Jersey.

Ayer, 20 de octubre de 1853, fuí por la noche a la ciudad, contra mi costumbre. Había escrito dos cartas, una a Londres, para Schœelcher, la otra a Bruselas, para Samuel, cartas que deseaba echar yo mismo al correo. Al regresar, alumbraba la luna. Serían las nueve y media, cuando, al pasar por el sitio que llamamos Tap y Flac, especie de plazoleta situada frente por frente de la abacería de Gosset, se me acercó un grupo de hombres despavoridos.

Eran cuatro proscritos: Mathé, representante del pueblo; Rattier, abogado; Hayes, llamado Sans-Couture, zapatero, y Henry, llamado el papaito Henry, cuya profesión ignoro.

—¿Qué les pasa a ustedes?—les dije al verlos tan turbados.

Acabamos de ejecutar un hombre—me contestó Mathé, y agitaba un rollo de papel que traía en la mano.

Luego me contaron rápidamente lo que sigue. (Como desde el mes de mayo me había retirado de las sociedades de proscritos y vivía en el campo, todos estos sucesos eran nuevos para mí:)

En el mes de abril último, desembarcaba en Jersey un hombre, un refugiado político. El tabernero Beauvais, que tiene corazón generoso, se paseaba por el muelle en el momento en que llegó el paquebote. Vió un hombre pálido, descompuesto, andrajoso, que llevaba un miserable trato.—¿Quién es usted?—dijoBeauvais.—Un proscrito.—¿Su gracia?—Hubert.—¿A dónde va?—No sé.—¿No tiene albergue?—No tengo con qué pagar.—Venga usted a mi casa.

Beauvais se llevó a su casa a Hubert. Beauvais tenía una pequeña tienda en la calle de Don, número 20.

Hubert era un hombre de cincuenta años; de cabellos blancos, bigote negro, rostro picado de viruela, aspecto robusto, mirada inteligente. Se decía antiguo maestro de escuela y agrimensor. Era del departamento del Eura. Habíanle expulsado el 2 de diciembre; y fué a Bruselas, donde me visitó; expulsado de Bruselas, se marchó a Londres; y en Londres vivió más de un año en el último grado de la miseria que puede originar la proscripción. Había habitado cinco meses, cinco meses de invierno en lo que se llama una Social, especie de gran salón destartalado, cuyas puertas y ventanas dan libre entrada al viento, y cuyo techo deja pasar la lluvia. Los dos primeros meses de su llegada, durmió al lado de Bourillon, otro proscrito, sobre la losa de piedra, y delante de la chimenea. Esos hombres dormían sobre las losas sin colchón, sin manta, sin un poco de paja, con sus harapos mojados sobre el cuerpo. No había fuego en la chimenea. Sólo a los dos meses fué cuando Luis Blanc y Ledru-Rollin dieron algún dinero para comprar carbon. Cuando esos hombres tenían patatas, las cocían con agua sola y cenaban; cuando carecían de ellas se quedaban sin comer.

Hubert, sin dinero, sin cama, casi descalzo y sin ropa, vivía allí, dormía en esa piedra, tiritando siempre, rara vez comía y no se quejaba nunca. Compartía, como el que más, las desdichas de todos, estoico, impasible, silencioso. Había pertenecido a la sociedad *La Delegación*, luego salió de ella diciendo: Félix Piat no es socialista. Tras lo cual, entró en la sociedad *La Revolución*, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ella se separó diciendo: Ledru-Rollin no es republicano.

El 14 de septiembre de 1852, le escribió el prefecto del Eura para intimarle la «sumisión». Hubert respondió al prefecto con una carta poco moderada, prodigándole lo mismo que a «su emperador» los más duros calificativos, «*pandilla, canalla, miserable*»; había enseñado esa carta, fechada el 14 de septiembre, a cuantos proscritos halló, y mandado exponerla en la sala donde se reunían los socios de *La Revolución*.

El 5 de febrero, apareció su nombre en el *Monitor*, en la lista de los «indultados». Hubert se indignó, y, en vez de volver a Francia, fué a Jersey, diciendo: Los republicanos de ahí son mejores que los de Londres. Desembarcó, pues, en Saint-Helier.

Al llegar a casa de Beauvais, éste le mostró un cuarto con cama muy limpia, y le dijo: —Esta es su habitación.

—Ya le he dicho que no tengo con qué pagar, dijo Hubert. —No importa—contestó Beauvais.—Deme usted un rincón y un haz de paja en el desván.—Más bien le daría a usted mi cuarto y mi lecho.

A las horas de comer, Hubert no quería sentarse a la mesa. En casa de Beauvais se hospedaban varios proscritos; allí comían y cenaban por treinta y cinco francos mensuales.

—Yo no tengo treinta y cinco sueldos—decía Hubert;—deme un pedacito de pan, comeré en un rincón de la cocina.

Beauvais se enfadaba: —Nada de eso. Usted cenará con nosotros, ciudadano.—¿Y pagarle?—Cuando pueda usted.—Tal vez nunca.—Pues bien, nunca.

Beauvais procuró a Hubert algunas lecciones de gramática y de cálculo en la ciudad; y, con el producto de esas lecciones, le obligó a comprarse zapatos y un paletó.—Zapatos ya tengo, decía Hubert.—Sí tiene usted zapatos, respondía Beauvais; pero no suelas.

Los proscritos se compadecieron de la situación de Hubert, y le asignaron los socorros ordinarios señalados a los menesterosos sin mujer ni hijos, ó sea siete francos semanales. Con eso y sus lecciones, vivía. Fuera de esto, nada recibía. Varios, entre otros Gaffney, le ofrecieron dinero. El no lo aceptó.—No—decía—los hay más desgraciados que yo.

Se hacía útil en casa de Beauvais; ocupaba el menor sitio posible, se levantaba de la mesa antes del fin de la comida, nunca bebía vino ni aguardiente, se negaba a que le llenasen el vaso. Por otra parte era el comunista ardiente, que rechazaba toda clase de jefes, que declaraba la república traicionada por Luis Blanc, por Félix Pyat, por Ledru-Rollin y por mí, que pedía a la caída de Bonaparte, a quien siempre llamaba *Badinguet* «una matanza de seis meses» para acabar con ello, decía: que causaba admiración, a fuerza de sufrimiento y gravedad, aun a los que evitaban su contacto, una especie de respeto; y, por último, que tenía en sí no sé qué patente testimonio de feroz probidad. Un moderado decía de él a un exaltado: —Es peor que Robespierre.—El exaltado respondió: —Es mejor que Marat.

Esa era la máscara que acababa de caer. Este hombre era un espía.

He aquí cómo se descubrió la verdad.

Hubert tenía en la proscripción un íntimo amigo, Hayes. Un día, era a principios de septiembre, cogió a Hayes aparte y le dijo muy quedo y misteriosamente: —Me voy mañana.—¿Te vas? —Sí.—¿A dónde?—A Francia.—¡Cómo! ¡A Francia!—A París.—¡A París!—Me esperan allí.—¿Para qué?—Para un golpe.—¿Cómo entrarás en Francia?—Tengo un pasaporte.—¿De quién?—Del cónsul.—¿A tu nombre?—A mi nombre.—Eso sí que es raro.—Te olvidas de que me indultaron en febrero.—

Es verdad, dijo Hayes.—¿Y dinero?—Ya lo tengo. —¿Cuánto?—Veinte francos.—¿Con veinte francos vas a emprender el viaje a París?—Una vez que llegue a Saint-Malo, continuaré como pueda. A pie, si es necesario. Si es preciso, no comeré. Iré derecho, por el camino más corto.

En vez de tomar el más corto, tomó el más largo. De Saint-Malo, fué a Rennes, de Rennes a Nantes, de Nantes a Angers y de ahí a París por ferrocarril. Tardó seis días en el viaje. Durante el camino, vió en cada ciudad a los prohombres demócratas, á Boué, en Saint-Malo; a Roche, al doctor Guepin y los Magin, en Nantes; a Rioteau, en Angers. Presentóse en todas partes como enviado en misión por los proscritos de Jersey, y fácilmente consiguió socorros en cada localidad. Ni mostraba ni ocultaba su miseria; se la veían. En Angers pidió cincuenta francos a Rioteau, pues no tenía más para ir a París, según decía.

Desde Angers escribió a una mujer con quien vivía en Jersey, una tal Melania Simón, costurera, domiciliada en Hill Street, número 5, y que hasta le había prestado treinta y dos francos para el viaje. Esos treinta y dos francos se los había ocultado a Hayes. Dijo a dicha mujer que podía escribirle a la calle de l'Ecole-de-Médicine, número 38; que él no se hospedaría ahí, pero que en esa casa vivía un amigo que le entregaría las cartas.

Llegado a París, fué a ver a Goudchaux; halló, sin que se sepa cómo, el paradero de Boisson, el agente de la fracción Ledru-Rollin; el cual Boisson vive escondido en París. Se presentó a Boisson como enviado de nosotros, los proscritos de Jersey, y entró en todas las combinaciones del partido llamado *partido de la acción*.

A fines de septiembre se le vió desembarcar en Jersey, del *steamer Rose*. Al día siguiente de su llegada cogió a Hayes aparte y le declaró que iba a darse un golpe; que si él, Hubert, hubiera llegado unos días antes a París, ya estaría dado el golpe;

que su opinión, casi aceptada, era volar un puente de la vía férrea al pasar «Badinguet»; que todo estaba preparado, hombres y dinero; pero que el pueblo no tenía confianza más que en los proscritos; que, por consiguiente, él, Hubert, iba a volver a París para el arreglo del asunto; y que, habiendo tenido parte en todos los golpes desde 1830, no quería faltar a éste; pero que él no bastaba; que se necesitaban diez proscritos de buena voluntad que pudieran ponerse a la cabeza del pueblo en la acción; y que había ido a buscarlos a Jersey. Terminó diciendo a Hayes:—¿Quieres ser uno de los diez?—¡Ya lo creo!—dijo Hayes.

Hubert vió otros proscritos y les hizo las mismas confidencias con el mismo misterio, diciendo a cada uno: «Esto sólo se lo digo a usted.» Reclutó entre otros, además de Hayes, a Jego, que acababa de pasar una fiebre tifoidea, y a Gigoux del cual afirmó que su apellido, Gigoux, «agitaría las masas». Los reclutados por él así para llevarlos a París, le decían:—Pero, ¿y dinero?—No tengáis cuidado—respondía Hubert—hay dinero. Os esperarán en el desembarcadero. Venid a París, lo demás se hará por sí solo; ya se encargarán de colocarlos.

Además de Hayes, Gigoux y Jego, vió a Jarassé, Famot, Rondeaux y otros.

Desde la disolución de la Sociedad general, hay en Jersey dos sociedades de proscritos, la *Fraternal* y la *Fraternidad*.

Hubert pertenecía a la *Fraternidad*, de que era tesorero Gigoux. Cobraba de ella la cantidad de siete francos semanales, como ya he dicho. Reclamó a Gigoux (que se los pagó) los catorce francos de sus dos semanas de ausencia, ya que su ausencia, tuvo por causa, según él decía, «el servicio de la república».

El día de la marcha de Hubert y de sus conocidos quedó señalado para el viernes 21 de octubre.

Entretanto, un proscrito, Rattier, abogado de Sorient, que se hallaba una mañana en el estanco de Hurel, vió entrar allí un hombre a quien nunca había hablado, pero al cual conocía de vista. Al verle este hombre, y reconocer en él un francés, le dijo:—Ciudadano, ¿tiene usted cambio de un billete de cien francos?—No—dijo Rattier.—El hombre desdobló un billete amarillo que llevaba en la mano, y se lo presentó al estanquero pidiéndole cambio. El comerciante no tenía esa cantidad. Durante el coloquio, Rattier comprobó que era un billete del Banco francés de cien francos. El hombre se fué. Rattier preguntó a Hurel:—¿Sabe usted cómo se llama ese hombre?—Sí—dijo Hurel,—es un proscrito francés llamado Hubert.

Casi al mismo tiempo, Hubert, pagando a su hostelera, sacaba del bolsillo puñados de chelines y medias coronas.

Melania Simón reclamaba los treinta y dos francos; él se negaba a pagar, y, al mismo tiempo, por una especie de contradicción extraña, dejaba ver a Melania Simón una cartera «llena,decía luego Melania, de billetes amarillos y azules».—Son billetes de Banco, decía Hubert a Melania Simón; aquí tengo tres mil quinientos francos.

Por otra parte, se explica la contradicción; Hubert, al volver a Francia, quería llevarse a Melania Simón; se negaba a pagarla para que ella le acompañara, y, para que le acompañase sin inquietud, le demostraba que era rico.

Melania Simón no quería salir de Jersey. Resistió y pidió otra vez sus treinta y dos francos. Estallaron disputas. Como Hubert continuara negándose, Melania le dijo:—Escucha, si no me pagas, te denuncio a los proscritos; pues te he visto el dinero y presumo que eres un espía.

Hubert soltó el trapo a reir.

—¡Hacer que se crea eso de mí!—dijo—¡Quita allá!

Se imaginaba destruir esa idea de Melania Simón, demostrando serenidad.

—Mis treinta y dos francos—dijo Melania.

—Ni un céntimo—replicó Hubert.

Melania Simón fué en busca de Jarassé y denunció a Hubert.

Al principio parecía que Hubert tenía razón. Todos los proscritos negaban a porfía, riendo a carcajadas.

—¿Espía Hubert?—decían.—¡Qué disparate!

Beauvais recordaba su sobriedad y Gaffney su desinterés; Bisson su republicanismo, Seigneuret su comunismo, Bourillon los cinco meses de noches pasadas acostado sobre las losas, Gigoux los socorros que le daban, Roumilhac su estoicismo; todos, su miseria.

—Yo le he visto descalzo—decía uno.

—Y yo sin hogar—decía otro.

—Y yo sin pan—objetaba un tercero.

—Es mi mejor amigo—añadía Hayes.

No obstante, Rattier contaba lo del billete de cien francos; poco a poco aparecían los pormenores del viaje de Hubert; se preguntaban el por qué de tan singular itinerario; enterábanse de que había circulado con rara facilidad; un habitante de Jersey aseguraba haberle visto en Saint-Malo paseándose por el muelle entre los empleados de aduanas y los gendarmes, sin que estos pareciesen reparar en él; se despertaban las sospechas; Melania Simón lo pregonaba por doquier; el viticultor poeta Claudio Durand, respetado por todos los proscritos, movía la cabeza al hablar de Hubert.

Melania Simón comunicó a Jarassé la carta de Hubert dando por dirección en París el número 38 de la calle de l'Ecole-de-Médicine, «donde un amigo se encargaría de recibir sus cartas». Ahora bien, el hijo del representante Mathé, que había ido a París pocos meses antes, había habitado, por rara coincidencia, casualmente en la calle de l'Ecole-de-Médicine, número 38.

Como Jarassé mostrase a Mathé la carta de *Hubert* a Melania Simón, las señas y el *amigo* llamaron la atención del hijo de Mathé, que estaba presente y exclamó:—Si esa es precisamente la casa en que yo vivi. Entre los inquilinos de esa casa, había un agente de policía llamado Philippi.

Sordo rumor empezó a circular por los proscritos.

Hayes y Gigoux, los dos amigos de Hubert, los primeros a quienes él había reclutado para París, le dijeron:

—Aquí se habla largo y tendido.—¿De qué?—preguntó Hubert.—De Melania Simón y de ti.—¿Y qué? ¿Dicen que es mi querida?—No, dicen que tú eres un espía.—¿Y qué más? ¿Qué puedo hacerlo yo?—Provocar una indagación—dijo Hayer.—Y un juicio—añadió Gigoux.

Hubert no contestó. Sus dos amigos fruncieron las cejas.

Al día siguiente, acosáronle de nuevo; él calló; volvieron a la carga, él casi se negó a hablar: cuanto más titubeaba más insistían ellos. Acabaron por decirle que era preciso «aclarar» la cosa.

Hubert, acorralado en la indagación y viendo aumentarse las sospechas consintió.

En casa de Beauvais, Don Street, número 20, es donde está lo que se llama «el círculo de los proscritos». Los proscritos desocupados y los proscritos sin trabajo permanecen allí, en una sala común. Hubert expuso en esa sala una declaración dirigida a todos «sus hermanos de destierro», en la cual, en vista de las «infames calumnias» propaladas contra su persona, poníase a la disposición de todos, reclamaba que se abriera una información y pedía que fueran jueces todos los proscritos.

Quería la información «inmediata», recordando que pensaba salir de Jersey el viernes, 21 de octubre, y concluía diciendo: «la justicia del pueblo debe ser pronta.»

Las últimas palabras del cartel eran: «Se hará luz».—Firmado: «HUBERT».

Reuniose la sociedad *Fraternidad* a que pertenecía Hubert; incoó la información, y para instruir ese proceso doméstico de la proscripción, nombró a cinco de sus miembros: Mathé, Rattier, Rondeaux, Henry y Hayes. Mathé, ante la exclamación de sorpresa escapada a su hijo estaba convencido de la culpabilidad de Hubert.

Dicha comisión efectuó una verdadera indagación jurídica, llamó testigos, oyó a Gigoux y a Jego, reclutados por Hubert para París, a Jarassé, a Famot, a quien había dicho Hubert:—Es menester una matanza de seis meses para acabar;— recogió lo dicho por Rattier y Hayes, llamó a Melania Simón, la careó con Hubert; hizo que le enseñasen la carta de Hubert fechada en Angers, la cual había sido rota, y pegados los pedazos; levantó acta de todo. En el careo, Melania Simón confirmó todas sus palabras, y dijo claramente a Hubert:

—Usted es un espía de Bonaparte.

Abundaban presunciones, pero faltaban pruebas.

Mathé dijo a Hubert:—¿Se marcha usted el viernes?—Sí.—¿Tiene usted baúl?—Sí.—¿Qué lleva usted en ese baúl?—Mi poca ropa, y ejemplares de publicaciones socialistas y republicanas,—¿Quiére usted que se le registre el baúl?—Sí.—Rondeaux acompañó a Hubert a casa de Beauvais donde vivía Hubert y donde tenía el baúl. Este fué abierto; Rondeaux halló en él camisas, pañuelos, un pantalón y un paletó viejos; nada más.

A todo esto la ausencia de pruebas palpables debilitaba las sospechas, y la opinión de los proscritos volvía a ser favorable a Hubert.

Hayes, Gigoux y Beauvais le defendían enérgicamente.

Rondeaux dió cuenta de lo que había hallado en el baúl.

—¿Y los escritos socialistas?—preguntó Mathé.

—No los he visto—dijo Rondeaux.

Hubert guardó silencio.

Entretanto, habiéndose propagado el rumor del registro del baúl, un carpintero de Queen Street dijo a un proscrito, creo que a Jarassé:—Pero, ¿han abierto el doble fondo?—¿Qué doble fondo?—El doble fondo del baúl.—¿Tiene doble fondo el baúl?—Sí.—¿Cómo lo sabe usted?—Porque yo lo he construído.

Se repitió la conversación a la comisión. Mathé dijo a Hubert:—¿Tiene doble fondo el baúl?—Claro que sí.—¿Con qué objeto?—¡Toma! pues para esconder los escritos democráticos que llevo.—¿Por qué no habló usted de ese doble fondo a Rondeaux?—No pensé en ello.—¿Consiente usted en que lo registren?—Sí.

Hubert dió ese consentimiento con la mayor tranquilidad, respondiendo generalmente por monosílabos y casi sin dejar la pipa. Sus amigos deducían de su laconismo su inocencia.

La comisión decidió asistir en masa al registro del doble fondo.

Pusiéronse en marcha. Era ayer jueves, víspera del día señalado por Hubert para su partida. En el camino, preguntó Hubert:

¿A dónde vamos?

—A casa de Beauvais—dijo Rondeaux;—puesto que allí está el baúl...

Hubert repuso:

—Somos muchos; habrá que desclavar el doble fondo a martillazos; esto va a causar algún sobresalto en casa de Beauvais, en donde siempre hay muchos proscritos; vengan conmigo dos de ustedes, y llevemos el baúl a la carpintería; los demás que nos esperen allí. El carpintero cerró el doble fondo; él sabrá abrirlo mejor que nadie. Sea como fuere, todo se hará delante de la comisión y no habrá escándalo.

Se consintió en ello. Hubert, ayudado por Hayes y Henry, llevó el baúl a la carpintería. Abrióse el doble fondo. Estaba lleno de papeles. Había, en efecto, escritos republicanos, mis discursos, los *Presidios de Africa*, de Ribeyrolles, la *Corona Imperial*, de Cahaigne. Se hallaron allí los tres o cuatro pasaportes sucesivos de Hubert, el último librado en Francia, a «petición suya», una colección completa de documentos relativos a la organización interna de la sociedad *La Revolución*, organizada en Londres por Ledru-Rollin; todo esto mezclado con muchas letras y con multitud de papelotes.

Entre éstos, encontráronse dos cartas que parecieron singulares.

La primera, fechada el 24 de noviembre, era para el prefecto del Eure y rechazaba el ofrecimiento de amnistía, con una indignación pródiga de epítetos injuriosos; era una carta que Hubert había enseñado a los proscritos de Londres y expuesto en sus salas de reunión.

La segunda carta, fechada el 30, separada de la primera por seis días solamente, estaba escrita al mismo prefecto, y contenía, en forma de reclamación de dinero, ofrecimientos muy claros de servicios al gobierno bonapartista.

Ambas cartas se contradecían, era evidente que sólo una de ellas había sido expedida, y parece probable que no fuese la primera. Según toda probabilidad, la segunda era la carta verdadera; la otra era «para enseñarla».

Mostraron ambas cartas a Hubert; éste continuaba fumando imperturbablemente la pipa.

Dejaron a un lado las dos misivas, y se prosiguió el examen de los papeles.

Una carta de letra de Hubert que empezaba con estas palabras: «Querida madre», cayó en manos de Rattier. Este leyó las primeras líneas. Era una carta de familia, y disponíase a dejarla, cuando vió que la hoja era doble. La abrió casi maquinalmente, y sintió como la impresión de un relámpago en los ojos. Su mirada acababa de posarse, a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la cabeza de la segunda página, en estas palabras, escritas de puño de Hubert: «Al señor de Maupas, ministro de policía.—Señor ministro.»

Seguía la carta que vamos a leer, firmada por Hubert.

«Al Sr. de Maupas, ministro de Policía.

París.

»Señor Ministro: Con fecha 24 de septiembre »último, y con objeto de volver a Francia, he re»cibido una carta del señor prefecto del Eura.

»El 24 y el 30 del mismo mes, he escrito dos »cartas al señor prefecto. Ambas han quedado sin »contestación.,

»Después, he visto figurar mi nombre en el *Mo»nitor*, en la lista que es objeto del decreto del »5 de febrero; pero no me hallaba en disposición »de salir en aquella época, pues quería acabar en »Londres un tomito titulado: *Los Proscritos re»publicanos, y la República imposible, a causa de »estos mismos supuestos republicanos*. Este tomo, »lleno de verdades y hechos que nadie puede negar, »creo que producirá cierto efecto en Francia, don»de deseo imprimirlo. Ayer he mandado firmar mi »pasaporte para Francia; ya no me retiene en In»glaterra nada interesante, a no ser el que, antes »de marcharme, quisiera saber si me darán lo que »se me debe, y que «reclamo en mi citada carta» »del 30.

»El señor prefecto del Eura, al cual suplicaba »que comunicase esa carta a quien corresponda, »ha debido de remitirla al gobierno; sigo esperando »su solución, pero en vista de que en tanto tiem»po nada he recibido, me decido a escribir a »usted, con la esperanza de obtener un resultado »inmediato.

»He aquí mi dirección en Londres: (Inglate»rra, número 17, «Church street, Soho Square).

»Y mi nombre: Hubert Julián Damasceno, agri»mensor, Henqueville, cerca de los Andelys (Eura).

»25 de febrero de 1853».

»Firmado: Hubert.

Rattier alzó los ojos y miró a Hubert.

Este había dejado la pipa; por la frente le corrían grandes gotas de sudor,

—Es usted un espía—dijo Rattier.

Hubert, lívido, cayó en una silla, sin responder una palabra.

Los miembros de la comisión hicieron un paquete con los papeles, y fueron inmediatamente a dar cuenta del resultado a la sociedad *La Fraternidad*, que celebraba sesión en aquel momento.

En ese trayecto es donde yo los hallé.

Ante la revelación de semejantes hechos, una especie de sacudida eléctrica agitó en toda la ciudad a los proscritos. Corrían por las calles, se acercaban unos a otros para cambiar impresiones; los más exaltados eran los que más estupefactos estaban.—¡Aquel Hubert, en quien habían creído!

Ocurría un hecho que aumentaba la impresión causada. El jueves es día de correo en Jersey. Acababan de llegar los periódicos de Francia. Y las noticias que traían rodeaban a Hubert de una especie de siniestro resplandor. En París se habían efectuado trescientas detenciones, y una multitud en el resto de Francia. Hubert había visto en Saint-Malo a Rocher (de Nantes), Rocher fué detenido; había visto a Guepin y los Magin en Nantes, y los Magin y Guepin fueron detenidos; había visto a Rioteau en Angers y le había pedido dinero, y Rioteau fué detenido; había visto a Goudchaux y Boisson en París, y ambos fueron detenidos.

Los sucesos y los recuerdos iban llegando en tropel. Gaffney, uno de los que hasta última hora habían apoyado a Hubert, contaba que en 1852 había expedido de contrabando, desde Londres al Havre, un fardo que contenía ochenta ejemplares de

Napoleón el pequeño. Hubert y un escribano de Ruán, proscrito, llamado Bachelet, estaban en su cuarto cuando empaquetaba el fardo. Delante de ellos efectuó un cálculo del cual resultaba que el bulto estaría en casa de la madre de Gaffney el día en que un amigo, previo aviso, pudiera ir a buscarlo. Hubert y Bachelet salieron. Después de marcharse éstos, Gaffney rectificó el cálculo y reconoció que el fardo llegaría a casa de su madre, al Havre, un día antes. En consecuencia escribió a su madre y a su amigo. El bulto llegó, en efecto, y fué retirado por el amigo. Al día siguiente, que era el señalado por Gaffney, en presencia de Hubert y Bachelet, entró la policía en casa de la señora de Gaffney y revolvió toda la casa para encontrar los libros que, según decían los agentes, «le habían enviado de Londres».

A las diez de la noche, doce o quince proscritos se hallaban reunidos en casa de Beauvais. Pedro Leroux y uno de Jersey, Felipe Asplet, oficial del condestable, estaban sentados en un rincón; Pedro Leroux hablaba a Asplet de las mesas giratorias.

De pronto entra Henry y cuenta lo sucedido, el doble fondo del baúl, la carta de Maupas, las detenciones llevadas a cabo en Francia; Hayes, Gigoux y Rondeaux llegan y confirman lo dicho por Henry.

En ese instante, se abre la puerta y aparece Hubert. Iba a acostarse, y, como de costumbre, venía a coger la llave, suspendida de un clavo en la sala común.

—¡Ahí le tenéis!—grita Hayes.

Todos se abalanzaron contra Hubert; Gigoux le abofetea, Hayes le coge de los cabellos, Heurtebise le agarra de la corbata y le aprieta el pescuezo, Beauvais levanta la navaja. Asplet detiene el brazo de Beauvais.

Una hora después, al describirme la escena, me

decía Beauvais:—¡A no ser por Asplet, Hubert a esta fecha era cadáver!

Asplet, como oficial de policía, intervino y les arrebató a Hubert.

Beauvais arrojó la navaja; dejaron allí al espía; dos o tres se fueron a los rincones, se taparon la cabeza con las manos y prorrumpieron en llanto.

Entretanto, yo había llegado a mi casa.

Eran cerca de las doce, iba a acostarme; oí un carruaje pararse a la puerta y luego oí un campanillazo. Un momento después, entró Carlos en mi cuarto y me dijo:—Es Beauvais.

Bajé. Todos los proscritos se reunían en sesión general para juzgar inmediatamente a Hubert. No le perdían de vista, y enviaron a Beauvais a buscarme. Yo titubeé. Juzgar a aquel hombre, aquella sesión nocturna, aquella reunión de proscritos, todo eso se me antojaba extraño y repugnaba a mis costumbres. Beauvais insistió.

—Venga usted—me dijo;—si usted no viene, no respondo de Hubert.

Y añadió:—No respondo de mí mismo. A no ser por Asplet, le hubiera abierto la barriga de una cuchillada.

Seguí a Beauvais, y llevé conmigo a mis dos hijos. Durante el camino, se nos agregaron Cahaigne, Ribeyrolles, Frond, Lefévre el cojo, Caunet y otros varios proscritos que viven en Havre-des-Pas.

Cuando llegamos daban las doce.

La sala en que iban a juzgar a Hubert, llamada Círculo de los Proscritos, es una de esas grandes salas rectangulares, que hay en casi todas las casas inglesas. Esas salas, poco apreciadas por nosotros, los franceses, tienen vistas a las dos fachadas delantera y trasera.

Esta, situada en el primer piso de casa de Beauvais, Don Street, número 20, tiene dos ventanas que dan a un patio y tres a la calle, frente por frente de la gran fachada roja del edificio destinado a

los bailes públicos, que llaman aquí Casa de la Ciudad. Algunos grupos de habitantes de la población, emocionados por los rumores que circulaban, habíaban quedito bajo las ventanas. Los proscritos llegaban por todas partes.

Cuando yo entré estaban ya reunidos casi todos.

Se hallaban diseminados por los dos grandes compartimientos de la sala y cuchicheaban gravemente entre sí.

Hubert había venido a visitarme en Bruselas y en Jersey; pero yo no guardaba recuerdo alguno de ese hombre. Cuando entré, dije a Heurtebise:

—¿Dónde está Hubert?

—Detrás de usted—me respondió Heurtebise.

Me volví y vi, sentado a una mesa, recostado contra la pared, por el lado de la calle, bajo la ventana del centro, con una pipa ante sí y el sombrero puesto, a un hombre como de cincuenta años, colorado, picado de viruela, con cabellos muy blancos y bigotes muy negros. Tenía los ojos parados y tranquilos. De vez en cuando, se levantaba el sombrero y se enjugaba la frente con un gran pañuelo azul.

Llevaba paletó pardo, abrochado hasta la barba. Ahora que sabía quién era, le encontraba cara de guardia municipal.

Iban y venían delante de él, junto a él, al lado de él, hablando de él.

—Ahí está ese cobarde—decía uno.

—Hé ahí ese bandido—decía otro.

El oía esas palabras pronunciadas en voz alta, y miraba a los que hablaban absolutamente igual que si hablasen de otro.

Aunque la sala, adonde sin cesar llegaban nuevos individuos, estuviese llena, había un hueco en torno de él. Estaba solo en aquella mesa y en su banco. Cuatro o cinco proscritos, de pie en las esquinas de la ventana, le guardaban. Uno de ellos era Boni, que nos enseña a montar a caballo.

Estaban casi todos los proscritos, aunque la convocatoria se había hecho a toda prisa de noche, cuando la mayoría estaba acostada y dormida. Sin embargo se notaban algunos ausentes. Pedro Leroux, después de asistir al primer choque de Hubert y los proscritos, se había marchado y no volvió, y de toda su numerosísima familia—que llaman aquí «la tribu Leroux»,—no había en la sala más que un solo miembro, Carlos Leroux. Estaba también ausente la mayor parte de los que entre nosotros llamamos «los exaltados», y, entre otros, Seigneuret, el autor del manifiesto llamado *de la comisión revolucionaria*.

Habían ido en busca de la comisión que llevó a cabo las investigaciones. Esta llegó. Mathé, que salía de la cama, parecía aún muy dormido.

Entre los refugiados presentes, un anciano, envejecido en las conspiraciones, estaba acostumbrado a esa clase de procesos sumarísimos entre proscritos en las catacumbas, especie de sesiones de tribunal vehmico en donde el misterio no excluye la solemnidad y donde más de una vez se han pronunciado sentencias horrorosas, de todos sancionadas y de algunos ejecutadas. Ese anciano era Cahaigne. Viejo de cara, joven de corazón, con barba gris y cabellos blancos, republicano con cara de cosaco, demócrata con modales de aristócrata, poeta, hombre de mundo, hombre de acción, combatiente de las barricadas, veterano de las conspiracines, Cahaigne es una figura.

Le gritaban: Presida usted. Y le dieron por secretarios a Jarassé, que pertenece a la sociedad llamada la *Fraternidad*, y a Heurtebise, de la sociedad denominada *Fraternal*.

Esa *Fraternidad* y esa *Fraternal* no viven fraternalmente.

Se abre la sesión.

Produ̇cese gran silencio.

En ese momento la sala presenta extraño aspecto. Debajo de los techos de los dos compartimientos iluminados cada uno, y muy escasamente,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por dos mecheros de gas, agrupábanse, sentados, de pie, acurrucados, acodados, en bancos, en sillas, en taburetes, en mesas, en los alféizares de las ventanas, algunos cruzados de brazos, recostados contra la pared, muy pálidos, graves, severos, casi siniestros, los setenta proscritos de Jersey. Llenaba los dos compartimientos de la sala, dejando únicamente en el de las tres ventanas que daban a la calle, un pequeño espacio libre, ocupado por tres mesas: la mesa próxima a la pared, en donde está Hubert solo; otra mesa muy cerca de ésta, en la que se hallaban Cahaigne, Jarassé y Heurtebise; y, enfrente, otra más pequeña, rodeada de los miembros de la comisión, y en la que había puesto el atestado Rattier, el ponente. Detrás de esa mesa, ardía una chimenea llena de carbón de piedra, en la cual hervía rumorosamente no se qué caldero, que un mozo de café vigilaba de cuando en cuando. En el manto de la chimenea, debajo de un rastel cargado de pipas, entre un montón de enormes carteles procedentes de los proscritos, entre el anuncio de Carlos Leroux que recomendaba su taller de encuadernación y el rótulo de Ribot que inauguraba la sombrerería del «Sombrero Rojo», se exponía, pegado con obleas, el letrero en que se pedía una información y «rápida justicia», firmado por Hubert.

Yo, con Ribeyrolles y mis hijos, estaba sentado en el rincón próximo a la chimenea.

Algunos proscritos fumaban, quién en pipa, quién un puro. Esto producía en la sala poca luz y mucho humo. Lo alto de las ventanas, en forma de guillotinas, según la moda inglesa, estaba abierto para que pasase todo ese vapor.

La sesión dió comienzo con el interrogatorio de Hubert. A las primeras palabras, éste se quitó el sombrero. Cahaigne le interrogó con gravedad algo teatral; pero, fuera cual fuere el acento, sentíase un fondo lúgubre y serio.

Hubert dió sus dos nombres: Julián Damasceno.

Hubert había tenido tiempo de recobrar su presencia de ánimo. Respondía con precisión y sin turbarse. En cierto momento, como le hablaran de su regreso por el departamento del Eura, rectificó no sé qué error de Cahaigne diciendo:—Dispensen ustedes, Louviers está en la ribera derecha, y Andelys en la izquierda.—Por lo demás, nada declaró.

Concluído el interrogatorio, se pasó a la lectura de los atestados de la comisión encargada de testimonios y documentos.

Esta lectura, comenzada en la más profunda calma, originó un rumor que iba creciendo al paso que los hechos aparecían más negros y más odiosos. Oíanse estos murmullos ahogados:—¡Ah! ¡qué miserable! ¡qué canalla! ¿Cómo no estrangulan inmediatamente a ese ganapán?

En medio de ese continuo torrente de imprecaciones, el lector se veía obligado a alzar la voz. Rattier era el que leía. Mathé le iba dando los documentos. Beauvais le alumbraba con una vela de sebo en un candelero de hierro. El sebo se escurría gota a gota sobre la mesa.

Después de leídas las declaraciones de los testigos, Rattier anunció que llegaba al documento decisivo. Tornó el silencio, un silencio febril, inquieto, absoluto. Carlos me dijo en voz muy baja:—Se oiría volar una mosca.

Rattier leyó la carta de Hubert a Maupas.

En tanto que duró la carta, contuviéronse los reunidos; los puños se crispaban; algunos se mordían el pañuelo.

Leída la última palabra, gritó el viejo Fombertaux:

—¡La firma!

Rattier dijo:—Firmado Hubert.

Aquello fué espantoso.

Estalló la explosión. El silencio no había sido más que expectación mezclada de no sé qué indecisión para creer semejante cosa; algunos habían

dudado hasta entonces, diciendo: —¡No es posible! Pero cuando apareció la carta, escrita por Hubert, fechada por Hubert, firmada por Hubert, evidente, real, incontestable, ante los ojos de todos, en manos de todos, el nombre de Maupas escrito por Hubert, la convicción cayó como un rayo sobre la asamblea.

Los rostros volviéronse a Hubert furiosos; algunos se encaramaron a los bancos; puños amenazadores levantáronse contra él; aquello fué como un frenesí de dolor y rabia; terrible luz invadió todos los ojos.

Se oían estos gritos: —¡Infame! —¡Ah! ¡Qué miserable, Hubert! —¡Oh! ¡El bandido de la calle de Jerusalén!

Fombertaux, cuyo hijo está en Belle-Isle, gritó: —¡Ved ahí los granujas que nos están vendiendo hace veinte años!

—¡Sí—dijo otro,—y gracias a esos miserables, están los jóvenes en los calabozos y los viejos en el destierro!

Un proscrito, cuyo nombre ignoro, joven y rubio, subióse a una mesa, mostró a Hubert, y gritó: —¡Ciudadanos, muera!

—¡Muera! ¡Muera!—repitieron muchas voces.

Hubert empezaba a mirar en torno suyo con aire extraviado.

El mismo joven prosiguió:

—Tenemos a uno; que no se nos escape.

Otro gritó: —Arrojémosle al Sena.

Oyóse una carcajada siniestra.

—¿Te crees aún en el Pont-Neuf?

Y continuaron: —¡Al mar el espía, con una piedra al cuello!

—¡Echémosle a la colada!—dijo Fombertaux.

Durante el tumulto, Mathé me había entregado la carta de Hubert, y yo la examinaba con Ribeyrolles. Estaba escrita, en efecto, en la segunda página de una carta de familia, con letra algo alargada, clara, legible, con algunas raspaduras, toda ella de mano de Hubert. Debajo de ese borrador, por una costumbre de hombre iletrado, había firmado su nombre con todas sus letras.

Cahaigne reclamó silencio; pero el tumulto era indescriptible. Todos hablaban a la vez; aquello era como una sola alma que profiriese por sesenta bocas la misma maldición al miserable.

—¡Ciudadanos—gritó Cahaigne,—vosotros sois jueces!

Estas palabras bastaron. Todos callaron; las manos levantadas, descendieron, y cada cual, cruzando los brazos o apoyando los codos contra las rodillas, volvió a su sitio con cierta dignidad lúgubre.

—Hubert—dijo Cahaigne,—¿reconoce usted esta carta?

Jarassé presentó la carta a Hubert, quien respondió: —Sí.

Cahaigne prosiguió: —¿Qué explicaciones tiene usted que dar?

Hubert permaneció en silencio.

—¿Es decir—prosiguió Cahaigne,—que se declara usted espía?

Hubert levantó la cabeza, miró a Cahaigne, dió un puñetazo en la mesa y dijo: —¡Eso no!

Corrió un murmullo como un estremecimiento de cólera. La explosión, que sólo estaba suspendida, se halló a punto de empezar otra vez; pero, como se vió que Hubert seguía hablando, renació el silencio.

Hubert declaró, con voz sorda y temblona, pero que tenía cierto acento de firmeza y, cosa triste de decir, de sinceridad: Que él nunca había hecho daño a nadie; que él era republicano; que moriría diez mil veces antes que hacer caer por su culpa «un cabello de la cabeza de un republicano; que, si había habido detenciones en París, él era inocente de ellas; que no se había reparado bastante en la primera carta escrita al prefecto del Eura; que, en cuanto a la carta de Maupas, esta era un borrador, un proyecto; que la había

escrito, pero no enviado; que más adelante se sabría la verdad, y que entonces se arrepentirían; que, respecto al tomo *La República imposible por causa de los republicanos*, lo había escrito asimismo; mas no lo había publicado.

De todas partes gritaron:

—¿Dónde está?

El respondió con calma:—Lo he quemado.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decir?—preguntó Cahaigne.

Hubert dijo que no con la cabeza; luego, prosiguió:

No debía nada a Melania Simón; los que le habían visto dinero se habían engañado; el ciudadano Rattier se equivocaba; él, Hubert, nunca había entrado en el estanco de Hurel; sus pasaportes eran la cosa más sencilla del mundo; estando «indultado», tenía derecho a ellos; había devuelto los cincuenta francos a Rioteau, de Angers; él era un hombre honrado; nunca había tenido billetes de Banco; el dinero que había gastado se lo había mandado su mujer, en total unos ciento sesenta francos; había hallado al ciudadano Boisson en París, en una fonda; así supo sus señas; si quería llevar proscritos a París, era para derrocar a «Badinguet», no para entregar a sus amigos; si los gendarmes le habían dejado circular por Francia, no tenía él la culpa; «en definitiva», había en todo esto una inteligencia entre algunos para perderle, y todos eran víctimas de esa inteligencia.

Repitió dos o tres veces, sin que se supiera a que se refería esta frase:—El carpintero que ha construído el doble fondo, está ahí para decirlo.

—¿Es eso todo?—preguntó Cahaigne.

—Sí—dijo Hubert.

Un estremecimiento acogió esa afirmación, habían escuchado las explicaciones; pero éstas nada explicaban.

—Tenga cuidado—añadió Cahaigne.—Usted mismo es el que nos ha dicho que le juzguemos. Podemos condenarle.

—¡Y ejecutarle!—gritó una voz.

—Hubert—prosiguió Cahaigne,—corre usted todos los peligros del castigo. ¿Quién sabe lo que va a ser de usted? Ande con ojo. Desarme a sus jueces por una declaración. Nuestros amigos están en manos de Bonaparte; pero usted está en las nuestras. Haga revelaciones, ilústrenos. Ayúdenos a salvar a nuestros amigos, o está usted perdido. Hable.

—Ustedes son—dijo Hubert, alzando la cabeza—ustedes son quienes pierden a «nuestros amigos» de París, pronunciando sus nombres muy alto como lo hacen ustedes en una asamblea (y paseó la vista por la asamblea) en donde hay, indudablemente, «espías». No tengo más que decir.

Esta vez recomenzó la explosión, y con tal furia, que pudo temerse que pasase de las palabras a los hechos.

Gritos de: ¡Muera! salieron de nuevo de muchas bocas irritadas.

Entre los proscritos, había un zapatero de Niort, antiguo suboficial de artillería llamado Guay, comunista fanático, por lo demás obrero excelente y honrado, hombre de larga barba negra, tez pálida, ojos hundidos, palabra lenta, apostura grave y resuelta. Se levantó y dijo:

—Ciudadanos, parece ser que se querría condenar a Hubert a muerte. Esto me extraña. Olvidáis que estamos en un país que tiene leyes. Estas leyes, no debemos violarlas, no debemos intentar nada que sea contrario a ellas. No obstante, hay que castigar a Hubert, por una parte, por lo pasado y, por otra, para lo porvenir, imprimirle un estigma imborrable. Por consiguiente, a fin de no hacer cosa alguna fuera de lo que permiten las leyes, he aquí lo que propongo: Vamos a coger a Hubert, y cortarle el pelo y el bigote, y, como los cabellos y bigotes vuelven a salir, le cortare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos un centímetro de la oreja derecha. Las orejas no crecen.

Esta proposición, enunciada con el tono más grave y el acento más convencido, terminó con esa lúgubre carcajada que volvía a ratos y que como un horror más, se mezclaba al terror de la escena.

Cerca de Guay, a la entrada del segundo compartimiento, al lado del doctor Barbier, había un proscrito, sentado, llamado Avias. Avias, suboficial del ejército de Oudinot, había desertado ante Roma, no queriendo, él, republicano, derrumbar una república. Fué aprehendido, juzgado por Consejo de Guerra y condenado a muerte. La víspera de la ejecución logró fugarse. Se refugió en el Piamonte. El 2 de diciembre franqueó la frontera y agregóse valerosamente a los republicanos de Var, armados contra el golpe de Estado. En una escaramuza, una bala le rompió el tobillo; sus amigos se lo llevaron con gran trabajo y hubo que amputarle el pie. Expulsado del Piamonte, fuése a Inglaterra, y después a Jersey. A su llegada, vino a verme; algunos amigos y yo le dimos socorros, y acabó por hacerse tintorero y por vivir.

Avias parecía haber conocido mucho a Hubert. Durante todo el rato que duró la lectura agitábase y gritaba: —¡Ah! ¡canalla!... ¡Y pensar que él me decía: ¡Luis Blanc es un traidor! ¡Victor Hugo es un traidor! ¡Ledru-Rollin es un traidor!

Así que se hubo sentado Guay, Avias se levantó y subióse al banco, luego a la mesa.

Avias es un hombre de treinta años, de elevada estatura, con faz colorada y ancha, sienes abultadas, ojos arrás de la cabeza, boca grande, acento provenzal. Con mirada furiosa, con los puños negros de tinte, con el pie de menos que le hacía vacilar sobre la mesa, nada había más salvaje que ese gigante de gritos roncos cuya cabeza tocaba al techo

Gritó: — ¡Ciudadanos, nada de eso! Acabemos.

Contémonos y echemos suertes para decidir quién haya de dar el golpe de gracia a ese bribón. Si nadie quiere, yo me ofrezco.

Alzóse un clamor de adhesión: —¡Todos! ¡todos!

Un hombrecillo joven, de barba rubia, que estaba sentado delante de mí, dijo: —Yo me encargo de él. Mañana por la mañana, estará muerto el espía.

—No, no—replicó otro, en el rincón opuesto.—¡Aquí estamos cuatro que nos encargaremos de él!

—Sí—añadió Fombertaux, tendiendo el puño hasta la cabeza de Hubert—. ¡Justicia a ese miserable! ¡Muera!

No surgía ni una protesta. El mismo Hubert, aterrorizado, bajaba la cabeza y parecía decir: —Es justo.

Yo me levanté y dije:

—Ciudadanos, en un hombre a quien alimentabais, a quien sosteníais, a quien amabais, acabáis de hallar un traidor. En un hombre que tomabais por hermano, acabáis de hallar un espía. Ese hombre lleva puesto aún el vestido que le habéis comprado, y en los pies lleva el calzado que le habéis dado. Estáis con el temblor de la indignación y del dolor. Yo comparto esa indignación; comprendo ese dolor. Pero, tened cuidado. ¿Qué son esos gritos de muerte que oigo? En Hubert, hay dos seres, un espía y un hombre. El espía es infame; el hombre es sagrado.

En esto me interrumpió una voz, la voz de un buen muchacho llamado Cauvet, que es rico y a veces borracho, y que abusa de ser partidario de Ledru-Rollin, para mostrarse fanático de la guillotina. Reinaba silencio. Cauvet dijo a media voz:

—¡Ah! sí, eso es. ¡Siempre dulzura!

—Sí—dije yo,—dulzura. Energía por un lado, dulzura, por otro: he ahí las dos armas que quiero poner en manos de la república.

Proseguí:

—Ciudadanos, ¿sabéis lo que os pertenece en Hu-

bert? El espía sí, el hombre no. El espía es vuestro, el honor del traidor, el nombre del traidor, su persona moral. Tenéis derecho a hacer de él lo que os plazca; tenéis derecho a triturarlo, a desgarrarlo, a pisotearlo; sí, tenéis derecho a hollar bajo vuestros pies el nombre de Hubert, y a sepultar sus odiosos jirones en el fango. Pero, ¿sabéis a qué no tenéis el derecho de tocar? Pues a un cabello de su cabeza.

Sentí la mano de Ribeyrolles que me estrechaba la mía; continué:

—Lo que los señores Hubert y Maupas acaban de intentar aquí, es monstruoso: hacer alimentar un espía por nuestra pobre caja indigente, mezclar en el mismo bolsillo el billete de Banco de la policía y el dinero fraternal de los proscritos, echarnos a los ojos nuestros limosna para cegarnos, hacer que los hombres que nos sirven en Francia sean detenidos por el hombre que alimentamos en Jersey, perseguir la proscripción con la emboscada, no dejar ni aun el destierro tranquilo, atar los hilos de una trama infame a las más santas fibras de nuestro corazón, traicionarnos y robarnos al mismo tiempo, espiarnos y vendernos. ¡He ahí la masa en que acabamos de coger las manos de la policía imperial!

«¿Qué debemos hacer? Publicar los hechos, tomar por testigos a Francia, a Europa, a la conciencia pública, a la probidad universal, acer decir al mundo entero: ¡Eso es infame! Por triste que sea el descubrimiento, la ocasión es buena. En este asunto, toda la ventaja moral recae en los proscritos, en la democracia, en la república. La situación es excelente. No la echemos a perder.

»¿Y sabéis cómo la echaríamos a perder? Equivocándonos sobre nuestro derecho, portándonos como los venecianos del siglo dieciséis, en vez de conducirnos como franceses del siglo diecinueve, procediendo como el consejo de los Diez, matando al hombre.

»En principio, nada de pena de muerte, os lo recuerdo, ni contra un espía ni contra un parricida. De hecho es absurdo.

Tocad a ese hombre, heridle, pegadle tan sólo, y mañana la opinión, que está por vosotros, se volverá contra vosotros. La ley inglesa os cita a su tribunal. De jueces, os tornáis en acusados. Hubert desaparece, Maupas desaparece, y ¿qué queda? Vosotros, proscritos franceses, ante un jurado inglés.

»Y en vez de decir: ¡Ved la indignidad de esa policía!, se dirá: ¡Ved la brutalidad de esos demagogos!

»Ciudadanos—añadí extendiendo el brazo hacia Hubert,—tomo a ese hombre bajo mi responsabilidad, no por el hombre, sino por la república. Me opongo a que se le cause daño alguno, ni hoy ni mañana, ni aquí ni en otro sitio. Resumo vuestro derecho en una palabra: publicar, no matar. El castigo por la luz, no por la violencia. Un acto de pleno día, no un acto nocturno. ¡La piel de Hubert! ¡Gran Dios! ¿qué vale eso? ¿qué haríais de la piel de un espía? Lo declaro, nadie tocará a Hubert, nadie le maltratará. Apuñalar a Hubert, sería degradar el puñal; abofetear a Hubert sería mancillar la bofetada.»

Estas palabras, que escribo hoy de memoria, fueron escuchadas con profunda atención y con una adhesión que crecía a cada palabra. Cuando torné a sentarme, estaba ya decidido el asunto. A decir verdad, no creo que Hubert, sean cuales fueren las violencias del principio, corriese en el acto peligro inmediato; pero el día siguiente podía ser fatal.

Cuando volvía a sentarme oí detrás de mí a un proscrito llamado Fillion, escapado de Africa, decir claramente:—Ved ahí lo que son las cosas; el espía se ha salvado. Había que obrar y no hablar. Esto nos enseñará a no perder el tiempo charlando.

Estas palabras fueron contestadas por un clamor general: —¡No! ¡no! nada de violencia. Publicar los hechos, hablar a la opinión, pisotear a Hubert y la policía del imperio: eso es lo que hace falta.

Claudio Durand, Berlier, Rattier, Ribeyrolles y Cahaigne me felicitaron vivamente. Hubert me miraba con cara triste.

La sesión había quedado como suspendida después de mis palabras. Los proscritos del color llamado terrorista me dirigían miradas de cólera.

Fillión se me acercó diciéndome: —Tiene usted razón. Desde el momento que ya habían hablado, no podía hacerse nada. ¿Acaso, al ir a ejecutar un traidor, se pregona la ejecución por todas partes? Aquí estamos sesenta; sobran cincuenta y seis. Cuatro bastaban. En Africa tuvimos un asunto como este. Se descubrió que un tal Augusto Thomas era agente de policía, y, sin embargo, antiguo republicano, no sólo de la víspera sino también de todas las conspiraciones ocurridas de veinte años aca. La prueba la tuvimos un día a las nueve de la noche. Al día siguiente, el hombre había desaparecido sin que nunca más se supiera lo que había sido de él. Así es como se hacen estas cosas.

Cuando yo iba a responder a Fillion, volvía a abrirse la sesión. Cahaigne alzó la voz:

—Sentaos de nuevo, señores. Habéis oído las palabras del ciudadano Víctor Hugo. Lo que propone es una pena moral.

—¡Sí, sí, bien! —gritaron muchas voces.

Cauvet, el hombre de buen humor que me había interrumpido, se agitó sobre la mesa en que estaba sentado.

—¡Hola! ¡eso sí que es bueno! —dijo. —¡Una pena moral! ¡y vais a soltar al hombre! ¡y mañana se irá a Francia a denunciar, a vender a todos nuestros amigos! Hay que matarle a ese granuja.

Había en esto una objeción seria. Hubert en libertad era peligroso.

Beauvais tomó la palabra:

—No hay necesidad de matarlo, y no se le soltará. Desde el mes de abril estoy alimentando y hospedando a Hubert, casi de balde, con gusto quería yo alimentar un proscrito; ¡siento y no quiero haber alimentado un espía! Ahora, el señor Maupas tiene que pagarme el gasto de Hubert. Son 83 francos. Mañana por la mañana, el señor Asplet agarrará a Hubert y nos lo encerrará en la cárcel por deudas; a menos que Hubert saque del bolsillo uno de los billetes de Banco del señor Maupas. He ahí una cosa que me agradaría ver.

Prorrumpieron en risas. En efecto, Beauvais había resuelto el problema.

Sí—gritó Vincent;—pero de aquí a mañana, se habrá ido.

—Le vigilamos—dijo Boni.

—Registrémosle—gritó Fombertaux.

—Sí, sí, registremos al espía.

Y una multitud corrió junto a Hubert.

—No tenéis derecho—exclamé—ni de vigilarle ni de registrarle. Vigilarle, es atentar contra su libertad; registrarle es tocar a su persona.

Además, registrarle era una candidez. Era evidente que, desde que empezaron las indagaciones, Hubert no debía tener encima nada que pudiese comprometerle.

Hubert exclamó: —¡Ah! ¡que me registren! Lo consiento.

La cosa no tenía nada de sorprendente.

—Consiente—dijeron los otros,—consiente, registremósle.

Yo los detuve. Pregunté a Hubert.

—¿Lo consiente usted?

—Sí.

—Tiene que dar el consentimiento por escrito.

—Lo daré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jarassé escribió el consentimiento y Hubert lo firmó. Entretanto, le registraban, pues no tuvieron paciencia para esperar la firma.

Vaciados y vueltos los bolsillos, no encontraron en ellos sino algunos sueldos, un gran pañuelo y un pedazo de la «Crónica de Jersey».

—¡Los zapatos! ¡Registrad los zapatos!—gritó una voz.

Hubert se descalzó y puso los zapatos sobre la mesa.

—No tenían dentro—dijo—más que los pies de un republicano.

Cahaigne tomó otra vez la palabra. Recordó mi proposición y la hizo adoptar. Ninguna mano se levantó en contra.

En tanto que se firmaba la proposición, Hubert se había calzado los pies y cubierto la cabeza; tomó otra vez la pipa que tenía sobre la mesa, y parecía buscar con la mirada a alguno que le ofreciese fuego para encenderla.

En aquel momento acercósele Cauvet y le dijo con voz amable:

—¿Quiéres una pistola?

Hubert no respondió.

—¿Quiéres una pistola?—repitió Cauvet.

Hubert guardó silencio. Cauvet insistió:

—Tengo una pistola en casa, y buena. ¿La quieres?

Hubert se encogió de hombros y empujó la mesa con el codo.

—¿La quiéres?—repitió Cauvet.

—Déjeme en paz—dijo Hubert.

—¿No quiéres mi pistola?

—No.

—Entonces, dame la mano.

Y Cauvet, completamente embriagado, tendió la mano a Hubert.

Hubert no se la dió.

Entretanto, yo hablaba con Cahaigne, que me decía:—Ha hecho usted bien en disuadirlos de su intento, pero me temo que mañana vuelva la cólera a dominar a dos o tres como Avias, y lo maten en alguna esquina.

Yo no había firmado la declaración. Todos la firmaron menos yo.

Heurtebise me ofreció la pluma.

—Yo firmaré dentro de tres días—dije.

—¿Por qué?—preguntaron varios.

—Porque temo las calaveradas. Firmaré dentro de tres días, cuando esté seguro de que no se ha realizado amenaza alguna y de que no se ha hecho ningún daño a Hubert.

De todas partes gritaron:

—¡Firme usted! ¡Firme! No le harán ningún mal.

—¿Me lo aseguráis?

—Se lo prometemos.

Firmé.

Media hora después entré en mi casa. Eran las seis de la mañana. El viento norte que venía del mar, soplaba en la Roca de los proscritos; las primeras claridades del alba alegraban el cielo. Algunas nubecillas de plata jugueteaban en medio de las estrellas.

A aquella misma hora, el señor Asplet, avisado por Beauvais, prendía a Hubert y encarcelábale por deudas.

La mañana del 21 de octubre, a eso de las seis, un tal Laurent, que se apropia aquí el título de vicecónsul de Francia, presentóse en casa del señor Asplet. Iba, según decía, a reclamar a un francés detenido ilegalmente.

—Por deudas—dijo Asplet.—Y enseñó el auto de prisión firmado por el diputado vizconde M. Horman.

—¿Quiére usted pagar?—preguntóle Asplet.

El vicecónsul bajó la cabeza y se marchó.

Está en el destino de Hubert el ser mantenido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por los proscritos. En este momento le mantienen en la prisión, mediante seis peniques (13 sueldos) diarios.

Revolviendo papeles, he hallado una carta de Hubert. En esa carta, hay una frase triste: «El hambre es mala consejera».

Hubert ha padecido hambre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

ACADEMIA FRANCESA

Señores:

Al comenzar el presente siglo, Francia ofrecía a todas las naciones un magnífico espectáculo. Un hombre la llenaba y la hacía tan grande, que ella, a su vez, llenaba la Europa. Este hombre, salido de la oscuridad, hijo de un pobre gentilhombre corso, producto de dos repúblicas, por su familia de la República de Florencia y por sí mismo de la república francesa, había llegado en pocos años a la más alta realeza que quizás haya asombrado a la Historia. Era príncipe, por su genio, por su sino y por sus acciones. Todo en él denunciaba el legítimo poseedor de un poder providencial. Tenía a su favor las tres condiciones supremas: el acontecimiento, la aclamación y la consagración. Lo amamantó una revolución, lo escogió un pueblo y lo coronó un papa. Reyes y generales, marcados por la fatalidad, habían reconocido en él, con el instinto de sombrío y misterioso porvenir, al elegido del destino. El era el hombre a quien Alejandro de Rusia, que debía perecer en

(1) *Victor Hugo fué nombrado miembro de la Academia francesa por 18 votos contra 16, el día 7 de Enero de 1841.*—Nota del traductor.

por los proscritos. En este momento le mantienen en la prisión, mediante seis peniques (13 sueldos) diarios.

Revolviendo papeles, he hallado una carta de Hubert. En esa carta, hay una frase triste: «El hambre es mala consejera».

Hubert ha padecido hambre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

ACADEMIA FRANCESA

Señores:

Al comenzar el presente siglo, Francia ofrecía a todas las naciones un magnífico espectáculo. Un hombre la llenaba y la hacía tan grande, que ella, a su vez, llenaba la Europa. Este hombre, salido de la oscuridad, hijo de un pobre gentilhombre corso, producto de dos repúblicas, por su familia de la República de Florencia y por sí mismo de la república francesa, había llegado en pocos años a la más alta realeza que quizás haya asombrado a la Historia. Era príncipe, por su genio, por su sino y por sus acciones. Todo en él denunciaba el legítimo poseedor de un poder providencial. Tenía a su favor las tres condiciones supremas: el acontecimiento, la aclamación y la consagración. Lo amamantó una revolución, lo escogió un pueblo y lo coronó un papa. Reyes y generales, marcados por la fatalidad, habían reconocido en él, con el instinto de sombrío y misterioso porvenir, al elegido del destino. El era el hombre a quien Alejandro de Rusia, que debía perecer en

(1) *Victor Hugo fué nombrado miembro de la Academia francesa por 18 votos contra 16, el día 7 de Enero de 1841.*—Nota del traductor.

Taganrog, había dicho: *Sois el predestinado del cielo;* a quien Kleber, que debía morir en Egipto, había dicho: *Sois grande como el mundo;* a quien Desaix, que cayó en Marengo, había dicho: *Yo soy el soldado, vos sois el general;* a quien Valhubert, expirando en Austerlitz, había dicho: *Yo voy a morir y vos vais a reinar.* Su nombre militar era inmenso, sus conquistas colosales.

Cada año ensanchaba las fronteras de su imperio hacia los límites majestuosos y necesarios que Dios a dado a la Francia. El había borrado los Alpes como Carlomagno, y los Pirineos como Luis XIV; él pasó el Rhin como César y fracasó al querer franquear el Canal de la Mancha como Guillermo el Conquistador. Bajo el dominio de este hombre, Francia constaba de ciento treinta departamentos; de un lado tocaba las bocas del Elba, del otro se extendía hasta el Tíber. Era el soberano de cuarenta y cuatro millones de europeos. En la atrevida formación de sus fronteras había empleado como materiales dos grandes ducados soberanos, Saboya y Toscana, y cinco antiguas repúblicas, Génova, los Estados Romanos, los Estados Venecianos, el Valais y las Provincias Unidas. Había construido en el centro de Europa un estado como una fortaleza, dándole por bastiones y obras avanzadas diez monarquías que había hecho entrar, a la vez, en el imperio y en su familia. De los niños, primos y hermanos, que jugaron con él en el patio de su hogar paterno en Ajaccio, había hecho testas coronadas. Casó a su hijo adoptivo con una princesa de Baviera y a su hermano más joven con una princesa de Wurtemberg. En cuanto a él, después de haber arrebatado a Austria el imperio de Alemania que se había adjudicado bajo el nombre de Confederación del Rhin, después de haberle tomado el Tirol para unirlo a Baviera y la Iliria para agregarla a Francia, se dignó casarse con una archiduquesa. Todo en ese hombre era desmesurado y espléndido. Flotaba sobre Europa como una extraordinaria visión. Cierto día se le vió en el centro de un grupo de 14 soberanos consagrados y coronados, sentado entre el césar y el czar, pero ocupando un sillón más elevado que el de éstos. Otro día ofreció a Talma el espectáculo de un patio de butacas lleno de reyes. Estando solo en el alborear de su preponderancia, tuvo el capricho de tocar el nombre de Borbón y de engrandecerlo a su manera allá en un rincón de Italia. De Luis, duque de Parma, hizo un rey de Etruria. En la misma época aprovechó una tregua, impuesta por su influencia y por sus armas, para obligar a los reyes de la Gran Bretaña a prescindir del título de reyes de Francia, que usurparon cuatro cientos años antes y que no se han atrevido a usar ya más; ¡también supo arrancárselo!

La revolución había borrado las flores de lis del escudo de Francia; él también las borró, pero del escudo de Inglaterra, encontrando así la manera de honrarlas en el mismo procedimiento con que fueron afrentadas. Por decreto imperial dividió Prusia en cuatro departamentos, bloqueó las islas británicas, declaró Amsterdam la tercera capital del imperio—Roma la segunda— y declaró al mundo entero que la casa de Braganza había dejado de existir.

Cuando pasó el Rhin, los electores de Alemania, esos hombres que habían hecho emperadores, se adelantaron a recibirle hasta sus fronteras con la esperanza de que quizás les hiciese reyes. El antiguo reino de Gustavo Wasca, falto de heredero a la corona y buscando un amo, le pidió que le cediese uno de sus mariscales para acatarlo como príncipe suyo. El sucesor de Carlos V, el último nieto de Luis XIV, el rey de España y de las Indias solicitaba la mano de una de sus hermanas. Era comprendido, gruñido y adorado por sus soldados, viejos granaderos familiarizados con su emperador y con la muerte La víspera de las batallas él sostenía con ellos uno de esos grandes diálogos

que comentan soberbiamente las bellas acciones, y que transforman la historia en epopeya. En su poderío, como en su majestad, había algo de simple, de brusco y de formidable. El no tenía como los emperadores de Oriente al Dogo de Venecia, por gran copero, o, como los emperadores de Alemania, al duque de Baviera por gran caballerizo; pero más de una vez arrestó al rey que mandaba su caballería. Entre guerra y guerra, él trazaba canales, abría caminos, subvencionaba teatros, enriquecía a las academias, protegía los descubrimientos, erigía monumentos grandiosos o bien redactaba códigos en un salón de las Tullerías, y discutía con sus consejeros de estado hasta que lograba sustituir, en cualquier texto, legal a las rutinas del procedimiento, la razón sencilla y suprema del genio. En fin, un último rasgo, que completa a mi juicio la singular configuración de esta gran gloria, es que él había penetrado tan adentro en la historia de sus acciones que podía decir y decía: *Mi predecesor el emperador Carlomagno;* y por sus alianzas se había mezclado de tal manera a la monarquía que podía decir y decía: *Mi tío el rey Luis XVI.*

Este hombre era prodigioso; su fortuna, señores, se había remontado sobre todo. Como acabo de recordároslo los más ilustres príncipes solicitaban su amistad, las más antiguas razas buscaban su alianza, los más viejos gentilhombres pretendían su servicio. No existía una cabeza, por alta y soberbia que fuese, que no saludase aquella frente sobre la que la mano de Dios, casi visible, había colocado dos coronas; una de oro, la que se llama realeza, otra de luz, la que se denomina el genio. Todo se inclinaba en el continente europeo ante Napoleón, todo, excepto seis poetas, señores—permitidme decirlo en este recinto y que me muestre orgulloso de ello—excepto seis pensadores que permanecieron de pie cuando el universo permanecía arrodillado; y estos nombres gloriosos voy a pronunciarlos entre vosotros; helos aquí: Ducis, Delille, Madame de Stael, Benjamín Constant, Chateaubriand, Lemercier.

¿Qué significaba esta resistencia? En medio de esta Francia que poseía la victoria, la fuerza, el poder, el imperio, la dominación y el explendor; en medio de esta Europa maravillada y vencida que, casi convertida en francesa, participaba del resplandor de Francia, ¿qué representaban esos seis espíritus rebelados contra el genio, esos seis notables rebelados contra la gloria, esos seis poetas irritados contra el héroe? Representaban, señores, en Europa la única cosa que a Europa le faltaba, la independencia; representaban en Francia la única cosa que le faltaba, la libertad.

¡Bien sabe Dios que no pretendo lanzar el desprecio y la censura contra los espíritus menos rígidos que rodeaban y aclamaban entonces al amo del mundo! Este hombre, después de haber sido la estrella de una nación, era su verdadero sol. Uno podía deslumbrarse sin pecar por ello. Además, ¿quién soy yo para abrogarme el derecho de suprema crítica? ¿Con qué títulos cuento para allo? Yo mismo, ¿no necesito de benevolencia y de indulgencia en esta hora en que entro en vuestras filas emocionado por todas las emociones juntas, orgulloso de los sufragios que me han traído, dichoso por la simpatía con que se me acoge, turbado por la vista de este auditorio tan imponente y entristecido por la gran pérdida que ha sufrido y de la cual no podré consolarle, confuso en fin, de ser tan poca cosa en este lugar venerable que llenan a la vez con su brillo sereno y fraternal augustos muertos e ilustres vivos? Además, y expongo mi pensamiento por entero, en ningún caso reconoceré en las generaciones venideras el derecho a la censura rigurosa hacia nuestros viejos y nuestros mayores. Quien no ha combatido, ¿tiene el derecho de juzgar? Debemos recordar que entonces éramos niños, que para nosotros deslizábase

la vida placentera y monótonamente, mientras los demás la hallaban dura y laboriosa. Llegamos nosotros después que nuestros padres, que están fatigados ya; seamos respetuosos con ellos. Nos aprovechamos juntamente de las grandes ideas que han luchado y de las grandes cosas que han prevalecido. Seamos justos con todos, con los que han aceptado al emperador por amo y con los que lo aceptaron por adversario. Comprendamos el entusiasmo y honremos la resistencia. Una y otro son legítimos.

Sin embargo, repitámoslo, señores, la resistencia era no sólo legítima, sino gloriosa.

Molestaba al emperador. El hombre que, como más tarde dijo en Santa Elena, habría hecho senador a Pascal y ministro a Corneille, este hombre, señores, poseía bastante grandeza propia para comprender la grandeza de los otros. Un espíritu vulgar, apoyado en su poder absoluto, habría quizás desdeñado aquella rebelión del talento: Napoleón no, Napoleón se preocupó de ella. Sabíase demasiado histórico para no tener cuidado de la historia; sentíase demasiado poético para no preocuparse de los poetas. Es preciso reconocer altamente que existía un verdadero príncipe en el subteniente de artillería que ganó a la joven república francesa la batalla del 18 Brumario y a las viejas monarquías europeas la batalla de Austerlitz. Era un victorioso y, como todos los victoriosos, amaba las letras. Napoleón poseía todos los gustos y todos los instintos del trono tanto como Luis XIV, aunque de otro modo que éste. El gran rey se ocultaba tras el gran emperador. Ligar la literatura a su cetro era una de sus primeras ambiciones. No le bastaba haber conquistado diez reinos, quería conquistar a Chateaubriand.

Y no es, señores, que al juzgar al primer cónsul o al Emperador, cada uno según sus simpatías particulares, aquellos hombres dejasen de constatar lo que había de generoso, raro e ilustre en Napo-

león. Pero, según ellos, la política ensombrecía al victorioso, el héroe se revestía de tirano, Scipión se complicaba con Cromvell; la mitad de su vida era una amarga réplica a su otra mitad. Bonaparte había enlutado las banderas de su ejército a la muerte de Washington, pero él no imitó a Washington. Nombró a La Tour d'Auvergne primer granadero de la república, pero abolió la república. Dió por sepulcro a Turena la cúpula de los inválidos pero dió el foso de Vincennes por tumba al nieto del gran Condé.

A pesar de la fiera y casta actitud de aquellos hombres, el emperador no vaciló en ofrecer para atraérselos. Las embajadas, las donaciones, los altos grados de la legión de honor, el senado, todo les fué ofrecido, digámoslo en honra del emperador, y todo fué rechazado, digámoslo en honor a aquellos nobles refractarios.

Después de las caricias, lo confieso con pesar; vinieron las persecuciones. Ninguno cedió. Gracias a esos seis talentos, gracias a esos seis caracteres se mantuvo la dignidad soberana del pensamiento, bajo un régimen que suprimió tantas libertades y que humilló tantas coronas.

Y hubo más, hubo un servicio prestado a la humanidad en general; hubo no solo la resistencia contra el despotismo, sino la resistencia contra la guerra. Y no hay que confundir el sentido y el alcance de mis palabras; yo soy de los que creen que la guerra es buena a veces. Desde el punto de vista en que se abarca toda la historia como un solo grupo y toda la filosofía como una sola idea, las batallas son llagas abiertas en el género humano como los surcos son llagas abiertas en la tierra. Desde hace cinco mil años, todas las cosechas se bosquejan por el arado y todas las civilizaciones por la guerra. Pero desde que la guerra tiende a preponderar, desde el momento en que se convierte en estado normal de una nación, desde que se perpetua en un estado crónico, por decirlo así,

entonces, señores, por magnos que sean los resultados ulteriores, llega un instante en que la humanidad supera la parte delicada de las costumbres de desgaste y reblandece al roce con las ideas brutales; el sable viene a ser la herramienta social; la fuerza se forja un derecho para ella; el esplendor divino de la buena fe que debe iluminar siempre el rostro de las naciones, se eclipsa a cada instante en la sombra donde se elaboran los tratados y las peticiones de reinos; el comercio, la industria, el desarrollo radiante de las inteligencias, toda la actividad pacífica desaparece; la sociabilidad humana queda en peligro. En estos momentos se siente como se eleva una reclamación, una protesta imponente; y es moral que la inteligencia exponga valientemente a la fuerza lo que esta hace; y es bueno que ante la misma victoria con todo su poderío, los pensadores formulen sus quejas ante los héroes y que los poetas, los civilizadores serenos, pacientes y pacíficos, protesten contra los conquistadores, esos civilizadores violentos.

Entre estos ilustres protestantes figuraba un hombre al que Bonaparte había amado, y al cual pudo decir, como otro dictador a otro republicano: *¡Tu quoque!* Este hombre, señores, era Lemercier; naturaleza proba, reservada y sobria; inteligencia recta y lógica; imaginación exacta y, por decirlo así, algébrica hasta en sus fantasías; nacido gentilhombre, pero incrédulo respecto de la aristocracia del talento; nacido rico, pero poseedor de la ciencia de ser noble pobremente; modesto, pero con altiva modestia; dulce, pero con cierta dulzura impregnada de obstinación, de silencio y de inflexibilidad; austero en las cosas públicas, no se dejaba arrastrar ni ofuscar fácilmente por aquello que desvanecía a los demás, y, detalle digno de notar en ur hombre que había dedicado toda una parte de su pensamiento a las teorías, Lemercier, jamás levantó su opinión política sobre otro fundamento que el de los hechos. Y aún veía los hechos a su

manera. Era un espíritu que concedía más atención a las causas que a los efectos y que criticaría voluntariamente la planta en su raíz y el río en sus fuentes. Sombrío y dispuesto siempre a soliviantarse, lleno de un odio secreto y frecuentemente bravo contra todo lo que tendía a dominar, parecía poner más amor propio en mantenerse muchos años atrás de los acontecimientos que el que otros ponen en adelantarse a los sucesos. En 1789 era realista o, como entonces se decía, monárquico; el 93 se transformó, como él mismo decía, en liberal del 89; en 1804, cuando Bonaparte se halló en sazón para fundar el imperio, Lemercier se sintió en sazón para ser republicano.

Como veis, señores, su opinión política, desdeñosa de lo que le parecía capricho del día, vestía siempre la moda del año pasado ya.

Permitidme que dé aquí algunos detalles acerca del medio ambiente en el cual transcurrió la juventud de Lemercier. Solo explorando los comienzos de una vida, se puede estudiar la formación de un carácter, y, cuando se trata de conocer a fondo a los hombres que expanden la luz, es preciso informarse tanto acerca de su carácter como de su genio. El genio es la llamarada exterior; el carácter es la lámpara interna.

En 1793, en lo más rudo del terror, Lemercier, muy joven entonces, asistía con notable asiduidad a las sesiones de la convención nacional. Era aquel, señores, un objeto de contemplación sombría, lúgubre, terrorífica, pero sublime. Seamos justos, hoy podemos serlo sin peligro alguno; seamos justos hacia esas cosas augustas y terribles que han pasado sobre la civilización humana y que no volverán. A mi juicio, es voluntad de la providencia que Francia tenga siempre a su cabeza alguna cosa grande. Bajo los antiguos reyes era un príncipe; bajo el imperio fué un hombre; durante la revolución fué una asamblea. Asamblea que ha destrozado el trono y ha salvado el país, asamblea que

tuvo un duelo con la realeza, como Cromwell, y un duelo con el universo, como Anníbal, que tuvo genio como todo un pueblo y genio como un solo hombre, en una palabra, que ha cometido atentados y que ha hecho prodigios, a la que podemos detestar y maldecir, pero a la que debemos admirar!

Reconozcamos, sin embargo, que durante ese tiempo se operó en Francia una disminución de luz moral y por consiguiente, señores, una disminución de luz intelectual. Esta especie de semi día o de semi oscuridad parecida al anochecer y que se extiende sobre determinadas épocas, es necesaria para que la Providencia, en interés ulterior del género humano, pueda abrir en las viejas sociedades esas atemorizantes vías de hecho, que ejecutadas por los hombres serían crímenes y que, viniendo de Dios, se llaman revoluciones.

Esta sombra es la sombra misma de la mano del Señor, cuando esta se extiende sobre un pueblo.

Como poco antes indicaba, el 93 no es la época de las grandes individualidades cuyo genio se destaca. Parece que en aquel momento la Providencia encuentra al hombre demasiado pequeño para lo que pretende realizar y que lo relega a un segundo plano para mostrarse ella en escena.

En efecto; en 1793, de los tres gigantes que habían hecho la revolución francesa—el primero un hecho social, el segundo un hecho geográfico, el tercero un hecho europeo—el uno, Mirabeau, había muerto; el otro, Sieyes, se había eclipsado y *acertaba a vivir*, según ese traidor grande hombre dijo más tarde; el tercero, Bonaparte, aun no había nacido a la vida histórica. Sieyes apartado en la oscuridad y exceptuando Dantón, no había hombres de primer orden, no había inteligencias capitales en la Convención, pero existían, sí, grandes pasiones, grandes luchas, grandes rasgos de lucidez, grandes fantasmas. Esto bastaba ciertamente para deslumbrar al pueblo, temible espectador

inclinado sobre la fatal asamblea. Añadamos que en esta época, en la que cada día era una jornada, las cosas marchaban tan de prisa, Europa y Francia, París y la frontera, el campo de batalla y la plaza pública ofrecían tantas aventuras, todo se desarrollaba tan rápidamente, que en la tribuna de la Convención el acontecimiento crecía a medida que el orador hablaba y arrastrándole al vértigo le comunicaba también su grandeza. Y, además, como París, como Francia, la Convención se movía en cierta claridad crepuscular propia del fin del siglo, que adhería a los pequeños hombres inmensas sombras, que prestaba contornos indefinidos y gigantescos a las más mezquinas figuras y que hasta en la historia misma extiende sobre aquella formidable asamblea yo no sé qué de siniestro y sobrenatural.

Estas monstruosas reuniones de hombres han fascinado frecuentemente a los poetas como la hidra fascina al pájaro. El Parlamento-Largo absorbía a Milton, la Convención atraía a Lemercier. Ambos han iluminado más tarde el interior de una sombría epopeya con no sé qué vaga reverberación de esos pandemonios. Uno siente a Cromwell en «El Paraíso Perdido» y el 93 en la «Panhipocrisiade». Para el joven Lemercier la Convención era una visión que su mirada abarcaba por completo. Todos los días iba a ver—según dijo admirablemente—como *ponían las leyes fuera de la ley*. Cada mañana llegaba a la hora de abrir la sesión, tomaba asiento en la tribuna pública entre extrañas mujeres que mezclaban no sé cuál tarea doméstica a los más terribles espectáculos y a las cuales la historia conserva su feo mote de *tricoteuses*. Estas mujeres le conocían, le esperaban y le guardaban el sitio, y para ellas había en la juventud del muchacho, en el desorden de sus vestidos, en su atención exaltada, en su ansiedad durante las discusiones, en la profunda fijeza de su mirada, en las palabras entrecortadas que se le

escapaban a veces, algo tan singular para ellas, que le creían privado de razón. Cierto día que llegaba más tarde que de ordinario, Lemercier oyó que una de aquellas mujeres decía a otra, que iba a ocupar el sitio que solían reservarle a él: *No te sientes ahí, que ese es el puesto de un idiota.*

Cuatro años más tarde, en 1797, Lemercier daba a Francia su «Agamenón».

¿Acaso aquella asamblea podía inspirar al poeta su tragedia? ¿Qué hay de común entre Egisto y Dantón, entre Argos y París, entre la barbarie homérica y la desmoralización volteriana? ¡Extraña idea la de dar por espejo a los atentados de una civilización decrépita y corrompida los crímenes sencillos, hasta entonces inocentes, de una época primitiva!; ¡extraña idea la de hacer desfilar errabundos, por decirlo así, a algunos pasos de los cadalsos de la revolución francesa, los espectros grandiosos de la tragedia griega y de confrontar el regicidio moderno, tal como lo realizan las pasiones populares, con el antiguo regicidio tal como lo practicaban las pasiones domésticas! Declaro, señores, que, pensando en esta época singular del talento de Lemercier, entre las discusiones de la Convención y las querellas de los Atridas, entre lo que él veía y lo que soñaba, he buscado una armonía. ¿Por qué misteriosa transformación del pensamiento en el cerebro, nació así el «Agamenón»? Es esto uno de esos caprichos sombríos de que sólo los poetas poseen el secreto. Sea lo que quiera, «Agamenón» es una de las más bellas tragedias de nuestro teatro, por el horror y la piedad juntamente, por la simplicidad del elemento trágico, por la gravedad austera del estilo. Este severo poema tiene verdaderamente un griego perfil. Al contemplarlo, se percata uno de que aquella era la época en que David prestaba sus colores a los bajo-relieves de Atenas y Talma les daba la palabra y el movimiento. Se adivina que el poeta sufrió escribiendo su tragedia. En efecto, llena

toda la obra una melancolía profunda confundida con no sé yo qué terror casi revolucionario. Examinadla, pues lo merece, señores, y veréis el conjunto y los detalles de Agamenón y Strophus, la galera que arriba al puerto, las aclamaciones del pueblo, la franqueza heróica de los reyes. Contemplad sobre todo a Clytemnestra, la pálida y sangrienta figura, la adúltera adepta al parricida que les mira sin comprenderles y sin espantarse ellos. Casandra y el pequeño Orestes; dos seres débiles en apariencia, pero en realidad formidables. El porvenir habla en el uno y vive en el otro. Casandra es la amenaza bajo la forma de una esclava; Orestes es el castigo bajo las facciones de un niño.

Como acabo de decir, Lemercier creó y sufrió en esa edad en la que no se sufre todavía y en la que apenas se sueña. Deseando formar su pensamiento, curioso, con esa honda curiosidad que impulsa a los espíritus corajudos hacia los espectáculos aterrorizantes, se aproximó cuanto pudo, a la convención, esto es, a la revolución. El se asomó al horno mientras que la estátua del porvenir estaba todavía en fusión, y vió flamear y oyó rugir, como la lava en el cráter, los grandes principios revolucionarios, ese bronce que constituye hoy el basamento de nuestras leyes. La civilización futura era entonces un secreto de la Providencia. Lemercier no intentó adivinarlo, se limitó a recibir en silencio, con resignación estóica el rechazo de todas las calamidades. Cosa digna de llamar la atención y sobre la cual he de insistir, es que, aún siendo tan joven, tan oscuro, tan desconocido aún, perdido entre la multitud, cayeron sobre él las catástrofes públicas, hiriéndole cruelmente en sus más íntimas afecciones. Leal y casi criado de Luis XVI hubo de ver desfilar el coche del 21 de enero; ahijado de Madama de Lamballe, vió desfilar la pica del 2 de septiembre; amigo de Andrés Chenier vió desfilar la carreta del 7 termidor. De modo que a los veinte años había visto decapitar

a los tres seres, los más sagrados para él después de sus padres, las tres cosas de este mundo más hermosas después de Dios, la realeza, la bondad y el genio.

Cuando los espíritus tiernos y débiles han sufrido tamañas pruebas se entristecen para toda la vida, pero los espíritus elevados y fuertes adquieren gravedad. Lemercier aceptó, pues, la vida gravemente.

El 9 termidor había abierto para Francia una nueva era, segunda fase de toda revolución. Después de haber visto como se disolvía la sociedad, Lemercier vió como aquélla se reconstituía. Hizo vida mundana y literaria, estudió y compartió, sonriente a veces, las costumbres de aquella época del Directorio que es a Robespierre lo que la Regencia a Luis XIV, el alegre tumulto de una nación inteligente que escapa al aburrimiento a al miedo, el ingenio, la alegría y la licencia protestando por medio de la orgía contra la tristeza de un despotismo devoto y contra el embrutecimiento de una tiranía puritana. Lemercier, célebre entonces por el éxito de «Agamenón», buscó a los hombres más notables de su tiempo y fué buscado también por ellos. A Ecouchard-Lebrun, le conoció en casa de Ducis, como conociera a Andrés Chenier en casa de la señora Burat. Lebrun quiso tanto a Lemercier que no hizo contra él ni un sólo epigrama. El duque de Fitz-James, y el príncipe de Tayllerand, la señora Lameth y de Florian, la duquesa de Aiguillon y la señora Tallien, Bernardino de Saint-Pierre y la señora Stael lo acogieron con grandes extremos de amistad. Beaumarchais quiso ser su médico. Colocado ya demasiado alto para descender a los exclusivismos de partido, fué amigo al mismo tiempo de David, que había juzgado al Rey, y de Delille que lo había llorado. De ahí que, durante esos años y por efecto del cambio de ideas, con tantas naturalezas distintas, de la contemplación de las costumbres y de la observación de los individuos, nacieron y se desenvolvieron a la par

en Lemercier, para hacer frente a todos los accidentes de la vida, dos hombres—dos hombres libres—un hombre político independiente y hombre literario original.

Un poco antes de esta época, Lemercier había conocido al oficial de fortuna que debía suceder más tarde al Directorio. Sus vidas se codearon durante algunos años. Ambos eran oscuros; uno estaba arruinado el otro era pobre; se le reprochaba al uno su primera tragedia, que era un ensayo de escolar, y al otro su primera acción que era un atrevimiento de jacobino. Sus dos nombres ilustres comenzaron a ser conocidos pero por un mote. Llamábanle al uno el Señor *Mercier Meleagre* y al otro el *general Vendemiaire*. ¡Extraña ley que quiere que en Francia el ridículo haga presa siquiera un instante en todos los hombres superiores! Cuando la señora de Beauharnais pensó casarse con el protegido de Barrás, consultó con Lemercier sobre aquella semialianza. Lemercier, que apreciaba al joven artillero de Tolón, la aconsejó favorablemente. Después los dos hombres, el de letras y el de guerra, crecieron casi paralelamente. Obtuvieron sus primeras victorias casi al mismo tiempo. Lemercier dió a la escena su «Agamenón» en el año de Arcole y Lodi, y «Pinto» en el año de Marengo. Antes de Marengo era ya estrecha la amistad entre los dos hombres. El salón de la calle Chantereine (1) había visto a Lemercier leer su tragedia egipcia «Ophis» al general en jefe del ejército de Egipto: Kleber y Desaix la oyeron sentados en un rincón. Bajo el Consulado la amistad se hizo mayor aún. Viviendo el primer Cónsul en la Malmaisón con esa alegría infantil propia de los verdaderos grandes hombres, solían entrar por la noche en el cuarto donde trabajaba Lemercier, le apagaba la bujía

(1) *Por aquellas fechas Napoleón habitaba en una casa de dicha calle de París.*—Nota del traductor.

y luego se escapaba riendo a carcajadas. Josefina había confiado a Lemercier su proyecto de matrimonio; el primer Cónsul le confió su proyecto de imperio. Ese mismo día Lemercier sintió que había perdido un amigo, ya que no admitía un amo. Nadie renuncia con indiferencia a la igualdad con un hombre como Bonaparte. El poeta se alejó dignamente. Puede decirse que fué el último hombre que tuteó en Francia a Napoleón. El 14 floreal del año XII, el día mismo en que el Senado daba por primera vez al elegido de la nación el título imperial de *Sire*, Lemercier, en una carta memorable, le llamaba familiarmente por este gran nombre *Bonaparte*.

Esta amistad, a la que hubo de suceder la lucha, honra a ambos. El poeta no era indigno del capitán. Lemercier era un raro y hermoso talento. Hoy tenemos más razones que nunca para decir que su monumento está terminado, hoy que el edificio construído por su espíritu ha recibido ya esa última piedra fatal que la mano de Dios coloca sobre todos los trabajos de los hombres.

No esperéis, ciertamente, de mí que siga página por página esa obra inmensa y múltiple que, como la de Voltaire, lo abraza todo, la oda, el apóstrofe el apólogo, la canción, la parodia, la novela, el drama, la historia y el pasquín, la prosa y el verso, la traducción y la invención, la enseñanza política, la enseñanza filosófica y la enseñanza literaria: vasto amasijo de volúmenes y folletos que coronan con cierta majestad diez poemas, doce comedias y catorce tragedias; rica y fantástica arquitectura, a veces tenebrosa, a veces vivamente iluminada, bajo las arcadas de la cual aparecen extrañamente mezclados en un claro-oscuro singular todos los fantasmas imponentes de la fábula, de la Biblia y de la historia. Atrida, Ismael, el levita de Ephraim, Licurgo, Camilo, Clovis, Carlomagno, Beaudouin, San Luis, Carlos VI, Ricardo III, Richelieu, Bonaparte, denominados todos por estos cuatro colosos simbólicos esculpidos en el frontis de la obra, Moisés, Alejandro, Homero y Newton, esto es por la legislación, la guerra, la poesía y la ciencia. Este grupo de figuras y de ideas que el poeta llevaba en su espíritu y que ha ido dejando en nuestra literatura, este grupo, señores, está lleno de grandeza. Después de haber trazado la línea principal de la obra, permitidme señalar ahora algunos detalles salientes y característicos; esa comedia de la revolución francesa tan viva, tan espiritual, tan irónica y tan profunda; ese «Plauto» que difiere del «Harpagon» en que, como lo dice ingeniosamente el autor, *el protagonista de Moliere es un avaro que pierde un tesoro, y mi protagonista es Plauto que encuentra un tesoro*; ese «Cristóbal Colón» donde la unidad de lugar está tan rigurosamente observada, pues la acción se sucede en el puente de un navío, como audazmente violada, puesto que ese navío—casi he dicho ese drama—va del antiguo mundo al nuevo mundo; esa «Fredegunda» concebida como un sueño de Crebillón, y ejecutada como un pensamiento de Corneille; esa «Atlántida» en que aparece radiante la naturaleza, aunque interpretada según la ciencia más que según la poesía; en fin ese último poema del hombre dado por Dios en espectáculo a los demonios, esa «Panhipocresiade», que es, en conjunto, una epopeya, una comedia y una sátira, especie de quimera literaria, especie de monstruo con tres cabezas, que canta, ríe y ladra...

Después de haber apreciado todos estos libros, después de haber subido y bajado la doble escalera construída por Lemercier, para él solo quizás, mediante la cual el pensador se hundía en el infierno o penetraba en el cielo, es imposible, señores, no sentir en el corazón una simpatía sincera hacia esa noble y trabajadora inteligencia que, sin duda, ha ofrecido insuperables ideas al soberbio gusto francés tan difícil de satisfacer; filósofo al modo de Voltaire, que a veces ha sido poeta a lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Shakespeare; escritor precursor, que dedicaba epopeyas a Dante cuando Dorat reverdecía bajo el nombre de Demoustier; espíritu de vasta envergadura con una ala en la tragedia primitiva y otra ala en la comedia revolucionaria, que alcanza por «Agamenón» al poeta de Prometea y por «Pinto» al poeta de Fígaro.

El derecho de crítica, señores, parece a primera vista emanar naturalmente del derecho a la apología. El ojo humano—¿Será perfección?, ¿será defecto?—busca siempre el lado malo de las cosas. Boileau no elogió sin reservas a Moliere. ¿Honra esto a Boileau? Lo ignoro, pero así es. Hace doscientos treinta años que el astrónomo Fabricius encontró manchas al sol; hace dos mil doscientos años que el gramático Zoilo las había encontrado en Homero. Parece, pues, que yo podría aquí, sin ofender vuestros usos y sin faltar a la respetable memoria de aquel cuyo penegírico hago, mezclar algunos reproches a mis alabanzas, y adoptar ciertas precauciones conservadoras en interés del arte. Sin embargo, no lo haré, señores. Y vosotros mismos reflexionaréis en que si, por azar, yo, que no puedo por menos de permanecer fiel a las convicciones de toda mi vida altamente proclamadas. formulase una restricción respecto de M. Lemercier, esta restricción habría de referirse principalmente a un punto delicado y supremo, la condición que en mi sentir abre o cierra al escritor las puertas del porvenir, esto es el estilo. Comprenderéis, pues, mi reserva y aprobaréis mi silencio. Además, ¿no debo repetir lo que al principio dije?: ¿quién soy yo?, ¿quién me ha dado facultades para resolver cuestiones tan complejas y tan graves? ¿Por qué mi convicción y mi certidumbre han de ser autoridad decisiva para otro? Solo la posteridad—y también es ésta una de mis convicciones—tiene el derecho definitivo de crítica y sentencia sobre los talentos superiores. Solo ella, que ve la obra en su conjunto, en su proporción y en

su perspectiva, puede decir donde erraron y decidir si fracasaron o no. Para desempeñar ante vosotros el papel augusto de la posteridad, para dirigir un reproche o una censura a un gran espíritu se necesitaría ser o creer ser un contemporáneo eminente. Yo no tengo la dicha de ese privilegio ni la desdicha de esa pretensión.

Además, señores, y a esto hay que ir a parar siempre que se hable de Lemercier, sea el que fuere su brillo literario, su carácter era más completo aun que su talento.

Desde el día en que él creyó de su deber combatir cuanto le parecía injusticia hecha gobierno, sacrificó a esta lucha su fortuna, que recobrara después de la revolución y que el imperio le confisco otra vez, sus placeres, su descanso, esa seguridad exterior que es como la muralla del bienestar doméstico, y, ¡cosa admirable en un poeta!, hasta el éxito de sus obras. Jamás poeta alguno ha hecho combatir tragedias y comedias con más heroica bravura. El enviaba sus producciones a la censura como un general envía sus soldados al asalto. Un drama suprimido era inmediatamente reemplazado por otro que, a su vez, corría la misma suerte. Yo he tenido la triste curiosidad de averiguar y de evaluar el perjuicio causado por esta lucha al renombre y fama del autor de «Agamenón». ¿Queréis saber el resultado de mi información? Helo aquí. Sin contar «El levita de Ephraim» tachado por el Comité de Salud pública, como peligroso para la filosofía, «El Tartufo revolucionario» proscrito por la Convención como contrario a la república, «La demencia de Carlos VI», prohibido por la restauración como hostil a la monarquía; sin detenerme en «El Corruptor», silbado, dícese que por los guardias de corps en 1823, limitándome a los actos de la censura imperial, he aquí lo que he encontrado: «Pinto», representada veinte veces y prohibida luego; «Plauto», representada siete veces, luego prohibida; «Cristóbal Colón» representada on-

ce veces, militarmente, por decirlo así, ante un público de bayonetas, y prohibida también más tarde; «Carlomagno», prohibida; «Camila», prohibida. En esta guerra, vergonzosa para el poder y enaltecedora para el poeta, le mataron a Lemercier, cinco grandes dramas.

Durante algún tiempo abogó por sus derechos y por sus ideales, mediante enérgicas reclamaciones enviadas directamente a Bonaparte mismo. Cierto día, en medio de una discusión delicada y casi molesta, el amo se interrumpió y dijo bruscamente a Lemercier: «¿Qué tiene V.; se pone V. encarnado?» —«Y V. pálido»—replicó orgullosamente Lemercier —«es nuestra manera especial de ponernos cuando alguna cosa nos irrita; yo enrojezco y V. palidece». Pronto cesó de ver al emperador; sin embargo, una vez, en enero de 1812, en la época culminante de las prosperidades de Napoleón, algunas semanas después de haberle tachado la censura su «Camila», en un momento en que desesperaba ya de ver representar sus obras mientras durase el imperio, tuvo que asistir como miembro del Instituto a una ceremonia en las Tullerías. Apenas le vió Napoleón se dirigió hacia él diciéndole: Y bien, señor Lemercier, ¿cuándo nos daréis otra bella tragedia? Lemercier miró fijamente al emperador y pronunció esta sola frase: «Pronto. La espero». Frase terrible, frase profética más que frase de un poeta, frase que, pronunciada a principios de 1812, contenía Moscou, Waterloo y Santa Elena.

Sin embargo, en aquel corazón severo y silencioso no estaba extinguido todo sentimiento de simpatía hacia Bonaparte. En sus últimos tiempos, la edad había avivado más que ahogado la chispa del cariño. El año pasado, casi en esta época, cierta bella mañana de mayo, se esparció por París el rumor de que Inglaterra, avergonzada al fin de lo que hiciera en Santa Elena, devolvía a Francia el ataud con el cuerpo de Napoleón. Lemercier,

que estaba enfermo hacía ya un mes, pidió un periódico en el que se anunciaba que una fragata iba a hacerse a la vela para Santa Elena. Pálido y tembloroso leyó el viejo poeta. Una lágrima brilló en sus ojos cuando se le dijo que el general Bertrand iría a buscar al emperador, su amo,, y exclamó: «Y yo, si pudiera iría también a buscar a mi amigo el primer cónsul.»

Ocho días después falleció Lemercier.

Su respetable viuda, al contarme los detalles de la muerte del poeta me dijo: «El pobre no ha ido a buscarle; ha hecho más, ha ido a reunirse con él».

Acabamos de abarcar con la mirada toda esta noble vida; saquemos ahora la enseñanza que ésta encierra.

Lemercier es uno de esos hombres raros que obligan al espíritu a formular, y ayudan al pensamiento a resolver este grave y hermoso problema: ¿Cuál debe de ser la actitud de la literatura frente a la sociedad según las épocas, según los pueblos y según los gobiernos?

Hoy el viejo trono de Luis XIV, el gobierno de las asambleas, el despotismo de la gloria, la monarquía absoluta la república tiránica, la dictadura militar, todo eso se ha desvanecido. A medida que nosotros, generaciones nuevas, bogamos de año en año hacia lo desconocido, los tres inmensos objetos que Lemercier encontró en su ruta y que amó, observó y combatió sucesivamente, ahora inmóviles y muertos, se hunden poco a poco en la espesa bruma del pasado. Los reyes de la rama directa ya sólo son sombras, la Convención solo es ya un recuerdo, el emperador no es ya más que una tumba.

Solo las ideas que contenían han sobrevivido, que la muerte y la ruina solo sirven para desgajar este valor intrínseco y esencial de las cosas que es como el alma de ellas. Dios pone a veces ideas en ciertos hechos y en ciertos hombres como

perfumes en un vaso. Cuando el vaso cae la idea se esparce.

Señores, la rama mayor de la Monarquía contenía la tradición histórica, la Convención contenía la expansión revolucionaria y Napoleón contenía la unidad nacional. De la tradición nace la estabilidad, de la expansión nace la libertad, de la unidad nace el poder. Y, la tradición, la unidad y la expansión, o, en otros términos, la estabilidad, el poder y la libertad, son la civilización misma. La raíz, el tronco y la hoja son todo el árbol.

La tradición conviene a este país. Francia no es una colonia convertida en nación violentamente; Francia no es una América. Francia forma parte integrante de Europa y no puede romper con el pasado, como no puede romper con el sol. Por eso, a mi juicio, y con admirable instinto, la última revolución, tan grave y fuerte e inteligente, ha comprendido que las familias coronadas existen para las naciones soberanas y que, en ciertas edades de las razas reales, conviene substituir a la herencia de príncipe a príncipe, la herencia de rama a rama; por eso, y con profundo buen sentido, ha escogido para jefe constitucional a un antiguo lugarteniente de Dumouriez y de Kellermann, que al propio tiempo era nieto de Enrique IV y sobrino nieto de Luis XIV; por eso, y con alta razón, ha transformado en joven dinastía a una vieja familia monárquica y popular juntamente, llena del pasado por su historia y llena del porvenir por su misión.

Pero si la tradición histórica conviene a Francia, no le importa menos la expansión liberal. La expansión de las ideas es un movimiento peculiar de ella. Francia existe por la tradición y vive por la expansión. No permita Dios, señores, que al recordaros antes cuán poderosa y soberbia era la Francia hace treinta años haya tenido yo un solo instante la intención de rebajar, humillar o desesperanzar por el supuesto de un pretendido contraste, a la Francia presente. Podemos decir con calma y sin necesidad de levantar la voz por una cosa tan sencilla y verdadera, que Francia es tan grande hoy como jamás lo haya sido. Después de cincuenta años que, al comenzar su propia transformación, empezó el rejuvenecimiento de todas las sociedades envejecidas, Francia parece haber hecho dos partes iguales de su tarea y de su tiempo. Durante veinticinco años ha impuesto sus armas a Europa, luego, y durante otros veinticinco años, la ha impuesto sus ideas. Por su prensa gobierna los pueblos; por sus libros gobierna los espíritus. Si no tiene la conquista, esa dominación por la guerra, tiene la iniciativa, esa dominación por la paz.

Ella es la que redacta el orden del día del pensamiento universal. Lo que ella propone discútelo inmediatamente la humanidad entera; lo que ella decide se convierte en ley. Su espíritu se introduce poco a poco en los gobiernos y los sanea. De ella proceden todas las palpitaciones generosas de los otros pueblos, todos los cambios insensibles del mal al bien que se cumplen en este momento entre los hombres y que evitan a los Estados las sacudidas violentas. Las naciones prudentes y que se preocupan del porvenir intentan infiltrar en su vieja sangre la útil fiebre de las ideas francesas, no como una enfermedad, sino, tolerad la expresión, como una vacuna que inocula el progreso y que preserva de las revoluciones. Quizás los límites materiales de Francia se hayan restringido momentáneamente, no sobre el mapa mundi eterno en que Dios ha determinado los compartimientos por medio de ríos, océanos y montañas, sino sobre esa otra carta efímera, embadurnada de rojo y azul, que la victoria o la diplomacia rehacen cada veinte años. ¡Qué importa! En un tiempo dado, el porvenir coloca siempre todo bajo la muela de Dios. La forma de Francia es fatal. Y, además, si las coaliciones, las reacciones y los congresos han formado una Francia, los poetas y los escritores han

formado otra. Aparte sus fronteras visibles, la gran nación tiene sus fronteras invisibles que solo se detienen allá donde el género humano deja de hablar su lengua, esto es, en los límites mismos del mundo civilizado.

Todavía algunas palabras más, señores, unos instantes de benévola atención y habré terminado.

Como veis, no soy yo de los que desesperan. Perdóneseme esta debilidad; yo amo a mi país y mi época. Dígase lo que se quiera, yo no creo en la debilitación gradual de Francia, ni en la disminución progresiva de la raza humana. Me parece que esto no puede entrar en los designios del Señor, que sucesivamente ha hecho una Roma para el hombre antiguo, y un París para el hombre moderno. El dedo eternal, visible en toda cosa, mejora perpétuamente el universo por el ejemplo de las naciones escogidas y las naciones escogidas por el trabajo de las inteligencias selectas. Sí, señores, aunque disguste al espíritu de la diatriba y del escarnio, ese ciego que mira, yo creo en la humanidad y tengo fe en mi siglo; aunque disguste al espíritu de la duda y del examen, ese sordo que escucha yo creo en Dios y tengo fe en su Providencia.

No, nada ha degenerado en nosotros. Francia sostiene siempre la antorcha de las naciones. Yo pienso que esta época es grande —¡yo que nada soy tengo el derecho de decirlo! —y es grande por la ciencia, grande por la industria, grande por la elocuencia y grande por la poesía y el arte. Los hombres de las nuevas generaciones (hágaseles esta justicia tardía siquiera por el menos digno y el último de entre ellos) los hombres de las nuevas generaciones han continuado piadosa y valientemente la obra de sus padres. Después de morir el gran Goethe el pensamiento alemán se hundió en la sombra; después de la muerte de Byron y Walter Scott se extinguió la poesía inglesa: a estas horas solo existe en el universo una escuela literaria

que alumbra y vive, la literatura francesa. Solo se leen libros franceses desde Petersburgo a Cádiz, y desde Calcuta a Nueva York. En toda la superficie de los tres continentes, allí donde germina una idea, puede decirse que la ha sembrado un libro francés. ¡Honor, pues, a los trabajadores de las generaciones nuevas! Los poderosos escritores, los nobles poetas, los maestros eminentes que se hallan entre vosotros contemplan con dulzura y gozo el surgir de nuevas famas en el campo eterno del pensamiento. ¡Que ellas a su vez, miren con confianza hacia este recinto!, pues, como decía hace once años en su discurso de recepción mi ilustre amigo el señor de Lamartine, «vosotros no dejaréis ninguna en el suelo».

Pero tampoco deben olvidar esos jóvenes renombrados, esos hermosos talentos continuadores de la gran tradición francesa, que a nuevos tiempos corresponden nuevos deberes. Hoy la labor del escritor es menos peligrosa que antaño, pero no es menos augusta. No hay que defender la realeza contra el cadalso como en 93, o la libertad como en 1810, pero sí hay que propagar la civilización. Ya no es preciso entregar la cabeza, como Andrés Chenier, ni sacrificar la propia obra, como Lemercier, basta entregar el pensamiento.

Entregar el pensamiento permitidme que repita aquí solamente lo que siempre he dicho y escrito, lo que nunca ha cesado de ser mi regla, mi ley, mi principio y mi fin —dedicar el pensamiento al desarrollo continuo de la sociabilidad humana; desdeñar al populacho y amar al pueblo; respetar en los partidos, aún apartándose de ellos algunas veces, las innumerables formas que tiene el derecho de adoptar la iniciativa múltiple y fecunda de la libertad, aguardar en el poder, aun resistiéndole en caso necesario, el punto de apoyo, divino según los unos, humano según los otros, misterioso y saludable según todos, sin el cual toda la sociedad vacila; confrontar de cuando en cuando las leyes

humanas con la ley cristiana y la penalidad con el evangelio; ayudar a la prensa con el libro siempre que trabaje en el verdadero sentido del siglo; dar ánimos constantemente y mirar con simpatía a esas generaciones todavía cubiertas de sombras que languidecen faltas de aire y de espacio, a las que oímos llamar tumultuosamente con sus pasiones, sus sufrimientos y sus ideas a las puertas cerradas del porvenir; valerse del teatro para comunicar a la multitud, entre risas y lágrimas, a través de las solemnes lecciones de la historia y de las altas fantasías de la imaginación, esa emoción tierna y conmovedora que se resuelve en el alma de los espectadores en piedad para la mujer y en veneración para el viejo; infundir la naturaleza en el arte como la savia misma de Dios; en una palabra, civihzar a los hombres por la radiante calma del pensamiento sobre sus cabezas, he ahí, señores, la misión, la función y la gloria del poeta de hoy.

Esto que digo del poeta solitario, del escritor aislado lo diría de vosotros, señores, si me atreviese. Vosotros poseéis una influencia inmensa sobre los corazones, sobre las almas. Vosotros representáis uno de los principios centrales de ese poder espiritual, que, después de Lutero, se ha desplazado y que, después de tres siglos, ha cesado de pertenecer exclusivamente a la Iglesia. En la civilización actual ejercéis dos dominios; el dominio intelectual y el dominio moral. Vuestros premios y vuestras coronas no alcanzan sólo al talento, sino a la virtud también.

La Academia francesa se halla en perpetua comunión con los espíritus especulativos, por sus filósofos, con los espíritus prácticos por sus historiadores; con la juventud, con los pensadores y con las mujeres por sus poetas, con el pueblo por el idioma que forma, refina y pule. Vosotros estáis colocados entre los grandes cuerpos del Estado y a su nivel para completar su acción, para iluminar todas las sombras sociales y para hacer llegar el

pensamiento, esa potencia sutil y, por decirlo así, respirable, allí donde no puede penetrar el código, ese texto rígido y material. Los otros poderes aseguran y reglamentan la vida exterior de la nación, vosotros gobernáis la vida interior. Ellos hacen las leyes vosotros las costumbres.

Sin embargo, señores, no vayamos más allá de lo posible. Ni en las cuestiones religiosas, ni en las cuestiones sociales ni hasta en las cuestiones políticas nadie posee la solución definitiva. El espejo de la verdad se rompió entre las sociedades modernas y cada partido ha recogido un pedazo de ese espejo.

El pensador trata de reunir esos fragmentos, rotos en las más extrañas formas, algunos manchados de cieno, otros de sangre. Para ajustarlos como se pueda y encontrar la verdad total basta un sabio; para soldarlos y reconstituir la perdida unidad, se necesitaría de Dios.

Nadie se ha parecido tanto a ese sabio—sufrid, señores, que para terminar pronuncie un nombre venerable hacia el cual he sentido siempre una piedad sincera—nadie se ha parecido más a ese sabio que el notable Malesherbes, que lo fué todo a la vez, un gran letrado, un gran magistrado, un gran ministro y un gran ciudadano.

Pero vino al mundo demasiado pronto, porque era más bien el hombre destinado a cerrar las revoluciones que a inaugurarlas.

La absorción insensible de las conmociones del porvenir por el progreso del presente, el endulzamiento de las costumbres, la educación de las masas por las escuelas, los talleres y las bibliotecas, la mejora gradual del hombre por la ley y por la enseñanza, he ahí el grave objetivo que debe proponerse todo buen gobernante y todo pensador verdadero; he ahí la tarea que se impuso Malesherbes durante sus breves etapas ministeriales.

Desde 1776, previendo la tormenta que diez y siete años más tarde lo arrasaba todo, se preo-

cupo de asentar la vacilante monarquía sobre aquel sólido fundamento. Así hubiera salvado al Estado y al rey si el cable no su hubiera roto. Pero —y que esto sirva para animar a quien quiera imitarle— si Malesherbes pereció, su recuerdo ha permanecido indestructible, en la memoria tormentosa de un pueblo en revolución que todo lo olvidaba, como queda sobre el fondo del oceano, medio hundida en la arena, la vieja áncora de hierro de un navío perdido en la tempestad.

—o-o—

LORD BYRON

Nos hallamos en junio de 1824. Lord Byron acaba de morir. Nos preguntan qué pensamos de lord Byron, y de lord Byron muerto. ¿Qué puede importar nuestra opinión? ¿De qué servirá el escribirla? a menos de suponer que es imposible para todo hombre inteligente dejar de proferir algunas palabras dignas de ser conservadas ante un poeta tan trascendental, y ante un acontecimiento tan grande. Según las ingeniosas fábulas del Oriente, una lágrima se convierte en perla al caer dentro del mar.

En la existencia singular que llevamos por la afición a las letras, en la bonancible región en que nos ha colocado el amor de la independencia y de la poesía, ha debido afectarnos la muerte de Byron lo mismo que una calamidad doméstica. Es una de aquellas desgracias que de más cerca podían afligirnos. Un hombre que ha consagrado su vida al culto de las letras, siente que se le va estrechando a su alrededor el círculo de su vida física, al propio tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un reducido número de seres predilectos ocupa los afectos tiernos de su corazón, mientras que todos los poetas muertos o contemporáneos, extranjeros y compatricios, entran en el sagrario de los afectos del alma. La naturaleza le había dado una familia, la naturaleza le crea otra. Sus simpatías, que tan pocos seres pueden despertar en torno de él, van a buscar por entre el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cupo de asentar la vacilante monarquía sobre aquel sólido fundamento. Así hubiera salvado al Estado y al rey si el cable no su hubiera roto. Pero —y que esto sirva para animar a quien quiera imitarle— si Malesherbes pereció, su recuerdo ha permanecido indestructible, en la memoria tormentosa de un pueblo en revolución que todo lo olvidaba, como queda sobre el fondo del oceano, medio hundida en la arena, la vieja áncora de hierro de un navío perdido en la tempestad.

—o-o—

LORD BYRON

Nos hallamos en junio de 1824. Lord Byron acaba de morir. Nos preguntan qué pensamos de lord Byron, y de lord Byron muerto. ¿Qué puede importar nuestra opinión? ¿De qué servirá el escribirla? a menos de suponer que es imposible para todo hombre inteligente dejar de proferir algunas palabras dignas de ser conservadas ante un poeta tan trascendental, y ante un acontecimiento tan grande. Según las ingeniosas fábulas del Oriente, una lágrima se convierte en perla al caer dentro del mar.

En la existencia singular que llevamos por la afición a las letras, en la bonancible región en que nos ha colocado el amor de la independencia y de la poesía, ha debido afectarnos la muerte de Byron lo mismo que una calamidad doméstica. Es una de aquellas desgracias que de más cerca podían afligirnos. Un hombre que ha consagrado su vida al culto de las letras, siente que se le va estrechando a su alrededor el círculo de su vida física, al propio tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un reducido número de seres predilectos ocupa los afectos tiernos de su corazón, mientras que todos los poetas muertos o contemporáneos, extranjeros y compatricios, entran en el sagrario de los afectos del alma. La naturaleza le había dado una familia, la naturaleza le crea otra. Sus simpatías, que tan pocos seres pueden despertar en torno de él, van a buscar por entre el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

torbellino de las relaciones sociales, mas allá de los tiempos y de los espacios, a algunos hombres que él comprende y de quienes se siente digno de ser comprendido. Entretanto que en la monótona rotación de los hábitos y de los negocios, le codea la turba de los indiferentes sin llamar su atención, establécense entre él y los hombres escogidos por su inclinación relaciones íntimas, y comunicaciones en algún modo eléctricas. Una dulce comunidad de pensamientos le une a manera de lazo invisible e indisoluble con aquellos seres preferidos, aislados también en su mundo como lo está él en el suyo; de modo que cuando por casualidad se encuentra con uno de ellos, basta una mirada recíproca para revelarse uno a otro, bástales una mirada para penetrarse mutuamente el fondo de sus almas y reconocer su equilibrio, y pocos instantes han transcurrido cuando ya esos dos extranjeros están sujetos como dos hermanos como dos amigos que han sufrido una misma desgracia.

Permítasenos decirlo, y si cabe, glorificarnos por ello, una de estas simpatías que acabamos de explicar nos inclinaba hacia Byron. No era a buen seguro el atractivo que el genio inspira al genio, pero era al menos un sentimiento sincero de admiración, de entusiasmo y de agradecimiento, porque agradecimiento se debe a los hombres cuyas obras hacen palpitar noblemente el corazón. Al anunciarnos la muerte de este poeta, nos pareció que nos quitaban una parte de nuestro porvenir. Con la mayor amargura hemos debido renunciar a tener algún día con Byron una de esas amistades poéticas que tan dulce y gloriosamente hemos trabado con casi todos los hombres principales de nuestra época. La noticia de su muerte nos trajo a la memoria aquel verso con que un poeta de la misma escuela, saludaba la generosa sombra de Andrés Chénier:

Adiós, joven amigo a quien no conocí.

Y ya que acabamos de soltar prenda sobre la escuela particular de lord Byron, acaso no estará de más examinar aquí qué puesto ocupa en el conjunto de la literatura actual, literatura atacada como si pudiese ser vencida, calumniada como si se pudiera condenar. Espíritus falsos, hábiles sin embargo en sacar de quicio todas las cuestiones, tratan de acreditar entre nosotros un error bien singular. Han imaginado que la sociedad presente está expresada en Francia por dos literaturas absolutamente opuestas, lo que equivale a decir que un mismo árbol llevaba naturalmente y a la vez dos frutos de especie contraria y que la misma causa producía simultaneamente dos efectos incompatibles. Pero, estos tan obstinados enemigos de innovaciones, ni siquiera han echado de ver que creaban una lógica enteramente nueva. Todos los días continuan tratando de literatura que llaman clásica como si aun viviera, y la que llaman romántica como si estuviese próxima a morir. Estos doctos sofistas que incesantemente proponen el trocar lo que existe con lo que ha existido, nos recuerdan involuntariamente el Roldán de Ariosto, cuando en el período de su demencia propone formalmente a un transeunte que acepte su caballo muerto a cambio de un caballo vivo, y aun Roldan reconoce que está muerto, bien que añada que es la sola falta que tiene, y que quitado esto, es el mejor ejemplar del mundo. Pero los Roldanes del supuesto género clásico, todavía no se hallan a tanta altura en materia de juicio o de franqueza. Preciso es, pues, arrancarles la que no quieren conceder, y declararles que a estas horas no existe más que una literatura, como no existe más que una sociedad; que las literaturas anteriores, a pesar de haber dejado monumentos inmortales, han debido desaparecer y han desaparecido como las generaciones cuyos hábitos sociales y emociones poéticas expre-

saron; y está tan en poder de los escritores contemporáneos el resucitar una literatura, (1) como en manos del jardinero hacer que reverdezcan las hojas del otoño en las ramas de la primavera. El genio de nuestro tiempo debe ser diferente, puede ser tan bello como el de los tiempos más ilustres.

Desengáñense de una vez todos los hombres de buena fe y crean que se afana y forceja en vano un corto número de cortos ingenios para conducirnos otra vez al vicioso sistema literario del siglo pasado. Aquel terreno árido ya de por sí, hace mucho tiempo que está de todo punto estéril. Aparte de que no pueden comenzarse de nuevo los madrigales de Dorat, después de las guillotinas de Robespierre, y en el siglo de Bonaparte es imposible continuar a Voltaire. La literatura real de nuestra época, aquella cuyos autores se ven desterrados a la manera de Arístides; la que repudiada por todas las plumas, es adoptada por todas las liras, la que a pesar de una persecución vasta y calculada ve también surgir de su seno a todos los talentos, pareciéndose a aquellas flores que solo crecen en los lugares azotados por los vientos, la que por fin reprobada por los que sin meditar deciden, es defendida por aquellos que piensan con su propia alma, juzgan con su mente, y sienten con su corazón; esta literatura dista mucho de tener la marcha afeminada e impúdica de la musa que cantó al cardenal Dubois, que aduló a la Pompadour y ultrajó a Juana de Arco. No se inspira en el crisol del atea ni en el escalpelo del materialista.

---

(1) *No debe olvidarse al leer estas páginas, que por literatura de un siglo, no solo debe entenderse el conjunto de obras que en todo el siglo se han producido, pero también el orden general de ideas y de sentimientos que ha presidido a su composición, y muy a menudo sin advertirlo los autores mismos.* Nota del autor.

Deja en manos del escéptico esa balanza de plomo, cuyo equilibrio solo el interés hace perder. No engendra en orgías cantos para las matanzas. No conoce la adulación ni la injuria. No quita su encanto a las ilusiones. Prescindiendo de cuanto no le atañe, saca la poesía de los manantiales de la verdad pura, y su imaginación se fecunda por la creencia. Sigue los progresos del tiempo, pero con paso grave y mesurado. Es en una palabra lo que debe ser el pensamiento común de una gran nación después de grandes calamidades; triste, noble y religiosa. No titubea cuando conviene mezclarse en las discordias públicas, para juzgarlas o aplacarlas; porque no estamos ya en la era de las canciones bucólicas y la musa del siglo XIX no puede decir:

Non me agitant pópuli fasces aut púrpura regum.

No obstante, esta literatura presenta como todas las cosas de la humanidad, un lado sombrío y un lado consolador. En su mismo seno se han formado dos escuelas que representan la doble situación en que nuestras desgracias políticas han dejado sucesivamente a los espíritus; la resignación y la desesperanza.

Ambas reconocen lo que una filosofía mofadora había negado, la eternidad de Dios y el alma inmortal; las verdades primordiales y las verdades reveladas; una para adorar; la otra para maldecir. Una lo mira todo desde la altura del cielo, la otra desde el fondo del infierno. La primera coloca a la misma cuna del hombre un ángel que le acompaña hasta en el lecho de muerte, la otra le da un acompañamiento de apariciones siniestras. La primera le dice que confíe porque nunca le deja solo; espántale la segunda con aislarle de continuo. Ambas poseen igualmente el arte de bosquejar figuras graciosas y de pintar figuras terribles; solo que la primera, cuidando de no las-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timar el corazón, aun a los cuadros más sombríos les da cierto reflejo divino; la segunda, queriendo entristecer, hasta a las más graciosas imágenes les da cierto resplandor infernal. Por último, la una se parece a Emmanuél dulce y fuerte, recorriendo su reino en un carro de rayos de luz, la otra al soberbio Satán que a tantas estrellas arrastró en su caída, (1) cuando fué precipitado de los cielos. Estas dos escuelas mellizas, fundadas en la misma cuna, nos parecen especialmente representadas en la literatura europea, por Chateaubriand y Byron, dos genios ilustres.

Luchaban en el mismo suelo dos órdenes de política. Acababa de derruirse una sociedad vieja, y empezaba a elevarse una sociedad nueva. Ruinas por una parte, y por otra cimientos. Lord Byron en sus lamentaciones expresó las postreras convulsiones de la sociedad que estaba muriendo. El señor de Chateaubriand con sus inspiraciones sublimes, satisfizo las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz del uno, es como la despedida del cisne en el trance de la muerte, la del otro, es igual al canto del fénix que renace de su ceniza.

Es lord Byron por la tristeza de su genio, por el orgullo de su carácter, por las tempestades de su vida, el tipo completo del género de poesía que le distingue. Todas sus obras están profundamente marcadas con el sello de su individualidad. En cada poema siempre ve el lector como por entre un velo de luto, una figura altanera y sombría. Sujeto alguna vez, como todos los pensadores profundos, a la oscuridad y a la divagación, tiene palabras que sondean una alma entera, suspiros que explican toda una vida. Pa-

(1) *Esto no justifica sin embargo el título de escuela satánica, con que un hombre de talento ha designado la escuela de lord Byron.*—Nota del autor.

rece que el corazón se le entreabre a cada pensamiento que surge de su pecho, a manera de un volcán cuando arroja relámpagos. Los dolores, los goces y pasiones, para él no tienen misterios, y si solo deja entrever los objetos reales a través de un velo, en cambio muestra al descubierto las regiones ideales. Podría reconvenírsele por el desorden de sus poemas; falta grave, porque un poema sin orden es un edificio sin trabazón o un cuadro sin perspectiva.

También va sobrado lejos su lírico desdén hacia las transiciones; y a veces se quisiera que este pintor tan fiel de las emociones interiores esparciese por las descripciones físicas, luces menos fantásticas, y matices menos vaporosas. Se parece no pocas veces su genio a un paseante errabundo que medita caminando, y que absorto en una meditación profunda, no conserva más que una idea confusa de los sitios por donde pasa. Sea como fuere, hasta en sus obras menos bellas elévase esta imaginación caprichosa a alturas a las que no se llega sin alas. Por más que el águila fije en la tierra los ojos, no deja por eso de conservar la sublime mirada con la cual llega hasta el sol (1).

(1) *Ahora que la Europa entera tributa un homenaje público y solemne al genio de lord Byron, reconocido grande hombre desde que ha muerto, séanos permitido insertar algunas frases del notable artículo con el cual la* Revista de Edimburgo, *saludó al ilustre poeta. Por lo demás, con el mismo tono están hablando todos los días nuestros diarios de los primeros talentos de nuestra época.*

«La poesía de nuestro joven lord, es de un género que no pueden tolerar ni hombres ni dioses. Tan pesadas son sus inspiraciones, que bien pudieran compararse con el agua de un charco. Como por escusa no cesa el noble autor de recordarnos que es menor de edad... Tal vez quiere decirnos con eso: mirad

Se ha supuesto que el autor de «Don Juan» pertenecía en cierto aspecto de su ingenio a la escuela del autor de «Cándido». Es un error. En el reir de Byron y el reir de Voltaire, hay una diferencia radical. Voltaire no había padecido.

---

como escribe un jovencito ¡Mas ay! todos nos acordamos de la poesía de Cowley a los diez años, y de la de Pope a doce. Muy lejos de quedar sorprendidos al ver versos malos, escritos por un niño al salir del colegio, creemos que la cosa es muy comun; y sobre diez muchachos nueve pueden hacer lo mismo y aun mejor que lo que ha hecho lord Byron».

. . . . . .

«Todo bien mirado, solo esta consideración (la jerarquía del autor) nos inclina a hacer memoria de lord Byron en nuestro periódico; a mas de nuestro deseo de aconsejarle que deje la poesía para emplear mejor sus talentos.

«Le diremos que, a nuestro entender, el consonante y el número de pies, eso suponiendo que haya regularidad en ese número, no constituyen toda la poesía; y hasta quisiéramos persuadirle de que se necesita además un poco de ingenio y de imaginación, y que hoy día se requiere para ser leído que una poesía tenga algun pensamiento nuevo, o al menos que parezca tal.

«Lord Byron debía además guardarse de probar lo que han probado antes que él poetas aventajados, porque las comparaciones no son muy agradables, según se lo ha podido enseñar su maestro de escuela.

«Con respecto a sus imitaciones de la poesía ossiánica, tenemos de ella tan poco conocimiento, que nos expondríamos a criticar a Macpherson queriendo expresar nuestra opinión tocante a las rapsodias de nuestro nuevo imitador... Lo único que podemos decir es que se parecen a las de Macpherson; y estamos bien seguros de que son tan estúpidas y fastidiosas como las de nuestro compatriota.

Deberíamos decir ahora algo sobre la vida tan atormentada del noble poeta, pero en la incertitud en que estamos sobre las causas reales de las desgracias domésticas que agriaron su carácter, preferimos guardar silencio por temor de que la pluma no llegue a estraviarse a pesar nuestro. No conociendo a lord Byron sino por sus poemas, nos es muy dulce suponerle una vida según su alma y su genio. Seguramente habrá sido calumniado como lo han sido siempre los hombres superiores.

«Una buena parte del libro está consagrada a inmortalizar las ocupaciones del autor durante su educación. Sentimos tener que dar una idea de esa salmodia de colegio con los versos siguientes: (siguen los versos)...

«Pero, sea cual fuere el fallo que pueda pronunciarse sobre las poesías del noble menor, nos parece que debemos tomarlas conforme estan y contentarnos con ellas, pues son las últimas que de él recibiremos... Que tenga o no buen éxito, es muy probable que no condescenderá a hacerse otra vez autor. Tomemos pues lo que se nos ofrece, y mostrémonos agradecidos; ¡con qué derecho la echaríamos de melindrosos, siendo nosotros unos pobres diablos! harto honor es ya para nosotros el recibir algo de un hombre tan encumbrado como nuestro lord. Seamos pues agradecidos, lo repetimos, y digamos como el otro: «bendito sea el que da, y no miremos la boca al caballo cuando nos viene de balde.»

Lord Byron quiso vengarse de ese miserable cúmulo de vulgaridades, tema perpétuo que la envidiosa mediocria reproduce incesantemente contra el genio: los autores de la Revista de Edimburgo se vieron obligados a reconocer su talento por su férula satírica. No parece tan malo el ejemplo, sin embargo, confesamos que hubiéramos preferido ver a lord Byron guardar con sus críticos un desdeñoso silencio.— Nota del autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y solo a la calumnia atribuímos los injuriosos rumores que por tanto tiempo empañaron la reputación del ilustre poeta. A mas de que, la persona a la cual agraviaron sus faltas las habrá probablemente olvidado ya. Confiamos en que le habrá perdonado; porque nos contamos entre los hombres que no creen que el odio y la venganza puedan grabar algo suyo en la piedra de una tumba.

Y nosotros perdonémosle también sus culpas, sus errores, y hasta las obras en las que baja al parecer de la doble elevación de su carácter y de su talento, perdonémosle, pues, que cayó tan noblemente. ¡Ha muerto tan bien! Parecía allá en la Grecia un belicoso representante de la musa moderna en la patria de las antiguas musas. Auxiliar generoso de la gloria, de la libertad y de la religión había llevado su espada y su lira a los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas; y el peso de sus laureles, hacía inclinar ya la balanza a favor de los desgraciados helenos. Pero, particularmente, nosotros le debemos un profundo agradecimiento. Acaba de probar a la Europa, que los poetas de la joven escuela, bien que hayan dejado de adorar a los dioses de Grecia pagana, no por eso dejan de admirar a sus héroes; y que si han desertado del Olimpo, jamás han dicho adiós a sus Termópylas.

En toda Europa ha sido recibida la muerte de Byron con señales de un gran dolor. El cañón de los griegos ha saludado sus restos y un duelo nacional ha consagrado la pérdida del ilustre estranjero como una calamidad pública. Las orgullosas puertas de Westminster se han abierto como por sí mismas, a fin de que la tumba del poeta honrase la tumba de los reyes de Inglaterra. Y ¿nos atreveremos a decirlo? en medio de tan gloriosas demestraciones de la aflicción general, estábamos observando cuál era el solemne testimonio que París, esta capital de la inteligencia, tributaba a la heroica memoria de Byron, y hemos visto torpemente insultada su lira y su mortaja (1).

(2) *Algunos días después de la noticia de su muerte, todavía se representaba en no sé que teatro una mala comedia plagada de groserías, en la cual el noble poeta era sacado a escena bajo el ridículo nombre de* Lord Tres Estrellas. —Nota del Autor.

——o-o——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

WALTER-SCOTT Y SU QUINTIN DURWARD

Junio 1823.

En realidad existe algo extraño y maravilloso en el talento de este hombre que dispone del lector como de la hoja el viento, que le pasea a su capricho por todos los lugares y por todos los tiempos, y así, como al descuido, le muestra con la misma facilidad el más secreto repliegue del corazón, el fenómeno más monstruoso de la naturaleza, y la página más oscura de la historia, hombre cuya imaginación domina y alhaga las imaginaciones todas, que se reviste siempre con la misma verdad admirable del harapo del mendigo y del manto del rey, que toma todos los giros, y habla todas las lenguas, que a la fisonomía de los siglos les deja lo que la sabiduría de Dios puso de inmutable y eterno en sus rasgos, lo que les han dado de mudable y pasajero las locuras de los hombres, que, no obliga, como lo hacen ciertos novelistas ignorantes, a los personajes del tiempo pasado a pintarrajarse como nosotros, presentándose con nuestro barniz; sino que obliga por su poder májico a los lectores contemporáneos a entrar, siquiera por algunos instantes, en el espíritu de las antiguas edades cual sabio y hábil consejero que se empeña en que los hijos ingratos vuelvan a casa de su padre. El hábil mágico quiere sobre todo ser exacto: a ninguna verdad rehusa la pluma, ni aun a la verdad que nace de la pintura del error, esa hija de los

hombres que podría darse por inmortal, si su humor caprichoso y variable no nos convenciese de lo contrario. Pocos historiadores existen que sean tan fieles como este novelista. Bien se echa de ver que ha querido que sus retratos fuesen a un tiempo cuadros, y sus cuadros retratos. Pintanos a los antecesores nuestros con sus pasiones, sus vicios y crímenes, pero de manera que la variedad de las supersticiones y la impiedad del fanatismo sirven para resaltar más y más lo perenne de la religión y la santidad de las creencias. Agrádanos por otra parte encontrarnos con nuestros antepasados, con sus preocupaciones a veces tan nobles y tan consoladoras, del mismo modo que nos agrada verles con sus buenos penachos y sus mejores corazas.

De los manantiales de la naturaleza y de la verdad, ha sabido sacar Walter-Scott un género desconocido que no es nuevo sino porque él sabe hacerlo tan antiguo como quiere. Reúne a la majestuosa exactitud de las crónicas la grandeza venerable de la historia y el palpitante interés de la novela; genio curioso y potente que adivina lo pasado; pincel verdadero que con una sombra confusa traza un retrato fiel, obligándonos a conocer hasta lo que nunca vimos; espíritu flexible y sólido que sabe tomar el sello especial de cada siglo y de cada país, cual blanda cera, y conserva, sin embargo, esa marca para la posteridad como en bronce indeleble.

Pocos escritores han cumplido tan completamente con los deberes de novelista, respecto a su arte y su siglo: porque sería un error casi culpable para un hombre de letras, el creerse colocado más allá o encima del interés general de las necesidades nacionales, el eximir su espíritu de toda acción sobre los contemporáneos, y aislar su vida egoísta de la gran vida del cuerpo social. Y sino se halla en el poeta, ¿dónde estará el desprendimiento? ¿Qué voz se levantará durante la tem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pestad, sino lo hace la lira que puede aplacarla? ¿Y quién arrostrará los odios de la anarquía y los desdenes del despotismo, sino lo hace aquel a quien la sabiduría antigua otorgaba la potestad de reconciliar los pueblos y los reyes, y a quién la sabiduría moderna ha dado el de dividirlos?

No emplea, pues, Walter-Scott su talento en galanterías afectadas, mezquinas intrigas y asquerosas aventuras. Movido por el instinto de su gloria, ha sentido que se necesitaba algo más que esto para una generación que acaba de escribir con lágrimas y sangre, la página más extraordinaria de todas las historias humanas. Las épocas que más inmediatamente han precedido a nuestra revolución, y que más inmediatamente han venido tras ella, se parecían a aquellas épocas de quietud agitada que tiene el calenturiento antes y después del arrebato. Libros atroces, estúpidamente impíos, monstruosamente obscenos, eran ávidamente devorados entonces por una sociedad enferma, cuyos depravados gustos y entorpecidas facultades hubieran rechazado cualquier alimento nutritivo y saludable. Esto explica aquellos triunfos escandalosos, otorgados entonces por plebeyos de salón y patricios de taberna, a escritores ineptos y de mal gusto que por desdén no mentamos, reducidos hoy por toda popularidad, al aplauso de lacayos y risa de prostitutas. Pero ahora la popularidad no la concede el populacho, viene del solo manantial que puede imprimirle un carácter de inmortalidad y de universalidad, viene del sufragio selecto de espíritus delicados, de almas apasionadas, y cabezas serias, que representan moralmente los pueblos civilizados. Esto es lo que Scott ha logrado investigando los anales de las naciones, para formar obras para todas las naciones, y los fastos de los siglos, a fin de entresacar libros escritos para todos los siglos. Jamás hubo novelista que encubriera tanta enseñanza bajo tales encantos, ni más verdad bajo la ficción. Hay una alianza visible entre la forma que

le es propia y todas las formas literarias del pasado y del porvenir, y las novelas épicas de Scott, podrían considerarse como una transición de la literatura actual a las novelas grandiosas, o a las grandes epopeyas en verso o en prosa que nuestra era poética promete, y nos dará.

¿Cuál ha de ser la intención del novelista? La de expresar en una fábula interesante verdades útiles. Y una vez elegida esta idea fundamental, inventada esta acción explicativa, ¿no debe el autor buscar para desenvolverla un modo de explicación que haga su novela semejante a la vida, la imitación semejante al modelo? Y ¿no es la vida un drama confuso en que todo se mezcla, lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo más encumbrado y lo más bajo, 'ley cuyo poder solo expira más allá de los límites de la creación? y sinó, ¿será, por ventura, preciso limitarse a componer, como algunos pintores flamencos, cuadros enteramente de tinieblas, o como los chinos, cuadros enteramente luminosos, cuando la naturaleza por todas partes y siempre nos muestra la lucha de la luz y de las sombras? Ahora bien, los novelistas, anteriores a Walter-Scott, habían adoptado generalmete dos métodos de composiciones contrarios; viciosos ambos, precisamente porque son contrarios. Daban unos a su obra la forma de una narración, dividida arbitrariamente en capítulos, y solo para el reposo del lector, según lo manifiesta con bastante ingenuidad un antiguo autor español que escribe la palabra *descanso* al acabar sus capítulos. Los otros iban desplegando su fábula en una serie de cartas que debían suponerse escritas por los actores de la novela. Pero, en la narración, desaparecen los personajes, y el autor se muestra siempre solo; y en las cartas el autor se eclipsa para dejar ver solo a sus personajes. El novelista narrador no puede entrar en el diálogo natural, en la acción verdadera; es menester que la substituya por un cierto movimiento monótono de estilo que viene a

ser como un molde en que los sucesos más diversos toman y deben tomar la misma forma, y bajo él se borran las creaciones más elevadas, las invenciones más profundas, así como se allanan bajo el arado las asperezas de un campo. En la novela por cartas, la misma monotonía proviene de otra causa. Cada personaje va llegando por turno con su epístola pareciéndose en ésto a los cómicos de la legua, los cuales no pudiendo comparecer sino uno tras otro, y no siéndoles permitido decirlo en sus tablados, se presentan sucesivamente, llevando sobre la cabeza un gran rótulo en el cual lee el pueblo el nombre del personaje. La novela por cartas puede compararse con aquellas laboriosas conversaciones de sordo-mudos que se escriben recíprocamente lo que tienen que decirse, de suerte que su cólera o alegría está obligada a tener incesantemente la pluma en la mano y el tintero en el bolsillo. ¿Y la explosión fogosa de las pasiones, que no está tan coartada entre el preámbulo de costumbre y la fórmula de atención que son la vanguardia y retaguardia de toda carta escrita por un hombre bien nacido? ¿Puede pensarse que el acompañamiento de las oficiosidades y el bagaje de los cumplimientos aceleren la progresión del interés, y apresuren la marcha de la acción? ¿No debe por fin suponerse algún vicio radical en un género de composición que pudo entibiar alguna vez hasta la misma elocuencia de Rousseau?

Supongamos, pues, que a la novela narrativa, donde parece que en todo se haya pensado menos en el interés, adoptando la absurda costumbre de hacer preceder de un sumario cada capítulo; supongamos que a la novela epistolar, en la cual hasta la forma prohibe toda vehemencia y rapidez, que un espíritu creador le substituye la novela dramática, en la cual la acción imaginaria se desarrolla en cuadros verdaderos y variados del mismo modo con que se desenvuelven los acontecimientos reales de la vida; se desentienda de toda

división que no sea el desarrollo diferente de las diversas escenas que sea por fin un intenso drama en el cual las descripciones se sustituirían a las decoraciones y a los trajes, en el cual los personajes podrían pintarse por sí mismos, y por sus contrastes diversos y multiplicados representar todas las formas de la idea única de la obra. Se hallarán en este género nuevo, las ventajas de los dos antiguos sin sus inconvenientes. Teniendo a mano los resortes pintorescos y mágicos del drama, bien podréis dejar tras de la escena los mil pormenores insignificantes y transitorios que el mero narrador, obligado como está a seguir a sus actores paso a paso debe exponer difusamente si quiere ser claro; y así pueden aprovecharse aquellos rasgos repentinos y profundos más fértiles a veces en meditaciones que toda una página y que el movimiento de la escena hace resaltar, pero que excluye la rapidez de la narración.

Tras la novela pintoresca, aunque prosaica de Walter-Scott, queda por crear otra novela aun más bella y más completa a nuestro modo de ver. Es la novela que será drama y epopeya a la vez, poética y pintoresca, real e ideal, verdadera y grande, que hermanará íntimamente a Walter-Scott con Homero.

Walter-Scott, como todo hombre creador, hasta ahora ha sido objeto de críticas rabiosas e incesantes. Preciso es que quien desagua pantanos, se resigne a oír la gritería de las ranas.

Nosotros cumplimos con un deber de conciencia, al colocar a Walter-Scott en una esfera muy elevada entre los novelistas, y particularmente poniendo a *Quintín Durward* en muy elevado lugar entre las novelas. *Quintín Durward* es un libro muy hermoso. Muy difícil sería hallar una novela mejor entretejida y de efectos morales mejor enlazados con los efectos dramáticos.

A nuestro juicio el autor ha querido demostrar que la lealtad, hasta en un ser oscuro, joven y pobre, alcanza con mucha mayor seguridad su fin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la perfidia, aun cuando esté ayudada de todos los recursos del poder, de la experiencia y de la riqueza. El primero de estos papeles lo encargó a su Quintín Durwart, huérfano lanzado entre multiplicados escollos, lazos perfectamente preparados, sin más brújula que un amor casi insensato; pero muchas veces es el amor una virtud cuando más se parece a una locura. El segundo papel lo encarga a Luis XI, rey más astuto que el más astuto cortesano, zorro viejo con pezuña de león, poderoso y discreto, tan bien servido de noche como de día, cubierto sin cesar por sus guardias como por un escudo, y acompañado de sus verdugos como de una espada. Estos dos personajes tan diferentes resaltan a un tiempo de tal modo, que expresan la idea fundamental con una verdad notable. Obedeciendo fiel al rey, sirve cabalmente el leal Quintín, sin saberlo, sus propios intereses, mientras que los proyectos de Luis XI, de los cuales Quintín debía ser a un tiempo el ejecutor y la víctima, van desenlazándose de un modo que sirve para confusión del viejo maligno y ventaja del joven ingénuo.

A primera vista podría creerse que la intención fundamental del poeta está en el contraste histórico, tan bien pintado, del rey de Francia, Luis de Valois, y del duque de Borgoña, Carlos el temerario. Este bello episodio es quizás un defecto en la composición de la obra, pues rivaliza en interés con el asunto principal, pero esta falta, si puede llamarse falta, nada quita a lo imponente y cómico de la oposición de dos príncipes, de los cuales, el uno déspota flexible y ambicioso desprecia al otro, tirano, duro y batallador que también le despreciara, si a ello se atreviera. Ambos se aborrecen, pero Luis arrostra el odio de Carlos porque no es más que salvaje y brusco, y Carlos teme el odio de Luis, porque es harto lisonjero. El duque de Borgoña, en medio de su campo y sus estados tiene sus recelos al lado del rey de Francia, aun sin

defensa, como el perro junto al gato. Se ve que la crueldad del duque nace de sus pasiones, la del rey de su carácter. El de Borgoña es leal porque es violento; nunca ha pensado en ocultar sus malas acciones; no tiene remordimientos porque olvida sus crímenes como sus cóleras. Luis es supersticioso, acaso porque es hipócrita; no basta la religión al hombre a quien atormenta la conciencia, y no quiere arrepentirse; pero, por más que crea en duras expiaciones la memoria del mal que ha hecho vive en él sin cesar junto al pensamiento del mal que va a hacer, porque siempre se acuerda uno de lo que por mucho tiempo se ha estado meditando. Devotos son ambos príncipes, pero Carlos jura por su espada antes de jurar por Dios, mientras que Luis trata de captarse los santos con dádivas; se sirve de la diplomacia en su plegaria, y hasta con el cielo intriga. En caso de guerra, Luis está examinando sus azares y vicisitudes cuando Carlos solo piensa ya en el placer de la victoria. La política del Temerario estriba toda en su brazo, pero el ojo del rey va más allá que el brazo del duque. Finalmente, Walter Scott prueba, comparando a los dos rivales, cuánto más fuerte que la audacia es la prudencia, y como aquel que al parecer jamás temió tiene miedo a aquel que parece que ha de temerlo todo.

¡Con qué arte nos pinta el ilustre escritor al rey de Francia, presentándose por un refinamiento de malicia en casa de su gentil primo de Borgoña, como le llamaba él, y pidiéndole hospitalidad cuando va a hacerle la guerra el orgulloso vasallo! ¿Puede darse nada más dramático que la nueva de una rebelión fomentada en los estados del duque, por los agentes del rey, cayendo como el rayo entre ambos príncipes en una misma mesa reunidos? Así la traición se quita por sí misma la máscara, y es nada menos que el prudente Luis quien se entrega sin defensa a la venganza de un enemigo justamente irritado. Algo dice la historia de esto; pero

es preferible la novela a la historia, prefiero la verdad moral a la histórica. Otra escena quizás más notable todavía, es aquella en que los dos príncipes, que aun no han podido avenirse, se reconcilian por un acto de crueldad, acto que el uno imagina y ejecuta el otro. Por primera vez en su vida ríen juntos con placer y cordialidad, y aquella risa, por un suplicio provocada, hace que desaparezcan por un instante sus discordias. Esta idea terrible horripila de admiración.

Hemos oído decir que la pintura de la orgía era inmunda y repugnante. A nuestro entender es uno de los capítulos más bellos de la obra. Habiendo Walter-Scott emprendido la descripción del famoso bandido de La March, a quien dieron por renombre el jabalí de las Ardenas, hubiera errado el cuadro sino inspirase horror. Dado ya un caso dramático es preciso entrar en él francamente, y buscar en todo el origen de las cosas. Solo allí está la emoción y el interés.

Por lo mismo justificaremos otros pasos que no nos parecen menos dignos de meditación y de elogio. Es el primero la ejecución de Hayraddin, personaje singular, de quien tal vez el autor hubiera podido sacar mejor partido. El segundo es el capítulo en que el rey Luis XI detenido por orden del duque de Borgoña, hace preparar en su propia cárcel por Tristan el ermitaño, el castigo del astrólogo que le engañara. Esta sí que es una idea a la par extraña y hermosa, la de hacernos ver a aquel rey cruel hallando hasta en la misma cárcel, espacio para su venganza, reclamando verdugos a sus últimos ministros, y empleando la poca autoridad que le queda en dar órdenes para la muerte de un hombre.

Aun podríamos multiplicar las observaciones y demostrar que nos parece defectuoso el nuevo drama de sir Walter-Scott, particularmente en el desenlace; pero es muy probable que el novelista tendría mejores razones para justificarse que nosotros

para atacarle, y no ha de ser con tan formidable campeón con quien probemos nuestra sencilla armadura. Nos limitaremos a hacerle observar que la expresión que pone en boca del bufón del duque de Borgoña sobre la llegada del rey Luis XI a Perona pertenece de derecho al bufón de Francisco I que la dijo al pasar Carlos V por Francia en el año de 1535. La inmortalidad del pobre Triboulet pende de esta expresión, justo es se la dejemos. Pensamos igualmente que el ingenioso expediente de que se vale el astrónomo Galeotti para escapar del lazo de Luis XI, ya fué imaginado hace algunos miles de años por un filósofo a quien quería hacer matar también Dionisio de Syracusa. No damos sin embargo a estas observaciones más valor del que merecen. Un novelista no es un cronista. Nos parece únicamente algo extraño que el rey dirija la palabra en el consejo de Borgoña a caballeros de la orden del Espíritu Santo, no habiéndose fundado esa orden hasta un siglo después por el rey Enrique III, y aun pensamos que la orden de San Miguel, con que el noble autor condecoró a su buen lord Crawfford no fué instituída por Luis XI sino después de su cautiverio. Disimule Walter-Scott esas friolerillas cronológicas. Alcanzando así un pequeño triunfo de pedante, al habérnoslas con un *anticuario* tan ilustre, no podemos abstenernos de que aquella inocente alegría de Quintin Durward arrebataba cuando hubo hecho perder los estribos al duque de Orleans y resistido los porrazo de todo un Dunois y a punto estamos de pedirle perdón, como allá humildemente lo pedía el emperador Carlos V: *Sanctissime pater, indulge victori.*

——o-o——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VOLTAIRE

Francisco María Aruet, tan célebre bajo el nombre de Voltaire, nació en Chatenay el día 20 de febrero del año 1694, de una familia perteneciente a la magistratura. Fué educado en el colegio de los Jesuítas, en el cual uno de sus maestros, el padre Lejay, le predijo, según dicen, que llegaría a ser en Francia, el corifeo del Deismo.

Al salir del colegio Aruet, cuyo talento se revelaba en toda la fuerza y franqueza de la juventud, halló por una parte un inflexible despreciador de ilusiones juveniles en su padre, y por otra un pervertidor lisonjero en su padrino, el abad de Chateauneuf. El padre condenaba todo estudio literario, sin saber por qué, y por consiguiente con una obstinación invencible. El padrino, que, por el contrario, daba alas a Aruet en sus ensayos, gustaba mucho de los versos, particularmente de los que tenían cierto sabor de licencia y asomos de impiedad. Quería el uno aprisionar al poeta en un estudio de procurador, el otro descarriaba al adolescente. El padre prohibía a su hijo toda clase de lectura literaria, Ninón de Lanclós legaba una biblioteca al discípulo de su amigo el abad de Chateauneuf. De modo que desde su nacimiento el ingenio de Voltaire se halló por desgracia sujeto a dos acciones contrarias e igualmente funestas; una que tendía a sofocar el fuego sagrado que nada puede apagar, otra que lo alimentaba hasta a expensas de lo que hay de noble y respetable en el orden social. ¿Quién sabe si con aquellos dos impulsos opuestos comunicados a un tiempo en el primer

vuelo de aquella imaginación poderosa quedó viciada su dirección para siempre? Al menos a esta causa pueden atribuirse los primeros estravíos del talento de Voltaire.

Desde el principio de su carrera le fueron atribuídos algunos versos asaz malos y algo impertinentes que le valieron el encierro en la Bastilla, castigo sobrado duro para consonantes no muy buenos. Durante aquella vacación forzosa, fué cuando Voltaire, de veintidós años de edad, bosquejó su poema de *la Liga*, luego *la Henriada*, y allí acabó su notable drama *Edipo*. Después de algunos meses de Bastilla fué libertado y al mismo tiempo pensionado por el regente Orleans, a quien dió las gracias por tener a bien el encargarse de su subsistencia, suplicándole que solo atendiese a proporcionarle alojamiento.

Edipo fué representado con buen éxito el año 1718. Lamotte, oráculo de la época, se dignó consagrar su triunfo con algunas palabras sacramentales y desde luego comenzó el renombre de Voltaire. Hoy día es muy probable que Lamotte sea inmortal porque se le nombra en los escritos de Voltaire.

Tras de *Edipo* vino la tragedia de *Artemisa*. Fué mal recibida. Entonces hizo Voltaire un viaje a Bruselas para visitar a Juan Bautista Rousseau. Ambos poetas, antes de conocerse se apreciaban ya, y se separaron enemigos. Se ha dicho que eran recíprocamente envidiosos. Pobre señal de superioridad sería esta.

Refundida *Artemisa* y representada en 1724 con el nombre de *Mariana*, fué muy bien recibida sin ser por eso mejor. En aquella época vió la luz *la Henriada*. En su poema, Voltaire sustituyó Mornay a Sully porque tenía que quejarse de un descendiente de este grande hombre. Esta venganza no es a la verdad muy filosófica, pero es perdonable porque Voltaire vilmente insultado delante la casa de Sully, por no sé qué caballero de Rohan,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y abandonado por la autoridad judicial, no pudo vengarse de otra manera:

Indignado, justamente, por el silencio de las leyes hacia su miserable agresor, Voltaire, célebre ya, retiróse a Inglaterra donde estudió a sus filósofos. No empleó el tiempo en esto sólo sino que escribi allí dos nuevas tragedias, *Bruto* y *César;* de las cuales Corneille hubiera aceptado por suyas muchas escenas.

De regreso a Francia, dió sucesivamente *Eriphila* que no fué aplaudida, y *Zaira*, obra maestra concebida y llevada a cabo en diez y nueve días, a la cual solo falta más color del lugar y alguna mayor severidad en el estilo. La tragedia de *Adelaida Dugesclin*, a la que intituló después *el duque de Foix*, vino después de *Zaira* y no pudo obtener el mismo buen éxito. Algunas publicaciones menos importantes atormentaron por algunos años su vida, como *el Templo del gusto*, *Cartas sobre los ingleses*, etc.

Su nombre llenaba ya la Europa. Retirado a Cirey en casa de la marquesa de Chatelet, mujer, que según la expresión de Voltaire, fué apta para todas las ciencias escepto para la de la vida, estragaba su bella imaginación en el estudio del álgebra y de la geometría, escribiendo, sin embargo *Alzira*, *Mahomet*, *la historia de Carlos XII*, preparando los materiales de su *Siglo de Luis XIV*, arreglando el *Ensayo sobre las costumbres de las naciones* y enviando versos a Federico, a la sazón príncipe heredero de la corona de Prusia. *Merope*, compuesta también en Cirey puso digno remate a la reputación dramática de Voltaire.

Juzgó entonces que podría presentarse para reemplazar en la academia francesa al cardenal de Fleury, pero no fué admitido. Entonces solo tenia genio. Algún tiempo después, le dió por adular a madama Pompadour, y tan obstinadamente la alhagó, que obtuvo al mismo tiempo el sillón académico, la llave de gentil-hombre de cámara, y el empleo

de historiógrafo de Francia. Poco duró aquella privanza, y retiróse entonces sucesivamente a Luneville, a casa del buen Estanislao, rey de Polonia y duque de Lorena, luego a Sceoux, en casa de madama de Maine, donde compuso *Semiramis*, *Oreste* y *Roma libre o libertada*, y en seguida a Berlín, donde vivia con Federico que ya era rey de Prusia. Muchos años pasó en aquel retiro, con el título de gentil-hombre de cámara, con la cruz del mérito de Prusia y una pensión. Asistía a la real mesa con Maupertuis, D'Angers y Lametrie, ateos del rey, de aquel rey que, según dice el mismo Voltaire, vivía sin corte, sin consejo, y sin culto.

Algunos años de mútuo roce bastaron para gastar lo que tenían de común el alma del déspota filósofo, y el alma del sofista poeta. Voltaire trató de marcharse de Berlín, y Federico II le echó. Echado de Prusia, desterrado de Francia, pasó dos Años en Alemania, donde publicó los *Anales del imperio* redactados por deferencia a la duquesa de Sajonia Gotha, y después fué a establecerse a las puertas de Ginebra con madama Denis, su sobrina.

El huérfano de la China, tragedia donde todavia brilla su talento, fué el fruto primero de su retiro, en el cual hubiera vivido en paz si sórdidos libreros no hubiesen publicado su *Doncella de Orleans*. También compuso en aquella época, el poema sobre *el terreno de Lisboa*, la tragedia de *Tancredo*, algunos cuentos y varios opúsculos. Entonces fue cuando defendió y amparó con la mayor generosidad a Calas, Sirven, Labarre, Montbailli, Lally, víctimas deplorables de equivocaciones judiciales. Entonces se enemistó con Juan Jacobo Rousseau, y se relacionó con la emperatriz Catalina de Rusia, para la cual escribió la historia de su abuelo Pedro I y se reconcilió al mismo tiempo con Federico. De esta misma época data su cooperación a la *Enciclopedia*, obra monstruosa de unos hombres que quisieron probar su fuerza, y cuyos resultados pueden leerse en la gaceta durante la revolución.

Cargado ya de años, Voltaire quiso ver otra vez París. Volvió a esa Babilonia que tanto simpatizaba con su genio. Saludado por aclamaciones universales, el anciano pudo ver antes de morirse cuan adelantada estaba su obra. Pudo regocijarse o asustarse de su gloria. Ya no le quedaba bastante fuerza vital para sobrellevar las vivas emociones que sintió, y París le vió morir el 30 de mayo de 1778. Hay quien asegura que llevó la incredulidad hasta la tumba.

Hemos contado la vida privada de Voltaire, veamos de pintar su existencia pública y literaria.

Nombrar a Voltaire es enunciar todo el siglo XVIII es fijar con un solo rasgo la doble fisonomía histórica y literaria de aquella época que, por más que se diga solo fué una época de transición para la sociedad y para la poesía. El siglo XVIII siempre apareció en la historia, como ofuscado entre el siglo que le precede y entre el siglo que le sigue. Voltaire es su personaje principal y en alguna manera típico, y por más prodigioso que ese hombre fuese, sus proporciones parecían todavía mezquinas entre la grande imagen de Luis XIV y la gigantesca figura de Napoleón.

En Voltaire hay dos seres. Su vida tuvo dos influencias. Sus escritos tuvieron dos resultados. Dirijamos una ojeada a esta doble acción, la que dominó en las letras, y la que se manifestó en los sucesos. Estudiaremos por separado cada uno de esos dos reinados de su genio. Debe tenerse presente, sin embargo, que su doble potestad fué íntimamente coordinada, y que los efectos de aquella potestad, revueltos más bien que enlazados, siempre han tenido algo de simultáneo y de común. Dividimos así su examen, porque excedería nuestras fuerzas el abarcar de una sola mirada este conjunto magno; imitando en esto el artificio de aquellos artistas orientales, quienes en su impotencia para pintar una cara de frente, logran representarla enteramente, encerrando en un mismo cuadro ambos perfiles.

En literatura, Voltaire ha dejado una de aquellos monumentos cuyo aspecto, antes pasma por su extensión que impone por su grandeza. El edificio que ha construído nada tiene de augusto. Ni es el palacio de los reyes, ni tampoco el hospicio del pobre. Es un *bazar* elegante y cómodo, bien que irregular, mostrando riquezas innumerables en el cieno, dando a todos los intereses, a todas las vanidades, a todas las pasiones, lo que les conviene, a la par explendente y fétido, ofreciendo prostitución y no placer, bazar poblado de vagabundos, de mercaderes y de holgazanes, poco frecuentado por el sacerdote y por el menesteroso. Aquí galerías deslumbradoras sin cesar inundadas de una multitud extasiada, y más allá antros secretos en los que nadie ha penetrado, o si lo ha hecho no se atreve a decirlo. Hallaréis bajo aquellos arcos suntuosos mil obras perfectas en arte y en gusto, brillantísimas de oro y de diamantes; pero no busquéis allí la estátua de bronce de las formas antiguas y severas. Hallaréis para vuestros salones toda clase de tapicerías, mas no os canséis en buscar los adornos que convienen al solitario. ¡Ay del hombre débil que no tiene más hacienda que su alma y la expone a las seducciones de aquella magnífica guarida, monstruoso templo en donde para todo lo que no es la verdad hay demostraciones, para todo hay un culto, con tal que no sea para el Dios de las alturas!

Si hablamos de ese monumento con admiración a buen seguro no se nos puede exigir que hablemos de él con respeto.

Compadeceríamos a una ciudad cuya muchedumbre estuviese en el *bazar* y su iglesia se hallase vacía; compadeceríamos una literatura que dejase los senderos de Corneille y Bossuet para ir en pos de Voltaire.

Jamás hemos pensado en negar el genio de ese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre extraordinario. Estamos convencidos de que ese genio era uno de los más bellos concedidos a un escritor, y por eso mismo deploramos con mayor amargura su frívolo y funesto empleo. Pésanos tanto por él mismo como por las letras, que haya vuelto contra el cielo aquel poder intelectual que del cielo mismo recibiera. Lamentamos el extravío de ese excelso ingenio que no comprendió la sublime misión que tenía, de ese ingrato que profanó la castidad de la musa y la santidad de la patria, de ese desertor que olvidaba que el trípode del poeta debe estar colocado junto al altar. Pero al mismo tiempo no puede negarse que no haya sido en algún modo castigado. Es su gloria mucho menos grande de lo que debiera ser, precisamente porque todas las glorias ha tratado de granjearse, hasta la de Erostrato. Ha desmontado toda clase de terrenos, mas no puede decirse que haya cultivado ninguno. Y por haber tenido la culpable ambición de sembrar indiferentemente las semillas nutritivas y las venenosas, para su confusión eterna son los venenos los que más frutos han dado. La *Henriada*, como producción literaria, es aun muy inferior a la *Doncella de Orleans*, lo que no significa que aquella obra culpable sea una obra superior ni aun en su género desvergonzado. Las sátiras suyas, marcadas a veces con un sello infernal, son muy superiores a sus comedias. Son preferidas sus poesías sueltas, donde a menudo resalta a las claras su cinismo, a las líricas en las que a veces se hallan versos religiosos y graves. Finalmente, sus cuentos que tanta amargura causan por la incredulidad y escepticismo que encierran, valen más que sus historias, donde esta misma falta se siente menos, pero donde la ausencia continua de dignidad está en contradicción con esta clase misma de composiciones. En cuanto a sus tragedias, que es en donde se nos muestra realmente gran poeta, donde a menudo halla el rasgo característico, no se puede menos de convenir a pesar de tantas escenas admirables, que no se ha quedado bastante atrás de Racine y sobre todo de Corneille. Y en este punto nuestra opinión es tanto menos sospechosa, cuanto que un examen detenido de la obra dramática de Voltaire, nos ha convencido de su alta superioridad en el teatro. No reparamos por tanto en afirmar que si Voltaire, en lugar de repartir las fuerzas colosales de su ingenio en veinte asuntos diversos, las hubiese reunido todas hacia un mismo objeto, en la tragedia, hubiese aventajado a Racine y quizás igualado a Corneille. Pero gastó su entendimiento en agudezas. De modo que el sello del genio es más aparente en el conjunto de sus obras, que en cada una de ellas en particular. Preocupado incesantemente de su siglo, olvidaba demasiado la posteridad, esa imagen austera que en todas las meditaciones poéticas debe dominar. Luchando en capricho y frivolidad con sus frívolos y caprichosos contemporáneos quería agradarles y burlarse de ellos. La musa suya, que tan bella hubiera sido con su propia hermosura, se revistió muchas veces con el oropel y el prestigio de una coquetería extravagante, de suerte que a cada paso le entran a uno ganas de decirle: «No te engalanes tanto porque tampoco te hace falta.»

Dijérase que Voltaire ignoraba que hay mucha fuerza en la gracia, y que lo más sublime en las obras del espíritu humano, quizá es también lo más sencillo y natural, pues la imaginación sabe revelar su origen celeste sin necesidad de artificios extraños. Para darse a conocer como diosa no debe hacer más que andar. *Et vera incessu patuit dea.*

Si fuera posible resumir la idea múltiple que ofrece la existencia literaria de Voltaire, habríamos de clasificarle entre aquellos prodigios llamados *monstra*. En efecto, quizás es un fenómeno único, que no podía nacer más que en Francia, y en el siglo XVIII. Entre su literatura y la del siglo grande hay esta diferencia, que Corneille, Molière

y Pascal pertenecen más a la sociedad, Voltaire a la civilización. Siéntese así leerle, que es el escritor de una época afeminada y trivial. Tiene elegancia, pero sin gracia; prestigio, pero sin encanto; esplendor y falta de majestad. Sabe halhagar y no consuela, fascina y no persuade. Excepto en la tragedia carece su talento de ternura y de franqueza. Siéntese que su decir es el resultado de una organización, y no efecto de una inspiración; y cuando un médico ateo viene a decirnos que Voltaire estaba entero en sus nervios y tendones, horroriza la posibilidad de tal aserto. Por lo demás, lo mismo que a otro ambicioso más moderno que ansiaba la supremacía política, le sucede a Voltaire que en vano tentó la supremacía literaria. La monarquía absoluta y universal no conviene al hombre. Si Voltaire hubiese comprendido su grandeza verdadera, hubiese basado su gloria en la unidad y no en la universalidad. No se revela la fuerza por un perpetuo vaivén, ni por moefímicas metamórfosis, y sí por una inmobilidad majestuosa. La fuerza no está en Protéo sino en Júpiter.

Aquí comienza la segunda parte de nuestra tarea, y será mucho más corta, porque merced a la revolución francesa, los resultados políticos de la filosofía de Voltaire, son de una notoriedad aterradora. Sería sin embargo soberanamente injusto, atribuir solo aquella fatal revolución, a los escritos del patriarca de Ferney. Es preciso ver en ella, ante todo, el efecto de una descomposición social que ya había principiado mucho antes. Voltaire y la época en que vivió deben acusarse y excusarse recíprocamente. Sobrado fuerte para obedecer enteramente a su siglo, no lo era bastante para dominarlo. De esa reciprocidad de influencia resultaba entre él y su siglo una reacción perpetua, un cambio mútuo de impiedad y de locuras, un continuo flujo y reflujo de novedades, que en cada una de sus oscilaciones nunca dejaba de llevarse

algún pilar viejo del edificio social. Recuérdese la faz política del siglo XVIII, los escándalos de la regencia, las obscenidades de Luis XV, la violencia en el ministerio, la violencia en los parlamentos, los prelados cortesanos, los sacerdotes petimetres; la antigua monarquía y la antigua sociedad bamboleándose en su base común y no resistiendo ya a los embates más que por el mágico nombre de Borbón; representémonos a Voltaire lanzado en aquella sociedad en disolución como víbora en una laguna, y ya no nos admiraremos de ver la acción contagiosa de su inteligencia precipitando el fin de aquel orden político, que Montaigne y Rabelais atacaron en vano cuando ese orden político era joven y vigoroso todavía. El no hizo mortal la enfermedad, pero desarrolló el germen e hizo los arrebatos más fuertes y violentos. Necesario era todo el veneno suyo para poner aquel cieno en estado de hervor, y este es el motivo por el cual debe atribuírse a este desventurado, parte de los monstruosos acontecimientos de la revolución. Por lo que toca a aquella revolución en sí, debió ser necesariamente inaudita. La Providencia quiso colocarla entre el más terrible de los sofistas, y el más formidable de los déspotas. En la aurora de esta revolución, Voltaire (1) apareció en una triste saturnal (2), en su ocaso levántase Bonaparte entre una matanza fúnebre.

* * *

El precedente juicio acerca de Voltaire, escrito a los 22 años de edad, hubo de ser rectificado más tarde por Víctor Hugo con motivo del centenario

---

(1) *Traslación de los restos de Voltaire al Panteón.* —Nota del autor.

(2) *Metralladu de Saint-Roch.*—Nota del autor.

de Voltaire, del que hizo la apología en un celebrado discurso de tonos radicalísimos que motivó la publicación de una carta del Obispo de Orleans acusando al poeta por su inconsecuencia. Víctor Hugo replicó al prelado con la siguiente carta:

París, 3 de junio de 1878.

Al Sr. Obispo de Orleans.

Señor: Cometéis una imprudencia.

Recordáis a todos los que pueden haberlo olvidado que fuí educado por un eclesiástico, pero no decís que si mi vida comenzó por la preocupación y por el error, culpa fué de los sacerdotes y no mía. Esta educación es de tal suerte funesta, que «a los cuarenta años», vos lo advertís, yo sufría aún su influencia. Todo eso se ha dicho ya. No insisto. Menosprecio las cosas inútiles.

Insultáis a Voltaire y me dispensáis el honor de injuriarme. Cumplís vuestro deber.

Vos y yo somos dos hombres cualesquiera. El porvenir juzgará. Decís que soy viejo, y dais a entender que sois joven. Lo creo.

El sentido moral está en vos tan poco formado, que me echáis en rostro como «una vergüenza» lo que constituye mi honra.

Pretendéis darme una lección. ¿Con qué derecho? ¿Quién sois vos? Vamos a los hechos. Hélos aquí. ¿Cuál es vuestra conciencia y cual la mía?

Comparémoslas.

Bastará ponerlas frente a frente.

Francia acababa de pasar por una prueba. Era libre, y un hombre la aprisionó de noche, traidoramente; la aterró y la asesinó. Si pudiera matarse a un pueblo, ese hombre hubiera asesinado a Francia. La martirizó lo bastante para poder reinar en ella. Comenzó su reinado, porque se trata de un

reinado, por el perjurio, la alevosía y la matanza. Lo continuó por la opresión, por la tiranía, por el despotismo, por una parodia incalificable de religion y de justicia. Era monstruoso y pequeño. Por él se entonaba el «Te-Deum», el «Magnificat», el «Salvum fac», el «Gloria tibi», etc. ¿Quién cantaba eso? Preguntáoslo vos mismo.

La ley lo entregaba al pueblo, la Iglesia lo ponía bajo el amparo de Dios. Bajo ese hombre se había aniquilado el derecho, el honor, la patria. A sus pies tenía el juramento, la equidad, la probidad, la gloria de la bandera, la dignidad de los hombres, la libertad de los ciudadanos. La prosperidad de ese hombre traía desconcertada a la conciencia humana. Esto duró diecinueve años. Durante ese tiempo, vos habitábais un palacio; yo estaba en el destierro.

Os compadezco.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Págs.
La Revolución de Julio de 1848.	5
A España.	12
A un obispo que me llama ateo.	16
Las leyes.	19
Imágenes y pensamientos.	26
Durante el sitio de París o el Año Terrible. .	36
A los que sueñan con la monarquía.	42
Filosofía de las consagraciones y coronaciones.	44
Ley del progreso.	46
Sedán.	54
¡Represalias, no!	60
Los Trofeos.	65
París ardiendo.	70
Ejecuciones.	80
A los humillados.	83
Las dos voces.	88
Los libelistas de iglesia.	93
Esperanza.	97
Entre sombras.	101
El espía Hubert.	102
Discurso de recepción en la Academia francesa.	135
Lord Byron.	163
Walter-Scott y su «Quintin Duward». . . .	174
Voltaire.	184

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B. BAUZA, EDITOR.—ARIBAU, 175 A 179.—BARCELONA

COLECCION IDEAL

Se publicarán en esta «Colección Ideal» novelas de autores modernos, nacionales y extranjeros, de alto valor literario; obras escrupulosamente seleccionadas y que comprenderán todos los géneros en boga, desde el idealista más puro al que sólo rinde pavés a la realidad hiriente y descarnada.

Las traducciones de las obras extranjeras que aparezcan en esta Colección, estarán cuidadosa y concienzudamente hechas y revisadas; cuantas producciones novelísticas del extranjero hayán logrado un éxito relevante y notorio formarán parte de esta Colección.

Los autores españoles contemporáneos, los consagrados y los noveles, figurarán también dignamente en la «Colección Ideal».

Ocuparán asimismo en la «Colección Ideal» un puesto preferente las novelas de autores americanos de reconocido mérito literario.

Se procurará la publicación mensual de dos tomos de la «Colección Ideal», pero se ha de tener en cuenta que la edición de cada obra representará una gran labor previa de selección y depuración, pues, como se ha dicho antes, integrarán la «Colección Ideal» las producciones más sobresafientes de la literatura mundial moderna.

El * colocado antes del título de las obras anunciadas, indicará que éstas pertenecen a la escuela literaria del más extremado realismo.

Títulos de las obras publicadas y en prensa:

H. J. WELLS: EL HOMBRE INVISIBLE.
» » UNA UTOPIA MODERNA.
CONSTANTINO SUAREZ:
DOÑA CAPRICHOS. (Novela de amoríos)
PITIGRILLI: * MAMIFEROS DE LUJO.
ALFONSO DAUDET: SAFO.

En rústica. . . . . Ptas. 3'50
Lujosamente encuadernado. . . . . Ptas. 5'00

DR. E. TAIRENS DRANGS

LA MUJER EN EL AMOR Y EN LA VOLUPTUOSIDAD

Nueva edición, con adiciones complementarias

TRATA ESTE LIBRO: La belleza femenina.—Los carácteres sexuales secundarios.—La belleza del movimiento.—La concepción artística del cuerpo femenino.—Los encantos naturales y los encantos artificiales.—Caracteres diversos de las diferentes bellezas europeas.—La virginidad y la iniciación.—La mujer en el amor.—La necesidad de amar.—La degradación del amor.—Qué ama y cómo ama la mujer.—La mujer en las relaciones sexuales.—El amor natural.—Las exaltaciones y depravaciones.—Conclusiones

ILUSTRAN ESTE TOMO 22 FOTOGRAFIAS EN BICOLOR, ESCRUPULOSAMENTE TIRADAS

Volumen de 250 páginas, en muy buen papel, elegante impresión, tamaño 12 × 18 centímetros.

PRECIO: SEIS PESETAS

ALFREDO DE MUSSET

G A M I A N I

(Dos noches de lésbico placer)

Edición ilustrada

Este libro no es una vulgar exposición de obscenidades.

Los episodios que en él se relatan, no tienden en modo alguno a despertar sentimientos de lujuria.

En sus páginas hallará el lector culto, la más tremenda condenación de los extravíos sexuales.

Por lo tanto, es deber del Editor advertir al público, que no intente penetrar el sublime misterio de estas narraciones, si antes no cuenta con un caudal de ilustración a propósito para aquilatar en su justo valor, las exquisiteces engendradas por la opulenta fantasía de Musset.

Tomo de 96 páginas . . . . . ptas. 2,00

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Secretos del matrimonio

Anatomía, fisiología, higiene, psicología, historia, curiosidades, perversiones, aberraciones, vicios y bibliografía de las funciones de la generación, por el profesor,

WILLIAM DRAUGER

Traducción de la 30ª edición alemana por el doctor,

JUSTO M.ª ESCALANTE

Sumario: Instinto de reproducción. Pubertad. El hombre y la mujer, semejanzas y diferencias. Organos sexuales del hombre. Aparato genital de la mujer. Frecuencia del coito. Beneficios y peligros del coito. Estimulantes del aparato venéreo. Los sentidos. Afrodisíacos. Anafrodisíacos. Exageración y anastesia sexuales. Fitichismo. Onanismo o masturbación. Sodomía. Amor homosexual. Señales que anuncian el embarazo normal. Embarazo normal y compuesto. Embarazo anormal o extra-uterino. Embarazo falso. Higiene de la mujer embarazada. Patología del embarazo. Mecanismo del parto natural. Presentación de cabeza. Presentación de cara. Presentación de nalgas. Presentación de tronco. Parto de gemelos. Higiene de la mujer durante el parto. El niño nace sano. El niño nace con síntomas de asfixia. El niño nace débil. Alimentación del niño. Observaciones y consejos. Lactancia mercenaria y lactancia artificial.

288 páginas profusamente ilustradas. Papel satinado superior. Cubierta a dos tintas.

PRECIO: 6'00 PESETAS

ENCUADERNADO EN TELA: 8'00 PESETAS

DR. MAX KRAFFOSCKY

LA MUJER EN CUEROS

Estudio médico analítico de la femenilidad. Obra curiosísima en que se estudia a la mujer física y moralmente, en forma a la vez regocijada y profunda. Puede considerarse un *capo lavoro* del ingenio teutón, donde campean la profundidad y la amenidad por modo muy notable.

Un tomo de 224 págs., en 8.º, cubierta tricomía, pts. 3

EL ARTE Y LA CIENCIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Secretos del matrimonio

Anatomía, fisiología, higiene, psicología, historia, curiosidades, perversiones, aberraciones, vicios y bibliografía de las funciones de la generación, por el profesor,

WILLIAM DRAUGER

Traducción de la 30ª edición alemana por el doctor,

JUSTO M.ª ESCALANTE

Sumario: Instinto de reproducción. Pubertad. El hombre y la mujer, semejanzas y diferencias. Organos sexuales del hombre. Aparato genital de la mujer. Frecuencia del coito. Beneficios y peligros del coito. Estimulantes del aparato venéreo. Los sentidos. Afrodisíacos. Anafrodisíacos. Exageración y anastesia sexuales. Fitichismo. Onanismo o masturbación. Sodomía. Amor homosexual. Señales que anuncian el embarazo normal. Embarazo normal y compuesto. Embarazo anormal o extra-uterino. Embarazo falso. Higiene de la mujer embarazada. Patología del embarazo. Mecanismo del parto natural. Presentación de cabeza. Presentación de cara. Presentación de nalgas. Presentación de tronco. Parto de gemelos. Higiene de la mujer durante el parto. El niño nace sano. El niño nace con síntomas de asfixia. El niño nace débil. Alimentación del niño. Observaciones y consejos. Lactancia mercenaria y lactancia artificial.

288 páginas profusamente ilustradas. Papel satinado superior. Cubierta a dos tintas.

PRECIO: 6'00 PESETAS

ENCUADERNADO EN TELA: 8'00 PESETAS

DR. MAX KRAFFOSCKY

LA MUJER EN CUEROS

Estudio médico analítico de la femenilidad. Obra curiosísima en que se estudia a la mujer física y moralmente, en forma a la vez regocijada y profunda. Puede considerarse un *capo lavoro* del ingenio teutón, donde campean la profundidad y la amenidad por modo muy notable.

Un tomo de 224 págs., en 8.º, cubierta tricomía, pts. 3

EL ARTE Y LA CIENCIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICTOR HUGO

EL ARTE Y LA CIENCIA

El Rey - El Papa
El estreno de HERNANI



BIBLIOTECA DE CULTURA
Concesionaria exclusiva para la venta
CASA EDITORIAL de B. BAUZÁ
Ariban, 175 a 179
BARCELONA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ARTE Y LA CIENCIA

Muchos señores de nuestros días, entre ellos bastantes agentes de Bolsa y no pocos notarios, dicen y repiten: La poesía se va. Esto quiere decir, poco más o menos: ya no hay rosas, la primavera ha muerto, el sol ha perdido la costumbre de salir, si recorréis la tierra toda no encontraréis una mariposa, ya no hay claror de luna, el ruiseñor ha enmudecido, el león no ruge, el águila no se cierne en el espacio, los Alpes y los Pirineos se han ido, ya no hay lindas jóvenes ni hermosos mancebos, la gente sólo piensa en la tumba, la madre no quiere a su hijo, el cielo se ha extinguido, el corazón humano ha muerto...

Si estuviese permitido mezclar lo contingente a lo eterno, la verdad sería lo contrario. Nunca las facultades del alma humana, explorada y enriquecida por el cruzamiento misterioso de las revoluciones, han profundizado y se han elevado tanto.

Y, aguardad algún tiempo, dejad que se realice esa inmediata mejora de la salud social que se denomina enseñanza gratuita y obligatoria, suponed que trascurre un cuarto de siglo y representaos la incalculable suma de desarrollo intelectual que contiene esta frase: «Todo el mundo sabe leer». La multiplicación de los lectores es como el milagro de la multiplicación de los panes. El día en que Cristo creó este símbolo, adivinó la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ARTE Y LA CIENCIA

Muchos señores de nuestros días, entre ellos bastantes agentes de Bolsa y no pocos notarios, dicen y repiten: La poesía se va. Esto quiere decir, poco más o menos: ya no hay rosas, la primavera ha muerto, el sol ha perdido la costumbre de salir, si recorréis la tierra toda no encontraréis una mariposa, ya no hay claror de luna, el ruiseñor ha enmudecido, el león no ruge, el águila no se cierne en el espacio, los Alpes y los Pirineos se han ido, ya no hay lindas jóvenes ni hermosos mancebos, la gente sólo piensa en la tumba, la madre no quiere a su hijo, el cielo se ha extinguido, el corazón humano ha muerto...

Si estuviese permitido mezclar lo contingente a lo eterno, la verdad sería lo contrario. Nunca las facultades del alma humana, explorada y enriquecida por el cruzamiento misterioso de las revoluciones, han profundizado y se han elevado tanto.

Y, aguardad algún tiempo, dejad que se realice esa inmediata mejora de la salud social que se denomina enseñanza gratuita y obligatoria, suponed que trascurre un cuarto de siglo y representaos la incalculable suma de desarrollo intelectual que contiene esta frase: «Todo el mundo sabe leer». La multiplicación de los lectores es como el milagro de la multiplicación de los panes. El día en que Cristo creó este símbolo, adivinó la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

imprenta. Cristo hizo que se reprodujesen los panes. Guttenberg los libros. Un sembrador anuncia a otro.

El género humano, ¿qué es, desde el origen de los siglos, si no un lector? Durante mucho tiempo ha deletrado, aún deletrea, pero pronto leerá de corrido.

Este niño, de seis mil años de edad, ha estado en la escuela desde un principio; ¿en cuál? En la de la naturaleza. Careciendo entonces de libros, deletreó el universo. Tuvo primeramente la enseñanza de las nubes, del firmamento, de los meteoros, de las flores, de las bestias, de los bosques, de las estaciones, de los fenómenos. El pescador de Jonia estudia la onda, el pastor de Caldea deletrea en la estrella. Más tarde aparecieron los primeros libros; ¡sublime progreso! El libro es más vasto que el espectáculo del mundo, puesto que el hecho agrega la idea. Si alguna cosa es más grande que Dios, visto en el sol, es Dios visto en Homero.

El universo, sin el libro, es la ciencia que se bosqueja; el universo, con el libro, es el ideal que aparece. Y, como consecuencia, se produce la inmediata modificación del fenómeno humano. Donde sólo existía la fuerza, se revela la potencia. El ideal, aplicado a los hechos reales, es la civilización. La poesía escrita y cantada inicia su obra, que es magnífica deducción de la poesía vista. ¡Cosa extraña de enunciar!; cuando la ciencia soñaba, obraba ya la poesía con un són de la lira el pensador expulsa la ferocidad.

No insistamos por ahora sobre este poder del libro, ya de manifiesto, y del que volveremos a hablar.

Hasta ahora ha habido muchos que escriben y pocos que leen; pero esto va a cambiar. La enseñanza obligatoria es, para la luz, una recluta de almas. El diámetro del bien ideal y moral corresponde siempre al de la comprensión de las inteligencias. Tanto vale el cerebro, tanto vale el corazón.

Esta transformación se ha operado mediante el libro. La humanidad necesita una alimentación de luz. La lectura es éste sustento. De ahí la importancia de la escuela en todas partes y adecuada a la civilización.

El género humano va a abrir, por fin, el gran libro. La inmensa biblia humana, compuesta de todos los profetas, poetas y filósofos, va a resplandecer y reflejarse en el foco de ese lente luminoso que se denomina enseñanza obligatoria.

Humanidad que lee, es Humanidad que sabe. ¡Qué necedad, pues, el decir la poesía se va! Por el contrario, podría gritarse la poesía llega. Quien dice poesía, dice filosofía, claridad. El imperio del libro comienza. La escuela es su proveedora. Si aumentáis los lectores, aumentaréis los libros. Antes el libro era sólo hermoso, ahora es útil.

¿Quién osará negarlo? El círculo de lectores se ensancha, el círculo de los libros crece también. Luego la necesidad de leer, como un reguero de pólvora al que se le prende fuego, no se detendrá, y esto, combinado con la simplificación del trabajo material para las máquinas y el aumento del descanso para el hombre, llevará a una menor fatiga corporal y se despertará en todos los cerebros un mayor deseo, de saber gozar de más grande libertad la inteligencia. Ese deseo de saber y de meditar convertiríase, cada día más en verdadera preocupación humana; se desertará de los bajos lugares para ir a los lugares elevados, ascensión natural de toda inteligencia que se engrandece; se arrinconará «Faublas» y se leerá el «Orestie», y una vez se haya gustado de lo grande, nadie se hará de ello; se devorará lo hermoso, porque la delicadeza de los espíritus aumentará en proporción a su fuerza; y vendrá un día en que, llegando a su pleno la civilización, esas cimas casi desiertas durante siglos, que se denominan Lucrecio, Dante, Shakespeare, estarán cubiertas de almas que irán allí a buscar su pasto.

II

La unidad de la ley resulta de la unidad de esencia; naturaleza y arte son las dos vertientes de un mismo hecho. Y, en principio, salvo la restricción que

en seguida indicaremos, la ley del uno es la ley del otro. El ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia. Estando todo igualado en el orden moral y equilibrado en el orden material, todo es ecuación en el orden intelectual. El binomio, esta maravilla aplicable a todo, tan incluído está en la poesía como en el álgebra. La naturaleza más la humanidad, elevadas a la segunda potencia, dan el arte. He ahí el binomio intelectual. Substituyendo este A + B por la cifra especial de cada gran artista y de cada gran poeta, se tendrá, en su fisonomía múltiple y en su total riguroso; cada una de las creaciones del espíritu humano. La variedad de las obras maestras como resultado de la unidad de su ley, ¿se quiere algo más hermoso? La poesía, como la ciencia, tiene una raíz abstracta. La ciencia es una especie de la obra maestra en metal, en madera, de fuego, de aire, máquina, navío, locomotora, aeróscafo; la poesía es una especie de la obra maestra en carne y hueso, Iliada, Cantar de los cantares, Romancero, Divina Comedia, Macbeth. Nada despierta ni prolonga el transporte del soñador como esas exfoliaciones misteriosas de la abstracción en realidades dentro de las dos regiones—exacta la una, infinita la otra—del pensamiento humano. Región doble y una sin embargo; el infinito es una exactitud. La profunda palabra «Número» se halla en la base del pensamiento del hombre; es elemento para nuestra inteligencia; significa armonía lo mismo que matemática. El número se revela al arte por el ritmo, que es la palpitación del corazón de lo infinito. En el ritmo, ley del orden, se siente a Dios. Un verso es numeroso como una muchedumbre; sus pies caminan con el paso cadencioso de una legión. Sin el número no hay ciencia; sin el número no hay poesía. La estrofa, la epopeya, el drama, la palpitación tumultuosa del hombre, la explosión del amor, la irradiación de la fantasía, todo este nublado con sus relámpagos de pasión, está regido, como la geometría y la aritmética, por esa misteriosa palabra: «Número». Al mismo tiempo que las secciones cónicas y el cálculo diferencial e integral, le pertenecen Ajax, Héctor,

Hécubo, los Siete Jefes de Tebas, Edipo, Ugolino, Mesalina, Lear y Príamo, Romeo, Desdémona, Ricardo III, Pantagruel, el Cid, Alceste; parte de que «Dos y Dos son Cuatro» y sube hasta la inmensidad.

Sin embargo, hemos de señalar una diferencia radical entre el Arte y la Ciencia. La ciencia es perfectible, el arte no.

¿Por qué?

III

Entre las cosas humanas, y como tal cosa humana, el arte constituye una excepción singular.

La belleza de toda cosa, en la tierra, es la de poder perfeccionarse; todo posee esta propiedad; crecer, aumentarse, fortificarse, ganar, avanzar, valer más hoy que ayer; esto es, a la vez, la gloria y la vida. En cambio la belleza del arte estriba en que no es susceptible de perfeccionamiento.

Insistamos sobre estas ideas esenciales.

Una obra de arte existe de una vez para siempre. El primer poeta que llega, alcanza la cúspide. Quien suba más de él llegará tan alto como él, pero no más. ¿Tú te llamas Dante? Pues bien, este se llama Homero.

El progreso, objetivo siempre movedizo, etapa siempre renovada, tiene cambios de horizontes. El ideal no.

Luego el progreso es el motor de la ciencia; el ideal es el generador del arte.

Esto explica que la perfección sea propia de la ciencia e impropia del arte.

Un sabio hace olvidar a otro sabio, pero un poeta no hace olvidar a otro poeta.

El arte camina a su manera; cambia de lugar como la ciencia, pero sus creaciones sucesivas, como contienen lo inmutable, permanecen. En cambio, las creaciones de la ciencia, no siendo ni pudiendo ser más que combinaciones de lo contingente, se borran las unas a las otras.

Lo relativo se halla en la ciencia; lo definitivo en el arte. La obra maestra de hoy, será la obra maestra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

de mañana. ¿Shakespeare cambia algo en Plauto? hasta cuando le toma a Anfitrión, no se lo hurta. ¿Fígaro absorbe a Sancho Panza? ¿Cordelia suprime a Antígona? No; los poetas no se entrelazan hasta el punto de ser uno escalón del otro. Se elevan solos, sin otro punto de apoyo que el de sí mismos, no tienen a su igual bajo los pies; los recién llegados respetan a los viejos. Se suceden unos a otros, pero no se reemplazan. Lo bello no expulsa a lo bello. Ni los lobos, ni las obras de arte se comen entre ellos.

Saint-Simón dijo: (hago la cita de memoria): «Durante todo el invierno se habló con admiración del libro del señor de Cambrai, cuando de pronto apareció el libro del señor de Meaux que lo devoró». Si el libro de Fenolón hubiera sido de Saint Simón, no lo habría devorado el libro de Bossuet.

Shakespeare no está por encima del Dante, Moliére no está por encima de Aristófanes, Calderón no está por encima de Eurípides, la Divina Comedia no está por encima del Génesis, el Romancero no está por encima de la Odisea, Sirius no está por encima de Arturus. Sublimidad es igualdad.

El espíritu humano es el infinito posible. Las obras maestras florecen constantemente y duran siempre. Ninguna avanza a la otra, ninguna retrocede; las oclusiones, si se producen, son sólo aparentes y cesan pronto. La amplitud de lo ilimitado admite todas las creaciones.

El arte no adelanta ni atrasa. Las transformaciones de la poesía son sólo ondulaciones de lo bello, útiles para el movimiento humano. El movimiento humano es otro aspecto de la cuestión, que no desdeñaremos y que eximinaremos atentamente más tarde. El arte no es susceptible de progreso intrínseco. De Fidias a Remblandt, se ha andado, pero progresado, nó. Los frescos de la capilla Sixtina en nada perjudican a las metopas del Partenon. Retroceded cuanto queráis, del palacio de Versalles al «Scholss» de Heildelberg; del «Scloss» de Heildelberg a Nuestra Señora de París; de Nuestra Señora de París a la Alhambra; de la Alhambra a Santa Sofía; de Santa Sofía al Coloseo; del Coloseo a los Propisleos; de los

Propisleos a las Pirámides, retrocederéis siempre en los siglos, pero nunca retrocederéis en el arte. Las Pirámides y la Ilíada se hallan en el primer plano.

Las obras maestras tienen todas el mismo nivel; lo absoluto.

Una vez conseguido lo obsuluto, se ha logrado todo. De ahí no se pasa.

De ahí la seguridad de los poetas. Estos se apoyan en el porvenir con altiva confianza. *Exegi monumentum*, dijo Horacio. *Plaudite cives*, dijo Plauto Corneille, cuando contaba 65 años de edad, se hizo amar de la joven marquesa de Conbades, prometiéndole la inmortalidad:

«Entre la raza nueva,
en la que tendré algún crédito,
vos no pasaréis por bella
mientras yo no lo haya dicho.»

En el poeta y en el artista existe el infinito; es éste un ingrediente del genio que le concede grandeza irreductible. Esta cantidad de infinito que existe en el arte es ajena al progreso. Ella podrá tener, y tiene, deberes para con el progreso, pero no depende de éste. No depende de ninguno de los perfectos perfeccionamientos, de ninguna transformación del idioma, ni de la muerte o nacimiento de lenguaje alguno. Contiene en sí lo incomensurable y lo inmunerable, no puede ser domada por competencia alguna, y es tan pura, tan completa, tan sideral, tan divina en plena barbarie, como en plena civilización. Es lo bello, diverso según los genios, pero siempre igual a sí mismo; supremo.

Tal es la ley, poco conocida, del Arte.

IV

La ciencia es otra cosa. Está gobernada por lo relativo, y las huellas imprimidas por éste, cada vez más parecidas a lo real, constituyen la seguridad *incierta* del hombre.

En la ciencia han sido obras maestras cosas que ya no lo son. La máquina de Marly fué una obra maestra,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La ciencia busca el movimiento continuo, y lo ha encontrado; es ella misma.

Todo se renueva en ella, todo cambia, todo echa nueva piel. Todo niega todo, todo destruye todo, todo dice todo reemplaza a todo; lo que ayer se aceptaba, hoy se rechaza. La máquina colosal que se llama Ciencia jamás reposa; nunca está satisfecha; es una insaciable de lo mejor, que ignora lo absoluto. La vacuna se discute, se discute el pararrayos. Tal vez ha errado Jénner; tal vez Flanklin se equivocó; busquemos aún, dice la ciencia. Esta agitación es soberbia. La ciencia muéstrase inquieta alrededor del hombre, y tiene sus razones para ello. La ciencia desempeña en el progreso el papel de la utilidad. Veneremos a esta magnífica sierva.

La ciencia hace descubrimientos, el arte hace obras. La ciencia es una ventaja, un provecho, una escalera. Un sabio se encarama sobre otro sabio. La poesía es un aletazo.

¿Quiérense ejemplos?; pues abundan. Hé aquí uno, el primero que acude a nuestra mente:

Jacobo Metzu, Metius en la historia de la ciencia, descubre el telescopio por azar, como Mewton la ley de la atracción y Cristóbal Colón la América.

Abramos un paréntesis: no hay azar en la creación del «Orestes» o del «Paraíso perdido». La obra maestra se desea. Después de Metzu, viene Galileo que perfecciona el hallazgo de Metzu, después Kepler que mejora lo perfeccionado por Galileo, después Descartes, que fecunda la mejora de Kepler, después el capuchino Reita que rectifica la inversión de las imágenes, después Huyghens que da el gran paso de colocar los dos vidrios convexos en el foco del objetivo, y en menos de 50 años, de 1610 a 1659, durante el corto intervalo que separa el «*Nuncius sidereus*,» de Galileo, del «*Oculus Elia Enoch*», del padre Reita, el inventor, Metzu, queda eclipsado. Así sucede en los ámbitos todos de la ciencia.

Vegecio era conde de Constantinopla, pero ello no impidió que su táctica para combatir fuese olvidada. Olvidada como la estrategia de Polibio y como la estrategia de Folard. Las antiguas formaciones de la falange y de

la legión reaparecieron un momento, hace doscientos años, en el rincón de Gustavo-Atolfo, pero al presente no existen piqueros, como en el siglo IV, ni lasqueneles, como en el siglo XVII; el pasado ataque en triángulo, base de la antigua táctica, ha sido reemplazado por la guerrillas de zuavos cargando a la bayoneta. Un día, más cercano de lo que creemos, la carga a la bayoneta será sustituida por la paz, primero europea, y universal después, y, así, se esfumará toda la ciencia militar. Para esta ciencia su perfeccionamiento estriba en su desaparición.

La ciencia va tachándose ella misma, y sus tachaduras son fecundas. ¿Quién sabe dónde para la *Homameria* de Anaxímenes, que quizás ese de Anaxágoras? La Cosmografía se ha rectificado no poco desde que ese mismo Anaxágoras afirmaba ante Pericles que el sol era casi tan grande como el Peloponeso. Después de los cuatro Astros de Médicis, se han descubierto muchos planetas o satélites de planetas. La entomología ha avanzado mucho desde el tiempo en que se afirmaba que el escarabajo era primo del sol y tenía algo de Dios, en primer término por los treinta dedos de sus patas, que corresponden a los treinta días del mes solar, y luego porque el escarabajo, como el sol, carece de hembra. El mismo San Clemente de Alejandría, sobrepujando a Plutarco, hacía notar que el escarabajo, como el sol, pasaba seis meses sobre la tierra y otros seis debajo de ella. Si queréis comprobarlo, ved los «Stromatas», párrafo IV. La escolástica, tan quimérica como es, abandona el «Prado espiritual», de Moscus, tacha la «Escala Santa de Juan Clímaco y se avergüenza del siglo en el que San Bernardo, atizando la hoguera que querían extinguir los vizcondes de Campania, llamaba a Arnaldo de de Brescia el «hombre con cabeza de paloma y cola de escorpión.

Las virtudes cardinales no hacen ley en antropología. Las «Steyardes» del gran Arnaud han caducado. Por poco que se sepa de meteorología, se sabe lo suficiente para no discutir, como entonces, si la lluvia que salvó a un ejército sediento se debía a las oraciones cristianas de la legión Melitina o a la intervención pagana de Júpiter

lluvioso. El astrólogo Marciano Póstumo se decidía por Júpiter, Tertuliano se inclinaba hacia la legión Melitina; nadie se acordaba de la nube y del viento. La locomoción, para llegar desde el antiguo carro del Lacio al tranvía, pasando por el carricoche, el coche, la diligencia y la galera acelerada, ha avanzado también; ya pasó el tiempo de aquel famoso viaje de Dijón a París en un mes, y no podemos comprender ahora el asombro de Enrique IV al preguntar a José Escaligero; ¿pero es verdad, señor de la Escale, que ha venido V. de Dijón a París sin hacer de cuerpo? La micrografía está no poco lejos de Leuwonhoec, que a su vez distaba no poco de Swammerdam. Ved el punto a que han llegado hoy la espermatología y la ovología y recordad a Mariana reprochando a Arnaud de Villenueve, que descubrió el alcohol y el aceite de terebentina, el fantástico crimen de haber ensayado la generación humana en una calabaza. Grand-Jean de Fouchy, el poco crédulo secretario perpétuo de la Academia de ciencias, hace cien años, se hubiera encogido de hombros si cualquiera le hubiera dicho que del espectro solar se pasaría al espectro ígneo; después al espectro estelar, y que, con ayuda del espectro luminoso y del espectro estelar, se descubriría un nuevo modo de agrupar los astros y lo que podríamos llamar constelaciones químicas. Orffyreus, que prefirió destrozar la máquina que inventó antes que mostrar el interior de ella al landgrave de Hesse, Orffyreus, tan admirado de S'Gravesande, el autor de «Matheseos universalis Elementa», haría sonreir a nuestros actuales mecánicos. Un veterinario de pueblo no aplicaría hoy a los animales el remedio que Galeno aplicó a las indigestiones de Marco Aurelio. ¿Qué piensan los eminentes especialistas del presente, con Desmarres a la cabeza, acerca de los descubrimientos hechos en las fosas nasales por el obispo de Titiópolis, el siglo XVII? Las momias adelantan también. Gannal las prepara mejor que se las preparaba en tiempos de Herodoto. Quinientos años antes de Jesucristo era perfectamente científico, cuando un rey de Mesopotamia tenía una hija poseida del diablo, el enviar a buscar para curarla a un dios de Tebas, ya no hay necesidad de este recurso para curar la epilepsia.

En 371, bajo la dominación de Valerio, hijo de Graciano, los jueces llevaron a la barra una mesa acusada de brujería. Esta mesa tenía un cómplice llamado Hilarius. Hilarius confesó su crimen. Ammieno Marcelino nos ha conservado la confesión del acusado, recogida por Zósimo, que actuaba de abogado fiscal: «Construximus, magnifice judices, ad cortinæ similitudinem Delphicœ infaustam hanc mensulam quam videtis; movimus tandem? A Hilarius le fué cortada la cabeza. ¿Quién le acusaba?; un sabio geómetra y mago, el mismo que aconsejó a Valerio que se decapitase a cuantos tuviesen un nombre que empezase por «Tehod». Hoy puede uno llamarse Teodoro y hacer rodar una mesa sin que un geómetra se encargue de hacernos cortar la cabeza.

Como se asombrarían Solon, hijo de Execéstidas, Zenón el estóico, Antipas, Eudoxio, Lysis de Tarento, Cebeo, Menedemo, Platón, Epicuro, Aristóteles y Epimonides si se les dijese, a Solon, que el año no se rige por la luna; a Zenón que no está probado que el alma se divida en 8 partes; a Antipas que el cielo no se compone de cinco círculos; a Eudoxio que no es cierto que entre los egipcios embalsamando a los muertos, los romanos quemándolos y los que los arrojaban a las lagunas tuviesen éstos razón; a Lysis de Tarento que la vista no es un vapor caliente; a Cebeo que no es exacto sean el triángulo oblongo y el triángulo isosceles el principio de los elementos; a Menedemo que no es verdad que, para conocer las secretas intenciones de los hombres, basta cubrirse la cabeza con un sombrero de la Arcadia que sostente los doce signos del zodíaco; a Platon que el agua del mar no cura todas las enfermedades; a Epicuro que la materia es divisible hasta lo infinito; a Aristóteles que el quinto elemento no tiene un movimiento orbicular, por la sencilla razón de que no existe ese quinto elemento; a Epiménides que no se evita la peste dejando ir a la ventura corderos blancos y negros y haciendo sacrificios a los dioses desconocidos ocultos en los lugares donde se detengan los borregos.

. . . . . .

Este contínuo caminar a tientas es propio de la cien-

cia. Cuvier se equivocaba ayer, Lagrange anteayer, Leibnitz antes que Lagrange, Gasendi antes que Leibnitz, Cardan antes que Gasendi, Cornelio Agripa antes que Cardan.

Averroes antes que Agripa, Plotins antes que Averroes. Artemidoro antes que Plotino, Posidonio antes que Artemidoro, Demócrito antes que Posidonio, Empédocles antes que Demócrito, Carneades antes que Empédocles, Platón antes que Carneades, Pherecides antes que Platon, Pitacus antes que Pherecides, Thales antes que Pitacus, y, antes que Thales, Zoroastro, y antes que Zoroastro, Sanchoniathon, y antes que Sanchoniathon, Hermes. Hermes, que significa ciencia, como Orfeo significa arte. ¡Qué admirable maravilla la de ese montón humeante de sueños engendradores de lo real! ¡Sagrados errores, madres lentas, ciegas y santas de la verdad!

Algunos sabios como Kepler, Euler, Geoffroy Saint-Hilaire, Arago, sólo han aportado luz a la ciencia; pero estos sabios son raros.

A veces la ciencia impide la ciencia. Los sabios se llenan de escrúpulos ante el estudio. Plinio se encandaliza de Hiparco; Hiparco, mediante un astrolabio informe, trató de contar las estrellas y darlas un nombre. Y Plinio censuró aquello como una cosa mala respecto de Dios. «Ausus rem Deo improbam».

¡Contar las estrellas es hacer una ofensa a Dios! Esta requisitoria, iniciada por Plinio contra Hiparco, la continuó la inquisición contra Campanella.

La ciencia es la asíntota de la verdad. Se aproxima sin cesar a ella, pero no la alcanza nunca. Esto aparte, posee todas las grandezas; tiene la voluntad, la precisión, el entusiasmo, la atención profunda, la penetración, la finura, la fuerza, la paciencia del encadenamiento, el acecho permanente del fenómeno, el ardor del progreso y hasta actos de bravura; testigos La Perouse, Pilatre de Rozier, John Franklin, Victor Jacquemont, Livingstone, Mazet y recientemente, Nadar.

Pero es seria; procede por probaturas, superpuestas la una a la otra, cuyo oscuro espesor crece lentamente hacia el nivel de la verdad. El arte no es sucesivo, todo el arte es conjunto. Resumamos.

Nada parecido ocurre en el arte. Hipócrates,

ha sido excedido, Arquímides ha sido excedido. Aratus ha sido excedido, Aviceno ha sido excedido, Paracelso ha sido excedido, Nicolás Flamel ha sido excedido, y ha sido excedido Ambrosio Paré, y han sido excedidos Galileo, y Newton, y Vessale, y Copérnico, y Clairaut, y Lavoisier, y Montgolfier y Laplace. Píndaro nó, Fidias, nó.

Pascal, sabio, ha sido excedido; Pascal, escritor, no lo ha sido.

Ya no se enseña la astronomía de Ptolomeo, la geografía de Strahon, la climatología de Cleostrato, la zoología de Plinio, el álgebra de Diofante, la medicina de Tribunus, la cirugía de Ronsil, la dialéctica de Esferus, la mitología de Stenon, la uranología de Tacio, la estenografía de Tritemo, la piscicultura de Sebastián de Médicis, la aritmética de Stifels, la geometría de Tartaglia, la cronología de Escaliero, la meteorología de Stoffler, la anatomía de Gasendi, la patología de Fernel, la jurisprudencia de Roberto Barmne, la agronomía de Quesnay, la hidrografía de Bouguer, la náutica de Bourdé de Villehuet, la balística de Gribeauval, la arquitectura de Desgodets, la botánica de Tournefort, la escolástica de Abeilard, la política de Platon, la mecánica de Aristóteles, la física de Descartes, la teología de Stillingleet. En cambio se enseña hoy, y se enseñará siempre a Homero.

La poesía vive una vida espiritual. Las ciencias pueden extender su esfera, pero no aumentar su potencia. Homero sólo tenía cuatro vientos para sus tempestades; Virgilio, que tuvo doce, Dante, que tuvo veinticuatro y Milton, que tuvo treinta y dos, no las hicieron más bellas.

Y es probable que las tempestades de Orfeo valiesen las de Homero, aunque Orfeo sólo tuviera para agitar las olas dos vientos, Phœnicias y Aparetías, esto es, el viento del Sur y el del norte, erróneamente confundidos a veces, digámoslo de paso, con el occidente de verano, Argestes, y con el occidente de invierno, Libs.

Las religiones mueren, y, al morir, dejan a las religiones que les suceden un gran artista. Serpión hizo

para la Venus, propicia de Atenas, un pelar que la Virgen aceptó de Venus, puesto que hoy se utiliza aquella pila en el baptisterio de Nuestra Señora de Gaeta.

¡Oh, eternidad del arte!

Un hombre, un muerto, una sombra, surge del fondo del pasado, a través de los siglos, y se apodera de nosotros.

Recuerdo que, siendo yo adolescente y hallándome cierto día en Romorantín, en una casita ruinosa, que poseíamos, bajo un trebol verde por el que se filtraba la luz y el aire, divisé sobre una tabla un libro, el único que existía en la casa. Era de Lucrecio y se titulaba: «De rerum natura». Mis profesores de retórica siempre me hablaron mal de Lucrecio y ello bastó para despertar mi curiosidad. Abrí el libro. Era cosa del mediodía; mis ojos se posaron sobre estos versos:

Nec pietas ulla est, velatum sæ videri
Vertier ad lapidem, atque omnes accedere ad aras,
Nec procumbere humi prostratum, et pandere palmas
Ante deûm delubra, neque aras sanguine multo
Spargere quadrupelum, nec votis nectere vota
Sed mage placata posse omnia mente tueri.

«La religión no ha de volverse sin cesar hacia la vela de piedra, ni acercarse a todos los altares, ni prosternarse y alzar las manos ante la residencia de los dioses, ni regar los templos con mucha sangre de bestias, ni acumular votos sobre votos, pero sí debe contemplarlo todo con su alma tranquila.»

Me detuve pensativo y proseguí luego la lectura. Algunos instantes después, nada veía, nada oía, estaba absorbido por el poeta. A la hora de comer indiqué con un simple gesto que no tenía gana, y, al atardecer, cuando el sol se ponía, y los ganados volvían al establo, yo me hallaba aún en el mismo sitio, leyendo el maravilloso libro. Cerca de mí, mi padre, cuyos cabellos blanqueaban ya, estaba sentado en el suelo de la sala baja, en una de cuyas paredes pendía su espada colgada de un clavo, acogía con indulgencia mi prolongada lectura y llamaba dulcemente a los cabritillos que, uno tras de otro, iban a comer en la palma de su mano un puñadito de sal.

***

La poesía no puede disminuir; ¿por qué? Porque no puede crecer.

Las palabras decadencia y renacimiento con tanta frefruencia empleadas, incluso por los hombres letrados, demuestran hasta qué punto la esencia del arte permanece ignorada. Las inteligencias superficiales, espíritus pedantes en su generalidad, toman por renacimiento o decadencia los efectos de la yustaposición, las falsedades de la óptica, los flujos y reflujos de las ideas, todo el vasto movimiento de la creación y del pensamiento, del que resulta el arte universal. Este movimiento es el trabajo de lo infinito a través del cerebro humano.

Solo hay fenómenos desde el punto de vista culminante, y, desde este punto de vista, la poesía es inmanente. El genio humano se halla siempre en su plenitud; todas las lluvias del cielo no añaden una gota de agua al Océano; una marea es una ilusión; el agua no desciende de una ribera sino para subir a otra. Se toman las oscilaciones por disminuciones y se dice; no habrá más poetas, lo que equivale decir: no habrá más reflujo.

La poesía es un elemento; un elemento inreductible, incorruptible y refractario. Como la mar, dice cada vez lo que ha de decir; después vuelve a su tarea con una majestad serena y con una variedad inagotable que sólo pertenece a la unidad. Esta diversidad en lo que parece monotonía es el prodigio de la inmensidad.

Ola sobre ola, espuma sobre espuma, movimiento tras movimiento. La Ilíada se aleja y el Romancero llega; la Biblia se hunde y surge el Corán; después del Aquilón Pindaro viene el huracán Dante. ¿La eterna poesía se repite? No. Es la misma y es otra. El mismo soplo con otro ruido.

¿Tomáis al Cid como plagiario de Ajax? ¿Tomáis a Carlomagno por un copista de Agamenón? «Nada hay nuevo bajo el sol». «Vuestro nuevo es lo viejo que vuelve», etc. ¡Buen sistema de crítica! ¡De modo que el arte es sólo una serie de contrahechuras! Thersites tiene un ladrón: Falstaff. Orestes tiene un mico, Hamlet. Hipógrifo es un remedo de Pegaso. ¡Buenos están los puetas! Se roban los unos a los otros; su inspiración se complica con su ratería. Cervantes hurta a Apuleyo,

Alceste atraca a Timón de Atenas. El bosque Smintea es la selva de Bondy. ¿De dónde sale la mano de Shakespeare?... del bolsillo de Esquilo.

No. Ni decadencia, ni renacimiento, ni flujo, ni repetición; identidad de corazón, pero diferencia de espíritu. He ahí todo. Cada grande artista retoca el arte a su imagen. Hamlet es Orestes con la efigie de Shakespeare. Fígaro es Scarpin con la efigie de Beaumarchais Grandgousier es Sileno con la efigie de Rebelais.

Todo empieza con el nuevo poeta, pero, al par, nada se interrumpe. Cada nuevo genio es un abismo. Sin embargo, hay tradición. Tradición, esto es lo misterioso, como en el firmamento. Los genios se comunican por sus efluvios, como los astros. ¿Qué tienen de común. Nada y todo.

Del pozo que se denomina Ezequiel al precipicio que se denomina Juvenal no hay para el soñador solución de continuidad. Asomáos a este anatema, asomáos a esta sátira y experimentaréis el mismo vértigo. «La Apocalipsis» se reverbera sobre el mar de hielo polar, pero tenemos, en cambio, esa aurora boreal que se llama «Los Nibelungos». El Eda replica a los Vedas.

¡Y hé aquí que volvemos al punto de partida! el arte no es perfectible.

En la poesía no es posible el aaumento ni la disminución. Se pierde el tiempo al decir: *nescio quid majus nascitur Iliade.*» El arte tiene sus estaciones, sus nubes, sus eclipses, hasta manchas, que quizás sean esplendores, interposiciones de opacidades que le son extrañas; pero, en suma, siempre ilumina con la misma intensidad el alma humana. Siempre queda la hoguera que produce la mismaa aurora. Homero no se enfría.

Insistamos sobre ello, porque la emulación de los espíritus es la vida de lo bello; ¡poetas, el primer puesto se halla siempre libre! Apartemos cuanto puede desconcertar a los audaces y quebrarles las alas; el arte es valor; negar que los genios venideros pueden igualarse a los pasados, sería negar la potencia continuada de Dios.

Insistimos e insistiremos todavía sobre la necesidad de la estimulación, de esa casi creación, y decimos; sí, esos genios que no han sido excedidos, pueden ser igualados. ¿Cómo?... Siendo otro genio.

EL ABATE LAMENNAIS

Y SU

«ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA EN MATERIA DE RELIGION»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ABATE LAMENNAIS

Y SU

«ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA EN MATERIA DE RELIGION»

Julio, 1823.

Será cierto que existe en el destino de las naciones un momento en el cuál parece que los movimientos del cuerpo social no son más que las postreras convulsiones del moribundo? ¿Será cierto que pueda verse como la luz va desapareciendo poco a poco de la inteligencia de los pueblos, como se vé menguar gradualmente en el cielo el crepúsculo de la tarde? Entonces, dicen voces proféticas, están cara a cara el bien y el mal, la vida y la muerte, el ser y la nada; y los hombres van errando de una a otra de estas cosas como si tuvieran que elegir. Y entonces la acción de la sociedad ya no es una acción, sino un estremecimiento, débil y violento a la par, como una sacudida de agonía. Páranse los progresos del espíritu humaano y sus revoluciones comienzan. El río ya no fecunda, sino que sumerge; la antorcha no ilumina ya sino que consume. El pensamiento, la voluntad, la libertad, estas facultades divinas concedidas por la divina omnipotencia a la asociación humana, ceden su lugar al orgullo, a la rebeldía, al instinto individual. Sucede a la previsión social aquella profunda ceguera animal, que no ha recibido la facultad de distinguir, la aproxima-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción de la muerte. Por tanto, la rebeldía de los miembros trae consigo muy pronto la dislocación del cuerpo, a la que acompañará la descomposición del cadáver. El mal principia por la lucha, de los intereses pasajeros con las creencias eternas, despierta en el hombre algo de la bestia, y se hermana con su alma degradada, abdica el cielo y vejeta en una esfera inferior a la de su destino. Entonces quedan marcados dos campos en la nación, la sociedad no es más que un combate obstinado en una noche profunda, en la que no brilla más luz que el fulgor de los aceros que están chocando entre sí, y el centellear de las armaduras que se rompen a pedazos. En vano saldría ya el sol para esos desgraciados, a fin de hacerles ver que son hermanos los que así se hacen cruda guerra. Encarnizados en su obra fatal tampoco le distinguirían; ciégales la polvoreda que levanta su combate.

Entonces valiéndonos de la solemne expresión de Bossuet, *un pueblo deja de ser un pueblo*. Los acaecimientos que se precipitan con una rapidez que siempre sigue en aumento, van impregnándose más y más de ese sombrío carácter de providencia y de fatalidad, y el corto número de hombres sencillos que se han conservado fieles a las antiguas predicciones, miran aterrorizados si se manifiestan señales en el cielo.

Esperemos que nuestras antiguas monarquías no están aún tan apuradas. Pero queda alguna esperanza de salvación mientras el enfermo no ha llegado a rechazar al médico, y el ávido entusiasmo que inspiran los cantos primeros de poesía religiosa que este siglo ha oído, prueban que en la sociedad hay una alma todavía.

A fortalecer ese soplo divino, a reanimar esta llama célebre, tienden hoy día los ingenios verdaderamente superiores. Trae cada cúal una centella al foco común, y merced a su actividad generosa, puede el edificio social volver a construirse con prontitud, a la manera de aquellos palacios mágicos de las leyendas árabes que una legión de genios terminaba en una noche. Hay, a no dudarlo, meditaciones en nuestros escritores e inspiraciones en los poetas. Por todas partes se eleva una generación seria y suave llena de recursos y de esperanzas. Demanda su porvenir a los pretendidos filósofos del siglo pasado. Es pura, y como tal indulgente, hasta con aquellos reos viejos y descarados que se atreven a reclamar su admiración, pero el perdón que a los reos conceden no excluye su horror para con los crímenes. No quiere basar su existencia sobre abismos, sobre el ateismo y la anarquía, repudia la herencia de muerte con que la revolución la persigue, se encamina de nuevo a la religión porque la juventud no puede de buena gana renunciar a la vida; y esta es la razón por la cual exige del poeta más de lo que de él recibieron las generaciones pasadas. En otros tiempos el poeta daba leyes al pueblo y nada más, ahora esta generación le pide creencias.

Uno de los escritores que más poderosamente han contribuído a despertar entre nosotros esta sed de emociones religiosas, uno de los que mejor saben calmarla, es incontestablemente el señor abate de Lamennais. Habiendo llegado en sus primeros ejercicios a la cumbre de la ilustración literaria, ese sacerdote venerable solo de paso parece que ha encontrado la gloria humana. Sus miradas van mucho más lejos. La época de la aparición del *Ensaayo sobre la indiferencia* será una de las épocas notables del siglo. Por fuerza debe haber en este libro un misterio muy singular, pues que nadie puede leerlo sin esperanza o sin terror, como si ocultase alguna revelación muy elevada del destino que nos cabe. Apasionado a la par que majestuoso, sencillo y magnífico, grande y vehemente, profundo y sublime, se dirige el escritor al corazón por todos los caminos, a la mente por todas las bellezas, al alma por todos los entusiasmos. Ilumina como Pascal, abrasa como Rousseau, y aterra como Bossuet. Siempre deja en el ánimo señales de su tránsito, y a todos cuantos no puede levantar, derriba completamente. Debe servir de consuelo o desespeerar sin remedio. Todo cuanto no puede fructificar queda sin vida a impulsos de su raciocinio poderoso.

Tocante a una obra como esta no puede haber opinión mixta; se la ataca o defiende ardorosamente; y lo que hay de más singular en el destino de este libro es que a pesar de ser una necesidad en nuestro tiempo,

la moda ha favorecido su buen éxito. Es probablemente la vez primera que la moda se mete en el partido de la eternidad. Bien que su obra haya sido devorada, se han dirigido al autor un sin número de reconvenciones que cada cual debía dirigir a su propia conciencia. (1) Todos estos vicios que quería desterrar del corazón humano han gritado como los traficantes arrojados del templo. Se habrá temido que iba a quedar vacía el alma, luego de espulsadas las pasiones. Hemos oido decir a algunas personas que este libro austero entristecía su vida, y que este sombrío sacerdote arrancaba las flores del sendero del hombre. Está muy bien. Pero las flores que él arranca ocultaban el abismo.

---

(1) Entre otras un sacerdote protestante trató de refutarle, tachándole de intolerante, y en Roma, donde fué llamado por la publicación de su libro, tampoco quedaron muy satisfechos los altos dignatarios de la iglesia, pues a pesar de haberle agasajado mucho en el Vaticano, fué a poco separado de la comunión de los fieles. El libro de Lamennais, no obstante la pureza y ortodoxia general de su doctrina, contiene entre otras las siguientes ideas, que no sonarían acaso muy bien a los oídos de la corte italiana:

«Sólo la dulzura y la persuasión pueden hacer cristianos.»

«Hasta el mismo Dios no es independiente; se halla sujeto a las leyes que emanan de su naturaleza.»

«El amor de la libertad, en su pureza, no es más que la conformidad al buen orden.»

Por lo demás, ese libro está escrito con una elocuencia verdaderamente sublime. Sirva de ejemplo el trozo siguiente:

«Insensatos! (los impíos») en vano atacan a una religión contra la cual no está dado al hombre el prevalecer; la religión alza a pesar de todo la cabeza coronada de luz, mientras que ellos se precipitan de abismo en abismo, recorriendo en su caída todos los grados del error sin que consigan hacer alto en ninguno, y aplastados bajo la vengadora mole de las verdades que están blasfemando, se sumen más y más en el báratro profundo de la indiferencia, donde el crimen estúpidamente tranquilo, trata de quedarse dormido en los brazos de la sensualidad, junto al ídolo horroroso de la nada.»

Y luego dice más adelante: «Sólo en el seno de la verdad está la dicha, porque sólo allí se halla el reposo. El error embriaga, y aletarga la indiferencia, más ni el uno ni la otra llenan el vacío del corazón.»

A estas horas, nadie ignora en Europa que Lamennais, sin haber dejado de creer en el Evangelio, y por el contrario, trabajando ardorosamente y con éxito glorioso para la aplicación social de sus divinos principios, nadie ignora, decimos, que también es él un convertido al liberalismo radical, un convertido probado ya por acerbos sacrificios, y las conversiones sinceras y desinteresadas de hombres de su temple, hacen sonreir de desdén al que mira a sangre fría la caterba de nuestros creyentes del día, que tienen, como los piratas, todas las banderas a su bordo para desplegarlas según las circunstancias con la misma caridad

Esta obra ha producido también otro fenómeno muy digno de atención en nuestros días; es la discusión pública de una cuestión de teología, y hasta la frivolidad de los hombres de estado ha desaparecido ante el debate escolástico y religioso, debido al extraordinario interés que causó la edición del *Ensayo*. Pudo creerse que la antigua Sorbona de París recobraba su pasado esplendor, e iba a colocarse entre las dos cámaras de Francia.

Auxiliado el señor Lamennais en su fuerza por la fuerza de arriba, ha acostumbrado a sus lectores a verle llevando sin cansancio de uno a otro extremo de su inmensa composición el peso de una idea vasta, fundamental y única. A cada página se echa de ver que es dueño de un gran pensamiento, lo va desplegando en todas sus partes, ilumínale en todos sus pormenores, le explica en todos sus misterios, y sigue la crítica en todos sus resultados; y con la misma lucidez que se remonta a todas las causas, vuelve a bajar a todas las consecuencias.

Uno de los más señalados favores que hacen obras como esta, es el disgustar profundamente de cuanto han escrito incrédulo e irónico los jefes de la secta materialista. Cuando se ha subido a tamaña altura es imposible volver a bajar ya tanto. Una vez que se ha respirado el aire y visto la luz, es imposible volver a entrar en aquellas tinieblas y en aquel vacío. No siente uno poca compasión al ver a hombres que apuran el soplo que tienen de un día en querer apagar a Dios, o en formar uno a su antojo. Y entonces está uno tentado de juzgar al ateo como un ser a parte, organizado a su modo, y de creer que no anda muy errado en reclamar al puesto que le corresponde entre los brutos, pues cómo concebir sinó la rebeldía de la inteligencia contra la inteligencia! A más de que, no es una sociedad muy extraña, la de los individuos, entre los cuales cada uno tiene un creador de su creación, una fe según su opinión, disponiendo la eternidad mientras el tiempo se los lleva, y tratando de realizar la monstruosa *religión múltiple?* Semeja todo esto al caos que anduviese tras de la nada. Siendo así que el alma del cristiano, parecida a la llama azotada en vano por los caprichos del aire, tiende sin cesar hacia el cielo!

el espíritu de esos infieles es como la nube que cambia de forma y de rumbo según el viento que la empuja. Necesariamente debe uno reirse de verles juzgar las cosas eternas desde la altura de la filosofía humana, parecidas a niños inespertos que subiesen a duras penas a la cumbre de algún monte para examinar mejor los cielos.

Los que ofrecen a las naciones emborrachadas por tantos venenos el verdadero pan de vida e inteligencia, jamás deben desconfiar de la santidad de su empresa. Tarde o temprano los pueblos desengañados se agrupan en derredor suyo y dícenles lo que Juan a Jesús: *Ad quem ibimus? ¿verba vitæ æternæ habes?* «A quien nos dirigiremos, sino a vos que teneis las palabras de la vida sempiterna?»

IMBERTO GALLOIX

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el espíritu de esos infieles es como la nube que cambia de forma y de rumbo según el viento que la empuja. Necesariamente debe uno reirse de verles juzgar las cosas eternas desde la altura de la filosofía humana, parecidas a niños inespertos que subiesen a duras penas a la cumbre de algún monte para examinar mejor los cielos.

Los que ofrecen a las naciones emborrachadas por tantos venenos el verdadero pan de vida e inteligencia, jamás deben desconfiar de la santidad de su empresa. Tarde o temprano los pueblos desengañados se agrupan en derredor suyo y dícenles lo que Juan a Jesús: *Ad quem ibimus? ¿verba vitæ æternæ habes?* «A quien nos dirigiremos, sino a vos que teneis las palabras de la vida sempiterna?»

IMBERTO GALLOIX

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMBERTO GALLOIX

Era Imberto Galloix un pobre joven de Ginebra, hijo o nieto, si nos es fiel la memoria, de un maestro de niños de su país; un pobre ginebrino bien instruído que vino a París sin tener con qué vivir más allá de un mes, pero con la idea que a tantos otros ha traido embaucados de que París era ante todo una ciudad de lances y de lotería, donde el hombre que sabe manejarse en el juego de su destino al fin no puede menos de ganar; una bienaventurada metrópoli donde se hallan ya a mano las suertes preparadas para cada existencia particular, una tierra, de promisión que a todos ofrece magníficos horizontes por todas direcciones; un vasto taller de civilización en donde todas las capacidades encuentran ocupación y hacen fortuna; un océano donde cada vía se repite la pesca milagrosa, una ciudad prodigiosa, en una palabra, un centro de excelente actividad, de rapidísimo ascenso, del que el hombre de talento que ha entrado sin zapatos sale en coche antes de un año.

Entró por el mes de octubre de 1827. Ha muerto de miseria en octubre de 1828.

No hay en esto ninguna hipérbole, el joven de quien hablamos, ha muerto en París, de miseria.

Esto no es decir que algunos hombres de estas clases inteligentes y humanas a quienes comunmente se llama *artistas*, jóvenes también algunos de ellos, y pertene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciendo algunos a esa buena juventud que piensa y que estudia, los cuales le saludaron por compañero al llegar a París, sin ser de nadie conocido, hayan dejado de tenderle afectuosamente la mano, de darle consejos y socorros, de abrirle su bolsillo cuando tenia hambre y su corazón cuando lloraba, tampoco hay necesidad de decir que muchos de ellos han contribuido al pago de su manutención postrera y de su último médico, y por cierto que no le debe al carpintero su ataúd. Pero que es esto sino morir de miseria?

Cuando llegó a París presentóse por si solo y con alguna confianza en tres o cuatro casas. Sobre este particular véase lo que aun nos decia no hace muchos dias un hombre de los que acogieron sus primeras ilusiones y la asistieron en sus últimas congojas.

«Era una mañana de octubre de 1827 en que el frio principiaba ya a dejarse sentir; estaba yo desayunándome, cuando se abrió la puerta y entró un joven. Un joven alto, algo inclinado, de ojos brillantes, cabello negro, coloradas las mejillas, con una levita blanca bastante nueva, y un sombrero viejo. Levantéme e hice que se sentase, tartamudeó asaz cortado algunas frases de las cuales no pude comprender distintamente más que estas solas palabras: *Imberto Galloix, Ginebra, París*: Conocí que acababa de nombrarse a si mismo, el paraje en donde había sido niño, y el en que queria ser hombre; me habló de poesía; tenia debajo el brazo un rollo de papeles. Hicele buena acogida, solo que noté ocultaba sus pies debajo la silla con cierto encogimiento y con asomos de yerguenza. También tosia ligeramente. Al dia siguiente vino también y estuvo conmigo más de tres horas; estaba de muy buen humor y tenia un aire triunfante. Hablóme de los poetas ingleses, de los cuales esceptuando a Shakespeare y a Byron conozco muy poca cosa; ya tosía bastante; como el día anterior ocultaba sus pies debajo la silla. A las tres horas eché de ver que sus zapatos estaban rotos y que por ellos podia el agua introducirse, no me atreví a hablarle de ello. En fin, se marchó sin hablarme de otra cosa que de los poetas ingleses.»

Casi con idénticas circunstancias se presentó por todas partes, es decir, en casa de tres o cuatro hombres dedicados particularmente a estudios artísticos y poéticos, y en todas partes fué muy bien recibido, siempre animado y muy a menudo auxiliado. Esto no obstante, murió, como hemos dicho ya, de pura miseria.

Lo que en los primeros meses de su permanencia en París, le caracterizaba más particularmente, era una curiosidad ardiente y febril, Quería ver París, escuchar a París, respirar y palpar París. No a ese París que habla de política, que lee el *Constitucional* y dá la guardia en la Casa de la ciudad, no ese París que vienen a admirar los ociosos de provincia, ni el París de los monumentos, como el París-arquitectural en San Sulpicio, o del París-Panteón, y ni aún ese París de las Bibliotecas y de los Museos; no. Lo que antes que todo le traía ocupado, lo que sin cesar despertaba su curiosidad, lo que él examinaba, el objeto a quien dirigía constantemente sus preguntas, era el pensamiento de París, a su misión literaria, a su misión civilizadora, al gérmen de progreso que París encierra. En el nuevo desarrollo del arte era donde queria principalmente este joven estudiar a París. En cualquier parte en que oyera el ruido de una confección literaria, allí estaba él, allí llevaba sus ideas, permitia que en la discusión les dieran mil vueltas, y no pocas veces a puro reformarlas concluía por darlas un carácter de deformidad. Imberto Galloix es un ejemplo de los más evidentes de cuan peligrosa les es la controversia a talentos de segundo orden. A su muerte, su entendimiento no tenía ya ni una sola idea verdadera.

En sus últimos meses de vivir en París, que fueron los últimos de su vida, lo que más le caracterizó fué un profundo desaliento; ya nada más quería ver, nada quería escuchar, nada quería decir. En pocas palabras, por una transición sobre cuyas diversas faces dejamos que discurra el entendimiento del lector, el pobre joven había pasado de la curiosidad al tédio. Pueden hacerse tocante a esto muchas preguntas que sin embargo, dejamos sin contestación. ¿Cuál sería la causa que así agostó sus ilusiones? ¿Y esa causa era interior o exterior? ¿Había dejado

de tener fe en sí mismo o en el mundo? ¿Después de su examen, habíale parecido París demasiado grandioso o demasiado pequeño? ¿Habíase juzgado harto débil o harto fuerte para emprender alegremente su parte correspondiente de trabajo en ese inmenso taller de civilización? ¿Al comparar la medida ideal que de sí mismo tenía formada, quien sabe si había alcanzado hasta donde él quisiera, o si la traspasaba tanto que se desdeñara ya de granjearse un nombre o de seguir una carrera? ¿En una palabra, la inacción voluntaria que precipitó su muerte era efecto del espanto o del desdén? No lo sabemos. Lo cierto es que después de haber examinado completamente a París cruzó los brazos y no quiso trabajar. ¿Era esto pereza? ¿era fatiga? ¿era estupor? Nosotros creemos que de todo había. Ni en París ni en sí mismo había encontrado lo que buscaba; La ciudad que en París creyó encontrar no existía; El hombre que él creyó ser, no llegó pues a formarse. Destruido así su doble ensueño, se dejó morir desde aquel punto.

Decimos que se dejó morir; y en efecto, tanto en lo físico como en lo moral, su muerte fué una especie de suicidio; y permítase el que no aclaremos más una parte de nuestro pensamiento. El hecho es que no quiso trabajar. Se le había procurado ocupación (miserable ocupación, es muy cierto, en la que se estragan tantos jóvenes capaces quizá de grandes cosas), podía trabajar en Diccionarios, compilaciones, en biografías de contemporáneos pagados a veinte francos la columna. Durante algún tiempo ensayóse en estos diversos géneros y escribió algunas líneas, pero le faltó el valor, y entonces todo llegó a rehusarlo. Una pereza invencible se apoderó de él como el sueño se apodera del viajero que está metido en la nieve. Una enfermedad lenta, que desde la niñez tenía, se le agravó; vino luego calentura, siguió así arrastrando dos o tres meses su existencia, y falleció. Tenía veinte y dos años.

A decir verdad, el país que él debía escoger no era la Francia, que era la Inglaterra. El no había soñado en París, sino en Londres, al menos esa convicción nos

dan las líneas que nos ha dejado. En los últimos momentos de su vida cuando principiaban los sufrimientos a trastornar su razón, cuando las ideas medio ofuscadas ya no despedían más que algunos rayos de luz en su cerebro fatigado, decía: ¡extraña quimera! decía que la primera condición que para ser feliz se requería, era, la de haber nacido inglés. Quería ir a Inglaterra para llegar a ser lord, gran poeta, y hacer fortuna. Aprendía el inglés con el mayor ahinco, y esta era la única ocupación a la que con más constancia se había dedicado. El último día de su vida, sabiendo que iba a morir, tenía en la cama una gramática y estudiaba el inglés. ¿Para qué le había de servir?

Imberto Galloix murió triste, abatido, desesperado, sin una sola ilusión de gloria en la cabeza. Había sepultado algunas columnas de prosa bastante vulgar, según él decía, en el más oscuro rincón de una de esas torres de Babel que en librería se llaman, *Diccionarios biográficos*, y confiaba en que nadie llegaría jamás a desenterrar aquella prosa. En cuanto a los pocos ensayos poéticos que últimamente había escrito en la época de su desaliento, hablaba de ellos muy melancólicamente y en tono asaz severo.

Efectivamente, sus versos le costaba mucho el acabarlos en la oda se le veía harto fatigado, y no tenía el suficiente brío para acabar con robustez una estrofa. Siempre estraviada su imaginación por los senderos de espinosas concepciones, solo a costa de ímprobo trabajo podía seguir por entre las sinuosidades del metro, y a menudo dejaba claros en todas partes. Tenía ciertas curiosidades en el metro y en la forma, que para los talentos completos podrán constituir una cualidad, pero no deja de ser muy secundaria y no suple ninguna cualidad esencial. No basta que una poesía sea armoniosa; para que tenga perfume, colorido y sabor, es absolutamente necesario además, que contenga una idea, una imagen o un sentimiento. Construye la abeja artísticamente las divisiones de su celda, y luego le llena de miel; celda es el verso, la miel es la poesía.

En la elegía se encontraba Galloix más a sus anchuras; algunas veces era allí su poesía tan palpitante

como su corazón, pero faltábale también a menudo la facultad de expresar sus conceptos. Generalmente hablando, su imaginación no se prestaba a la producción literaria propiamente dicha. Algunas veces, tras de mucho sufrir, el poeta se transformaba en hombre, su elegía pasaba a ser una confidencia, y su canto exhalaba un grito; entonces era sublime.

Como creía poco en el valor intrínseco y permanente de su prosa o de sus versos, como no había tenido tiempo para realizar ninguna de sus visiones de artista, murió con la triste convicción de no dejar tras de sí ningún recuerdo, pero también en esto se equivocaba. Nos ha dejado una carta.

Una carta admirable, al menos a nuestro entender, una carta elocuente, profunda, mórbida, febril, dolorosa, inconexa, original; una carta que es por sí sola la historia de una alma, de una vida y de una muerte; una carta especial, verdadera carta de poeta, llena de fantasía y de verdad.

El amigo a quien Imberto Galloix dirigía esta carta nos ha hecho el obsequio de confiárnosla. Aquí la continuamos. Mejor que nuestra relación dará a conocer a Imberto Galloix, pues la publicamos tal cual es, con sus repeticiones, su giro particular, la poca soltura en la expresión, propias del estilo ginebrino. Los dos o tres trozos que se notarán suprimidos debía omitirlos el que esto escribe con motivo de imperiosas circunstancias, que nadie al conocerlas, condenaría. Se ha procurado al publicar este escrito, de mero interés artístico, que fuese lo más impersonal posible. De manera que los nombres propios escritos en el original con todas sus letras no están aquí expresados más que con iniciales, por respeto a vanidades, y aún más particularmente a la modestia.

Esto sentado, repetimos que el verdadero sentido de la carta en nada ha sido alterado, ni una sola palabra cambiada, ni adulterado el más ínfimo detalle. Creemos que con él mismo interés que lo hemos hecho nosotros, verá el lector esta misteriosa confesión de una alma que se parece tan poco a las demás, y que sin embargo, a

todos nos describe. A nuestro entender, lo que caracteriza esta carta singular, es el ser una excepción, y sin embargo toda la humanidad en general.

París, 11 diciembre, 1827.

«Mi buen D.: Hace muchos días que me propongo escribiros; la enfermedad de que sabéis estoy adoleciendo, las distancias de París, que se llevan la mitad del día, todo eso me lo ha impedido. ¡Oh, cuánto sufro y cuánto he sufrido! Ni siquiera me es posible procurar que haya orden en mi carta, ni aún describiros el estado de mi alma, ni materializar con frías palabras las desgarradoras y continuamente incisivas impresiones, sensaciones, sustos, abismos de melancolía, de desesperación, etc. Estamos a 11 de diciembre, son las tres y he andado algo, he leído, el cielo está hermoso y sin embargo estoy sufriendo horriblemente. El 27 de octubre llegué a ésta, con que hace ya un mes que estoy sufriendo y vegetando sin la menor esperanza. Durante algunas horas y aun durante días enteros ha sido tal mi desesperación que ha rayado en locura. Fatigado, encogido física y moralmente, sin ningún vigor en el alma, errante sin cesar por estas calles tan fangosas y tristes, sin conocidos, solo, bien que en medio de una multitud inmensa, y compuesta de seres que tampoco unos a otros se conocen.

Estaba una noche apoyado contra la barandilla de un puente en el Sena, millares de luces prolongábanse allá en lo infinito y el río se iba deslizando. Me hallaba tan cansado que yo no podía andar más, y allí observándome algunos transeuntes, que probablemente me tomarían por un loco, tales eran mis angustias que no podía llorar. En Ginebra os chanceábais a menudo tocante a mis sensaciones; pues bien, aquí las devoro solitario, y eso que me atormentan, me agitan sin cesar y todo se reune para atormentar mi espíritu. Todo es sufrir por ese sentimiento inmenso y continuo de la nada de nuestras vanidades, de nuestras alegrías, de nuestras penas, de nuestras ideas; atenaceado además por la incertidumbre de mi situación, por el miedo a la miseria, por mi enfermedad nerviosa, la inutilidad de mis diligencias, el aislamiento,

la indiferencia, el egoismo, la soledad del corazón, la necesidad de espacio, de los campos, de los montes y aun por ideas filosóficas y sobre todo, ¡oh! si sobre todo, por una *desgarradora* (1) melancolía con motivo de haber abandonado la patria de nuestros mayores.

Hay momentos en que recuerdo vivamente todo cuanto he querido, en los cuales, me estoy paseando todavía por *Saint-Antoine*, pienso en todos los sinsabores que he padecido en Ginebra y en las alegrías que allí me han cabido, en verdad muy escasas.

Hay momentos en que tengo a la vista la fisonomía de mis amigos, de mis parientes, un lugar consagrado por un recuerdo, un árbol, una roca, la esquina de una calle de mi patria, y de pronto los gritos de un aguador de París me arrancan la ilusión. ¡Oh! y cuanto sufro entonces. Muchas veces, al volver a mi solitaria habitación, abatido en cuerpo y espíritu; siéntome y me pongo a cabilar, pero mis pensamientos todos son amargos, sombríos, delirantes: todo me trae a la memoria, a esos pobres padres a quienes no he hecho dichosos, las cuentas, con la lavandera, etc., etc., todo esto me asesina: las horas de comer variadas, ¡oh! como echo de menos mi cuartito de Ginebra, donde tanto he sufrido, la clase, mi tío, el rincón de vuestro hogar, los conocidos, y las calles que frecuentaba. Muy a menudo, la vista del objeto más insignificante, de una media, de una liga, todo me retrata lo pasado con vivos colores y me anonada con el peso del dolor presente. ¡Oh! ¡Triste condición del hombre que siente la pérdida de aquello mismo que maldeciría a poco de haberlo vuelto a encontrar! Ni siquiera me es dado complacerme en estas ilusiones, pues luego asoma junto a mi el espíritu analítico y todo lo desencanta.

Fastidiado, con el alma marchita a la edad de veinte y un años, dudas espinosas, vago sentimiento por carecer de una dicha, un más vagamente entrevista, a manera de ese arrebol que suele verse al poniente en

(1) En la carta que tenemos a la vista, esta palabra está subrayada. (*N. del A.*)

la cumbre de nuestros montes, dolores reales, sufrimientos imaginarios, persuasión de que la desgracia ha echado en mi alma sus raíces, convencimiento de que la fortuna, aunque es un gran bien, no nos puede hacer perfectamente felices; hoés aquí lo que atormenta mi espíritu. ¡Oh! mi único amigo, cuán desgraciados son los que han nacido desgraciados.

Y esto no obstante, se me figura algunas veces que una música aérea resuena en mis oídos, que una armonía melancólica y apartada del torbellino de los hombres vibra de esfera en esfera hasta llegar a mi; me parece entonces que una posibilidad de penas tranquilas y majestuosas asoma por el horizonte de mis ideas, como los ríos de países lejanos asoman por el horizonte de la imaginación. Pero todo se desvanece de nuevo con el soplo cruel de la vida positiva, todo enteramente!

Cuántas veces he exclamado con Rousseau: O ciudad de cieno y de inmundicia! ¡Cuánto habrá sufrido aquí esa alma tierna! como yo, aislado, errante, atormentado, pero menos desgraciado, por sus sesenta años transcurridos en un siglo serio que estaba preparando grandes acontecimientos, gimió en París como yo estoy gimiendo ahora, y como vendrán otros después a hacer lo mismo. ¡Oh! ¡cuánto más valiera no haber salido de la nada! Con todo, he tenido dos o tres momentos de éxtasis. Un día, en la Grande ópera, la deliciosa música del *Sitio de Corinto* me había hecho olvidar mis penas. Ya sabéis cuanto me gusta la elegancia, la suntuosidad, los títulos, en una palabra, todo cuanto nos coloca en un punto tan bello como es posible acá en el suelo, al menos en la exterioridad. Ahora bien, esas impresiones que tantas fisonomías nobles y desconocidas me procuraban en Ginebra, tantos ingenios distinguidos, personajes de grande importancia, por fin, tantas libreas y equipajes, este espectáculo embriagador de las pompas de la civilización en medio del lujo de la naturaleza, espectáculo que tal vez hace de Ginebra una ciudad única en Europa; esas impresiones, solo las he encontrado en la ópera de París, y también volviendo a leer con pasión

la vida de Alfieri, escrita por él mismo, que no había leído hacia ya cuatro años. ¡Cuántas cosas en estos cuatro años para mí y para otra alma cualquiera! Con qué me hallaba en la ópera. Los prestigios de la música, las magnificencias del teatro, los trajes y fisonomías que veía en los palcos, yo estaba respirando todo eso: me figuraba ser príncipe, rico, agasajado, ofreciéndose a mi vista con una aureola de gusto y elegancia los pórticos de un mundo que solo me parece bello porque es nuevo para mí. Había olvidado mi situación, o mejor, trataba de convencerme a mi mismo de que iba a cesar. Bien que me hallase entre la gente del patio, estaba con la imaginación en los palcos. Solo veía los objetos que sobre mi descollaban. Todo era bogar en un océano de ilusiones, de esperanzas descompasadas, de armonía, de explendores, de vanidades, etc. Ese estado duró como una media hora. ¡Oh! ¡y cuán tristes fueron los instantes subsiguientes, cuán tristes y cuán amargos! Así le sucede a ese rico, noble y desgraciado Alfieri con su vida vagarosa. Todo es ver allí embajadores nobles, siempre viajar en posta, ayudas de cámara, etcétera. ¡Oh! ¡qué bueno es el ser desgraciado con treinta mil francos de renta! No, no, perdonad por esta frase. Ya sabéis de qué modo sé quitar a la desgracia su acompañamiento positivo y contemplarle en su horrorosa desnudez, la que para todas las condiciones es la misma cuando siente uno en su alma algo que late más vivamente en nosotros que en el vulgo. Estoy que no puedo más por tantas sensaciones. Dejo la pluma; voy a meditar un poco. ¿Vais a reiros, y diréis que siempre soy el mismo Imberto, no es así?

Hoy, 27 de septiembre, vuelvo a tomar la pluma. Estoy sufriendo como siempre. He pasado momentos horrorosos; pero no quiero importunaros todavía con mis lamentos. Son las doce de la noche y algunos minutos. Con que así estamos a viente y ocho, ¿qué más da? Todavía se oyen correr algunos carruajes, pero han salido ya del teatro del Odeón. La tristeza, el invierno, la soledad y la noche, heos aquí lo que está ahora reinando

en torno mío. Me hallo junto a la lumbre, en un cuarto piso, calle de los *Fossés Saint Germain des Prés*. Mi habitación, bien que asaz elegante, está aislada, y siempre me hallo solo en frente de mi tristeza y mi fastidio. ¿Llegaréis a creer que ya no quiero a las mujeres? Ni el menor deseo físico. Por fuerza me estará absorbiendo el dolor enteramente. Pero pronto volvería a divagar de nuevo. Vengamos pues al caso. Hace ya algún tiempo que estoy muy relacionado con ***. . . . . .

. . . . . .

Tengo también relaciones íntimas con C. N. Este es todavía más expansivo que ***; os gustaría más, particularmente al principio. A. N., se le vienen algunas veces las lágrimas a los ojos así que está hablándole a uno. Hay en toda su persona lo que vos llamáis *humectante*. Me demuestra el afecto de un verdadero padre. Acaso se le podría reconvenir un poco por tener sobrada indulgencia con los ingenios medianos, pero eso depende de su acendrada bondad. *** caería en el extremo contrario; creo que gustaría muy poco de que le visitará un hombre que a su juicio fuese un hombre ordinario. Podréis decirme que en lo que escribo ahora hay amor propio; pero si tuviera que salirme con vos de mi natural, tanto valdría no escribiros.

Todos los domingos voy por la noche a casa de N. Allí he visto a madama T-, hablado con E., D., P., el barón T., el señor C., sabio famoso que se toma por mí mucho interés; el señor de R., anticuario e historiador. Por fin, el señor J., a quién he conocido en esta misma reunión, es también un amigo que espero conservar. Este en cuanto a sus pensamientos es colosal; Si tuviera un poco más de poesía en el alma, desde luego le tendría por un hombre portentoso. Ya habéis leído sus artículos sobre Walter-Scott y otros. Por cierto que no deja de ser un consuelo muy eficaz para mi dolor el ser mirado con aprecio por un hombre como él, y con tanto mayor motivo cuanto que es un despreciador rematado de todos los hombres medianos, de quienes no hace el menor caso por mucha celebridad que lleguen a tener.

El señor J., se parece a L., es hermoso de rostro. Debajo de su rudeza tiene también sin embargo mucha *melifluidad*, y en toda su persona, en su acento, en sus modales cierto color montaraz e inglés. Ha nacido en el monte Jura. También ha estado algunas veces en Ginebra. Simpatizamos mucho en ideas e inducciones, y también en la dificultad de expresar lo que sentimos. . . .

. . . . . , , , , , : : ;

Vuelvo a N. Por decirlo de una vez, tiene traza y hasta las inclinaciones de un caballero campesino. Le he dado leer vuestras poesías; le gustan muchísimo. P. L., está por dar a luz sus viajes a la Grecia, en verso. He oído la lectura de un fragmento de esa obra, está precioso, poético como Byron; pero carece de aquella fecundidad de pensamiento, y no hay aquí el genio vasto y adolorido del inglés y de su rival de Florencia. El señor L., se parece a Goethe (ya echáis de ver en eso, mi manía de comparar). Lee sus versos de un modo particular que embelesa; en sencillo, tranquilo, reservado; hay como algo protestante en su persona. Ha viajado mucho. Tiene ya corriente una colección de poesías, pero le repugna el darlas todas a luz, porque le parecen sobrado individuales. Le ha gustado mucho *mi vida*. Os diré de paso que *** y N., tienen mis poesías en mayor estima, de lo que acaso se merecen. Tengo ya otras muchas que he compuesto en Ginebra y en París. Tengo intimidad con de B., hijo del poeta, hombre de elevado talento. T., hace representar su P., dentro un mes. Es un drama enteramente romántico. T., ha estado en el Cabo de Buena Esperanza y en la Martinica; por lo demás, es un hombre, con modales atabernados. Tiene compuesto un poema. No se le puede negar un talento primaveral y gracioso; más, para que gusten sus poesías, es preciso no conocerle. ¡Qué desengaño! me acuerdo que su *Pescador* nos hizo llorar, y yo me complacía en atribuir al autor algo ideal, siendo para mí nuevo su nombre, como que lo leía por la vez primera en una composición tan vaporosa y enteramente marítima, figurábame sería un suave genio de las olas, y es un compuesto de brusco y de soldado. V., (a quién he visto un rato

en casa de ***); es un hombre de estatura agigantada. Al hablar con un hombre honrado forma su pecho una arcada y sus rodillas un triángulo. Si está sentado, las arregla de modo que hace con ellas un ángulo agudo. Añádase a eso que no dice seis palabras sin que vayan acompañadas de un *pues señor*, que son sus modales del antiguo regimen, y que es flaco como un lagarto. El verde dá miedo. Conoce a L. A., el historiador duelista, parece un corfante civilizado. Se distingue por cierto aire áspero bien que imponente sin embargo. Me falta espacio para hablaros de D. y otros literatos conocidos míos. Dos palabras sobre S.: es un hombre que a mi parecer, participa de charlatán, de Swedenborg, y al mismo tiempo de un verdadero poeta. Tiene un talento descriptivo muy singular. Solo una entrevista he tenido con él; ya tengo bastante. Verdad es que la conversación ha durado tres horas. Pero sobrada espuma rebosa este cerebro, para que todavía vaya yo a someterle a un análisis. C., que es un buen muchacho, debe presentarme en casa de Benjamín Constant. Este C., (como es redactor de la *Revista Protestante*) se me figuraba antes de conocerle un pastor sesudo y venerable, y es un atolondradillo, eso sí, un mozo de travesura y de mérito, pero sin genio. Todavía quisiera deciros otras muchas cosas interesantes, pero debo concluir esta carta.

Ya han salido a luz vuestras *Melodías*. Es una edición muy linda. Las he leído y vuelto a leer con el mayor gusto. El periódico *la R.* ha hecho sobre ellas un artículo, yo hago otro para *el F.* y también las he recomendado a los redactores *del G.* Hablarán también en *la N.* sólo para un éxito cabal, se necesitarían personas que os hacen falta. Me estoy temiendo que no se venderán muchos ejemplares. La poesía está tan desacreditada que es preciso hallarse en el mismo París para penetrarse completamente de como está eso. Todavía es peor cien veces que en Ginebra, nadie lee versos; y aun se compran menos, exceptuando únicamente a L., D., y ***. Además que en París todo el mundo hace buenos versos. Corren tantos manuscritos, que un autor extranjero que no tiene más protección que su

talento, solo por una muy feliz casualidad puede darse a conocer. El estar lejos de París también bastante perjudicial a vuestro libro, a bien que esto es mucho mejor para vuestro reposo. La grande Babilonia os saludaría de hastío, de cieno, de cansancio y tristeza. Ignoro cuál sea el estado de nuestro ánimo en Florencia; pero a buen seguro que os hallaríais peor en París; eso prescindiendo de lo extremamente difícil que es vivir en él con decencia. Por ahora aún no gano nada, y sin embargo tengo amigos verdaderos que hacen cuanto está en su mano para procurarme alguna cosa. Me han escrito que teniais relaciones con L. Describidmele desde el gorro hasta la babucha. Es, como yo me lo figuro, un lord Byron francés, indolencia, vanidad, afectación, desventura, entendimiento devorador, genio a borbotones, buen tono, elegancia, por fin una atmósfera poética de extranjerismo que nada tiene de común con la atmósfera impura de nuestros literatos parisienses? ¿Si será L., ese ideal del alma mía, en el cual me place el hallar hasta esos mismos defectillos de vanidad, de pueril afectación que allá en otro tiempo detestábais, y que por fin habéis descubierto en vos mismo, como siempre se descubrirán en casi todos los poetas que poseerán el espíritu de análisis y la sinceridad del hombre superior? Es la una y media. Interrumpo la carta. Todavía estoy en escribir algunas palabras con motivo de dos elegías que os acompaño. . . . .

Amigo mío, voy a continuar mi carta y van ya no pocas veces de concluirla y comenzarla de nuevo. Son las ocho de la noche, y estamos a 31 de marzo. Estoy loco de dolor, mi desesperación excede a cuanto pueden sobrellevar mis fuerzas. Hoy mismo he padecido lo que apenas puede un hombre imaginarse. Por fin, esta tarde, he tenido un ataque de calentura, era el exceso del sufrimiento moral. Mirad. ¡Si pudiera al menos persuadirme de que algún día llegaré a ser feliz! pero veo un porvenir más lóbrego todavía que mi situación actual. Ya me conoceis, no ignoráis las extravagancias

de mi carácter. Ahora he llegado a descubrir una cosa tocante a mi mismo, y es que en realidad no soy desgraciado por tal o cual motivo, sino que existe en mí un dolor permanente, que toma formas diversas. Ya sabéis por cuantas cosas he sido desventurado hasta ahora, o mejor bajo cuantos aspectos se ha reproducido la bilis, o el principio que causa mi tormento. Ya os acordáis de que el motivo de mi tristeza, consistia unas veces en no haber nacido inglés, otras, en no ser apto para las ciencias, y aún lo que más comunmente me traía afligido, era el no ser rico, el tener que luchar con la miseria y las preocupaciones, el vivir sin la menor celebridad. También os consta como desde Ginebra se me figuraba que si algún día llegaba a tener algunas relaciones en París, no padecería ya más. Pues bien, amigo mío, me frecuento casi con todos los literatos más distinguidos, algunos, como por ejemplo ***, C. N., etc., son para mi unos amigos ilustres, con los que casi tengo tanta familiaridad como con vos. Pues bien, mi vanidad se halla satisfecha; a veces tengo en los salones algún momento de satisfacción mundana; por fin he sentido el embeleso de esos triunfillos instantáneos de una reunión; y con todo eso, el fondo, el conjunto casi total de mi vida, no diré que sea absolutamente la infelicidad, pero sí un cáncer árido; un plomo liquido creo que me está circulando por las venas; vista mi alma al descubierto daría compasión, temo que me vuelva loco. Desde que estoy aquí, mi dolor ha tomado cinco o seis formas; al principio fué la nostalgia, y la poca seguridad sobre mi porvenir; luego el sentirme aislado, el conocer mi nulidad; en seguida un vacío por el cual está bramando ese horroroso tumulto de pasiones de que tanto os he hablado ya; por fin, hace dos meses que todas mis facultades de dolor se han reunido en un punto. Casi no me atrevo a decíroslo, tal es su rematada extravagancia, pero ¡por Dios! no veáis en eso más que una forma, una variedad de mi dolor, más que una parte de la úlcera que me está corroyendo; no vayáis a juzgarme según las reglas ordinarias, mirad el mal y no su objeto. Ahora bien, ese punto central de

todos mis infortunios es el no haber nacido inglés. ¡Os suplico no os echéis a reir; estoy sufriendo tanto! Las personas que están enamoradas de veras son maniáticas lo mismo que yo, tienen también una idea sola, y esa absorbe todas las demás sensaciones. Y ahora, yo que así por tanto tiempo he tenido atormentada el alma por ese tumulto complicado, soy también un maniático.

Estos días estaba leyendo la Valeria de madama Krudener, no puedo expresar las sensaciones que me ha causado. Ese libro singular en otro tiempo me había fastidiado; ahora me ha partido el corazón. Será porque Gustavo es víctima como yo de una pasión devoradora, o más bien, de una energía de sensaciones que le está devorando y que se ha aferrado en un elemento natural, el amor, mientras que esa misma energía, como que en mi alma solo con el vacío está luchando, no hace más que producir fantasmas .Estaba leyendo esa novela cuando los primeros rayos del sol de la primavera, en las vastas y tristes calles de árboles del Luxemburgo. A cada paso me paraba anonadado.

Ahora os explicaré el origen de mi pasión a la Inglaterra. En primer lugar, ya sabéis cuanto me gusta el vivir con los muertos, conocer su vida pasada, habitar con ellos, seguirles en las circunstancias de su existencia, en una palabra, a crearme yo mismo simpatías por entre la ilusión del tiempo, y que no pueden ser destruidas por la presencia de los individuos. Pues bien, allá en Inglaterra, tendría a lo menos cincuenta poetas de una vida de aventuras, cuyos libros se hallan llenos de imaginación, de pensamientos, etc.; en Francia ni siquiera tengo tres. A más de esto, hubiera tenido una patria de la cual hasta las preocupaciones me habrían gustado; ¡hay tanta poesía en las costumbres antiguas de Inglaterra, y tanta imaginación en todo lo que atañe a ese país! Primeramente en vez de una literatura hay cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa, la irlandesa; y con la misma lengua tienen todas un carácter diferente. ¡Qué riquezas literarias! La vida del caprichoso Cowper, que es un poeta tan grande, se ha escrito en tres tomos en octavo; la de Jonhson en cuatro. De este dice Walter Scott que se

halla en todas las casas de campo, etc. Y además, que al solo nombre de Jonhson un inglés tiene a la vista una individualidad, un personaje que tiene el privilegio de vivir siempre, y obrando lo mismo en lo físico que en lo moral. Hay treinta poetas vivos, originales todos, todos con individualidad propia, que no siguen unos las huellas de otros y que son muy fecundos. ¡Cuántas riquezas! ¡Por fin, qué aventuras las de ese desventurado Savage, de Shelley! ¿y Byron, qué coloso? ¡cuántos tesoros para un espíritu que guste de apartarse del mundo, y buscar en su biblioteca a los amigos! ¡Cómo se ésmeran los ingleses en el cuidado de sus autores! les reimprimen en todos tamaños. ¡Qué gusto en sus ediciones! ¡qué imaginación en las viñetas! ¡mirad a la nación misma, los hombres de traza innoble son en Inglaterra tan raros como lo son en Francia los que son distinguidos en su porte! Todo en esta nación es *escéntrico*; hasta su originalidad me gusta, y su extraño modo de vestir. Solo allí reina con mil formas el entusiasmo; solo allí, junto a las más severas verdades positivas, se encuentran las frusleríias más pintorescas. Ese país lo reune todo, lo positivo y lo ideal, la Francia y la Alemania. Es el único bastanto fuerte para comprenderlo todo, bastante grande para no desechar nada.

¡Qué individualismo! A un inglés se le conoce entre mil personas, un francés se parece a todo el mundo.

La abundancia de sectas religiosas en Inglaterra es cuando menos una prueba de buena fe, es una prueba que hay almas con necesidad de esperanza a las cuales no ha calcinado la materia. Las extravagancias individuales de los ingleses solo prueban que tienen agitados los corazones. ¡Oh! ¡si viérais la Francia, cuánto disgusto os daria! Para un hombre cualquiera siempre es un sentimiento el verse colocado en un sitio que no le parece el suyo. Esto o inscomodaba a vos en Ginebra. Pues bien, yo me hallo malísimamente colocado, pues ninguna simpatía tengo hacia la Francia, y que en todo las siento hacia la Inglaterra; muy cruelmente me encuentro, puesto en medio de una nación frívola, charlatana, impía, árida, y vanidosa y fría, al pensar que hay

una nación religiosa o terriblemente escéptica, pero que a lo menos no es indiferente; que hay una en la que se hallan amigos fieles, almas ardientes y exaltadas, y en la cual, la misma frivolidad, caprichosa y extravagante, carece de ese tornillo burlón y pueril mente soso que tiene en Francia. En la fonda a que voy a comer hay franceses e ingleses. ¡Cuánta diferencia! Casi a todos los franceses les veo que son gascones, groseros, todos los ingleses son nobles y decentes, por fin, amigo mío, siento que un amante puede hablar de su amor a un amigo, porque esta pasión en todos los corazones encuentra un eco, nada hay en eso que sea ridículo; pero tal es el cúmmulo de los dolores míos, que no me atrevo a confiarlos porque son harto individuales, y deben parecer sobrado ridículos para quien no los ha sentido. Y sin embargo (por Dios os pido tengáis la suficiente despreocupación para creerme), esta locura me hace sufrir dolores *espantosos*. Cualquier cosa me la excita, la vista de un inglés, de un libro inglés que se halle de venta en la librería de Baudry, y hasta las burlas de que suelen ser blanco, todo eso me está devorando; son otras tantas puñaladas que avivan más y más mi dolor, lo mismo probablemente, que cuanto recuerda una querida muerta a un amante apasionado. Por fin, hasta de la gloria misma me está disgustando esa manía que me ha dado. Quisiera ser célebre en Inglaterra, y por consiguiente, escribir en inglés, a bien que me hallo harto agitado con motivos de mis dolores para que pueda escribir otra cosa, y por desgracia no son asuntos poéticos. Bien sé que, si (suposición absurda como todas las suposiciones), fuese inglés, no sufriría menos con mi temperamento enfermizo, pero eso me causa por ahora un efecto enteramente diverso. Lo que me da únicamente esta persuasión es mi raciocinio, porque si solo escuchase la sensación, me parece que con solo haber nacido inglés, podría sobrellevar todos mis males. Me represento lo que soy en organización y en espíritu, pero me figuro que si hubiera nacido lord inglés y rico ¡todos mis gustos, todas mis vanidades, todo estaría satisfecho! al comparar esta suerte con la mía estoy a punto de volverme loco.

No obstante, muchas veces me ha acudido una reflexión; pero, ¿qué pueden las reflexiones contra una pasión? Es esta: si no fuera exactamente lo que soy, no existiría; ya sería otro diferente de mí; mi yo homogéneo, idéntico e individual quedaría destruído; ¡tendría otras ideas! Nadie quisiera cambiarse por otro, y nadie está contento de lo que es. ¡Qué contradicción! Aceptémonos como somos. Yo sufro tanto que me parece cambiaría de buena gana, el grado de dolor a que no había llegado hasta ahora. Bien mirado todo, aceptar la suerte de otro, si fuese posible, eso sería morir. La muerte no es más que la destrucción del yo! ¿Pero qué estoy haciendo? ¿Por qué manía irresistible me dejo arrastrar? ¡Ah! amigo mío, cuando sondeo nuestra naturaleza, me persuado cada vez más de que somos piezas necesarias de un conjunto que no vemos; estamos desempeñando un papel que nos será revelado algún día. Si me preguntaran, ¿creéis en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma? diría: ¡cuestiones absurdas! Dios existe porque es necesario; y por mi parte creo que en este mundo nos hallamos en un estado falso, transitorio, intermediario. ¿Hemos existido en alguna otra parte? ¿Debemos volver a vivir? ¿De qué modo nos será dado, con las lenguas limitadas como tenemos, y con nuestras ideas embrolladas, de qué modo nos será dado llegar hasta ese gran desconocido? ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios! por todas partes le estoy viendo. Ese mismo deseo ardiente que de conocerle tengo, y también de adivinar lo que somos, esos presentimientos de lo infinito, y ese muro de bronce, ese muro de lo imposible, de lo vedado, contra el que vienen a estrellarse no sólo nuestros sistemas, pero hasta nuestros arranques de ideas y todo, todo eso se prueba un *Ser*. No, con barro no hubiera hubiera producido la tierra seres tan complexos y tan singulares. Luego, el ir más lejos, me parece cosa imposible. Me quedo esperando y guardo silencio. Solo sé que acá en la tierra me estoy agitando oprimido por el dolor cual si estuviera sujeto a la cuestión del tormento.

¿Esos dolores serán compensados en este mundo o en otra parte? Lo ignoro.

Tan vivos han sido hoy mis males, que lo que de ordinario suele asustarme más, lo miraba casi sin temor. A puro sufrir, la gloria, la dicha, el porvenir, todo me parecía imposible, indiferente. ¡Oh! si supiérais las sugestiones infernales que acompañan a todo eso. ¡Las horrorosas ideas que me pasan por la cabeza, los tormentos de la duda! ¡Ser tan desgraciado, y sentir, como yo lo siento, que lo soy efectivamente mucho! Eso es todo... Lo que más tormento me causa, es el ver a hombres cuyo carácter les impele hacia la felicidad. Entonces, digo interiormente: si sufrieran todos, una compensación general, un paraíso después de la vida me parecería indispensable. Pero los hay, por más que se diga, los hay que son dichosos (por su carácter). De ordinario estos piensan muy poco en el porvenir, viven sin previsión y satisfechos; todo es en la tierra para ellos. ¿Si sería la desgracia nada más que una cruel enfermedad? ¿Estarían los que son infelices apestados con una llaga incurable, a quienes su organización hace sufrir como la organización de los venturosos les hace gozar? Con todo eso, espero sin embargo, y confieso que me parece está Dios tan mezclado en todas las cosas de la tierra, que al fin y al cabo, confío en El. Inclinemos la cabeza, amigos. ¿De qué sirve regañar contra lo imposible? Muchas veces anatomizo mis dolores, y los contemplo con frialdad. La idea en mi predominante es que nada puedo contra ello.

Hace dos meses he vuelto al estudio del inglés con tal energía, que ya leo la poesía con facilidad. Ahora estoy leyendo a *Rasselao*. Este si que es un libro prodigioso. Pienso en ir a Inglaterra, y pasados algunos años escribir en inglés. J. L., con quien estoy muy relacionado, me presta los poetas modernos de Inglaterra, son encantadores. He trocado vuestro *Gerando* con un Byron en un solo tomo. He leído de él un poemita, *la meditación*, que me ha causado una impresión aterradora. Una señora inglesa que me da lecciones, me ha dicho que con dos años de permanecer en Inglaterra, escribiré el inglés

muy bien. En efecto, ya traduzco casi sin hacer faltas. Verdad es que casi la mitad del día la paso trabajando en el inglés. Mis manías son siempre crueles. ¡Qué fastidio! En fin, a cualquier parte que dirija la vista solo dolores veo. Mis medios de subsistencia son también un tormento para mí. Ahora estoy trabajando en una biografía; pero necesito dinero; y hasta me veo muy apurado.

I. G.

Al pensar que el hombre que ha escrito esto ha muerto en medio de sus pesares, de cada línea de esa carta tan extensa, se desprenden mil reflexiones diferentes. ¡Qué novela, qué historia, qué biografía se encierra en esa carta! No repetiremos a buen seguro las vulgaridades de moda sobre eso; lejos de nosotros el exigir que todas las amarguras pintadas por el poeta sean experimentadas real y constantemente por el artista, lejos de nosotros el desaprobar que Byron llore en una elegía y ria jugando a billar, lejos de nosotros el señalar límites a la creación literaria, ni vituperar al poeta porque se atribuya artificialmente este o el otro dolor con objeto de analizarle en sus convulsiones, a la manera que el medico se inocula tal o cual fiebre para estudiarla en sus paroxismmos. Reconocemos tan bien como el primero cuanto hay real, verdadero, bello y profundo en ciertos estudios psicológicos, hechos con padecimientos excepcionales y en estados particulares del corazón por eminentes poetas contemporáneos, quienes no por eso han muerto sin embargo. Sino que no podemos menos de observar que lo que más particularmente desgarrador hay en la carta que acabamos de citar, es que el que la ha escrito, falleció sucumbiendo al peso de los sufrimientos que describía. Aquí no se trata de un hombre que dice: estoy padeciendo, sino que es un hombre que padece; no es un hombre que dice: me muero, sino que es un hombre que se muere de veras. No es esta la anatomía estudiada en entrañas figuradas con cera, ni siquiera estudiada en la carne muerta, sino que es la anatomia estudiada nervio por nervio, fibra por fibra, y vena por vena, sobre la

carne que vive, que brota sangre y que está arrojando suspiros. Aquí se está viendo la llaga, y oyendo el grito. Esta carta no es asunto literario, asunto filosófico o poético, obra de un artista profundo, fantástico capricho del genio, visión de Hoffman, no es tampoco ninguna pesadilla, que es una cosa real, es un hombre que está escribiendo en su boardilla. Miradle con su mesa llena de libros ingleses, allí está con su pluma, tinta y papel, formando líneas y más líneas, sufriendo y diciendo que sufre, llorando y diciendo que llora, buscando la fecha en el calendario, y hasta poniendo que hora es, dejando la carta, volviendo a ella, e interrumpiéndose de nuevo para encender el velón y luego continuarla, después se va a hacer una comida de cuatro reales, vuelve a casa, tiene frío, se pone otra vez a escribir, y a veces casi sin saber que escribe; pues tantas sacudidas da el dolor a su cerebro, que caen sin orden sus ideas sobre el papel, dejando que se esparzan y corran revueltas, cual sucede con las hojas de un árbol cuando mucho arrecia el viento.

Y si fuera permitido el examinar en que estilo agoniza un hombre, podrían hacerse no pocas observaciones tocante a esa carta. Generalmente hablando, las cartas que se están publicando todos los días, cartas de hombres grandes y de hombres célebres, carecen de sencillez y de ingenuidad. Siempre siente uno al leerlas que se han escrito con la probabilidad de que un día habían de imprimirse. Pablo Luis Courier hacía hasta diez y siete borradores de un billete de quince líneas. Corrección muy extraña por cierto, y que jamás hemos llegado a comprender. Pero tocante a la carta de Imberto Galloix, esa sí que, a nuestro entender, es una carta verdadera, bien escrita, en el estilo en que debe estarlo una carta; bien libre, bien inconexa, bien espontánea, bien ignorante de la publicidad que puede llegar a tener algún día, bien segura de que debe ser perdida. Aquí se nos presenta la idea del mismo modo que despunta naturalmente, haciá nosotros viene candorosa en el mismo estado en que se halla, pasando sin miramientos por entre la frase, prescindiendo de si puede acarrear algún perjuicio a su armonía. A veces lo que quería decir el que la ha escrito se encierra en un *et cætera*, y deja que

campee nuestra imaginación. Es un hombre que está padeciendo y lo comunica a otro hombre. Nada más. Y debe tenerse presente que decimos *a otro hombre*, que no lo comunica a veinte, ni a diez, ni a dos, pues si en vez de un amigo tuviera tan solo dos oyentes, lo que hace aquí este poeta, sería ya una elegía, sería ya un capítulo, pero ya dejarría de ser una carta. Entonces adiós lo natural, adiós la realidad, la franqueza pura; la verdad; pues vendría el estilo de ceremonia, entonces veríamos como sus mismos harapos le servirían de embozo. Para escribir una carta como esta, tan desordenada, de tanta amargura, tan bella, sin ser desgraciado como lo era Imberto Galloix, con solo el impulso de la creación literaria, se requiere ya mucho numen; Imberto Galloix sufriendo, equivale a todo un Byron.

Todas las cualidades penetrantes, metafísicas, íntimas, ese estilo las tiene; también tiene, lo que no deja de llamar la atención, todas las cualidades mordaces, incisivas, pintorescas. En esta carta se hallan algunos retratos. Muchos van delineados con sobrada precipitación, y se echa de ver que los modelos han permanecido poco tiempo ante el pintor; pero ¡cuán verdaderos son algunos! ¡cuán bien presentados están en general! ¡singular metamórfosis, y la que es otra prueba entre otras mil, de que solo dos cosas constituyen al poeta; el genio o la pasión! ¡ese hombre que para las biografías no tenía más que una prosa asaz descolorida, y para sus elegías una poesía asaz lánguida, véasele súbitamente escritor admirable en una carta! Desde el momento en que no se acuerda ya de ser prosista ni poeta, es a la vez gran poeta y gran prosista.

Lo repetimos, esta carta se conservará. Es una mezcla de ideas acaso las más extraordinarias que haya producido todavía en un cerebro humano la doble acción combinada del dolor físico y del dolor moral.. Para aquellos que han conocido a Galloix es una autopsia horrorosa, la autopsia de una alma. Ya hemos visto pues lo que habría en el interior de esa alma. Había esta carta. Carta fatal, convulsiva, interminable, en la que el dolor ha ido filtrando de gota en gota durante sema-

nas y meses, en la que un hombre cuya sangre está manando, contempla su hemorragia, en la que un hombre que grita, raciocina sobre lo agudo de sus gritos, en la que a cada palabra hay una lágrima.

Al contar una historia como la de Imberto Galloix, no hay que escribir la biografía de los hechos, sino la biografía de las ideas. Efectivamente, ese hombre no ha obrado, no ha tenido amores, no ha vivido; no ha hecho más que pensar; con tanto pensar se ha ido extraviando por un mar de cavilaciones; hasta que por fin, rendido de dolor, le vemos aniquilándose. Imberto Galloix es un guarismo más para servir a la solución de este lúgubre problema:—¿Dado un pensamiento que no puede salir a luz, y tiene que permanecer aprisionado dentro el cráneo, cuánto tiempo tarda en gastar un cerebro? Lo diremos otra vez, en una vida como la suya no hay acontecimientos, no hay más que ideas. Analícense las ideas, y queda explicado el hombre. Lo cierto es que lo que sobresale principalmente en esta tétrica historia es el hecho siguiente: *¡Un pensador muere de miseria!* He aquí que ha hecho de una inteligencia ese París, la ciudad inteligente. Esto da mucho que meditar. En general la sociedad suele tratar a los poetas de un modo asaz extraño. La sociedad con respecto a la vida de los poetas se muestra pasiva o activa, pero siempre triste. En tiempo de paz les deja morir como a Malfilatre, en tiempo de revolución les hace morir como a Andrés Chenier. Para nosotros, Imberto Galloix, es además un símbolo. Representa a nuestra vista una parte muy notable de la generosa juventud actual. Está poseída interiormente por un genio mal comprendido que la está devorando, al exterior sólo tiene a una sociedad mal dispuesta que la ahoga. No hay salida para el genio cogido dentro el cerebro; tampoco hay salida para el hombre cogido debajo de la sociedad.

En general, las personas que piensan y que gobiernan no cuidan bastante en nuestros días de esa juventud que rebosa todo género de instintos, que con ardor tan inteligente y tan resignada paciencia se va precipitando por el arte en todas direcciones. Ese gran número de ingenios jóvenes que está fermentando en

la obscuridad, necesita que se le abran las puertas; necesita aire, luz, trabajo; horizonte. ¡Cuántas cosas grandes podrían hacerse, si se quisiera, con esa legión de inteligencias! ¡Cuántos canales hay que abrir, cuántos caminos nuevos en la ciencia; ¡cuántas provincias que conquistar, cuántos mundos que descubrir en las regiones del arte! Mas no, todas las carreras se hallan cerradas u obstruídas. Dejan que todas esas actividades tan diversas, y que pudieran servir de tanta utilidad, se aglomeren y pudran en ámbitos reducidos y sin salida. Podría ser un ejército y solo es una guerrilla. La sociedad, para los recién venidos, está muy mal organizada. No obstante, todas las almas tienen derecho para aspirar a un porvenir. Por cierto que es cosa muy triste el ver a todas estas inteligencias lastimadas y congojosas, el verlas con la vista clavada en la luminosa ribera, donde tantas cosas hay explendentes, gloria, poder, renombre, y fortuna, penando impacientes en la ribera de la lobreguez como las sombras de Virgilio:

Palus inamábilis unda

Allágat, et novies Styx interfusa coèrcet.

La laguna Estigia, para el pobre artista joven y desconocido, es el librero que dice, volviéndole su manuscrito: Primero es preciso hacerse una reputación. Es el teatro que le dice: Primero es preciso hacerse una reputación. Es el museo que le dice: Primero es preciso hacerse una reputación. ¡Vaya! Pero dejad que puedan principiar, ayudadles. ¿Los qué son ahora célebres acaso no fueron antes obscuros? ¿Y cómo es posible granjearse una reputación, por muy elevado que fuere su genio, sin museo para su cuadro, un teatro para su drama, un impresor para su libro? Para que el pájaro vuele no le bastan las alas, que además necesita aire y espacio.

En cuanto a nosotros, somos de parecer que, principalmente en el arte, en el cual el más vivo y apasionado desinterés debe reinar entre todos los ingenios, que es un deber para los que han llegado ya, el facilitar la senda a los que están empeñados en ella. Estáis ya en la cumbre, mejor, dad la mano a los que van subiendo. Y digámoslo para honra de las letras; en general, siempre

ha sucedido de este modo. Por nuestra parte, no podemos creer en la existencia efectiva de esta especie de arañas literarias, que, según dicen, tienden por ejemplo su tela a la puerta de los teatros, y que se arrojan despiadadamente contra cualquiera infeliz viandante oscuro, que con su manuscrito llega a pasar por allí. Que así se arranquen las alas a la pobre mosca joven, que así se le quite la celebridad, su obra, y hasta el dinero, al infeliz poeta desconocido e impotente, por el decoro de cualquiera persona que escribe, queremos ignorarlo, si esto sucede, y no podemos creer que así sea. Repecto al que escribe estas líneas, todo poeta que asoma en el horizonte es sagrado para él. Por poco lugar que ocupe en literatura, siempre se pondrá a un lado dejar libre el paso a un desvalido principiante.

¿Quién sabe si este pobre estudiante, desdeñado ahora, llegará un día a ser un Schiller? A todo niño que forma círculos y líneas en una pared le tenemos respeto, acaso hay en él el genio de Pascal, el muchacho que traza un perfil en la arena, puede muy bien ser un Giotto. A más de que, según nuestra opinión, las generaciones actuales están predestinadas para cosas muy elevadas. Grandes cosas ha hecho este siglo con la espada, también las hará grandes por medio de la pluma. Todavía tiene que darnos este siglo un grande hombre literario igual en grandeza a su grande hombre político. Preparemos por tanto las avenidas. Abranse nuestras filas.

Toda era grande tiene dos faces; todo siglo puede reducirse a un binomio, $a + b$, el hombre de acción más el hombre de pensamiento, que multiplicándose uno por otro, expresan el vapor de su tiempo; el hombre de acción, más el hombre de pensamiento; el hombre de la civilización, más el hombre de arte; Luthero, más Shakespeare; Richelieu, más Corneille; Cromwell, más Milton; Napoleón, más el *desconocido*. ¡Dejad pues que pueda aparecer el Desconocido! Hasta ahora no tenemos más que un perfil de este siglo, dejad que se muestre el otro. Después del emperador, el poeta. La fisonomía de esta época no podrá quedar fijada hasta que la revolución francesa, que en la sociedad se ha hecho hombre tomando

la forma de Bonaparte, se habrá hecho también hombre en el arte. Y esto no dejará de ser así. Entonces nuestro siglo se pondrá, naturalmente y por sí mismo en perspectiva entre esas dos grandes vidas paralelas, la una del capitán, otra del escritor, la una toda de acción, toda de pensamiento la otra, y las dos se explicarán y comentarán incesantemente una por otra. Marengo, las Pirámides, Austerlitz, la Moskova, Montereau, Waterloo, ¡qué epopeyas! Napoleón tiene sus poemas; el poeta tendrá sus batallas. ¡Dejemos por tanto que llegue el poeta, sin que nos cansemos de llamarle! Dejemos que salga de entre las filas de esa juventud en cuyo seno está todavía con la frente cubierta, ese predestinado, el cual combinándose un día con Napoleón, según el álgebra misteriosa de la Providencia, debe dar completa a la posteridad, la fórmula general del siglo décimo nono.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL REY - EL PAPA

(LA PIEDAD SUPREMA)

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL REY

I

Los profundos eran nocturnos y fúnebres.

Un ruido formidable, hecho de tinieblas rodaba por el infinito que conocía el negro secreto.

Este ruido era parecido al grito que lanzaría alguna alma inmensa y sombría que luchara contra el abismo y caminara errante.

Después se oía un tumulto de voces, la noche rugía y lloraba a la vez como si el horizonte salvaje y crepuscular no estuviera formado más que de sombra y lleno de cólera.

¡Clamor sordo! en él que parecía que se adivinaba el rumor de huracán de un mar que azota y la voz de un foro que habla y delibera.

—

¡Vergüenza, anatema, infierno, duelo!

¡Tiberio! Tiberio y otros nombres mezclados con éste: ¡Procusto! ¡Achab! ¡Dionisio! ¡Caligula! ¡Sancho! ¡Alonso! ¡Clovis! ¡Senaquerib! ¡Cambises! ¡Luis onceno! ¡desgracia! ¡muerte! ¡muerte oprobio!

Aquel rumor era como un tumulto y cada sílaba estaba formada de miles de ayes.

Oí: ¡Saul! ¡Omar! ¡Ivan! ¡Clotario!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y de todo el oceano y de toda la tierra, de las chozas, de los palacios, de las minas, de los vientos, de las cruces, de los labios de los vivientes, de las calaveras, de los muertos contraídas por su espantosa risa de los muladares donde se pudre lo que no puede escribirse, salían aquellos nombres como si fueran pájaros horribles.

Los esqueletos no tenían más que remover sus huesos para que saliera uno de aquellos nombres siniestros; y las larvas de los reyes, las sombras de los ministros, Richelieu, Luis XIII, Arcadio, Rufino, huían.

Se oían voces que decían: ¡Tengo hambre, tengo frío, ¿cuándo llegará el día? ¡la tierra es negra!

—

Aquél era el gran suspiro trágico de la historia; era el eterno pueblo indignado, solemne, terrible, maldiciendo al tirano eterno.

—

Maldición, ¿de dónde vienes, miserable?

La boca de donde sales es la llaga incurable, es el albañal donde la sangre se filtra formando cuajarones rojos, es la señal que las hachas dejan en los tajos, es la tumba mal tapada, la fosa entreabierta de la que sale no sé qué aliento que agita la verde yerba. ¡Oh!, ¡maldición! ¿de dónde vienes? De la noche.

—

La última claridad se desvanece ante tí; vienes después del crimen y esparces por el mundo otra obscuridad que no es menos profunda y el modo con que combates el duelo hace caer el pensamiento y el alma más abajo todavía. Nada vive, nada florece, ni nada se crea y nada se consuela en tu horror sagrado. Tú sólo quieres alumbrar con el incendio, sólo deseas castigar, dañar, desesperar, y quieres que para tan fatales obras te sirvan los espíritus, los rayos, los poetas, los sabios, todo cuanto viene de arriba, cuanto viene de Dios.

Tu caverna cerrada al cielo clemente y azul, sólo admite lúgubre centello bajo tu pórtico; todo astro en tu mano se convertiría en una antorcha; si pudieras, desde el fondo de tu foso sepulcral robar a Saturno su círculo sideral de él, harías el eslabón de una cadena.

¡Oh! maldición, te llamas odio; no tienes brazos, no, y no cesas de enseñar los puños.

—

Quedé pensativo.—¿Eres por lo menos justo?

La maldición respondió:

Sufro y juzgo. El volcán vomita lava, el ávido océano espuma y el hombre, dolor.

Yo me desbordo y caigo de la desgracia; soy la aflicción terrestre que reclama y se agranda hasta convertirse en llama; soy el amargo estertor de este globo faltal; soy el rugido del colérico.

¿Por qué me insultas, viendo qué lloro? ¿La úlcera no tiene derecho a denunciar la causa que la produce? y ¡cuán grande es tu error!

Yo soy el duelo, el espanto, el horror, soy la estrella brillante convertida en espada; soy la inmensa y fúnebre epopeya que escribe en el muro del crimen una lúgubre mano. Y en cuanto a mi justicia, ¡oh! gusano humano, me llamo Isaías y me llamo Dante.

¿Qué espíritu no se inclinará ante esta voz imponente? Es la conciencia y tiene razón. Después de oir su palabra, el corazón no se queda contento y se oye en el fondo del infinito que pasa, como un suspiro que otra conciencia, y el soñador que se extremece queda indeciso entre este grito terrestre y este suspiro de los cielos.

¡Oh! estos Dantes gigantes, estos grandes Isaías golpean las frentes viles y las cabezas odiadas. Tienen por ley, castigar, trucidar; tienen la propiedad siniestra del acero. Debajo del cielo solitario no hay un hombre más grande que estos arcángeles fríos y tristes de la tierra; están cargados de la misión de castigar; cuando en otros tiempos un poderoso pensando que en sus manos se veía todavía sangre franqueaba temblando, la

puerta de la tumba les encontraba allí. Son el mañana de todos los días del crimen, una balanza enorme oscila en su mano. La noche tiene por cima su formidable gloria; son los jueces de la sombra, son la negra igualdad.

Pero dejadme tender las alas, en esfuerzo sobrehumano y alejarme para buscar la justicia de la altura.

II

Mirad ese niño de cinco años; las ramas no sostienen pájaro más puro, más fresco, más deslumbrador. La bendición parece salir de él. Todo en él dice: ¡Vivid, amadme, yo os amo!

Está formado de candor y gracia suprema. Por más que todo lo ignora, tiene el aspecto de la luminosa antorcha que lo alumbra y descubre todo; es el resultado de la unión de la aurora y de la sombra y es tan bello y tan dulce que se diría que la tradición y la fábula han tenido que juntarse para componer esa cabeza de inefable belleza y mezclar el niño Jesús y el travieso Cupido.

Su mirar ingenuo hace el efecto de un perdón y el hombre más duro queda sin defensa ante esta adorable y radiante criatura.

Es paloma, es cordero; sus cabellos de oro despiden destellos luminosos; acaricia y canta; todavía está lleno de la bondad divina, acaba de llegar de la celeste playa.

Se podría decir que es un arcangel deslumbrador.

Sube a un trono; ¡oh! no, mejor será decir que baja a él.

Se adivina en él la pobre alma avasallada, la debilidad profunda y sombría de la vida.

Aún siendo bello, es hombre y su espíritu es débil.

Es la fragilidad encantadora que sonríe. Nuestra flaqueza temible y frívola se mezcla a su blanca aurora. Su paso es incierto; su frente se dobla como una caña; pero no por eso ha perdido la inocencia de la cuna y en sus hermosos ojos en los que el amor irradia se advierten las risueñas claridades de la aurora del paraíso.

—

Ahora mirad a ese hombre, Villeroy. (1)

Se acerca al angel y éste le ve aproximarse sin espanto y este hombre desde uno de los balcones de Versalles, le enseña desde lejos la multitud enorme que se agita, el gran hormiguero de los hombres del trabajo, el obrero de los brazos rudos, las ondulaciones de la multitud, la ciudad con sus infinitos ruidos vivientes, graves y dulces y dice al niño:

—Todo ese pueblo es vuestro.

—

Vuestros son esos niños, esos hombres y esas mujeres, poseéis sus cuerpos, poseéis sus almas, vuestros son sus techos y su oro, vuestra su sangre, el campo y sus casas; ese transeunte os pertenece; hablad si queréis que muera. Todas las vidas son vuestras en todos los sitios y a cualquier hora; ese viejo con la frente calva es cosa vuestra; todos los hombres están hechos para doblar la rodilla; sólo vos estáis creado, para caminar con la cabeza erguida.

Todos se engañan, únicamente vos no cometéis falta alguna. Dios sólo se ocupa de vos y desprecia a todos esos; vuestro derecho es el derecho de Dios; ante vos el mundo debe inclinarse; Dios no tiene en el cielo más de lo que vos tenéis en la tierra; El es vuestro pensamiento y vos sois su brazo; El es rey de la altura y vos de este suelo.

Todo ese pueblo es vuestro.

El pobre niño escucha.

—

¿Quién es el que habla así? Es el demonio sin duda; no, es el hombre fatal porque camina arrastrándose; el cortesano está hecho del vientre de la serpiente.

Asqueroso aliento despide la boca podrida. La adula-

(1) Mariscal de Francia. Fué durante algún tiempo consejero del cínico Luis XV, uno de los reyes franceses de más triste memoria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ción es el más adioso de los homicidios, la miel más cobarde de los venenos.

¡Cegar los ojos de un alma apenas desciende del cielo! ¡sumergir en el orgullo una razón que flota! ¡Deshacer un niño para transformarle en déspota! ¡Hacer un egoista! ¡un tirano que detenga el progreso en el divino cuadrante!

Hacer un ser desenfrenado que dirá: ¡Yo soy el arca! ¡Soy altar! Para quien el género humano el bien el mal, los ojos llorosos, en una palabra, el hombre, no eran más que sombra, ruido y viento.

¡Desencadenar en el Louvre un siniestro porvenir; abusar del momento en que el labio se entreabre para verter en él ese filtro execrable! ¡Desnaturalizar un corazón, forzar un cerebro, embriagar la inocencia con el vino del poder sin límites!

¡Poner, con sonrisa abyecta y triunfante, todo un pueblo, como si fuera un juguete, en la mano de un niño para que rueden los dos en el abismo!

¡Pensador, seas quién fueres, ahí tienes las dos víctimas. Compadécete del pueblo, pero compadécete más aún del niño a quien se embrutece.

¡Madres, tened piedad de este pequeñuelo!

Un asesino se acerca a él para matar en su alma el amor, la virtud, la ternura, para arrancar de ella todos los buenos instintos y él está allí tranquilo y solo sin que que nadie le defienda.

La educación puede ser un gran beneficio o un gran crimen.

¡Frágil cabeza de un niño que un idiota puede aplastar! Sombría adulación que mezcla y petrifica el infinito absoluto en un espíritu cautivo y que hace que el hombre débil que cree lo que el adulador le dice, de poner su estrecho cráneo, hecho para deshacerse en breve en parangón con la cabeza del mismo Dios, con el profundo cielo lleno de sombra y lleno de alegría con ese gran cerebro del abismo donde vemos las deslumbradoras constelaciones.

—

Ya está Luis XV formado.

—

¡Oh, transformación! Si todo está acabado el niño ha bebido la copa sombría y su débil razón se ha nublado y desvanecido.

—Todo ese pueblo es vuestro,—de esa frase nació Tiberio.

¡Brevaje que convierte en insensato el más fuerte! Negro néctar que mata el alma y produce la más dañina de todas las embriagueces; la embriaguez que nos lanza a ascender a las más elevadas cumbres.

Todo ese pueblo es vuestro. Trance terrible a medida que más se piensa en ella, se siente más el dolor que produce y se experimenta estúpida alegría y gran enojo. Otro ser se desarrolla en su interior; la ignorancia entra en su corazón. ¿Para qué se ha de leer un libro siendo el amo del mundo? Aprender, estudiar, trabajar, ¿para qué? siendo rey de Francia e impecable.

¡Y pensar que ese trono, ese cetro, y esa espada conducen al vacío, al furor y al delirio, que ese brillo pierde al que debía guiar y que ese esplendor enorme es la obscuridad de la noche!

—

Puesto que la tierra, los hombres y las mujeres le pertenecen, deben consumirle todas las pasiones con su fuego; su voluntad debe hacerse cada vez más salvaje e indomable. Va creciendo y la garra de tigre va poco a poco naciendo al extremo de las alas del arcangel.

No comprende que se envilece, no adivina tampoco su imbecilidad. Tan obscuro es el camino por donde marcha.

En lo sucesivo vivirá fuera de la realidad, siempre soñando y teniendo siempre una quimera que le apartará de la humanidad. Vivirá lleno de oprobio ante todos los pueblos testigos de su cinismo, y sus infamias. Intentará inútilmente elevarse al cielo y cuanto más se esfuerce por conseguirlo, más se hundirá en el infierno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dirá: todo me está permitido, yo sólo existo. Creará tener bajo sus piés los astros y por proporcionarse un placer nuevo no le importará dar ocasión a cien desastres.

Cada día bajará un nuevo escalón de la escala de la ignominia; delira y cree que pueda atormentar a su capricho; tomará una virgen y hará una prostituta y ¿qué? ¿acaso no es el rey, el amo y el señor?

El hombre le debe su sangre, la mujer su honor.

Haga lo que haga, el derecho es suyo; si le place comer fango, no por eso perderá en el respeto, que quien le adoró lobo, seguirá adorándole cerdo.

Cada nuevo vicio imprime en su frente terrible huella; hace un esfuerzo inútil del poder y como en su mano el cetro es lo que un bastón en la de un ciego mutilado y atropella al mundo que tiene bajo sus pies y que se honra con el trabajo mientras él se infama.

Aborto espantoso de todas las grandezas, ser sin nombre frágil y miserable hecho de ceniza y ofrecido como pasto a los gusanos, no es ni siquiera un hombre; su ideal inmundo le ha trocado en espantoso mónstruo.

III

Ahora que cada cual sondee su propio abismo.

Tomemos a cualquier viviente, debil o fuerte, grande o ínfimo, rico o pobre, el dichoso y el que se ve forzado a caminar desnudo cualquier hombre en fin, supongamos digo, que le suben a lo alto de una montaña y que siendo niño, ignorante e inocente, le hacen creer que todo el mundo le pertenece. ¿Habrá uno sólo que responda de sí? ¿Habrá de entre vosotros uno solo que se atreva a decir: Yo me asomaré sin desvanecerme a esa inmensa ventana del poder gigantesco y encantador?

¿Habrá quién en esas circunstancias sea más sabio y más fuerte que la embriaguez que el mando y el poder producen? ¿Habrá quién diga que no dará crédito a la acariciadora voz de un adulador y que cerrará los ojos

para no ver el mundo que se le ofrece? ¿A quién qué le brinden con la copa del orgullo, de la voluptuosidad y la gloria la rechazará y se negará a acercársela a los labios? Aquel niño que lo ignora todo ¿podrá adivinarlo todo? ¿Quién viendo abrirse ante él aquel globo esplendoroso dejará de volverse loco? Viendo al mundo arrodillado y suplicante ¿quién que no sea Jesucristo os hará decir que tendrá serenidad y alientos para despreciarlo todo?

Retroceded ante ese precipicio que se llama rey y ante esa negra cima que produce vértigos y se llama trono.

Humanos, sed buenos, orad, sed caritativos. ¿Caritativos con quién? Con todos. Acordáos de que la compasión santa es también una limosna y que la caridad que alimenta y desarma al caer de la mano es óbolo y llega hecha lágrima al corazón.

IV

¡Tiranía! escalera que desciende en el mal, obscura, vertiginosa, fatal, crugiente y suave. En cada tramo aminora la luz y ¡desgraciado quién pone el pie en el primer escalón!

Es la espiral infame y traidora que conduce a la sombra y hace que nos tiñamos los pies con sangre. La conciencia ciega conduce allí al alma sorda. A cada paso que se da la carne se hace más pesada, la materia domina más al espíritu y se vé excluída del soplo universal.

Hoy es la falta y mañana el crimen; mañana se matará al que hoy se deja oprimir.

—

Se va descendiendo por la fatal escalera como si se soñara y el aire está preñado de visiones y se ve alombrado por débiles relámpagos.

Todas las máscaras que causan al mundo espanto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la cobardía, la crueldad, la ferocidad, la inmundicia, flotan allí.....

—

¿Eres tú Caín? ¿Sois vosotros crueles césares? El olor de los incensarios se mezcla allí con el de los cementerios; todos los espectros están allí, subiendo y bajando, lentamente los escalones.

Cada alma de tirano miserable está en su antro. Agripina con el cuerpo desnudo grita: ¡hiere en el vientre! Ninos, Semiramis, Achab y Jezabel, Molay arroja sus cenizas a Felipe el Hermoso. Agénes la réproba y la excomulgada Berta atormentada con ardiente teneza, María Stuardo decapitada, Albret sin lengua, y Médicis con Mesalina y Alejandro sexto, ruedan lugubremente por esta escalera. Lady Macbech apaga la lámpara con sus dedos; Maude palpa el cuerpo de su padre, todavía caliente; fogoso caballo arrastra a Brunehaut haciendo rebotar su cabeza incesantemente; y Ciró, Josué el sangriento patriarca, Alarico degollando a los pueblos que se codillan ante él, pasan ante vosotros diciendo: —Reinad y haced lo que nosotros hicimos.

Todos os hablan y os dicen: Sigue mi ejemplo. Están en un sepulcro y creen estar en un templo.

Cada escalón, ¡oh, terror! adquiere vida bajo vuestros pies y os empuja con alientos de titán para que sigáis bajando.

—¡Desciende, Carlos! ¡desciende, Federico! ¡desciende, Pedro! ¡convertíos en plomo! ¡convertíos en acero! ¡convertíos en piedra! ¡La sangre de los buenos después de la sangre de los inocentes!

¡Reina! ¡más abajo! ¡desciende!

¿Detenerse? ¿cómo? ¿Volver a subir? ¡imposible!

Y siguen bajando; la luz se va extinguiendo a medida que se va bajando escalones; allí no encuentran amigos, ni astros, ni apoyo, ni guía. Los cielos están vacíos y en aquel abismo solo se oye el rugido de las Euménides.

V

¡Ay de mí! Me cogí la cabeza con las manos y contemplando la bruma y mirando los caminos, he soñado. Con la penetrante mirada del pensamiento he seguido la dispersa caravana humana, repartida en los bajos y en las cimas, con sus camellos y sus Mahomas, caminando sin objeto, sin cielo, sin sol, sin patria, cual débil rebaño que muestra su espalda fustigada, su lomo negro en el que se pueden contar los nudos del látigo; entretanto el viento tenebroso sacudía las barcas en el mar y las encinas en los montes, entretanto el cuadrante, parca misteriosa, la hora cortaba en el aire, en la tierra y en el agua todos los hilos con sus tijeras negras, entretando el día pálido y triste esperaba el momento de nacer, como un prisionero sueña con romper las rejas de su cárcel. He pasado muchas noches meditando lúgubremente, mirando en la sombra informe lo que se arrastra, olvidándome de despabilar la mecha de mi lámpara y teniendo elevada la vista en los revueltos hijos de Jafet, y no preucupándome más que de la justicia, ha hecho comparecer ante mi austera conciencia al hombre que fué rey, al que fué sacerdote. He pasado extraña revista a los tiranos y esos ladrones deslumbradores que se llaman conquistadores han respondido a mi interrogatorio.

Los príncipes, los héroes, los jefes, toda la historia; Cambises, el mónstruo ideal que amordazaba hasta al cobarde inmundo que no se atrevía a hablar; los imanes, los sultanes, aquellos convulsionarios que con sus crispados puños atormentaban los truenos, desencadenando la guerra y el caos teniendo ante sus ojos el estupor del rayo, Este, Austria, Valois, Plantagenet, Farnesio y esas cabezas de muerto, de mirar de fuego que ciñeron la corona y se llamaron césares, me han hablado también; he sondado a los Baltasares, los Amurates que hacen fiestas de los suplicios. Ved que hacía clavar los turbantes en las cabezas, los Alejandros que en su lo-

cura pretenden igualarse a Ashos, las majestades con sus inmensos mantos de púrpura, Rodrigo, Etelrico, Timour, Isaac el Angel, Ortogux en el crimen y Claudio en el fango, Chistian, Juan el Malo, Juan el Bueno y Ricardo tercero; después he visto al lado de este tropel de reyes, un montón de instrumentos de tortura; he considerado a cada uno de estos monarcas desenvolviendo su trágica aventura en la palma de mi mano. Tranquilamente he hecho el examen del hombre y de su época, he medido todas las momias y cada uno de los esqueletos despojándolos de sus sudarios; mi escalpelo ha unido al hacer la dirección a Bizancio con Ducas a Joam con Sion. He analizado sus brutales leyes, he escrutado los días falsos, las justicias ignominiosas, las impurezas de las costumbres y sus reflejos, los he visto en las frentes de los tiranos. Las he confrontado y he comparado su naturaleza con la nuestra. He aquilatado las acciones, he deslustrado los nombres y estremeciéndome he pronunciado esta palabra: ¡Perdonemos!

—

El filósofo inflexible que estudia impacablemente el hecho y que la inexorable historia lee, con tristeza por tener siempre ante su vista las mismas olas que constantemente chocan contra la misma roca, se indigna y se endurece y se hace feroz a fuerza de ver a la ley divorciada del derecho, el hecho y la espada siempre triunfante y el mal cayendo constantemente sobre la frente sagrada del ideal.

Pierde la paciencia y dice:

—«La corona es un crimen; la raleza no es más que un lúgubre abismo. Lo único que puede hacer un rey que sucede a otro rey, es cambiar en espanto la expectación; la historia es la rima espantosa del crimen solidario; la madera del cadalso y la del trono están unidas. Todo cetro tiene una espada por esposa y la púrpura desciende sobre los pueblos formando un espantoso mar de sangre.

¡El derecho divino! ¡miasma horrible! al reinar se

respira el furor y las tinieblas; una escalera de cadáveres conduce a esos puestos elevados a donde la fuerza eleva. Sus escalones son las gemonías.

Por cinco o seis héroes, por dos o tres genios ¡cuánto verdugo! ¡cuánto loco! ¡cuántos enanos! ¡cuántos Nerones para unos pocos Antoninos!

Un rey es el compendio de los otros reyes. El antiguo despotismo es el tormento del hombre; desde hace cuatro mil años, bajo el gran cielo sereno, la humanidad cuge dentro de ese toro de bronce y la imprecación no eligе; y la sombra no espera ni un rayo de luz que vaya a mitigar sus dolores infinitos.

Desde hace cuatro mil años, este globo, ciego infierno, llora y rechina los dientes bajo los tronos de hierro. Los reyes son los Plutones y la tierra es su Erebo.

Sobre los duros potros, guerra, hambre y tiranía el género humano había de sufrir otros dos verdugos, la ignorancia y el mal. ¿Hay un rey sin pesar, sin turbación y sin remordimientos?

¡Ay de mí! ¿existe alguno que si se atreviera a penetrar en la morada de los muertos dejara de oir alguna voz conocida que pronunciara su nombre con temor?

El mejor monarca hace llorar, derraman sangre, hacen sufrir y arrancan quejidos; Trajano es arbitrario, Tito homicida; estos déspotas están fuera de la ley natural. ¿Qué podrá decir Marco Aurelio entre su antepasado Octavio y su hijo Comodo?

Tarquino es amo de Roma y Amenofis de Atenas, Juan reina sobre la nieve y Rustán sobre las arenas; todos se mezclan en la sombra y todos son responsables, se vé a todos los malos a través de los buenos.

¡Triste noche! el león y el lobo son parientes; son los dueños del mundo y comen, rien y se tutean; los cuervos se reparten la presa.

Mahoma llama a Hildebando por su nombre, le toca en el hombro y le dice: ¡compañero! toda el agua del océano es amarga.

Kremlin ve al niño Pedro a quien su madre amamante hacer gestos feroces; Carlos quinto que dominó a Eu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ropa ahogándola es un boa sombrío y tiene por hijo a una serpiente de cascabel, la vejez es fúnebre y la infancia fatal; ¡oh, espantoso misterio de los reyes infortunados!

Demonios después de muertos, mónstruos desde que nacen; la humanidad los cuenta enumerando sus suplicios y de todos sus sepulcros son cómplices sus cunas.

Cuando el pueblo en el cadalso se agita agonizante ni un solo hilo de la cuerda, ¡ay de mí! es inocente; cuando el mundo está trás la reja del calabozo espantoso todos los eslabones tienen su parte de culpa del crimen de la cadena.

¿Hay buenos reyes? No, dice Epicteto; no, dice Platón; no, dice Juan de Patmos y Zenón dice: hay buenos reyes como hay buenas hachas.

Enrique cuarto, de tí dirá un día la historia: no era malo, no; pero era rey.

Cuando el lamentable auto de fe se enciende, cuando el condenado arde, se retuerce y humea, cuando el verdugo muerde a la víctima procurando aplacar su hambre, cuando el moribundo se extremece en el último estertor, es posible que una llama se desvíe y grite: Yo soy luz.

No, un rey no es bueno, no; un rey no es bondadoso y todos están en cada uno y cada uno en todos.

Pueblo, cuando menos hacedles expiar sus culpas con tu odio; todos tienen en la frente impresa la mano de la historia.

¡Anatema sobre todos!

Precisamente esta fatalidad que hace extremecer produce mi tortura.

—

Siento a veces piedades insondables, compadezco a los grandes y a los formidables, a los demonios rugientes y a los dioses tonantes, bajo el peso de los sombríos continentes; ante los horrores, ante el antro de nuestros anales deforme y lleno de resplandores infernales pienso en vosotros y os compadezco.

Pensando la conciencia, observando el horizonte, llego

a dudar de que el juez tenga razón y de que el historiador se haya apoderado del verdadero culpable.

Y del pasado ya perdido por completo en la bruma impalpable, del presente donde yo mismo me he asfixiado, de ese patíbulo, el derecho del osario, de esta visión: Louvre, Circo, Hipódramo, emperadores que degradaron el imperio de Roma, Pedro y César rompiendo sus monstruosos himeneos, Papas negros extendiendo en la sombra la mano, reyes excomulgados, atentados patíbulos, violaciones de las cosas sagradas, pueblos vendidos y prostituídos, los Narcisos dichosos, los Fraseas asesinados, el déspota, el crimen, el veneno, el puñal... de toda esa desesperación salvaje y desmesurada oiga salir este grito:

¡Miserere!

—

Sí, perdonemos. Dios sabe con que severo cuidado, tocando esas frentes de bronce y esos cráneos de barro, triste, examino este montón de poderosos. Estaba allí respirando el olor del incienso, mirando bajo el Dios, volviendo la medalla veía al gusano que trabajaba en los reyes y mi espíritu perdido en el horror se encenagaba en el negro museo con Bossuet.

Pues bien, misericordia.

VI

Cualquiera de vosotros que me siga hasta la sombra antidiluviana, hasta el lobo primitivo Nemrod; después remontémosnos a nuestros siglos cristianos; evoquemos todos los reyes, que todos se presenten en la barra Guido el Baboso, Manfredo el Negro, Juan el Bárbaro, Matías el Sanguinario y Pedro el Cruel; sigamos rebuscando hasta encontrar algún áspero Ezequiel, que por nosotros resucite Aureng, Zeb, y se reanime el atroz Rhinometo y el impuro Copronico; vayamos de los griegos a los turcos, de los emires a los sofíes, del schad que mata a su padre, el czar que mata a su hijo; hagamos levantar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a todos esos nombres, Macbeth, el príncipe Augusto; Oswy, rey de Northumbre; Valentiniano; el que duerme con sus osos, Bosis en su Kremlin, Achuet en las siete Torres, los faraones acostados en los geroglíficos, los sakapas, los deys, los lamas, los califas, los levantadores de cadalsos, los arrastradores de cañones.

Llamemos también a los scheiks y a los sudaneses, tomemos todos los reinos en masa, todos los imperios juntos e interroguemos a Esquilo y despertemos a Shakespeare; a los poetas sagrados les interrogaremos también ¿y qué nos contestarán?

Esos hombres no eran peores que los demás.

—

A los césares los formó el aire fatal de Roma. Mientras Isis cubra la razón, los Menfis y los Tebas tendrán por hijos los Faraones.

La atmósfera extraña y terrible del trono ha hecho a Tudor en Londres y Phul en Babilonia.

Nadie es desde luego, Achab, Domiciano o Abbas, no, no puede nacer el demonio en la tierra, no hay ningún ser que al nacer sea la mitad de carne y la mitad de mármol.

No el que lo ha hecho todo y el que de todo responde no ha puesto un dragón, una hidra, un tigre, un lobo en ese niño que tiene su madre entre sus brazos.

Todos los hombres nacen buenos, puros, generosos, probos, tiernos; toda alma es estrella al salir de la mano de Dios.

—

Si ese corazón está helado es que se ha apagado su fuego; si esa ala se ha roto y si ese espíritu está contra-hecho, es porque se le ha comprimido en una caja demasiado estrecha; si ese hombre es horrible, es porque se le ha vaciado en un molde de crimen y de deformidad.

—

La ignorancia que engendra el luto y de la que sale

—

el vicio, tiene siete pezones de sombra y cada una alimenta a una de las siete partes del mal, mónstruo sin ojos; cada déspota ha bebido de esta leche misteriosa. Desde que nace le arrancan el pensamiento y se lo destruyen.

Es un pequeñuelo y ¿qué ha de hacer contra ese terrible preceptor que llamamos mal?

Fuera de la vida y del destino normal se le forma una cuna horrible en la que las quimeras ¡repugnantes madres! van mientras duerme a mecerle.

Sus ojos, que afanosos buscan la luz del día, se abren para no ver; le envuelven en las mantillas del poder; los intereses abyectos agrupados en torno del amo, le retiran la idea de la atmósfera, le impiden ser y ocultándole lo santo, lo puro, lo grande, lo bello, le encierran en sí mismo del mismo modo que le encerrarían en un sepulcro.

El primer idiota que llega a coger a ese pobre niño rey y le lleva fuera de la razón humana; el más humilde de los cortesanos adulándole, pone lo falso en aquella mirada en lo que estaba lo verdadero.

—

Si es suficiente un duque de Alba o un Wolsey para hacer que se precipite en todos los horrores de que es capaz el corazón malvado a los Enrique tercero y a los Felipe segundo; ¿qué ocurrirá cuando tengan a su lado en lugar de un miserable eunuco o de un servidor inepto, un espíritu vasto que acierte a hacer de su falta un precepto ensonjeando su instinto salvaje o sus deseos impuros? Esto hizo Aristóteles con Alejandro y Bossuet con Luis.

—

La ignorancia y la noche son dos lúgubres hermanas. La una hace los corazones malsanos, los espíritus insalubres, los cerebros relajados; la otra es estancamiento de las tinieblas pasando sobre la creación.

La ignorancia hace los Tiros, las Babeles, las Sado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas, la guerra y los combates, sombrías tempestades de hombres de los que salen los césares, Hapsburgos, los Capetos; la noche produce caos de espesas nubes esas tormentas que apagan los astros, que rugen y remueven los abismos del mundo desde el mar Caspio al negro lago de Michigan.

La una engendra al déspota, la otra el huracán.

No tienen corazón, miradas ni alas; ocasionan la muerte.

Cuando el hombre, encarándose con el destino o con la duda se encuentra a solas con ellas, tiembla. Ambas son el sudario, son la ausencia de la luz, el loco infamante, y una lleva al cielo y la otra al alma.

VII

He visto la India y me compadezco del sombrío tchandala; ningún hombre le habló **nunca** fraternalmente; su sed enturbia el río; ante su martirio la cabaña se cierra y la mano se retira; es el reprobo del agua, del pan, del hogar; se diría que el fuego, el aire y la tierra le rechazan, que el campo le odia, que la materia le aborrece y le mantiene completamente fuera de ello, nadie le da abrigo ni le recibe. Pero al menos, tal como es y como pueda ser, le queda el alma, y aunque sobre su cabeza funesta se arrojen la lepra y el tedio, la peste y su horror, no esto maldito, puesto que puede ser bueno.

—

Ahora fijáos en éste. La justicia resplandece aunque no para él. ¡Cómo embrutece el error!

Es rey. El progreso luminoso y vivo brota con el sol que nace, pone todo el género humano, pero no para él que no lo veía. Cada cual puede en su carrera beber en la grande y pura fuente de la verdad, solamente él no se podrá acercar.

La palabra que se ha dicho, el paso que se ha dado, el día que nace no existen para él; su oído es de

piedra, ni un rayo real puede llegar a sus pupilas; parece que la suerte se complace en hacer que se pierda en un horrible bosque. Se le considera alejado de los demás hombres e imposibilitado de ser lo que somos los demás.

Sin guía en el desierto y no pudiendo elegir más que el crimen en la obscuridad en que se arrastra su deseo, sólo le restan los viles apetitos.

Fuera de toda conciencia y de toda luz, desterrado de la razón y de la verdad en la prodigiosa y loca obscuridad que hace más lamentable su paso vago como un paria siniestro de la aurora.

—

Y de estos dos condenados, decid, ¿cuál mueve más a compasión?

El uno está alejado de la dicha, el otro de la virtud.

¿Cuál es más fatal y está más solitario? Decid ¿el que no tiene un pedazo de pan o el que no tiene ni podrá tener su parte de verdad?

¡Ah, lloremos por el rey que es el gran desheredado!

VIII

Los hombres malditos necesitan que se fijen en sus misterios y en sus destinos. Una mirada cariñosa es para ellos un favor, ¿y quién más indicado que el soñador para prodigarles la bondad venerable?

¿Quién recogerá el harapo miserable del dorado Czar del rey flor defisado? ¿Quién se cuidará del viejo Czar hecho pedazos?

En este mundo en que la historia sólo ilumina hormigueros de tumbas y de gusanos, ¿quién le ofrecerá consuelo? ¿Quién sino él será el augusto Job de los oprobios de los demás? Enterneciéndole el efecto por el enigma de las causas, teniendo delante del espíritu la obscuridad de las cosas, se reclinará grave, indulgente, ternecido sobre ese vasto muladar que se llama huma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nidad y compañero voluntario de las abyecciones, al encontrarse con la tiranía y con el tirano, cogerá la teja para arrancar la lacería de la úlcera.

El que compadece, comprende.

Cuando la mirada no es severa para ellos, la alborada que presenta el horizonte es menos confusa.

La gran verdad nace de la gran disculpa. Quitad el anatema y veréis al punto brillar la claridad.

El pensador vigilante calenturiento, tratando de investigar el secreto supremo, está en vela atento a toda la naturaleza, y comparando el elemento y el destino, confunde en la misma mirada sobre lo humano y profundo los soplos, las casualidades, el coloso, la mosca, el mónstruo que se despierta y el astro que se pone, el cambio de una nube en el cielo y el trayecto del error en el alma humana, los lineamientos de que surge lo desconocido y los sombríos principios que los crímenes enrojecen.

La noche que coincide con los Gensésicos, la espada y el cetro, la garra y el diente, el tigre y el asno, el horror babilónico, todo esto lo explican estas inmensas compasiones.

Cuando se ha dejado de maldecir, la suerte aparece como un caos tranquilo del que dimana el orden augusto.

Los misterios ante el pensador despojado de su coleso, son el abismo, pero el abismo que se ilumina.

—

Se reconoce que son bien poca cosa esos tristes Nerones conducidos por Palas, para los que Dios es sólo un espectro y los seres humanos no más que una serie de nombres. Esa especie de monte, formado de reinos sombríos, ese edificio espantoso que cada edad construye con atentados, glorias y ruido, y que marcado por surcos sangrientos, hecho bloque con los reyes, sombrías cariatides; ese caos de hechos pasados tristes, repugnantes asquerosos, que recarga la memoria, informe de los tiranos.

Esa gran roca del mal, aluvión de crímenes, pedestal gigantesco de la erguida Némesis, ancho, enorme, ¡buen Dios, una lágrima lo disuelve!

El llanto es sagrado, brota el llanto humano del corazón y el divino del alma.

Desde que examinándonos a nosotros mismos nos resolvemos a buscar el lado perdonable de todo, desde que desechamos las prevenciones, lo real se levanta el velo y sentimos en el pecho latir un nuevo corazón.

—

Un angel vió un día a los hombres sumidos en la noche y les gritó desde lo alto de su serena esfera: Esperad, voy a traeros la luz. Volvió y traía de la mano la Piedad.

IX

Todo se ve a medias. Veamos la otra mitad.

Siempre será una cosa incierta, incompleta, lo que ha de dilucidarse en el banquillo de los acusados.

¿Vamos a hacer el proceso a este hombre? Probemos. Es un tirano. En un inteligencia dormida, el egoismo ha producido la estúpida indiferencia.

Las dos antorchas humanas, la ciencia y la conciencia no han brillado en su mano ni un solo momento. Su conciencia está muerta, los retóricos han apagado esa llama efímera. No es probable que haya abierto una gramática.

Golpea sin saber nada, porque nada le han enseñado, sólo sabe que veneran el cetro y besan el bastón.

Todos son aduladores y nadie se atrevido a hacer ninguna objeción.

Habla él y todo un pueblo tiembla como una hoja azotada por el huracán, dice: ¡reino!; camina sobre todos y todos se inclinan para que él los atropelle. Aconsejado en secreto por un sacerdote, gritó:

—Soy Dios, y como a un Dios quiero que se me adore y se me ruegue.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

nidad y compañero voluntario de las abyecciones, al encontrarse con la tiranía y con el tirano, cogerá la teja para arrancar la lacería de la úlcera.

El que compadece, comprende.

Cuando la mirada no es severa para ellos, la alborada que presenta el horizonte es menos confusa.

La gran verdad nace de la gran disculpa. Quitad el anatema y veréis al punto brillar la claridad.

El pensador vigilante calenturiento, tratando de investigar el secreto supremo, está en vela atento a toda la naturaleza, y comparando el elemento y el destino, confunde en la misma mirada sobre lo humano y profundo los soplos, las casualidades, el coloso, la mosca, el mónstruo que se despierta y el astro que se pone, el cambio de una nube en el cielo y el trayecto del error en el alma humana, los lineamientos de que surge lo desconocido y los sombríos principios que los crímenes enrojecen.

La noche que coincide con los Gensésicos, la espada y el cetro, la garra y el diente, el tigre y el asno, el horror babilónico, todo esto lo explican estas inmensas compasiones.

Cuando se ha dejado de maldecir, la suerte aparece como un caos tranquilo del que dimana el orden augusto.

Los misterios ante el pensador despojado de su coleso, son el abismo, pero el abismo que se ilumina.

—

Se reconoce que son bien poca cosa esos tristes Nerones conducidos por Palas, para los que Dios es sólo un espectro y los seres humanos no más que una serie de nombres. Esa especie de monte, formado de reinos sombríos, ese edificio espantoso que cada edad construye con atentados, glorias y ruido, y que marcado por surcos sangrientos, hecho bloque con los reyes, sombrías cariatides; ese caos de hechos pasados tristes, repugnantes asquerosos, que recarga la memoria, informe de los tiranos.

Esa gran roca del mal, aluvión de crímenes, pedestal gigantesco de la erguida Némesis, ancho, enorme, ¡buen Dios, una lágrima lo disuelve!

El llanto es sagrado, brota el llanto humano del corazón y el divino del alma.

Desde que examinándonos a nosotros mismos nos resolvemos a buscar el lado perdonable de todo, desde que desechamos las prevenciones, lo real se levanta el velo y sentimos en el pecho latir un nuevo corazón.

—

Un angel vió un día a los hombres sumidos en la noche y les gritó desde lo alto de su serena esfera: Esperad, voy a traeros la luz. Volvió y traía de la mano la Piedad.

IX

Todo se ve a medias. Veamos la otra mitad.

Siempre será una cosa incierta, incompleta, lo que ha de dilucidarse en el banquillo de los acusados.

¿Vamos a hacer el proceso a este hombre? Probemos. Es un tirano. En un inteligencia dormida, el egoismo ha producido la estúpida indiferencia.

Las dos antorchas humanas, la ciencia y la conciencia no han brillado en su mano ni un solo momento. Su conciencia está muerta, los retóricos han apagado esa llama efímera. No es probable que haya abierto una gramática.

Golpea sin saber nada, porque nada le han enseñado, sólo sabe que veneran el cetro y besan el bastón.

Todos son aduladores y nadie se atrevido a hacer ninguna objeción.

Habla él y todo un pueblo tiembla como una hoja azotada por el huracán, dice: ¡reino!; camina sobre todos y todos se inclinan para que él los atropelle. Aconsejado en secreto por un sacerdote, gritó:

—Soy Dios, y como a un Dios quiero que se me adore y se me ruegue.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Los magaistrados han dicho: ¡Pueblo, es tu deber! Un día un loco furioso, deseó ver como los caimanes comían hombres, y los ediles se apresuraron a hacer un palacio de mármol para los cocodrilos.

El universo para él es un inmenso criado.

El bien, lo justo, es sólo lo que el rey le place.

Si se le antoja derramar sangre, la sangre es una gloria, será una púrpura; si desea beberla, se dará gracias a los dioses por la sed que siente Nerón.

La fuerza le aturde con el sonido de sus clarines.

Caifás, teniendo en el corazón a Satanás y a Dios, en la lengua le declara elocuente y bueno y le dirige la palabra. Todos los ruídos que oye le ensordecen; la tierra entera parece en su estupidez conspirar traidoramente para que aquel hombre se extravie.

El mundo presenta la espalda para sufrir latigazos y dobla la cabeza para que le golpeen. Roma, París, Londres, Moscou, Bacon y su razón, Virgilio con su lira se empequeñecen ante ese enano delirante adquiere instinto de hiena, y en él es grande el apetito y pequeño el pensamiento.

Que se levante una voz para acusar a ese hombre y veinte tribunales abyectos se indignarán y su justicia castigará a la verdad augusta, la sombra hará que se encierre a la luz en un calabozo.

Todas las vendas que puede soportar la frente las llevará él, que los cortesanos que a su puerta velan se encargarán de ver si son bastante espesas.

En la paz es feroz, obscuro, abominable; era ignorante y le han agregado la locura: roba, mata, aplasta, extermina, expolia, levanta cadalsos, esperjuro, miente, saquea, extrangula, destruye, incendia tranquilamente; su poder es tromba, terrible y destructora, y, sin embargo, oigamos ahora a sus jueces.

—

Tácito, ¿tú qué dices? ¿Qué dirás, Juvenal?

El mismo Dios se queda pensativo. El castigo teme ser injusto y el fallo que no puede condenar, no se atreve a absolver.

X

¿Insistes? Pues bien, insistamos. Si, don Pedro degollando niños inocentes es un malvado; Bardas, León el falsario, Valarie. Justiniano cegando a Belisario, Alejandro exponiendo a Calistenes a los leones son espantosos; los Phocas y los Pigmaliones son repugnantes; el sangriento Jerges apaleando las amargas olas, Constantino Cabaliano hacinando a los pies de su caballo pedazos de ojos sacados, Sapor cubriendo de sal una mujer desollada, espantan; Achab atormentador de Miqueo, Didier, Osmar Ratbert, Witiza, Childelbrando, los Conmenos, Miguel Calafati mostrando toda la crueldad que cabe en lo efímero; César atropellando la ley, Nerón asesinando a su madre, dan horror, son viles, son abyectos. ¿Y nosotros? ¿Por qué esos senadores les hablan de rodillas? ¿Por qué ese sacerdote y falsario los inciensa? ¿Por qué les obedecemos? ¿Por qué el mundo que puede sacudir el yugo acepta el poder absoluto? ¿Por qué los más numerosos han de ser los más miserables? ¿Cómo puede la tierra maldecirlos después de haberlos formado?

¡Pueblo! Consentir al tirano, es hacerlo.

—

Sigamos penetrando en esta sombría esfera.

Preguntemos a la esfinge, al enigma, a lo desconocido.

¿Sabemos por ventura por qué nacemos y de qué nacemos? ¿Es nadie dueño de elegir el sitio y la hora de nuestro nacimiento? ¿El feto elige su destino? ¡Y queréis que seamos responsables! ¿De qué? ¿De ser hombre de tal siglo o hijo de tal rey? ¿De ser átomo errante en la obscuridad de tal zona? ¿De haber sido arrojado al nacer en cualquier trono? ¿De haber salido hecho sultán del infinito misterio? ¿Podemos ser acusados y merecemos un castigo por ocupar un sitio en que el negro destino nos colocó, cuando semilla de vida abandonado al viento nos hizo florecer débiles y humildes sobre la tierra? ¿Qué había hecho ese ser inocente para ser

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS UANL

un tirano, un alma negra, para ser el sentenciado siniestro de la historia, para ser un espectro fugitivo, para que todas las iras, para que todas las argollas, todos los cerrojos, todos los cadalsos, todas las visiones sombrías, todos los vuelos de los cuervos y de los buitres, pasen sobre él constantemente? ¿Qué ha hecho para ser Periandro, Busiris, Constantino, Carlos noveno? ¿Para estar continuamente al borde del abismo?

Si él hubiera visto el fúnebre destino que le esperaba, de seguro hubiese huído.

¿No tenía también derecho en esos limbos donde el ser va errante y donde el alma tiembla para caer a la tierra, no tenía derecho, digo, a tener una madre pobre? ¿Mereció acaso ser una terrible excepción? ¡Oh, Dios! Que ciernes a los hombres por los negros agujeros de tu criba y que lanzas al viento el grano predestinado, ¿no tenía derecho ese infeliz recién nacido, como todos los que al nacer van a perderse en el montón, al desván, a los zapatos sin suela, a los harapos que dejan las carnes al descubierto? ¿No tenía derecho a la santa miseria? ¿Era preciso hacerle príncipe y monstruo? ¡Honores pagados demasiado caros! Kremlins, Alhambras, Corona, orgullo de la frente; cetro esplendor de la mano, gradas del trono, brillo, poder, sólios, frentes inclinadas, sillones de oro, doseles de púrpura, si él hubiera sabido todo lo que encerráis de negro y de precipicio, hubiera exclamado: ¡Jamás! ¡Jamás!

El niño desnudo que depositan en el umbral del hospicio, ignora que existe esos terciopelos, esas riquezas; pero Dios le bendice.

Es preferible sollozar sin techo, sin fuego, sin pan, tener frío y comer mal, que ser infante, hijo del Czar o del Delfín. ¡Antes que esto, es preferible ser mendigo pastor, porquero!... El trabajador del muelle que carga fardos sobre su espalda, el titiritero de las plazuelas y el pobre que en las calles canta, aguardando que se les arroje una moneda, los mismos hundidos en los pozos tenebrosos, el negro esclavo que rodea con un andrajo la cadena que le sujeta para no sentir el frío del hierro sobre su carne, estos son elegidos, son los dichosos.

XI

¿Creéis acaso, pensadores, que os apiadáis del repugnante mendigo y del ladrón de los bosques, harapiento y extenuado, que ese bandido no es también un déspota? Es el tirano salvaje de la noche; elige la obscuridad y se hunde en ella y se hace el conquistador de los sitios solitarios. El bosque que viola, le ve llegar como Roma miraba a Atila.

¿Creéis que no tiene también sus aduladores? Tiene su hambre que le dice: ¡toma! su sed le dice: ¡mata! la soledad cubierta de maleza que le dice: estás solo, ladrón, eres rey; tiene su grueso palo que le dice: cuenta conmigo; sus fuertes músculos que añaden: nadie puede resistirte, el pasajero tiembla ante ti, con un puñetazo puedes matar a un hombre. Tiene el corazón preñado en odio que le grita sin cesar: No perdones a nadie y sus harapos besan sus crímenes con sus miserables bocas, y acariciando sus manos tintas en sangre, murmuran siempre a su oído: El oro debe tomarse, la sangre se ha de beber, busca oro, conciencia negra, los astros sólo brillan cuando está negro el horizonte.

XII

A los resplandores de la antorcha que mi mano sostiene, ha acudido el hormiguero tenebroso.

Ante mi espíritu sereno y guiado por la equidad, he dado cita a la miseria humana, a la ignorancia, a los humildes o cualquiera que por alma tenga un tragaluz cegado.

Al verlos reunidos, tengo piedad de todos esos semivivos sin nombre; de todos los que el dolor deja sentir su huella; de los mendigos sin vida y de frente entrapajada; del lisiado que tiembla sobre sus muletas; y al considerarlos como de mi familia teniendo todos derecho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a las lágrimas, su único tesoro, he sentido más compasión aún hacia el lisiado del cetro y el ciego de la corona.

—

La ceguedad pesa sobre todos y les rodea; pero sobre todos y sobre sus cráneos planos pesa una diadema de oro. ¡Ay de mí! ¡No saber nada, no ver nada y tener un imperio! ¡Serlo todo sin ser nada! ¡Qué espantosa indulgencia! ¡Qué desnudez más dura, qué abandono más triste, qué coincidencia más digna de perdón que la completa ignorancia y el poder supremo!

XIII

Hoy diré como Dante; pero con mayor tristeza y voz menos salvaje y estridente: «Si no se me comprende volveré a empezar; ese pueblo es como el agua que se hiende y no se puede profundizar, y repetiré cien veces lo mismo».

La piedad tiembla cuando contra ella se levanta el grito y el dolor del género humano maltratado.

—

Vosotros, los desconocidos, la irresponsable multitud; vosotros para quienes pasan los minutos inconscientes, felices de ser pequeños y sintiendo el consuelo que da a los vivientes el olvido, no dando un paso que deje señal, no teniendo más cuidados que ver granos de arena, figuráos a ese que no es más que un pasajero y que se considera absoluto, muy alto y muy poderoso! ¡Imagináos lo que es un déspota! Ante su pueblo se estúpidamente, mientras el pueblo solloza; su grandeza tiene su fundamento en la nada, la enormidad del trono pesa sobre su alma y la aplasta; bajo la planta de ese hombre muere el hondor y huye el derecho, la paz es un pantano de vergüenza corrompida; leyes, justicia, religión, todo es cieno.

Para ganar tu proceso, ¿eres Trimalión? Bien. ¿Paga? ¿Eres Friné? Muestra a los jueces tu desnudo seno.

Se aspira a las tumbas lo mismo que a los refugios; la guerra es un tumulto informe, un choque de pasiones, de salvajes instintos y de apetitos feroces; va inconscientemente de batalla en batalla, incendia una ciudad, como si fuera un montón de paja, y la campiña incendiada alumbra los montes. Después huye de él la victoria y le despedaza, pero ya es tarde, porque ha convertido los campos y las ciudades en cementerios.

—

¿Por qué un desgraciado esté rodeado de poder, de autoridad, de orgullo, de licencia, de lujo, de dicha, no le compadeceréis? ¿Por qué él vive en lo alto y nosotros abajo, porque ocupe la presidencia de la mesa teniendo a la derecha un canciller y a la izquierda un condestable, porque ese desgraciado ebrio se crea Dios, porque por estar en medio de un mundo extraño entre incienso y festines y ejércitos, porque tenga una tiara en la frente, porque ese ser se llame rey, porque haya nacido flordelisada, bendecido, respetado, coronado en una cuna sembrada de abejas, en Versalles, no os moverá a compasión, no tendréis entrañas.

—

¡Miradlos y veréis cómo están asustados! Los Trastamaras se acechan unos a otros, y cada uno de ellos temblando a su pesar, echa la mano al puñal en cuanto ve que se acerca su hermano; Alonso cambia todas las noches de cama; Luis onceno enflaquece y tiembla; Enrique octavo hace registrar su lecho a estocadas; Rustán es un bruto que se dedica a matar, y ve en todos los ojos, implacables designios y cree que cuantos pasan por su lado son asesinos.

—

¿Habéis pensado en el Czar de Moscow? ¿Habéis pensado en el emperador de Roma? ¡Cifra obscura! ¡Negro cero que eres la suma del mundo! ¿Has meditado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre la horrorosa suerte del sultán? La capa que le envuelve está adornada con perlas. A través del cristal de su minero corredor, ve un paraíso de interminables alamedas, baños lascivos, pájaros, flores y mujeres desnudas; sobre su turbante lleva una media luna de oro, el astro del eclipse que produce la demencia.

Para llegar a ser déspota, para ser vencedor han empezado por arrancarle el corazón.

Su trono es un matadero, su corte un muladar.

Cien mónstruos blancos y negros guardan su palacio sombrío, y los eunucos del cuerpo aborrecidos por los hombres, y las mujeres guardan al eunuco del alma más despreciable que ellos.

—

Filósofos, interrogad a las leyes, las costumbres, a las preocupaciones, los perjuicios. Revolved la historia, ese panteón de crímenes, ese sarcófago de las muertas dinastías y encontraréis a todos esos grandes desgraciados, bandidos que aterraron al mundo degollándose desde Constantino el ateo a Isaac el levita; desde Darío de Persia hasta Dusitri el moscovita; de el inglés Eduardo hasta el medo Barazas, que fueron reyes porque nacieron príncipes y que al nacer pueblo hubieran sido forzados.

¿Qué es Carlos noveno? Es Ravaillac. Alonso, Sancho y Ramiro, son idiotas de bronce. ¿Qué es Enrique tercero? Un imbécil. ¿Y Ivan? Un insensato. ¿Mourand el tigre del diván? Un frenético. ¡Ay de mí! La ignorancia hace que a estos criminales se les compadezca en los presidios y se les maldiga en los palacios.

XIV

¿Y no queréis que digamos basta?

¿Y no queréis que tendamos la mano a estos insensatos y que tengamos compasión de estos desventurados; que pidamos a Dios perdón para los que

nunca perdonaron, y débiles y desnudos cayeron en el abismo sin fondo del poder?

—

Seamos buenos especialmente para con los crueles. ¡Es tan triste que la bondad tan bella cuando se opone a la maldad se olvide tan fácilmente! El malvado tiene el corazón lleno de amarguras.

Si buscáis a los que sufren no dejaréis de comprender que los gritos de esas almas son los más desgarradores.

Mortales, devolved bien por el mal; responded al odio con el amor.

—

¿Qué el odio es fragil y durable el odio? Y ¿por qué ha de ser inexorable?

La ley reaparece siempre áspera, sorda y fría. Probad, filósofos, a insurreccionar el pensamiento, la razón, la sabiduría humana y la claridad contra las tinieblas, contra el horror y contra la fatalidad; llama en tu ayuda y mezcla a esos santos que llaman Job, los Esenios, Filón, los Terapéuticos, Voltaire, Diderot, Vico, Beccario, que no tardará en aparecer Satanás con el paria y el infierno no dejará de vomitar, como doble corriente de lava al demonio en el cielo, al esclavo en el mundo, el mal en el infinito y la desgracia en la tierra.

Bien está que se compadezca a Jesús, pero debe también tenerse piedad de Barrabás, y es meritorio y loable rehabilitar a Caifás y consolar a Pilatos, pues la mayor de las virtudes la ejerció Sócrates al expirar, siendo benigno con Anitus.

—

Los más tristes son los que siembran la desolación.

—

Lloráis cuando veís que Syla forma sus terribles listas; tenéis compasión de los proscriptos, pero no sabéis el aire puro de que disfrutan, el orgullo que sienten y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la paz sublime de que gozan cuando arrojados por el viento sobre los escollos adquieren la libertad y la grandeza del oleaje.

No dudéis que produce inefable alegría verse perseguido y maltratado por defender la justicia y luchar por la verdad.

No compadezcáis a los proscriptos y mejor será que guardéis vuestras lágrimas para llorar por los perseguidores, que víctimas de mortales insomnios, palidez y desencajados, presta atención y oye la maldición de Pathmos, de Siena o de Sinnamari. Y si logra dormir, ¿qué es lo que sueña? Ve que Tiberio le sonríe, que Bruto le ronda, que Catón se desangra y que Tácito escribe.

Hudson Lovre (1) pesa más sobre los reyes que sobre Napoleón.

—

Un día el sagrado templo humano, el panteón eclipsará con su augusta sombra vuestros palacios, sombríos antros del mal y el olvido, cubrirá en su helada bruma el negro y extraño hormiguero, mientras el porvenir brillará con esplendidez.

¡Ay de mí! Mientras ese día llega, el hombre sin luz ni guía tomará precauciones para librarse del vertiginoso amor de la fraternidad y sentirá en el pecho extremecimiento extraño que serán los latidos de su corazón.

El hombre humilde o grande, noble o de alma abyecta, palpa la suerte del mismo modo que se palpa una pared en la oscuridad, y teme a la piedad como si fuera un pozo oscuro y prefiere el odio, y por no cogerse a la cuerda de la misericordia se agarra al dogal del mal.

El perdón grita: ¡Amor! ¿Quién es ese desconocido?

Conceder perdón espanta, y esta frase tan sencilla, dulce y clara: Amáos, hermanos, los unos a los otros, es tan profunda que sólo ha sido comprendida por los apóstoles.

Juan Huss estaba atado a la pira, el fuego que bajo él estaba iba tomando incremento; el reo vió que se le acercaba el verdugo de cara monstruosa, espantoso, abyecto, ensangrentado, como convicto de la tenebrosa muerte.

(1) Carcelero de Napoleón en Santa Elena.

Toda la ciudad estaba en los portales de las casas y sobre los tejados, cuchicheando y contemplando la fiesta. Juan Huss vió que se acercaba a él aquel hombre, o por mejor decir, aquella fiera, aquel ser miserable que produce escalofrío. Estaba allí torciendo la boca y con expresión tal que puede decirse que toda su vida se reflejaba en su rostro: la desolación, el duelo, el anatema, la muerte, que le alimenta con sangre de sus pezones, su lecho formado con un madero de horca, su mujer, sus hijos, más malditos que los hijos de los lobos, su casa sombría; sus manos llenas de cicatrices producidas por los hierros candentes que con frecuencia se ve obligado a tocar se levantaron crispadas, los soldados le nombraban y escupían, y él se aproximaba taciturno y avergonzado al contemplar el cadalso; vigilaba cuidadosamente el sitio donde se alzaba la pira y se acercaba para añadir aceite y pez, y colocar bajo los pies del sentenciado una carga de leña.

El removía las brasas mientras el pueblo le miraba con odio, y mientras el pueblo maldecía al abyecto y repugnante verdugo, Juan Huss, a quien el fuego martirizaba horriblemente, levantó los ojos al cielo y murmuró: ¡Pobre hombre!

XV

Lo he pensado todo y he penetrado hasta el fondo; he puesto lo preciso en frente de lo fatal; no he retrocedido ante el silogismo y he querido que la verdad resalte y triunfe.

He movido dos veces los huesos de Josafat, he reparado el antiguo archivo universal y el enigma parecía que se hundía cada vez más.

He ido del cenit al nadir y los aspectos cambiaban de la estrella a la cloaca, del juez Samuel he ido al juez Eaco, he comparado los duelos, he confrontado y discutido, he tocado el extremo del dilema.

¡Qué desaliento! Entre el niño vestido de púrpura y

el niño desnudo, entre los hermosos palacios en los que todo es lujo y la pobre choza, entre el ilota griego y el césar romano, entre el mendigo, fantasma del camino, larva obscura y el rey a quien la multitud aclama, no se sabe a quién llorar. ¡Noche triste!

¿Cuándo desaparecerán todos los infiernos? ¿Cuándo aparecerá la luz del alba, después de tan espantosos sueños? ¡Dios mío! ¿Cuándo lucirá la aurora, la vida, la paz, la alegría, abriendo el cielo que nos convide con la libertad espléndida?

¡Dios mío! ¡romped todas las cadenas! ¡Librad al verdugo del suplicio y al tirano del trono!

—

En todas partes desde el Ganges al Rhin, desde el Tiber al Amazonas, el hombre sufre, y el amo y el esclavo están cansados; hasta el yugo mismo se queja y todo el mal nace de que no se abren las almas a la verdadera luz.

Hermanos, hace mucho tiempo que vamos por el negro desierto guiados por la casualidad, a ciegas, arrastrándonos y cayendo en terribles lazos.

La repugnante obscuridad en que vivimos ha dado ocasión a todos los delitos de la tierra.

Maldigamos y persigamos sin piedad ni tregua a las tinieblas, pero no a los tenebrosos. Aunque éstos nos han azotado y perseguido compadezcamos su desventura.

Si se hubieran vuelto hacia la claridad, si hubieran podido disfrutar su parte de maná celeste, si hubieran conocido la verdad esos desgraciados, no hubieren sido monstruos ni verdugos.

¡Todos los que ven la luz, la adoran!

Compadezco a Selim, a Heliodoro, compadezco a Calígula a Ramases, a Achmet, compadezco a todos los Ivanes, compadezco a todos los Domicianos y a todos los Ivanes, compadezco a Vitelio y Magencio; disculpo la locura de Trianon y la locura de Siracusa a los Quengis, los Thamas, a Nerón asesinando a Séneca, a Enrique hiriendo a Moro, a Cosme, Heliograbalo, Omar, Felipe Oseas.

Yo digo a la noche: ¡Responde, acusada!

EL PAPA

ESCENA PRIMERA

El Sueño

El Vaticano.—La Cámara del Papa.—Es de noche.

El Papa, *en el lecho.*

Por fin puedo dormir.

. . . . . .

Se duerme.

PALABRAS EN EL CIELO

¡Oh vivientes, hombres, mujeres, dormid!

¡Tumulto de almas apaciguate! ¡Olvido! ¡Tregua! ¡Malvados, reposad! ¡Basta! Debéis estar hartos de odiar y ha llegado el momento de que empiece la paz de que el mundo necesita.

El corazón divino refleja su resplandor en el corazón del hombre.

El pensamiento se engrandece en las regiones del sueño.

La frente humana está unida al cielo por un rayo de luz.

La vida es una página misteriosa que el hombre lee cuando muere y deletrea cuando sueña.

El sueño es un prodigioso desvanecimiento y en él se oyen voces, pasos y alas; todo se mezcla en él; clamores, suspiros y gemidos; multitudes, apacibles rebaños, alegres enjambres y todo se dirige al fin divino guiado por la mirada eterna.

¡Dormid virtudes, dormid sufrimientos, dormid crímenes, dormid bajo el firmamento azul qué sereno os protege!

¡Feliz el hombre que dormiendo, comprende que las

el niño desnudo, entre los hermosos palacios en los que todo es lujo y la pobre choza, entre el ilota griego y el césar romano, entre el mendigo, fantasma del camino, larva obscura y el rey a quien la multitud aclama, no se sabe a quién llorar. ¡Noche triste!

¿Cuándo desaparecerán todos los infiernos? ¿Cuándo aparecerá la luz del alba, después de tan espantosos sueños? ¡Dios mío! ¿Cuándo lucirá la aurora, la vida, la paz, la alegría, abriendo el cielo que nos convide con la libertad espléndida?

¡Dios mío! ¡romped todas las cadenas! ¡Librad al verdugo del suplicio y al tirano del trono!

—

En todas partes desde el Ganges al Rhin, desde el Tiber al Amazonas, el hombre sufre, y el amo y el esclavo están cansados; hasta el yugo mismo se queja y todo el mal nace de que no se abren las almas a la verdadera luz.

Hermanos, hace mucho tiempo que vamos por el negro desierto guiados por la casualidad, a ciegas, arrastrándonos y cayendo en terribles lazos.

La repugnante obscuridad en que vivimos ha dado ocasión a todos los delitos de la tierra.

Maldigamos y persigamos sin piedad ni tregua a las tinieblas, pero no a los tenebrosos. Aunque éstos nos han azotado y perseguido compadezcamos su desventura.

Si se hubieran vuelto hacia la claridad, si hubieran podido disfrutar su parte de maná celeste, si hubieran conocido la verdad esos desgraciados, no hubieren sido monstruos ni verdugos.

¡Todos los que ven la luz, la adoran!

Compadezco a Selim, a Heliodoro, compadezco a Calígula a Ramases, a Achmet, compadezco a todos los Ivanes, compadezco a todos los Domicianos y a todos los Ivanes, compadezco a Vitelio y Magencio; disculpo la locura de Trianon y la locura de Siracusa a los Quengis, los Thamas, a Nerón asesinando a Séneca, a Enrique hiriendo a Moro, a Cosme, Heliograbalo, Omar, Felipe Oseas.

Yo digo a la noche: ¡Responde, acusada!

EL PAPA

ESCENA PRIMERA

El Sueño

El Vaticano.—La Cámara del Papa.—Es de noche.

El Papa, *en el lecho.*

Por fin puedo dormir.

. . . . . .

Se duerme.

PALABRAS EN EL CIELO

¡Oh vivientes, hombres, mujeres, dormid!

¡Tumulto de almas apaciguate! ¡Olvido! ¡Tregua! ¡Malvados, reposad! ¡Basta! Debéis estar hartos de odiar y ha llegado el momento de que empiece la paz de que el mundo necesita.

El corazón divino refleja su resplandor en el corazón del hombre.

El pensamiento se engrandece en las regiones del sueño.

La frente humana está unida al cielo por un rayo de luz.

La vida es una página misteriosa que el hombre lee cuando muere y deletrea cuando sueña.

El sueño es un prodigioso desvanecimiento y en él se oyen voces, pasos y alas; todo se mezcla en él; clamores, suspiros y gemidos; multitudes, apacibles rebaños, alegres enjambres y todo se dirige al fin divino guiado por la mirada eterna.

¡Dormid virtudes, dormid sufrimientos, dormid crímenes, dormid bajo el firmamento azul qué sereno os protege!

¡Feliz el hombre que dormiendo, comprende que las

estrellas alumbran la tierra para proteger al débil y al humilde y que durmiendo oye el misterioso consejo que de las alturas baja!

¡Dejad pasar sobre vosotros los misteriosos y venerables astros y dormid! ¡Oh, vivientes, príncipes grandes y miserables que en esto os parecéis al fantasma envuelto en su ropaje blanco; mientras tembláis, soñando el alma vela y vigila!

. . . . . .

. . . . . .

LOS REYES ENTRAN

LOS REYES.—¡Salud, Papa!

Nosotros somos los que todo lo pueden, los reyes, los amos.

EL PAPA.—Salud, hombres.

LOS REYES.—Sacerdote, nosotros somos reyes.

EL PAPA.—¿Pór qué?

LOS REYES.—Reyes siempre.

EL PAPA.—Y Dios?

LOS REYES.—Ya sabes que en la tierra hay cumbres.

EL PAPA.—Desde la altura de Dios no acierto a ver más que un llano.

LOS REYES.—Nosotros somos grandes, fuertes y vencedores.

EL PAPA.—Todo lo humano no es más que sombra.

LOS REYES.—Somos los elegidos.

EL PAPA.—Todos los hombres son iguales.

LOS REYES.—Nosotros somos lo que el Horeb y el Galgal, lo que el Sinai sobre los campos; somos una cadena augusta de montañas, somos el horizonte formado por el mismo Dios.

EL PAPA.—Los montes están coronados por la aurora y los reyes por la noche.

LOS REYES.—¿No eres tú también rey?

EL PAPA.—¡Yo rey! ¡nó!

LOS REYES.—Pues si no reinas, ¿qué haces?

EL PAPA.—Amo.

EL PAPA EN EL UMBRAL DEL VATICANO

Hablo a Roma, hablo al Universo.

Mortales que vivís en la obscuridad, escuchadme: sabed que el cetro es vano, negro el trono y vil la púrpura.

No hay debajo del cielo impenetrable más púrpura que la del amor, más trono que el de la inocencia.

Todo debe crecer en la claridad: el hombre, la flor, la rama y el pensamiento.

Soy ciego, como todos vosotros, hermanos míos. Ignoro lo que es el hombre, lo que es el mundo y lo que es Dios y me han ceñido en la frente tres coronas que cada una corresponde a cada una de esas tres ignorancias.

El Papa está revestido de apariencias; los hombres que son mis hermanos, los trato como mis siervos; ignoro por qué habito en este palacio; no sé por qué ciño esta diadema. Se me llama señor de señores, Jefe Supremo, Pontífice soberano, Rey elegido por el cielo... Pueblo, escucha esta verdad que yo he descubierto: soy un pobre. Por eso me apresuro a abandonar este palacio esperando que el oro me perdone, que tengan compasión de mí estos tesoros y estas riquezas y que el espantoso lujo que he usurpado, no me maldiga por haber vivido vistiendo púrpura habiendo nacido para habitar una cabaña.

La conciencia humana es mi hermana y quiero hablarla.

Mi ley es aborrecer el mal sin odiar al malvado.

Soy solamente un monje como Basilio, como Honorato, como Antonio. Ya no volveré a calzar sandalias de las que la cruz se espanta al sentir el sangriento beso de los reyes.

Pueblo, en otro tiempo Noé salió deslumbrado del arca. Así salgo yo. Me marcho. Y al emprender la marcha para recorrer la tierra al azar, sufriendo las inclemencias del tiempo, sin saber donde iré por la noche a reclinar la ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

beza, no disponiendo más que de instantes, sabré que el hombre sufre y acudiré a socorrerle e iré a confortar a los corazones que tiemblen y a los espíritus que vacilen.

Iré a los desiertos, a las aldeas, a las cabañas, subiendo montes y atravesando zarzas y andaré errante como Jesús.

Para el que no tiene nada, caminar entre la humanidad, amparar el que sufre, crear corazones y acrecentar la fe es hacerse dueño del mundo.

Yo quitaré a los reyes, las tierras que sin ser suyas poseen; devolveré a los romanos su ciudad de Roma, y entraré en la casa de Dios, es decir, en la casa del Hombre.

¡Pueblo, déjame pasar!

¡Roma, adiós!

EL SINODO DE ORIENTE

El Patriarca de Oriente

(*ciñendo su frente con la traza y con hábitos pontificales, los obispos lo rodean con mitras y capas pluviales*).

El Patriarca.—Cantad el himno de la alegría y de la alabanza.

Pueblo, yo soy el apóstol y bendigo a los cielos.

(Entra un hombre vestido con sayal negro y llevando en la mano una cruz de madera).

El hombre.—Bien está bendecir el cielo, pero es mejor bendecir el infierno.

El patriarca.—¡El infierno!

El hombre.—Sí, es decir sacerdote, bendecir las miserias. Bendecir las lágrimas, los corazones sinceros, pero marchitos en los que el bien combate contra el mal.

Bendecir la desnudez, los harapos, los lechos pobres y las mazmorras. Bendecir los espíritus humildes y sombríos y las almas fatigadas.

Bendice todo eso por lo que nunca has rogado, a los

réprobos, bendice todos los males que hay sobre la tierra. Bendice ese infierno.

El patriarca.—¿Quién es este hombre?

El hombre.—Obispo de Oriente, el obispo de Occidente te saluda. Soy tú hermano.

Sé prudente y piensa que Dios existe.

El patriarca.—¿Sois vos, Padre, vestido con un sayal?

El papa.—Estoy triste.

El patriarca—¡Vos el primero sobre la tierra!

El papa.—¡Ay de mí!

El patriarca.—¿Por qué estáis triste?

El papa.—Por el dolor de todos y por tu alegría.

(*Da un paso y mira fijamente al Patriarca*).

Sacerdote, hay muchos que sufren y a tí te rodea odioso lujo.

Comienza por arrojar tu corona. La corona y la aureola son incompatibles.

Es necesario elegir entre el oro de la tierra o la luz del cielo.

Has de saber, pastor alegre, que los pueblos tiemblan; has de pensar que pronto ha de oirse el choque de las cunas que anuncia a los recién nacidos.

Cuida de esos inocentes y procura que no se condenen.

Teme el mal que centellea y que tú mismo atizas con tus vanidades y tus codicias.

Hermanos, no seamos sacerdotes, para producir estragos; no imitemos a los reyes que se roban unos a otros.

Sacerdote, ¿a quién has robado esas riquezas que ostentas? a los pobres. Cuando el oro llena tu saco, Dios mengua en tu corazón.

No olvidéis que hay muchos desgraciados que padecen sed, hambre y frío y jóvenes que por la noche rondan por las obscuridad. Tus roquetes, tus casullas cuajadas de topacios y otras piedras preciosas, tus vestidos en los que se refleja el dorado Oriente, son negros espectros que sólo viven durante la noche, que sorprenden al pobre Jesús en su pesebre y allí le matan.

No has de olvidar que las mujeres se dedican a la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL

prostitución porque tienen que ceder y rendirse, porque han de vivir y el rico tiene vicios y el pobre hambre.

¿De qué te sirve apilar en ricos armarios terciopelos y damascos, tener bonetes de oro y capas que parecen cubiertas de espejos?

Pobres, a quienes oigo sollozar, todos esos tesoros que son sagrados en vuestras casas e injustos en las nuestras, ese diamante que en la mitra luce, esa esmeralda que parece encerrar el alegre reflejo de los mares, esa resplandeciente pedrería, es vuestra sangre, es leche extraída del enjuto pecho, del llanto de los pequeñuelos desnudos, es vuestra caída en abismos desconocidos.

El fausto de ese sacerdote, ¡oh, pobres! representa todo lo que no tenéis, vuestra vida inocente, el alquiler del hogar, el fuego, la dignidad del corazón que no se doblega, el trabajo que aumenta porque el salario disminuye, vuestra alegría, el honor de las mujeres y tu vergüenza, sacerdote!

Devuelve esos tesoros a los pobres, devuélvelos todos; en su casa son tesoros y en la vuestra inmundicia.

Mientras en las alturas el Eterno distribuye la luz y mantiene los soles en inacción para que todo marche y viva, y para darnos a entender que El existe; mientras que El no compra ni vende; nosotros que aspiramos a ser sus sacerdotes, vestidos con ropajes más cargados de joyas que las rameras, volvemos nuestras miradas oblícuas hacia los falsos bienes de la tierra; mostramos a la absorta multitud bajo la púrpura de un dosel, un mezquino Dios sonrosado y con los ojos de esmalte. ¡Un Jesús de cartón! ¡Un Eterno de cera!

Se le pasea, se le canta, se le entonan salmos, se le hace brillar, pero caminando con precaución por miedo de que el más pequeño vaivén derribe el altar y haga pedazos el ídolo.

¡Cada templo tiene su santo que usufructúa y diviniza y mientras la humanidad muere, mientras el odio ruge en todos los corazones endurecidos por la injusticia, mientras el hambre con espantosos dientes devora el taller, el granero y la choza, nosotros colocamos entre

maravillosos efectos de luz, ridículos maniquíes en el fondo de un corredor que llenamos de oro por todas partes!

¡Tenemos San Juanes y Santas Marías recargadas de rulumbrones!

Derrochamos riquezas para vestir la nada, mientras dejamos que el vicio se convierte en gigante, y el lupanar, espantoso presidio de vírgenes, se abre.

Os lo repito, por más que encendáis todos los cirios y déis la vuelta al templo en fila de dos en dos, no podréis impedir que esto sea odioso.

—

Si, mientras esto ocurre, porque es preciso comer, porque nuestro lujo le ha robado el pan a un alma pura, el pobre angel entrará en la obscuridad de la noche. Por vestir de brocado al ídolo reluciente, las palomas del cielo, se convertirán en espantosas aves de rapiña. Las mujeres de carne y hueso, las mujeres verdaderas, honradas, flores del amor y lirios de la castidad, pagarán con su pudor y su desnudez, con todas sus virtudes muertas vuestro imbécil orgullo que os fuerza a adornaros con púrpuras.

¿Oís? ¿Comprendéis bien lo que os digo? ¿Os parece que os hablo con demasiada claridad y que levanto mucho la voz? Dios habló en otro tiempo de igual modo a los que habían errado el camino.

¡Hermanos, amémosnos! Sacerdotes, llevemos la cruz de madera, el sayal burdo y la frente alta ante los reyes, que en nosotros cuadra mal otra humillación que no sea la de las almas ante Dios.

Los reyes son la rueda y vosotros el eje. Porque el pueblo está bajo vuestros pies, porque se incline habéis de echar sobre él esta inmensa mole que le triture y aplaste. ¡Sabed que vuestras grandezas son caídas.

El sacerdote está bien vestido con la mortaja, mientras los diamantes brillan sobre los ropajes vuestros con los mismos destellos que los espantosos ojos del chacal.

Vuestro hábito negro debe recorrer a todas horas y en todos los sitios, los duelos, los males, las penalidades

y los desastres y cuando el buen sacerdote sacude su ropaje, caen de él astros, la verdad, el bien y lo grande.

Sacerdotes, vuestras riquezas es un crimen, vuestros corazones, no son malos, pero vuestras cabezas se han endurecido.

Hermanos, también yo ostentaba ese montón de podredumbre, de perlas, de ónix, de záfiros y de rubíes. Sí, los tenía sobre mí, en todas partes sobre mis hábitos, sobre mi alma, pero los he enviado a las casas de los pobres.

El patriarca.—Señor y doctor, gran levita, Papa sublime, obispo ilustre y soberano, las tablas de la ley son un libro de bronce, y nadie, ni tú, puedes cambiarlas.

Un obispo.—Es necesario que el hombre padezca para que Dios prospere.

El oro del templo deslumbra al pobre útilmente.

La perla es necesaria al dogma, y el astro al firmamento; es necesario que la multitud vuele hacia la mitra que irradien como constelaciones; es necesario que esa claridad vaya a iluminar sus noches, el templo opulento atrae, el altar pobre perjudica.

El pastor debe elevarse sobre el rebaño como el sol se eleva sobre el mundo.

Otro obispo.—Hablemos de los reyes con precaución; su espada produce casi igual sombra que nuestra cruz; el templo tiene a Dios por base y a los reyes por cúspide; Dios se hundirá si los reyes caen.

Otro obispo.—Las multitudes están formadas para que un amo las dirija y mande, ora sea soldado, ora profeta; el sacerdote es el primer amo y el segundo el rey.

Otro obispo.—Si la esteva es dura, abre el surco más fácilmente. Sembrar es fundar: la espiga será más hermosa cuanto más hondo sea el hueco donde la simiente caiga.

Otro obispo.—Hermanos, Dios no ha querido nunca que le comprendiéramos.

Otro obispo.—El reino de los cielos pertenece a los pobres de espíritu; es, por tanto, seguro que les perjudica tener escuelas, conocer la ciencia y leer libros.

Otro obispo.—Los pueblos tienen por ley estar debajo y seguir a los que le dirigen. Ascienden cuando se dirigen hacia nosotros subiendo de rodillas las gradas del templo.

Otro obispo.—El pensamiento que se aparta del dogma es la cizaña que crece entre el trigo.

¡Anatema sobre el rebelde!

Otro obispo.—Tenemos en nuestra mano la terrible claridad, y es preciso que alumbre o abrase.

El sacerdote que retrocede ante la impiedad, es infiel a su Dios.

No debe vacilar en aplicar la antorcha al montón de paja de la hoguera.

El patriarca.—Lo que hoy se llama libertad, es el abismo.

El querubín que está en pie sobre el negro muro del infinito, repite incesantemente:—Creed, pensad en los corazones que tiemblan, en las frentes que se inclinan: obedecad. El príncipe es sacerdote y el sacerdote es príncipe. Querer comprender, querer pensar, es poner obstáculos a Dios.

Los mortales que ponen reparos para cumplir estas órdenes son insensatos.

Dios maldice los pensamientos y los esfuerzos, nuestra razón, que es hermana del antiguo pecado y nuestro progreso vano.

Estas son las verdades que salieron del abismo el día en que en el Horeb retumbó el trueno.

El papa.—Hermanos, pensad entonces, que yo me he revelado.

Los obispos.—¿Qué queréis dar a entender?

El patriarca.—¿Qué es lo qué meditáis?

El papa.—No creo una sola palabra de todo eso que me habéis dicho.

El patriarca.—¿Os atreveríais a desmentir a vuestros gloriosos predecesores?

El papa.—En la obscuridad de la noche me he sentido descontento de mí mismo.

El patriarca.—Cuando el piloto ciega el barco, zozobra. ¡No cambies de ruta! ¡Padre, no vayáis hacia la noche que es buscar la perdición y la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El papa.—Camino hacia la vida.

El patriarca.—Tendréis que rendir cuentasa.

El papa.—Las rendiré.

El patriarca.—Pensad en el cielo del que vais a caer.

El papa.—Ahora es cuando asciendo a él.

Los obispos.—¡Ceguedad sombría!

El papa.—Os digo que veo claro.

El patriarca.—Tenéis el deber de aniquilar.

El papa.—No, tengo el deber de advertir.

El patriarca.—Pensad en el Dios vengador.

El papa.—Pienso en el Cristo martir.

El patriarca.—Rey...

El papa.—El púlpito es impúdico cuando se convierte en trono. Siendo pobre y desnudo, reina Jesús; el sacerdote que es rey abdica. Como sacerdote, tengo en la mano la caña de Jesús.

Los obispos.—Guíanos pero síganos; para guiar es preciso seguir.

El papa.—No, ya que tuve la dicha de salir de la obscuridad, no quiero que puedan decir de mí:—Tierra, ese hombre era el guardián de la idea, la más alta que los hombres han poseído, luz santa que iluminaba el abismo obscuro de los corazones y envanecido ha cambiado esa claridad por las más espantosas tinieblas.

Ese hombre lanzó sus rayos contra las palomas y convirtió a Jesús en escudero de Atila.

¡No! ¡no!

El patriarca.—¡Papa, blasfemas!

El papa.—¡Soberano sacerdote, sé humilde! Altar desdórete y brilla. ¡Llaga del costado de Cristo, boca augusta que han amordazado, abre los labios, habla y di la verdad. Hombre desheredado, recupera tu patrimonio; mujeres y niños, que os den los derechos que son vuestros; pueblo, ten calma; sacerdotes, uníos a mí y proclamar la verdad que yo predico; sed sencillos de corazón. Cuando más cariñoso es el pontífice, más sublime es el templo.

(*Todo se desvanece y desaparece alrededor del Papa*).

—¡Cómo! ¡Ya no están aquí los sacerdotes! ¡no está el templo! ¡Todo ha desaparecido! En otro tiempo desapareció Babel del mismo modo. Estoy solo; no hay nada más que sombra.

Una voz en el fondo del infinito.—Estoy yo.

UN DESVAN

(*Es invierno. Un lecho miserable*).

UN POBRE RODEADO DE SU FAMILIA

El pobre.—No creo en Dios.

El papa, (*entrando*).—Debes de tener hambre. Come. (*Da al pobre la mitad del pan que lleva*).

El pobre.—¿Y mi hijo?

El papa.—Tómalo todo. (*Da al niño el resto del pan*).

El niño, (*comiendo.*)—Está bueno.

El papa (*al pobre*).—El niño es un angel, permíteme que le bendiga.

El pobre.—Haz lo que quieras.

El papa (*vaciando una bolsa sobre el lecho*).—Toma, ahí tienes dinero para comprar ropa.

El pobre.—Y ¿leña?

El papa.—Y para vestir a ese niño, su madre y tú, hermano mío. ¡Ay de mí! esta vida es amarga. Te procuraré trabajo. Estos fríos intensos hacen mucho daño. Entre tanto hablemos de Dios.

El pobre.—Ya creo en El.

EL PAPA A LA MULTITUD

A través del dolor, de la angustia y de las lágrimas, desde el fondo de las noches y de los males, venid a mí todos los que tembláis y los que sufrís; los sentenciados, los vencidos y los mendigos. Estoy con vosotros, soy uno de los vuestros, y advierto que me abrasa la misma calentura que a los que agonizan. Venid a mí,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

quiero ser el servidor de vuestra esclavitud y el prisionero de vuestro calabozo; el primero entre los reyes, y el último entre vosotros.

Hijos míos, la desgracia y yo, por donde quiera que vamos, probamos cada uno a su manera; ella que se equivoca y yo que tiene razón. Vosotros poseéis los dolores, y yo poseo el bálsamo.

Infelices, los que sufrís, traedme vuestras desgracias, seré vuestro socorro, vuestro apoyo y vuestro amigo. Venid a mí miserias, lepras, enfermedades, indigencias, úlceras, todos los que hayan perdido la esperanza, el que esté fuera de la ley.

El dolor me pertenece. Quiero que me rodeen el alma tristecida, el corazón que sangra, el espíritu que vacila y quiero, rodeado de estas innumerables desdichas, presentadme ante Dios.

Venid a mí los maldecidos, venid los despreciados.

Uno que pasa.—¿Qué haces ahí, anciano?

El papa.—Estoy juntando tesoros.

LA INFABILIDAD

¡Ah! ¡soy infalible! ¡Soy el que veo claro!

¿Y Dios? Dios no sabe lo que sabía Kepler, lo que encontró Newton, lo que vió Galileo; está fuera de su sitio bajo la bóveda estrallada. Tiene todos los defectos posibles, es decir, inflexible, celoso, inexorable, irrascible, consiente que un hombre detenga el curso del sol; condena a todo el universo por robar una manzana; lanza al azar el rayo, mata en masa, deja al diablo en libertad; destruye la choza y no castiga el incesto; destruye a Sodoma y da a Loth un salvo conducto; contrabalancea el infierno con un paraíso abierto; tan susceptible es, que no sabe lo que hace y trata de quemar nuestra alma incombustible en un lago de betún y pez.

El Papa ni se equivoca ni miente jamás; nunca el error puede salir de su boca... Noche, perdónale esa pretensión a un pobre hombre que es juguete de la suerte, menos libre que el viento, más frágil que la planta.

¿Qué decís, soles, astros de la infalibilidad del Papa, y de los sacerdotes de los concilios que se atreven a sufrir hasta vosotros?

¿Qué decís de ese montón siniestro de doctores? Ridículos hombres que quieren imponer sus insignificancia al gran misterio y completar a Dios añadiéndole un miserable gusano.

SE CONSTRUYE UNA IGLESIA

El arzobispo.—Hombres que construís una iglesia, es necesario hacer magnífica y soberbia puerta para que pueda entrar la multitud fácilmente. Emplead el bronce, el oro, el diamante, el záfiro; nada es bastante bello para la iglesia.

Que la fachada sea augusta y que en ella, como al través de los relámpagos, se lea este nombre: Jehová. Que el campanario repique un himno en los aires y que su temblor se comunique a las almas. Que el pueblo, niños, viejos y mujeres, al mirar este templo, digan con santo estremecimiento que se ha hecho a la medida del Señor, que tenga el obispo su trono y Jesús su pesebre. Que los sacerdotes que expían vuestros errores tengan una alfombra espesa y muelle bajo sus pies. Que el alma crea entrever en la nombra en que flotan los santos velos, esa incierto germinar de estrellas que los vapores de la tarde hacen entrever, en la espesura del bosque.

Nada de ornamentos groseros, nada de materiales ordinarios. Salamón decía a sus obreros: Edificad sobre la roca, no sobre el lodo; e Hiran, el arquitecto del templo escuchaba a Salomón.

Una iglesia debe ser un amplio recinto rodeado de fuertes muros que la pongan al abrigo de los vientos y de las tempestades.

Sacerdotes, llenadlas de flores los días de fiesta, todo lo que del cielo viene, debe estar en la iglesia. Prodigar el bronce, el jaspe y el pórfido.

El papa.—Y poner lechos para que puedan encontrar abrigo los pobres en el invierno.

VIENDO UNA NODRIZA

Madre, yo te bengido. La nodriza es sagrada. La maternidad crea como la eternidad.

Eva se une a Dios para completar a Jafet y el hombre compuesto de alma y carne, está formado del rayo del abismo y leche de la mujer.

En todas las cunas vuelve a empezar el infinito y el Eterno emplea en la misma obra inmensa en este mundo donde el niño sin el astro es incompleto, la gota de luz y la gota de deche.

¡Bendito sea el hombre!

(*Pensativo*). Y sin embargo, hombres, cuando pienso en Sodoma, en Cartago, en Moloch, en todas vuestras negras hazañas, me estremezco. Dracón es peor que Tiberio, el arcópogo, es el astro donde delibera Satán.

Obráis cuerdamente cegando a Themis por cuya causa se han cometido tantos estúpidos atentados, porque frecuentemente viendo el mal, la violencia a que ha dado origen se horrorizaría de su balanza.

Recuerdo un día, cuando yo estaba tan alucinado, cuando me creía rey, no siendo más que un esclavo, estaba una mujer encerrada en un frío calabozo, donde esperaba que llegara el momento de ir al suplicio, porque estaba condenada a morir en la horca.

Mientras levantaban el fatal tablado, le confesó al juez que estaba en cinta y el juez la contestó que moriría más adelante. Esperaban que aquella mujer diera la vida a un sér para quitar a la madre la existencia. Si el cielo hubiera permitido que el niño, recién nacido hubiera dicho seguramente:—Triste y ciega ley que empiezas por matarme a mi madre, y encargas a su hijo que sea su asesino y que mi cuna esté teñida con su sangre, primero triste que ocupada, a mí que soy inocente me conviertes en parricida; me haces cometer un crimen antes de nacer porque nazco para matar.

La ley toma un compás para la urna del mal, la encuentra poco llena y midiendo un crimen la añade

un asesinato; de una cuna saca un ataúd, espera que nazca un niño y poniendo sobre su cabeza una fosa, dice: Esto es la justicia. ¡Ay! una justicia que quiere que cuando lo alegre todo la luz del alba, ante el día sin fin y ante el cielo sin velo una madre desventurada mire con horror el momento en que su hijo nace.

UN CAMPO DE BATALLA

DOS EJERCITOS FRENTE A FRENTE

EL PAPA.—Tengo miedo. Siento aquí como una alma terrible. ¿Por qué esos hombres se despedazan unos a otros? Porque ¡oh! naciones engañadas, hacéis luchar los pueblos contra los pueblos.

(*Avanza y se coloca entre los dos ejércitos*).

¿Con qué derecho tenéis espadas en las manos? ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué significan esos escudos? ¿Qué representan esos cañones? Hombres a quienes entreveo entre el atronador sonido de las trompetas, más fuertes que los leones y más sanos que las moscas ¿a quién dáis gusto cuando salís al campo para exterminaros?

¡Por qué dos reyes, dos espectros, dos vampiros se disputan dos imperios; porque un cetro vano oscile en su mano; porque esos dos átomos se irriten el uno contra el otro, ha de rugir vuestra estupidez en esta vasta llanura!

Sois polichinelas que ejecutáis movimientos porque os tiran de invisibles hilos; os ponen en la mano una hoja afilada y matáis sin conocer a vuestra víctima ni al que os ha de matar a vosotros; ignoráis por qué quitáis la vida y por que os la quitan.

Desde el momento que un rey, un czar, por cualquiera que lleve una corona, decreta la guerra, ya no oís más que la voz que os dice: «Batid marcha, tambores, hay que morir o vencer.»

Morís por vuestros reyes, pero ellos no están con vosotros. ¡Para eso habéis abandonado vuestras esposas!

Sois jóvenes, fuertes, numerosos y como miserables:

¡Laureles, víctimas! ¿qué valor pueden tener cuándo os llevan a palos a la gloria?

Avanzad, matad y morir, imbéciles; y mientras os destruís en execrables luchas, vuestros amos beberán y comerán alegremente.

Eso es horrible y yo voy a interponerme entre vosotros y la tumba.

No puedo permitir esa cruel insensatez.

¡Mónstruos, os prohibo que os asesinéis los unos a los otros! Venciendo o siendo vencidos siempre, sois víctimas de los reyes; y vuestras espaldas tienen que cargar constantemente con el peso de la raleza.

Hombres, entendeos. Venid y dejad de combatiros. Vengo hasta vosotros descalzo a suplicar a los leones y los tigres que dejen de ser fieras para convertirse en hombres.

Tiempo es ya de que dejemos tranquila la tierra para que en ella crezcan flores, viñas y trigos al soplo benéfico de la paz. No sacrifiquemos el mundo a unos pocos hombres y seamos egoistas de nuestra sangre.

¿Acaso ha de haber siempre madres llorando en sus cabañas y brazos que se alcen airados hacia el estrellado cielo? ¿Siempre hemos de ver ensangrentados cadáveres sobre las mieses y en las orillas de los ríos? ¿Se ha de oír constantemente los lamentos de los huérfanos, de las viudas y de los ancianos?

¡Reyes, procurad no provocar con vuestras acciones la cólera de Dios!

LA GUERRA CIVIL

OTRO CAMPO DE BATALLA.—CALLES Y PLAZAS PUBLICAS

EL PAPA (*entre los combatientes*).—Empezad por mí. ¡Pobres desheredados, vuestra suerte es aciaga y vosotros completáis vuestra desgracia.

Os degolláis unos a otros y sois todos hijos de la misma Francia.

Tú, aldeano, quieres matar a ese obrero. Si tu trabajas, él trabaja también, nadie debe cortar esa augusta tarea.

En todas partes ha de reinar el furor.

Por todos lados se han de ver fosas cavadas.

Aunque fuéseis vencedores, de qué os serviría la victoria que os dejaría el corazón helado y negra el alma.

Nada es tan hermoso como la fraternidad.

No olvidéis que Dios os creó para amar, para tener mujeres e hijos, para que alimentáseis la llama del hogar; para que diérais vida a otros seres, pero no para que los matéis.

Perdonáos los unos a los otros, abrazáos paternalmente.

Venid, marchar, pensad, esperad. Nadie está solo abajo. Todo necesita de todos.

Rico, ama al pobre; y tú, pobre, perdona al rico.

Todos los bienes que nacen del mal de los otros, es bastardo.

Reyes, temblad ante el trono donde vuestro orgullo se sienta.

¿De qué sirve llamarse Romanoff, Hapsburgo, Brunswick, Borbón, apellidarse majestad, rey, César, ¿para qué?

De nada sirve ser un Alejandro, un Sesotris, en Ciro, vale infinitamente más ser un pobre y llamarse Jesús.

Lo que hoy es lisonja, mañana será nuestro castigo.

—

En cuanto a tí, trabajador, que eres el único que llevas la carga, que siendo león eres tratado como hormiga, no te impacientes y aprende a esperar.

En verdad que tienes derecho a vivir, a no carecer de pan, puedes exigir más salario y menos trabajo, pues la inmensidad debe proporcionarte tu porción de esos bienes que se llaman vida, armonía, amor, alegría e himenea.

El porvenir no se presenta obscuro.

El alba es blanca y pura, y el bien para ser bien ha de ser inocente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MALDICION Y BENDICIONES

Las maldiciones pesan sobre la multitud; los truenos profundos turban el silencio de las soledades. Los sacerdotes son semejantes a los abismos abiertos; el que mira al fondo ve cosas espantosas.

—

Yo oía gemir y veía retorcerse en la forma que nadie explota ni conoce, las tristes naciones sobre las que pesan todas las cóleras: sacerdotes, jueces, verdugos, escribanos, príncipes, ministros. El Océano no está más atormentado por los confusos soplos del viento irritado.

Lo desconocido lanza siniestros clamores; la mañana dice al hombre: —Llora, y la tarde le grita: —Muere. En la Judea, los dioses tallados en todos los mármoles los hombres macilentos y tristes, viviendo desnudos en los huecos de los árboles; en Grecia, Baco, borracho y arrastrado por sátiros; en Africa, los molochs; en Egipto, las esfinges; Baal monstruoso, Júpiter inícuo y en el Vaticano, el pálido y sangriento Dominico: todo amenaza. En todas partes los hombres están malditos.

La fuerza sale de los reyes. El sacerdote es el reptil del tirano.

El Talmud no es menos abyecto que el Korán. César, triunfante, hace del cielo una provincia de su imperio.

Loyola, duro con el pueblo, es complaciente con el príncipe. El fakir es atroz y el bonzo repugnante; el crucifijo en manos de Julio II es una espada; Caifás interpreta a Moisés en favor de Tiberio.

¡Negrura del cielo cubierto por el inmenso anatema! Odiar es falta y falta es también el amor.

Todo aparece y todo se disipa; sólo el dolor permanece.

¿Dónde está la esperanza?

UN CADALSO

El juez en su sillón.—*El reo atado.*—El verdugo *con el hacha en la mano.—En el foro la multitud.*

El papa, (*mirando el cadalso*).—No lo comprendo.

El juez.—Sacerdote, escucha. Un hombre mata a otro hombre.

El papa.—Comete un crimen.

El juez.—Por eso se le encarcela, se le forma proceso y la ley le mata. Está bien claro.

El papa.—Sí, la ley comete otro crimen.

El juez.—¿Quién te da a tí derecho para juzgarnos?

El papa.—El abismo.

El juez.—Sacerdote, respeta las leyes.

El papa.—Juez, respeta a Dios. El universo visible es una inmensa confusión de ignorancia ante el universo invisible.

Voces de la multitud.—¡Qué muera! ¡Ha cometido un crimen! ¡Talión, el código, la misma Biblia dice que debe morir. ¡Verdugo, qué haces que no hieres!

El papa *al reo.*—Tú que has matado ¿sabes lo que has hecho?

El asesino.—No.

El papa, *al verdugo.*—Tú que vas a matar ¿sabes lo qué vas a hacer?

El verdugo.—Lo ignoro.

El papa, *al juez.*—Y tú ¿sabes acaso lo que es la muerte?

El juez.—No lo sé.

El papa.—¡Horror!

El juez.—¿Y qué importa?

El papa.—Así manejáis la muerte e imponéis las leyes con el hacha.

Sois malos o alucinados; Dios ha formado al hombre para sí y vosotros le destruís. No sabéis crear pero habéis aprendido a destruir.

¡Oh, humanos! vuestro único derecho consiste en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decirle a ese hombre:—Tú eres culpable, no olvides que has de morir.

El cielo siente vergüenza cuando os ve obrar así en vuestra obscuridad y cuando pone en parangón el crimen con el patíbulo.

Vertéis la sangre en nombre de la ley, creyendo establecer fatal equilibrio y dando al criminal el contrapeso del verdugo.

Dios, que es impenetrable, que abra el precipicio cuando lo juzgue necesario, privar de la vida a un hombre no le está permitido a los demás hombres.

Es necesario que no olvidéis que morir en la tierra es nacer en otra parte. ¿Comprendéis lo que quiere decir la espantosa frase en otra parte?

Hijos míos, creed a un anciano; los hombres somos cizaña y no nos apercibimos de la hoz que ha de cortarnos y no vemos la mano escondida en esa obscuridad que se llama mañana.

No olvidéis que ese hombre puede ser inocente; y no os olvidéis tampoco desde que os están contemplando desde la altura. No hagáis llorar a los invisibles ojos, no los indignéis, no les hagáis que tenga que decir: «El hombre mata al azar y presa de su delirio arroja en lo desconocido lo ignorado.»

¡Ay! es un horrible atentado arrojar en la obscuridad sombría una cosa que no sabemos con certeza lo que es cuando ignoramos también donde la queremos arrojar.

PENSATIVO ANTE LA NOCHE

La oración contempla y la ciencia obscura. Cuando en el ciego claustro de Minerva, Galileo abjuraba por estar vencido, ¿de qué abjuraba? ¿de Dios? Dios es lo que de lejos apercibe el hombre en su destierro.

Apenas sombras de profunda noche nos rodean. El astro se pone en comunicación con otro astro a través del espacio y de la extensión ilimitada.

El universo no se siente menos arrastrado que la

nube por el soplo del viento; y ese soplo también está sujeto a su ley.

El sabio dice:—¿Cómo?—El pensador pregunta:—¿Por qué?

La respuesta que viene de arriba no llega hasta nosotros.

—

Sombra ¿qué es lo estable bajo los cielos? La justicia responde: la sombra. Ningún viento la arrastra. Por eso nosotros que somos pastores, debemos esforzarnos para que el hombre sea bueno y sincero en medio de todos los cambios del equilibrio de Dios.

ENTRANDO EN JERUSALEN

Pueblo, dije al mundo:

Basta de guerra extranjera y de guerra civil.

No más cadalsos. Ante el cielo azul. Libertad, la igualdad ante la muerte, ante el Padre Eterno Fraternidad. Amémosnos. La fuerza debe ayudar a la debilidad.

Alumbrad al que se empeñe en que caminéis entre tinieblas; curad al que os hiere.

Paz y perdón. Sed dementes con los criminales.

El derecho de los buenos consiste en tratar fraternalmente a los malos: el justo que no obra así se sale del precepto; el sol no sería sol si negara sus rayos a los tigres y a los lobos.

He indicado que en el cielo existe la paz suprema, el equilibrio, la ley, el astro y la aurora.

He dicho: Piedad y así lograréis el arrepentimiento. Jueces, meditad; verdugos, retroceded; huye Caín.

A quién no tiene ayer no le quitéis la esperanza del mañana.

Dejad que todos tengan tiempo para arrepentirse de sus faltas.

Sed humildes pecadores y sed magnánimos.

Ricos, dando os enriquecéis; pobres, la pobreza no es el odio: amad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cada pensamiento bueno es una emancipación.

Aunque vuestros sufrimientos sean muchos, no perdáis nunca la esperanza, porque nada está lleno de sombra sin estar lleno de cielo.

El odio es un viento sombrío y pestilente; amaos unos a otros y vivid como hermanos.

—

Y ahora, después de afrentar a los teherarios, de haber levantado el fondo de la pila bautismal y disminuído el mal sobre la tierra, yo, que soy un pobre pensador sin otra fuerza que la que un pobre puede tener, siendo un miserable entre los que nada tienen y un sacerdote entre los reyes, compañero de los dolores, de los desterrados y de los inútiles, vengo a acercarme al que dejo ver en el mundo todo lo que de Dios puede tener el hombre.

Me quedo en Jerusalén y os dejo a Roma.

Pueblos, vivid fraternalmente en el fondo de la paz.

Los hombres.—Dios te bendiga, padre.

Dios.—Hijos, benditos seais.

ESCENA SEGUNDA

El despertar

El Vaticano.—La Cámara del Papa.—El amanecer.

El papa (*despertándose*).—¡Qué sueño tan espantoso acabo de tener!

El Estreno de HERNANI

CONTADO POR "UN TESTIGO DE LA VIDA DE VICTOR HUGO"

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cada pensamiento bueno es una emancipación.

Aunque vuestros sufrimientos sean muchos, no perdáis nunca la esperanza, porque nada está lleno de sombra sin estar lleno de cielo.

El odio es un viento sombrío y pestilente; amaos unos a otros y vivid como hermanos.

—

Y ahora, después de afrentar a los teherarios, de haber levantado el fondo de la pila bautismal y disminuído el mal sobre la tierra, yo, que soy un pobre pensador sin otra fuerza que la que un pobre puede tener, siendo un miserable entre los que nada tienen y un sacerdote entre los reyes, compañero de los dolores, de los desterrados y de los inútiles, vengo a acercarme al que dejo ver en el mundo todo lo que de Dios puede tener el hombre.

Me quedo en Jerusalén y os dejo a Roma.

Pueblos, vivid fraternalmente en el fondo de la paz.

Los hombres.—Dios te bendiga, padre.

Dios.—Hijos, benditos seais.

ESCENA SEGUNDA

El despertar

El Vaticano.—La Cámara del Papa.—El amanecer.

El papa (*despertándose*).—¡Qué sueño tan espantoso acabo de tener!

El Estreno de HERNANI

CONTADO POR "UN TESTIGO DE LA VIDA DE VICTOR HUGO"

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ESTRENO DE HERNANI

No era hombre Víctor Hugo, al que un fracaso descorazonase. Cuando la censura prohibió su *Marión Delorme*, comprendió que la prohibición beneficiaría a su próxima obra. La semana siguiente, a la en que se dictó la orden prohibitiva, comía Hugo en casa de Nodier con el barón Taylor, que iba a salir de viaje.

—¿Cuándo estará V. de vuelta?—preguntó Víctor Hugo al barón.

—A fin de mes.

—Quedan unas tres semanas de tiempo. Pues bien, convoque V. el Comité de lectura para el 1.º de octubre y les leeré a ustedes alguna cosa.

El 1.º de octubre leyó el poeta su drama *Hernani*. La obra, recibida por aclamación, fué distribuida inmediatamente; el papel de Doña Sol, fué encomendado a la señorita Mars; el de *Hernani*, a Firmin; el de Don Ruy Gómez, a Joanny, y el de Don Carlos, a Michelot. Los más modestos papeles fueron aceptados y solicitados por comediantes de gran mérito: Gefroy, Samson, Menjaud y otros; los pocos versos que dice el paje Iaquez, se le confiaron a la señorita Despreaux, después señora Allan

Los primeros ensayos se efectuaron con gran impulso. Michelot, aunque no amaba la nueva literatura, era hombre de mundo y de maneras correctísimas. A Firmin, le gustaba el drama. Joanny, que tenía ya los cabellos blancos, como los de Ruy Gómez, era antiguo militar, que perdió dos dedos de una mano batiéndose a las órdenes del general Hugo. Cierto día mostró su mano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mutilada al autor y le dijo con cierto énfasis, que le era natural: Tendré la gloria de haber servido, cuando joven, a las órdenes del padre y, ya viejo, a las del hijo.

El arte nuevo había sido iniciado ya en el Teatro Francés y había triunfado con la representación del *Enrique III*, de Dumas, quien, casi desconocido la víspera y sin pasado literario que suscitáse odios, había sorprendido sin preparación, al partido clásico, que, gracias a esa sorpresa, no pudo defenderse. El público, entregado a sí mismo y en realidad, cansado de ver siempre la misma tragedia y la misma comedia eternamente rehechas, y cada vez peor, se entregó al encanto del nuevo drama, tan joven y de tan vivo interés. Aquello fué un triunfo sin lucha, una fiesta, una alegría, una dicha para el público.

La frialdad respecto a *Hernani* comenzó por la señorita Mars. Esta actriz eminente tenía entonces 50 años; era tan ingénua que prefería las obras que representara en su juventud y las que a éstas se parecían; era, desde luego, hóstil a la renovación dramática. Sobre todo, había aceptado su papel para que otra no lo representase. *Enrique III* había demostrado que el drama podía gustar; *Hernani* había producido una gran impresión en el acto de la lectura y, por lo mismo, la señorita Mars no creía conveniente ceder a otra camarada la resonancia y los aplausos que quizás se consiguieran con la obra. Pero ensayaba su papel de Doña Sol con aaire contrariado, como si se sintiese superior y hasta admirada de descender de la *Fille d'honneur* y de *Valerie* a *Hernani*. Treinta y cinco años de éxito le habían procurado en el teatro una influencia poderosa, que hacía sentir voluntariamente a los autores. Recojo de las Memorias de Alejandro Dumas este episodio de los ensayos de *Hernani*.

«Las cosas—dice Dumas,—ocurrían así poco más o menos.. En medio del ensayo la señorita Mars se paraba repentinamente.

—Perdón, amigo,—decía ella a Firmin, a Michelot o a Joanny,—tengo que decir una palabrita al autor.

El actor a quien se dirigía, hacía un gesto de aquiescencia, callaba y esperaba inmóvil en su sitio.

La señorita Mars avanzaba entonces hasta la concha, colocaba una mano sobre sus ojos, y, aunque sabía perfectamente en qué lugar de la orquesta se hallaba Víctor Hugo, fingía buscarle con la mirada.

—¿Señor Hugo?... ¿Está ahí el señor Hugo?—repetía.

—Aquí estoy, señora,—contestaba el poeta, al par que se levantaba de su asiento.

—¡Ah, muy bien, gracias!... Diga usted, señor Hugo...

—Señora...

—Yo tengo que decir este verso:

«Vos sois mi león soberbio y generoso».

—Sí, señora. *Hernani* dice a usted:

«¡Mas, ay! yo amo de un modo tan profundo!»
¡Qué no tenga yo un mundo! No llores. Muramos antes.
¡Yo te lo daría! ¡Qué desdichado soy!»

—Y usted le responde:

«Vos sois mi león soberbio y generoso».

—Y usted ¿gusta de eso, señor Hugo?

—¿De qué?

—De ese «Vos sois...»

—Cuando lo he escrito así, señora, es que me ha parecido bien.

—Entonces, os empeñáis en mantener vuestro *león*.

—Claro está, señora. Búsqueme usted algo mejor que lo supla, y lo sustituiré.

—Eso no es cuenta mía. Yo no soy el autor.

—Perfectamente; dejemos entonces las cosas como están.

—Es que me parece tan risible llamar *león* al señor Firmin.

—Eso le ocurre porque, representando a Doña Sol, se empeña usted en ser la señorita Mars; si usted fuera realmente la pupila de D. Ruy Gómez de Silva, esto es, una noble castellana del siglo XVI, no vería usted en *Hernani* al señor Firmin, sino a uno de aquellos terribles jefes de bandos que hicieron temblar a Carlos V hasta en su capital; entonces comprendería usted que una tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer puede llamar a un hombre mi león, y ya no le parecería esto tan risible.

—Está bien, puesto que se empeña usted en su león no hablemos más. Yo estoy aquí para recibir lo que está escrito; está en el manuscrito *mi león*, pues mi león diré yo; ¡a mí me es igual, Dios mío! Vamos Firmin:

«Vos sois mi león soberbio y generoso».

Lo gracioso es que al día siguiente, al llegar al mismo pasaje, en el ensayo, la señorita Mars se detenía otra vez y se repetía la escena del día anterior.

—¿Está ahí el señor Hugo?

El señor Hugo contestaba con la misma placidez, haciendo acto de presencia.

—Celebro mucho que esté usted ahí.

—Ya he tenido el gusto de saludar a usted antes de empezar el ensayo.

—Es verdad... Y bien, ¿ha reflexionado usted?

—¿En qué, señora?

—Sobre lo que le dije a usted ayer.

—Ayer me hizo usted el honor de decirme varias cosas.

—Cierto... pero ahora me refiero a ese famoso hemistiquio.

—¿A cuál?

—Bien sabe usted cuál es.

—Juro a usted que no recuerdo; me hace usted tantas y tan acertadas observaciones, que las confundo unas con otras.

—Me refiero al hemistiquio del león.

—Ah, sí: «Vos sois mi león...» Ya recuerdo...

—Y qué, ¿ha encontrado usted el sustituto?

—Le confieso que ni siquiera lo he buscado.

—¿No encuentra usted peligroso ese verso?

—No sé que entiende usted por peligroso, señora.

—Yo llamo peligroso a lo que puede ser silbado.

—Nunca he tenido la pretensión de que no me silben.

—Sea; pero se ha de procurar que nos silben lo menos posible.

—¿De modo que usted cree que silbarán el hemistiquio del león?

—Estoy segura.

—Entonces, señora, es que no lo recitará usted con su talento habitual.

—Yo lo diré lo mejor que pueda, pero preferiría...

—¿Qué?

—Decir otra cosa.

—¿Cuál?

—Otra cosa... ¡qué sé yo!...

—¿Cuál?—insistió Hugo.

La señorita Mars fingió buscar la palabra, que ya tenía en sus labios desde tres días antes, y, al fin, dijo con cierto titubeo; yo recitaría por ejemplo:

«Vos sois mi señor soberbio y generoso».

¿Acaso *mi señor* no completa el verso como *mi león*?

—En efecto, con la diferencia de que mi león destaca el verso, en tanto que mi señor lo aplasta completamente. Prefiero ser silbado por un buen verso que, aplaudido por uno malo.

—Está bien, está bien... No nos enfademos por eso. Se dirá vuestro *buen verso* sin cambiar nada. Vamos, Firmin, amigo mío, continuemos.

«Vos sois mi león soberbio y generoso.»

Estas mezquindades fuéronse haciendo cada día más vivas. Por indiferente que permaneciera Víctor Hugo ante aquellas pequeñas impertinencias, llegó un momento en que su dignidad no pudo tolerarlas. Al final de un ensayo indicó a la señorita Mars que tenía que hablarla. Ambos se trasladaron al «foyer» pequeño, y, una vez allí, Hugo dijo decididamente a la actriz:

—Señora, ruego a usted que me devuelva el papel de que se ha encargado en mi obra.

—La señorita Mars palideció: Era la primera vez que en su vida artística le retiraban un papel. Hasta entonces le habían suplicado para que los aceptáse y era ella quien solía rehusarlos. Comprendió rápidamente la pérdida de prestigio que para ella resultaría de un hecho semejante y prefirió cantar la palinodia. Reconoció, pues, su entuerto y prometió no reincidir.

Y, en efecto, reprimió sus impertinencias, pero en cambio, calló. Protestó con su actitud glacial. Su ejem-

plo enfrió a los demás actores. Salvo Joanny, que al menos en apariencia mostrábase bien dispuesto, los demás hacían el vacío al autor. Además, en el exterior se hacía también una oposición que repercutía en el interior del teatro.

Los autores trágicos y cómicos soportaban con no poco disgusto al recién llegado que amenazaba sus doctrinas y sus intereses. De ahí que iniciaran trabajos previos contra el demoledor de una literatura que era la buena, puesto que era la de ellos. Escuchaban tras las puertas, provocaban las indiscreciones, recogían aquí y allá algunos versos de la obra que desfiguraban luego, narraban las escenas caricaturizándolas o inventándolas si convendía, y hacían reír no poco en los salones de París a costa de la pretendida obra maestra. Un autor del Teatro Francés, fué sorprendido escondido en la sombra durante un ensayo. Otros iban a casa de Víctor Hugo, fingiéndose sus admiradores, para arrancarle a fuerza de importunarle, una o dos escenas, y, en seguida, las ponían en circulación completamente desnaturalizadas. Cierto autor trágico, académico y censor, que en su calidad de tal había leído la obra, fué uno de estos corrveidiles más activos; alguien, que le oyó, comunicó el hecho a los periódicos. Entonces el censor escribió a Víctor Hugo:

«...Qué dicen sus espías y los periódicos que le defienden a usted? ¿qué yo he revelado el secreto de la comedia?, ¿qué yo he citado los versos de usted burlándome de ellos? Y bien, aunque así fuese, ¿dónde está mi mal proceder? Si le he alabado a usted cuando era usted digno de alabanza, ¿no me será permitido censurarle cuando es digno de censura? ¿Son sagradas las obras de usted? ¿Debe uno admirarlas o callarse? Usted no piensa eso, no tendrá usted ese ridículo amor propio. Usted sabe perfectamente que quien ha aplaudido sus primeras odas, tiene la libertad de condenar con la misma franqueza los dramas nuevos de usted. Yo he censurado, es cierto, el estilo *Hernani*...»

La mayoría de los periódicos atacaban también la obra. Los periódicos ministeriales miraban a Víctor Hugo

como un desertor, después de su «Oda a la Columna», y no le perdonaban que hubiese rechazado la pensión real que le fué ofrecida. Los papeles liberales tenían por redactores literarios a los mismos autores que el drama venía a expropiar. «El Constitucional», singularmente, que algunos días antes había elogiado la incorruptibilidad del hombre, fué uno de los más violentos adversarios del poeta.

Se llegó hasta parodiar en el teatro una obra no representada todavía.

En una revista de las obras del año, el Vaudeville sacó a la pública carcajada la escena de los retratos. Don Ruy Gómez, era presentado como un domador de osos.

Otra cosa inquietaba a Víctor Hugo. El manuscrito enviado a la censura no había sido devuelto aún. Víctor Hugo acudió al Ministerio y allí se le dijo que la Comisión de censura había leído y autorizado la obra hacía quince días y que era el ministro quien la retenía. Este, devolvió por fin la obra, indicando algunos cambios que se juzgaban necesarios. Estos cambios alteraban las principales escenas. El autor se resistió a obedecer, y, por último, después de no pocas gestiones, se atendió a sus deseos. Yo he encontrado una carta que demuestra el trabajo que le costó a Hugo rescatar poco a poco lo que la censura había tachado de una vez.

Dice así la carta:

«Señor: Tengo el gusto de anunciarle que su excelencia, haciendo justicia a las observaciones de V., que yo he procurado poner de relieve también, ha consentido en que se restablezcan algunos pasajes de los suprimidos en *Hernani*. Queda V., pues autorizado a dejar subsistente en el manuscrito visado las expresiones siguientes dirigidas a Don Carlos: *Traidor, insensato, mal rey*.

De V., atento, etc. El Jefe del Negociado de teatros.— Firmado: *Trouvé*.»

Pero el ministro no pasó por este verso:

«¿Crees tú que los reyes son sagrados para mí?

que hubo de ser sustituído por este otro:

«¿Crees tú que haya nombres sagrados para nosotros?»

El invierno de 1829 a 1830, fué de los más rigurosos que se recuerdan. El Sena experimentó una crecida que duró del 20 de diciembre hasta fin de enero. Víctor Hugo iba al teatro con escarpines para no romperse las piernas al atravesar los puentes. Ya en el teatro, le llevaban un calentador. Los actores tiritaban, los versos salían helados de sus labios y los cómicos se apresuraban a rezar su papel para ir a calentarse junto a la chimenea. Los trabajos no avanzaban pues, y las enemistades tenían así tiempo de prepararse para la refriega.

Al fin, la obra estuvo dispuesta para la representación. Sabiendo que había de ser atacada, era necesario organizar bien la defensa. El jefe de la claque del teatro era un gran admirador de Casimiro Delavigno y, por consiguiente, no había de mostrar gran ardimiento para ayudar a la insurrección contra el viejo repertorio que a él le había enriquecido. El Comisario regio del teatro, propuso al jefe de claque del Gimnasio, del que creía poder responder, aunque éste era partidario de Scribe.

—Escoged,—dijo a Víctor Hugo el Comisario.

—A nadie escojo,—repuso el poeta.

—¡Cómo! ¿No habrá claque?...

—No habrá claque.

Cuando fué conocida esta respuesta entre la gente del teatro, todo el mundo se preguntó si Víctor Hugo estaba loco. Ninguna obra podía prescindir de la claque, y su drama veíase más amenazado que otra obra cualquiera, de manera que, si no se le defendía bien, no llegaría al final la representación. A estas razones que le fueron indicadas a Hugo, repuso éste; primero, que los aplausos pagados le repugnaban, que la claque de Delavigne y de Scribe no era suya, que a una forma teatral nueva correspondía un público nuevo, que su público debía parecerse a su drama, que queriendo él un arte libre, quería también una platea libre y, por consiguiente, que él invitaría a los jóvenes poetas, pintores, escultores, músicos, impresores, etc. Todos trataron unánimente de convencerle de su equivocación, pero hubieron de ceder

ante la obstinación del poeta, dejando a éste toda la responsabilidad del fracaso que preveían.

Con todo esto la curiosidad pública fué excitada hasta su grado máximo y el pedido de localidades resultó enorme. A cada momento recibía el autor de la obra cartas por el estilo de las que siguen:

«Voy a dirigiros, señor, una solicitud indiscreta quizás, y, lo que temo también, quizás tardía. La Sra. Constant y yo, tenemos, como todo Francia, un vivo deseo de ver *Hernani*. ¿Habría medio de adquirir un palco o dos asientos de palco? Si esto fuera imposible, ¿podríamos asistir a un ensayo? Hacedme el obsequio de decirme, en el caso de que dispongáis de las localidades indicadas, dónde puedo enviar a recogerlas y entregar su importe, y de no ser ello factible, qué he de hacer para asistir al ensayo. Espero que sólo veréis en mi importunidad una consecuencia natural de la impaciencia que sentimos como todo el público.

Recibid con el homenaje de mi admiración hacia vuestro bello talento, la seguridad de mi adhesión sincera y de mi alta consideración personal.

Benjamín Constant.

Hoy, 12 enero, 1830».

—

«Señor:

He hecho vanos esfuerzos para procurarme un palco para la primera representación de *Hernani*. Me han dicho que V. tendría la bondad de facilitarme uno, y, si ello pudiese ser, yo se lo agradecería vivamente, enviándole las gracias por anticipado. Desearía que el palco fuese de 6 localidades y no muy alto.

A. Thiers.

13, febrero, 1830».

—

«El universo entero se dirige a mí para conseguir palcos y butacas; y no hablo ya de las demandas que me hacen los «pináculos intelectuales», como diría «El Glo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bo». La señora Recamier me pide que si, por mi mediación, et. Ved lo que podéis hacer en su favor. Ya sabeis que esa señora ejerce alguna influencia entre ciertas gentes. Le he dicho que sería imposible lograr un palco. Me ha replicado que viera de conseguir dos *bonetes de obispo* (palcos proscenios del último piso). ¡Dónde va a refugiarse la virtud!

Siempre vuestro:

Marinée».

—

En la semana que precedió a la representación, los periódicos se ocuparon mucho del drama, la mayoría para predisponer en contra el ánimo de los lectores. Algunos diarios defendían la producción. Los ministeriales trataron de echar agua al vino.

El *Quotidienne* decía:

«Se anuncia para mañana la primera representación de *Hernani*. No sabemos si las gentes que antes de verla y oirla, se han declarado en contra de la nueva obra, han formado una liga para hundirla en el foso, pero no es menos cierto que los amigos del autor se aplican concienzudamente a suprimir todo obstáculo que pudiera precipitar el fracaso del drama. Se concibe su actitud, si, como se dice, aprecian este asunto como una cuestión de vida o muerte para el romanticismo... Sea lo que quiera, el *Journal des Debats*, penetrado de la importancia del negocio en litigio, olvida sus propios quebraderos de cabeza y dejando un instante el cuidado de su defensa personal, se apresura a aceptar con resignación el convite y admonición del *Globo* y dedica un gran espacio a la causa de *Hernani*, de *Hernani* que,—dice—ha soliviantado tantas pasiones, tantos odios, tanto encarnizamiento, con peligro de que sirva de campo de batalla a tantos intereses contrapuestos. Nosotros que estamos muy lejos de desear que *Hernani* sea acogido para campo de batalla, y que no creemos en que el autor abrigue esa intención para su obra, entendemos que los amigos de aquél, cometen una imprudencia al esforzarse en conceder cierta importancia política a una cuestión simplemente literaria. Los señores de los *Debats* han hallado el medio de inmiscuir en el asunto a los Sres. Martignac y de la Bourdonnaye, el antiguo y el nuevo ministro, que seguramente no han pensado jamás en defender ni atacar, ni siquiera modificar el drama del señor Víctor Hugo. Aunque fuere muy grande la importancia de la representación de *Hernani*, la monarquía francesa no ha de inquietarse por ello».

Todos los amigos del autor y cuantos deseaban el triunfo del arte nuevo se apresuraron a ofrecerse a Víctor Hugo. Luis Boulanger, Teófilo Cautier—niño aún por la edad, era hombre por el talento,—Gerardo de Nerval, Vivier, Ernesto de Sajonia, Coburgo, hijo natural del duque reinante, Aquiles y Eugenio Deveria, Français, Celestino Nanteuil, Eduardo Thierry, Pedro Borel y sus dos hermanos, Aquiles Roche, que hubiera sido un pintor célebre, de no haberse ahogado más tarde en el Tiber, fueron los primeros en presentarse.

Ellos se encargaron de tocar llamada en los cenáculos literarios y musicales y en los talleres de pintura, escultura y arquitectura. Cada uno organizó su *tribu* con los adeptos que había reclutado y se aprestó a llevar al combate. Yo he encontrado una lista de las tribus de Gautier, Gerard y Borel en la que se leían nombres como los siguientes: Balzac, Berlioz, Cabat, Augustus Mac-Keat (Augusto Maquet), Preault, Jehan du Seigneur, José Buchardy, Filadelfo O'Neldy, Gigoux, Laviron Amadeo Pommier, Lemot, Piccini, Fernando Langlé, Tolbecque, Tilmant, Kreutzer, etc. A estos nombres mezcláhanse denominaciones colectivas como: estudio de arquitectura de Gournaud, 13 entradas; estudio de arquitectura de Labrousse, 5 entradas; estudio de arquitectura de Duban, 12 entradas... etc.

Víctor Hugo compró varias manos de papel encarnado, cortó las hojas en pequeños cuadros y sobre ellos garabateó la palabra española:

HIERRO

Estas contraseñas fueron distribuidas entre los precitados jefes de tribu. La empresa había cedido al autor

las localidades de orquesta, las segundas galerías y el perterre o patio, menos cincuenta asientos.

Para combinar su plan estratégico y asegurar mejor el orden de batalla, los jóvenes entusiastas solicitaron que se les autorizase a entrar en el teatro antes que el público. Se accedió a la demanda, pero con la condición de que entrarían antes de que la gente comenzase a formar cola; para ello contarían con tres horas de adelanto. Todo hubiera ido como una seda, de consentírseles que entrasen en el teatro, como lo hacían los de la claque, por la puerta del oscuro pasaje, hoy suprimida. Pero la dirección del teatro, que seguramente deseaba que se advirtiese la presencia de los amigos del poeta, les fijó la entrada por la puerta de la calle de Beaujolais, que era la puerta real. Por miedo a llegar tarde, los jóvenes batallones llegaron demasiado pronto y se encontraron con la puerta cerrada; de modo que durante una hora, cuantos pasaban por la calle de Richelieu vieron acumularse allí una banda de seres extraños, fantásticos, barbudos, melenudos, feroces, vestidos de todos modos menos con arreglo a la moda del día, quién con capa española, quien con chaleco a lo Robespierre, quien con toca a lo Enrique IV; todos los siglos y todos los países mostrábanse sobre aquellas cabezas y aquellas espaldas en pleno París y en pleno mediodía. Los buenos burgueses, detenían estupefactos e indignados. Teófilo Gautier, sobre todo, atraía las miradas con su chaleco de raso escarlata y la espesa cabellera que le llegaba hasta los riñones.

La puerta no se abrió; las tribus interrumpían la circulación, lo que les importaba realmente muy poco, pero una cosa estuvo a punto de hacerles perder la paciencia. El arte clásico no pudo ver tranquilamente aquellas hordas de bárbaros que iban a violar su asilo y arrojó sobre ellos todas las basuras e inmundicias del teatro; un troncho de col cayó sobre la cabeza de Balzac. El primer impulso de los jóvenes fué el de enfadarse, quizás era lo que pretendía el arte clásico, pero prefirieron no dar pretexto alguno a la policía para intervenir.

A las tres en punto se abrió la puerta y poco después se cerraba. Ya en la sala, se organizaron los invasores. Distribuidos los lugares, se advirtió lo largo de la espera. Eran solo las tres y media. ¿Qué hacer hasta las siete? Se habló, se cantó, se rió, pero las conversaciones, los cantos y las risas, se extinguieron. Por dicha, la mayoría no había comido aún y había llevado cervelás, jamón, salchichónes, pan, etc., para hacer su yantar en el teatro; todos se dispusieron a comer, utilizando las banquetas para mesa y los pañuelos como servilleta. Como no tenían otra cosa qué hacer, prolongaron la comida todo el tiempo posible, y fué tanto, que aún estaban a la mesa cuando el público comenzó a entrar en el teatro.

Al ver aquel restaurant improvisado los de los palcos y butacas se preguntaron si soñaban. Al mismo tiempo el olor a ajo de los salchichones que había invadido el ambiente, mortificaba a los que llegaban de la calle; pero aquello no era nada, ya que entre aquella numerosa agrupación de hombres, parece lógico que algunos hubieran experimentado otras necesidades que las de llenar el vientre, y, como los lugares destinados a satisfacer estas necesidades estaban cerrados, aquellos hombres se esparcieron por los lugares más oscuros para exonerarse. Mas estos lugares oscuros habían sido iluminados repentinamente al franquear la entrada al público. ¡Júzguese del escándalo que aquellas humedades habían de producir a los lindos zapatitos de seda de las bellas y elegantes espectadoras!

Cuando Víctor Hugo llegó al teatro, encontró sonrientes a los empleados y al Comisario real completamente

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Que el drama está muerto y que son los amigos de usted los que lo han matado.

Entonces Víctor Hugo se enteró del incidente y declaró que la culpa no era de sus amigos, sino de los que les habían tenido encerrados durante cuatro horas.

Pero al menos no se le había dicho nada a la señorita Mars—le indicaron—porque el barón Taylor tuvo buen cuidado de recomendar que se le ocultase lo ocurrido.

El autor entró en el escenario y se halló de manos a boca con la señorita Mars, la cual se apresuró a decirle:

—¡Lindos amigos tiene usted! ¿Se ha enterado de lo que han hecho?

La recomendación del barón no impidió que los enemigos de la obra le fueran con el cuento a la actriz. Esta se mostraba furiosa.

—¡He representado ante todos los públicos, pero había de deberle a usted el representar ante *esos señores*!—exclamó airada y despectiva.

Víctor Hugo repitió a la actriz lo que ya había dicho al Comisario regio, y la dejó para asomarse a los bastidores. Actores, figurantas, maquinistas, todos habían pasado ya de la frialdad a la hostilidad. Sólo Joanny, convertido en Ruy Gómez, se acercó a Hugo y le dijo:

—Tenga usted confianza; por mi parte me siento muy esperanzado.

Víctor Hugo miró por el agujero del telón y admiró el deslumbrador espectáculo que ofrecía la sala, llena de sedas, alhajas, flores y hombros desnudos.

Se dieron poco después los tres golpes de ordenanza y el autor vió levantarse el telón con esa congoja que sufre el corazón cuando se entrega a lo desconocido el pensamiento y tal vez el porvenir.

La breve escena entre Don Carlos y Josefa pasó sin obstáculo; después entró Doña Sol. Los jóvenes amigos del poeta, poco hechos a las costumbres teatrales y también poco entusiastas de la señorita Mars, descuidaron hacer a la actriz la acogida a que estaba ella habituada al aparecer en escena; negligencia que no fué remediada por los partidarios de la actriz, a los que disgustaba que que ésta representase el drama. Este silencio insólito, desconcertó un poco a la Mars.

Firmin, que, si no tenía la edad de Hernani, poseía siempre juvenil ardor, dijo muy bien estos versos:

O l'insensé vieillard, qui, la tête inclinée,
Pour achever sa route...
Vieillard, va-t'en donner mesure au fossoyeur!

Las tribus aplaudieron vigorosamente, pero el resto del público no las secundó.

En el segundo acto ya fué otra cosa, durante el diálogo entre Don Carlos y Hernani.

—Mon maître,
Je vous tiens, de ce jour, sujet rebelle et traître...
Je vous fais mettre au ban de l'empire.
—A ton gré,
J'ai le reste du monde où je te braverai.
Il est plus d'un asile où ta puissance tombe.
—Et quand j'aurai le monde?
—Alors j'aurai la tombe.

Algunos palcos mezclaron sus manifestaciones de agrado al aplauso de los románticos. A cada escena que pasaba sin protesta, los actores y las demás gentes del teatro cambiaban de expresión y de actitudes. Después del segundo acto sonreían ya al autor y hasta algunos admiraban la obra de buena fe.

Pero el verdadero peligro no había sido salvado aún; el punto temible era la escena de los cuadros, sacada por anticipado a la pública risa con la parodia del Vaudeville.

El tercer acto empezó bien. Los versos de Ruy Gómez a doña Sol.

Quand passe un je ne sais pâtre, etc.

Los declamó Joanny con melancólica altivez que conmovió a las damas de entre las cuales algunas aplaudieron. Entonces Ernesto de Sajonia-Coburgo gritó: ¡Vivan las mujeres!

Joanny poseía una especie de altanera dejadez y de familiar nobleza que cuadraban maravillosamente al personaje que representaba.

Abordó con naturalidad y grandeza la escena de los retratos y el público le siguió atentamente hasta el sexto; entonces comenzaron los murmullos y, en seguida, los silbidos, pero el verso:

«J'en passe, et des meilleurs!»

salvó la situación. El último retrato fué saludado con aclamaciones, que se redoblaron cuando don Ruy prefiere entregar su vida y su prometida antes que al huesped, del que se sabe que es su rival. Desde aquel momento ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no hubo entre bastidores quien dudase de la obra. El éxito lo decidió el monólogo de Carlos V, en el cuarto acto; este inmenso monólogo, interrumpido a cada verso por los bravos, acabó en una explosión de interminables salvas de aplausos. Aún duraban estas muestras de entusiasmo cuando avisaron al autor que alguien quería hablar con él. Salió en busca del que le llamaba y se halló con un hombrecillo de vientre abultado y de franco mirar.

—Me llamo Mame,—dijo el hombrecillo;—soy socio del editor Baudoin... Pero, estamos mal aquí para hablar. ¿Podríamos vernos un minuto fuera del teatro?...

Accedió Víctor Hugo. Cuando estuvieron en la calle, Mame se expresó así.

—He aquí de lo que se trata. Estamos en la sala del teatro Beaudoin y yo, y nos han entrado ganas de publicar *Hernani*. ¿Quiere V. vendérnoslo?

—¿Por cuánto?

—Seis mil francos.

—Después de la representación hablaremos.

—Un momento—insistió el librero,—deseo ultimar la cosa en seguida.

—¿Por qué? Usted no sabe lo qué compra; el éxito puede disminuir.

—En efecto; pero también puede aumentar. Durante el segundo acto, pensaba ofrecer a usted dos mil francos, en el tercero cuatro mil, en el cuarto le ofrezco a usted seis mil porque tengo miedo de que, después del quinto acto, haya de ofrecerle diez mil francos.

—Pues bien, sea;—repuso Víctor Hugo, sonriendo;—ya que tiene usted ese miedo de mi drama, se lo cedo. Venga mañana a mi casa y firmaremos.

—Si a usted le es igual, preferiría yo que firmásemos en seguida. Llevo encima los seis mil francos.

—No tengo inconveniente, pero estamos en plena calle...

—Ahí cerca hay un estanco...

Ambos dirigiéronse al estanco, adquirieron un pliego de papel sellado, pidieron tinta y pluma, y se extendió y firmó el contrato.

Víctor Hugo recibió su dinero, que le vino de perilla, porque aquella noche sólo tenía en su casa cincuenta francos.

Volvió Hugo al teatro y, en la atención general, advirtió que el éxito no decaía. Terminaba el cuarto acto. Michelot, Joanny y Firmin estaban radiantes. Sus tres personajes se habían repartido los aplaausos del público.

Durante los cuatro primeros actos, doña Sol quedaba relegada a un segundo término. Víctor Hugo creyó necesario el ir a ver a la señorita Mars.

La halló seca y agria. Cuando el poeta entró en el cuarto, fingió no verle, so pretexto de continuaar riñendo a la doncella que le ayudaba a vestirse.

—¿Qué tiene usted hoy?—decía dirigiéndose a la doméstica.—No voy a acabar nunca. ¿Dónde está el albayalde, se lo he pedido cien veces? Este cuarto parece una leonera, todo está revuelto... ¡Ah!, ¿estáis ahí, señor Hugo?...

Y prosiguió mientras se empolvaba el seno:

—¿Sabe que la obra marcha bien?... al menos para usted y para esos señores.

—Pero ya ha llegado el acto de usted, señora.

—Sí, yo empiezo cuando la obra acaba. Ya puede usted decir que no he cansado mucho a sus lindos amigos. ¿Sabe usted que por primera vez no he sido aplaudida al aparecer en escena?

—¡Pero, cómo lo será usted ahora!

—En fin,—repuso ella con aire de víctima resignada;—desde el instante en que acepté este papel, debía esperar lo que ha ocurrido...

Cuando la Mars apareció en escena con su vestido de raso blanco, su corona de blancas rosas sobre la frente, sus dientes perlinos y su cintura siempre de diez y ocho años, produjo un singular efecto de belleza y juventud. El decorado era también encantador; la terraza donde conversaban las máscaras, el palacio iluminado, los jardines donde lucían vagamente los juegos de agua, el movimiento de la fiesta, la música de las danzas, y, luego, el silencio y la soledad en que quedaban los desposados, todo ello dispuso favorablemente al espectador, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando la señorita Mars declamó estos versos que tan bien se ajustaban a su voz musical.

La lune tout à l'heure à l'horizon montait
Tandis que tu parlais; sa lumière qui tremble
Et ta voixtoutes deux m'allaient au cœur ensemble;
Je me sentais joyense et calme, ô mon amant,
Et j'aurais bien voulu mourir en ce moment.

La señorita Mars nada tuvo ya que echar en cara a *aquellos señores* de quienes se haabía quejado a Victor Hugo.

Todo el quinto acto justificó la prisa del librero Mame. Cuando Joanny se quitó la careta, bajo la cual don Ruy Gómez asistió a la boda, la cara de espectro que mostró, produjo una impresión de terror; y durante toda la escena sintióse como una rigidez sepulcral que daba frío. La señorita Mars defendió la vida de Hernani con una energía de la que no se había creído capaz a Celimena. Estuvo realmente trágica al amenazar a don Ruy:

Il vaudrait mieux pour vous aller aux tigres méme
Arracher leurs petits qu'à moi celui que j'aime...
Voyez-vous ce poigna!? Ah! vieillard insensé,
Craignez-vous pas le fer quand l'œil a menacé?
Prenez garde, don Ruy! Je suis de la famille,
Mon oncle!

El desenlace fué como un delirio. A los pies de la señorita Mars cayó una lluvia de flores. El nombre del autor fué aclamado hasta por la gente de los palcos; sólo en cinco o seis de éstos, hubo silencio, pero protesta, no.

Victor Hugo se apresuró a rendir a la señorita Mars el homenaje que realmente merecía. El cuarto de la actriz hallábase atestado; no obstante, esta vez no se quejaba ella de la turba. Estaba radiante, su papel era soberbio, el drama una obra maestra...

Apenas distinguió al autor díjole:

—Y, bien, ¿no abraza usted a su doña Sol?...

Y doña Sol ofreció a los labios de Hugo la mejilla de la señorita Mars.

A la salida del teatro esperaban al poeta multitud de amigos que querían acompañarle hasta su casa. Al llegar a ésta, se encontró su salón lleno de gente. La calle de Notre-Dame-des Champs, parecía admirarse de verse tan concurrida a la una de la madrugada.

El siguiente día, al despertar Víctor Hugo, recibió la siguiente misiva:

«He asistido a la primera representación de *Hernani*. Ya conoce usted la admiración que me inspira. Mi vanidad se adhiere a estro y usted sabe por qué. Me encomiendo al recuerdo de vuestra musa. Una gloria piadosa debe orar por los muertos.

Chateaubriand».

29, febrero, 1830.»

—

La primera representación de *Hernani* había tenido lugar un sábado; el lunes, día en que se dió la segunda, aparecieron los folletines de la crítica periodística. Salvo el del *Journal des Débats*, todos se mostraban hóstiles. Se metían con el drama y con el público; decían que el autor había llevado espectadores dignos de la obra, especie de bandidos, individuos incultos y harapientos, recogidos en inmundos tabucos, y que habían convertido una sala respetada en una caverna nausebunda. Esos sujetos se habían entregado a una orgía que tuvo asquerosas consecuencias; habían escandalizado a los periódicos liberales con sus cantos obscenos y a los realistas con sus cantos impíos; el templo había sido profanado y Malpómene se hallaba en un estado lastimoso.

El Comisario regio corrió a casa del autor. Sentíase muy inquieto, pues, evidentemente, la unanimidad de la prensa en la censura iba a alentar las enemistades, dominadas la víspera, y se reñiría nueva batalla aquella noche. Ya que Víctor Hugo rechazaba la claque, era necesario que sus amigos acudiesen a defender la segunda representación como defendieron la primera.

Los jefes de tribu, ya citados, no bien se enteraron de la actitud de la crítica, se presentaron expontáneamente; no hubo que ir a buscarlos. Comprendían que la lucha no había terminado y que la noche iba a ser muy ruda. Y estaban contentos, porque consideraban que la victoria del primer día se obtuvo a poca costa y gustaban de hallar una mayor resistencia para vencer.

Desde el mediodía del lunes, la calle de Beaujolais se llenó de curiosos y desocupados que esperaban contemplar el original espectáculo de las extrañas bandas de aventureros que se refirieron los periódicos. Pero se quedaron con las ganas, pues el Comisario del teatro no obligó a los jóvenes a que entraran por la puerta real ni a que permanecieran cuatro horas en la sala de espectáculos. Por consiguiente, aquel día no hubo cantos, embutidos con ajo, ni consecuencias del banquete. Solo pudo admirarse la excentricidad de los trajes de los amigos del poeta, vestidos que horripilaban a los elegantes de los palcos. Estos señores se mostraban mútuamente y con horror, la figura de Teófilo Gautier en la que se destacaba el rojo chaleco de raso sobre un pantalón gris claro con trencilla y la caballera que caía en cascadas bajo el sombrero de fieltro de anchas alas. La impasibilidad de su rostro, regular y pálido, y la sangre fría con que miraba a las honestas gentes de los palcos, demostraban el grado de abominación y de desorden en que el teatro había caído.

En el momento de levantarse el telón, sucedió un hecho que después se repitió en todas las representaciones de obras de Víctor Hugo. Una lluvia de papelillos blancos, (como el moderno confeti), cayó desde las alturas sobre palcos y butacas. Los papelillos se adherían a las ropas, a las cabelleras femeninas, se escurrían hasta los senos de las damas, se aposentaban en los bigotes de los hombres..., en fin, todos los espectadores hubieron de sacudirse y expulgarse. Aquello era un nuevo atentado contra *Hernani*. ¿Quién era el autor de la pesada broma?... Nunca se supo.

Desde las primeras frases de la obra se advirtió ya

que la tempestad rugía sordamente. Y, en efecto, ya en el primer acto estalló. Este verso:

«Nous sommes trois chez vous.
C'est trop del deux, madame».
(*Estamos tres en vuestra casa. Sobran dos, señora*).

Fué acogido con una carcajada por el público del primer piso y de las sillas de orquesta. La risa aumentó con el verso siguiente:

Oui, de ta suite, ô roi!, de ta suite!—J'en suis

que Firmin equivocó declamándolo así:

Oui, de ta suite ô roi?—De ta suite j'en suis.

Este «de ta suite j'en suis», provocó un alborozo que se prolongó no solo durante aquella noche; durante meses, los clásicos en literatura se saludaban regocijados al encontrarse, con el famoso «de ta suite j'en suis».

Desde luego, los amigos del poeta sostuvieron fieramente el pabellón con sus aplausos, risas, mofetas y protestas.

La pelea se entabló en el segundo acto, y en el siguiente pasaje, se reprodujo el escándalo.

—Quelle heure est'il?
—(*¿Qué hora es?*)
—Minuit.
—(Las doce).

Ese rey que preguntaba la hora diciendo: ¿qué hora es? como cualquier simple mortal, y a quien se le respondía, en verso, «las doce», cuando tan fácil era responderle:

«Marca el reloj, señor la duodécima hora».

Pareció tan intolerable a la gente, que la risa se convirtió en griterio. Los partidarios de la obra se enfadaron entonces y, con enérgica resolución, impusieron silencio hasta el punto de que pudo ser oída con tranquilidad la escena entre Hernani y el Rey, así como la siempre temida de los retratos.

Pero al llegar al monólogo de Carlos V, tan ovacionado el día del estreno, recomenzaron las burletas, a las que siguieron las risas y por fin la carcajada a caño libre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

La mascarada y las danzas del quinto acto plugieron un instante a los señores de palcos y butacas, pero, después, prosiguió el alboroto en crescendo y la función terminó entre risas burlonas de los unos y las protestas y aplausos de los otros.

Los periódicos del día siguiente, contaron sólo todo lo que al drama y a su éxito perjudicaba, callándose la protesta airada de los jóvenes artistas y los aplausos del público de buena fe. Complacíanse en decir: ¡Por fin se ha hecho justicia a ese drama escandaloso! ¡El pleito está fallado definitivamente, gracias a Dios! Realmente ni siquiera había despertado la curiosidad; en la segunda representación el teatro estaba casi vacío.

La tercera representación resultó aún más tormentosa que la segunda. Las risas de los *clasicistas* fueron ahogadas por los aplausos de los admiradores del arte nuevo.

Pero, después de las tres representaciones, Víctor Hugo, como todos los autores, ya solo pudo disponer de un determinado y pequeño número de entradas para repartir entre sus amigos.

Entonces los periódicos dijeron que la obra iba a ser juzgada por el *verdadero público* y que esta volvería por los fueros del arte ultrajado.

Y, en efecto, desde la cuarta, cada representación, fué un alboroto brutal. La gente de los palcos reía a mandíbula batiente y la de los sillones de orquesta, silbaba: se puso de moda en los salones de París el «ir a burlarse de *Hernani*». Los partidarios del poeta no vacilaron en hacer frente a la turbamulta enemiga, y, con sus aplausos, defendían cada escena, cada verso, el más débil hemistiquio; y no se limitaban a esto, sino que taconeaban, rugían e insultaban cada vez que los contrarios usaban de la risa o del silbido. Ernesto de Sajonia Coburgo, no distinguía sexo ni edad cuando se trataba de repeler al contrario. A cierta jovencita, que se permitio reir a carcajadas durante la escena de los retratos, la increpó así:

—¡Señorita, no ría usted tanto, que se le ven los dientes! .....

A unos viejos, tan *calvos* como venerables, que silbaban desde la orquesta, les gritó:

—¡A la guillotina esas *rodillas*!

Para el discutido autor cesaron los respetuosos homenajes que entre bastidores se le hicieron al primer día, al autor triunfante. La obra maestra se había convertido en un *drama*, una bastarda y desconocida mezcla de comedia y de tragedia. Los actores se pasaban al enemigo. Uno de los más principales guiñaba el ojo a los que silsilbaban, como diciéndoles a modo de disculpa; no tengo más remedio que representar, no me echen ustedes a mi la culpa. En cambio la señorita Mars, fué valiente hasta lo último; era silbada como los demás actores, y si reprochaba al innovador que le hubiese hecho conocer el son desagradable de los pitos, si recibía al autor con avinagrado gesto y le molestaba lo posible, en cambio, al presentarse en escena, trabajaba como Dios manda y como era debido.

A pesar de la malevolencia de los actores y de la rabia de los enemigos, el drama se mantenía en los carteles. Sostenialo la recaudación de la taquilla. La gente iba a silbar, pero llenaba el teatro; lo que no impidió que el odio llegase hasta negar los ingresos de la caja teatral.

Cierto actorzuelo, enemigo del autor y de la obra, negaba que la taquilla ganase, y explicaba a otro compinche el lleno del teatro diciendo que se regalaban las entradas.

—Ved,—afirmaba,—hoy está el teatro de bote en bote; pues apuesto mil quinientos cincuenta y siete francos y setenta y ocho céntimos—interrompió Víctor Hugo, que pasaba en aquel instante junto a los criticones, llevando en la mano el estado de recaudación que acababa de entregarle el cajero.

. . . . . .

La lucha que en París suscitara el drama, se extendió a todos los departamentos de Francia y llegó a extremos extraordinarios. En Tolosa, un joven apellidado Ballam, fué muerto en un duelo suscitado con motivo de una

discusión sobre *Hernani*. En Vaunes, murió un cabo de dragones que dejó este singular testamento:

«Deseo que sobre mi tumba se escriba esta frase: Aquí yace uno que creyó en Víctor Hugo».

Una licencia concedida a la señorita Mars, motivó la supensión de *Hernani* después de la 45.ª representación.

Ocho años después, cuando la obra había reaparecido en los carteles y era representada con unánime aplauso de las gentes, oí yo este dichoso diálogo entre dos espectadores:

—No es extraño,—decía el uno—que ya no silban. Víctor Hugo ha cambiado todos los versos de su obra.

—Se engaña usted,—repuso el otro.—No ha cambiado el drama, ha cambiado el público.

FIN

Memorias de un rebelde

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

discusión sobre *Hernani*. En Vaunes, murió un cabo de dragones que dejó este singular testamento:

«Deseo que sobre mi tumba se escriba esta frase: Aquí yace uno que creyó en Víctor Hugo».

Una licencia concedida a la señorita Mars, motivó la supensión de *Hernani* después de la 45.ª representación.

Ocho años después, cuando la obra había reaparecido en los carteles y era representada con unánime aplauso de las gentes, oí yo este dichoso diálogo entre dos espectadores:

—No es extraño,—decía el uno—que ya no silban. Víctor Hugo ha cambiado todos los versos de su obra.

—Se engaña usted,—repuso el otro.—No ha cambiado el drama, ha cambiado el público.

FIN

Memorias de un rebelde

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Imprenta B. BAUZA.—Aribau, 175 a 179.—BARCELONA

VICTOR HUGO

MEMORIAS DE UN REBELDE

EL LIBRO DE ORO
FEDERICO FERRER
TEL. ERICSSON 55-42
SAN JUAN DE LETRAN, 64

BIBLIOTECA DE CULTURA
Concesionaria exclusiva para la venta
CASA EDITORIAL de B. BAUZÁ
Aribau, 175 a 179
BARCELONA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCION MUNDIAL

TITULOS PUBLICADOS

VICTOR HUGO

El último día de un sentenciado a muerte.
Bug-Jargal. (La insurrección de los negros).
Mis pensamientos y mis ideas.
El rey. El papa.
Las páginas más revolucionarias de Víctor Hugo
El noventa y tres. (Tomo I).
El noventa y tres. (Tomo II).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

¿QUIEN SOY YO?...

(Autobiografía).

Soy un hombre que cuando se dice ¡mata! titubea para decir ¡acogota!

Cuando la arrebatada muchedumbre sigue el torrente, yo me permito opinar distintamente; la pena del talión me desagrada, y mi extraño humor prefiere el ángel al tigre; y John Brown a Pizarro. Censuro sin pudor las matanzas en grande escala, no bebo sangre; el orden, el Estado flagrante, exterminando, aullando, bramando, tratando de morder, me parece, como soñador que soy muy semejante al desorden. Odio la lid de ferocidad; tengo la mala costumbre de arrojar en la misma cesta al buscón que anda sin zapatos, o al que va en carretela, sea príncipe o granuja; mi desprecio es igual, para la rondad a quien se tutea o para la que se titula alteza; y si es preciso elegir, creo que todavía prefiero el crimen cubierto de fango, al que se muestra lleno de bordados. Excuso al ignorante, no teniendo reparo en decir, que la miseria explica un acceso de delirio, que no hay que empujar los hombres a la desesperación, que si algún dictador comete una ruin maldad, el hombre del pueblo es tan responsable de ello, como puede serlo de una ráfaga de viento, el grano de arena. Arrebatada y empujada esta por el aquilon, forma parte de horrible simoun; parece viva, arde y mata, convirtiéndose en átomo de abismo;

COLECCION MUNDIAL

TITULOS PUBLICADOS

VICTOR HUGO

El último día de un sentenciado a muerte.
Bug-Jargal. (La insurrección de los negros).
Mis pensamientos y mis ideas.
El rey. El papa.
Las páginas más revolucionarias de Víctor Hugo
El noventa y tres. (Tomo I).
El noventa y tres. (Tomo II).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

¿QUIEN SOY YO?...

(Autobiografía).

Soy un hombre que cuando se dice ¡mata! titubea para decir ¡acogota!

Cuando la arrebatada muchedumbre sigue el torrente, yo me permito opinar distintamente; la pena del talión me desagrada, y mi extraño humor prefiere el ángel al tigre; y John Brown a Pizarro. Censuro sin pudor las matanzas en grande escala, no bebo sangre; el orden, el Estado flagrante, exterminando, aullando, bramando, tratando de morder, me parece, como soñador que soy muy semejante al desorden. Odio la lid de ferocidad; tengo la mala costumbre de arrojar en la misma cesta al buscón que anda sin zapatos, o al que va en carretela, sea príncipe o granuja; mi desprecio es igual, para la rondad a quien se tutea o para la que se titula alteza; y si es preciso elegir, creo que todavía prefiero el crimen cubierto de fango, al que se muestra lleno de bordados. Excuso al ignorante, no teniendo reparo en decir, que la miseria explica un acceso de delirio, que no hay que empujar los hombres a la desesperación, que si algún dictador comete una ruin maldad, el hombre del pueblo es tan responsable de ello, como puede serlo de una ráfaga de viento, el grano de arena. Arrebatada y empujada esta por el aquilon, forma parte de horrible simoun; parece viva, arde y mata, convirtiéndose en átomo de abismo;

obra la catástrofe, y el viento, el crimen; el viento es el déspota.

Cuando oigo gritar ¡matad! ¡herid! ¡dad de sablazos! llego a pensar que una muerte al acaso es una injusticia. Retrocedo ante una quejumbrosa fosa; allí están, no lo ignoro, amontonados, varones y hembras y también los pequeñuelos; culpables, ignorantes, inocentes, yacen en confusión; alrededor del negro osario mi alma bate sus alas. Si el estertor de los niños me llama desde ese agujero, quisiera arrancar el frío cerrojo de la muerte; mi alma se conmueve al oír aquellas subterráneas voces. No me agrada que bajo mis piés se mueva algo, y aun no me he acostumbrado andar por encima de los lamentos de un hombre muerto a medias.

Hé aquí porqué, vencido, imbécil, proscrito, ofrezco un abrigo a los vencidos, un asilo a los proscritos y a todo el mundo. ¡Sí, a todo el mundo! Mi singularidad llega al punto de ver caer a las gentes sin mostrarles los puños; pertenezco al peligroso partido que perdona, y mañana abriré las puertas de mi casa a los vencedores de ayer si son vencidos. Profeso afecto a Cicerón y a Graco; para tener mi indulgencia y ablandarme, basta con que vea en la oscuridad una mano suplicante; débil, me atrevo arrojar el guante a los fuertes. Grito ¡apiadáos! Así, pues, soy un bandido.

Soy un malvado. Cuando todos están locos, es una traición invocar la razón. Soy un malhechor. ¿Hay qué probárselo? ¡Cómo! ¿si viese un cordero en los dientes del lobo había de arrebatársele? Creo en el derecho de asilo, en el pueblo, y en clero se espanta y tiembla el Senado. ¡Horror! ¡cómo se entiende! ¡profesar por ley no degollar a nadie! ¡Ser un hombre que aborrece la venganza! ¡Ese mendigo no alberga en su pecho la cólera ni el odio! Sí, lo confieso, la acusación es verdadera. Quisiera no separar más que la cizaña del grano bueno, prefiero la claridad al rayo celeste; en mi concepto, la llaga no puede curar bien, si para ello se emplea la hiel. Todos se empeñan en destruír, yo prefiero que se edifique. Trato de comprender para perdonar. Me desagrada

una descarga para resolver un problema. ¿De qué sirve fusilar un muchacho macilento? Quisiera que fuese admitido en la escuela y que viviera. . . . . .

Un día ví correr la sangre por todos lados; las sombras velaban inmensa carnicería y se iba matando. ¿Por qué? sólo por matar. Al ver esto creí necesario que alguien levantara la voz y hablé. Dije que en días de turbación redobla la oscuridad, gracias a la negrura de todo el mundo; afirmé que conviene pensarlo un tanto antes de apuntar y dar la voz de ¡fuego! pues es justo y prudente, perdonar a los locos y hasta a los temerarios, mostrando a los vencidos que somos sus hermanos. Hay que entenderse, unirse; recuerdo que un Dios nos ve, que el porvenir, sombrío cuando nos odiamos, se ilumina si nos amamos, y que crece el infortunio para el que le siembra.

Y pensativo me opuse a la carnicería. Triste, no aprobando la grandeza del sudario, estimando que la pena sólo al culpable corresponde, pensando que no requiere arrojar el crimen de unos cuantos, sobre todos, y castigar por medio del abismo a un pueblo, a un mundo, al azotado acaso, dije: ¡Haced justicia, sí, pero compadecéos! Entonces fuí objeto del odio público. La Iglesia lanzó contra mi su anatema, me expulsaron los reyes; los transeuntes me apedrearon; el que tenía a mano un poco de fango me lo tiró al rostro, aullaron en mis talones los lobos y los perros, la muchedumbre me ha silbado cual tirano en decadencia, en la calle se me amenazó con los puños, y más de un antiguo amigo tuvo que apartarse de mí, despavorido, al encontrarme. Los sonrientes matadores y los feroces vividores, aquellos que detrás de sus carretelas llevan un chirrión, los danzantes de otro tiempo, actuales degolladores, los que beben champagne y sangre a la vez, aquellos que son elegantes y también huraños, los Haynau, los Tavanne, provistos de negras moscas en sus bastones conocidas del osario, los improvisadores de descargas; el juez Lynch, el rey Bomba, Mingrat el sacerdote, me gritaron: ¡Asesino! y Judas me dijo: ¡Traidor!

¡Mantenerse fraternal es ser quimérico! Soñar libre la Europa así como la América, reclamar la equidad, el examen de la razón, equivale a adoptar por albergue las nubes y el viento. Ver un triunfo vasto y rudo, no participar de él, impedir que sea peor y tratar de que no cobre pié; no abrumar a los desgraciados, ofrecer el hombre al hombre, y un asilo a los que van a morir, no tomar por blanco al débil y al ciego, perdonar; esto es querer morar en la mansión de lo imposible. Decir que se debe la ley justa, el derecho común hasta a los salteadores, a los bandidos, es proclamarse salteador, bandido uno mismo. ¡No importa! hay que luchar. Llegó la hora sombría. Viejo y veterano ya, llegarás a ser renegado. Los más clementes se apiadarán de tu cerebro; serás el maldito a quién se escarnece y se hiere. Te verás insultado, silbado, ojeado, presa de los calumniadores dispuestos siempre al crimen, quienes te apedrearán y proscribirán. Perfectamente, y ¿luego? . . . . . .

Se festeja mi demencia con una serenata. ¡Muera! Hé aquí el estribillo de la suave romanza:—¡Ese hombre se atreve a defender a un enemigo fugitivo! ¡Qué audacia! ¡nos supone honrados! ¡Nos desafía!—Los amos están rabiosos y los criados babean. Traílla de sacristanes, traílla de aguiluchos. El furioso incensario rompe los vidrios de mi ventana; sobre mí cae el agua bendita en granizada de piedras de todos los hisopos y de todas las plegarias; se me exorciza, al par que quieren asesinarme. En una palabra, soy expulsado por gracia del Altísimo.

No poseo en la ciudad un palacio episcopal, no tengo prebenda ni lista civil, ningún templo ofrece un trono a mi humildad; no brilla a mi lado ningún suizo en traje de coronel, no me presento bajo palio a los ojos de los deslumbradores soles; aborrezco los blasones y las flores de lis; cuando voy al templo a ver a Dios no pregunto si la pintura es obra de Van-Dyck; no tengo mayordomo, ni pertiguero, ni síndico, ni diácono, ni vicario; tampoco guardo ningún santo en relicario ni milagro embotellado y lacrado; mis ropas no están cubiertas de diamantes, ni recibo un salario para orar; en la Corte

no hago buen papel, ni me admira ninguna viuda de calidad, cuando hago la colecta con un plato redondo frente la mitra de oro; no doy mi mano a besar a las buenas mujeres; venero el cielo, pero sin venderlo a las almas; no llevo el título de monseñor; me complazco en el campo, y no visto medias de color violeta; mis faltas son sinceras; la hipocresía y yo somos adversarios declarados; creo lo que digo, y hago lo que creo; junto al aherrojado Sócrates coloco a Jesús crucificado; cuando un hombre se ve ojeado, cual animal montaraz, si puedo, lo salvo, más que sea mi enemigo; desprecio a Basilio y profeso desdén por Scapin; al niño pobre le doy parte de mi pan; he luchado por lo verdadero, por lo bueno, por lo honroso, sufriendo un destierro de veinte años en medio de la tempestad, y mañana volveré a empezar, si Dios lo quiere así. Dice mi conciencia: ¡Marcha! Nada me subleva, obedezco y parto a pesar de los contrarios vientos, cumpliendo mi deber. Por esto, hermanos, según el periódico del obispo de Gante, a no estar loco, sería yo un bandido.

Soy un malhechor y un tonto, no lo niego. Ayer se me aclamaba, hoy se me insulta; fuí levantado al pináculo para poderme derribar después.

He defendido al pueblo y combatido al sacerdote. ¿Verdad que es bello el abismo y que nos place ser maldecidos con Barbes, con Garibaldi y me preferís lapidado que aplaudido?

No me siento encolerizado y esto os sorprende. Vuestro trueno tose y creéis que está tronando; bramadores, sofocáis sobre mí, vuestro aquilón. Vuestro pequeño relámpago me produce el efecto de un mordisco, y apenas si le hago caso; en mí presentís algo que os perdona, lo cual os choca.

¡Cómo! aliarse contra un hombre, tratar de asaltarle, y ni siquiera obtener el honor de un par de coces! ¡ni recibir una bofetada! hay de qué amostazarse. El proscrito cae a veces, mas nunca desciende; deja que rechine a su alrededor su odio infame.

Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados me

atraen. me siento su hermano, defiendo, una vez caídos, a los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero (pues las sombras que envuelven a los demás a mí me iluminan) olvidar su injuria, su cólera y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Empero, sobre todo, defiendo al pueblo que aguarda su salario, al pueblo que a veces se hace impopular, familia triste de hombres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiendo al extraviado, al débil, y a esa muchedumbre que no habiendo tenido jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. Estos son los ignorantes y los inclementes. He resuelto pedir para todos pan y luz. Para ayudar al pueblo en la solución de un problema, yo me inclino hacia él. En primer término le quiero, lo demás viene después.

Soy republicano y no tengo más rey que mi voluntad, no es dado poner a votación este derecho supremo.

No pienso que los reyes vivan tranquilos; en este mundo sólo una cosa alegra; sus cuidados. Con toda suerte de crímenes, labran un edificio infame en lo alto de los montes sublimes. Un palacio enorme, deslumbrante, oscuro, de donde sale el relámpago, sin que en él penetre luz alguna, es un templo, caso de no ser un antro.

Servidos por lo perjudicial, han emprendido la obra del retroceso del mundo hacia las tinieblas; todos los días procuran un progreso a la sombra, bajo el cielo cada vez más sombrío, pueden presentarnos tales éxitos dignos de envidia, que les es dado chancearse de todas las trágicas jornadas de las que brotaron los grandes destinos. Viven, son buenos amigos, sin pensar en economizar nuestro oro, han llegado al extremo de pasarse los hombres, regalándose mútuamente un pueblo después de cenar. Sus caprichos, son nuestras leyes, nuestros derechos y nuestras reglas, la tierra no ha contemplado todavía bajo el azulado cielo, nada comparable a su hartura.

El destino prodiga a manos llenas las civilidades en su provecho; los sacerdotes hacen caer de hinojos al Altísimo, estupefacto ante sus majestades y altezas; nunca cosa alguna ha parecido tan eterna como ellos; y al presente no existe más omnipotencia que la suya. Pero todo esto se bambolea y su triste gloria, adivina la honda negativa del porvenir.

Mi fe es sencilla y la proclamo en alta voz. Me agrada la franca claridad.

Si se trata de un hombre bondadoso de poblada barba blanca, de una especie de Papa o de emperador, sentado sobre un trono que en el lenguaje teatral se llama bastidor, rodeado de nubes, con un pájaro sobre su cabeza, y a su izquierda un profeta, sosteniendo en brazos a su pálido hijo desgarrado por los clavos, uno y trino, escuchando los armoniosos sonidos del arpa, Dios celoso, Dios vengativo que inscribe en un registro a Garasse, que anota el abate Pluche en la Sorbona y aprueba a Nanotte; si se trata de ese Dios que valida a Trublet, Moisés, consagrando a todos los regios bandidos en sus madrigueras, castigando a los hijos por las faltas de los padres, deteniendo el sol al anochecer, a riesgo de que se rompa instantáneamente el gran resorte, Dios mal geógrafo y no mejor astrónomo, inmensa y pequeña falsificación del hombre encolerizado y haciendo morisquetas al género humano, empuñando un sable a semejanza del padre Dudiene, Dios que de buena gana condena y raras veces perdona, que sobre una injusticia, consulta la imagen de la virgen, Dios que en su azulado cielo cree deber imitar nuestros defectos y se complace en medio de las plagas, así cómo los mortales nos complacemos al vernos rodeados por querida jauría, que turba el orden, lanza sobre nosotros a Nemrod y a Cyrus, que hace que nos muerda Cambises, y nos arroja entre piernas a Atlia, sí, soy ateo para ese buen Dios.

Si se trata del sér absoluto que condensa el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestando la unidad de la ley, puede el universo, así como el hombre, decir, *yo*; del sér cuya alma siento en el fondo de la mía, del sér de lo verdadero y ataca lo falso, entre los instintos cuyo oleaje nos sumerge a medias; si se trata del testigo que

unas veces acaricia mi oscuro pensamiento y otras lo punza, según que en mí, remontándome al bien, o cayendo en el mal, siento engrandecerse el espíritu, o crecer el instinto animal; si se trata del prodigio inminente que se siente vivir más de lo que nosotros vivimos, y conque se embriaga nuestra alma cada vez que se muestra sublime, yendo donde voló Sócrates, donde Jesús llegó por lo justo, lo verdadero, lo bello, directamente al martirio cada vez que un gran deber lo atrae hacia el antro, cada vez que se encuentra envuelto en gigantesca tempestad, cada vez que tiene la augusta ambición de ir, através de la infame sombra que abomina y del otro lado de la noche, en busca de la aurora, si se trata de ese alguien profundo, que las religiones no hacen ni deshacen, que adivinamos bueno y presentimos sabio, que carece de contornos así como de rostro, pero no de hijos, ya que su paternidad y su amor son más vastos que la luz estival; si se trata de ese vasto desconocido que no se nombra, ni explica o comenta ningún Deuterenomio; que los Calmets tampoco pueden leer en ningún Esdras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja, divisan vagamente desde abajo como una cima; Altísimo no comible en ningún pan ázimo, que no se enfade porque se profesen mútuo amor dos corazones, que ve la naturaleza donde la religión ve un pecado; si se trata de ese todo vertiginoso de los seres que habla por la voz de los elementos, sin sacerdotes, sin biblias, ni carnal, ni oficial, que tiene el abismo por libro, el cielo por templo, Ley, Vida, Alma, invisible a fuerza de ser enorme impalpable, hasta el punto que fuera del soplo de las cosas que divuelve aéreo soplo, se dislumbra en todo sin prestar asidero; si se trata del Supremo inmutable solsticio de la razón, del derecho, del bien; de la justicia en equilibrio con el infinito, ahora, anteriormente, hoy, mañana, siempre, dando su duración a los soles y la paciencia necesaria a los corazones, que, caridad fuera de nosotros, en nosotros mismos es conciencia; si de ese Dios se trata, del que ha lucido siempre en la aurora y en el sepulcro; siendo lo que empieza y

lo que vuelve a empezar; si se trata del principio eterno, sencillo, inmenso, que piensa puesto que es, que todos es lugar y que, a falta de otro nombre más grande, llamo Dios, en tal caso todo cambia, en tal caso nuestros espíritus se vuelven, el de la religión que me llama ateo, hacia la noche, sima y cenagal donde moran las risas, puerilidades, visión siniestra, y el mío, hacia el día, santa afirmación, himno, deslumbramiento, de mi alma arrobada, en tal caso, ministros del Señor que me llamáis ateo, yo soy el creyente, vosotros los ateos.

Nunca iré a recoger mi lógica en los impuros labios de los jesuitas. . . . . .

Mi conciencia es Dios a quién tengo por huésped. Mediante un círculo falso o con un mal compás, puedo colocarle fuera del cielo, más no lejos de mí. Es mi gobernalle en medio de la espuma donde bogo. En el fondo de mi espíritu somos dos; él, y yo, él es mi única esperanza y mi único temor. Si por casualidad sueño en una falta que me agrada se levanta en mi mismo profundo murmullo y pregunto:—¿Quién está ahí?—¿acaso se me dirige la palabra?—¿Por qué?—Y mi estremecida alma me contesta. Es el Altísimo: ¡cállate!

Si aconteciere que este Dios me engañara y que me hiciese abrigar la esperanza como un cebo para atraerme hacia el lazo y apresarme, humilde átomo, entre el presente sueño y el porvenir, fantasma; si no tuviese más objeto que el escarnio; si yo, ojo sencillo, y él, falsa visión, me embaucaba con algún execrable espejismo; si ofreciese la brújula y producía el naufragio; si por mi conciencia, forcía mi razón, yo que no soy más que un poco de sombra en el horizonte; yo, la nada, me trocaría en su sombrío acusador, tomaría por castigo los innumerables firmamentos, teniendo lo infinito contra Dios, y creo que todos los astros se pondrían de mi parte, invocaría el testimonio de los astros contra ese malhechor, echando sobre sí nuestros males; dispondría de las aguas todas del Océano para lavarme las manos, y serviría a mis errores después de servirme de guía en mi carrera.

He llenado mi deber y sufro dichoso, pues la justicia está de mi parte a pesar de no ser más que un grano de arena.

Cuando se hace todo lo que se puede, se echa toda la responsabilidad sobre el Altísimo, yo sigo mi camino seguro de que nadie miente y de la honradez del firmamento. Y digo a todo del que ama y piensa ¡aguarda! ¡Y afirmo que el sér desconocido que sin parar mientes prodiga los explendores, las flores, los universos, los astros, las estaciones, los vientos, cual si vaciara sacos siempre abiertos, y que hace que las nubes vayan a estrellarse contra los montes, y que los mares roan el dique, y que brillen el azur, el relámpago, la luz del día y del firmamento, que aquel que exparce un raudal de luz, de vida y de amor en el espacio, aquel que no muere, ni pasa, que hizo el mundo, libro donde el sacerdote ha leído mal, que dió la belleza para la forma absoluta, real a pesar de la fábula, el eterno, el infinito, Dios en fin, no es insolvente.

Mi viejo y pensativo corazón nunca palpita con más fuerza que ante las lágrimas de los hombres, y siempre vibrará para las madres que lleven en brazos a los hijos de sus entrañas.

Los muertos están representados de un modo encantador en la cuna tan cercana al ataúd, y mientras, arrodillado, derramo abundantes lágrimas, en mi umbral cantan dos criaturas.

Jorge, Juana, ¡cantad! ¡ignorad! Reflejad a vuestro padre, sombreados por su indistinta sombra y dorados por su faz vaga.

¿Qué se sabría si se ignoraba que la muerte vive? En medio de ese espanto, sonríe un paraíso, en el que el ángel se junta a la estrella.

Ese paraíso terrestre es el niño. ¡Huérfanos, os queda Dios! Dios, que defiende vuestro celestial resplandor contra la nube donde sufro.

Apareced contentos mientras yo estoy abrumado. A cada uno su parte. Niños, he vivido casi un siglo, y a esta edad, el hombre se ve turbado por las sombras.

¿Se está seguro de haber obrado, siquiera a medias, el bien que podíamos hacer?

¿Hemos puesto un valladar a nuestro odio y hemos sido hermanos de nuestros enemigos?—Por mi parte puedo decir, que si a veces triunfó mi corazón, fué en medio de mis derrotas.

Al verme vencido me sentía engrandecer. El dolor nos tranquiliza; no nuestro atrevimiento para hacer derramar sangre a los otros, prefiero verme herido yo mismo.

Mi cumbre es un blanco. Cuántas más ramas tengo a misma naturaleza.
más terrible es la sombra que me envuelve.

De ahí mi desconsuelo, mientras que vosotros mostráis grandemente satisfechos. Sois el descogimiento de la florida alma confundida con los deslumbramientos de

Jorge es el arbusto descogido en mi lúgubre campo; Juanita oculta en su corola, un espíritu que se estremece al ruído que nosotros producimos y quiere tomar la palabra.

Dejad ¡oh niños, que aguardáis la hora del infortunio, humildes plantas encarnadas! tartamudear vuestros instintos, murmurio en las flores, zumbido de abejas.

Un día sabréis que todo se eclipsa y que brama el rayo, desde el instante que se quiere aliviar al pueblo, inmenso altals, sombrío cargador del mundo.

Sabréis que estando oculta la suerte bajo el acaso, el hombre, augusto ignorante, debe vivir de modo que más tarde se ajuste la verdad a su ensueño.

Algún día yo mismo, después de muerto, conoceré mi destino que ahora ignoro, y me inclinaré hacia vosotros, completamente penetrado del misterio de la aurora.

Sabré el secreto del destino, del sudario arrojado sobre vuestra infancia.

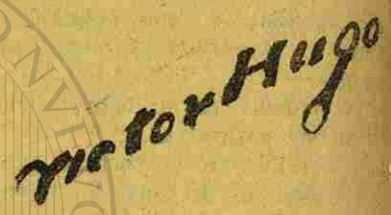
Comprenderé porqué, mientras vosotros tanteábais, mis fúnebres ramas se veían envueltas en tan sombrías tinieblas, yo que me compadezco de todos los males.

Sabré porqué me envuelve la implacable sombra, porqué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hay tantas hecatombes, porqué me veo rodeado del invierno infinito, porqué crezco sobre los sepulcros.

Porque tantos combates, lágrimas y pesares y tantas cosas tristes; porqué quiso Dios que yo fuera ciprés cuando vosotros sois rosas.



(Autógrafo del gran poeta)

MEMORIAS DE UN REBELDE

1830

AGOSTO.—Pasado el mes de julio de 1830 necesitamos la cosa *República* con la palabra Monarquía.

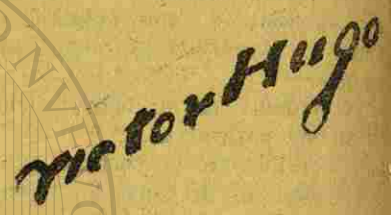
Apreciando las cosas solo el bajo el punto de vista político, la revolución de julio nos ha hecho pasar bruscamente del constitucionalismo al republicanismo. De aquí en adelante en Francia ya no sirve la máquina inglesa, los mismos Whiggs se sentarían a la derecha del Congreso. También la oposición ha mudado de terreno como todo lo demás. Antes de la revolución de julio estaba en Inglaterra, ahora está en América.

No están las sociedades bien gobernadas en hecho y en derecho sino cuando esas dos fuerzas, la inteligencia y el poder, van de consuno. Si la inteligencia no ilumina todavía más que una cabeza en la cumbre del cuerpo social, reine enhorabuena esta cabeza; las teocrácias tienen su lógica y su hermosura. Desde que son muchas las que tienen luz, bien está que muchas gobiernen; entonces son legítimas las aristocracias. Pero, cuando por fin de todas partes ha desaparecido la sombra, cuando en todas las cabezas de la luz, que reinen todas. Si el pueblo está en sazón para la república, es muy legítimo que la tenga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hay tantas hecatombes, porqué me veo rodeado del invierno infinito, porqué crezco sobre los sepulcros.

Porque tantos combates, lágrimas y pesares y tantas cosas tristes; porqué quiso Dios que yo fuera ciprés cuando vosotros sois rosas.



(Autógrafo del gran poeta)

MEMORIAS DE UN REBELDE

1830

AGOSTO.—Pasado el mes de julio de 1830 necesitamos la cosa *República* con la palabra Monarquía.

Apreciando las cosas solo el bajo el punto de vista político, la revolución de julio nos ha hecho pasar bruscamente del constitucionalismo al republicanismo. De aquí en adelante en Francia ya no sirve la máquina inglesa, los mismos Whiggs se sentarían a la derecha del Congreso. También la oposición ha mudado de terreno como todo lo demás. Antes de la revolución de julio estaba en Inglaterra, ahora está en América.

No están las sociedades bien gobernadas en hecho y en derecho sino cuando esas dos fuerzas, la inteligencia y el poder, van de consuno. Si la inteligencia no ilumina todavía más que una cabeza en la cumbre del cuerpo social, reine enhorabuena esta cabeza; las teocrácias tienen su lógica y su hermosura. Desde que son muchas las que tienen luz, bien está que muchas gobiernen; entonces son legítimas las aristocracias. Pero, cuando por fin de todas partes ha desaparecido la sombra, cuando en todas las cabezas de la luz, que reinen todas. Si el pueblo está en sazón para la república, es muy legítimo que la tenga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando ahora se ve es una aurora. Nada falta para ello, ni siquiera el gallo. (1)

La fatalidad, a la que juzgaban ciega los antiguos, ve muy claramente y raciocina. Los acontecimientos se siguen, se encadenan y deducen con una lógica que pasma .Colocándose a cierta distancia, puede uno entrever todas sus demostraciones en sus rigusosas y colosales proporciones; y la razón humana rompe su corta medida ante los grandes silogismos del destino.

No puede haber más que añadiduras ficticias y falsas en un orden de cosas, en el cual las desigualdades sociales contrarian las desigualdades naturales.

El perpétuo equilibrio de la sociedad resulta de la superposición inmediata de estas dos desigualdades.

Los reyes tienen el presente, los pueblos el porvenir.

¡Dadores de empleos! ¡tomadores de empleos! ¡demandadores de empleos! ¡guardadores de empleos! Grima dá el ver a esa gente que adopta una escarapela para utilizarla en un puchero.

Hay, dice Hipócrates, lo desconocido, lo misterioso, lo *divino* de las enfermedades. *Quid divinum*. Lo que dice de las enfermedades, puede aplicarse a las revoluciones.

La última razón de los reyes es el cañón, la última de los pueblos es el empedrado de la calle.

Para muchos que raciocinan a sangre fría y teorizan la época del terror cuando ha pasado, el año 93 es una amputación, poco melindrosa por supuesto, pero necesaria. Robespierre es para ellos un Dupuytren político. Lo que llamamos guillotina, no es más que un bisturí.

Convengo en ello, pero paréceme que no se debe pertenecer ahora a la gente vocinglera y guillotinadora. De aquí en adelante es menester que no se curen los males de la sociedad con el bisturí, y si con la lenta y gradual purificación de la sangre, por la prudente reabsorción de los humores extravasados, por el ejercicio de las fuerzas y de las facultades, por la sabia alimentación,

(1) El gallo figura en las armas de Francia.

por el buen régimen. No nos dirijamos ya más al cirujano, sino al médico.

Muchas cosas buenas están conmovidas y casi bamboleantes por la brusca sacudida que acaba de ocurrir. Los hombres de arte especialmente han quedado estupefactos y van por todas direcciones tras sus ideas algún tanto desparramadas. Bien pueden tranquilizarse; en cuanto a mí estoy firmemente convencido, de que, pasado este terremoto, volveremos a ver en pie nuestro edificio de poesía y hasta mucho más confiados en su solidez con motivo de tantas sacudidas y embates de todo género a que habrá resistido. Nuestra cuestión también es cuestión de libertad, también es una revolución. Se mantendrá y andará ilesa al lado de su hermana la política. Revoluciones y revoluciones no se han de comer las unas a las otras.

Septiembre.—Hace ya seis semanas que el ministerio y la mayoría del Congreso cercenan la revolución, y tan joven como es.

Se equivocan los que piensan que el equilibrio europeo no será alterado por nuestra revolución. ¡Lo será! Pero lo que nos hace fuertes, es que a todo rey que nos soltare el ejército, podemos nosotros soltarle su mismo pueblo. Una revolución peleará a favor nuestro por doquiera.

Unicamente Inglaterra es temible por mil razones.

El ministerio inglés nos pone buena cara por haber inspirado al pueblo inglés un entusiasmo que dirige al gobierno sin que lo pueda resistir. Entretanto Wellington medita por donde podrá cogernos, y en algún momento oportuno nos emprenderá por Bélgica o por Argel. Por tanto, debiéramos ocuparnos en ganar el amor del pueblo inglés con los más estrechos vínculos, para cortar el atrevimiento al ministerio, y enviar de intento a Londres un embajador popular, a Benjamín Constant, por ejemplo. cuyo carruaje hubieran tirado hombres del pueblo desde Douvres a Londres; con más de un millón de ciudadanos por escolta. De esta suerte nuestro embajador hubiera sido el primer personaje de Inglaterra, y considérese el efecto que hubiera causado entonces en aquel

país una declaración de guerra a la Francia. ¡Plantar la idea francesa en el suelo inglés, esto sí que era grande y político!

La unión de la Francia y de la Inglaterra pueden producir resultados inmensos en los tiempos venideros de la humanidad .Estas dos naciones son los dos pies de la civilización. (1)

Estraño es por cierto el modo con que se presentan ciertas personas el día siguiente de una revolución. a cada paso tropieza uno con el vicio y la impopularidad en escarapela tricolor. Muchos llegan a imaginarse que la insignia cubre la frente.

Asistimos ahora a un diluvio de empleos que produce efectos singulares. A unos les ensucia, a otros parece que les purifique.

Pasmado se queda uno con motivo de las existencias que se alzan enteritas en la noche posterior a una revolución. Hay hombres políticos que tienen algo de la seta. Casualidad e intriga; comparsa y lotería.

Piensa Carlos X que la revolución que le ha destronado es una conspiración minada, profunda, de mucho tiempo hace preparada. ¡Se equivoca! no ha sido más que una simple avenida del pueblo.

El orden en la tiranía es, dice Alfieri, *una viña sin alma.*

La idea de Dios y la idea de un rey, son dos y deben ser dos. Una monarquía como la de Luis XIV confunde estas ideas en perjuicio del orden temporal y del orden espiritual. Resulta de este monarquismo cierto misticismo político, cierta idolatría realista, y no sé que religión de la persona del rey, del cuerpo del rey, que tiene un templo por palacio y gentiles hombres de cámara por sacerdotes, con la etiqueta por decálogo. De aquí dimanan todas aquellas ficciones que llaman *derecho divino, legitimidad, gracia de Dios* y que son enteramente al revés del verdadero derecho divino que es la justicia;

(1) Lo acontecido durante la guerra europea, convierte en cumplida profecía la afirmación de Víctor Hugo.—N. del E.

de la verdadera legitimidad que es la inteligencia; de la verdadera gracia de Dios que es la razón. Esta religión de los cortesanos no sirve más que para substituir la camisa de un hombre, al estandarte de una iglesia.

Nos hallamos en el momento de los terrores pánicos. Por ejemplo; horroriza un club y no es estraño, la voz *club* se traduce por un guarismo: 93. Y, para la clase baja, 93 dice carestía: para la clase media, es el máximum: y para la alta, 93 es la guillotina.

Tranquilízanse sin embargo, estamos en el año 1830.

Según el modo de ver de cierta gente, la república es la guerra de los que no tienen un maravedí, ni una idea, ni una virtud, contra cualquiera que tenga algo de eso.

La república, a mi modo de ver la república, la que todavía no está en sazón, pero que dentro un siglo señorea a la Europa, es la sociedad, protegiéndose por medio de su guardia nacional, juzgándose por su jurado; administrándose por su municipalidad, gobernándose por su colegio electoral.

Los cuatro miembros de la monarquía que son, el ejército, la magistratura, la administración y el senado, para esta república no son más que cuatro escrecencias embarazosas que van atrofiándose y pronto morirán.

En toda constitución siempre hay dos cosas; la solución de un pueblo y de un siglo, y un poco de papel. Todo el secreto para gobernar bien el progreso político de los pueblos, consiste en saber distinguir que es la solución social y que es el papel. Todos los principios que se han desprendido de las precedentes revoluciones que forman el fondo, la esencia misma de la constitución, deben ser respetados, como libertad de culto, libertad de pensamiento, libertad de imprenta, libertad de asociación, libertad de industria y comercio, libertad de tribuna de teatro; igualdad ante la ley, libre accesibilidad de todos los empleos a todas las capacidades, todas estas son cosas sagradas e irremisiblemente caerán los reyes que las tocaren. Pero por lo que toca al papel; a la forma, a la redacción, a la letra, a las cuestiones de edad, de contribución, de elegibilidad, de hereditarie-

dad, de inamobilidad, de penalidad, poca detención merecen, con tal, sin embárgo, que los gobernantes vayan reformando a medida que el tiempo y la sociedad van caminando. Nunca debe la letra petrificarse cuando las cosas son progresivas, y si la letra, por sobrado sólida se resiste, no cuesta mucho el quebrantarla. A veces es preciso violar las constitucioines para hacerlas más fecundas.

En materia de poder, si para que un hecho pase a ser derecho no se requiere violencia, ya es derecho por eso mismo.

Algún día estallará en Europa una guerra general, la guerra de los reinos contra las patrias.

Al prestar Talleyrand el juramento a Luis Felipe, díjole con graciosa sonrisa. Señor, pues ya van trece.

Hace un año que Talleyrand decía en época en que se hablaba mucho de trilogía en literatura: También quiero yo haber hecho mi trilogía; hice la casa de Borbón, hice Napoleón, acabaré con hacer la de Orleans.

¡Con tal que la pieza de Talleyrand no tenga más que tres actos!

Las revoluciones son unas improvisadoras magníficas, aunque a veces algo descabelladas.

¡Tremendo arado el de las revoluciones! al filo de su reja, por cada lado del sulco, ruedan cabezas humanas.

¡Gobernantes, no destruyáis nuestra arquitectura gótica! ¡Respetad las vidrieras tricolores!

Napoleón decía: no me vengan con el gallo, se deja engañar por la zorra. Y tomó el águila. La Francia ha vuelto a tomar el gallo. Pero no andan ya pocos zorros acechando ocultos unos tras de otros: ¡*Eia*! ¡*vigila, galle*!

Personas hay que se creen muy adelantadas y todavía están en 1688. Sin embargo ya hace tiempo que hemos pasado el año 1789.

Ancianos, cuidado con parapetaros tanto en la legislatura; vale más que abrais la puerta y dejéis pasar la juventud. Considerad que cerrándole la puerta la dejáis en medio de las plazas públicas.

Tenéis una tribuna de marmol muy bonita, con bajos-relieves de Lemot, y sólo la queréis para vosotros, está muy bien: a lo mejor, cuando menos lo receléis, la nueva generación se subirá sobre algún tonel que esté en contacto con el empedrado que acaba de hacer añicos una monarquía de ocho siglos. Pensadlo bien. Por otra parte, debéis haceros cargo de que por más venerables que seáis por la edad, cuanto hacéis desde el agosto de 1830 no es más que precipitación, atolondramiento e imprudencia.

Quizás personas jóvenes se hubieran guardado bien de hacer lo que vosotros .En la monarquía de Borbón había algunas cosas útiles que quizá se han aniquilado con sobrada precipitación, y que habrían podido servir aun cuando no hubiera sido más que para llenar el foso profundo que nos separa del porvenir. Nosotros, humildes políticos, os hemos censurado más de una vez en el rincón en que nos dejáis, por derribarlo todo con sobrada prontitud y poco discernimiento, y eso que nosotros pensamos nada menos que en una reconstrucción general y completa. Pero, para la demolición como para la reconstrucción se requería una detenida y paciente atención, mucho tiempo, y el respeto de todos los intereses que cobijándose debajo los antiguos edificios sociales dan muy a menudo renuevos de la mayor esperanza. El día en que todo se derribare, es preciso hacer un abrigo provisional para todos los intereses.

¡Cosa extraña! tenéis la vejez pero no la madurez. He aquí algunas palabras de Mirabeau que al presente conviene meditar:

«Téngase presente que no somos unos salvajes que lleguemos ahora de las riberas del Orinoco para formar una sociedad. Somos una nación vieja, y a no dudarlo sobrado vieja, atendida la época en que nos hallamos. Tenemos un Gobierno preexistente: es menester, en cuanto sea posible, acomodar todo esto a la revolución y salvar prudentemente la soldadura.

En la constitución actual de Europa, cada estado tiene un esclavo, cada reino arrastra una cadena. La

Turquía tiene la Grecia, la Rusia tiene la Polonia, la Suecia la Noruega, la Prusia el gran ducado de Posen, el Austria la Lombardía, la Cerdeña el Piamonte, la Inglaterra tiene la Irlanda, la Francia tiene la Córcega, la Holanda tiene la Bélgica. Así es que al lado de cada pueblo libre hay uno esclavo, al lado de cada nación en el estado natural, una nación fuera del estado natural. Edificio es este mal construído; la mitad marmol, la mitad yeso.

Octubre.—El espíritu de Dios, semejante al sol, despide a la vez todo su resplandor. El espíritu del hombre se parece a la pálida luna que tiene sus períodos, idas y vueltas, su lucidez y sus manchas, su plenitud y su desaparición, que toda su luz la toma de los rayos del sol y que sin embargo a veces se atreve a interceptarlos.

Apesar de muchas ideas, de muchas miras y de mucha probidad, los sausimonianos se equivocan. Con la moral sola no puede fundarse una religión. Se requiere el culto, el dogma, y se requieren misterios. Para lograr que se dé crédito a los misterios se requieren milagros. Haced pues milagros. Primeramente sed profetas, sed dioses si podéis, y en seguida sacerdotes si queréis.

La iglesia afirma, la razón niega. Entre el *sí* del sacerdote y el *no* del hombre no queda más que Dios para poder sentar la verdad pura.

Todo cuanto se hace actualmente en política no es más que un puente de barcas; sirve, es verdad, para pasar de una a otra orilla, pero esto no tiene raíces en el río de ideas que debajo va corriendo y que acaba de llevarse el antiguo puente de piedra de los Borbones.

Las cabezas como las de Napoleón son el punto de intersección de todas las facultades humanas. Muchos siglos deben pasar para que vuelva a reproducirse este accidente.

Antes de una república, tengamos, si es posible una cosa pública.

Admiro aun a Rochejaquelin, a Lescure, a Cathelinau y hasta a Charette; sino que ya no les amo. Siempre admiré a Mirabeau y a Napoleón; pero ya no les aborrezco.

El sentimiento de respeto que la Vande me inspira ya no es en mi más, que asunto de imaginación y de virtud. No soy ya vendeano de corazón.

Copia textual de una carta dirigida al señor Dupin.

«Señor Salvador, parece que se dedica V. a atropellar a los mendigos; cuidado conmigo, y sino... Mira que a otros más traviesos que tu he despachado. Hasta la vista. Mantente bueno hasta que te de pasaporte.»

Mal elogio de un hombre es decir que su opinión política no ha variado un ápice en el espacio de cuarenta años. Es lo mismo que decir que para él no ha habido ni experiencia de cada día, ni reflexiones muy íntimas sobre los hechos. Es lo mismo que alabar al agua por estar quieta, a un árbol por estar muerto; es preferir la ostra al águila. Muy al contrario, en la opinión todo varía. En las cosas políticas nada es absoluto sino la moralidad interior de estas mismas cosas. Y esta moralidad no es asunto de opinión sino de conciencia. La opinión del hombre puede por consiguiente variar honrosamente, con tal que no varíe su conciencia. Progresivo o retrógrado, el movimiento que desea es esencialmente vital, social, humano.

Lo que sí es vergonzoso es el mudar de opinión por interés, y que sea un duro o un entorchado lo que haga pasar del blanco al tricolor, y al revés.

Actualmente nuestras cámaras decrépitas procrean un sinnúmero de leyes raquíticas a las que apenas nacidas les tiembla ya la cabeza de puro viejas, y se les han caído los dientes para devorar los abusos.

La igualdad ante la ley, es la igualdad ante Dios traducida en lenguaje político. Toda constitución debe ser una traducción del Evangelio.

Los *wighs*, dice O'Connell, no son más que *torys* sin empleos.

Toda doctrina social que tienda a destruir la familia es mala, y lo que es más, inaplicable. Con tal de recom-

ponerse pronto, la sociedad es soluble a causa de la mezcla de todas las leyes ficticias, artificiales, transitorias, expedientes, contingentes, accidentales, que forman su composición. Puede convenir muchas veces, puede ser necesario, muy bueno, el disolver una sociedad cuando sea mala, sobrado vieja, o mal cimentada. Pero jamás es bueno, necesario ni conveniente el disolver la familia; cuando se disuelve una sociedad no es el individuo que se halla por último residuo, es la familia. La familia es el cristal de la sociedad.

Noviembre.—Cosas grandes hay que no son obra de un hombre, sino que lo son de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas, las tres jornadas de julio también lo son.

Alguna primavera tendremos un deshielo de Rusos.

EXCELENTE LEY ELECTORAL

Artículo 1.º—Todos los ciudadanos son electores.
Artículo 2.º—Todos los ciudadanos son elegibles.

Diciembre 9.—Benjamin Constant que murió ayer, era uno de aquellos hombres raros que pulen y aguzan las ideas generales de su tiempo, esas armas de los pueblos que pulverizan las de los ejércitos. Sólo las revoluciones pueden lanzar a la sociedad a tales hombres. Para hacer la piedra pomez es menester el volcán.

Acaban de anunciar en este día la muerte de Goethe, la muerte de Benjamin Constant, la muerte de Pío VIII. ¡Tres papas muertos! (1)

Si el clero no se enmienda y no muda de vida, pronto no se creerá en Francia en otra Trinidad que en la del estandarte tricolor.

La Francia actual es una ciudadela inespugnable. Al

(1) Esta triple noticia circuló en efecto en París el mismo día; mas en cuanto a Goëthe, no se confirmó hasta quince meses después.—*(Nota del autor).*

mediodía tiene por murallas los Pirineos, los Alpes al levante, al norte la Bélgica con su fila de fortalezas, al poniente el Océano por foso. Más allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rin y de las fortalezas belgas, tres pueblos en revolución; España, Italia y Bélgica están de guardia para nosotros. Y en esa Francia inaccesible, tres millones de bayonetas por guarnición; para guardar los desfiladeros de los Alpes, de los Pirineos y de la Bélgica, cuatrocientos mil soldados; para defender el terreno una guardia nacional por cada pie cuadrado. Finalmente, tenemos el cabo de la mecha de todas las revoluciones con que está minada la Europa. No falta sino que digamos: ¡Fuego!

Asistí a una sesión del proceso de los ministros, a la penúltima, a la más lúgubre, a la que se oía mejor rugir al pueblo desde fuera. Algún día escribiré aquella jornada.

Durante la sesión un pensamiento me tenía embargado; y era que el poder oculto que ha conducido a Carlos X a su ruina, el genio malo de la restauración, aquel gobierno que trataba a la Francia como a acusada, como criminal, e inmediatamente trataba de castigarla, había venido a parar, tan cierto es que hay una razón interior en las cosas, en no poder servirse sino de fiscales. Efectivamente, quienes eran los tres hombres sentados al lado de Polignac en clase de sus más inmediatos agentes? Peyronet, fiscal general; Chantelauze, fiscal general; Guernon Ranville, fiscal general. ¿Qué es Mangin a quien probablemente se hubiera visto al lado suyo si no se hubiese escapado? un fiscal general. No más ministro de la gobernación, no más ministro de instrucción pública, no más prefecto de policía, sino en todos los ramos meros fiscales. La Francia no era ya ni administrada ni gobernada en el consejo del rey, sino acusada, condenada y castigada. Lo que está en las cosas, siempre tiene que asomar por algún lado.

La licencia con sus cien brazos se quita así misma los ojos.

Algunas rocas no detienen un río; por entre las re-

ponerse pronto, la sociedad es soluble a causa de la mezcla de todas las leyes ficticias, artificiales, transitorias, expedientes, contingentes, accidentales, que forman su composición. Puede convenir muchas veces, puede ser necesario, muy bueno, el disolver una sociedad cuando sea mala, sobrado vieja, o mal cimentada. Pero jamás es bueno, necesario ni conveniente el disolver la familia; cuando se disuelve una sociedad no es el individuo que se halla por último residuo, es la familia. La familia es el cristal de la sociedad.

Noviembre.—Cosas grandes hay que no son obra de un hombre, sino que lo son de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas, las tres jornadas de julio también lo son.

Alguna primavera tendremos un deshielo de Rusos.

EXCELENTE LEY ELECTORAL

Artículo 1.º—Todos los ciudadanos son electores.
Artículo 2.º—Todos los ciudadanos son elegibles.

Diciembre 9.—Benjamin Constant que murió ayer, era uno de aquellos hombres raros que pulen y aguzan las ideas generales de su tiempo, esas armas de los pueblos que pulverizan las de los ejércitos. Sólo las revoluciones pueden lanzar a la sociedad a tales hombres. Para hacer la piedra pomez es menester el volcán.

Acaban de anunciar en este día la muerte de Goethe, la muerte de Benjamin Constant, la muerte de Pío VIII. ¡Tres papas muertos! (1)

Si el clero no se enmienda y no muda de vida, pronto no se creerá en Francia en otra Trinidad que en la del estandarte tricolor.

La Francia actual es una ciudadela inespugnable. Al

(1) Esta triple noticia circuló en efecto en París el mismo día; mas en cuanto a Goëthe, no se confirmó hasta quince meses después.—*(Nota del autor).*

mediodía tiene por murallas los Pirineos, los Alpes al levante, al norte la Bélgica con su fila de fortalezas, al poniente el Océano por foso. Más allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rin y de las fortalezas belgas, tres pueblos en revolución; España, Italia y Bélgica están de guardia para nosotros. Y en esa Francia inaccesible, tres millones de bayonetas por guarnición; para guardar los desfiladeros de los Alpes, de los Pirineos y de la Bélgica, cuatrocientos mil soldados; para defender el terreno una guardia nacional por cada pie cuadrado. Finalmente, tenemos el cabo de la mecha de todas las revoluciones con que está minada la Europa. No falta sino que digamos: ¡Fuego!

Asistí a una sesión del proceso de los ministros, a la penúltima, a la más lúgubre, a la que se oía mejor rugir al pueblo desde fuera. Algún día escribiré aquella jornada.

Durante la sesión un pensamiento me tenía embargado; y era que el poder oculto que ha conducido a Carlos X a su ruina, el genio malo de la restauración, aquel gobierno que trataba a la Francia como a acusada, como criminal, e inmediatamente trataba de castigarla, había venido a parar, tan cierto es que hay una razón interior en las cosas, en no poder servirse sino de fiscales. Efectivamente, quienes eran los tres hombres sentados al lado de Polignac en clase de sus más inmediatos agentes? Peyronet, fiscal general; Chantelauze, fiscal general; Guernon Ranville, fiscal general. ¿Qué es Mangin a quien probablemente se hubiera visto al lado suyo si no se hubiese escapado? un fiscal general. No más ministro de la gobernación, no más ministro de instrucción pública, no más prefecto de policía, sino en todos los ramos meros fiscales. La Francia no era ya ni administrada ni gobernada en el consejo del rey, sino acusada, condenada y castigada. Lo que está en las cosas, siempre tiene que asomar por algún lado.

La licencia con sus cien brazos se quita así misma los ojos.

Algunas rocas no detienen un río; por entre las re-

sistencias humanas, los acontecimientos van pasando sin desviarse.

Cada cual se despopulariza a su vez. Quizá el pueblo acabará también por despopularizarse.

Hay hombres desgraciados. Cristóbal Colón no pudo dar su nombre a su descubrimiento: Guillotín no pudo separar el suyo de su invención. (1)

Los derechos políticos, las funciones de jurado, de elector y de guardia nacional, entran evidentemente en la constitución normal de cada miembro de la ciudad. Todo hombre del pueblo es *a priori*, hombre de la ciudad.

Entre tanto, también los derechos políticos deben evidentemente dormitar en el individuo, hasta que este individuo sepa bien claramente lo que son derechos políticos, que es lo qué esto significa y lo qué con ellos se hace.

Para ejercer es preciso comprender. En buena lógica la inteligencia de la cosa siempre debe preceder a la acción sobre la cosa.

Es menester, pues, y nunca se insistirá demasiado sobre ese punto, ilustrar al pueblo para poder un día constituirle. Y es para los gobernantes un deber sagrado derramar prontamente la luz por esas masas oscuras donde se halla el derecho definitivo. Todo tutor honrado apresura la emancipación de su pupilo. Multiplicad por tanto los caminos que conducen a la inteligencia, a la ciencia, a la aptitud. El congreso, iba a decir el trono, debe ser

(1) No obstante M. Guillotín era un médico muy filantrópico que prestó a la nación francesa un servicio del mayor interés, inventando el mecanismo de su fatal cuchilla, pues al menos se le supone la ventaja, por triste que ésta fuere, de acabar con la víctima sin padecimiento; no habiendo sido adoptada la guillotina sino después de muchos y bien dirijidos experimentos científicos, que constataron la decapitación preferible a la muerte por estrangulación, suplicio cuya atrocidad harto se echa de ver en el garrote por las espantosas convulsiones del infeliz ajusticiado, y por la tremenda expresión que luego toma su rostro. Sin embargo, médicos ilustres, entre otros Sue, padre del tan popular escritor Eugenio Sue, espantan con las razones que aducen en contra de la guillotina, perfeccionada por el célebre cirujano Luis y defendida solo fisiológicamente por Cabanis, pues éste grande hombre considera la aplicación de la pena de muerte como un crimen social

el extremo de la escalera de la cual el primer escalón es una escuela.

A más de que, instruir al pueblo, es mejorarle, ilustrar al pueblo, es moriginarle, enseñar al pueblo, es civilizarle. Toda brutalidad se derrite al fuego de buenas lecturas cotidianas. *Humaniores litterae*. Es necesario humanizar al pueblo con las letras.

No pidáis derechos para el pueblo mientras que este sólo supiere pedir cabezas.

Febrero.—El rey Fernando de Nápoles, padre del que acaba de morir, decía que para gobernar un pueblo no se necesitaban más que tres F: *Festa, Forca, Farina*.

El hombre debe tener monumentos en sus ciudades; y sino ¿dónde estaría la diferencia entre la villa y el hormiguero?

13 *Marzo*.—Combinación del ministerio Casimiro Perier. Un hombre que calmará la llaga pero no la curará; un paliativo, pero no la curación; un misterio de láudano.

«¡Qué admiración! ¡qué época! en la que es preciso temerlo todo y arrostrarlo todo, en que el tumulto renace del tumulto, en que se promueve un alboroto por los medios que en circunstancias ordinarias se toman para prevenirlos, en que debe siempre procederse con mesura y luego esta parece doblez y pusilanimidad; en que es indispensable desplegar mucha fuerza y en que la fuerza parece tiranía; en que está uno bloqueado por mil consejos y es preciso no obstante tomar consejo de sí mismo; en que uno hasta se ve obligado a temer a ciudadanos cuyas intenciones son puras, pero cuya desconfianza y exageración llegan a hacerles casi tan temibles como conspiradores; en que hasta se ve uno reducido en las ocasiones espinosas a ceder por prudencia; a conducir el desorden para detenerle a encargarse de un empleo sin duda glorioso, pero cercado de crueles vicisitudes; en que todavía se debe, en medio de tan grandes dificultades, presentar serena la frente, estar siempre tranquilo,

proceder con orden hasta en los objetos de la menor importancia, no agraviar a nadie, templar todos los recelos del orgullo, servir incesantemente, y mendigar hasta el agrado como si uno nada hiciera!»

He aquí unas palabras que por cierto caracterizan admirablemente el momento presente, y que se adaptan en sus menores detalles, a los menores detalles de nuestra situación política. Sin embargo estas palabras tienen ya cuarenta años. Fueron pronunciadas por Mirabeau el día 19 de octubre del año 1789. De modo que las revoluciones tienen ciertos períodos que vuelven invariablemente. La revolución de 1789 se hallaba entonces en lo que ahora la del año 30, en el período de las insurrecciones.

Al pasar una revolución del estado de teoría al estado de acción, de ordinario da principio por el motín. El motín es la primera de las diversas formas violentas inherentes a la misma ley de una revolución. El motín es la aglomeración en tropel de los intereses nuevos, de las ideas nuevas, de las necesidades nuevas, junto a todas las puertas demasiado estrechas del edificio político viejo. Todos quieren entrar a un tiempo en todos los goces sociales. Por eso suele suceder que una revolución empieza por derribar las puertas. Está en la esencia del motín revolucionario, que no debe confundirse con los demás géneros de motín, el tener casi siempre razón en el fondo y solamente culpa en la forma.

SIN FECHA.—ULTIMAS REFLEXIONES

Una antigua profecía de Mahoma dice: *un sol se levantará al poniente.* ¿Si pronosticaría a Napoleón?

Póngase en parangón esos dos hombres, Robespierre y Mirabeau. El uno es de plomo, de hierro el otro. La fragua de la revolución hará derretir al uno que se disolverá en ella; el otro se enrojecerá, se prondrá incandescente y vendrá a ser hermoso y radiante.

Necesitábase un jigante como Aníbal, como Carlo-

Magno y como Napoleón para atravesar los Alpes de un salto.

Las revoluciones son principiadas por hombres a quienes hacen las circunstancias, y terminadas por hombres a quienes hacen surgir los sucesos.

En tiempo de la monarquía absoluta una real orden de encierro tomaba la libertad de un individuo y le metía en la Bastilla.

De este modo toda la libertad individual había ido a acumularse de gota en gota, de hombre en hombre, a la Bastilla, y luego la libertad ha salido de allí a torrentes por la Francia y por toda la Europa.

Un republicano de Francia clásico en literatura, es un gorro colorado sobre una peluca.

La civilización es omnipotente, ora campa en un desierto de arena como en el Africa, allá en otro tiempo, ora se aviene con una región de nieves como actualmente en la Rusia.

Napoleón decía: oficiales franceses y soldados rusos.

Gloria, ambición, ejércitos, flotas, tronos, coronas, no es bien mirado todo, sino dijes de los niños grandes.

El carnicero Legendre estaba atropellando a puñaladas a Languiniais en la tribuna de la convención: «pero primero mandad decretar que soy un buey» le dijo este.

La Francia está siempre de moda en Europa.

Cuenta la escritura que ha habido un rey el cual durante siete años fué trasformado en fiera, y anduvo así por los bosques, volviendo después a tomar la forma humana. Nótase que a veces al pueblo le sucede lo mismo. Pasa sus siete años de fiera, y luego vuelve a ser hombre. Estas metamórfosis se llaman revoluciones. En ello el pueblo, lo mismo que el rey, gana la sabiduría.

BRINDIS

¡A la abolición de la ley sálica!

Que de aquí en adelante la Francia sea regida por una reina, y que esta reina se llame la ley.

¡Hay un paralelismo singular en los destinos de Roma!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

después de un senado que hacía dioses, un cónclave que hace santos.

¿Pues en qué consiste esta sabiduría humana, que tanto se parece a la locura, si se ve de alguna elevación?

Los imperios tienen sus crisis, como sus inviernos las montañas. Una palabra pronunciada en tono fuerte causa, a veces un alud.

En 1797 se decía, el partido de Bonaparte; en 1807 el imperio de Napoleón.

Los grandes hombres son los coeficientes de su siglo. Richelieu se llamaba *el marqués del Chillou*, Mirabeau, *Riquetti* y Napoleón, *Buonaparte*.

DECRETO

publicado en Pekín en la Gaceta de la China, *a fines de Agosto de* 1830:

«La academia astronómica ha dado cuenta de que en la noche del día 15 de la séptima luna (20 agosto), se han observado dos estrellas y han caído vapores blancos cerca el signo del Zodiaco Tsyvei-Tchoun. Se han dejado ver a la hora en que la guardia de noche se releva por la cuarta vez (cerca media noche), y *anuncian trastornos en el Oeste*.

Napoleón decía: con Amberes tengo una pistola cargada sobre el corazón de la Inglaterra.

Líbrenos Dios de aquellos reformadores que leen las leyes de Minos, porque tienen que hacer una constitución para el día siguiente.

El cochero que conducía a Bonaparte la noche del 5 de nivose, se llamaba César.

---

(1) Aquella noche estalló la máquina infernal preparada contra el primer cónsul de la república francesa, salvándole en efecto el arrojo de su cochero que hizo pasar los caballos a pesar de un carro que se había puesto en la calle para interceptar el paso por algunas instantes. La explosión fue tan terrible que fueron derribadas muchas casas y sepultadas en sus escombros varias personas.

La España ha tenido, la Inglaterra tiene la mayor marina de la tierra.

El mediodía de América habla en español, el norte en inglés.

El incendio de Moscou fué una aurora boreal encendida por Napoleón.

NOBLEZA	PUEBLO
El conde de Mirabeau.	Franklin.
Napoleón Bonaparte, gentil hombre corso.	Washington.
El marqués Simón de Bolívar.	Sieyes.
El marqués de Lafayette.	Bentham.
Lord Byron.	Schiller.
Señor de Goëthe.	Canarts.
Sir Walter-Scott.	Danton.
El conde Enrique de San Simón.	Talma.
El vizconde de Cheteaubriand.	Cuvier.
Madama de Staël.	
El conde de Maistre.	
F. de Lamennais.	
O'Connell, gentil hombre irlandés.	
Mina, hidalgo español.	
Benjamín de Constant.	
Larochejaquelin.	
Rafael del Riego.	

Lutero decía: con mi botella de cerveza voy trastornando la tierra. Cromwel decía: tengo al rey en mi alforja y al Parlamento en la faltriquera. Napoleón decía: lavemos entre familia nuestra ropa sucia, para que no salga de casa.

Aviso a los aficionados a hacer tragedias, que sin las grandes palabras no comprenden las grandes cosas.

Caidas de hombres secundarios, no son más que eclipses de Luna.

«Luis XIV tenía mucho talento natural pero era muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ignorante; y se avergonzaba por ello. Así es que estaba la corte obligada a ridiculizar a los sabios.»

(*Memorias de la princesa Palatina*).

Ginebra: una república y un oceano en pequeño.

Vengo de Inglaterra, escribía hace veinte años Enrique de San Simón, y no he hallado por ahora allí ninguna idea capital **nueva.**

Sucede con un grande hombre lo que con el sol. Nunca nos parece tan bello, como cuando está cerca de la tierra: a la salida y al ocaso.

Entre los colosos de la historia, Cromwel, semifanático, semipolítico, marcó la transición de Mahoma a Napoleón.

Los galos incendiaron París delante de César (véanse sus comentarios); dos mil años después los rusos queman Moscou delante de Napoleón.

Todas las cosas de la vida no deben verse por entre el prisma de la poesía. La poesía se parece a los cristales ingeniosos que acrecentan los objetos. Si con ellos miráis las esferas del cielo, os las muestran con todo su brillo, y toda su majestad; pero si luego miráis con ellos los objetos de la tierra no veréis más que formas gigantescas, no hay duda, pero pálidas, vayas y confusas.

Napoleón expresado en blasón, es una corona gigantal con otra corona de rey encima.

Una revolución es la larva de una civilización.

La Providencia económica con respecto a sus grandes hombres. No los prodiga así como quiera. Los envía y los retira en el momento oportuno, y nunca los pone al frente más que de acontecimientos correspondientes a sus fuerzas y grandeza de ánimo. Cuando tiene que hacer alguna mala tarea, la hace por medio de manos malas; no revuelve la sangre y el cieno sino con instrumentos viles. De modo que Mirabeau se va antes de la época del terror; Napoleón no viene sino después. Entre los dos gigantes hay de por medio el hormiguero de hombres pequeños y malos, la guillotina, las matanzas, en una

palabra, 93, y para 93 basta Robespierre; ya es suficiente para aquello.

He oído a hombres del siglo, eminentes en política, en literatura, en ciencia, quejarse de la envidia, de los odios, de las calamidades, etc. Estoy por decir que tienen culpa. Esta es la ley de la gloria. Los altos renombres deben sufrir estas pruebas. El odio les sigue gruñendo por do quiera. Ni el teatro podía poner a cubierto a Sakespeare y a Molière, ni los grillos mismos pudieron escudar a Colón: el claustro no preserva de la malignidad a San Bernardo, y el trono tampoco libraba de él a Napoleón. Sólo hay en la tierra un lugar para el genio que goce fuero de asilo: es el sepulcro.

EL DERECHO Y LA LEY

Toda la elocuencia humana en el conjunto de todos los pueblos y de todos los tiempos puede resumirse en esto: la eterna querella del derecho contra la ley.

Esta querella, y en ella se encuentra todo el fenómeno del progreso, tiende a decrecer más y más. El día en que cese, la civilización alcanzará su apogeo, y se habrán identificado lo que debe ser y lo que es: la tribuna, política se transformará en tribuna científica; no habrá doblado el cabo de las tempestades y no se producirán, por decirlo así, acontecimientos. La sociedad se desarrollará majestuosamente según la naturaleza, la cantidad de eternidad posible en la tierra se mezclará a los hechos humanos y los apaciguará.

No más disputas, no más facciones, no más parásitos; éste será el régimen apacible de lo incontestable; no se harán las leyes, sino que se las constatará; seremos gobernados por la evidencia; el código será honrado, directo y claro; no en balde se denomina virtud a la rectitud; esta rigurosidad forma parte de la libertad y no excluye la inspiración. La Humanidad tiene dos polos, el verdadero y el hermoso, de modo que, en uno de

esos polos, será regida por lo exacto, en el otro por lo ideal. La instrucción sustituirá a la guerra y gracias a ello, el sufragio universal alcanzará ese grado de discernimiento que permite elegir los espíritus; se tendrá por Parlamento el concilio permanente de las inteligencias; el instituto tuvo una visión confusa, pero profunda, de lo porvenir.

Esta sociedad del futuro será soberbia y tranquila, al par. A las batallas sucederán los descubrimientos; los pueblos no conquistarán, pero se engrandecerán y se iluminarán; no habrá guerreros, habrá trabajadores; se trabajará, se construirá, se inventará; el exterminar no se considerará como una gloria. A los que matan sucederán los que crean. La civilización, que era toda acción, será toda pensamiento; la vida pública se compondrá del estudio de lo verdadero y de la producción de lo bello. Las fronteras se borrarán por la luz de los espíritus.

La Grecia era muy pequeña; nuestra casi isla de Finisterre superpuesta a Grecia la cubriría; sin embargo, la Grecia era inmensa por Homero y por Esquilo, por Fidias y por Sócrates. Estos cuatro hombres son cuatro mundos. Grecia los tuvo, de ahí su grandeza. La envergadura de un pueblo se mide por su resplandor; la Siberia gigante es un enano; la colosal Africa apenas si existe. Una ciudad, Roma, ha sido el universo entero, cuando ella hablaba, hablaba la tierra toda. *Urbi et orbi.*

Esta grandeza la posee Francia e irá aumentándola. Lo admirable de Francia es que está destinada a morir, pero a morir como los dioses, por la transfiguración. Francia se convertirá en Europa. Ciertos pueblos acaban por la sublimación como Hércules, o por la ascensión como Jesucristo. Puede decirse que, en determinado momento, entra un pueblo en constelación; los otros pueblos, astros de segundo orden, se agrupan a su alrededor, y así es como Atenas, Roma y París se convierten en pleyades. ¡Leyes inmensas! Grecia se transfiguró y vino el mundo pagano; Roma se transfiguró y vino el mundo cristiano; Francia se transfigurará y vendrá entonces

el mundo humano. La revolución de Francia se denominará la revolución de los pueblos. ¿Por qué? Porque Francia lo merece; porque carece de egoísmo, porque no trabaja para ella sola, porque es la creadora de esperanzas universales, porque ella representa toda la buena voluntad humana, porque allí donde las demás naciones aparecen como hermanas, ella se muestra siempre como madre. Esta maternidad de la generosa Francia resplandece en todos los fenómenos sociales de esta época; los demás pueblos le confían sus desgracias, ella les hace las ideas. Su revolución no es local, sino general; no está limitada porque es indefinida. Francia restaura en toda causa la noción primera, la noción verdad. En la filosofía restablece la lógica, en el arte la naturaleza y en la ley el derecho.

¿Está acabada su obra? Ciertamente que no. Por ahora sólo se vislumbra la playa luminosa y lejana, el punto de desembarco, el porvenir.

Esperando se lucha.

Lucha laboriosa.

De un lado el ideal, del otro lo incompleto.

Antes de ir más lejos, pongamos aquí una frase que aclara cuanto hemos de decir y que quizás va aún más allá.

La vida y el derecho son un mismo fenómeno. Van estrechamente unidos.

Mírese a los seres creados y se verá que la cantidad de derecho está adecuada a la cantidad de vida.

De ahí la grandeza de todas las cuestiones que se relacionan con esta noción: el Derecho.

II

El derecho y la ley, he ahí las dos fuerzas; de su acuerdo nace el orden, de su antagonismo nacen las catástrofes. El derecho habla y ordena desde el pináculo de las verdades; la ley replica desde el fondo de las realidades: el derecho se inspira en lo justo; la ley en lo posi-

esos polos, será regida por lo exacto, en el otro por lo ideal. La instrucción sustituirá a la guerra y gracias a ello, el sufragio universal alcanzará ese grado de discernimiento que permite elegir los espíritus; se tendrá por Parlamento el concilio permanente de las inteligencias; el instituto tuvo una visión confusa, pero profunda, de lo porvenir.

Esta sociedad del futuro será soberbia y tranquila, al par. A las batallas sucederán los descubrimientos; los pueblos no conquistarán, pero se engrandecerán y se iluminarán; no habrá guerreros, habrá trabajadores; se trabajará, se construirá, se inventará; el exterminar no se considerará como una gloria. A los que matan sucederán los que crean. La civilización, que era toda acción, será toda pensamiento; la vida pública se compondrá del estudio de lo verdadero y de la producción de lo bello. Las fronteras se borrarán por la luz de los espíritus.

La Grecia era muy pequeña; nuestra casi isla de Finisterre superpuesta a Grecia la cubriría; sin embargo, la Grecia era inmensa por Homero y por Esquilo, por Fidias y por Sócrates. Estos cuatro hombres son cuatro mundos. Grecia los tuvo, de ahí su grandeza. La envergadura de un pueblo se mide por su resplandor; la Siberia gigante es un enano; la colosal Africa apenas si existe. Una ciudad, Roma, ha sido el universo entero, cuando ella hablaba, hablaba la tierra toda. *Urbi et orbi.*

Esta grandeza la posee Francia e irá aumentándola. Lo admirable de Francia es que está destinada a morir, pero a morir como los dioses, por la transfiguración. Francia se convertirá en Europa. Ciertos pueblos acaban por la sublimación como Hércules, o por la ascensión como Jesucristo. Puede decirse que, en determinado momento, entra un pueblo en constelación; los otros pueblos, astros de segundo orden, se agrupan a su alrededor, y así es como Atenas, Roma y París se convierten en pleyades. ¡Leyes inmensas! Grecia se transfiguró y vino el mundo pagano; Roma se transfiguró y vino el mundo cristiano; Francia se transfigurará y vendrá entonces

el mundo humano. La revolución de Francia se denominará la revolución de los pueblos. ¿Por qué? Porque Francia lo merece; porque carece de egoísmo, porque no trabaja para ella sola, porque es la creadora de esperanzas universales, porque ella representa toda la buena voluntad humana, porque allí donde las demás naciones aparecen como hermanas, ella se muestra siempre como madre. Esta maternidad de la generosa Francia resplandece en todos los fenómenos sociales de esta época; los demás pueblos le confían sus desgracias, ella les hace las ideas. Su revolución no es local, sino general; no está limitada porque es indefinida. Francia restaura en toda causa la noción primera, la noción verdad. En la filosofía restablece la lógica, en el arte la naturaleza y en la ley el derecho.

¿Está acabada su obra? Ciertamente que no. Por ahora sólo se vislumbra la playa luminosa y lejana, el punto de desembarco, el porvenir.

Esperando se lucha.

Lucha laboriosa.

De un lado el ideal, del otro lo incompleto.

Antes de ir más lejos, pongamos aquí una frase que aclara cuanto hemos de decir y que quizás va aún más allá.

La vida y el derecho son un mismo fenómeno. Van estrechamente unidos.

Mírese a los seres creados y se verá que la cantidad de derecho está adecuada a la cantidad de vida.

De ahí la grandeza de todas las cuestiones que se relacionan con esta noción: el Derecho.

II

El derecho y la ley, he ahí las dos fuerzas; de su acuerdo nace el orden, de su antagonismo nacen las catástrofes. El derecho habla y ordena desde el pináculo de las verdades; la ley replica desde el fondo de las realidades: el derecho se inspira en lo justo; la ley en lo posi-

ble: el derecho es divino, la ley terrestre. De ahí las dos tribunas; una para los hombres del ideal; la otra para los hombres del hecho; una que es lo absoluto, otra que es lo relativo. De estas dos tribunas, la primera es necesaria, la segunda útil. Entre una y otra se halla la fluctuación de las conciencias. Todavía no reina la armonía entre ambas potencias, una inmutable, variable la otra, aquélla serena, ésta apasionada. La ley deriva del derecho, como el río deriva de la fuente, aceptando todas las curvas e impurezas de las márgenes. Frecuentemente la práctica contradice la regla, muchas veces el corolario está en pugna con el principio y el efecto desobedece a la causa; tal es la fatal condición humana. El derecho y la ley discuten sin cesar y de esta discusión, frecuentemente tormentosa, surgen lo mismo las tinieblas, que la luz. En el lenguaje parlamentario moderno podría decirse: el derecho es la Cámara alta y la ley la Cámara baja.

La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada de indisoluble, nada de irrevocable, nada de irreparable; he ahí el derecho.

El cadalso, la prisión, la guerra, todas las variedades del yugo desde el matrimonio sin divorcio hasta el estado de sitio en la ciudad; he ahí la ley.

El derecho; ir y venir, comprar, vender, cambiar.

La ley: aduana, exacción, frontera.

El derecho: instrucción gratuita, obligatoria, sin coaccionar la conciencia del hombre, embrionaria en la infancia, esto es, instrucción laica.

La ley: la férula.

El derecho: la creencia libre.

La ley: las religiones del Estado.

El sufragio universal, el jurado universal, esto es derecho. El sufragio restringido, el jurado escogido, esto es la ley.

La cosa juzgada, esto es la ley; la justicia, esto es el derecho.

Medid el intervalo.

La ley tiene la movilidad, el desmayo y la anarquía del agua, frecuentemente turbia, pero el derecho es insumergible.

Para que todo se salve, basta que el derecho sobrenade en una conciencia.

Toda la agitación social proviene de la persistencia del derecho contra la obstinación de la ley.

El azar ha querido (¿existe aún el azar?) que las primeras palabras políticas de alguna resonancia pronunciadas por el que esto escribe, lo fueran, primero en el Instituto, por el Derecho, luego en la Cámara de los Pares, contra la ley.

El 2 de junio de 1841, en una sesión de la Academia francesa, glorifiqué la resistencia contra el imperio; el 12 de junio de 1847 pedí en la Cámara de los Pares, y lo conseguí, que se levantase el destierro a la familia Bonaparte.

De modo que, en el primer caso, abogué por la libertad, esto es, por el derecho; en el segundo caso elevé mi voz contra la proscripción, esto es contra la ley.

Desde esta fecha una de las fórmulas de mi vida pública es esta: *Pro jure contra legem.*

Mi conciencia me ha impuesto en mis funciones de legislador una confrontación permanente y perpetua de la ley que los hombres han hecho con el derecho que hace a los hombres.

Obedecer a mi conciencia es mi regla, regla que no admite excepción.

III

Para mí, y lo declaro porque todo espíritu debe lealmente indicar su punto de partida, la más alta expresión del derecho es la libertad.

La fórmula republicana ha sabido admirablemente lo que se decía y lo que hacía; la gradación del axioma social es irreprochable. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Nada hay que quitar ni añadir. Son los tres peldaños de la suprema escala. La libertad es el de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recho; la igualdad es el hecho y la fraternidad es el deber. Todo el hombre se resume en eso.

Somos hermanos durante la vida, iguales por el nacimiento y por la muerte, libres por el alma.

Suprimid el alma y suprimiréis la libertad.

El materialismo es un auxiliar del despotismo.

Fijémonos de pasada en algunos espíritus, la mayoría educados y generosos, en los cuales al materialismo es como una especie de liberación.

Rara y triste condición la de la inteligencia humana dominada por el vago deseo de un ensanchamiento del horizonte. Sólo que a veces se toma por ensanchamiento lo que es simplemente una reducción.

Constatemos sin censurarlas, estas observaciones sinceras. El mismo que habla ¿acaso no ha estado sometido durante los cuarenta años primeros de su vida a la ruda prueba de esas luchas de ideas, cuyo desenlace suele ser lo mismo la elevación que el hundimiento? Intentó subir, y si algun mérito puede alegar es éste.

De ahí las asperezas de su vida. En todas las cosas el descenso es suave y dura la subida. Es más fácil ser un Sieyes que un Condorcet. La vergüenza es fácil y por eso ciertas almas gustan de ella.

No contarse en el número de estas almas es la única ambición del que estas páginas escribe.

Y ya que se ve llevado a hablar de esta suerte, ¿quizá convenga que, con la sobriedad precisa, diga siquiera una palabra acerca de esa parte del pasado a la que se mezcló la juventud de los que hoy son ya viejos. Un recuerdo puede ser una aclaración. Algunas veces el hombre que se es, se explica por el niño que se ha sido.

A principios de este siglo vivía un niño en el barrio más desierto de París y en una casa grande rodeada y aislada por un gran jardín. Esta casa se había denominado antes de la revolución, convento de las «Fenllantines». Este niño vivía con su madre, sus dos hermanos y un viejo predicador, aun horrorizado del 93, digno anciano, perseguido en la época revolucionaria y en-

tonces indulgente y amable preceptor del muchacho al que enseñaba mucho latín, un poco de griego y nada de historia.

En el fondo del jardín había tres grandes árboles que ocultaban una antigua capilla casi en ruinas. Estaba prohibido a los chicos el acercarse a esta capilla. Al presente los árboles, la capilla y la casa han desaparecido.

Los embellecimientos de la ciudad iniciados en el jardín del Luxemburgo se prolongaron hasta Val-de-Grâce y borraron aquel humilde oásis. Ahora una calle tan ancha como inútil pasa por allí. Sólo queda de las «Fenllantines» un poco de hierba y un trozo de muro decrépito que aun se destaca entre dos nuevas construcciones; pero todo esto no vale la pena de ser contemplado como no sea con la mirada profunda del recuerdo. En enero de 1871. Una bomba prusiana escogió aquel sitio para caer, continuando el embellecimiento de la urbe, y Bismarck acabó así lo que comenzara Hausmann.

En dicha gran casa crecieron bajo el primer Imperio los tres jóvenes hermanos. Jugaban y trabajaban juntos, derrochando la vida, ajenos al destino, infancias mezcladas con la primavera, atentas sólo a los árboles, a los libros y a las nubes, escuchando el vago y rudo consejo de los pájaros y protegidos por una dulce sonrisa. ¡Bendita seas, madre!

Haber sido educado en la primera infancia por un sacerdote constituye un hecho del que debe hablarse con dulzura y calma, ya que ni el sacerdote ni uno mismo tiene la culpa de ello. En tales condiciones, no escogidas por el educador ni el educando, el encuentro de ambos es malsano para sus inteligencias, una pequeña, la otra empequeñecida, una que tiende a crecer y otra que envejece. La senilidad se pega; un alma de niño puede arrugarse con todos los errores de un viejo.

Aparte la religión, que es una, todas las religiones son poco más o menos lo mismo; cada religión tiene sus sacerdotes que enseñan igualmente al niño. Todas las religiones, diversas en la apariencia, ofrecen una identi-

dad venerable: tienen de terrestre la superficie, que es el dogma, y de celestial el fondo, que es Dios.

Las religiones mezclan los que ellas denominan artículos de fe y misterios con Dios y la enseñanza. ¿Acaso pueden proceder de otra manera? La enseñanza de la mezquita y de la sinagoga es extraña, pero más inocente que funesta; el sacerdote, nos referimos al sacerdote convencido de la bondad de su ministerio, no es culpable, ni apenas responsable; antes fué él mismo paciente de esa enseñanza en la que luego interviene como operador; al convertirse en maestro se ha convertido asimismo en esclavo. ¡Qué terrible es la mentira sincera! El sacerdote enseña lo falso, ignorando lo verdadero y, no obstante cree que procede bien.

Tiene de lúgubre esta enseñanza que cuanto pretende hacer en beneficio del niño se vuelve contra el mismo educando; infunde en él espíritu de éste cosas que lo tuercen, es como una ortopédia en sentido inverso; hace torcido lo que la naturaleza creó derecho; así fabrica almas disformes como la de Torquemada e inteligencias *ininteligentes* como la de José de Maistre.

¡Estrecha y oscura educación de casta y clerical que ha pesado sobre nuestros padres y amenaza todavía a nuestros hijos!

Esta enseñanza inocula en las jóvenes inteligencias la vejez de los prejuicios; quita al joven la aurora y le trae la negra noche.

Prescindir de la educación recibida no es suficiente aunque la instrucción clerical pueda remediarse, como lo prueba el ejemplo de Voltaire.

Los tres escolares del caserón de las Feuillantines estaban sometidos a ese peligroso régimen de enseñanza, atemperado en cierto modo por la razón tierna y elevada de una mujer; su madre.

El más joven de los tres hermanos era aún un niño, para el que, hoy, la casa de las Feuillantines constituye un cariñoso y religioso recuerdo. Ahora la evoca envuelta en una especie de profunda sombra. Entonces, entre rayos de sol y macizos de flores se operó en él la misteriosa apertura de su espíritu. Nada más tranquilo que aquel jardín del exconvento. Y, sin embargo, el tumulto imperial resonaba en todas partes. A intervalos en los vastos aposentos de la abadía, entre las ruinas del monasterio, bajo las bóvedas del desmantelado claustro, veía ir y venir, entre guerras de las que oía el estruendo, formidable y fragoroso, a cierto joven general, que era su padre, y a un joven coronel, que era su tío; el ruido paternal le deslumbraba un momento, luego... a un toque de clarín las visiones de plumeros y sables se desvanecían y todo en aquellas ruinas tornaba a la paz y al silencio.

Así vivía, hace sesenta años, ese niño que era yo.

Emocionado aún recuerdo todas aquellas cosas. Era la época de Eylau, de Ulm, de Auerstaedt y de Friedland, del paso del Elba, de Spandau, de Erfurt y de Salzbourg conquistados, de los cincuenta días de trinchera en Dantzick, de las novecientas bocas de fuego vomitando la victoria enorme de Wagram; era el tiempo de los emperadores en el Niemen, del zar saludando al César; era un tiempo en que existía un departamento del Tiber y en que París era la capital de Roma; era la época del Papa destruído en el Vaticano, de la inquisición destruída en España, de la edad media destruída en la agregación germánica, de los sargentos convertidos en príncipes, de los postillones transformados en reyes, de las archiduquesas que casaban con aventureros, era la hora extraordinaria en Austerlitz, Rusia pidió gracia, en Jena se hundió Prusia, en Essling se arrodilló Austria, la confederación del Rhin anexionaba Alemania a Francia, el decreto de Berlín hacía suceder a la derrota de Prusia la impotencia de Inglaterra, en Postdam la fortuna ponía en manos de Napoleón la espada del Gran Federico y Napoleón la desdeñaba diciendo: *Tengo la mía*. Yo ignoraba todo esto, yo era muy pequeño todavía

Yo vivía entre flores.

Yo vivía en el jardín de las Feuillantines revolcándome como un chico, paseando como un hombre, contemplan-

do el vuelo de las mariposas y de las abejas, cogiendo capullos de rosas y viendo sólo a mi madre, a mis dos hermanos y al bueno viejo sacerdote con su libro siempre bajo el brazo.

A veces, y a pesar de la prohibición maternal, me aventuraba hasta a penetrar en el silvestre fondo del jardín donde sólo se movía el viento, donde sólo hablaban los nidos, donde sólo vivían los árboles; y a través de la espesa enramada contemplaba yo la vieja capilla cuyos ventanales sin vidrios dejaban ver la muralla interior caprichosamente incrustada de conchas marinas. Los pájaros entraban y salían por las ventanas. Estaban en su casa. Dios y los pájaros hacen buenas migas.

Una noche, esto debió ocurrir hacia 1809, (mi padre estaba en España), algunas personas vinieron a ver a mi madre, acontecimiento raro en las Feuillantines; estos visitantes eran tres camaradas de mi padre que traían o iban a adquirir noticias de éste. Yo les seguí, porque siempre he amado la compañía de los grandes, lo que más tarde me ha facilitado mi largo *tete a tete* con el Oceano.

Mi madre les oía hablar y yo caminaba trás de mi madre.

Aquel día era el de una fiesta, una de esas numerosas fiestas del primer imperio. ¿Cuál era? Lo ignoro. Era un atardecer de verano, espléndido. Tronaba el cañón de los Inválidos, surcaban el espacio los fuegos de artificio, un rumor de triunfo llegaba hasta nuestra soledad; la gran ciudad aclamaba al gran ejército y a su gran jefe. Sobre el viejo París destacábase una aureola, como si fuesen una aurora las victorias; el cielo enrojecía lentamente.

La claridad de la fiesta, claridad soberbia, carnavalescamente sangrienta, era tal que el jardín parecía iluminado por el mediodía.

Paseando llegó el grupo que me precedía hasta el lindero del macizo de árboles que ocultaba la capilla. Mi madre y los visitantes hablaban, los árboles estaban silenciosos; a lo lejos el cañón resonaba de cuarto en

cuarto de hora. Lo que voy a decir ahora es para mí inolvidable.

Cuando ellos iban a entrar bajo los árboles, uno de los tres interlocutores se detuvo, y mirando el nocturno cielo lleno de luz exclamó:

—¡No importa, ese hombre es grande!

Entonces surgió de la sombra una voz que dijo:

—Buen día Lucotte, buen día Drouet, buen día Tilly.

Y un hombre de buena estatura apareció en el claro oscuro de los árboles.

Los interlocutores miraron al recién aparecido.

—¡Toma...!—exclamó; y pareció que iba a pronunciar un nombre.

Mi madre palideció y se llevo su dedo a la boca como implorando silencio.

Callaron todos.

Yo miré sorprendido.

La aparición, que así me lo parecía, prosiguió:

—¿Eras tú, el que hablabas, Lucotte?

—Sí,—repuso éste.

—Tu decías: ese hombre es grande.

—Sí.

—Pues bien, alguien hay más grande aún que Napoleón.

—¿Quién?

—Bonaparte.

Hubo un silencio y luego habló Lucotte.

—¿Después de Marengo?

El desconocido respondió:

—Antes de Brumario.

El general Lucotte que era joven, rico, bello y dichoso, tendió la mano al desconocido y le dijo:

—¡Tú aquí! Te hacía en Inglaterra.

El misterioso personaje, en el que advertí una faz severa, una mirada escrutadora y unos cabellos grises, repitió:

—Brumario fué la caída.

—De la República, sí.

—No, de Bonaparte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Esta palabra, Bonaparte, me extrañó mucho. Yo oía siempre decir «el emperador». Después he comprendido esas altaneras familiaridades de la verdad. Aquel día oí por vez primera ese gran tuteo de la historia.

Los tres visitantes, que eran tres generales, escucharon serios y estupefactos.

Lucotte dijo al fin:

—Tienes razón; para borrar Brumario haría yo todos los sacrificios. La Francia grande está bien, pero la Francia libre está mejor aún.

—La Francia no es grande si no es libre.

También es verdad. Por ver la Francia libre daría yo mi fortuna; ¿y tú...?

—Mi vida,—repuso el desconocido.

Hubo otra pausa. Oíase el gran ruido del París alegre. el reflejo de la fiesta esclarecía el semblante de los hombres, las constelaciones se esfumaban sobre nuestras cabezas en el halo del París iluminado. El brillo de Napoleón parecía llenar el cielo.

De repente, el hombre tan bruscamente aparecido se dirigió hacia mí, que estaba muerto de miedo y trataba de esconderme, me miró fijamente y me dijo:

—Niño, acuérdate bien de esto; antes que todo, la libertad.

Y puso su mano sobre mi espalda. Yo me estremecí y aún conservo la sensación de aquel estremecimiento mío.

De nuevo repitió él:

—Antes que todo, la libertad.

Y dicho esto desapareció entre la espesa cortina de árboles de la que había surgido.

¿Quién era este hombre?

—Un proscrito.

Victor Fanneau de Lahorie, era un gentilhombre bretón partidario de la república. Era amigo de Moreau, bretón también. Lahorie conoció a mi padre en la Vendée. Más tarde fueron compañeros en el ejército del Rhin, afincándose en ellos una de esas amistades de compañeros de armas que sólo terminan con la vida. En 1801 Lahorie se vió complicado en la conspiración de Moreau contra Bonaparte. Fué proscrito y puesta a precio su cabeza. Carecía de asilo y mi padre le abrió las puertas de su casa; la vieja capilla de las Feuillantines, que estaba en ruinas era un excelente refugio para proteger otra ruina, la del vencido. Lahorie aceptó el asilo, de igual manera que él lo habría ofrecido en su caso y allí vivió oculto entre las sombras.

Solo mis padres sabían que existía allí.

El día que habló con los tres generales tal vez cometió una imprudencia.

A los muchachos nos sorprendió extraordinariamente su presencia. En cuanto al viejo sacerdote había sufrido por sí mismo bastantes persecuciones para asombrarse de las de que eran objeto los demás. Mi madre nos recomendó el silencio y nosotros lo guardamos religiosamente. A partir del día citado el desconocido dejó de serlo en la casa. ¿Para que mentener ya el misterio? Comía con nosotros en familia, iba y venía por el jardín, y, a veces, ayudaba en su trabajo al jardinero. Tenía cierta manera de cogerme en sus brazos que me hacía reir y que, al propio tiempo, me daba miedo; me levantaba en el aire y luego me dejaba caer hasta casi tocar el suelo. Cierta seguridad habitual a todo destierro, prolongado le poseía ya. Era hombre alegre. Jamás salía de casa. Mi madre parecía, no obstante, algo inquieta, a pesar de que todas las personas que nos rodeaban nos eran fieles.

Lahorie era un hombre sencillo, dulce, austero, envejecido antes de tiempo, sabio, y que poseía esa gravedad heroica propia de los hombres letrados. Cierta concisión en el valor distingue al hombre que llena un deber del que sólo desempeña un papel; el primero puede llamarse Phoción, el segundo es Murat. Lahorie se parecía al primero y no al segundo.

Los chicos nada sabíamos de ese señor, sino que era mi padrino. El me había visto nacer; el había dicho a mi padre: Hugo es una palabra del Norte, es necesario endulzarla con otra del Mediodía y completar el gre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano con el romano. Y él fué quien me dió el nombre de Victor que también era el suyo. En cuanto a su nombre histórico nada sabía yo. Mi madre le llamaba general y yo padrino. Solía permanecer en la umbría del jardín y sin importarle la lluvia ni la nieve del invierno que entraba por los abiertos ventanales de la capilla, continuaba vivaqueando en esta. Detrás del altar había una cama de campaña y en un rincón dos pistolas y un Tácito que de vez en cuando me hacía deletrear.

Siempre tendré presente en la memoria el día en que me colocó sobre sus rodillas, abrió el libro y me leyó está línea: *Urbem Romám a principió reges habuere.*

Interrumpió la lectura y murmuró a media voz:

—Si Roma hubiera conservado sus reyes no habría sido Roma.

Me miró luego tiernamente y tornó a repetirme:

—Niño, ante todo la libertad.

Cierto día desapareció de la casa. No supe entonces por qué. Sobrevinieron distintos acontecimientos: Moscou, el paso del Beresina, el principio de una terrible sombra. Nosotros salimos de Francia para reunirnos a mi padre en España. Más tarde regresamos a los Feuillantines. Una tarde de 1812 pasaba yo con mi madre frente a la iglesia de Saint Jacques du Haut Pas, cuando me llamó la atención un largo cartel blanco pegado sobre una de las columnas, la de la derecha, del atrio de la iglesia. Los viandantes pasaban mirando oblicuamente el anuncio y, después de haberlo entrevisto, redoblaban el paso como si les aguijonease el miedo. Mi madre se detuvo y me dijo: Lee. Yo leí lo siguiente: «Imperio francés.—Por sentencia del primer Consejo de guerra, han sido fusilados en la llanura de Grenell, por crimen de conspiración contra el imperio y el emperador, los tres ex-generales Malet, Guidal y Lahorie».

—Lahorie,—recuerda éste nombre—dijo mi madre.

Y añadió:

—Es tu padrino.

IV

Tal es el fantasma que entreveo en las oscuridades de mi infancia. Es una de esas figuras que no han desaparecido de mi horizonte.

El tiempo, lejos de borrarla o disminuirla, la ha engrandecido. Al alejarse ha ido aumentando tanto más cuanto más lejos se hallaba, cosa propia sólo de las grandezas morales.

Su influencia sobre mi ha sido inmensa. No en balde se posó sobre mi cabeza, cuando era niño, la sombra del proscrito, no en balde oí de boca de quien iba a la muerte esta palabra del derecho y del deber; libertad.

Una sola palabra fué para mi todo el contrapeso de una enseñanza.

Todo hombre puede, si es sincero, rehacer el itinerario, variable para cada espíritu, del camino de Damasco. Yo, creo haberlo dicho ya alguna vez, soy hijo de una vendeana, amiga de Rochejaquelein, y de un soldado de la revolución y del imperio, amigo de Desaix de Jourdan y de José Bonaparte; de modo que he sufrido las consecuencias de una educación solitaria y compleja en la que un republicano proscrito replicaba a un sacerdote proscrito también. En mí siempre ha existido el patriota bajo el vendeano; he sido bonapartista en 1913 y borbónico en 1914. Como casi todos los hombres de comienzos de siglo, fuí lo que el siglo fué; ilógico y probo, legitimista y volteriano, literato cristiano, bonapartista liberal, socialista, etc.; mudanzas reales que sorprenden hoy; me he esforzado en rectificar mi rayo visual en medio de tantos puntos de mira; todas las apresiaciones posibles de lo verdadero me han tentado una a una y, a veces, han engañado mi espíritu. Todas estas sucesivas aberraciones han dejado huella en mis obras: aquí y allá puede apreciarse su influencia; pero en todo cuanto he escrito, incluso en mis libros de la infancia y de la adolescencia, no se encontrará una sola

línea contra la libertad. En mi alma ha existido una lucha entre la realeza que me había impuesto el sacerdote católico y la libertad que me infundiera el soldado republicano. La libertad venció.

En ella radica la unidad de mi vida.

En todo quiero que la libertad prevalezca. La libertad es, en la filosofía, la Razón, en el arte la Inspiración y en la política el Derecho.

V

En 1848 no había adoptado aún resolución definitiva respecto a la forma social. ¡Cosa singular! puede decirse que en esa época la libertad la disfrazó la república. Después de una serie de monarquías, tan pronto ensayadas como fracasadas, monarquía imperial, monarquía legítima y monarquía constitucional, lanzado entre un torbellino de hechos que parecían ilógicos, obligado a comprobar a la vez en los jefes guerreros que dirigían el Estado la honradez y la arbitrariedad, tomando parte, a pesar mío, en esa inmensa dictadura anónima que es el carácter de las asambleas únicas, me decidí a observar, sin adherirme a él, a este Gobierno militar en el que no podía reconocer un Gobierno democrático, y me atrincheré simplemente en la defensa de derecho, desconocido y vilipendiado. En 1848 hubo un casi 18 Fructidor. Los 18 Fructidor son siempre los que dan el modelo y el pretexto para los 18 Brumario y motivan que la república infiera graves heridas a la libertad; si estos casos se prolongasen, significarían el suicidio. La insurrección de junio fué fatal lo mismo para los que la encendieron que para los que la apagaron. Yo la combatí; yo fuí uno de los 60 representantes enviados por la Asamblea a las barricadas, pero, después de la victoria, me separé de los vencedores. Vencer y luego tender la mano a los vencidos, esta es la ley de mi vida. Pero se hizo lo contrario. Se puede vencer bien y se puede

vencer mal. La insurrección de 1848 se venció de mala manera. En vez de pacificar se envenenó los espíritus; en vez de levantar al caído se le aplastó; se desplegó toda la violencia soldadesca. Las deportaciones sin previo juicio estuvieron al orden del día... yo me indigné; yo me puse del lado de los oprimidos; yo elevé mi voz en pro de tantas pobres familias sumidas en la desesperación; yo rechacé aquella falsa república con su cortejo de consejos de guerra y de estado de sitio. Cierto día el representante Lagrange, hombre valiente, se acercó a mi en la Asamblea y me preguntó: ¿A quién apoya V.? A la libertad,—respondí.—¿Y qué hace V.?—insistió Lagrange.—¡Espero!—contesté.

Después de junio de 1848 esperaba, pero después de junio de 1849 nada esperaba ya.

La claridad que se desprendía de los acontecimientos penetró en mi espíritu. Esta especie de claridad una vez que se ha visto brillar, no se olvida fácilmente. Es una claridad permanente, es la luz de la verdad que penetra en la conciencia.

En 1849 se operó en mí ese milagro de lucidez. Cuando vi a Roma aterrorizada en nombre de Francia, cuando vi que la mayoría, hipócrita hasta entonces, se quitó la máscara olvidando que el 4 de Mayo del 48 había gritado diez y siete veces ¡viva la república!; cuando vi, después del 13 de junio, el triunfo de todas las coaliciones enemigas del progreso, cuando vi aquella cínica alegría, me entristecí y comprendí; cuando las manos de los vencedores se tendieron hacia mí para atraerme a sus filas, sentí en el fondo de mi alma la tristeza del vencido. Un muerto yacía en tierra; este muerto era la república, era la libertad. Yo me incliné hacia la muerta y contraje con ella mis esponsales. Y vi también la caída, la derrota, la ruina, la afrenta, el destierro y me dije: ¡Bien está!

El 15 de junio subí a la tribuna para elevar mi protesta. Desde ese día, república y libertad se confundieron en mi alma, desde ese día luché sin tregua ni descanso en pró de esas dos grandes calumniadas. Por último, el

2 de diciembre de 1851 vino lo que ya esperaba; mi condena a veinte años de destierro.

Esta es la historia de lo que se ha dado en llamar mi apostasía.

VI

1849. Gran fecha para mí. Entonces comenzaron las luchas trágicas. El porvenir ataca; el pasado se defiende. ¡Hay tormentas memorables!

En esa extraña época el pasado era todopoderoso, omnipotente, lo que no impedía que estuviese muerto. ¡Horrible fantasma, combatiente aún!

Todos los problemas se presentaron a mi vista; independencia nacional, libertad individual, libertad de conciencia, libertad de tribuna y de prensa, matrimonio, educación del niño, derecho al trabajo con motivo del salario, derecho a la patria a causa de la deportación, derecho a la vida por efecto de la reforma del Código, penalidad disminuida por la educación creciente, separación de la Iglesia y el Estado, devolución a la nación de los monumentos, iglesias, museos y palacios reales, restricción de la magistratura, fomento del jurado, licenciamiento de los ejércitos europeos por la federación, disminución de los impuestos, devolución de los soldados a la tierra como trabajadores, supresión de las aduanas y de las fronteras, supresión de obstáculos al progreso, circulación de las ideas en la civilización como la sangre en el hombre...

El hombre que en este momento esboza su vida parlamentaria, oyendo un día a los miembros de la derecha exagerar los derechos del padre replicó rudamente: ¡Y los derechos del hijo!... Otro día, preocupado por su amor al pueblo y a los pobres exclamó: ¡Se puede destruir la miseria!

La hermosura del deber se impone y cuando se la ha comprendido, se la obedece sin murmurar.

El que ahora habla tuvo ocasiones para procurar de

diferente manera, pero las desdeñó. Cumplió su deber y en pago recibió la afrenta, pero se contentó con este vil salario.

¿Se quieren pruebas?... pues ahí van.

Cierto día, el 17 de julio de 1851 denunció desde la tribuna parlamentaria la conspiración de Luis Bonaparte y declaró que éste pretendía erigirse en emperador.

Una voz le gritó:

—Sois un calumniador infame.

Esta voz prestó más tarde juramento al emperador mediante 30,000 francos de sueldo por año.

Otra vez, cuando combatía la feroz ley de la deportación alguien dijo:

—¡Y pensar que este discurso costará 25 francos a Francia!...

Ese alguien fué luego senador del imperio.

En otra ocasión cierto senador le apostrofó de esta suerte:

—¡Sois un adorador del sol que sale!

—En efecto, del sol que sale... en el destierro.

El día que yo pronuncié en la tribuna esta frase, hasta entonces desconocida, «los Estados Unidos de Europa», el señor de Molé, se levantó de su asiento, atravesó la sala, hizo un gesto a la mayoría para que le siguiera y salió. Nadie imitó su ejemplo y volvió a entrar indignado.

El mismo día 17 de julio de 1851, lancé yo mi frase de «Napoleón el pequeño» y produjo tal efecto en la mayoría que los clamores de ésta hicieron que se congregase la gente hasta en el puente de la Concordia; tal fué su estruendo.

Ese día subí a la tribuna, creyendo estar en ella tres minutos y permanecí allí tres horas.

Por haber adivinado el golpe de Estado, el senador del futuro imperio me declaró calumniador. Contra mí se desencadenaron el partido de *orden* y todas las garras del conservadurismo, desde el señor Falloux católico, hasta el señor Viellard, ateo.

Otro día replicaba yo a no sé qué ataque de un Montalambert cualquiera, al cual ataque se asoció la mayo-

ría. Tratábase de una mentira, ¡claro está! ¿Qué mentira era? no la recuerdo. Los quinientos miopes de la mayoría secundaron a su orador, el cual poseía el talento posible dentro de la mediocridad. Se llegó hasta asaltar la tribuna en la que yo permanecía a prueba de las locas, pero perdonables vociferaciones de una cólera inconsciente. Yo oía el tumulto con indulgencia, esperando que se aplacase para reanudar mi discurso. De pronto advertí cierto movimiento en el banco de los ministros y vi como el duque de Montebello apartando rudamente a cuantos hallaba al paso se dirigía hácia mí. El duque llegó hasta cerca de la tribuna y pronunció una frase que quería serme hóstil, dijo algo así como: «sois un envenenador del público». Los rumores cesaron, se hizo el silencio y yo respondí cortesmente:

—Confieso que no esperaba este puntapié...—me interrumpí y añadí luego:

—..... del señor de Montebello.

Estallaron las risas y la tempestad se resolvió por el ridículo, y no precisamente contra mí...

Pero olvidemos, demos de lado, todas estas majaderías.

VII

No obstante, porque ha de decirse todo, en esas confisiones parlamentarias ¿nada dije que deba reprocharme? ¿No sucumbí alguna vez más a la fuerza de la palabra que a la del pensamiento? Confesemos que en el uso de la palabra interviene el azar, que en la tribuna, lugar sonoro y misterioso, se advierte como un efluvio especial, desconocido, el vasto espíritu de un pueblo que envuelve vuestro espíritu y en él se infiltra; la cólera de los descontentos se apodera de uno, la injusticia de los injustos nos contamina, la palabra va y viene de la convicción fija y serena a la protesta más o menos violenta contra el incidente inesperado. De ahí las terribles oscilaciones. De ahí que uno se deje llevar,

lo que es un peligro, o dominar, lo que es una equivocación. Se cometen grandes faltas en la tribuna, y el orador que ahora habla aquí, no está exento de haberlas cometido.

. . . . . .

Los hombres de las antiguas mayorías han hecho todo el mal que han podido. ¿Deliberadamente? no. Se equivocaban y esta es su circunstancia atenuante. Creían poseer la verdad y mentían convencidos de que servían la verdad. Su piedad por la sociedad era implacable para el pueblo; de ahí tantas leyes y tantos actos ciegamente feroces. Estos hombres, inocentes en el fondo, gritaban en algarabía desde sus bancos, movíanse como movidos por un resorte y según el hilo de que les tiraban protestaban o aplaudían. Tenían por jefes a los mejores de entre ellos, es decir, a los peores. Este, antiguo liberal reaccionario, pedía que sólo hubiese un periódico, «El Monitor», lo que hacía exclamar a su vecino de banco, el obispo Parisis: ¡Y *aún*! Aquél, era un pensamiento lijero, académico de los que hablan bien y escriben mal. Este otro, vestido de negro siempre, con corbata blanca, gruesos zapatos, presidente, procurador, todo lo que se quiera, en fin, pudo ser Cicerón sino hubiese sido Guido Patín, antes un abogado espiritual y ahora el último de los traidores. El de más allá gran juez del imperio hace treinta años cuando vestía zamarra, se destaca ahora por su sombrero gris y su pantalón de nanquín; senil en su juventud, juvenil en su vejez, empezó como Lamoignon y acabó como Brummel. Este otro... Pero callo, ¿a qué citar más? *Et cætera*, dice la historia. Todas estas máscaras son ya unos perfectos denominados. Dejémoslos tranquilos en el olvido. Dejemos que la noche caiga sobre los hombres de la noche. El viento de la noche se lleva las sombras; dejémosle hacer. ¿Qué nos importa al fin que una silueta se deshaga en el horizonte?

Pasemos adelante.

Sí, seamos indulgentes. Si para alguno de nosotros ha habido rudos trabajos y pruebas, una tempestad más

o menos larga, algunos salivazos de espuma, un poco de ruina, un poco de destierro, ¡qué importa si al fin, es por tí, Francia, por tí, pueblo! ¡Qué importa el aumento de sufrimiento en unos si acarrea una disminución en el sufrimiento de todos los demás! La proscripción es dura, la calumnia es negra, la vida lejos de la patria es un insomnio lúgubre, pero ¡qué importa si la humanidad se engrandece y se liberta! ¡Qué importan nuestros dolores si se progresa, si los problemas se simplifican, si las soluciones maduran, si a través de la claraboya de las imposturas y de las ilusiones se advierte más distintamente cada día la verdad!

Hay estaciones sociales, hay para la civilización travesías climatéricas, ¡que importa que hayamos sido desdichados si nuestra desdicha redunda en bien de los demás, si el género humano pasa de su diciembre a su abril, si acabó el invierno de los despotismos y de las guerras, si la nieve de las supersticiones y de los prejuicios no cae ya sobre las cabezas y si tras los horrores desvanecidos, feudalismo, monarquías, imperios, tiranías, batallas y carnicerías, vemos teñirse de rosa el horizonte con el sol deslumbrador floreal de los pueblos que se llama la paz universal!

VIII

En cuanto decimos aquí sólo tenemos una pretensión, la de afirmar el porvenir en la medida de lo posible.

El pensar equivale a veces a errar. La verdad demasiado lejana hace sonreir.

Decir que un huevo tiene alas, parece un absurdo y, sin embargo, es verdad.

El esfuerzo del pensador ha de ser el de meditar útilmente.

Existe una clase de meditación inútil que es el ensueño y otra fecunda, que es incubación. El verdadero pensador incuba.

Y de esta incubación salen a su debido tiempo las diversas formas de progreso destinadas a volar en gran espacio de lo posible humano, en la realidad, en la vida.

¿Se llegará al extremo del progreso?

No.

Es preciso no hacer inútil la muerte. El hombre no será completo sino después de la vida.

Acercarse, siempre, llegar jamás, esta es nuestra ley. La civilización es un asintota.

Todas las formas del progreso son la Revolución.

La Revolución, eso es lo que hacemos, eso es lo que pensamos, eso es lo que predicamos, eso es lo que llevamos en la boca, en el pecho y en el alma.

La revolución es la respiración nueva de la humanidad.

La revolución es de ayer, de hoy y de mañana.

De ahí la necesidad y la imposibilidad de hacer su historia.

¿Por qué?

Porque es indispensable contar el ayer y porque es imposible contar el mañana.

Sólo se puede deducirlo y prepararlo. Esto tratamos nosotros de conseguir.

Insistamos, nunca ello es inútil, sobre esta inmensidad de la Revolución.

IX

La Revolución tienta a todos los espíritus fuertes y éstos la buscarán siempre, los unos, como Lamartine, para pintarla, otros, como Michelet, para explicarla, otros, como Quinet, para juzgarla, y otros, en fin, como Luis Blanc, para fecundarla.

Ningún hecho humano ha logrado tan magníficos narradores y, sin embargo, esta historia se ofrecerá siempre como por hacer a los historiadores. ¿Por qué? porque todas las historias lo son del pasado, y, repitámoslo, la historia de la revolución es la del porvenir. La revolución ha conquistado de antemano y ha descubierto y anunciado el

o menos larga, algunos salivazos de espuma, un poco de ruina, un poco de destierro, ¡qué importa si al fin, es por tí, Francia, por tí, pueblo! ¡Qué importa el aumento de sufrimiento en unos si acarrea una disminución en el sufrimiento de todos los demás! La proscripción es dura, la calumnia es negra, la vida lejos de la patria es un insomnio lúgubre, pero ¡qué importa si la humanidad se engrandece y se liberta! ¡Qué importan nuestros dolores si se progresa, si los problemas se simplifican, si las soluciones maduran, si a través de la claraboya de las imposturas y de las ilusiones se advierte más distintamente cada día la verdad!

Hay estaciones sociales, hay para la civilización travesías climatéricas, ¡que importa que hayamos sido desdichados si nuestra desdicha redunda en bien de los demás, si el género humano pasa de su diciembre a su abril, si acabó el invierno de los despotismos y de las guerras, si la nieve de las supersticiones y de los prejuicios no cae ya sobre las cabezas y si tras los horrores desvanecidos, feudalismo, monarquías, imperios, tiranías, batallas y carnicerías, vemos teñirse de rosa el horizonte con el sol deslumbrador floreal de los pueblos que se llama la paz universal!

VIII

En cuanto decimos aquí sólo tenemos una pretensión, la de afirmar el porvenir en la medida de lo posible.

El pensar equivale a veces a errar. La verdad demasiado lejana hace sonreir.

Decir que un huevo tiene alas, parece un absurdo y, sin embargo, es verdad.

El esfuerzo del pensador ha de ser el de meditar útilmente.

Existe una clase de meditación inútil que es el ensueño y otra fecunda, que es incubación. El verdadero pensador incuba.

Y de esta incubación salen a su debido tiempo las diversas formas de progreso destinadas a volar en gran espacio de lo posible humano, en la realidad, en la vida.

¿Se llegará al extremo del progreso?

No.

Es preciso no hacer inútil la muerte. El hombre no será completo sino después de la vida.

Acercarse, siempre, llegar jamás, esta es nuestra ley. La civilización es un asintota.

Todas las formas del progreso son la Revolución.

La Revolución, eso es lo que hacemos, eso es lo que pensamos, eso es lo que predicamos, eso es lo que llevamos en la boca, en el pecho y en el alma.

La revolución es la respiración nueva de la humanidad.

La revolución es de ayer, de hoy y de mañana.

De ahí la necesidad y la imposibilidad de hacer su historia.

¿Por qué?

Porque es indispensable contar el ayer y porque es imposible contar el mañana.

Sólo se puede deducirlo y prepararlo. Esto tratamos nosotros de conseguir.

Insistamos, nunca ello es inútil, sobre esta inmensidad de la Revolución.

IX

La Revolución tienta a todos los espíritus fuertes y éstos la buscarán siempre, los unos, como Lamartine, para pintarla, otros, como Michelet, para explicarla, otros, como Quinet, para juzgarla, y otros, en fin, como Luis Blanc, para fecundarla.

Ningún hecho humano ha logrado tan magníficos narradores y, sin embargo, esta historia se ofrecerá siempre como por hacer a los historiadores. ¿Por qué? porque todas las historias lo son del pasado, y, repitámoslo, la historia de la revolución es la del porvenir. La revolución ha conquistado de antemano y ha descubierto y anunciado el

gran Canaan de la humanidad. En lo que nos ha traído ella hay aun más tierra prometida que terreno ganado, y a medida que una de sus promesas se realiza, se revela un nuevo aspecto de la revolución y se renueva su historia. Las historias actuales no serán por eso menos definitivas, cada una desde su punto de vista, los historiadores contemporáneos dominarán incluso la historia futura, como Moisés previó a Cuvier, pero sus trabajos serán sólo una parte del conjunto completo. ¿Cuándo estará completo este conjunto? Cuando el fenómeno haya terminado, esto es cuando la revolución de Francia se haya transformado, según hemos indicado en las primeras páginas de este escrito, primero en revolución de Europa, y luego en revolución del hombre; cuando la utopía se haya consolidado en progreso; cuando el boceto se haya convertido en obra maestra; cuando a la coalición fratricida de los reyes suceda la federación paternal de los pueblos (y a la guerra contra todos, la paz para todos. Imposible, a menos de soñarlo, es completar desde hoy lo que ha de completarse mañana y acabar la historia de un hecho inacabado, sobre todo cuando el hecho contiene una tal vegetación de acontecimientos futuros. Entre la historia y el historiador la desproporción es muy grande.

Nada más colosal; el total escapa. Mirad retrospectivamente y veréis lo que hay detrás de nosotros. El Terror es un cráter y la Convención una cima. Todo el porvenir se halla fermentando en sus profundidades. Las cimas, demasiado grandes, exceden el horizonte. Otras perspectivas son menos desmesuradas. Así, por ejemplo, en un momento dado de la historia, vemos de un lado a Tiberio y del otro a Jesús. Pero el día en que Tiberio y Jesús se juntan y amalgaman en un ser formidable que ensangrienta la tierra y salva el mundo, el propio historiador romano se extremecería y Robespierre desconcertaría a Tácito. A veces teme uno tener que admitir una especie de ley moral mixta que parece desprenderse de esta incógnita. Ninguna de las dimensiones del fenómeno se ajusta a la nuestra; su altura es inaudita y escapa a nuestra observación. Por grande que sea el historiador, lo es más aquella altura. La Revolución francesa contada por un hombre, es un volcán explicado por una hormiga.

X

¿Qué debemos concluir?... una sola cosa. En presencia de un tan enorme huracán, aún permanente, debemos ayudarnos los unos a los otros.

No estamos aún fuera de todo peligro para no tendernos la mano. Sí, hermenos míos, reconciliémonos. Sigamos la dulce ruta de la apacibilidad. Ya nos hemos odiado bastante. Tregua pues, tendámonos las manos. Tengan piedad los grandes de los pequeños y que los pequeños perdonen a los grandes. ¿Cuándo comprenderemos que navegamos todos en el mismo navío y que el naufragio es indivisible? El mar que nos amenaza es bastante grande para tragarnos a todos; el mismo abismo existe para tí que para mí; salvar a los demás es salvarse a sí mismo. La solidaridad es terrible, pero la fraternidad es dulce. La una engendra la otra. ¡Hermanos, seámos hermanos!

¿Deseámos acabar con nuestra desdicha?, pues renunciemos a nuestra cólera. Reconciliémonos. Restituyamos los maridos a sus mujeres, los obreros a sus talleres, las familias a sus hogares, restituyámos a nosotros mismos a aquellos que fueron nuestros enemigos. ¿Acaso no ha llegado aún el tiempo de amarnos? ¿Queréis que no se comience de nuevo? Acabad, lo que sería absolver. Insistiendo se perpetúa. Quién mata a su enemigo hace vivir el odio. Sólo se acaba con los vencidos perdonándoles. Las guerras civiles se abren por todas las puertas y se cierran por una sola, la de la clemencia. La más eficaz de las represalias es la amnistía. ¡Oh, mujeres que lloráis, yo quisiera devolveros vuestros hijos!

Ah, sueño con los desterrados, tengo el corazón acongojado. Sueño con el mal del país en el cual quizá he colaborado. ¿Se sabe acaso de qué anochecer se compone la

nostalgia? Yo me imagino la sombra de un pobre muchacho de veinte años que apenas sabe lo que la sociedad le demanda, que padece e ignora por qué, por un artículo de periódico, por una página febril, producto de pasajera locura, y que después de una jornada de forzado trabajo en el presidio, se sienta sobre el mezquino petate, aplastado por la enormidad de la guerra civil y bajo la serenidad de las estrellas. ¡Cosa horrible es la noche y el océano a cinco mil leguas de la madre! ¡Ah, perdonemos!

Este grito de nuestras almas es no sólo tierno, sino razonable. La dulzura es también la habilidad. ¿Por qué condenar el porvenir a una preñez de venganzas henchidas de llantos y a la siniestra repercusión de los odios? Id al bosque, escuchad los ecos y soñaréis con las represalias; esa voz oscura y lejana que os responde es vuestro odio que contra vosotros se vuelve. Vigilad, que el porvenir es vuestro deudor y os devolverá vuestra cólera. Contemplad las cunas; sino tenéis piedad de los hijos de los demás, tenedla al menos de los vuestros. Apacibilidad, Apacibilidad... pero ¿seremos escuchados?

No importa, insistamos; insistamos los que queremos que se prometa y no que se amenace, que se cure y no que se mutile, que se viva y no que se muera. Las grandes leyes de lo alto nos protegen. Existe un intenso paralelismo entre la luz que procede del sol y la clemencia que procede de Dios. Habrá una hora de fraternidad plena como hay un mediodía, una hora de pleno sol. ¡No pierdas la confianza! oh, piedad. En cuanto a mí, no perderé mi valor, y cuanto he escrito en mis libros, cuanto he atestiguado con mis actos, cuanto he dicho a mis auditorios, lo mismo en la tribuna de los Pares que en el cementerio de los proscritos, en la asamblea nacional de Francia y desde la ventana lapidada de la plaza de las Barricadas en Bruselas, yo lo atestiguaré, yo lo escribiré, yo lo pregonaré sin descanso. ¡Es preciso amarse, amarse y amarse! Los dichosos deben considerar a los desdichados como dolor propio. El egoismo

social es un principio del sepulcro. Si queremos vivir hemos de mezclar nuestros corazones, hemos de ser el inmenso género humano. Marchemos hacia adelante. La prosperidad material no es la felicidad moral, el aturdimiento no es la curación, el olvido, no es la recompensa. Ayudémonos, protejámonos, socorrámonos, confesemos la falta común y reparémosla. Todo lo que sufre, acusa, todo lo que llora en el individuo sangra en la sociedad. nadie está sólo, todas las fibras vivientes tiemblan juntas y se confunden, los pequeños deben ser sagrados para los grandes, pues el derecho de todos los débiles se compone del deber de todos los fuertes.

He dicho.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SENSACIONES Y PENSAMIENTOS

I.—EL MUNDO

Este mundo civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación, donde llora y luce el alba, donde nada se produce sinó después de haber sido destruído, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, donde brota el botón del nudo que le ahogaba, lo constituye el mal que trabaja, y el bien que se está fabricando.

Bajo el edificio social, hay la complicada maravilla de todos los edificios grandes, excavaciones de todas clases. Hay la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica y la mina revolucionaria. Unos cavan con las ideas, otros con las cifras, otros con la cólera. Se llaman y responden desde una catacumba a otra. Las utopias caminan por bajo tierra en las galerías y se ramifican en todos sentidos.

Hasta que sea destruída la ignorancia, existirá bajo la sociedad la gran caverna del mal.

Esta cueva es la última de todas. El odio sin excepciones. Esta cueva no conoce filosofo alguno, su cuchillo jamás ha cortado una pluma. Su negro no tiene relación alguna con el negro sublime de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo aquel cielo asfixiante, han hojeado ningún libro, ni desplegado un periódico.

Esta cueva tiene por fin el hundimiento general. Se llama simplemente robo, prostitución, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere el caos. Su bóveda, extrema en la ingorancia .

Destruid la cueva ignorancia y habréis destruído el topo crimen.

No existe diferencia alguna, al menos aquí bajo, en la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne ahora, el mismo polvo después. Pero la ignorancia, mezclada con la parte humana, la ennegrece.

Esta miserable negrura penetra en el interior del hombre y se convierte allí en el mal.

Las gentes malas tienen la dicha negra.

El mal, permitido, forma parte de la bondad.

Las ciudades como los bosques, tienen sus antros donde se recoge todo lo que ellas encierran de más malo y terrible. Solamente que, en las ciudades, lo que se oculta de tal manera es feroz, inmundo y pequeño, es decir feo; y en las selvas lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir bello, que madrigueras por madrigueras, son preferibles las de las fieras a las de los hombres. Las cavernas valen más que los desvanes.

Los sufrimientos sociales empiezan a todas las edades.

De la fisonomía de los años se componen la figura de los siglos.

Si la Naturaleza se llama Providencia, la Sociedad debe llamarse Provisión.

Las dos necesidades del mundo son: En el cielo, este Dios; la Verdad. En la tierra, este sacerdote; lo Justo.

Lo que hay de más grande en la historia de una sociedad depende, con harta frecuencia de la más insignificante pequeñez de la vida de un hombre.

La Sociedad mantiene irremisiblemente separados de ella a dos clases de hombres, los que la atacan (1) y los que la guardan. (2)

Cuando ganamos dinero nos dicen comerciantes, si re-

(1) Ladrones y asesinos.
(2) Policía.

SENSACIONES Y PENSAMIENTOS

I.—EL MUNDO

Este mundo civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación, donde llora y luce el alba, donde nada se produce sinó después de haber sido destruído, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, donde brota el botón del nudo que le ahogaba, lo constituye el mal que trabaja, y el bien que se está fabricando.

Bajo el edificio social, hay la complicada maravilla de todos los edificios grandes, excavaciones de todas clases. Hay la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica y la mina revolucionaria. Unos cavan con las ideas, otros con las cifras, otros con la cólera. Se llaman y responden desde una catacumba a otra. Las utopias caminan por bajo tierra en las galerías y se ramifican en todos sentidos.

Hasta que sea destruída la ignorancia, existirá bajo la sociedad la gran caverna del mal.

Esta cueva es la última de todas. El odio sin excepciones. Esta cueva no conoce filosofo alguno, su cuchillo jamás ha cortado una pluma. Su negro no tiene relación alguna con el negro sublime de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo aquel cielo asfixiante, han hojeado ningún libro, ni desplegado un periódico.

Esta cueva tiene por fin el hundimiento general. Se llama simplemente robo, prostitución, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere el caos. Su bóveda, extrema en la ingorancia .

Destruid la cueva ignorancia y habréis destruído el topo crimen.

No existe diferencia alguna, al menos aquí bajo, en la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne ahora, el mismo polvo después. Pero la ignorancia, mezclada con la parte humana, la ennegrece.

Esta miserable negrura penetra en el interior del hombre y se convierte allí en el mal.

Las gentes malas tienen la dicha negra.

El mal, permitido, forma parte de la bondad.

Las ciudades como los bosques, tienen sus antros donde se recoge todo lo que ellas encierran de más malo y terrible. Solamente que, en las ciudades, lo que se oculta de tal manera es feroz, inmundo y pequeño, es decir feo; y en las selvas lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir bello, que madrigueras por madrigueras, son preferibles las de las fieras a las de los hombres. Las cavernas valen más que los desvanes.

Los sufrimientos sociales empiezan a todas las edades.

De la fisonomía de los años se componen la figura de los siglos.

Si la Naturaleza se llama Providencia, la Sociedad debe llamarse Provisión.

Las dos necesidades del mundo son: En el cielo, este Dios; la Verdad. En la tierra, este sacerdote; lo Justo.

Lo que hay de más grande en la historia de una sociedad depende, con harta frecuencia de la más insignificante pequeñez de la vida de un hombre.

La Sociedad mantiene irremisiblemente separados de ella a dos clases de hombres, los que la atacan (1) y los que la guardan. (2)

Cuando ganamos dinero nos dicen comerciantes, si re-

(1) Ladrones y asesinos.
(2) Policía.

partimos nuestras riquezas nos dicen ambiciosos, si renunciamos honores, aventureros, si esquivamos el mundo, se nos llama brutos.

II.—EL NIÑO

El corazón de los niños es como la aurora, su inocencia es alegre y cándida y lo mismo les inquietan nuestras obras, que al pájaro que trina sobre la carrasca o al astro que se abre paso a través del negro horizonte, sus asuntos y aventuras se reducen al descogimiento de la Naturaleza. Sólo piden a Dios su sol, se muestran contentos con tal de que su bello y dorado rayo, caliente los delitos de su diáfana mano y que el cielo se presente azul.

A cada paso que da la criatura, deja, tras sí, pequeños fantasmas de ella misma.

Cuando el niño estrecha a sus padres entre sus bracitos, abraza el universo.

III.—EL HOMBRE

No hay malas yerbas ni hombres malos, no hay sinó malos cultivadores.

El único peligro social es la sombra.—Humanidad es identidad; todos los hombres son del mismo barro.

Las dos faces del hombre, son el sufrimiento y el trabajo.

El hombre primero alcanza la ciencia, después la libertad.

Todo hombre es súbdito de los apetitos carnales; condenado está el cuerpo y no hay curación posible para la sangre. Ningún sabio ha logrado curarse de las leyes de la naturaleza y de la humanidad.

El hombre encierra en su espíritu informes pedruscos, falsos y corroídos dogmas de egoismo; más que ante él pase un asunto, un ejemplo, y todas aquellas piedras levantarán un templo en su alma.

El crugido de las espadas en las batallas es menos rastrero que el ruído que hace la vaina en el suelo. Además gallardearse como un matasiete y apretarse el talle como una muchacha, gastar corsé debajo de la coraza, es ser doblemente ridículo. El que es hombre verdaderamente, está a igual distancia de la fanfarronada que de la puerilidad.

El fin humano se eclipsa en un infame olvido.

El hombre crea y sueña y sonriente lega su alma a otras almas; y dice ¡es eterna! y prosigue su carrera; va bajando, vive, sufre, y de repente se encuentra que en el hueco de su mano, sólo abarca un montón de cenizas.

Los hombres todavía emplean la pena del talión, encuentran al zorro más grande que el león, su verdad mira de través y cojea sin razón, se fusila y se ametralla sin ton ni son, y en medio de la sangre, del horror y de la gritería, es tenido por crimen, ofrecer un asilo a los proscritos.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas.

El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen o han perseguido, se ha escondido en ese subterráneo; los apaleadores del siglo XIV, los capeadores del XV, los hugonotes del XVII, los iluminados de Morín en el XVII, los fulleros del XVIII.

Hace cien años salía de allí, la puñalada nocturna, y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro.

Fantasmas de todas clases frecuentan esos largos corredores solitarios, en todas la podredumbre y el miasma; acá y allá un respiradero, donde Vellón, de adentro, habla con Rabelais, de afuera.

La cloaca es la conciencia de la población. Todo converge en ella y se confronta.

Existen en ese lugar lívido, tinieblas, pero no secretos. Cada cosa tiene allí su verdadera forma, o al menos su forma definitiva.

El montón de inmundicias puede alegar en su favor, que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí.

En él se encuentra la máscara de Basilio; pero ense-

ñando el cartón y los alambres, lo de dentro como lo de fuera, realzado todo por el cieno de la honra. La nariz postiza de Scapín se encuentra allí cercana.

Todas las trampas de la civilización, cuando ya no sirven, caen en ese fondo de verdad, a donde va a parar el inmenso desagüe social. Se sumergen en él, pero se ponen de manifiesto al mismo tiempo. Esa mezcla es una confesión. Allí no hay ya falsas apariencias; no hay afeite ni disfraz posibles; la basura arroja su camisa; desnudez absoluta, disipación de ilusiones; nada parece más que lo que es, con la siniestra manifestación de lo que acaba.

Realidad y desaparición.

Allí un pedazo de botella, confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta, confiesa la domesticidad; el corazón de manzana que ha tenido opiniones literarias, vuelve a ser corazón de manzana; la efigie del ochavo, se cubre francamente de verdín; el salivazo de Caifás, se encuentra con el vómito de Jalstaft; el reluciente luis de oro que sale del garito, choca con el clavo mohoso, del que cuelga el cabo de cuerda del suicidio; un feto lívido, rueda por allí envuelto por las lentejuelas que bailaron en la Opera, el último martes de carnaval: una toga que ha juzgado a los hombres, se revuelca junto a un harapo que fué basquiña de una cortesana.

Aquello pasa de fraternidad, es un tuteamiento inmenso. Todo lo que antes se acicalaba, anda embrutecido. Se ha arrancado el último velo. La cloaca viene a ser un cínico. Todo lo dice.

Esta sinceridad de la inmundicia, nos agrada porque alivia el alma.

Cuando se ha vivido teniendo que soportar en la tierra el espectáculo de esa grande importancia que se atribuyen la razón de Estado, el juramento, la ciencia política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de situación, las togas incorruptibles, no deja de ser un consuelo, el entrar en una closa y verlo entre el fango que le corresponde.

Es al mismo tiempo, una enseñanza.

Las matanzas como la de San Bartolomé, van filtrando gota a gota entre los adoquines. Los grandes asesinatos públicos, las matanzas políticas y religiosas, atraviesan ese subterráneo de la civilización, y arrojan sus cadáveres en él. Para el pensador, todos los asesinos históricos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubremente con la esponja, las manchas de sus crímenes.

Luis XI está allí en compañía de Tristán, Francisco I con Duprat, Carlos IX con su madre, Richelieu con Luis XIII; allí está Louvrois, allí está Letellier, allí Hebert y Maillard, escarbando las piedras, por si consiguen que desaparezca la huella de sus hechos.

Bajo las bóvedas se oye la escoba de esos espectros. Se respira en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Se ven en sus ángulos reflejos rojizos. Corre allí el agua terrible, donde se han lavado las sangrientas manos.

El observador social debe penetrar en estos sombríos parajes, puesto que forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento.

Todo quiere huir de ella, pero no se le escapa nada. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado de sí mismo es el que se manifiesta cuando se tergiversa? El de la vergüenza. La filosofía persigue con su proba mirada al mal, y no le permite que se desvanezca en la nada. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el apocamiento de las cosas que se extinguen, lo reconoce todo.

Adivina la púrpura por el andrajo, y la mujer por el harapo. Con la cloaca reedifica la ciudad y con el cieno rehace las costumbres.

Por los tiestos deduce el ánfora o el cántaro.

Conoce por la marca de la uña en el pergamino, la diferencia entre la judería de la Indengasse y la judería de la Chetto. En lo que resta, encuentra lo que ha sido, el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borrón de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones conseguidas, las orgías vomitadas, el pliegue de

los caracteres al doblegarse, la huella de la prostitución, en las almas que la grosería ha hecho posibles, y en la túnica de los faquines de Roma, la marca de los codazos de Mesalina.

IV.—EL TRABAJO

El parásito es la escoria, el gusano del cuerpo social.

El que no quiere ser obrero, se hace esclavo.

El que rechaza el honrado cansancio de los hombres, sufre el sudor de los condenados.

El trabajo más rudo es el robar.

La pereza es la parálisis del alma. La pereza es madre tiene un hijo, el robo, y una hija, el hambre.

V.—LA CONCIENCIA

La conciencia es la cantidad de ciencia innata que se encierra en nosotros.

La conciencia es el caos de todas las quimeras, de todas las emociones, y de todas las tentaciones, el horno de todos los delirios, el antro de todas las ideas, el pan demonium del sofisma, el campo de batalla de todas las pasiones.

Cierta humareda del mal, que la conciencia no puede respirar, precede a la falta; cuando tientan a la honradez siente esta una náusea infernal; lo que se entreabre dejar escapar una exhalación que advierte a los fuertes y aturde a los débiles.

Las acciones reprochables tienen sus sitios reservados; como los aguardientes demasiado fuertes, no se les puede beber de un solo trago; se llena el vaso, para beber más tarde, y la primera gota ya tiene un sabor extraño.

El espíritu observador, siempre oye con ansiedad, el sonido de los golpes sombríos que el ariete del destino descarga sobre la conciencia. Cuando el deber se ve claramente, dudar sobre la línea de conducta que debe seguirse, es ya caer.

El espíritu puede sufrir invasiones; el alma tiene sus vándalos, que son los malos pensamientos que vienen a devastar nuestra virtud.

El pensamiento es un líquido; entra en convulsiones, se alborota y sale de él, algo semejante al sordo rugido de la ola. Flujo y reflujo, sacudidas, vueltas y vacilaciones de la onda ante el escollo, granizo y lluvia, nubes que traspasan claridades, arranques de espuma inútil, locas ascensiones que terminan en rápidas caídas, inmensos esfuerzos perdidos, aparición del naufragio en todas partes, sombra y dispersión; todo esto que sucede en el abismo, sucede también en el hombre.

Cuando el deber aparece, la conciencia nos grita, como cuando aparece el día el gallo canta. El alba es una voz. ¿De qué serviría el sol sino aprovechase para despertar la conciencia, esa sombra dormida? La luz y la virtud son de la misma especie. El corazón humano es un caos que oye el *Fiat lux*.

La irrupción violenta de los buenos pensamientos, es la vuelta a su casa de alguno que no tiene que fesa calarlo.

La fluctuación humana es infinita, y como el navío, el hombre puede verse desamparado; su ancora es la conciencia y la conciencia puede romperse.

VI.—EL CORAZON HUMANO

De todas las cosas que Dios creó, el corazón humano es la que despide más luz, pero también más sombra.

En el corazón humano, el mismo sentimiento dice sí y no.

El corazón humano no puede contener más que cierta cantidad de desesperación; una vez bien empapada la esponja, el mar puede pasarle por encima sin añadirla una gota más.

La desesperación extrema es una especie de muerte que hace desear la verdadera.

El alma no se entrega a la desesperación, sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Para aquel que siempre ha sido dichoso, la desesperación empieza por medio del estupor.

La certidumbre de la desesperación, no penetra en el hombre sin separar y romper ciertos elementos profundos, que son alguna vez el hombre mismo.

La adivinación del hombre desesperado, es una especie de arco misterioso que siempre da en el blanco.

La tranquilidad del hombre es espantosa cuando llega a la frialdad de la estatua.

Los grandes dolores llevan el decaimiento en sí mismos. Descorazonan el sér. El hombre en quien penetran siéntese desaparecer algo de su interior. En la juventud su visita es lúgubre; más tarde es siniestra.

El sufrimiento es lo que se ve claramente.

El sufrimiento y el odio son hermanos.

El dolor es el oro con que aquí bajo se paga la dicha, comprada a costa de rudos combates.

El exceso del dolor como el de la alegría, es una cosa violenta que dura poco; el corazón del hombre no puede palpitar mucho tiempo en un extremo.

Nuestras alegrías no son mas que sombras.

Ningún sentimiento humano puede manifestarse tan horrible como la alegría.

Mostrarse ingrato es demostrarse pequeño.

Lo que se ama, nace de lo que se deplora.

La indulgencia y la humildad salvan, la severidad pierde.

Todas las pasiones que no proceden del corazón, se disipan meditando.

El ojo del hombre es una ventana en la que se ven ir y venir los pensamientos al cerebro.

La desesperación tiene los puños sólidos; la mano de un niño aprieta como la de un gigante, cuando está en esta situación; la agonía hace de los dedos de una mujer, un instrumento de hierro. Una doncella que tenga miedo clava en el hierro sus rosadas uñas.

La desesperación es un reloj que marca los segundos y que suma el total, adicionándolo todo. Reprocha a

Dios los rayos y los alfilerazos; quiere saber lo que le reserva el destino y razona, pesa y calcula.

VII.—LA EMBRIAGUEZ

El vino para los borrachos serios tiene muy poco aprecio.

En materia de embriaguez hay la magia blanca y hay la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. La Punchera es el abismo.

De estos tres vapores, cerveza, aguardiente, y ajenjo, se hace el plomo del alma. Son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago, se forman tres furias unidas, la pesadilla, la noche y la muerte, revoloteando sobre Psiquis adormecida.

VIII.—LA EDUCACION

Aprender a leer es encender el fuego, cada sílaba deletreada es una chispa.

La educación social bien dirigida, puede sacar siempre de cualquier alma, toda la utilidad que ella encierra.

IX.—LA ARQUITECTURA Y LA IMPRENTA

La invención de la imprenta es el acontecimiento más grande de la historia, es la revolución madre, es el modo de expresarse de la humanidad que se renueva por completo, es el pensamiento humano que se despoja de una forma y toma otra distinta, es el cambio completo y definitivo de aquella serpiente diabólica, que desde Adán representa la inteligencia.

La imprenta es el hormigueo de las inteligencias, es la colmena donde todas las imaginaciones, doradas abejas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Todo el género humano coopera a ella, cada talento es un albañil, el más humilde tapa un agujero o pone una piedra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para aquel que siempre ha sido dichoso, la desesperación empieza por medio del estupor.

La certidumbre de la desesperación, no penetra en el hombre sin separar y romper ciertos elementos profundos, que son alguna vez el hombre mismo.

La adivinación del hombre desesperado, es una especie de arco misterioso que siempre da en el blanco.

La tranquilidad del hombre es espantosa cuando llega a la frialdad de la estatua.

Los grandes dolores llevan el decaimiento en sí mismos. Descorazonan el sér. El hombre en quien penetran siéntese desaparecer algo de su interior. En la juventud su visita es lúgubre; más tarde es siniestra.

El sufrimiento es lo que se ve claramente.

El sufrimiento y el odio son hermanos.

El dolor es el oro con que aquí bajo se paga la dicha, comprada a costa de rudos combates.

El exceso del dolor como el de la alegría, es una cosa violenta que dura poco; el corazón del hombre no puede palpitar mucho tiempo en un extremo.

Nuestras alegrías no son mas que sombras.

Ningún sentimiento humano puede manifestarse tan horrible como la alegría.

Mostrarse ingrato es demostrarse pequeño.

Lo que se ama, nace de lo que se deplora.

La indulgencia y la humildad salvan, la severidad pierde.

Todas las pasiones que no proceden del corazón, se disipan meditando.

El ojo del hombre es una ventana en la que se ven ir y venir los pensamientos al cerebro.

La desesperación tiene los puños sólidos; la mano de un niño aprieta como la de un gigante, cuando está en esta situación; la agonía hace de los dedos de una mujer, un instrumento de hierro. Una doncella que tenga miedo clava en el hierro sus rosadas uñas.

La desesperación es un reloj que marca los segundos y que suma el total, adicionándolo todo. Reprocha a

Dios los rayos y los alfilerazos; quiere saber lo que le reserva el destino y razona, pesa y calcula.

VII.—LA EMBRIAGUEZ

El vino para los borrachos serios tiene muy poco aprecio.

En materia de embriaguez hay la magia blanca y hay la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. La Punchera es el abismo.

De estos tres vapores, cerveza, aguardiente, y ajenjo, se hace el plomo del alma. Son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago, se forman tres furias unidas, la pesadilla, la noche y la muerte, revoloteando sobre Psiquis adormecida.

VIII.—LA EDUCACION

Aprender a leer es encender el fuego, cada sílaba deletreada es una chispa.

La educación social bien dirigida, puede sacar siempre de cualquier alma, toda la utilidad que ella encierra.

IX.—LA ARQUITECTURA Y LA IMPRENTA

La invención de la imprenta es el acontecimiento más grande de la historia, es la revolución madre, es el modo de expresarse de la humanidad que se renueva por completo, es el pensamiento humano que se despoja de una forma y toma otra distinta, es el cambio completo y definitivo de aquella serpiente diabólica, que desde Adán representa la inteligencia.

La imprenta es el hormigueo de las inteligencias, es la colmena donde todas las imaginaciones, doradas abejas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Todo el género humano coopera a ella, cada talento es un albañil, el más humilde tapa un agujero o pone una piedra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La imprenta es la segunda torre de Babel del género humano.

El género humano ha tenido dos libros, dos testamentos, la Arquitectura y la Imprenta; la Biblia de piedra y la Biblia de papel.

La arquitectura es el gran libro de la humanidad, la principal expresión del hombre en sus diversos estados de desenvolvimiento, ya como fuerza, ya como inteligencia.

Cuando la memoria de las primeras razas se sentió abrumada, cuando el trasporte de los recuerdos del género llegó a ser tan pesado y confuso, que la palabra, desnuda y lijera, corrió peligro de perderse en el camino, fué preciso escribirlos en tierra del modo más visible, más duradero y más natural al mismo tiempo, fué preciso sellar cada tradición con un monumento.

Los primeros monumentos fueron sólo fragmentos de roca, *que aun no habían tocado el hierro*, según dice Moisés. La arquitectura empezó, como la escritura, por el alfabeto. Se levantaba una piedra y era una letra, cada letra era un geroglífico y en cada geroglífico descansaba un grupo de ideas, como sobre el capitel se apoya la columna; así las primeras razas lo hicieron, en el mismo momento, por toda la superficie del mundo.

En la Siberia del Asia y en las Pampas de América, se encuentra *la piedra levantada* de los celtas.

Más tarde se formaron palabras; poniendo piedra sobre piedra, se reunieron aquellas sílabas de granito y el genio ensayó algunas combinaciones. El dólmen y el crómlech celtas, el túmulo etrusco y el galgal hebreo, son palabras. Algunas de ellas y especialmente el túmulo, son nombres propios. En ocasiones, cuando los hombres tenían mucha piedra y vasto campo, escribían una frase; el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una fórmula completa.

Por último, se hicieron libros. Las tradiciones produjeron los símbolos, bajo los cuales aquellas desaparecían, como el tronco bajo las hojas caídas, estos símbolos, en los que tenía fe la humanidad, iban creciendo, y

multiplicándose más y más; los primeros monumentos no bastaron a contenerlos, rebosaban por todas partes; estos monumentos no expresaban aún la tradición primitiva, como ellos, sencilla, desnuda y postrada. El símbolo necesitaba expansionarse en el edificio. Entonces la arquitectura se desarrolló con el pensamiento humano, fijando, en forma eterna, visible y palpable, todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, media; mientras Orfeó, que es la inteligencia, cantaba; el pilar, que es una letra; el arco, que es una sílaba; la pirámide, que es una palabra, puestos a la vez en movimiento, por una ley de geometría y por otra ley de poesía, se aprupaban, combinaban, amalgamaban, bajando, subiendo, juntándose en el suelo, elevándose hasta el cielo, hasta dejar escritos, bajo la influencia de la idea general de una época, aquellos libros maravillosos que eran a la vez maravillosos edificios, como la pagoda de Eklinga, el Rhamseoin de Egipto y el templo de Salomón.

La idea madre, no solamente estaba en la forma de aquellos edificios, sino también en el fondo; el templo de Salomón, por ejemplo, no sólo era la encuardenación del libro santo, sí que además era el mismo libro; en cada uno de sus recintos concéntricos, los sacerdotes podían leer el verbo traducido y manifestado a la vista, y de este modo siguiendo sus trasformaciones, de santuario en santuario, podían llegar a apreciarlo en su último tabernáculo, hasta bajo la forma más concreta que entonces ofrecía la arquitectura, el arco. El verbo, pues, estaba encerrado en el edificio, pero su imagen estaba sobre su cubierta, como la figura humana sobre el ataud de una momia.

Durante los seis mil primeros años del mundo, desde la más antigua pagoda del Indostán hasta la catedral de Colonia, la arquitectura ha sido el gran libro del género humano. Es esto tan cierto, que no sólo los símbolos religioso, sí que también todo el pensamiento humano, tiene su página y su monumento en aquel gran libro.

La ley de que la libertad sucede a la unidad, está escrita en la arquitectura, porque no debe creerse que las

construcciones hayan servido sólo para edificar templos, para expresar el mito y simbolismo sacerdotal y para transcribir en sus páginas de piedra, en geroglíficos, las tablas misteriosas de la ley; si así fuese, cuando en las sociedades humanas llega el momento en que el símbolo sagrado se gasta y consume, bajo el peso del libre pensamiento, en que el hombre se aparta del sacerdote, en que la excrecencia de la filosofía y de los sistemas roe la faz de la religión, la arquitectura no podría reproducir el nuevo estado del espíritu humano; sus hojas escritas de una cara, estarían en blanco por el dorso, la obra quedaría truncada, incompleta. Pero no sucede así.

Tomemos por ejemplo la Edad Media, que es la que conocemos mejor por estar más cerca de nosotros. En su primer período, mientras la teocracia organiza la Europa, mientras que el Vaticano reune y clasifica, alrededor de sí, los elementos de una Roma, formada de la Roma que yace derruída en torno del Capitolio; mientras en los escombros de la civilización anterior, va buscando el cristianismo, todos los pisos de la Sociedad y reedifica con sus ruinas un nuevo universo gerárquico, cuya clave en el sacerdocio, se oye primero germinar en aquel caos, después poco a poco, al soplo del cristianismo, bajo la mano de los bárbaros, se ve surgir de las ruínas de las arquitecturas muertas, la griega y la romana; la misteriosa arquitectura bizantina, hermana de las construcciones teocráticas del Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, geoglífico inmutable de la unidad papal. Todo el pensamiento de aquella época está escrito en el sombrío estilo bizantino; expresión fiel de la unidad, la autoridad, la impenetrabilidad, el absolutismo de Gregorio VIII; en todas partes se ve el sacerdote; el hombre en ninguna; siempre la casta, nunca el pueblo. Llegan las Cruzadas, que fueron un gran movimiento popular, y todo movimiento popular, sea cual fuere su causa y objeto, siempre desprende de su último precipitado, el espíritu de libertad. Surgen grandes novedades, y se abre el período borrascoso de las Jacqueries, o sea de las ligas o asociaciones. La autoridad vacila, la unidad se bifurca; el feudalismo quiere partir el poder con la teocracia, mientras llega el pueblo, que ha de llegar inevitablemente, y como el león, tomará para sí la mejor parte. *Quia nominor leo.* El señorío se abre paso entre el sacerdocio y los consejos entre el señorío. Cambia la faz de Europa; y cambia también la faz de la arquitectura. Como la civilización, ha vuelto la hoja, y el moderno espíritu de los tiempos la encuentra dispuesta a escribir lo que la dicte. La arquitectura vuelve de las cruzadas con la ojiva, como las naciones con la libertad. Entonces, mientras Roma se desmembra poco a poco, la arquitectura sajona muere. El geroglífico huye de la catedral, y para dar prestigio al feudalismo, va a blasonar el castillo; la catedral, antes edificio tan dogmático, invadido sucesivamente por el estado llano, el común y por la libertad, se escapa del sacerdote y cae en poder del artista, y el artista la construye a su gusto, sucediendo la fantasía y el capricho, al misterio, al mito y a la ley. Con tal de que el sacerdote tenga su basílica y su altar, nada más puede exigir, las paredes pertenecen al artista. El libro arquitectónico no es ya propiedad del sacerdocio, de la religión, ni de Roma, pertenece a la imaginación, a la poesía y al pueblo, y de aquí provienen las rápidas e innumerables trasformaciones de aquella arquitectura, que no tiene más que tres siglos, tan sorprendentes después de la estancada inmovilidad de la arquitectura bizantina, que cuenta seis o siete. Entre tanto, el arte marcha a pasos agigantados. El genio y la originalidad populares, hacen lo que hacían los obispos. Cada raza, al pasar, escribe su línea en el libro, borra del frontispicio de las catedrales los antiguos geroglíficos, y apenas, de vez en cuando, se ve al dogma sacar la cabeza por el nuevo símbolo que le cubre; el ropaje popular apenas deja adivinar la armazón religiosa. Es difícil tener idea de las licencias que los arquitectos se toman hasta con la Iglesia; ya la adornan con capiteles llenos de frailes y monjas vergonzosamente apareajados, como en la sala de las chimeneas del Palacio de Justicia de París; ya representan la aventura de Noé es-

culpida *con todas sus letras*, como en la gran portada de Bourges; ya esculpen un fraile borracho, con orejas de asno y con el vaso en la mano, riéndose en las narices de toda la comunidad, como sobre el altar de la abadía de Bocherville. En esa época, para el pensamiento escrito en piedra, existía un privilegio comparable a la libertad... de imprenta; la libertad de la arquitectura. Hubo ocasiones, en que esta libertad se extremó mucho; algunas veces una portada, una fachada, una iglesia entera, presentaban un sentido simbólico, absolutamente extraño al culto y hasta a la Iglesia. En el siglo trece Guillermo de París, y Nicolás Hamel en el quince, escribieron esas páginas sediciosas. Santiago de Boucherie era una iglesia de oposición.

Solamente bajo esta manifestación era libre el pensamiento. Aquellos libros llamados edificios, en la forma manuscrita, hubieran sido quemados por la mano del verdugo, en la plaza pública; y si el pensamiento, fachada de la iglesia, hubiera sido bastante atrevido para presentarse en aquella forma, hubiera presenciado el suplicio del pensamiento libre. No pudiendo publicarse más que en aquella forma, asióse a ella, resultando de esto la inmensa cantidad de catedrales que cubrieron la Europa.

Todas las fuerzas materiales y todas las fuerzas intelectuales de la sociedad, convergían en el mismo punto, la arquitectura, y bajo pretexto de edificar iglesias para el culto de Dios, el arte y el pensamiento se desarrollaban een proporciones magníficas.

El que nacía poeta, se hacía arquitecto. El genio esparcido en las masas, comprimido por todas partes bajo el feudalismo, como bajo un *testudo* de broqueles de bronce, no encontrando salida más que por el lado de la arquitectura, desembocaba por este arte, y sus aliadas tomaban la forma de catedrales. Las demás artes obedecían y se disciplinaban a la arquitectura; eran obreras de la gran obra. El arquitecto, el poeta, el maestro sintetizaba en su persona la escultura que cincelaba las fachadas, la pintura que iluminaba los vidrios, la música

que movía las campanas y soplaba los órganos; hasta la pobre poesía, propiamente dicha, que se obstinaba en vegetar los manuscritos, vióse obligada, para ser algo, a amoldarse al edificio bajo la forma de himno o de *prosa*; es decir, a hacer el mismo papel que hicieron las tragedias de Esquilo, en las tinieblas sacerdotales de la Grecia, y el Génesis en el templo de Salomón.

Hasta Guttenberg, la arquitectura fué la primera lengua escrita, es decir, la escritura universal. En su libro de granito, que el Oriente empezó y continuó la antigüedad griega y romana, la Edad Media escribió la última página. El fenómeno de la arquitectura del pueblo sucediendo a la arquitectura de la raza que se observa en la edad media, como todo movimiento análogo en la inteligencia humana, se reproduce en las otras grandes épocas de la historia. Así, en el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, después de la arquitectura india aparece la arquitectura fenicia, opulenta madre de la arquitectura árabe, en la antigüedad, después de la arquitectura egipcia, de la que el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos sólo son una variedad, viene la arquitectura griega, cuyo estilo romano no es más que un prolongamiento recargado de la bóveda cartaginesa; y en los tiempos modernos, después de la arquitectura bizantina, nace la arquitectura gótica. Si desdoblamos las tres series, veremos que las tres hermanas primogénitas, la arquitectura india, la egipcia y la bizantina, tienen el mismo símbolo, es decir; la teocracia, la raza, la unidad, el dogma, el mito, Dios; y que las tres segundas hermanas, la arquitectura fenicia, la griega y la gótica, cualquiera que sea su forma, tienen la misma significación, la libertad, el pueblo, el hombre.

En las construcciones indias, egipcias o romanas, siempre se ve al sacerdote y nada más que al sacerdote, llámese este bramín, mago o papa; no sucede así en las arquitecturas del pueblo, son menos santas, pero más ricas. En la arquitectura fenicia se ve el espíritu del mercader, en la griega el del republicano y en la gótica el del ciudadano.

Los caracteres generales de toda arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el horror al progreso, la conservación de las líneas tradicionales, la consagración de los tipos primitivos, la constante sumisión de todas las formas del hombre y de la naturaleza a los incomprensibles caprichos del símbolo; son libros tenebrosos que sólo saben descifrar los iniciados, pero en ellos, toda forma, o mejor, toda deformidad, tiene un sentido que la hace inviolable. No hay que pedir a las instrucciones india, egipcia o bizantina, que reformen su dibujo o mejoren su gusto, les está prohibido dar un solo paso hacia la perfección. En tales arquitecturas parece que la inflexibilidad del dogma se comunica a la piedra, como una segunda petrificación.

Los caracteres generales de las construcciones populares son la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia y el movimiento progresivo, ya que están bastante separadas de la religión para pensar en su belleza, para cuidarla y corregir continuamente sus adornos de estatuas y arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano que sin cesar mezclan con el símbolo divino, bajo el cual todavía se reproducen, proviniendo de aquí los edificios impetrables para toda alma, para toda inteligencia, para toda imaginación, que si aun simbólicos son empero, como la naturaleza, fáciles de comprender.

Entre esta arquitectura y la teocrácia, existe la misma diferencia, que entre una lengua sagrada a una lengua vulgar; la diferencia entre el geroglífico y el arte y de Salomón a Fidias.

De todo esto se deduce, que hasta el siglo quince, la arquitectura fué el principal registro de la humanidad, que en el transcurso de todo ese tiempo, no apareció en el mundo un pensamiento algo complicado, que no se grabase en un edificio; que las ideas populares, lo mismo que las religiosas, tuvieron sus monumentos; y que el género humano, no pensó nada importante que no lo escribiera en piedra. Y ¿por qué? porque todo pensamiento ya religioso como filosófico, está interesado a perpetuarse, porque la idea que agitó a una generación, quiere

agitar a otras y dejar en el mundo huellas de su paso. El manuscrito es de efímera inmortalidad, el edificio es un libro mucho más sólido, más durable y resistente. Para destruir la palabra escrita, basta una tea y un bárbaro; para destruir la palabra construída, es necesario una revolución social o una revolución de la naturaleza. Los bárbaros pasaron sobre el Coliseo, el diluvio tal vez pasó sobre las pirámides.

En el siglo quince todo cambia. El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse; no sólo más duradero y más sencillo y más fácil; con este medio queda la arquitectura destronada, a las letras de piedra de Orefo van a suceder las letras de plomo de Guttenberg.

El libro va a matar al edificio.

El pensamiento, de sólido que era, se ha convertido en vivido, pasando de la duración a la inmortalidad. Se puede derribar una mole, pero no extirpar el pensamiento. Si viene un diluvio y las montañas desaparecen bajo las aguas, volarán aún los pájaros, y si en la perficie del cataclismo flota sólo una arca, se posarán sobre ella y sobrenadando con ella, asistirán al descenso de las olas, y el nuevo mundo que de ese caos salga, vería al despertar, cernerse sobre él, alado y vivo, el pensamiento del sumergido mundo.

Cuando se examina que ese sistema de expresión no sólo es el más duradero, sino el más sencillo, el más cómodo, el más practicable de todos, cuando se piensa que no trae colosal bagaje, ni ocupa grande especio, cuando comparamos que el pensamientos para traducirse en un edificio, se ve precisado a poner en movimiento cuatro o cinco artes y montones de oro, todo un bosque de madera, toda una montaña de piedra, todo un pueblo de obrer.. cuando se compara que el pensamiento para convertirse en libro, sólo necesita un poco de tinta y papel; no es de admirar que la humanidad abandone la arquitectura por la imprenta. Cortemos bruscamente el primitivo cauce de un río o de un canal, abierto debajo de su nivel y desertará el río de su antigua vía.

Por esto, desde el descubrimiento de la imprenta, la

arquitectura se deseca poco a poco, se atrofia y degenera; y es que le falta agua, que la savia desaparece y que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se aparta de ella. En el siglo quince, la degeneración es casi imperceptible, la prensa todavía es demasiado débil y sólo chupa de la poderosa arquitectura, la superabundancia de vida. Pero en el siglo diez y seis, es visible la enfermedad de la arquitectura; ya no es la expresión de la sociedad, quedando reducida a arte clásico; era gala, europea e indígena y se convierte en griega y romana, era verdadera y moderna y se ha trocado en pseudo-antigua. A tal decadencia, se llamó Renacimiento; decadencia, sin embargo, magnífica, porque el antiguo genio gótico, aquel sol que se pone detrás de la gigantesca prensa de Maguncia, aun penetra por algún tiempo con sus últimos rayos, por el hacinamiento híbrido de arcos latinos y de columnatas corintias. Es una puesta de sol que tomamos por aurora.

Desde el momento que la arquitectura no es más que un arte como cualquiera, desde que no es el arte en su totalidad, el arte soberano, el arte tirano, carece de fuerzas para retener a las demás artes que se emancipan de ella, rompiendo el yugo del arquitecto, yéndose cada una por su lado; y ganan todos en este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo, la escultura se convierte en estatuaria, la iluminación en pintura, el canón en música, como el imperio, que al morir Alejandro, convirtió sus provincias en reinos.

Esta división engendró a Rafael Angel, Juan Gonjon y Palestrina, sublimes resplandores del siglo diez y seis.

Junto con las artes, el pensamiento se emancipa por todo el mundo. Los heresiarcas habían abierto anchas brechas al catolicismo. El siglo diez y seis rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta la reforma no hubiera sido más que un cisma, la imprenta la convierte en revolución, la heregía se hubiera enervado sin la imprenta. Funesta o providencialmente, siempre será Guttenburg el precursor de Lutero.

Cuando el sol de la edad media se eclipsa por completo, cuando en el horizonte del arte se extingue el genio gótico, la arquitectura se marchita, pierde el color y se consume lentamente. El libro impreso, gusano roedor del edificio, la chupa y la devora, se deshoja y enflaquece visiblemente, la arquitectura es mezquina, pobre y nula, no expresa nada, ni aun el recuerdo de arte de otros tiempos. Reducida a sí misma, abandonada por las otras artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre a los albañiles a falta de artistas; el vidrio blanco sustituye al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y así desaparece el germen, la originalidad, la inteligencia y la vida. Mísera mendiga del arte, se arrastra de copia en copia. Miguel Angel, que desde el siglo diez y seis acaso la veia morir, tuvo la última idea, idea de desesperación; aquel Titán del arte, hacinó el Panteón sobre el Parthenón e hizo el San Pedro de Roma, que merecia ser única, última originalidad de la escultura, firma de un artista gigante puesta al pié del colosal libro de piedra que se cerraba. Muerto Miguel Angel, la arquitectura que se sobrevive a si misma en forma de espectro y de sombra, toma el San Pedro de Roma y le calca y le parodia, verdadera mania que causa risa y lastima. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma; el siglo diez y siete el de Val de Grace, el diez y ocho el de Santa Genoveva. Cada país tiene su San Pedro de Roma: Londres y San Petersburgo tienen el suyo; París tiene dos o tres: insignificante testamento, última cochez de un arte que recae en la infancia antes de morir.

Si en lugar de los monumentos característicos que hemos mencionado, examinamos el aspecto general del arte desde el siglo diez y seis, hasta el siglo diez y ocho, observaremos los mismos fenómenos de decadencia y de tisis. Desde Francisco II cada dia va borrándose mas la forma arquitectónica del edificio, dejando entrever la forma geométrica, como se ve el esqueleto en el cuerpo enflaquecido de un enfermo. A las hermosas líneas del arte, suceden las frías e inexorables líneas del geómetra; el edificio no es ya edificio, es un poliedro. En vano se esfuerza la arquitectura para ocultar su desnudez; el

frontis griego se inscribe en el frontis romano y este en aquel; siempre el Panteón sobre el Parthenon, siempre San Pedro de Roma. Ved las casas de ladrillo de Enrique IV, con esquinas de piedra, la Plaza Real, la del Delfín. Las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, cargadas con un cimborio en forma de joroba. Ved la arquitectura Mazzarina, el ridículo pastel italiano de las cuatro Naciones, los palacios de Luis XIV, que no son más que largos cuarteles para cortesanos, caserones serios, glaciales, fastidiosos. Ved, en fin, los edificios de Luis XV, con sus achicorias y fideos y todas las verrugas y cicatrices que desfiguran a la arquitectura vieja, caduca, sin dientes y coqueta. Desde Francisco II hasta Luis XV, el mal ha crecido en progresión geométrica; el arte sólo con la piel sobre los huesos, agoniza miserable y lentamente.

Toda la vida que huye de la arquitectura, se acumula a la imprenta, y mientras aquella termina, la imprenta se nutre y crece. El capital de fuerzas que el pensamiento humano gastaba en edificios, ahora lo gasta en libros, y la imprenta puesta desde el siglo diez y seis al nivel de la arquitectura, que va degenerando, lucha con ella y la mata. En el siglo diez y siete, es ya bastante victoriosa y soberana para ofrecer al mundo la fiesta de un gran siglo literario. En el siglo diez y ocho, habiendo descansado largo tiempo en la corte de Luis XIV, recoge la vieja espada de Lutero, arma con ella a Voltáire y corre intrépida a combatir a Europa, cuya expresión arquitectónica ha destruído ya.

Al terminar el siglo diez y ocho lo ha destruído todo, en el siglo diez y nueve reconstruirá.

No hay que hacerse ilusiones, la arquitectura ha muerto para siempre, porque el libro impuesto la mata, porque dura menos y es más cara que este. Cada catedral cuesta mil millones; imagínese ahora, qué suma de fondos sería necesaria para escribir nuevamente el libro arquitectural, para hacer otra vez hormiguear sobre el suelo millares de edificios, para volver a aquellos tiempos, en que era tal la multitud de monumentos, que,

según un testigo ocular, «parecía que el mundo, removiéndose, había sacudido sus antiguas vestiduras, para cubrirse con un blanco ropaje de iglesia».

No es de extrañar que el pensamiento humano se deslice por esa pendiente, cuando un libro se imprime pronto, cuesta poco y anda mucho. Esto no es decir que la arquitectura no construya un hermoso monumento o una obra magistral aislada, posible es que alguna vez durante el reinado de la imprenta, tengamos alguna columna de cañones fundidos, levantada por todo un ejército. como durante el reinado de la arquitectura hubo Iliadas y romanceros, Mahabahatas y Nibelungens, hechos por todo un pueblo, con rapsodias amontonadas y fundidas. El siglo veinte podrá tener el fenómeno de un arquitecto de genio, como el siglo trece tuvo a Dante, pero la arquitectura ya no será el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran problema, el gran edificio, la grande obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Si la arquitectura reviviese ya no sería soberana; tendría que recibir las leyes de la literatura, como en otras épocas ésta las recibía de aquella. Las dos artes han trocado sus respectivas posiciones. En los tiempos arquitectónicos, los poemas, entonces raros, se parecían a los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo; singular e impenetrable como la pagoda; en el Oriente egipcio, la poesía, como los edificios, tiene grandeza y majestad de líneas; en la Grecia antigua la serenidad y la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fe popular, rica y exhuberante vegetación de una época de renovaciones. La Biblia se parece a las Pirámides, la Iliada al Parthenón, Homero a Fidias. Dante en el siglo trece, es la última iglesia bizantina, y Shakespeare es en el siglo diez y seis, la última catedral gótica.

Cuando se contemplan las dos biblias de la humanidad, tan abiertas por los siglos, con tristeza se echa de menos la majestad visible de la escritura de granito, los gigantescos alfabetos, formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos, en aquella especie de monta-

ñas humanas que cubren el mundo y el pasado, desde la pirámide al campanario, desde Cheops a Strasburgo. En esas páginas de mármol es preciso leer el pasado, es necesario admirar y hojear continuamente el libro escrito por la arquitectura, pero es preciso también conceder al edificio que a su vez levanta la imprenta, toda su grandeza.

Este edificio es coloosal. Cuando en nuestra mente queremos formar una imagen total, del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros días, este conjunto se nos representa como una construcción inmensa, apoyada sobre el mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin cesar y cuya monstruosa cabeza se pierde en las profundas brumas de el porvenir. Aquí y allí, por sus pendientes, se ven desembocar las tenebrosas cavernas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. Por todas partes en su superficie, el arte hace brillar sus arabescos, sus rosetones y sus encajes, cada obra individual, por caprichosa y aislada que aparezca, tiene su sitio y su efectividad; la armonía resulta del conjunto. Desde la cátedra de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, se apiñan en tropel, mil torreones en aquella metrópoli del pensamiento universal. En su base, los hombres han escrito algunos antiguos títulos, que la arquitectura no había apuntado, a la izquierda de su entrada, han sellado el antiguo bajo relieve en mármol blanco de Homero, a la derecha la Biblia poligota, levantando sus siete cabezas; más allá se eriza la Hidra del romancero al igual que las formas híbridas de los Vedas y los Nibelunges. Pero el prodigioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, esa máquina gigante, que sin descanso aspira todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita de continuo nuevos elementos para su obra. Reti de la Bretonne lleva su capazo de argamasa, independientemente de la parte original e individual del escritor, llegan a la obra contingentes colectivos; el siglo diez y ocho aporta *La Enciclopedia* y la revolución da *El Monitor*.

Es asimismo, una construcción que crece y amontona en espirales sin fin; en ella hay también confusión de

lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, persistente concurso de la humanidad entera; es el refugio prometido a la inteligencia, para librarse de otro diluvio, de otra irrupción de bárbaros.

Las cosas pequeñas acaban con las grandes, un diente triunfa de una mole. El ratón del Nilo mata al cocodrilo, el pez espada mata a la ballena, el libro matará el edificio. La prensa matará a la Iglesia.

X.—LOS LIBROS

Los libros son amigos fríos y seguros.

El libro es el caudal de la humanidad; el saber, el derecho, la verdad, la virtud, el deber, el progreso, la razón que borra toda clase de delirio.

El libro se encuentra a grande altura y luce; su resplandor suprime el cadalso, la guerra, el hambre. Habla y al momento desaparece el esclavo y el paria.

XI.—EL SABER

La palabra es un soplo; los estremecientos de la inteligencia se parecen al estremecimiento de las hojas.

Es propio de los grandes hombres elevarse a la altura grandes hombres pronunciar las palabras que deciden de una época.

Donde descuella el genio se levanta la envidia.

La boca de un sabio cumplimenteando a otro sabio, viene a ser un vaso de hiel azucarada.

El hombre de talento no puede soportar al hombre animal.

La mediania se vería muy importunada por el hombre de talento, sino hubiese el hombre de genio. La mediania está siempre a favor del que la incomoda menos y tiene más parecido con ella. Así, todo el que es enemigo del hombre de genio, es amigo del hombre de talento.

Con todas las piedras que el pico, el azadón, la calumnia, la diatriba y la injuria, pueden arrancar de la

base del grande hombre, se levanta un pedestal para el hombre secundario. Lo que del uno se derriba, sirve para la construcción del otro.

La sabiduría es una comunión sagrada.

El saber es un viático; el pensar es de primera necesidad, la verdad es un alimento como el trigo.

Una inteligencia falta de saber y de reflexión se debilita.

Es necesario compadecer como a los estómagos, a los espíritus que no comen.

Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que se muere de hambre de luz.

XII.—LA VERDAD, LA LUZ

El motivo más punzante que existe en el mundo para abrazarse a la razón, es haber sido su contrario; con tanta mayor virtud se sirve al derecho, cuanto se siente arrepentido de haberle combatido.

Es fuerza compadecer a aquellos que no disfrutan de las ventajas que proporciona el gran rayo de la verdad.

La muchedumbre tiene por verdad lo que inventa el odio.

El miope tiene miedo al alba.

Nadie va a la verdad por camino oblicuo.

La verdad se halla donde luce la eternidad.

La verdad demasiado verdadera es casi una mentira. Demasiada luz como demasiada oscuridad, ciegan.

Sobreponiéndose sin medida y sin cuento las verdades, amontonan a veces tanta sombra, que el hombre se inquieta ante su profundidad; la Providencia es negra a fuerza de grandeza; de esta suerte, la siniestra y santa noche, fabrica con capas de estrellas sus velos de tinieblas.

XIII.—LA MORAL, LA VIRTUD Y EL BIEN

La verdadera irradiación del hombre, consiste en ser sincero al azar, aunque obtenga como premio el martirio.

dejando vislumbrar la justicia en todos sus actos.

La moral es una expansión de verdades.

El bien es sudario al propio tiempo que mantillas; el mal es sepulcro a la vez que cuna; ambos se producen y la vida es su sello.

No pidáis jamás su nombre a quien os demanda asilo. Precisamente quien tiene más necesidad de asilo, es quien se encuentra más apurado para decir su nombre.

Cuando la caída es más profunda es cuando la caridad ha de ser mayor.

La caridad vale tanto como todas las virtudes juntas. Para obrar bien, el corazón del hombre no tiene límites.

Si se busca con demasiado ahinco el bien, es fácil dar con el mal.

La mujer que quiera ser virtuosa no debe tener piedad a sus manos.

Para los que quieren hacer daño, es tastante castigo el que sólo infundan lástima.

XIV.—LA POBREZA Y LA MISERIA

La miseria es la tisis social.

No hay nada más fúnebre que el arlequín de los andrajos.

El origen de todos los males, es vivir harapiento y pasar hambre.

Para llevar la desesperación al alma, no hay nada tan a propósito como la carencia de pan.

La miseria es el crisol en que el destino arroja al hombre, cuando quiere convertirle en un sér despreciable, o en un semi-Dios; porque en esas luchas pequeñas, se producen muchas acciones grandes.

En cierto grado de infelicidad, el pobre en su estupor, no llora ya el mal que siente, ni agradece tampoco el bien que recibe.

Así como con el frío, con la miseria los cuerpos se contraen y estrechan, pero los corazones se alejan.

La miseria de un joven no es nunca miserable.

El joven pobre tiene dos riquezas de las que carecen

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muchos ricos; el trabajo que le hace libre y la inteligencia que le hace digno.

El joven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras; las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, los banquetes y todo lo demás, ocupaciones de las regiones bajas del alma, a costa de las de las regiones más altas y delicadas.

El joven pobre encuentra gran dificultad en ganar su pan; como y cuando ha comido, no le queda más que el divagar y soñar. Asiste gratis a los espectáculos que da Dios, contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad entre la que sufre, la creación en la que resplandece. Mira tanto a la humanidad, que llega a ver el alma; mira tanto a la creación, que ve a Dios. Medita y conoce que es grande, medita más y conoce que es sensible. Del egoismo del hombre que sufre, pasa a la compasión del que piensa. Un admirable sentimiento brota en él; el olvido de sí mismo y la piedra para todos. Al pensar en los goces sin número que la naturaleza ofrece, da y prodiga a las almas abiertas, y niega a las almas cerradas, llega a comprender, millonario de la inteligencia, a los millonarios del dinero.

La miseria de un niño conmueve a una madre, la miseria de un mozo conmueve a una muchacha, pero la miseria de un viejo no conmueve a nadie, y es de todas las infelicidades, la más fría.

En la miseria se crece poco y se tienen tendencias al raquitismo.

La noche, la soledad, la desnudez, la impotencia, la ignorancia, el hambre y la sed, son las siete bocas abiertas de la miseria.

XV.—LA DESGRACIA

La baja y falsa prosperidad es la muerte lenta.

Engrandecerse equivale al aumento de nuestros males.

La desgracia hace perder la amargura a los buenos corazones.

La desgracia educa a la inteligencia.

Cuando se desborda el límite del padecimiento, llegan a desconcertarse las virtudes más imperturbables.

Estando oculta la suerte bajo el acaso, el hombre, augusto ignorante, debe vivir de modo que más tarde la verdad se ajuste a su ensueño.

En este mundo, vestíbulo evidente de otro mundo, no hay felices.

XVI.—EL ESCLAVO DE LA CARIDAD

Un desfallecimiento del estómago nos encadena para toda la vida. Verse obligado, es ser explotado. Los dichosos, los poderosos, aprovechan el momento en que les tendéis la mano para poneros en ella una moneda, y desde entonces, desde ese minuto de cobardía, sois ya su esclavo, y esclavo de la peor clase, esclavo de una caridad, esclavo que os obligan a querer. Y todo ha concluído; sois ya condenado perpétuamente a encontrar bueno a aquel hombre, a encontrar hermosa a aquella mujer, a permanecer en segundo término, de subalterno, a aprobar, a aplaudir, a admirar, a incesar, a arrodilláros, a suavizar vuestras palabras cuando os agite la cólera. De este modo los ricos hacen prisionero al pobre. La liga de la buena acción os embadurna y empantana para siempre.

El beneficio tiene adherencia viscosa y repugnante, que os priva de todo movimiento. Esto lo saben los odiosos opulentos, cuya compasión os maltrata. Os convertís en cosa suya. Os han comprado por un hueso quitado al perro para ofrecérosle, arrojándooslo a la cabeza. Si lo roísteis dad las gracias para siempre, adorad a vuestros dueños, con genuflexión indefinida; exigen que conozcáis que sois un pobre diablo, para que reconozcáis que ellos son dioses; vuestra disminución los aumenta; cuanto más os encorváis, más rectos están ellos.

—¿Qué es eso tan feo que tenéis en casa, querida mía?

—No lo sé; un estudiantón a quien mantengo.

Así dialogan las grandes damas, sin siquiera bajar la

voz; vosotros lo oís y permanecéis mecánicamente amables. Por otra parte, si estáis enfermo, vuestros señores os envían el médico, pero no el suyo; en ocasiones se informan; no siendo de la misma especie que vosotros, y estando de su parte lo inaccesible, ellos son amables; a fuerza de desdeño son corteses. En la mesa os hacen un imperceptible signo de cabeza; algunas veces saben la ortografía de vuestro nombre, y os hacen conocer que son vuestros protectores, hollando suavemente vuestra delicadeza y vuestra susceptibilidad. ¡Son tan bondadosos!

XVII.—LA EXPLOTACION DE LOS DESGRACIADOS POR LOS DICHOSOS

El pueblo tiene necesidad de reir y los reyes también. Es preciso que las calles tengan su titiritero y los palacios su bufón; el primero se llama Turlupín y el segundo Triboulet.

Los esfuerzos que hace el hombre para proporcionarse alegría, son muchas veces dignos de la atención del filósofo.

Han existido y existen aún, niños destinados a servir de juguetes a los hombres. En las épocas ingenuas y feroces, estos niños constituían una industria especial. El siglo diez y siete, llamado gran siglo, fué una de esas épocas. Fué un siglo muy bizantino; tuvo la ingenuidad corrompida y la ferocidad delicada, curiosa variedad de civilización. Era un tigre sonriendo. Era madame Sevigné, haciendo melindres a propósito de la hoguera y de la rueda. Explotó en grande escala a los niños, los historiadores, adulaladores de aquel siglo, han ocultado esta llaga, pero dejando ver el remedio, que fué Vicente de Paúl.

Para conseguir hacer del hombre un juguete, es preciso trabajarlo cuando es tierno; de enano se forma cuando es pequeño. Un niño derecho no divierte, pero un jorobado sí. De esto nació un arte que tuvo cultivadores,

cogiendo al hombre y convirtiéndole en aborto, cogiendo una cara, convirtiéndola en mascarón; tasaban el crecimiento y petrificaban la fisonomía. Esta producción artificial de casos teratológicos, tenía sus reglas, era toda una ciencia. Era una ortopedia en sentido inverso; en donde Dios colocó la mirada, este arte ponía el estrabismo; donde Dios puso la armonía, se establecía la deformidad; donde Dios imprimió la perfección, se restablecía el bosquejo; pero el bosquejo, para los inteligentes en este arte, era la perfección; también reformaban a los animales. La Naturaleza es nuestro cañamazo, y el hombre, que siempre quiere añadir algo a la obra de Dios, retoca la creación, unas veces para mejorarla y otras para empeorarla. El bufón de la corte no era más que un ensayo, para hacer retrogradar al hombre hasta el mono; progreso hacia atrás; al mismo tiempo tratábase de convertir el mono en hombre. La duquesa de Cleveland, condesa de Southampton, tenía por paje un mono muy pequeño; en casa de Francisca Lutton, baronesa Dudley, un mico servía el thé, al que Dudley llamaba *mi negro*; Catalina Sidley, condesa de Dorchester, iba al Parlamento en una carroza blasonada, detrás de la cual iban de pié tres papiones de gran librea. Según el cardenal Polus, que vió a una de las duquesas de Medinaceli levantarse de la cama, esta se hacía poner las medias por un orangután. Estos monos, ascendidos en categoría, eran el contrapeso de los hombres brutalizados y bestializados; esta promiscuidad del hombre y del hombre, que buscaba la aristocracia, estaba especialmente subrayada por el enano y el perro; el enano no dejaba nunca al perro por el enano y el perro; el enano no dejaba nunca al perro, que era más grande que él; eran dos colores unidos; esta justa posición consta por una infinidad de documentos domésticos, particularmente por el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y esposa de Carlos I.

Degradar al hombre conduce a hacerle deforme, y la supresión del estado, se completaba por medio de la desfiguración; algunos vivisectores de esos tiempos, llegaron

voz; vosotros lo oís y permanecéis mecánicamente amables. Por otra parte, si estáis enfermo, vuestros señores os envían el médico, pero no el suyo; en ocasiones se informan; no siendo de la misma especie que vosotros, y estando de su parte lo inaccesible, ellos son amables; a fuerza de desdeño son corteses. En la mesa os hacen un imperceptible signo de cabeza; algunas veces saben la ortografía de vuestro nombre, y os hacen conocer que son vuestros protectores, hollando suavemente vuestra delicadeza y vuestra susceptibilidad. ¡Son tan bondadosos!

XVII.—LA EXPLOTACION DE LOS DESGRACIADOS POR LOS DICHOSOS

El pueblo tiene necesidad de reir y los reyes también. Es preciso que las calles tengan su titiritero y los palacios su bufón; el primero se llama Turlupín y el segundo Triboulet.

Los esfuerzos que hace el hombre para proporcionarse alegría, son muchas veces dignos de la atención del filósofo.

Han existido y existen aún, niños destinados a servir de juguetes a los hombres. En las épocas ingenuas y feroces, estos niños constituían una industria especial. El siglo diez y siete, llamado gran siglo, fué una de esas épocas. Fué un siglo muy bizantino; tuvo la ingenuidad corrompida y la ferocidad delicada, curiosa variedad de civilización. Era un tigre sonriendo. Era madame Sevigné, haciendo melindres a propósito de la hoguera y de la rueda. Explotó en grande escala a los niños, los historiadores, adulaladores de aquel siglo, han ocultado esta llaga, pero dejando ver el remedio, que fué Vicente de Paúl.

Para conseguir hacer del hombre un juguete, es preciso trabajarlo cuando es tierno; de enano se forma cuando es pequeño. Un niño derecho no divierte, pero un jorobado sí. De esto nació un arte que tuvo cultivadores,

cogiendo al hombre y convirtiéndole en aborto, cogiendo una cara, convirtiéndola en mascarón; tasaban el crecimiento y petrificaban la fisonomía. Esta producción artificial de casos teratológicos, tenía sus reglas, era toda una ciencia. Era una ortopedia en sentido inverso; en donde Dios colocó la mirada, este arte ponía el estrabismo; donde Dios puso la armonía, se establecía la deformidad; donde Dios imprimió la perfección, se restablecía el bosquejo; pero el bosquejo, para los inteligentes en este arte, era la perfección; también reformaban a los animales. La Naturaleza es nuestro cañamazo, y el hombre, que siempre quiere añadir algo a la obra de Dios, retoca la creación, unas veces para mejorarla y otras para empeorarla. El bufón de la corte no era más que un ensayo, para hacer retrogradar al hombre hasta el mono; progreso hacia atrás; al mismo tiempo tratábase de convertir el mono en hombre. La duquesa de Cleveland, condesa de Southampton, tenía por paje un mono muy pequeño; en casa de Francisca Lutton, baronesa Dudley, un mico servía el thé, al que Dudley llamaba *mi negro*; Catalina Sidley, condesa de Dorchester, iba al Parlamento en una carroza blasonada, detrás de la cual iban de pié tres papiones de gran librea. Según el cardenal Polus, que vió a una de las duquesas de Medinaceli levantarse de la cama, esta se hacía poner las medias por un orangután. Estos monos, ascendidos en categoría, eran el contrapeso de los hombres brutalizados y bestializados; esta promiscuidad del hombre y del hombre, que buscaba la aristocracia, estaba especialmente subrayada por el enano y el perro; el enano no dejaba nunca al perro por el enano y el perro; el enano no dejaba nunca al perro, que era más grande que él; eran dos colores unidos; esta justa posición consta por una infinidad de documentos domésticos, particularmente por el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y esposa de Carlos I.

Degradar al hombre conduce a hacerle deforme, y la supresión del estado, se completaba por medio de la desfiguración; algunos vivisectores de esos tiempos, llegaron

a borrar bastante bien de la faz humana, la efigie divina. El Doctor Conquest, miembro del Colegio de Amen-Street y visitador jurado de los establecimientos químicos de Londres, escribió un libro sobre esta quirurgía a la inversa, presentando su manera de proceder. Según Justus de Carrik-Fegus, el inventor de esta quirurgía, fué un monge llamado Aven-More, nombre irlandés que significa Gran Río.

El enano del elector palatino Perkeo, que en la caverna de Heidelberg, salía de una caja para dar sorpresas, era un notable *specimen* de esta ciencia, muy variada en sus aplicaciones; ella formaba seres cuya ley de existencia era monstruosamente sencilla; les permitía sufrir y les mandaba divertir a los demás.

La fabricación de mónstruos se practicaba en grande escala comprendiendo diversidad de géneros. El Sultán y el Papa, los necesitaban, este para elevar sus preces y aquel para guardar sus mujeres; constituían un genero aparte, que por sí mismo no podía reproducirse; estos seres casi humanos, eran útiles para la voluptuosidad y para la religión. El serrallo y la capilla Sixtina consumían la misma especie de mónstruos, con la sola diferencia, que los del primero eran feroces, los de la segunda mansos.

Esa época producía obras que ahora no se producen, tenía un talento del que hoy carecemos, y por esto hay quien cree que estamos en decadencia. Hoy no se sabe esculpir en plena carne humana, y por eso el arte de los suplicios se pierde; esa época era aficionada a este género; hoy no existe tal afición, y dicho arte se ha simplificado hasta el punto en que quizás pronto desaparecerá del todo. Cortaban miembros a los hombres vivos, les abrían el vientre, les cortaban las vísceras, se estudiaban prácticamente los fenómenos y se hacían descubrimientos; hoy es preciso renunciar a ellos y privarnos del progreso, en que el verdugo impulsaba a la cirugía.

La vivisección de entonces, no se limitaba a confeccionar fenómenos para las piezas públicas, bufones para los palacios, especies aumentativas del cortesano y eunucos para los sultanes y los papas; uno de sus triunfos, fué hacer un gallo para el rey de Inglaterra.

Era costumbre que en el palacio del rey de Inglaterra hubiesen siempre una especie de hombre, que por la noche cantase como el gallo; este vigilante, que estaba en pié mientras todos dormían, rondaba el palacio, lanzando de hora en hora un cacareo de corral, que lo repetía tantas veces como horas pregonaba, supliendo a una campana; para promover en gallo a este hombre fué preciso hacerle sufrir en su infancia, una operación en la laringe que se halla descrita en el arte del doctor Conquest; pero en el reinado de Carlos II, habiendo disgustado a la duquesa de Portsmouth una salivación, consecuente de aquella operación, para que el brillo de la corona no disminuyese, se conservó aquel empleo, pero se hizo que imitara el cacareo del gallo, un hombre que no estuviese mutilado, eligiéndose ordinariamente para ese honroso cargo, a un antiguo oficial, recibiendo por cantar, nueve libras, dos schellines y seis sueldos. Este funcionario en el reinado de Jacobo II se llamaba William Lampson Coq.

Si hemos de dar crédito a las memorias de Catalina II, aun no hace cien años que, cuando el Czar o su esposa estaban descontentos de algún príncipe ruso, le obligaban a acurrucarse en la gran antecámara de palacio, por un determinado número de días, mayando como un gato o cloqueando como una gallina que cobija a los polluelos y pica el alimento.

Si estas modas han pasado, no pasaron del todo, pues los cortesanos que cloqueaban por agradar, en la actualidad modifican un poco la entonación, y algunos recogen del suelo, sinó del fango, lo que comen. Como los reyes no pueden equivocarse, sus contradicciones no embarazan jamás; aprobando sin cesar sus actos y palabras, con seguridad se tiene razón, lo cual es muy agradable. Luis XIV no hubiera consentido ver en Versalles, a un oficial imitar al gallo ni a un príncipe al pavo; lo que en Inglaterra y en Rusia realzaba la dignidad real e imperial, a Luis el Grande le hubiera parecido incompati-

ble con la corona de San Luis; sabido es el disgusto que tuvo cuando madama Enriqueta, contó haber visto en sueños una gallina; inconveniencia grave en tan distinguida persona de la corte. Cuando se vive en Palacio, no se debe soñar en corrales. Recuérdese que Bossuet participó del escándalo del reinado de Luis XIV.

Los comprachicos, o comprapequeños, constituían una extraña y repugnante asociación nómada, famosa en el siglo diez y siete, olvidada en el diez y ocho y desconocida en el diez y nueve. Para la penetrante mirada de la historia, que abarca los conjuntos, los comprachicos se relacionan con el inmenso hecho de la esclavitud; Josef, vendido por sus hermanos, es un capítulo de esa leyenda. Los comprachicos han dejado su sello en las legislaciones penales de España y de Inglaterra. Los comprachicos compraban y vendían a los niños, pero no los robaban; el robo de niños constituía otra industria; compraban los niños; trabajaban un poco esta primera materia y la revendían.

Los vendedores eran de todas clases, desde el padre pobre de solemnidad que se desembarazaba de su familia, hasta el señor que utilizaba su ganado; vender a los hombres era entonces muy natural, en nuestros días se ha combatido por sostener este derecho. Hace menos de un siglo que necesitando el rey de Inglaterra hombres para que se los matasen en América, compraba al elector Hesse, sus vasallos; el rey acudía a casa del elector a comprar carne como a casa de un carnicero, porque dicho elector disponía de carne de cañón. Cuando Jeffrys mandaba en Inglaterra, después de la trágica aventura de Monmouth, decapitaron y descuartizaron a muchos señores y gentiles hombres y las esposas e hijas de las víctimas, viudas y huérfanas, fueron entregadas por Jacobo II, a la reina, su mujer, quien las vendió a Guillermo Penn, de cuya venta seguramente el rey participó de alguna remesa y del tanto por ciento; pero lo que asombra no es que Jacobo II vendiese aquellas mujeres, sino que Guillermo Penn las comprase; y solamente esta venta se explica, porque teniendo Penn

un desierto para sembrar de hombres, necesitaba mujeres. pues, formaban parte de sus herramientas; ellas proporcionaron un buen negocio a la reina, pues que las jóvenes se vendieron muy caras y Penn consiguió duquesas viejas muy baratas.

Los comprachicos estuvieron largo tiempo semi ocultos. En el orden social hay muchas veces una penumbra que favorece a las industrias indignas y viven en ella.

En el reinado de los Estuardos los comprachicos no fueron mal vistos en la corte, y en caso necesario, se servía de ellos la razón de Estado. Para Jacobo II casi fueron un *instrumento real*; en esta época, se truncaban las familias encumbradas y refractarias, se procedía con rigor en las filiaciones y bruscamente se suprimían los herederos; a veces se frustaba una rama en provecho de otra. Los comprachicos se distinguían en desfigurar al que la política les recomendaba; desfigurar vale más que matar. Podía también utilizarse la máscara de hierro, pero este era un mal medio, porque no puede poblarse la Europa de máscaras, y esta puede además arrancarse; la de carne, no, y es más verosímil ver recorrer las calles volatineros deformes; los enmascaran para siempre; con el propio semblante, y esto es muy ingenioso.

Los comprachicos trabajaban el hombre, como los chinos el árbol, tenían sus secretos y se han perdido; hacían desmedrar caprichosamente al sér que salía de sus manos y quedaba ridículo, trabajaban con tanto talento al niño que ni su mismo padre le reconocía; a veces dejaban recta la columna dorsal, pero rehacían la cara, quitaban a un niño la marca, como se quita a un pañuelo.

Los productos destinados a ser volatineros, tenían las articulaciones hábilmente dislocadas, parecía que habían quedado sin huesos, saliendo de estos los gimnastas.

Los comprachicos no solamente desfiguraban el rostro de los niños, sino que les quitaban toda la parte de memoria que podían; el niño no tenía conciencia de la mutilación sufrida; la espantosa cirujía dejaba huellas en el rostro, pero no en el espíritu; lo más que el niño re-

cordaba era, que unos hombres le habían cogído, que se durmió y que le curaron; ignoraba de qué le habían curado, no acordándose de las quemaduras del azufre y de las incisiones del hierro. Durante la operación, los comprachicos adormecían al niño con unos polvos especiales que pasaban por mágicos y que suprimían el dolor. Estos polvos han sido siempre conocidos en la China y todavía se emplean. La China se apoderó antes que nosotros de algunas invenciones, como la imprenta, la pólvora, la aerostación y el cloroformo, pero los descubrimientos que en Europa nacen, crecen y se esparcen en seguida, convirtiéndose en prodigios y maravillas, permanecen en embrión en la China y allí se conservan muertos. La China es un bocal de fetos.

En todos tiempos la China ha ejercido la industria de modelar al hombre vivo. Toman un niño de dos o tres años y lo meten en una vasija de porcelana más o menos caprichosa, sin cubrirla ni fondo, para que puedan pasar la cabeza y los piés; durante el día ponen la vasija en pié y la acuestan por la noche para que el niño pueda dormir; de este modo el niño engruesa, y la carne comprimida y los huesos recorcidos, llenan todas las prominencias de la vasija. Tal aumento dentro de la botella dura muchos años, y es irremediable en un instante dado; cuando se considera suficiente y se cree que ya está formado el mónstruo, se rompe la vasija y sale el niño, obteniéndose un hombre de la figura de un cacharro. Sistema cómodo, que permite encargar con anticipación, un enano de la figura que se desee.

Jacobo II toleró a los comprachicos, porque más de una vez los utilizaba. Lo que se desprecia no se desdeña siempre. Esta baja industria, es algunas veces expediente magnífico para la industria alta llamada política, voluntariamente permanecía en miserable estado, pero no era perseguida; aunque cuando era útil se la prestaba cierta atención, no se vigilaba; la ley cerraba un ojo y el rey abría otro.

Algunas veces el rey confesaba su complicidad en las audacias del terrorismo monárquico; aquel a quien

querían desfigurar la flordelisaban, quitándole la marca de Dios e imprimiéndole la marca del rey. Jacobo Artley, caballero y baronet, señor de Melton, condestable en el condado de Norforlk, tuvo en su familia un hijo vendido, a quien el comisario vendedor imprimió en la frente una flor de lis, por medio del hierro candente; cosa que se hacía, en ciertos casos, si se intentaba probar con razones, el origen real de la nueva situación del niño; Inglaterra utilizaba la flor de lis para sus usos personales.

Con la sola diferencia que separa una industria de un fanatismo, los comprachicos eran análogos a los extranguladores de la India; vivían entre ellos a banduras, eran charlatanes por pretexto, pues así circulaban más fácilmente, acampaban por todas partes, eran graves y religiosos, sin tener ningún parecido a los otros nómadas; eran incapaces de robar. Durante mucho tiempo el pueblo les confundió, equivocadamente, con los moriscos de España y los de la China, los primeros eran monederos falsos y los segundos tramposos y estafas; los comprachicos no tenían ninguno de estos defectos; eran gente honrada, a pesar de cuanto se diga, eran sinceramente escrupulosos; empujaban una puerta, entraban, compraban un niño, abonaban el precio y se lo llevaban.

Cot el nombre común de comprachicos, fraternizaban los ingleses, los franceses, los castellanos, alemanes e italianos, era uno mismo su pensamiento, la explotación en común del mismo negocio. En esta fraternidad de bandidos, los de Levante representaban al Oriente, los de Poniente al Occidente; los vascos conversaban con los irlandeses, pues ambos se comprenden, por hablar el antiguo dialecto, púnico y por las íntimas relaciones de la Irlanda católica con la católica España, relaciones tan íntimas, que hicieron se ahorcara en Londres a un casi rey de Irlanda, lord de Luany; hecho que produjo el condado de Letrim.

Los comprachicos, más que un pueblo, constituían una asociación y más que una asociación, un residuo, se formaba de toda la indigencia del universo, practicando

como industria un crimen; era una especie de arlequín compuesto de toda clase de harapos; afiliar un hombre a él, era coserle un pedazo.

La ley de su existencia era la vida errante, y como que el que solo vivé de la tolerancia no puede echar raíces, los comprachicos unas veces aparecían y otras desaparecían; hasta en los reinos en los que su industria era provechosa de las cortes, y en caso necesario, auxiliar del poder real, eran tratados ásperamente, que si los reyes utilizaban su arte, echaban a galeras a los artistas; inconsecuencias que constituyen el vaivén del capricho real, porque se las consiente. Los comprachicos eran pobres pudiendo exclamar como aquella bruja pobre y andrajosa, al ver encender la hoguera donde iban arrojarla.—*Lo que van a quemar no vale tanto como la candela*—tal vez sus jefes, los empresarios del comercio de niños en grande escala, que eran desconocidos, serían ricos, pero esto nunca será fácil aclararlo. Los comprachicos eran una afiliación, que tenía sus leyes, su juramento y sus fórmulas y casi casi su cábala.

En Inglaterra las leyes contra los vagabundos han sido siempre muy rigurosas; uno de sus estatutos califica al hombre sin domicilio, de «más peligroso que el áspid, el dragón, el lince y el basilisco». Por lo mismo que la la ley inglesa toleraba al lobo aprisionado y doméstico convertido en perro, toleraba asimismo al vagabundo que se hacía su vasallo; no molestaba ni al saltimbanqui, ni al barbero ambulante, ni al físico, ni al buhonero, ni al sabio al aire libre, porque tenían un oficio para vivir; aparte de esto y de algunas excepciones, la clase de hombre libre que en el hombre errante se encierra, daba miedo a la ley; un hombre de paso era un enemigo público posible; tener rostro sospechoso, estar dotado de ese no sé qué, que todo el mundo adivina y que nadie sabe definir, bastaba para que la sociedad preguntase a un hombre dónde vivía y qué oficio tenía, si no contestaba satisfactoriamente, se le imponían duras penalidades; pues entonces el hierro y el fuego, estaban en el código y la ley cauterizaba la vagancia.

Los comprachicos no tenían nada de común con los egipcios; estos constituían una nación, aquellos eran un compuesto de todas las naciones, un residuo, una cubeta de aguas inmundas. Los comprachicos no poseían, como los egipcios, idioma único y peculiar, su jerigonza era una promiscuidad de idiomas; su lengua estaba formada por todas las lenguas mezcladas; con los egipcios, acabaron por ser un pueblo que serpentea por entre los otros pueblos, pero que, en vez de la raza, su lazo común era la afiliación. En todas las épocas de la historia, en la vasta masa líquida de la humanidad, se han manifestado arroyos de hombres venenosos fluyendo aparte y envenando a su alrededor; los egipcios eran una familia, los comprachicos eran una francmasonería, con la gran diferencia de que esta, se halla establecida para conseguir un fin humanitario, y la de los comprachicos se constituía para crear una industria repugnante; los egipcios eran paganos y los comprachicos cristianos a macha martillo, como convenía a una afiliación, que aunque esparcida por todos los pueblos, nació en España país devoto. No sólo eran cristianos, sino católicos; y no sólo católicos sino romanos, tan obstinados en su fe, que se negaron asociarse con los nómadas húngaros de Pesth, que conducía y mandaba un anciano que llevaba un bastón con un puño de plata, sobre el que ostentaba el águila de Austria de dos cabezas, y sus húngaros eran cismáticos, hasta el extremo de celebrar la Asunción el 27 de agosto, lo cual es abominable.

Jacobo II, hombre fervoso, que persiguió a los judíos y a los egipcios fué para los comprachicos un buen príncipe; ellos compraban la carne humana que el rey les vendía; sólo se juntaban para verificar desapariciones, que de vez en cuando necesitaba la salud del Estado; al heredero, incómodo y de poca edad que tomaban por su cuenta, le hacían perder en muy poco tiempo la forma, a fin de facilitar las confiscaciones; así quedaban simplificadas las transferencias de los señoríos a los favoritos; además los comprachicos eran discretos y callados y cumplían su palabra si prometían guardar silen-

cio, cualidades necesarias en los asuntos del Estado; por esto que, casi no hubo ejemplo alguno de haber vendido los secretos del rey; si bien que callaban por su propia conveniencia, porque si de ellos hubiese desconfiado el rey, se hubieran visto en inminente peligro; eran, pues, bajo el punto de vista político, un resorte y además proveían a Su Santidad de cantores.

Los comprachicos eran útiles para el *miserere* de Allegri y particularmente eran devotos; lo cual halagaba al papismo de los Estuardos y Jacobo II no podía ser hostil a aquellos hombres religiosos que profesaban devoción a una Virgen, hasta el punto de fabricar eunucos. En 1688 cambió Inglaterra de dinastía; la casa de Orange suplantó a la de Stuart; Guillermo III reemplazó a Jacobo II, que fué a morir en el destierro y haciéndose milagros en su tumba, sus reliquias curaron una fístula al obispo de Autún; digna recompensa de las virtudes cristianas de este príncipe.

Guillermo no tenía las ideas ni las prácticas de Jacobo; y fué severo con los comprochicos, poniendo gran voluntad para reventar a tamañas sabandijas. Un estatuto de los primeros tiempos de Guillermo y de María, hirió rudamente a los comprachicos, les dió tal golpe de maza que desde entonces quedaron pulverizados. Dicho estatuto prevenía que a los que perteneciesen a aquella afiliación, se les marcaría con un hierro candente, en las espaldas una R, en la mano izquierda una T, y en la derecha una M; la R, significaba *roque*, indigente; la T, *thief*, ladrón; y la M, *manslagy*, esto es asesino. Los presuntos jefes ricos, aunque en apariencia pordioseros, debían ser castigados con el *collistrigium*, o sea la picota, marcándoles una P. en la frente, arrancando los árboles de sus bosques y confiscándoles sus bienes; los que se negaban a denunciar a los comprachicos eran castigados con la confiscación y la prisión perpetua, a las mujeres que se encontraban con los comprachicos, se las castigaba con el *cucking-stool*, pena que en Inglaterra hoy se impone a las mujeres pendencieras; el *cucking-stool*, consiste en una trampa que forma una especie

de silla en la que hacen sentar a la mujer, cuya trampa se suspende en un rio o estanque, dejando caer la silla en el agua, la sacan y la vuelven a introducir, hasta dar con ella tres sacudidas a la mujer que se castiga, tal vez «para refrescar su cólera» como dice Chamberlayne.

Esa ley protectora de la infancia, dió un primer resultado extraño: el súbito abandono de los niños; ese estatuto penal produjo una multitud de niños encontrados, de niños perdidos, y se comprende; porque cualquier partida nómada que llevase un niño era sospechosa, sólo la presencia de un muchacho la denunciaba; gentes que sólo eran pordioseras, pero que se veían obligadas a vagar y mendigar, pasaban por comprachicos aunque no lo fuesen, porque los débiles creen siempre, que la justicia comete todos los errores posibles y por otra parte las familias vagabundas son generalmente asustadizas; además, como a los comprachicos se reprochaba la explotación de los hijos agenos y son tales las promiscuidades de la penuria y la indigencia, que muchas veces era difícil a un padre y a una madre, probar que un niño suyo era su hijo; no podían probar que sus hijos les procedían de Dios; y como solos les era más fácil huir y el niño para ellos era un peligro, se desembarazaban de él, ya dejándolo en un bosque, en una playa, o dentro de un pozo. En las cisternas se encontraronahron ahogados muchos niños.

XVIII.—LA VIDA

Todas las cosas de la vida son una huida continuada delante de nosotros.

La vida es un drama extraño donde aullan mezclados lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo alto y lo bajo, ley cuyo poder sólo espira fuera de la creación.

La vida está hecha de manera que por todas partes sentimos el castigo.

La vida es una continuada pérdida de todo lo que se ama. Dejamos detrás de nosotros la huella de los dolores.

El destino nos atolondra con la proligidad de sufrimientos insoportables.

XIX.—LA JUVENTUD

La juventud es la época de las soldaduras fáciles y de las cicatrizaciones rápidas.

La juventud aun en medio de sus pesares tiene siempre luz propia.

La intrepidez de la juventud se compone en gran parte de la falta de experiencia.

XX.—LA VEJEZ

Envejecer es lo mismo que fijarse en decreciente claridad.

La caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza, son las cuatro esquinas de la vejez.

El hombre viejo es una ruina que piensa.

XXI.—LA AGONIA

En la agonía acontece que los tigres lamen el crucifijo. Cuando se entreabre la puerta sombría, creer es difícil, pero no creer es imposible. Por imperfectos que sean los diversos bosquejos de religión adoptados por el hombre, hasta cuando es informe la creencia, hasta cuando el contorno del dogma no se adapta bien a los lineamientos de la eternidad entrevista, hay siempre en el alma un estremecimiento en el minuto supremo. Algo que empieza después de la vida, hace presión en la agonía.

La agonía es un plazo, y en ella sentimos en nosotros la responsabilidad difusa; lo que fué complica lo que que se percibe en el relámpago. Todo y después nada. Se ve y ya no se ve. Después de la muerte se volverán abrir los ojos, y lo que fué un relámpago se convertirá en un sol.

XXII.—LA MUERTE

Bajo la mortalidad social se desenvuelve la inmortalidad humana.

Un cadáver es una bolsa que la muerte revuelve y vacía, si en él existió un yo.

La muerte es la entrada en la gran luz.

Cuando la inmanencia deja sobre nosotros caer a plomo el cielo, el abismo, la vida y la tumba, y aparece patente, es cuando lo vemos todo inaccesible, prohibido y amurallado. No hay cerrojo tan fuerte, como el que nos presenta el infinito cuando se abre.

No se muere para dormir, sino para practicar desde mayor altura, lo que practica aquí abajo nuestra humilde esfera, se muere para practicarlo mejor.

Nosotros sólo poseemos el fin, el cielo tiene el medio. La muerte es un paso donde todo cambia para engrandecerse; en la tierra hay límites, hay expulsiones, allá arriba crecemos sin molestar al infinito, el alma puede ensancharse a su gusto y al perder el cuerpo se recobra el aspecto verdadero.

Los muertos son seres vivos mezclados en nuestros combates que unas veces tienen por blanco el bien, otras el mal, en ocasiones oímos silbar sus invisibles flechas.

Hay una dilatación del pensamiento propia de la aproximación de la tumba, al estar cerca de la muerte hace que se vea la verdad.

La tumba es una prolongación sublime, se asciende a ella, con la sorpresa de haber creído que se iba a caer dentro.

La muerte es una cesación que no exceptúa a ningún miembro; cuando llega la noche nadie puede conservar un pedazo de día. La perdición de un navío no es indiferente a ningún pasajero; si estos naufragan las olas tragan a aquellos. El abismo no perdona a nadie.

XXIII.—LA MUJER

La mujer tiene en su corazón dos gérmenes que llenan toda su vida, la coquetería y el amor.

Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo y a veces se hieren.

La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón que es infalible.

Nadie puede decir cosas tiernas y profundas a la vez, como una mujer. Dulzura y profundidad; he ahí la mujer, he ahí el cielo.

La extremada sencillez linda con la extremada coquetería.

La mujer que sabe que es hermosa pierde la gracia de ignorarlo.

Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para teñir en cierto modo el humor de toda una asamblea de mujeres bellas, basta la llegada de otra más bella, sobre todo cuando no hay más que un hombre.

La mujer muchas veces da el corazón y el hombre toma el cuerpo.

Una de las magnanimidades de la mujer es ceder.

El hombre mendiga, la mujer se vende.

La mujer a veces se convierte en conciencia.

La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y alegría, se parece a la nieve, se deshace al amor, que es su sol.

No hay nada más digno de adoración que una inocencia deslumbradora, y lleva en la mano, sin saberlo, la llave de su paraíso.

La joven es un fulgor de sueño, sin ser todavía una criatura. Su alcoba se oculta en la parte más sombría del ideal.

La mirada del hombre debe mostrarse más religiosa ante la virgen que sale del lecho, que ante la estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzar, debe convertirse en acrecentamiento de respeto.

Las horas de éxtasis, no son más que de un minuto.

El día que una mujer que pasa delante de nosotros, desprende luz al andar, estamos perdidos; es la que amamos. Ya no podemos hacer sino una cosa, pensar en ella con tal insistencia, que ella se vea obligada a pensar en nosotros.

La utilidad de ser mujer a la moda consiste en hacer salir de su esfera al género humano.

En los hombres a la moda hay cierta pedantería que complace a las mujeres; la coqueta y el pedante están muy cerca el uno del otro y se juntan invisiblemente para formar el fatuo.

Lo sutil se deriva de lo sensual; la gala afecta delicadeza; el gesto del disgusto sienta bien a la concupiscencia. La mujer encuentra defendida su parte débil por la casuística de la galantería, que hace las veces de los escrúpulos en las damas elegantes; es como una circunvalación que tiene paso; ellas afectan que las repugna y esto los proteje; consentirán quizás, pero primero desprecian y luego esperan.

Los retrocesos de dignidad en sentido inverso de nuestros vicios, nos conducen a los vicios contrarios; el exceso de esfuerzo que hace la mujer para ser casta la convierte en gazmoña. Estar demasiado segura de defenderse, indica secreto deseo de ser atacada.

La mujer desnuda es una mujer armada.

El contorno soberano de la hermosura es imperioso, y cuando saliendo de lo ideal se digna ser real, aproximarse a él, es funesto para el hombre.

La mujer tiene todas las flexibilidades del agua.

La mujer es arcilla que desea ser fango.

XXIV.—EL AMOR

El primer síntoma del verdadero amor, es en un joven, la timidez, y en una muchacha, la osadía. Son dos sexos que tratan de aproximarse tomando cada uno las cualidades del otro.

En las primeras luchas del primer amor, contra los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primeros obstáculos, la joven no se deja coger en ningún lazo que pueda descubrirla, el joven en todos.

Para los enamorados existe una manera de decir, que se parece mucho al buscar.

Si no hubiera alguien que amase se extinguiría el sol.

El amor es una respiración celestial del aire del Paraíso.

La vida es una larga prueba, una preparación inteligible para el destino desconocido. Este destino, el verdadero, principia en el primer escalón de la tumba. Entonces se le aparece algo y comienza a distinguir lo definitivo. Los vivos son lo infinito, lo definitivo no se deja ver más que de los muertos. Mientras esperáis, amad y padeced, esperad y contemplad. ¡Desgraciado el que no haya amado más que cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Procurad amar las almas y volveréis a encontrarlas.

El amor es como un árbol, crece por sí sólo, hunde profundamente sus reíces en todo nuestro sér, y muchas veces vive verde y lozano, en un corazón hecho trizas.

El amor es la vida, cuando no es la muerte, es cuna pero ataud también.

El amor no tiene términos medios, o pierde o salva.

«Hacer cumplidos» a quien se ama, es el primer modo de hacer caricias, es una prueba de audacia.

El cumplimiento obsequioso es como un beso al través del velo.

Lo que se dice en la gruta es el preludio de lo que ha de decirse en la alcoba.

El hombre que no ha dicho ni escuchado nunca las tonterías y pequeñeces de un corazón enamorado, es un imbécil o un perverso, porque no es la inocencia.

El todo de los enamorados es la nada.

El amor reemplaza casi al pensamiento; es una completa abstracción de todo lo demás; por eso no puede pedirse lógica a la pasión.

El amor verdadero es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba.

El amor verdadero se desespera y se encanta, por un

guante perdido o por un pañuelo encontrado y necesita la eternidad para sus sacrificios y sus esperanzas. Se compone a la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

El amor tiene niñerías, las otras pasiones tienen pequeñeces.

Es un error creer que la pasión cuando es pura y feliz, conduce al hombre en un estado de perfección; simplemente le conduce a un estado de olvido.

En tal situación el hombre se olvida de ser malo pero olvida también el ser bueno.

La pasión es tanto más tenaz cuanto es más ciega: nunca es más sólida que cuando no tiene conciencia de sí misma.

Morir por falta de amor, es la asfixia del alma.

Lo que el amor empieza sólo puede ser acabado por Dios.

El amor es la reducción del universo a un solo sér, la dilatación hasta Dios de un solo sér. Es la salutación de los ángeles a los astros.

Dios está detrás de todo, pero todo oculta a Dios, las cosas más negras, las criaturas son opacas. Amar a un sér es hacerse trasparente.

Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor. El amor es bastante poderoso para emplear a toda la naturaleza en sus mensajes.

El amor es una parte del alma misma. Es de la misma naturaleza que ella. Como ella es una chispa divina, como ella es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal e infinita, a la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta la médula de los huesos, y se la ve brillar hasta en el fondo del cielo.

Dios no puede añadir nada a la dicha de los que se aman, más que la duración sin fin. Una eternidad de amor, después de una vida de amor, es un aumento en efecto, pero acrecentar en su intensidad misma la felicidad infalible que el amor da al alma desde este mundo, le es

imposible a Dios mismo. Dios es la plenitud del cielo, el amor es la plenitud del hombre.

La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que desvanece las tinieblas.

La memoria es el tormento de los celos.

El amor se trueca en aborrecimiento a presencia del mal. Muchas veces el amor se convierte en virtud a asemejarse a la locura.

Amar o haber amado, esto basta. No pidáis nada luego. No se puede encontrar otra perla en los pielagos tenebrosos de la vida. Amar es el cumplimiento del más alto deber.

En el amor hay también costumbres en las que se concentra toda la vida. La reaparición del astro, es una costumbre del universo; la creación es una enamorada y su amante es el sol. La luz es una cariátide deslumbradora que contiene el mundo; todos los días, durante un minuto sublime, la tierra, cubierta por la noche, se apoya sobre el sol que se levanta.

Por puro que sea el hombre joven que sueña en el amor, el espesor de la carne acaba siempre por interponerse entre él y los sueños; las intenciones pierden su trasparencia, lo inconfesable que la naturaleza pide, penetra en la conciencia.

El amor llega a no querer demasiado paraíso; necesita la piel febricitante, la vida emocionada, el beso eléctrico e irreparable, los cabellos destrenzados, cariños con objeto. Lo sideral fatiga. Lo etéreo pasa. Exceso de cielo en el amor es exceso de combustible en el fuego, aviva la llama; y es porque el edén es Eva, y Eva era una hembra, la madre carnal, el vientre sagrado de las generaciones, el pecho de leche inagotable, la mecedora del mundo recién nacido; y el seno excluye las alas. La virginidad es la esperanza de la maternidad.

Al hombre enamorado, muchas veces debería llamársele poseído. Ser poseído por el diablo, es la excepción; ser poseído por la mujer, es la regla. Todos los hombres sufren esta alienación. No hay hechicera mayor que

una mujer hermosa. El verdadero amor debería llamarse cautividad.

El hombre queda prisionero en el alma y en la carne de una mujer; algunas veces, más en la carne que en el alma; el alma es la novia, la carne la querida. Se calumnia al demonio, atribuyéndole la tentación de Eva, cuando Eva fué la que tentó; la mujer lo atrajo; Lucifer pasaba tranquilo; vió a la mujer y se convirtió en Satán.

El instante en que se piensa en la desnudez es temible; entonces es posible resbalar hasta caer en la falta. ¡Qué oscuridades hay tras la blancura de Venus! El amor virginal sólo es una transición.

Los vicios tienen preparada en nuestro organismo una huella invisible, hasta cuando somos en apariencia inocentes y puros. Estar sin mancha no es estar sin defectos. El amor es una ley: la voluptuosidad es una red: en ella existe la embriaguez y la borrachera; la embriaguez consiste en desear una mujer, y la borrachera, en desearlas todas.

Dios enciende el fuego del amor, poniendo a la mujer debajo, al diablo en medio y al hombre arriba, y encendiendo un fósforo, esto es, una mirada, arde todo.

El corazón se satura de amor como una sal divina que le conserva, y por eso existe la incorruptible adherencia de los que se aman desde el alba de la vida y la frescura de los amores antiguos y prolongados. El embalsamamiento del amor existe. De Dafne y Cloe se formaron Filemón y Baucis.

XXV.—LAS NOCHES DE BODA

En el humbral de las noches de boda, hay un ángel en pié, sonriendo con el dedo sobre los labios.

El alma se anega en la contemplación ante ese santuario, donde se celebra el amor.

Debe haber resplandores sobre tales moradas. El goce que encierran debe escaparse a través de las piedras de los muros, convertidos en claridad; e irradiar vagamente en las tinieblas. Es imposible que esta fiesta, sagrada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y fatal, no eleve un rayo celeste al infinito. El amor es el crisol donde se verifica la fusión del hombre y de la mujer; el sér uno, el sér trino, el sér finar; la trinidad humana sale de él. Ese nacimiento de dos almas en una, ha de ser forzosamente una emoción para la sombra. El amante es sacerdote, la virgen enagenada se asombra. Y algo de ese gozo llega hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir amor, entra el idealismo.

Un lecho nupcial es un fulgor de aurora en las tinieblas. Si fuese dado a la pupila de carne percibir las visiones, terribles y agradables de la vida superior, es probable que veríamos las formas de la noche, los desconocidos alados, los caminantes azules de lo invisible, inclinarse, en multitud de cabezas sombrías, alrededor de la casa luminosa, satisfechos, benditos, mostrándose unos a otros, a la virgen esposa dulcemente asombrada, y ostentando el reflejo de la felicidad en sus rostros divinos. Si en tan suprema hora, deslumbrados los esposos por el deleite, y creyéndose solos, escuchasen, oirían en su cuarto un aleteo confuso. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. La oscura y reducida alcoba tiene todo el cielo por techo.

Cuando dos bocas, consagradas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que sobre aquel beso inefable, no se realice un estremecimiento en el mistério inmenso de las estrellas.

Estas felicidades son las verdaderas. No existe el goce fuera de estos goces. El amor es el único éxtasis. Todo lo demás llora.

XXVI.—LA PROSTITUCION

La suprema miseria es siempre ocasión de obcenidades.

La prostitución es la esclavitud de los tiempos modernos que sólo pesa sobre la mujer.

La historia de una prostituta muchas veces significa la Sociedad, comprando una esclava a la miseria.

LAS CREENCIAS

I

El cenobitismo es un problema humano.

Erigir un sentido de que carecemos en origen de verdad, es una razón de ciego.

La religión ha degenerado tanto, que la balanza que antes servía en Holanda para pesar brujos, en la actualidad, sirve para pesar quesos.

V. H.

I.—LA RELIGION

La religión no basta para aquel a quien atormenta la conciencia y no quiere arrepentirse, la memoria del mal que ha causado, por más que dé crédito a impotentes expiaciones, vive sin cesar en él, junto a la idea del mal que va a hacer, pues siempre acude a nuestra mente lo que se ha meditado largo tiempo, y el crimen cuando ha sido un deseo o una esperanza, se convierte así mismo en un recuerdo.

En el siglo XIX la idea religiosa está pasando por una grave crisis.

Las falsificaciones del pasado toman falsos nombres y se llaman a sí mismas porvenir.

Lo pasado tiene su fisonomía, la superstición; y un antifaz, la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

Tenemos el deber de trabajar en pro del alma humana, defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprensible y rechazar lo absurdo, no admitir como inexplicable más de lo necesario, sanear la creencia, separar la superstición de la religión, limpiar de gusanos la idea de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y fatal, no eleve un rayo celeste al infinito. El amor es el crisol donde se verifica la fusión del hombre y de la mujer; el sér uno, el sér trino, el sér finar; la trinidad humana sale de él. Ese nacimiento de dos almas en una, ha de ser forzosamente una emoción para la sombra. El amante es sacerdote, la virgen enagenada se asombra. Y algo de ese gozo llega hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir amor, entra el idealismo.

Un lecho nupcial es un fulgor de aurora en las tinieblas. Si fuese dado a la pupila de carne percibir las visiones, terribles y agradables de la vida superior, es probable que veríamos las formas de la noche, los desconocidos alados, los caminantes azules de lo invisible, inclinarse, en multitud de cabezas sombrías, alrededor de la casa luminosa, satisfechos, benditos, mostrándose unos a otros, a la virgen esposa dulcemente asombrada, y ostentando el reflejo de la felicidad en sus rostros divinos. Si en tan suprema hora, deslumbrados los esposos por el deleite, y creyéndose solos, escuchasen, oirían en su cuarto un aleteo confuso. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. La oscura y reducida alcoba tiene todo el cielo por techo.

Cuando dos bocas, consagradas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que sobre aquel beso inefable, no se realice un estremecimiento en el mistério inmenso de las estrellas.

Estas felicidades son las verdaderas. No existe el goce fuera de estos goces. El amor es el único éxtasis. Todo lo demás llora.

XXVI.—LA PROSTITUCION

La suprema miseria es siempre ocasión de obcenidades.

La prostitución es la esclavitud de los tiempos modernos que sólo pesa sobre la mujer.

La historia de una prostituta muchas veces significa la Sociedad, comprando una esclava a la miseria.

LAS CREENCIAS

I

El cenobitismo es un problema humano.

Erigir un sentido de que carecemos en origen de verdad, es una razón de ciego.

La religión ha degenerado tanto, que la balanza que antes servía en Holanda para pesar brujos, en la actualidad, sirve para pesar quesos.

V. H.

I.—LA RELIGION

La religión no basta para aquel a quien atormenta la conciencia y no quiere arrepentirse, la memoria del mal que ha causado, por más que dé crédito a impotentes expiaciones, vive sin cesar en él, junto a la idea del mal que va a hacer, pues siempre acude a nuestra mente lo que se ha meditado largo tiempo, y el crimen cuando ha sido un deseo o una esperanza, se convierte así mismo en un recuerdo.

En el siglo XIX la idea religiosa está pasando por una grave crisis.

Las falsificaciones del pasado toman falsos nombres y se llaman a sí mismas porvenir.

Lo pasado tiene su fisonomía, la superstición; y un antifaz, la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

Tenemos el deber de trabajar en pro del alma humana, defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprensible y rechazar lo absurdo, no admitir como inexplicable más de lo necesario, sanear la creencia, separar la superstición de la religión, limpiar de gusanos la idea de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios manifiesta a los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos. Texto oscuro, escrito en una lengua misteriosa.

Son escasísimas las inteligencias que comprenden la lengua divina. Los hombres le traducen en seguida, y hacen traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos.

Las más sagaces, las más serenas, las más profundas, descifran lentamente; y cuando llegan con su texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública.

De cada traducción nace un partido, de cada contrasentido, una facción; y cada partido cree tener el único texto verdadero; y cada facción cree poseer la luz.

El cielo no desempeña el trabajo de los hombres; cada uno tiene su destino que cumplir y debe llenar su misión. Si el destino se muestra cobarde, a nosotros toca hostilizarlo con crudeza sin importunar al relámpago celeste, y para vencerlo debe contarse más con el rayo humano, que con un gran fenómeno del divino trueno.

Los libelistas de la Iglesia nos ofrecen a Dios en una diatriba, constituyendo por sí solos el sacerdote, el rautre y el escriba, cada uno de ellos introduce un grito de sagual en su credo, subraya su oración con un estoque, y puntúa sus oremus con mortífera bala. Su carne es flaca y su espíritu está pronto. Arrojan al acaso y a vanguardia la afrenta, así como el hisopo arroja el agua bendita. La sombría guardaña, según ellos, no va bastante aprisa y se les oye gritar al verdugo ¡holgazín! Les parece que la muerte necesita un suplente. La sangre acaba por producir efecto a los cretinos apoderándose el enternecimiento de esa clase de bípedos. Sin la espada (el mejor de los narcóticos) ninguna sociedad sale del paso. Así pues, lo mismo se puede ser escritor que trabucaire, se convierten en delegados del monarca, en vicarios del Papa, y en apoderados de la muerte, así como en embusteros, verdugos, perros de presa. Esos hombres ultrajan el llanto, la viudez, los sepulcros, blanquean los cuervos, ennegrecen las palomas, lapidan

una cuna protegida por un sudario, hieren a Dios en el pueblo y al niño en el abuelo, a los padres en los hijos, a los hombres en sus mujeres, creyéndose fuertes porque obran infamemente. El sangriento derecho divino, la horrorosa voluntad omnímoda, el vicio por sultán, el crimen por visir, para ellos el festín y las migajas para el pobre, la esperanza muerta, vuelta al terrible calabozo, he aquí su sueño dorado. Para ellos, las faltas de la humanidad son la Verdad, el Bien, lo Grande, lo Bello; su crimen consiste en la estrellada y profunda obra llamada Revolución, por medio de la cual renace el universo; esa segunda creación, que rehace al hombre después de Cristo, después de Cecrops, después de Japhet.

Si reinase el mal; si todo no fuera más que ruda labor; si tuviese que volver el pasado; si la negra agua vomitada fuese devuelta al hombre para beberla; si la noche pudiese afrentar al azul del firmamento; si nada fuese fiel ni seguro, Dios debería ocultarse avergonzado, la naturaleza sería una cobarde y lúgubre impostura, inútilmente resplandecerían las constelaciones.

A pesar de tantas edades terminadas la vieja ley de odio del género humano, es siempre la más fuerte, el evangelio constituye perennemente nuestra claridad, huye la luz del día, se desangra la paz, se ve proscrito el amor, y aun no ha sido desclavado Jesucristo.

El crucifijo, no representa otra cosa más que el asesinato de la sabiduría.

II.—EL SACERDOTE

El sacerdote no debe tomar nunca precauciones contra el prójimo. Lo que hace el prójimo, Dios lo permite.

La pesadilla del cura es la falta de dinero; un pido indigente espanta al santo que se escapa a toda prisa.

Un cura opulento es un contrasentido. El cura debe hallarse cerca de los pobres.

La primera prueba de caridad en casa del cura y en la del obispo, es la pobreza.

La verdadera caridad no consiste en dar, sino en comprender y perdonar.

III.—EL MONARQUISMO

Bajo el punto de vista de la historia, de la razón y de la verdad, el monarquismo queda condenado.

Los monasterios como institución y como manera de formar el hombre, fueron buenos en el siglo x, discutibles en el xv y son detestables en el xix.

Los monasterios cuando abundan en una nación, son obstáculos de la circulación, establecimientos embarazosos, centros de pereza, donde son necesarios centros de trabajo.

Las comunidades monásticas son a la gran comunidad social, lo que el murciélago es a la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y crecimiento significan la miseria del país.

El monaquismo es para la civilización, una especie de tisis. Detiene la vida. Despuebla simplemente.

IV.—EL CONVENTO

El convento es uno de los instrumentos ópticos dirigidos por el hombre al infinito.

Los conventos son condenados por la civilización y protegidos por la libertad.

El convento es una contradicción. Su fin es la salvación, su medio el sacrificio.

El convento es el supremo egoismo dando por resultado la abnegación suprema. Abdicar para reinar. Es una comprensión que para triunfar del corazón humano necesita durar toda la vida.

El convento es un serrallo de almas reservado a Dios. La monja es la odalisca, el sacerdote el eunuco, el crucificado es el sultán.

Quien dice convento dice pantano.

El convento, particularmente el antiguo convento de mujeres, es una de las más sombrías concreciones de la edad media.

Los antiguos conventos de España son madrigueras de

devoción terrible, antros de vírgenes, lugares tenebrosos.

Nada prepara a una joven para las pasiones como el convento; el convento encamina el pensamiento a lo desconocido.

El corazón replegado en sí mismo, se socava no pudiendo dilatarse y se profundaliza no hallando expansión.

De ahí provienen las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios enteros creados en la oscuridad interior del espíritu; sombrías y secretas moradas, donde las pasiones encuentran pronto donde alojarse, que luego abiertas las rejas, se les permite entrar.

V.—EL CLAUSTRO Y LA MONJA

El claustro es el punto de intersección de los terrores.

Claustración es como castración.

En el claustro se sufre para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en noche eterna de luz celestial. Acepta el infierno, como herencia anticipada sobre el cielo.

La vida del claustro no es la vida, porque no es la libertad, no es la tumba porque no es la plenitud, es el lugar extraño, desde donde se descubre como la cima de una alta montaña, a un lado el abismo en que vivimos y al otro el abismo en que iremos a parar; es la estrecha y tortuosa frontera que separa dos mundos, iluminado y oscurecido a un tiempo por los dos; y donde se confunden el rayo debilitado de la vida y el rayo de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En el claustro lo que se llama «El Gobierno» no es más que una intrusión en la autoridad, intrusión siempre discutible. Lo importante es la regla, en cuanto al Código ya se verá. Un príncipe no significa nada ante un principio.

Por más que no haya espejos en el claustro, las mujeres tienen conciencia de su fisonomía, y las jóvenes que se creen bonitas, no se dejan convencer fácilmente para ser monjas. La vocación voluntaria está en razón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas.

El destierro de la mujer en el claustro es una especie de protesta.

La toma del velo o de la cogulla, es un suicidio que se paga con la eternidad.

La cogulla y el velo no son más que dos sudarios de invención humana.

La monja o claustrada, no piensa, no quiere, no ama ni vive: Sus nervios son huesos, sus huesos son piedras.

Para educar el alma de una joven, todas las monjas del mundo no valen una madre.

VI. — LA IGLESIA Y EL PAPADO

. . . . . .

Esclavos y verdugos; vil montón de ceniza, con los héroes por tizones, paja que un soplo apaga y otro soplo enciende, acopio inmenso de generaciones que se para, que se extiende por un instante y luego se deshiza por entre la humareda.

Apenas si queda de ello algo negro.

Sus jefes van sin plan, y sus dioses no tienen norma fija, solamente con nombrarles, su historia es ya disforme; al carro armado, de hoces cortantes sucede el cañón rugiente; tronos, hogueras, arcos triunfales; atrevidos pórticos de mármol tallado, bajo los cuales se levantan las estatuas ecuestres de Césares y emperadores, ante cuyos resplandores, se asombran los hombres. Flujo de libertad seguido de un reflujo de sombras; ruido y odio, tal es la humanidad. La vida es noche, sólo la muerte es lúcida; al ver su impotencia, el espíritu se hiere con su escalpelo.

Los sentidos dirigen a la razón llamamientos obscenos, el vicio, ese insaciable parásito, causa de mil tormentos imposibles de preconcebir, se adhiere en la carne. El mal tienta al espíritu, y el espíritu titubea. La conciencia está ahí para guiar al hombre en el debate, pero habla

tan bajo que parece tiene miedo, y es que mira la indignidad, que el hombre convierte en victoria.

¡Esos creyentes furiosos y obcecados por la razón, en los cuales han hecho presa las garras de la esfinge romana y sobre quienes pesa el cetro vil de los hombres-dioses, llamados pontífices, que toman con cinismo el dictado de infatibles, insulto horrible a cuanto bien oculto o patente existe lo infinito o en lo eterno.

¡Infelices! no hay nada más triste que su ciega fe en la papista Roma. Roma, que durante el apogeo del águila, fué una atroz carnicería, bajo la cruz de Cristo es un vil mercado. ¿Cuál de entre Pedro o César es más feo? Al entrar en su agonía el imperio, Roma se dió al Papado. No hay historias más horrorosas que las de esos infalibles.

Juan fué un vampiro cuyas mordeduras no sanaban nunca; el espectro de Calixto fué maléfico y huraño; Urbano hizo morir a cinco curas reventándoles las venas; Gregorio usó la tea; Sixto el hacha; Bonifacio tuvo prole con sus sobrinas; Borgia, en Gomorra fué baldón del vicio y escándalo; Félix fué desastroso; Simplicio fementido; Inocencio condenaba a los hombres a la hoguera y Clemente los pasaba a degüello; Pío fué mercader del templo; Julio escarneció el ejemplo de Cristo, las ansias, las pasiones, el orgullo, la ambición, la ignorancia, se han dado cita en la Ciudad, todo va a parar allí; la impudicia alterna con el perjurio, el dolo festeja a la codicia, la felonía, ya oculta, ya descubierta hace alianza con el crimen y la disimulada hipocresía se concierta con el vicio.

Roma, complaciente mediadora, mercadera de almas, ríe y se prostituye con la tiara en la frente, y mientras Bruto se extremece y se exaspera de furor, y el luto cubre el rostro de Trajano, ellos lanzándose a esa Babel y creyéndola Sión, lo adoran todo; concubinatos, turpitud, injuria, veneno, fraude, degüello, inquisición, santos, fantasmas, reyes, extasiado el corazón y altivos del yugo siniestro.

Y después de todo esto, tener que convenir que desde el valle al monte, la tierra es el destrozo de esa maldad que se llama religión, de esos curas sin bondad, sin razón ni piedad, cuyo horizonte no es más que sombra.

MIRABEAU SEGUN VICTOR HUGO

¡En el año 1781 entablábase en Francia un serio debate en el seno de una familia entre un padre y un tio. Tratábase de un calavera de quien ya no sabia que hacer aquella familia. Fuera ya del primer período ardiente de la juventud, y sin embargo todavía sumergido enteramente en el frenesí de la edad más apasionada, abrumado de deudas, perdido de locuras, se había aquel hombre separado de su mujer, y arrebatando la de otro; había sido condenado a muerte y decapitado en efigie por este hecho, habiase fugado de Francia; y acababa de llegar de nuevo, enmendado y arrepentido, decía él, pidiendo entrar otra vez en su familia y volver a vivir con su esposa. Deseaba el padre esta concordia, esperando tener nietos y perpetuar su nombre, con la esperanza no obstante de ser más feliz como abuelo que como padre; pero el hijo pródigo tenía treinta y tres años. ¿Quién había de encargarse de enderezar la espina dorsal de un tal carácter? Originóse de ahí una gran controversia entre sus viejos e íntimos parientes. Queria el padre entregarl el tío, y el tío dejarlo al padre.

—Tómale, decía el padre.

—No: no, decía el tío.

—Demos desde luego por cierto, replicaba el padre, que este hombre nada vale, enteramente nada. Tiene gusto, charlatanismo, acción, turbulencia, atrevimiento en el mando, ni duro ni odioso, y a veces tiene dignidad. Y bien, todo esto no sirve más que para poner de manifiesto su inconstancia, su imprevisión; niño papagayo, hombre abortado, que no conoce lo posible ni lo imposible, ni el bien ni el mal estar, ni el placer ni la pena, ni el reposo ni la acción, y que desde el instante en que las cosas resisten se embraveco y se lanza. Pienso no obstante, que podria llegar a sér un excelente mueble tomado por el mango de la vanidad. Estoy seguro de que no se escaparía. Por mi parte no le escaseo los sermones.

—Héte aquí pues, contestaba el tío, merced a tu *manía* de posteridad, ocupado en regentar un pollito de treinta y tres años; cosa muy terrible es querer encargarse de tornear un carácter que se parece a un animal con muchas puntas y no ofrece asidero.

El padre insistía.

—¡Apiádate de tu sobrino! confiesa todas sus tonterías; pero es imposible tener más concepción y agudeza que él. Es un rayo para el trabajo y el despacho, bien mirado todo, no debes atender a la edad, y no es más raro ver a un hombre de sesenta y seis años como yo, aunque encanecido por las adversidades, lograr el cansancio de un joven con ocho horas de marcha y de gabinete, que el ver a un tonel hinchado y serio decir *papá* y no saber gobernarse. Tiene una inmensa necesidad de ser dirigido. El mismo lo conoce. Es necesario que le tomes a tu cargo. No ignora que siempre fuiste mi piloto y mi norte, y que debes continuar dirigiéndonos. Se envanece de ser tu sobrino. Te lo entrego.

—No, decía el tío; no ignoro que los sujetos de cierto temple saben por algun tiempo echarla de dóciles; y el mismo, cuando vivía a mi lado, se ponía como una tímida muchacha por poco que yo arrugase el entrecejo. Mas no quiero tenerle conmigo; ya no tengo edad ni de humor para luchar con lo imposible.

—¡Oh! ¡hermano! continuaba el anciano en tono de súplica, si esta criatura puede ser recosida, no puede serlo más que por tí. Tómale, sé para él bueno a la par que firme, y lo salvarás, y él será tu obra maestra. Que llegue a conocer que debajo un exterior severo y frío, habita el hombre mejor que jamás haya existido. Háblase al corazón: *tu es omnes spes et fortuna nostri nóminis*!

Y después de todo esto, tener que convenir que desde el valle al monte, la tierra es el destrozo de esa maldad que se llama religión, de esos curas sin bondad, sin razón ni piedad, cuyo horizonte no es más que sombra.

MIRABEAU SEGUN VICTOR HUGO

¡En el año 1781 entablábase en Francia un serio debate en el seno de una familia entre un padre y un tio. Tratábase de un calavera de quien ya no sabia que hacer aquella familia. Fuera ya del primer período ardiente de la juventud, y sin embargo todavía sumergido enteramente en el frenesí de la edad más apasionada, abrumado de deudas, perdido de locuras, se había aquel hombre separado de su mujer, y arrebatando la de otro; había sido condenado a muerte y decapitado en efigie por este hecho, habiase fugado de Francia; y acababa de llegar de nuevo, enmendado y arrepentido, decía él, pidiendo entrar otra vez en su familia y volver a vivir con su esposa. Deseaba el padre esta concordia, esperando tener nietos y perpetuar su nombre, con la esperanza no obstante de ser más feliz como abuelo que como padre; pero el hijo pródigo tenía treinta y tres años. ¿Quién había de encargarse de enderezar la espina dorsal de un tal carácter? Originóse de ahí una gran controversia entre sus viejos e íntimos parientes. Queria el padre entregarl el tío, y el tío dejarlo al padre.

—Tómale, decía el padre.

—No: no, decía el tío.

—Demos desde luego por cierto, replicaba el padre, que este hombre nada vale, enteramente nada. Tiene gusto, charlatanismo, acción, turbulencia, atrevimiento en el mando, ni duro ni odioso, y a veces tiene dignidad. Y bien, todo esto no sirve más que para poner de manifiesto su inconstancia, su imprevisión; niño papagayo, hombre abortado, que no conoce lo posible ni lo imposible, ni el bien ni el mal estar, ni el placer ni la pena, ni el reposo ni la acción, y que desde el instante en que las cosas resisten se embraveco y se lanza. Pienso no obstante, que podria llegar a sér un excelente mueble tomado por el mango de la vanidad. Estoy seguro de que no se escaparía. Por mi parte no le escaseo los sermones.

—Héte aquí pues, contestaba el tío, merced a tu *manía* de posteridad, ocupado en regentar un pollito de treinta y tres años; cosa muy terrible es querer encargarse de tornear un carácter que se parece a un animal con muchas puntas y no ofrece asidero.

El padre insistía.

—¡Apiádate de tu sobrino! confiesa todas sus tonterías; pero es imposible tener más concepción y agudeza que él. Es un rayo para el trabajo y el despacho, bien mirado todo, no debes atender a la edad, y no es más raro ver a un hombre de sesenta y seis años como yo, aunque encanecido por las adversidades, lograr el cansancio de un joven con ocho horas de marcha y de gabinete, que el ver a un tonel hinchado y serio decir *papá* y no saber gobernarse. Tiene una inmensa necesidad de ser dirigido. El mismo lo conoce. Es necesario que le tomes a tu cargo. No ignora que siempre fuiste mi piloto y mi norte, y que debes continuar dirigiéndonos. Se envanece de ser tu sobrino. Te lo entrego.

—No, decía el tío; no ignoro que los sujetos de cierto temple saben por algun tiempo echarla de dóciles; y el mismo, cuando vivía a mi lado, se ponía como una tímida muchacha por poco que yo arrugase el entrecejo. Mas no quiero tenerle conmigo; ya no tengo edad ni de humor para luchar con lo imposible.

—¡Oh! ¡hermano! continuaba el anciano en tono de súplica, si esta criatura puede ser recosida, no puede serlo más que por tí. Tómale, sé para él bueno a la par que firme, y lo salvarás, y él será tu obra maestra. Que llegue a conocer que debajo un exterior severo y frío, habita el hombre mejor que jamás haya existido. Háblase al corazón: *tu es omnes spes et fortuna nostri nóminis*!

—Nada, replicaba el tío. No diré que al fin y al cabo sea un crimen tan grande el que ha cometido. No tiene tanta importancia, que digamos. Una mujer joven y linda va a encontrar a un joven de veinte y seis años. Y ¿cuál es el joven que no recoge esa mercancía en su camino si se le viene a la mano? ¡Pero es un espíritu alborotado, orgulloso, insubordinado! ¡un temperamento malo y vicioso! ¿cómo encargarme de él? No hay duda que es seductor, que es el sol en su oriente; motivo de más para no exponerme a ser su víctima. Los jóvenes siempre tienen razón contra los viejos.

—No siempre pensaste así, respondía tristemente el padre.

—Sí, arguía el tío, y tu me decías: *cuidado*, desconfía de su pico dorado.

—¿Qué quieres pues que haga? exclamaba el padre, no sabiendo ya que responder. Eres sobrado juicioso para ignorar que no se arranca, uno, un hijo así como un brazo. Si fuera tan fácil, tiempo hace que estaría manco. A más de que, de otros mucho más débiles y locos se ha sacado partido. De modo que, hermano, no hay más remedio que guardarle tal cual es.

—No puedo aceptártelo. Es una locura el pretender que este hombre pueda servir para algo. Lo que convendría fuera enviarle, como dice su esposa, a los *insurgentes* a que le rompan la crisma. Tu eres bueno, tu hijo es malo y debieras advertir que Ciro y Marco Aurelio hubieran sido muy dichosos, con no tener ni a Cambises ni a Cómodo.

¿No recuerda esta lectura, aquellas hermosas escenas de alta comedia doméstica, en las cuales la gravedad de Moliére casi equivale a la grandeza de Corneille? Hay en Moliére algo de más sobresaliente en buen estilo y gran tono, algo de más profundamente humano y verdadero que esos dos imponentes ancianos a quienes el siglo XVIII parece haber olvidado en el XVIII, como dos nuestras de costumbres mejores? ¿No se nos presentan ambos preocupados y severos, acudir apoyados en sus largos báculos, recordándonos con su traje antes a Luis XIV

que a Luis XV, y Luis XIII más bien que Luis XIV? Este padre y este tío, son los dos tipos eternos de la comedia; son las dos bocas severas con que ella reprende, enseña y moraliza en medio de tantas otras bocas que no hacen más que reir.

Lo que hay de singular en el caso presente, es que la escena que acabamos de presentar es una cosa real, que este diálogo del padre y del tío se ha varificado textualmente por cartas que el público puede leer (1), es que sin saberlo los dos ancianos, en el fondo de sus graves contestaciones había uno de los hombres más grandes de la historia de Francia.

El uno de llama Víctor de Riquetti, marqués de Mirabeau. llamábase el otro Juan Antonio de Mirabeau, baílio de la orden de Malta. El pícaro del sobrino era Honorato Gabriel de Riquetti, llamado el *Huracán* por su familia en el año 1781, y hoy día por el mundo MIRABEAU.

De modo que para su familia era Mirabeau en el año 1781 un hombre abortado, una criatura dislocada, un sujeto que no sirve para nada, que merece ser enviado a que le rompan la crisma los *insurgentes*.

Diez años después, en el 1791 el día 19 de abril, todas las avenidas de una casa de la Chausée d'Antin en París estaban atestadas de un inmenso gentío. Aquel gentío estaba consternado, silencioso, profundamente triste. En aquella casa había un hombre que estaba agonizando.

Todo aquel pueblo inundaba la calle, el patio, la escalera y antesala. Muchos estaban allí hacia tres días Hablábase quedo y parecía que se temiera el respirar. Los que iban y volvían eran preguntados con ansiedad. Aquella muchedumbre era para aquel hombre lo que es una madre para su hijo. Los médicos habían perdido la esperanza.

A intérvalos circulaban boletines, que arrancados por mil manos se dispersaban en silencio, y se oían sollozos

(1) Véanse las memorias de Mirabeau Tomo III.— *(Nota del autor)*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mujeres. Exasperado un joven de dolor pedía en alta voz que se le abriese la arteria, ofreciendo la transfusión de su rica y pura sangre en las empobrecidas venas del moribundo.

Todas las personas, sin esceptuar las menos inteligentes parecian abatidas bajo la idea de que no era únicamente un hombre que fenecia, sino que quizá era un pueblo quien iba perecer.

Unico, era el objeto de las conversaciones de todo París.

Aquel hombre murió.

Pocos minutos después que el médico que estaba de pie a la cabecera de la cama hubo dicho: ¡ha muerto! levantóse de la silla el presidente de la asamblea nacional y dijo: ¡ha muerto! Tan rápidamente aquel grito fatal se había propagado por la ciudad. Uno de los primeros oradores de la asamblea; el señor Barréra de Vienzac se levantó llorando y se expresó como sigue, con voz entrecortada de sollozos: «Pido que la asamblea haga constar en el acta de este fúnebre día, el testimonio del pesar que la ha causado la pérdida de este grande hombre, y que en nombre de la patria sean invitados todos los miembros de la asamblea a asistir a su entierro.»

Un sacerdote, miembro de la derecha, exclamó:

«Ayer en medio de sus dolores hizo llamar al señor obispo de Antun, y entregándole un escrito que acababa de concluir sobre las sucesiones, le pidió como última prueba de amistad que tuviese la bondad de leerlo a la asamblea. Este es un deber sagrado. El señor obispo de Autun debe cumplir con el cargo de ejecutor testamentario del grande hombre que todos lloramos.

Tronchet, el presidente, propuso una diputación para el entierro. La asamblea contestó: ¡iremos todos!

Las secciones de Paris pidieron que se le enterrase «en el campo de la federación, bajo el altar de la patria.»

El directorio del departamento propuso darle por tumba la nueva iglesia de Santa Genoveva, y decretar que «aquel edificio sería de allí en adelante destinado a recibir los restos de los grandes hombres.»

En vista de estas proposiciones, exclamó el señor Pastoret, síndico general del común: «Las lágrimas que la pérdida de un grande hombre causa no han de ser estériles. Muchos pueblos antiguos encerraron en monumentos particulares a sus sacerdotes y a sus héroes. Aquel culto que ellos tributaban a la piedad y al valor, tributémosle nosotros al amor de la dicha y de la libertad de los hombres. Que el templo de la religión se convierta en templo de la patria, que el sepulcro de un grande hombre sea el altar de la libertad.»

La asamblea aplaudió.

Barnave dijo: «Ha merecido efectivamente los honores que debe la patria, a los que la han servido bien.»

Robespierre se levantó también y dijo: No es esta ocasión, cuando de todas partes se oye el pesar excitado por la pérdida de ese hombre ilustre, quién en las épocas más críticas desplegara tanto valor contra el despotismo, no es esta, repito, ocasión para oponerse a que se le confieran honorosas distinciones. Apoyo la proposición con todó mi poder, o mejor dicho con toda mi sensibilidad.

Aquel día no hubo en la asamblea nacional ni derechas ni izquierdas, y unánimamente se decretó:

«El nuevo edificio de Sta. Genoveva queda destinado a conservar los restos de los grandes hombres.»

«Sobre el frontispicio se grabarán estas palabras:»

A LOS GRANDES HOMBRES

LA PATRIA AGRADECIDA

«Sólo, el cuerpo legislativo determinará a que hombres se tributará este honor.»

«Honorato Riquetti Mirabeau queda declarado digno de recibir esta honra.»

Aquel hombre que acababa de morir era Honorato de Mirabeau. *El grande hombre de* 1791 *era el hombre abortado de* 1781.

De intento hemos reunido estas dos fechas, 1781 y 1791, observado las memorias y la historia, Mirabeau

antes y Mirabeau después; Mirabeau juzgado por su familia y Mirabeau juzgado por el pueblo. Hay en ese contraste un manantial inagotable de meditaciones. Como ha sido que ese demonio de una familia en el espacio de diez años ha llegado a ser el Dios de una nación?...

II

No se crea sin embargo, que desde el instante en que aquel hombre salió de su familia, para presentarse al pueblo fuese ya aceptado *dios* de repente y por unanimidad. No es este el curso de las cosas. Por el contrario, hasta la hora de su muerte nunca hubo hombre más comp[illegible]amente negado en todos sentidos que Mirabeau. Cuando acudió como diputado por Aix a los estados generales, a nadie causaba envidia. Oscuro, o mal reputado, poca inquietud causaba a los sujetos de renombre; feo y mal apuesto, los elegantes caballeros sonreían al mirarlo. Desaparecía su nobleza bajo un vestido negro, y su fisonomía bajo los señales de las viruelas. ¿A quién había de inspirar celos aquel aventurero infamado por la justicia, del mal cuerpo y peor cara, y a más de esto arruinado, a quien enviaba la gentecilla de Aix en un momento de fiebre y por inadvertencia probablemente, y sin saber por qué? Era un guarismo insignificante en el cálculo de las ambiciones que iban a luchar.

Lentamente, mientras iba aproximándose el crepúsculo vespertino de todas las cosas antiguas, hízose alrededor de la monarquía sombra bastante, para que el esplendor propio de los hombres revolucionarios empezase a ser visible. Mirabeau comenzó a brillar. Acudió entonces la envidia a este fulgor como acuden a una luz cualquiera todas las aves nocturnas. Desde aquel momento apoderóse la envidia de Mirabeau, y ya no le dejó más. Primero, cosa que parece extraña y no lo es, lo que ella le negó fué precisamente lo que constituye la verdadera corona de este hombre en la posteridad, su genio de orador. Senda es esta que la envidia siempre sigue, siempre arroja su puñado de cieno al mejor frontis del edificio.

A más de qué, es menester convenir en que la envidia era inagotable con razones respecto a Mirabeau. *Probitas*, el orador debe ser irreprochable, el señor de Mirabeau es reprochable por todos sentidos; *prestantia*, el orador debe ser bien hecho; el señor de Mirabeau es feo; *vox amena*, el orador debe tener la voz agradable; el señor de Mirabeau la tiene dura, seca, tronando siempre y no hablando jamás; *subrisus audientium*, un orador debe ser bien acogido por el auditorio, el señor de Mirabeau es aborrecido de la asamblea, etc., y de aquí concluían muchos muy pagados de sí mismos; *el señor de Mirabeau no es orador*.

Pero muy lejos de probarlo, lo que probaban estos argumentos era: que los Mirabeau no son previstos por los Cicerones.

No era, por cierto, orador según su modo de entender la oratoria, era orador según el mismo, según su naturaleza y organización, según su alma y su vida. Era orador cabalmente por ser aborrecido, como lo era Cicerón por ser amado. Era orador porque era feo, como Hortensio lo era por hermoso. Era orador porque había sufrido, porque había errado, porque de muy joven y en la edad en que se ensanchan todas las aberturas del corazón, había sido rechazado, ajado, humillado, despreciado, infamado, escarnecido, despojado, inhabilitado, desterrado, encarcelado, condenado; porque lo mismo que el pueblo de 1789, del cual era el modelo más completo, había sido retenido en tutela mucho más allá de la edad de razón; porque su padre había sido duro con él, como lo había sido el rey con el pueblo; porque lo mismo que al pueblo, mal educado también, una mala educación le había hecho crecer un vicio en la raíz de cada virtud. Era orador porque merced a las anchas salidas practicadas por los sacudimientos de 1789, había al fin podido *extravasar* el interior de la familia, porque brusco, desigual, vicioso, violento, cínico, sublime, difuso, incoherente; aun más lleno de instintos que de ideas, sucios los pies y la cabeza radiante, asemejábase a aquellos años ardientes en que tanto resplandeció, cada día de los cuales pasaba mar-

antes y Mirabeau después; Mirabeau juzgado por su familia y Mirabeau juzgado por el pueblo. Hay en ese contraste un manantial inagotable de meditaciones. Como ha sido que ese demonio de una familia en el espacio de diez años ha llegado a ser el Dios de una nación?...

II

No se crea sin embargo, que desde el instante en que aquel hombre salió de su familia, para presentarse al pueblo fuese ya aceptado *dios* de repente y por unanimidad. No es este el curso de las cosas. Por el contrario, hasta la hora de su muerte nunca hubo hombre más comp[illegible]amente negado en todos sentidos que Mirabeau. Cuando acudió como diputado por Aix a los estados generales, a nadie causaba envidia. Oscuro, o mal reputado, poca inquietud causaba a los sujetos de renombre; feo y mal apuesto, los elegantes caballeros sonreían al mirarlo. Desaparecía su nobleza bajo un vestido negro, y su fisonomía bajo los señales de las viruelas. ¿A quién había de inspirar celos aquel aventurero infamado por la justicia, del mal cuerpo y peor cara, y a más de esto arruinado, a quien enviaba la gentecilla de Aix en un momento de fiebre y por inadvertencia probablemente, y sin saber por qué? Era un guarismo insignificante en el cálculo de las ambiciones que iban a luchar.

Lentamente, mientras iba aproximándose el crepúsculo vespertino de todas las cosas antiguas, hízose alrededor de la monarquía sombra bastante, para que el esplendor propio de los hombres revolucionarios empezase a ser visible. Mirabeau comenzó a brillar. Acudió entonces la envidia a este fulgor como acuden a una luz cualquiera todas las aves nocturnas. Desde aquel momento apoderóse la envidia de Mirabeau, y ya no le dejó más. Primero, cosa que parece extraña y no lo es, lo que ella le negó fué precisamente lo que constituye la verdadera corona de este hombre en la posteridad, su genio de orador. Senda es esta que la envidia siempre sigue, siempre arroja su puñado de cieno al mejor frontis del edificio.

A más de qué, es menester convenir en que la envidia era inagotable con razones respecto a Mirabeau. *Probitas*, el orador debe ser irreprochable, el señor de Mirabeau es reprochable por todos sentidos; *prestantia*, el orador debe ser bien hecho; el señor de Mirabeau es feo; *vox amena*, el orador debe tener la voz agradable; el señor de Mirabeau la tiene dura, seca, tronando siempre y no hablando jamás; *subrisus audientium*, un orador debe ser bien acogido por el auditorio, el señor de Mirabeau es aborrecido de la asamblea, etc., y de aquí concluían muchos muy pagados de sí mismos; *el señor de Mirabeau no es orador*.

Pero muy lejos de probarlo, lo que probaban estos argumentos era: que los Mirabeau no son previstos por los Cicerones.

No era, por cierto, orador según su modo de entender la oratoria, era orador según el mismo, según su naturaleza y organización, según su alma y su vida. Era orador cabalmente por ser aborrecido, como lo era Cicerón por ser amado. Era orador porque era feo, como Hortensio lo era por hermoso. Era orador porque había sufrido, porque había errado, porque de muy joven y en la edad en que se ensanchan todas las aberturas del corazón, había sido rechazado, ajado, humillado, despreciado, infamado, escarnecido, despojado, inhabilitado, desterrado, encarcelado, condenado; porque lo mismo que el pueblo de 1789, del cual era el modelo más completo, había sido retenido en tutela mucho más allá de la edad de razón; porque su padre había sido duro con él, como lo había sido el rey con el pueblo; porque lo mismo que al pueblo, mal educado también, una mala educación le había hecho crecer un vicio en la raíz de cada virtud. Era orador porque merced a las anchas salidas practicadas por los sacudimientos de 1789, había al fin podido *extravasar* el interior de la familia, porque brusco, desigual, vicioso, violento, cínico, sublime, difuso, incoherente; aun más lleno de instintos que de ideas, sucios los pies y la cabeza radiante, asemejábase a aquellos años ardientes en que tanto resplandeció, cada día de los cuales pasaba mar-

cado en la frente por su palabra. Y finalmente, a aquellos hombres imbéciles que tan poco comprendían su tiempo para dirijirle por entre mil objeciones, bien que a menudo ingeniosas, ésta pregunta: ¿te crees orador de veras? hubiera podido contestarles con estas pocas palabras: ¡preguntadlo a la monarquía que va muriendo; preguntadlo a la revolución que va llegando!

Ahora que ya es cosa juzgada, es difícil creer que en 1790 muchas personas, y entre ellas oficiosos amigos, aconsejasen a Mirabeau, *por su propio interés, el dejar la tribuna, en la que jamás obtendría un éxito completo*; o al menos *que no se presentara en ella tan a menudo*. Tenemos las cartas a la vista. Apenas parece creible que en aquellas sesiones memorables en que se revolvía la asamblea como el agua de un vaso, en que tan poderosamente agitaba en su mano todas las ideas sonoras del momento, en que tan hábilmente fraguaba y amalgamaba en su palabra, su pasión particular, y la pasión de todos los demás, que siempre, después que había hablado, mientras hablaba, y antes que hablara, anduviesen mezclados los aplausos con murmullos, risas y silbidos. ¡Miserables pormenores que la gloria ha borrado hoy!

Los periódicos y folletos de aquellas épocas no contienen más que injurias; violencias y acechanzas contra el genio de aquel hombre. Por la menor friolera es reconvenido. Pero lo que sin cesar se le achaca y como por manía, es *su voz dura*, y su palabra siempre atronadora. ¿Qué contestar a eso? Dura tiene la voz, porque según parece, se acabó el tiempo de las voces melifluas y mujeriles, y atronadora la palabra, porque por su parte los acontecimientos también truenan, y es característico de los grandes hombres la cualidad de tener la estatura de las grandes cosas.

Y esta es una táctica que ha sido en todo tiempo invariablemente seguida contra los genios, no solamente los hombres de la monarquía, sino hasta los de su partido, porque de nadie es uno aborrecido como por los de su propio bando, estaban conformes en oponerle sin cesar y preferirle en toda ocasión otro orador, escogido

sagazmente por la envidia, que servia las mismas ideas políticas que Mirabeau. Este elegido era Bernáve. Y siempre sucederá del mismo modo. Acontece a veces en una época determinada, que la misma idea está representada a un tiempo, aunque con diferente graduación, por un hombre de genio y por un hombre de talento. Esta coyuntura es buena para el hombre de talento. Suyo es e incontestado el buen éxito presente, aunque esta especie de buen éxito, nada prueba y pronto se desvanece. La envidia y la rabia van en derechura hácia el más fuerte. Bien se encarnizaría la medianía contra el hombre de talento, si no hubiera el hombre de genio, pero está allí el hombre de genio, y se sirve de él contra el señor verdadero. La medianía se declara en favor del que menos la incomoda y más se le parece. En tal situación, todo cuanto es contrario al hombre de genio es favorable al hombre de talento. Con todas las piedras que el pico y la azada de la calumnia, y la diatriba y la injuria pueden arrancar a la base del grande hombre, hacen un pedestal al hombre secundario. Lo que derriban del uno sirve para la construcción del otro. Así es como hácia 1790 levantaban a Bernáve con lo que hacian caer de Mirabeau.

Rivarol decía: el señor Mirabeau es más escritor, el señor Bernáve es más orador.—Pelletier decia: Bernáve sí, Mriabeau no.—La memorable sesión del 13, escribía Chamfort, ha probado más que nunca la preeminencia hace ya mucho tiempo demostrada del señor Barnáve sobre el señor de Mirabeau con respecto a elocuencia.—Mirabeau es muerto, murmuraba Target estrechando la mano a Barnáve; su discurso sobre la fórmula de promulgación le ha rematado.—Bernáve, habéis enterrado a Mirabeau, añadía Duport, apoyado con la sonrisa de Lameth, quien era a Duport, lo que Duport era a Barnáve, un diminutivo. El señor Barnáve dá gusto decia Goupil, y Mirabeau da pena. El conde de Mirabeau tiene sus relámpagos, decía Camus, pero no hará jamás un discurso; ni siquiera sabrá nunca lo que es. Háblenme de Barnáve. El señor Mirabeau, por más que trabaje y sude

decía Robespierre, jamás llegará a Barnáve; quien no es tan orgulloso y vale más. Todas estas injusticias las sentía Mirabeau y le hacían sufrir en medio de su poder y de sus triunfos.

Y si el odio, en su necesidad de oponerle a alguien, fuera quien fuese, no hubiera tenido a mano a un hombre de talento, habría tomado a un hombre mediano; Jamás se apuran el odio y la envidia por la calidad del tejido con que hacen su estandarte. Hubo un tiempo en que Mairet fué preferido a Corneille, y Pradon a Racine. Aun no hace un siglo exclamaba Voltaire:

¡Es preferido a mí el rudo Crebillon!

En 1808, Geofroy, a la sazón el crítico más respetado de Europa por sus fallos, consideraba «al señor Lafont muy superior al señor Talma». ¡Qué instinto el de las parcialidades! en 1798 el general Moreau era preferido a Bonaparte; en 1815 Wellington a Napoleón.

Por otra parte, Barnáve y Mirabeau, ofrecían un contraste cabal. En la Asamblea, cuando era Barnáve el que se levantaba, se le acogía siempre con una sonrisa, cuando era Mirabeau, con una tempestad. Nunca le faltaba a Barnáve la ovación del momento, el triunfo del cuarto de hora, la gloria en la gaceta, el aplauso de todos, hasta de los conservadores.

Para Mirabeau, la lucha y la tempestad. Era Barnáve apuesto mozo, y florido hablador. Mirabeau, según decía Rivarol, era un mónstruoro charlatán. Era Barnáve uno de aquellos hombres que todas las mañanas toman la medida a su auditorio, que toman el pulso a su público, que jamás llegan a arriesgarse lejos de la posibilidad de ser aplaudidos, que siempre abrazan con humildad el ídolo del cual depende el buen éxito; que llegan a la tribuna a veces con la idea del día, y con la del día anterior más amenudo, pero nunca con la idea del día siguiente que tienen bien nivelada la facundia, sobre la cual van y vienen sosegadamente las ideas comunes de su tiempo con todo su bagaje accesorio; que por temor de soltar pensamientos que no estén bastante impregnados de la atmósfera, de todo el mundo, ponen su entendimiento en la calle como pondrían un termómetro en la ventana.

Mirabeau, por el contrario, era el hombre de la idea nueva, de la iluminación súbita, de la proposición arriesgada; fogoso, imprudente, descabellado, nunca previsto en sus salidas, chocando, hiriendo, derribando, no obedeciendo más que a sí mismo, deseando el triunfo, no hay duda, pero después de muchas otras cosas, y aun prefiriendo el ser aplaudido en su corazón por sus propias pasiones, que por el pueblo en las tribunas; tumultuoso, rápido, turbio, profundo, rara vez transparente, nunca vadeable, y precipitando en tropel por entre su espuma las ideas de su época, ideas a veces muy mal paradas al entrar en contacto con las suyas. La elocuencia de Barnáve al lado de la de Mirabeau, era como una buena carretera a las orillas de un torrente. En nuestros días, en que el nombre de Mirabeau es tan grande, es difícil concebir de qué modo le trataban sus colegas y sus contemporáneos. Guillermi exclamaba mientras él estaba hablando: «¡El señor Mirabeau es un malvado, un asesino!» Y los señores de Ambly y de Lautrec, vociferaban: «Ese Mirabeau es un gran descamisado.» Y, luego mientras que el señor de Foucault le enseñaba los puños, el de Virieu le decía: «Señor Mirabeau, nos estáis insultando.» Si la rabia y el odio callaban, entraba el desprecio. «Ese Mirabotillo,» decía Castellanet hombre de las derechas. «Ese extravagante», decía M. Lapoule, de la izquierda. Y al concluir Mirabeau sus discursos, Robespierre tartamudeaba entre dientes: «Esto no vale nada».

A veces el odio de aquella gran parte de su auditorio se dejaba traslucir en su elocuencia, y en medio de su magnífico discurso sobre la regencia, entre otras, soltaban sus desdeñosos labios, palabras como las siguientes, palabras melancólicas, de resignación y dignidad, que todo hombre en una situación como la suya debería meditar. «Mientras estaba hablando, e iba emitiendo mis ideas primeras sobre la regencia, he oído decir con

aquella graciosa certidumbre a la cual hace ya mucho tiempo estoy acostumbrado: «¡Esto es ábsurdo! ¡esto es extravagante! ¡esto no se puede proponer; pero debiera primeramente entrarse en reflexión!» Así hablaba el 25 de marzo de 1791, siete días antes de su muerte. Fuera de la asamblea, la imprenta se cusañaba con él furiosamente. Todo se volvía un diluvio de folletos sobre ese hombre. Los partidos extremos le atropellaban con la misma violencia. El nombre de *Mirabeau* era pronunciado con el mismo acento en el cuartel de los Guardias de corps, y en el club llamado de los *Cordeliers*. Champeenetz decía: «ese hombre tiene el alma picada de viruelas lo mismo que el rostro». Lambesc proponía que le arrebatasen veinte hombres de a caballo y lo condujesen a presidio.» Marat escribía: «Ciudadanos, levantad ochocientos cadalsos; ahorcad en ellos a todos estos traidores, y al primero de todos al infame Riquetti, el mayor. Mirabeau no consentía sin embargo en que la asamblea nacional persiguiese a Marat, contentándose con responder: «Parece que se publican extravagancias, esos no son más que desahogos de algún borracho.»

De suerte que hasta el 1.º de Abril de 1791 es Mirabeau *un desamisado, un extravagante, un malnacido, un asesino, un loco, un orador de segundo orden, un hombre mediano, un hombre muerto, un hombre enterrado, un monstruoso charlatán, escarnecido y silbado aun más que aplaudido*. Lambesc propone que le envíen *a presidio*, Marat que le *ahorquen*. Muere el día 8 de Abril. El día 3 inventan para él el Panteón.

Grandes hombres, si queréis que mañana se os haga justicia, moríos hoy.

III

A pesar de todo, el pueblo que tiene un sentido especial, que no es rencoroso porque es fuerte, ni tiene envidia porque es grande; el pueblo, que conoce a los hombres, bien que no sea más que un niño, el pueblo estaba por Mirabeau. No hay espectáculos más grandes para un hombre pensador que esos íntimos enlaces del genio y de la muchedumbre. La influencia de Mirabeau se negaba obstinadamente, y sin embargo era inmensa. Al fin y al cabo siempre era él quien se salía con la suya. Pero no tenía razón de parte de la asamblea sino por medio del pueblo. Gobernando las sillas curules por las tribunas, lo que Mirabeau había dicho en palabras precisas resumíalo la muchedumbre en aplausos, teniendo que escribir la legislatura, a veces mal de su grado, en virtud de aquellos aplausos. Folletos, calumnias, injurias, interrupciones, amenazas, murmullos, risas y silbidos, eran a lo más como piedras arrojadas al raudal de su palabra que servían a veces para hacer que arrojase espuma, y nada más.

Cuando el orador soberano a quien de repente había ocurrido una idea, subía a la tribuna; cuando aquel hombre se veía frente a su pueblo, cuando se hallaba allí de pie sobre la envidiosa Asamblea, cuando su sardónica y luminosa mirada, fija en los hombres e ideas de su tiempo, estaba como midiendo la pequeñez de los hombres por la grandeza de las ideas, entonces ya no era calumniado, ni injuriado, entonces ya cesaban los silbidos, y por más que sus enemigos dijeran e hicieran, al primer soplo de su boca abierta, se venía abajo cualquier tramoya que contra él tuviesen preparada. Cuando aquel hombre estaba en la tribuna, cuando estaba su genio funcionando, volvíase esplendente su rostro, y todo por su brillantez e irradiación quedaba desvanecido.

Mirabeau era pues en 1791 muy amado y aborrecido a la par: genio aborrecido por los talentos vanidosos, hombre amado por el pueblo. Placentera pues e ilustre debía ser la existencia de ese hombre, que así a su antojo disponía de todas las almas aspirando a la sazón al porvenir, quien con palabras mágicas, y como por una alquimia misteriosa, convertía en pensamientos, en sistemas, en voluntades razonadas, en planes preciosos de mejoras y de reformas, los vagos instintos de la muchedumbre; quien de continuo estaba sacudiendo sobre la

mesa de la tribuna como trigo en una era a los hombres y cosas de su siglo, para segregar la paja que la república debía consumir del grano que la revolución debía fecundar quien a un mismo tiempo quitaba el sueño a Luis XVI y a Robespierre, a Luis XVI cuyo trono estaba atacando, a Robespierre cuya guillotina hubiera atacado también. A tiempo murió. Era una cabeza soberana y sublime. El año 91 la coronó; el 93 la hubiera cortado.

IV

Al seguir la vida de Mirabeau, desde su nacimiento hasta su muerte, desde la humilde pila bautismal de Biñon hasta el Panteón, se echa de ver como todos los hombres de su temple, estaba predestinado.

Un niño como él no podía dejar de ser grande hombre.

Así que viene al mundo, corre peligro la vida de la madre por el desmesurado volúmen de su cabeza.

A los cinco años de edad, díjole su maestro, Poisson, que escribiera lo que se le ocurriese. El chico, como dice su padre, escribió literalmente lo que sigue: «Señor, yo, tenga V. la bondad de atender a su letra y de no hacer borrones en el ejemplo; de atender un poco a lo que se hace: obedecer a su padre, a su maestro, y a su madre; no contradecir, fuera rodeos, y sobre todo el honor. A nadie ataque V. a no ser que se vea V. atacado. *Defienda V. su patria.* No sea V. malo con los criados. No familiarizarse con ellos. Ocultar las faltas del prójimo porque esto puede sucedernos a nosotros mismos. (1)»

He aquí lo que escribe sobre él su tío el duque de Nivernois, en una carta fechada en San Mauro a 11 de septiembre de 1760, cuando Mirabeau cuenta once años: «El otro día, con motivo de los premios que en mi casa

(1) Este singular documento se halla citado textualmente en una carta inédita del marqués al baylío de Mirabeau, fecha 9 diciembre de 1761. *(Nota del autor)*

tengo señalados a la carrera, él llevó el premio, que era un sombrero, no hizo más que volverse a un jovencito que traía gorra, y poniéndole en la cabeza el suyo que era muy bueno todavía: *toma*, le dijo, *que yo no tengo dos cabezas*. Parecióme entonces aquel niño el emperador del mundo; no sé qué reflejo divino se traslució súbitamente en su ademán: medité la acción, hízome derramar lágrimas, y la lección me pareció muy útil.»

A los doce años, su padre decía de él: «Debajo su chaquetita de muchacho abriga un corazón elevado. Tiene un extraño instinto de orgullo, aunque noble. Es un embrión de matamoros, y eso que aun no ha cumplido los doce años. (2)»

A los diez y seis, es tan audaz y altivo su ademán que le pregunta el príncipe de Conti: *¿Qué harías si te diese un bofetón?* Y él le responde: *Eso sólo podía ofrecer mis dudas antes que se inventaran las pistolas de dos cañones.*

A veinte y un años (1770), comenzó a escribir una historia de Córcega.

Por aquella misma época, su padre, que le trataba con bastante severidad, hizo de Mirabeau, la siguiente profecía: «Es una botella tapada hace ya veinte y un años, el día en que se destapee sin precaución, se escapará todo el contenido.

A los veinte y dos años le presentan en la corte. Madama Isabel, que a la sazón tenía seis años, le pregunta si ha sido vacunado, y por supuesto, toda la corte se echa a reir. No lo había sido; y llevaba en sí el germen de un contagio que más adelante debía comunicarse a un pueblo entero.

En la corte se presenta con la mayor serenidad, llevando ya desde luego tan erguida la frente como el mismo rey, mirándole todos con extrañeza, y muchos con ojeriza. «Es tan comunicativo como era yo huraño», decía su padre. «Ningún magnate le asusta, tiene ese

(2) Carta inédita a la señora condesa de Rochefort, del 21 de noviembre de 1761.—*(Nota del autor)*.

atributo terrible de la familiaridad, según decía Gregorio Magno.» Y en seguida el anciano y altivo caballero añadía: «como hace ya quinientos años que se aguantan Mirabeaus que nunca han sido como los demás, todavía aguantarán a éste.»

A los veinte y cuatro años, el padre, filósofo, agrícola, quiere domeñar a su hijo y «hacerle rural» poniéndole a su lado. No puede conseguirlo: «mucho cuesta el manejar la rienda con este animal fogoso», exclama el anciano.

Su tío examina al joven a sangre fría y dice: «Si no es peor que Nerón, será mejor que Marco Aurelio.»

—De todos modos, dejemos que llegue a sazón el fruto verde, afirma el padre.

Padre y tío están en correspondencia sobre el porvenir del joven tan entrado ya en la mala vida. «Tu sobrino el Huracán» dice el padre. «Tu hijo el señor conde de la Borrasca», replica el tío.

El comendador, marino viejo, añade: «Tiene en su cabeza los treinta y dos vientos de la brújula.»

A los treinta años madura el fruto. Principian ya las novedades a relucir en el ojo profundo de Mirabeau, ya se echa de ver que está repleto de ideas. «Esta cabeza es un hornillo lleno de pólvora», dice el prudente tío. Y en otra ocasión el comendador escribe como asustado: «Cuando le acude a la imaginación alguna cosa, adelanta la frente y entonces no ve ya lo que tiene a su alrededor.

El padre, le tiene confuso «aquel informe cúmulo de ideas de donde suele desprenderse algún relámpago.» Y dice después: «se parece su cabeza a una biblioteca desordenada, es un talento propio para deslumbrar con superficialidades, todas las fórmulas ha huroneado, y nada sabe sustanciar.» Luego añade, no comprendiendo ya a su propio hijo: «En su infancia no era más que un ser monstruoso en lo moral y en lo físico; ahora es un hombre de reflejo, bueno para deslumbrar, un loco arrastrado por el corazón a una parte y a otra por la cabeza, la que siempre lleva a cuatro pasos delante de él.» Y a

poco prosigue el anciano con sonrisa melancólica a la par que resignada: «Yo me desvivo por comunicar a ese hombre mi cabeza, mi alma y mi corazón.» Por fin, lo mismo que el tío, tiene también a veces presentimientos, temores, ansiedades y dudas. Siente el padre todo cuanto se agita en la cabeza de su hijo del modo que siente la raíz el movimeinto de las hojas.

Ya sabemos lo que es Mirabeau a los treinta años. Era hijo de un hombre que se había definido a sí mismo en estos términos: «También yo, señora, tan rústico y todo cual me veis ahora, echaba arengas cuando aun no tenía más que tres años, a los seis era un prodigio, a doce un objeto de esperanza, a los veinte un botafuego, a treinta un político de teoría, y a los cuarenta no soy más que un honrado campesino.»

A cuarenta años, Mirabeau es un grande hombre.

A cuarenta años, es el hombre de una revolución.

A cuarenta años, declárase en Francia en derredor suyo una de esas tremendas anarquías de ideas, en las se derriten las sociedades cuya duración no puede prolongarse ya más, porque representan eras diferentes. Mirabeau es el déspota de esa anarquía. El es quien sube a la tribuna el día 23 de junio de 1789, y responde impávido al caballero de Brezé: «¡Id a decirle a VUESTRO AMO! (1) Esto es ya declarar estranjero al rey de Francia, eso es ya la demarcación de una frontera trazada entre el pueblo y el trono. Es la revolución que da su grito más enérgico. Antes de Mirabeau nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Sólo a los grandes hombres es dado decir las palabras decisivas, terminantes de las épocas.

Más tarde, Luis XVI será insultado al parecer, de una manera más grave, se le hará descender del solio, será escarnecido en su prisión, y en el cadalso. La república, sin quitarse en su presencia su gorro colorado,

(1) El marqués de Brezé dijo a los diputados: De orden del rey, mi amo, os mando que salgais de este sitio. Y entonces fue cuando Mirabeau en medio de un asombro general dió esta célebre respuesta: Decid al rey, vuestro amo, que estamos aquí por la voluntad de la nación, y no hemos de salir sino forzados por las bayonetas.

se envalentonará, le dirá palabras amargas, y le llamará Luis Capeto. Pero, nada se le dirá a Luis XVI tan terrible y tan efectivo como esta palabra fatal de Mirabeau. *Luis Capeto* es el rey herido en el rostro; *cuestro amo* es el rey herido en el corazón.

Desde ese momento mismo es Mirabeau el hombre del país, el hombre del gran alboroto social, el hombre que para el fin de aquel siglo se requiere. Popular sin ser plebeyo, cosa muy rara en tiempos semejantes, su vida privada queda absorbida por su vida pública. Honorato de Riquetti, ese hombre perdido, es de allí en adelante ilustre, atendido y en un todo considerable. El amor del pueblo le sirve de escudo donde se embotan los sarcasmos de todos sus enemigos. El es el hombre más luminoso de cuantos mira el gentío. Los transeuntes se paran al verle pasar por una calle, y durante los dos años de su omnipotencia, los muchachos del pueblo escriben muy correctamente por todas las esquinas de París el nombre que ochenta años antes, San Simón, en su desdén de duque y de par, escribía Mirabeaut muy ajeno de pensar que algún día *Mirabeaut* había de ser *Mirabeau*.

Se ven paralelismos muy singulares en la vida de ciertos hombres. Cromwel, oscuro todavía, desesperando en Inglaterra de su porvenir, había resuelto irse a Jamaica; los reglamentos del rey Carlos I, se lo impiden. No viendo el padre de Mirabeau ninguna existencia posible para su hijo, piensa en enviarle cuando aun era joven a las colonias holandesas; una real orden se opone a esa determinación. Ahora bien, quítese a Cromwel de la revolución de Inglaterra, quítese a Mirabeau de la revolución de Francia, y se suprimirán tal vez dos cadalsos de ambas revoluciones. ¡Quién sabe si la Jamaica habría salvado a Carlos I, y Batavia a Luis XVI!

Pero no, el mismo rey de Inglaterra quiere guardar a Cromwel, el mismo rey de Francia quiere guardar a Mirabeau. Cuando un rey está condenado a muerte, la Providencia le venda los ojos.

Resulta bastante extraño que lo que tiene de más

grande la historia de una sociedad, dependa a veces de lo que hay de más pequeño en la vida de un hombre.

La primera parte de la vida de Mirabeau está a Sofía, la segunda a la revolución. Primero una tempestad doméstica, y luego una tempestad política; así se nos presenta Mirabeau. Al estudiar de cerca su destino, ya se concibe cuanto hubo en él de fatal y de necesario. Los extravíos de su corazón se explican por lo agitado de su existencia.

Jamás las causas fueron más íntimamente unidas con los efectos. La casualidad le proporciona un padre que le da mal ejemplo, enseñándole a despreciar a su madre; una madre que le enseña el odio a su padre; un maestro, un tal Poisson, que no puede ver a los niños y además le trata mal porque es pequeño y feo; un criado, Grevin, espía vil de sus enemigos; un coronel, que es el marqués de Lambert, tan duro con el mancebo como lo fuera Poisson con el niño; más tarde una madrastra que le aborrece porque no es hijo suyo; una esposa, la señorita de Marinan que le rechaza; una casta, la nobleza, que le aleja de su seno; una Audiencia, la de Besanzon, que le condena a muerte, y un rey, Luis XV, que le encierra en la Bastilla. De modo que padre, madre, esposa, su maestro, su coronel, la magistratura, la nobleza el rey, es decir, todo cuanto circunde la existencia de un hombre en el orden legítimo y natural, todo para él es obstáculo para que caiga y sufra confusiones; todo se le vuelve duro guijarro para sus pies descalzos, zarzal que le lastima. La familia y la sociedad le son al par madrastras; sólo encuentra en su vida dos cosas que le traten bien y le quieran, dos cosas irregulares y en oposición con el orden; una querida y una revolución.

No extrañemos pues que por la querida rompa todos los vínculos domésticos, y por la revolución todos los vínculos sociales.

No extrañemos pues, que ese demonio de una familia llegue a ser el ídolo de una mujer rebelada contra su marido, y el Dios de una nación divorciada de su rey.

V

La muerte de Mirabeau causó un dolor universal. Se vió de un modo evidente que con aquel espíritu desaparecía de Francia como una parte del pensamiento público. Pero el hecho más notable y singular es que la corte sintió esta muerte lo mismo que el pueblo, hecho que no podemos pasar por alto, y que sería además sobrada candidez, atribuirlo exclusivamente a la admiración de sus contemporáneos.

Dominados por un pudor invencible, nos abstendremos aquí de sondear ciertos misterios, particularidades vergonzosas del grande hombre, las cuales a nuestro entender, se pierden afortunadamente en las colosales proporciones del conjunto; pero, parece probado que en el último período de su vida aseguraba la corte tener fundados motivos para confiar en él. No puede negarse que más de una vez, Mirabeau quiso resistirse en aquella época al empuje revolucionario, que en ciertos momentos manifestó deseos de detenerse; es incontestable que él, a pesar de que tenía tanto vigor, no siguió sin alguna fatiga la marcha progresivamente apresurada de las nuevas ideas, y que en algunas ocasiones probó de encallar aquella revolución a la que puso él mismo las ruedas. Ruedas fatales que a su paso tantas cosas venerables aplastaban.

Aun ahora vemos a muchas personas que creen que Mirabeau habría logrado reprimir el movimiento que él mismo promoviera, a no haber muerto tan pronto. A su modo de ver, la revolución francesa podía ser detenida, sin embargo ya confiesan que sólo él podía hacerlo. Según esta opinión, autorizada en una palabra que evidentemente no fué pronunciada por Mirabeau en su agonía, (1)) muerto Mirabeau, la monarquía

(1) Cabanais creyó haber oido las palabras siguientes de Mirabeau: «Con mi muerte se acaba tristemente la monarquía, y las facciones se disputarán sus restos.» Sin embargo, como ante todo es preciso sér exactos, no podemos menos de observar que Cabanis no dice estas palabras de su propia autoridad solo dice que se han atribuido a Mirabeau.—*(Nota del autor).*

estaba perdida, es decir, que si él hubiera vivido, Luis XVI, no habría sucumbido, y por tanto, la muerte de Miriabeau acarreó la del rey.

Por nuestra parte diremos, que cuantos tenían entonces esa; persuasión, que cuantos la tienen ahora, y que hasta el mismo Mirabeau, si se creía con fuerzas suficientes para ello, todos se han equivocado en gran manera. Sería en Mirabeau, lo mismo que en los demás, mera ilusión de óptica, lo cual probaría únicamente que no siempre tiene un grande hombre una idea clara y precisa del grado de poderío que le es dado ejercer.

La revolución francesa, no era ningún hecho simple. Había dentro de ella otra cosa además de Mirabeau.

Aun cuando Mirabeau saliese de ella, no por eso quedaba ya vacía.

En la revolución francesa había algo de lo pasado y algo del porvenir, y (Mirabeau no era más que lo presente.

Sin que indiquemos ahora más que dos puntos culminantes, la revolución francesa se compliicaba de Richelieu en lo pasado y de Bonaparte en lo porvenir.

Las revoluciones verdaderas tienen la particularidad de que no se las puede matar cuando se hallan todavía en su período ascendente.

A más, debe observarse de que especialmente en cosas políticas, lo que ha hecho un hombre casi nunca puede ser deshecho sinó por otro hombre.

El Mirabeau del año 91, era impotente contra el Mirabeau de 89. Su obra era ya más fuerte que él.

También es preciso tener presente que los hombres como Mirabeau no son el candado con el cual pueda cerrarse la puerta de una revolución. Esos hombres son en verdad, el gozne, sobre el cual van girando, pero para cerrar definitivamente esa puerta fatal, la que están empujando de contínuo todas las ideas, todos los intereses, todas las pasiones que se hallan en la sociedad con poca holgura, es preciso poner una espada por cerrojo.

VI

Hemos procurado caracterizar lo que ha sido Mirabeau en la familia, y luego lo que ha sido en la nación. Tenemos que examinar ahora lo que será en la posteridad.

Por más que se le hayan podido hacer con mucha justicia ciertas reconvenciones, creemos que Mirabeau quedará como grande hombre.

A los ojos de la posteridad, los hombres quedan absueltos de sus culpas por la grandeza de sus hechos.

En nuestros días, en que todas las cosas que él sembró han dado sus frutos, los cuales nosotros mismos hemos probado, frutos buenos y sanos en su mayor parte, pues también hay algunos que son amargos; en nuestros días, en que lo alto y lo bajo de su vida se comprende ya perfectamente, tan cierto es que para presentar bien a los hombres no hay cosa mejor que el curso de los años; en nuestros días en que ya no hay para su genio ni adoración ni execración, y ahora que este hombre, terriblemente traqueteado mientras vivió, ha tomado ya la reposada y serena que la muerte da a las grandes figuras históricas; ahora que su memoria por tanto tiempo arrastrada en el cieno o adorada en el altar, ha salido a la vez del Panteón de Voltaire y del albañal de Marat, bien podemos decirlo desapasionadamente: Mirabeau es grande. Le ha quedado el olor del Panteón y no el del albañal. La imparcialidad histórica, al limpiar su caballera ensuciada, no le ha quitado por eso su aureola. Una vez limpio el rostro, ha seguido refulgiendo.

Fijada ya la atención en el inmenso resultado político que el conjunto de sus facultades ha producido, puede examinarse a Mirabeau bajo un doble aspecto, es decir como escritor y como orador. Aquí nos tomaremos la libertad de no ser de la opinión de Rivarol; creemos que Mirabeau es más grande como orador que como escritor.

Su padre, el marqués de Mirabeau, tenía dos géneros de estilo, y como dos plumas en su tintero. Cuando escribía un libro, un libro flamante para el público, para sorprender a caballeros y magistrados, tomaba el digno señor un ademán majestuoso, llegando a cubrir su pensamiento, bastante oscuro ya naturalmente, con todo el énfasis de la expresión, y no puede uno figurarse bajo que estilo hinchado y trivial al mismo tiempo, estilo descolorido e incorrecto que va arrastrándose por entre frases interminables, no puede uno figurarse, decimos, como se ofuscaba la originalidad natural e incontestable de ese extraño escritor entre aseñorado y filósofo; prefiriendo Guesnay a Sócrates y Lefranc de Pompiñan a Píndaro; desdeñando a Montesquieu por atrasado, y deseando no obstante que le arengue su capellán; habitante anfibio de las meditaciones del siglo XVIII y de las preocupaciones del siglo XVI. Pero cuando ese hombre, ese mismo hombre quería escribir una carta, cuando no pensaba ya en el público, y tan solo se dirigía a su venerable hermano el comendador, o a su hija la *Sallantita* (1), o a la linda y alegre madamita de Rochefort, entonces ese ingeniero tan lleno antes de afectación se ponía en su punto, entonces nada de esfuerzo ni de hinchazón apoplética en el decir; su pensamiento en la carta de familia y de intimidad se esplayaba con expresión viva, original, resaltante, profunda, graciosa, y finalmente natural, en ese estilo aristocrático del tiempo de Luis XIV que San Simón hablaba con todos los requisitos del hombre, y madama de Sevigné con todos los requisitos de la mujer. Ya se habrá echado de ver, por las citas que de sus cartas hemos hecho. Después de haber visto un libro del marqués de Mirabeau, una carta suya es una revelación. Sin embargo, parece imposible. Buffón no acertaría a comprender esta variedad del escritor. Se ven ahí dos estilos, y no tenemos más que un hombre.

Bajo este punto de vista el hijo se parecía algo a su padre. Se podría decir, aun que con muchas restricciones que hay la misma diferencia entre su estilo es-

(1) Madama de Saillant. — *(Nota del autor).*

crito y su estilo hablado. Unicamente debe observarse que el padre se hallaba a sus anchas en una carta, y su hijo en un discurso. Para encontrarse en su elemento natural, uno necesitaba su familia, el otro una nación.

El Mirabeau que escribe es algo menos que Mirabeau. Sea que trate de probar a la joven república americana la inutilidad de su *orden de Cincinato*, y cuan inconsistente y estrambótica debe ser una caballería de labradores; ora se erija en censor de José II, ese emperador filósofo, ese Tito a lo Voltaire, ese busto de César romano en título abarraganado; ora vaya registrando el interior del gabinete de Berlín y saque de él esa *Historia secreta*; mandada quemar por la corte de Francia con todo el aparato jurídico, cosa que dicho de paso es una torpeza torpeza insigne, puesto que de esos libros quemados por mano del verdugo nunca dejaban de desprenderse chispas que se esparcían a lo lejos, a merced del viento que soplaba, por sobre el carcomido techo de la gran sociedad europea, sobre el maderamen de las monarquías, sobre todas las cabezas, que a la sazón estaban llenas de materias inflamables; sea que de paso zurriague a esa caterva de charlatanes que tanto ruido metieron en el siglo XVIII, Necker, Beaumarchais, Lavater, Calonne y Cagliostro; por fin, sea cual fuere el libro que escribía, siempre su pensamiento abarca dignamente el asunto, pero no siempre se adapta al pensamiento su estilo. Nunca carece su idea de grandeza, es constantemente elevada, pero al salir de su mente tiene que encogerse ante la expresión, como teniendo que pasar por una puerta harto baja. Si se exceptúan sus elocuentes cartas a madama de Monier, en las cuales se le halla todo entero, donde habla más bien que escribe, cartas que son arengas de amor así como sus discursos a las cortes constituyentes, son arengas de revolución; si se exceptúan esas cartas, repetimos, el estilo de su pluma no pasa en general de mediano, es bastante irregular, falto de brío en los extremos de la frase, perdiendo mucho su colorido con epítetos vulgares, pobre de imágenes, y sólo ofreciendo a trechos caprichosos mosáicos

de metáforas poco relacionadas entre sí. Se conoce al leerle, que las ideas de ese hombre no están héchas, como las de los grandes prosistas natos, de aquella substancia particular que se aviene con flexibilidad y blandura a todas las modulaciones de expresión, insinuándose hirviente y líquida todavía por todos los resquicios del molde en que el escritor la echa, y que luego se coagula, siendo primero lava y después granito. Se conoce al leerle, que se le han quedado en la cabeza cosas que es de sentir no hayan salido, que lo que hay en el papel no es más que una aproximación, que ese ingenio no está formado para expresarse en un libro de un modo completo, y se echa de ver que no es una pluma el mejor conductor posible para todos los fluidos comprimidos en aquel espíritu lleno de truenos.

¡El Mirabeau que habla es el agua que corre, es la oleada que arroja espuma, es el fuego que centellea, és el ave que vuela, es una cosa que tiene un ruido peculiar, es una naturaleza que sigue la ley que tiene marcada; espectáculo siempre sublime y que siempre es armonioso!

Ahora, todos los contemporáneos están unánimes en que el ver a Mirabeau en la tribuna era una cosa magnífica. Allí si que se le contemplaba por entero, todo poderoso. Allí, fuera mesa, fuera papel, fuera tintero lleno de plumas, nada de gabinete aislado, nada de silencio y de meditación, sinó un mármol en que se puede sentar fuertemente la mano, una escalera que se puede subir corriendo, una tribuna a modo de jaula de aquella especie de animal bravío, donde se puede ir y volver, andar y estarse parado, dar resoplidos, cruzarse de brazos, con el gesto pintar la palabra, y con una mirada iluminar una idea; una aglomeración de hombres que pueden mirarse de hito en hito; un tumulto grande, acompañamiento magnífico para una voz grande también; una multitud que aborrece al orador, la asamblea, circuida por otra multitud que le quiere, el pueblo; en torno de él todas esas pasiones, todas esas medianías, todas esas ambiciones y almas diversas, que conoce bien y a las que puede arrancar el sonido que guste cual si fueran

teclas de un clavicordio inmenso; encima de él la bóveda del salón de la asamblea constituyente, hácia la que se alzan a menudo sus ojos como si buscara pensamientos en ella; porque con las ideas que caen desde tamaña bóveda sobre una cabeza como la suya, se derrumban monarquías.

¡Qué bien parece allí ese hombre! ¡Cómo se halla en su terreno! ¡Cuán firme y segura tiene la planta! ¡Cuán admirable en su discurso es ese ingenio cuya grandeza se amengua al escribir un libro! ¡Con cuánta ventaja la tribuna cambia con respecto a ese pensamiento las condiciones para su emisión exterior! ¡Qué transfiguración se observa al contemplar a Mirabeau autor de un libro y a Mirabeau orador!

En él todo era grandioso. Su brusco e impetuoso accionar estaba lleno de imperio. En la tribuna tenía un movimiento de hombros colosal, pareciéndose al elefante que trae su torre armada ya para el combate. Y lo que él llevaba era su pensamiento. La voz suya, aun sólo al lanzar una palabra desde su banco, tenía un acento formidable y revolucionario que se distinguía en el congreso como se distingue en una casa de fieras el rugido del león, cuya melena remedaba bastante su cabellera al moverse la cabeza. Con un fruncimiento de cejas todo lo revolvía, igual en esto a Júpiter *cum tot sustinet supercilio moventis*. A veces parecía que estaba como amasando el mármol de la tribuna. Su rostro, su ademán y su persona toda estaba hinchada de un pletórico orgullo que no dejaba de tener su majestad. Tenía su rostro una fealdad grandiosa y fulgurante que de vez en cuando producía un efecto eléctrico y terrible. En un principio, cuando nada se había decidido aun en favor o en contra de la monarquía; cuando entre el trono fuerte todavía y las teorías aun flacas, parecían los lances poco más o menos iguales por uno y otro lado; cuando ninguna de las ideas que habían de triunfar en lo venidero había llegado aun a su desarrollo completo; cuando a la revolución mal armada, y mal guardada se la podía tomar aun por asalto y al parecer fácilmente,

alguna vez acontecía que la derecha de la asamblea, creyendo haber derribado algún muro de la fortaleza, se precipitaba en masa hácia ella con fragorosos alaridos de victoria; pero en esto aparecía en la brecha la cabeza monstruosa de Mirabeau, y entonces era de ver como los agresores quedaban petrificados en medio de su embestida. El genio de la revolución se había hecho una égida con todas las doctrinas amalgamadas de Voltaire, de Helvecio, de Diderot, de Bayle, de Montesquieu, de Locke y de Rousseau, y había puesto la cabeza de Mirabeau en medio de esa égida.

Y no era solamente grande en la tribuna, que también lo era desde su asiento. Allí el interruptor era igual al orador. Tantas cosas decía a veces con una palabra sola como con un discurso. *Lafayette tiene un ejército*, decía a M. de Souleau, *más yo tengo mi cabeza*. A Robespierre le interrumpía con esta palabra profunda: «Este hombre irá muy lejos, porque cree todo cuanto dice.»

También interpelaba a la corte cuando se le ofrecía ocasión, y decía: «La corte por medio del hambre quiere reducir al pueblo al último apuro; ¡aquí hay traición! Piensa que luego le venderá la Constitución por un pedazo de pan». Por estas solas palabras ya se echa de ver todo el instinto del gran revolucionario.

Decía de Sieyes: «Es un metafísico montado sobre un mapa-mundi,» caracterizando de esta suerte al hombre de teoría siempre pronto para pasar montes y mares.

En ciertos momentos era de una sencillez admirable. Un día o mejor una noche, en aquel discurso del 3 de mayo, cuando luchaba como un atleta con Robespierre por un lado y por otro con el abate Maury, el caballero de Cazalés, con la suficiencia de todo hombre mediano, le arroja esta interrupción: «Sois un hablador, y nada más». En esto Mirabeau se vuelve hácia el abate Goutes que a la sazón presidía, diciéndole con inocente grandeza: «Señor presidente, a ver si mandáis que calle el señor de Cazalés que me llama hablador.»

Quería la asamblea nacional comenzar una exposición

al rey con esta frase: «La Asamblea trae a los pies de V. M. una ofrenda, etc.—«La majestad no tiene piés,» dijo friamente Mirabeau.

Un poco más abajo la asamblea quiere decir que «está embriagada con la gloria de su rey.»—¡Ya lo habéis pensado bien,—observa Mirabeau,—hombres que hacen leyes y estar embriagados!

A veces, con una palabra que parecía traducida de Tácito, caracterizaba la historia y tendencias de una casa soberana. Por ejemplo, a los ministros les gritaba: «No me vengáis con vuestro duque de Saboya, mal vecino de toda libertad.»

Otras veces se reía. La risa de Mirabeau era una cosa tremenda.

Se chanceaba con respecto a la Bastilla. «Mi familia, decía, ha tenido cincuenta y cuatro reales órdenes de encierro, de las que me han tocado diez y siete, ya veis que se me ha tratado grandemente.»

Hasta de sí mismo se reía. Acúsale Valfond de haber recorrido el día 6 de octubre sable en mano las filas del regimiento de Flandes, arengando a los soldados. No faltó luego quien demostrase que esto lo había hecho M. de Gamaches y no Mirabeau: y entonces él añade: «De suerte que, bien examinado todo, la acusación de M. de Valfond nada tiene de muy sensible sino para M. de Gamaches, del cual se sospecha vehementemente y en debida forma de ser muy feo, puesto que así se me parece.

Otras veces no hacía más que sonreírse. Cuando se discutía en la asamblea la cuestión de regencia, la izquierda pensaba en el duque de Orleáns, y la derecha en el príncipe de Conde a la sazón emigrado a Alemania. Mirabeau pide que ningún príncipe pueda ser regente si no ha jurado la constitución. Objétale el de Montlosier que un príncipe puede muy bien tener sus motivos de no haber prestado juramento; por ejemplo, puede haber hecho un viaje a ultramar... Mirabeau responde: «por supuesto que se imprimirá el discurso del preopinante; pido que se me permita hacer la fe de erratas: *Ultramar*, léase *Ultra-Rin.*» Y con esta broma queda resuelta la cuestión. Aquí vemos como el orador se entretenía en juguetear a veces con aquella mismo que mataba. Según los naturalistas, hay también algo de gatuno en el león.

En otra ocasión, por haber los procuradores de la asamblea borroneado un texto de ley con mala redacción, Mirabeau se levanta y dice: «Pido que se me permita emitir con la natural timidez algunas reflexiones respecto a lo regular que sería que la asamblea nacional de Francia hablase en francés, y aun escribiese en francés las leyes que propone.»

En ciertos momentos, en medio de sus declamaciones populares más vehementes, se acordaba de improviso de quién era, y tenía arrogantes salidas de gentil hombre. En aquella época era de moda en elocuencia política el poner una imprecación cualquiera en todo discurso sobre las matanzas del día de San Bartolomé. Mirabeau echaba también su imprecación como los demás, pero decía de paso: «El señor almirante de Coligny, que, entre paréntesis, era un primo mío.» El paréntesis era digno del hombre cuyo padre escribía: «En mi familia no hay más que una mancha, que es tener un poco de sangre de los Médicis.—«Mi primo el almirante de Loligny», eso hubiera sido una fanfarronada de mal gusto en la corte de Luis XIV, en la corte del pueblo de 1791 era sublime.

En otra ocasión, también hablaba de su *digno primo el señor guarda sellos*, (1)» pero lo hacía de un modo muy diferente.

El día 26 de septiembre, el rey ofrece a la asamblea su vajilla de plata para atender a las urgencias del Estado. Los del lado derecho se deshacían en admiraciones, éxtasis, y hasta en lágrimas. «Lo que es, exclamó Mirabeau, no lloriqueo tan fácilmente, tratándose de loza de los grandes.»

---

(1) M. ne Barentin, Sesión del 24 de junio de 1789. — *(N. del A.)*

Bello era su desdén, su risa bella, pero su cólera era sublime.

Cuando se había conseguido irritarle, cuando repentinamente se le había clavado uno de esos dardos que hacen dar un brinco al orador y al toro, si esto suponemos, sucedía en medio del discurso, al instante lo abandonaba todo, se desentendía de las ideas aunque estuviesen a medio producir, cuidando muy poco de que viniera al suelo, por dejarla incompleta, la bóveda de los argumentos que había principiado a construír. Allí dejaba bruscamente la cuestión, y se precipitaba con toda la furia de que era susceptible en el nuevo incidente. Y entonces, ¡hay del interruptor! ¡ay del torero que le había arrojado la banderilla! le acometía, le cojía por el vientre, levantábale y le hacía volar por sobre su cabeza, y le pisoteaba. Iba y volvía sobre su cuerpo, aplastándole, moliéndole. Cogía con su palabra al hombre fuera quien fuese, grande o pequeño, malo o nulo, cieno o polvo con su vida, su carácter, su ambición, sus vicios y sus ridiculezes; nada omitía, aporreaba sin piedad a su enemigo en los ángulos de la tribuna, entonces hacía temblar, hacía reir, cada palabra suya era una herida, tenía la ira en el corazón, era soberbio y terrible. Era un furor leonino. ¡El grande y poderoso orador era hermoso, especialmente en esos momentos! ¡Entonces sí que su tempestuoso resoplido hacía agachar las cabezas todas de la asamblea amilanada! Y lo más extraño era, que nunca raciocinaba mejor que cuando estaba aviado. La irritación más violenta, lejos de descomponer su elocuencia a fuerza de sacudimientos, hacía surgir en su mente una especie de lógica superior, y en el furor le acudían las razones decisivas como a otro las metáforas. Ora hiciese rebramar su mortal sarcasmo oídos del pálido Robespierre, aquel desconocido tremendo que más tarde debía tratar las cabezas como Focion trataba los discursos, ora mascase con rabia los dilemas correosos del abate Maury, volviendo a esculpírselos a la derecha cubiertos todavía con la espuma de su cólera, o bien que clavase las garras de su silogismo en la frase

lacia del abogado Target, siempre era grande y magnífico, conservando una majestad formidable que no llegaban a alterar sus movimientos más descompasados. Ya nos lo han dicho nuestros padres; quien no le había visto enojado, no había visto a Mirabeau. En su enojo su genio manifestaba todos sus esplendores. Sentábale bien a ese hombre la cólera como la tempestad al océano.

Y por las palabras mismas, que sin advertirlo, acabamos de escribir, para figurar en lo posible la elocuencia sobre natural de ese hombre, la hemos pintado por la confusión misma de las imágenes de que nos hemos valido. Efectivamente, Mirabeau no se parecía solamente al toro o león, o al tigre, o al atleta, o al águila, al pavo real, al oceano, sino que en una esfera indefinida de metamórfosis sorprendentes, se parecía a un tiempo a todo lo que hemos dicho. Era Proteo.

Para los que le hayan visto y oído, ahora sus discursos no son más que letra muerta. Cuanto era relieve, color, movimiento, vida y alma, todo ha desaparecido. Todo eso se echa de menos hoy en tan hermosas arengas. ¿Dónde está el soplo que arremolinaba todas aquéllas ideas como el huracán las hojas? La palabra es la misma, sí, pero ¿y el gesto? Ahí está el grito, pero ¿el acento? Tenemos el discurso, pero ¿y la comedia de este discurso? Porque, preciso es decirlo, en todo orador hay dos cosas, un pensador, y un cómico. El pensador queda, el cómico desaparece con el hombre. El trágico Talma muere por entero, Mirabeau medio muere.

En la asamblea constituyente había una cosa que no dejaba de asustar a los que observaban atentamente, era la convención. Para el que ha estudiado aquella época es evidente que desde el año 1789 se hallaba ya la convención dentro de la asamblea constituyente. No hay duda que se hallaba sólo en gérmen, en estado de feto. Para el común de las inteligencias aun era algo de indistinto, pero era ya muy terrible para el que supiera ver. Por supuesto cosa insignificante, casi nada, un matiz más oscuro que el color general, como una nota que a veces desentonaba en la orquesta, un estribillo lú-

gubre en un coro de esperanzas e ilusiones, un detalle que para el conjunto presentaba cierta discordancia, un grupo sombrío en un rincón obscuro, algunas bocas que pronunciaban ciertas palabras con un acento particular, treinta notas, nada más que treinta, que algún día debían ramificarse, según una ley de multiplicación terrible en *Girondinos*, en *Llanura* y en *Montaña*; el año 93 en una palabra, punto negro en el límpido horizonte de 89. Pero ese punto negro lo contenía ya todo, el 21 de enero, el 31 de mayo, el 9 de Thermidor, trilogía sangrienta: Buzot, que había de devorar a Luis XVI; Robespierre, que había de devorar a Buzot; Vadier, que había de devorar a Robespierre, resultando de aquí una trinidad siniestra. De esos hombres, aun los más oscuros y medianos, como por ejemplo Hebrard y Putraink, tenían en las discusiones cierta sonrisa estraña, como si guardaran para más adelante, para lo venidero, algún pensamiento que no decían. En nuestro sentir, no sería malo que el historiador tuviera microscopio para examinar la formación de un congreso en el seno de otro congreso. Esa preñez se reproduce muy a menudo en la historia, y nos parece que aun no se ha observado cual corresponde; no era a buen seguro un detalle sin importancia en la superficie del cuerpo legislativo aquella excrecencia misteriosa que contenía el cadalso de todo un rey de Francia. El embrión de la convención en las entrañas mismas de la asamblea constituyente, debía de ser algo muy notablemente monstruoso, como si dijéramos un huevo de buitre por el águila.

Por eso, a algunos hombres superiores les atemorizaba la presencia de aquellos individuos impenetrables, que parecían reservarse para otra época. Ya echaban de ver, bien que muy confusamente, que no faltaban huracanes en aquellos pechos a pesar de que sólo dejasen escapar de vez en cuando alguna ráfaga. Decíanse en sus adentros si llegarían a desencadenarse algún día aquellos aquilones, y en ese caso, que sería de los elementos esenciales de la civilización que la revolución

del año 89 había dejado en pie. Rabaut-Saint-Etienne, que creía acabada la revolución, y lo decía en voz alta, olfateaba no obstante con algún recelo a Robespierre que no la creía principiada y lo decía en voz baja. Los destructores presentes de la monarquía temblaban ya ante los destructores futuros de la sociedad. Esos hombres, como todos los que están seguros de que el porvenir era suyo, eran altivos, sombríos, adustos, y el más ínfimo de todos ellos codeaba con desdén a los miembros más principales de la asamblea. Los más nulos lanzaban, según les dictaba su capricho y humor, interrupciones insolentes a los más graves oradores, y como ya se principiaba a vislumbrar que tendrían su representación en los acontecimientos que de un momento a otro pudiesen surgir, nadie osaba replicarles. Y entonces, cuando la asamblea venidera hacía temblar a la que ya existía, entonces se manifestaba con esplendor el poder escepcional de Mirabeau. Conociendo su omnipotencia, bien que sin saber que hiciese una cosa tan grande, gritaba al grupo siniestro que interrumpía sin miramientos a la constituyente: «¡Silencio, esos treinta!» y la futura convención enmudecía.

Aquel antro de Eolo pero permaneció quedo y reprimido mientras Mirabeau le tuvo el pie sobre la tapa.

Muerto Mirabeau, todas las intenciones anárquicas saltaron la valla.

Sin embargo creemos que Mirabeau murió oportunamente. Después de haber desencadenado tantas tempestades por el Estado, no hay duda que pudo por algún tiempo comprimir con su solo peso todas las fuerzas divergentes a las cuales estaba reservado el acabar con el desmoronamiento que él había comenzado; pero por esa misma compresión iban condensándose más y más, y un día u otro, más o menos lejano, debía hallar la expresión revolucionaria una salida, y arrojar muy lejos a Mirabeau, por muy gigante que fuese.

Concluyamos.

Si tuviéramos que describir a Mirabeau en pocas pa-

labras, diríamos: Mirabeau no es un hombre, tampoco es un pueblo, es un acontecimiento que habla.

¡Un acontecimiento inmenso! la caída de la forma monárquica en Francia.

Con Mirabeau, no eran posibles la monarquía ni la república. Excluíale la monarquía por su orden gerárquico, la república le excluía por su rasero. Es Mirabeau un hombre a quien se ve pasar en una época de preparación. Para que el velámen de Mirabeau pudiera desplegarse en toda su anchura, se requería que la atmósfera social se hallase en aquel estado particular en el que nada preciso y arraigado en el suelo resiste, en el que cualquier obstáculo que al vuelo de las teorías se opusiere se quita fácilmente; en el que los principios que algún día constituirán el fondo sólido de la sociedad futura se hallan todavía en suspensión, con poca forma aun y poca consistencia. Toda institución establecida tiene sus respectivos ángulos, en cuya dureza tal vez el genio de Mirabeau se hubiera roto el ala.

Mirabeau tenía un gran tacto respecto a las cosas, y a los hombres. No hizo mas que llegar a los Estados generales, y se puso a observar muy detenidamente y en silencio, en la asamblea y fuera de ella, el grupo de los partidos a la sazón tan pintoresco, Penetró la insuficiencia de Mounier, de Malouet y de Rabaut-Saint-Etienne que se afanaban trás una constitución a la inglesa. Juzgó con frialdad la pasión de Chapelier; la cortedad del ingenio de Petión, el énfasis literario de Volney; y también el abate Maury que necesitaba una posición, a Despremenil y a Adriano Duport, parlamentarios de mal humor y no tribunos :a Roland, aquel cero cuyo guarismo era su mujer; al obispo Gregorio, que se hallaba como en estado de somnambulismo político. Al instante caló el fondo de Sieyes, a pesar de que era tan poco penetrable. Embriagó con sus ideas a Camilo Desmoulins, cuya cabeza no tenía la suficiente fuerza para soportarlas. También fascinó a Danton, habiendo entre los dos mucha semejanza, bien que Danton fuera

a los Guillermy, los Lautrec, y los Cazalés, especies de caracteres insolubles en las revoluciones. Presintió que todo iría tan a prisa que no había que perder tiempo. Además, como era valeroso en extremo, sin temer nunca al hombre del día, cosa bastante rara, ni al del día siguiente, cosa más rara todavía, toda su vida fué atrevido con los hombres poderosos; en su tiempo atacó sucesivamente a Maupeon y Terray, a Calonne y a Necker. Se acercó al duque de Orleáns, no hizo más que tocarle, y le dejó, desde luego, despreciándole por su doblez y poca firmeza. A Robespierre le miró cara a cara, y de través a Marat.

Había sido encerrado sucesivamente en la isla de Rhé, en el castillo de If, en el de Joux, en el fuerte de Vincennes. Con la Bastilla llegó a vengarse de todas esas cárceles.

En sus prisiones solía leer a Tácito, devoraba al historiador romano, con él se nutría, y así que llegó a la tribuna en 1789, aun estaba llena su boca de ese fuétano de león. Ya se echó de ver en las primeras palabras que pronunció.

Con todo, no acertaba a comprender lo que querían Robespierre y Marat. Al primero le tenía por un abogado sin procesos, y al otro por un medico sin enfermos imaginando que solo el despecho y la envidia les hacía divagar, opinión que acaso no dejaba de tener sus visos de exactitud. El nunca se volvía para mirar las cosas que a pasos tan precipitados iban llegando detrás de él. Lo mismo que todos los regeneradores radicales, tenía fija la vista en las cuestiones sociales mucho más que en las políticas. La obra suya no es la república, es la revolución.

La mayor prueba de que es el grande nombre verdadero de aquella época, se tiene en que ha quedado más grande que ninguno de los demás hombres que fueron brillando después de él en el mismo orden de ideas.

Su padre, quien no alcanzaba a comprenderle, como la asamblea constituyente tampoco alcanzaba a comprender a la convención, decía de él: «Este hombre no es

menos grande y aun más feo. No intentó cautivar ni el fin ni el principio de un hombre.» Tenía razón. «Este hombre» era el fin de una sociedad y el principio de otra.

Mirabeau no es menos importante para la obra general del siglo XVIII que Voltaire. Esos dos hombres tenían misiones semejantes, destruir las cosas antiguas y preparar las nuevas. El trabajo del uno fué continuo, y le ocupó a la faz de Europa durante toda su larga vida. El otro no ha estado en la escena más que unos cortos momentos. Para su común tarea, a Voltaire le fué dado el tiempo por años, y a Mirabeau sólo por días. No obstante, no ha hecho menos Mirabeau que Voltaire. No hay sinó que el orador se vale de un procedimiento diferente del que emplea el filósofo. Cada uno atacó a su modo la vida del cuerpo social. Voltaire descompone, Mirabeau aplasta. El procedimiento de Voltaire es en cierto modo químico, el de Mirabeau es enteramente físico. Después de Voltaire, una sociedad se halla en disolución, después de Mirabeau en polvo. Voltaire es un ácido, Mirabeau es una maza.

VII

Y ahora, si para completar el conjunto del bosquejo que hemos procurado delinear, dirigimos una mirada desde Mirabeau y su época hasta nosotros, no será muy difícil echar de ver, atendido el grado en que hoy se halla el movimiento social principiado en 1789, que ya no tendremos a hombres como Mirabeau, sin que por eso pueda decirse a punto fijo cual será la forma de los grandes hombres políticos que nos dará el porvenir.

Hombres como Mirabeau ya no son necesarios, y como la providencia no crea a hombres semejantes si han de ser inútiles, por eso mismo son ya imposibles. Semilla como esa ni el mismo Dios la desperdicia.

Efectivamente, ¿de qué podría servirnos ahora un Mirabeau? Un Mirabeau es un rayo. Y ¿qué hay para ser fulminado? ¿Dónde están en la región política los objetos tan encumbrados que atraigan al trueno? No estamos ya en 1789, cuando tantas cosas había desproporcionadas en el orden social.

Ahora el suelo está, a corta diferencia, nivelado; todo está lleno y unido. Una tempestad como Mirabeau que pasase por encima de nosotros, no hallaría una sola altura en que cebarse.

No diremos por eso que, aunque no necesitemos ya a un Mirabeau, estén ya de más los grandes hombres. Muy al contrario, todavía hay mucho que trabajar.

En el momento en que nos hallamos, el partido del porvenir se divide en dos clases: los hombres de revolución y los hombres de progreso. Los hombres de revolución desgajan la antigua tierra política, abren el surco y echan la semilla; pero su faena dura poco. Los hombres del progreso se encargan de la cultura lenta y laboriosa de los principios, a ellos pertenece el estudio de las estaciones propicias para el ingerto de tal o cual idea, el trabajo cotidiano, el riego de la planta joven, el abono de la tierra, la cosecha para todos. Aguantando el calor o la lluvia, andan encorvados y sufridos por el campo público, despedregando el suelo cubierto de ruinas, estirpando los troncos muertos de lo pasado que todavía de vez en cuando interceptan el paso en los caminos, descepando hasta las raíces muertas de los antiguos regímenes, escardando los abusos, esa hierba dañina, esa cizaña que nace y medra con tanta prontitud en todas las lagunas de la ley. Para eso es menester que tengan buen ojo, seguro el pie y la mano firme. ¡Son jornaleros dignos y concienzudos sin duda alguna, a quienes a menudo se recompensa muy mal!

Ahora bien, los hombres de revolución, a nuestro entender, han dado cima a su labor, que dejen pues ahora trabajar a los hombres del progreso. Después del surco venga la espiga.

Mirabeau es un grande hombre de revolución, ahora hemos menester al grande hombre del progreso.

Ya le tendremos. Tiene la Francia una iniciativa sobrada importante en la civilización del orbe, para que llegue a verse falta de hombres especiales. La Francia es la madre majestuosa de todas las ideas que a estas horas en todos los pueblos se hallan en misión. Bien puede decirse que desde hace dos siglos la Francia alimenta al mundo con la leche de sus pechos. La gran nación tiene la sangre rica y generosa, y fecundas las entrañas; es inagotable en cuanto a procrear genios, saca de su mismo seno todas las grandes inteligencias que le hacen falta, nunca carece de hombres que se hallan a la altura de los acontecimientos, y a su tiempo tiene a mano un Mirabeau para dar principio a las revoluciones, y un Napoleón para darlas fin.

A buen seguro que no le ha de negar la providencia el grande hombre social, y no exclusivamente político que para el porvenir se necesita.

Y mientras le estamos esperando, no negaremos que nuestros actuales hombres históricos, con pocas escepciones, son por ahora asaz pequeños; es por cierto muy triste, que los grandes cuerpos del estado carezcan de ideas generales y de simpatías extensas; es, por cierto lamentable que se gaste en remiendos el tiempo que debiera emplearse en construcciones; es por cierto extraño el no tener presente que la verdadera, la única soberanía, es la de la inteligencia; que ante todo es menester ilustrar a las masas, y que sólo cuando sea inteligente, el pueblo, llegará a ser soberano; es por cierto afrentoso el que las magníficas premisas del año 1789 nos hayan traido algunos corolarios que recuerdan la terminación de la bella sirena en cola de pescado, y que hayan venido tantos botarates a pegar pobremente leyes de yeso en ideas de granito; es por cierto deplorable que la revolución francesa al venir al mundo haya sido tan mal cuidada; todo eso es muy cierto, pero nada irreparable se ha hecho todavía, ningún principio esencial se ha ahogado en el parto revolucionario; no ha habido aborto alguno; todas las ideas importantes para la civilización futura han nacido vivideras, y siguen creciendo, a pesar de todo, en robustez, estatura y lozanía. Verdad es que al llegar el año 1814, todas esas ideas, hijas de la revolución, eran aun muy niñas, aun estaban del todo en su infancia, y es forzoso convenir en que la restauracion borbónica fué para ellas escasa y triste nodriza. Con todo, a ninguna pudo dar la muerte. El grupo de los principios ha permanecido completo.

Hoy todo puede criticarse, no hay duda; pero el varón prudente y reflexivo debe mirar a nuestra época con alguna benevolencia. Debe esperar y tener confianza. A los hombres de teoría debe tenerles en cuenta la lentitud con que las ideas fructifican; a los hombres de práctica, ese íntimo y útil apego a las cosas que existen, sin el cual la sociedad se vería desorganizada con experimentos harto frecuentes; a las pasiones, sus fecundantes y generosas digresiones; a los intereses, sus cálculos que a falta de creencias tienen vinculadas entre sí a las clases; a los gobiernos, los pasos que dan a oscuras andando a tientas hacia el bien; a las oposiciones el aguijón que tienen constantemente en la mano y que obliga al buey a seguir adelante con su arado; a los partidos medios, la templanza que procuran en las transiciones; a los partidos extremos, la actividad que imprimen a la circulación de las ideas, las cuales son la sangre misma de la circulación; a los amigos de lo pasado, la asiduidad con que cuidan de algunas raices vividas; a los entusiastas del porvenir, su amor a esas flores hermosas que algún dia llegarán a ser hermosos frutos; a los hombres de edad madura, su moderación; a los jóvenes, su paciencia; por fin, tenerles en cuenta a unos lo que hacen, y a otros lo que quieren hacer; y a todos la dificultad y el trabajo que hay en cada cosa de por sí.

Por lo demás, tampoco negaremos cuanto tiene de revuelta y tempestuosa la época en que vivimos. La mayor parte de los hombres ocupados en cosas del Estado,

ni siquiera saben lo que hacen. Están trabajando de noche y sin luz. Mañana, al ser de día, tal vez se quedarán no poco sorprendidos por su obra; contentos o espantados, ¡quién sabe! En la ciencia política ya nada hay que sea cierto y seguro, todas las brújulas se han perdido, la sociedad quiere ir a puerto y ponerse en salvamento; en el espacio de veinte años ya se le ha mudado tres veces ese palo mayor que llaman *la dinastía* y que siempre es el primero en ser herido del rayo.

En nada se nos revela aun la ley definitiva. El gobierno, cual ahora se halla, no es la afirmación de ninguna cosa; la imprenta, que no por eso deja de ser tan grande y tan útil, sólo es una negación perpetua de todo. Aún no se ha redactado con claridad y precisión ninguna fórmula de civilización y de progreso.

La revolución francesa ha habierto un libro inmenso para todas las teorías sociales, como si dijéramos un gran testamento. En el ha escrito Mirabeau su palabra, Robespierre la suya y Napoleón la suya. Luis XVIII le ha puesto un borrón. Carlos X ha rasgado la página. La cámara del 7 de agosto ha vuelto a pegarla en lo posible, pero nada más. Ahí está el libro, ahí está la pluma; ¿quién será osado a escribir? Aunque nuestros hombres actuales no parezcan efectivamente gran cosa, debe no obstante el pensador dirigir una mirada investigadora a esa ebullición social tan perceptible.

Por nuestra parte, tenemos una confianza imperturbable.

¿Y quién no presiente en su interior, que dentro de ese tumulto y esa tempestad, en medio de esa lucha de todos los sistemas y de todas las ambiciones que tanta humareda levanta, bajo ese velo que todavía oculta a nuestros ojos la estatua social y providencial que a penas está en bosquejo, detrás de esa densa nube de teorías, de pasiones, de quimeras que están cruzando y chocando entre si en esa especie de horizonte brumoso que atraviesan con sus relámpagos, por entre ese ruido de la voz humana que está hablando a un tiempo todas las

lenguas, bajo ese violento torbellino de cosas, de hombres e ideas que llaman el siglo XIX, ¿quién no presiente en su interior, repetimos, que algo grande se está ejecutando?

Dios sin inmutarse hace su obra.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B. BAUZA, editor.—Aribau, 175-179. — BARCELONA

BIBLIOTECA DE SPORTS Y JUEGOS

Indispensable a todo buen sportman

TOMOS PUBLICADOS:

¿QUIERE USTED JUGAR AL FOOT-BALL?
MODO DE ENTRENARSE EN EL FOOT-BALL
PARA SER BUEN JUGADOR DE FOOT-BALL.
MODO DE DEFENDERSE SIN ARMAS
¿QUIERE USTED JUGAR AL BILLAR?
EL BOXER INGLES Y EL BOXER FRANCES
¿QUIERE USTED JUGAR AL AJEDREZ?
LA ESGRIMA DEL FLORETE, ESPADA Y SABLE
¿QUIERE USTED JUGAR AL LANWN-TENNIS?
¿QUIERE USTED JUGAR AL TRESILLO?
¿QUIERE USTED SER FUERTE? (La gimnasia sin aparatos).
LA GIMNASIA CON APARATOS
PARA SER AVIADOR.
¿QUIERE USTED SER ATLETA? (El atletismo).
¿QUIERE V. SER CAMPEON? (Lucha greco-romana)

Todos los tomos van profusamente ilustrados con multitud de fotografías y planos de las posiciones, actitudes y jugadas más importantes.

Precio de cada tomo: una peseta.

CRISTO EN EL VATICANO

TEXTO FRANCÉS

ATRIBUIDO A

VICTOR HUGO

TRADUCCION ESPAÑOLA

y notas de

Micrófilo

SEVILLA
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 2.
1888

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B. BAUZA, editor.—Aribau, 175-179. — BARCELONA

BIBLIOTECA DE SPORTS Y JUEGOS

Indispensable a todo buen sportman

TOMOS PUBLICADOS:

¿QUIERE USTED JUGAR AL FOOT-BALL?
MODO DE ENTRENARSE EN EL FOOT-BALL
PARA SER BUEN JUGADOR DE FOOT-BALL.
MODO DE DEFENDERSE SIN ARMAS
¿QUIERE USTED JUGAR AL BILLAR?
EL BOXER INGLES Y EL BOXER FRANCES
¿QUIERE USTED JUGAR AL AJEDREZ?
LA ESGRIMA DEL FLORETE, ESPADA Y SABLE
¿QUIERE USTED JUGAR AL LANWN-TENNIS?
¿QUIERE USTED JUGAR AL TRESILLO?
¿QUIERE USTED SER FUERTE? (La gimnasia sin aparatos).
LA GIMNASIA CON APARATOS
PARA SER AVIADOR.
¿QUIERE USTED SER ATLETA? (El atletismo).
¿QUIERE V. SER CAMPEON? (Lucha greco-romana)

Todos los tomos van profusamente ilustrados con multitud de fotografías y planos de las posiciones, actitudes y jugadas más importantes.

Precio de cada tomo: una peseta.

CRISTO EN EL VATICANO

TEXTO FRANCÉS

ATRIBUIDO A

VICTOR HUGO

TRADUCCION ESPAÑOLA

y notas de

Micrófilo

SEVILLA
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 2.
1888

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL LECTOR

Todo libro tiene su historia, más ó menos interesante; pero de indudable importancia para el que quiere formar acertado juicio de aquello que lee; porque no deben ser apreciadas, por ejemplo, de igual modo, sin cometer una injusticia manifiesta, las obras que emprende la ociosidad, con tiempo sobrado y medios suficientes para el buen desempeño de las mismas, y las que traza la obligación, contando los minutos y sin otros materiales que los que puede suministrar el propio entendimiento, solicitado, tal vez con más ahinco, por atenciones extrañas á la materia en que se ocupa, que por los asuntos de que ha de tratar necesariamente.

Por eso imagino que el que publica una obra debe comenzar refiriendo la historia de la misma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La de la traducción que sigue es sencilla y breve.

Dióme el encargo de escribirla un autor afamado, por entonces muy mi amigo: encargo que él, según me dijo, recibió de no sé qué sociedad.

Cumplí el mío del mejor modo que supe; es decir, escribí en español—no me atrevo á decir en castellano—el pensamiento, y hasta la frase en muchas ocasiones, del autor francés, si bien no tan servilmente que me olvidase, por ceñirme al original, de que escribía para españoles; tampoco de aquella irrespetuosa manera peculiar á los traductores católicos, santos inclusive, que fuerzan los textos á decir todo lo que á los traductores les conviene y sólo aquello que á su interés hace ó no perjudica, sin que se les importe un bledo el ir contra lo que clara y manifiestamente dicen el espíritu y la letra del mismo Espíritu Santo. Discúlpelo en ellos quien con ellos comulgue y convenga, por ende, en la inmoral presunción de que el fin justifica los medios, que yo no he de acreditar con mi conducta el acierto con que el refrán italiano equipara á los traductores con los traidores.

Desde que se comienza la lectura de *Cristo en el Vaticano* échanse de ver los propósitos y tendencia del autor, hostiles al catolicismo, no

al cristianismo, desde cuyo punto de vista se observan y combaten los vicios á que rinde culto la Iglesia romana, so color de ser la única depositaria de las doctrinas del Nazareno; cuyas doctrinas entienden y practican los católicos á la manera que las de la Ley Antigua entendían y practicaban los escribas y fariseos. Por eso el autor de *Cristo en el Vaticano*, inspirándose en la enseñanza evangélica para condenar la ostentación, la avaricia, la crueldad, la ambición, la idolatría y todos los vicios en los príncipes de Roma encarnados, se vale de un tan sencillo como ingenioso y eficaz recurso: de las mismas armas en que el catolicismo apoya sus pretensiones: del Evangelio, cuyos preceptos y máximas puestos nuevamente en boca de Jesús, racionalmente interpretados y aplicados á la Iglesia católica, constituyen la más severa crítica de cuantas ha merecido la torpe conducta de los obispos de Roma y la de sus interesados y necios defensores; pues, como dice muy bien el autor de los *Estudios sobre la historia de la humanidad* (1), «comparar la realidad con el ideal evangélico es una verdadera sátira contra el Papado.»

(1) LAURENT, *La Iglesia y el Estado en los países católicos*, 2.ª parte de la décimaoctava de sus *Estudios*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para probar que ni el carácter evangélico de Jesús, ni las palabras á él por los evangelistas atribuidas están falseados, cosa que fácilmente presumiría y afirmaría el fanatismo católico, tan osado como ignorante, he añadido al texto las notas, sacadas de las ediciones que sanciona la Iglesia: no porque sean las mejores, ni siquiera las más veraces, sino porque cumplen mejor á mi propósito.

Numerosas manadas de católicos, para valerme de sus mismas expresiones, han tenido ocasión de observar, no hace mucho, cómo vive el pobrecito prisionero del Vaticano, el humilde pastor de los borregos de Cristo, el siervo de los siervos de Dios. Digan sinceramente si la regia morada y las fastuosas costumbres del Vicario de Cristo, no les parecieron una procaz insolencia al pensar en la humilde cabaña de Pedro el pescador, y en el orgullo con que el Maestro se jactaba de no tener dónde reclinar la frente; y si el contraste singularísimo que patentiza la observación no les movió á exclamar, como al Jesús de *Cristo en el Vaticano:*

¡Pardiez, en un palacio
De plata y oro vive; yo no tuve
Do reclinar la frente en más de un paso:
Aquí el pobre es la nota discordante;

Pobreza y caridad yo predicando,
Jamás tuve otros guardias que los guardias
Que mi túnica rota se jugaron:
Éste manda al patíbulo á los reos;
Yo fuí reo al patíbulo arrastrado,
Y si es verdad que así me representa
Con su pompa triunfal este.... fulano,
Preciso es convenir, por vida mía,
En que no estoy muy bien representado!

Y hechas estas aclaraciones, que he considerado pertinentes á mi objeto, réstame, para concluir, manifestar mi opinión acerca de un punto de esencial interés.

¿Quién es el autor de *Cristo en el Vaticano?*

Los traductores españoles de dicha obra han dado por hecho que su autor es el ilustre Víctor Hugo: en Francia mismo corre con algún crédito la especie; pero el inmortal autor de *Los Miserables* niega serlo de *Cristo en el Vaticano*, según afirma el editor del texto francés que he seguido.

Ni Víctor Hugo echa sus hijos á la inclusa, ni es justo poner en duda las palabras de un hombre tan veraz.

Tal es mi opinión.

MICRÓFILO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRISTO EN EL VATICANO

Pese á todo el respeto que tenía
Á su Padre, Jesús en cierto día
Sin descanso en el Cielo bostezaba:
La beatitud eterna le aburría,
La celestial mansión le fastidiaba.

—

Y al Cielo ver subir le desespera
Siempre antigua oración, nunca sincera,
Ni á él dirigida, y que el glotón casulla
No le reza la misa, la farfulla
Si un buen almuerzo al oficiante espera.

—

Ni el Padre ni el Espíritu por eso
Libran mejor.—¿Qué es esto,—preguntaba
Jesús,—acaso el hombre no ha entendido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRISTO EN EL VATICANO

Pese á todo el respeto que tenía
Á su Padre, Jesús en cierto día
Sin descanso en el Cielo bostezaba:
La beatitud eterna le aburría,
La celestial mansión le fastidiaba.

—

Y al Cielo ver subir le desespera
Siempre antigua oración, nunca sincera,
Ni á él dirigida, y que el glotón casulla
No le reza la misa, la farfulla
Si un buen almuerzo al oficiante espera.

—

Ni el Padre ni el Espíritu por eso
Libran mejor.—¿Qué es esto,—preguntaba
Jesús,—acaso el hombre no ha entendido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ó ha olvidado mi culto? Su esperanza
En vírgenes y santos sólo prueba
Que, al revés entendiendo mis palabras,
El ídolo conserva y cambia el nombre:
Cual otras veces multitud pagana,
Corre hoy la muchedumbre á prosternarse
Ante los que ella misma fabricara,
Ídolos de oro, mármol ó madera.
Otro es mi culto, sí; mas ¿cómo pasa
Esto, cuando hay en Roma un Santo Padre,
Mi vice-Dios dijera, á creer la fama? (I)
Quien debe sostener entre los pueblos
Mi prestigio, ¿traidor será á mi causa?
¿Habrá absorbido el paganismo torpe
La vieja y pura religión cristiana?
Bueno será saberlo; sin demora
Es menester que para Roma parta
Y examine lo que hace el tal Vicario:
Si cuida mis negocios ó si guarda
Para él solo tal vez el noble culto
Que á mí la fe piadosa destinara.
Dejaré la divina, que es preciso,
Y tomaré naturaleza humana,
Y el traje humilde que llevé en Judea,
Cuando un gobernador, con mano airada,
Me detuvo; que al verme en otra guisa,
Nadie que soy Jesús adivinara.

Y dicho y hecho: el Divino
Maestro emprende la marcha:
Llega á Roma y en la puerta
Del Vaticano se pára.
Pregunta allí dónde vive
El Padre Santo, y *me engañan*,
Piensa cuando *aquí*, le dicen
Señalando al regio alcázar.
—¡Ah,—murmura,—en el establo
En que nací, no soñara
Que á lograr llegase Pedro
Tan opulenta morada!

—

Va á entrar, apesar de ello; mas cruza los umbrales
Y al punto le detiene, con ásperos modales,
Un guardia, el arma al brazo, vestido de oro y seda:
—¡Alto! Mostrad el pase, ¿imagináis que pueda
Sin él entrar ninguno? Los duques de alto porte,
Que humildemente llegan al Papa á hacer la corte,
Permiso necesitan, bien de él ó el Camarero.
¿Y piensas que un pobrete, que no tendrá dinero,
Según de tu calaña pudiera colegirse,
En este sacro alcázar lograra introducirse?
¡Bah, bah, *servum servorum* no quiere tu homenaje; (II)
Palurdos no recibe de tu infeliz pelaje!

—

Atónito Jesús, no alcanza la razón
De aquel recibimiento tan franco y tan cordial,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y piensa que sin duda habrá entendido mal,
Ó que se inicia un tiempo de gran persecución;
Que un César enemigo castiga á los cristianos
Y vuelve los altares á levantar paganos.
Así Jesús se explica tan singular misterio:
«El Padre Santo gime en duro cautiverio,
Y aquestos arrogantes soldados, de aire esquivo,
Serán los carceleros del mísero cautivo.»

—

¡Qué cándido corazón!
Sólo Jesús dar podría,
Cegado por su hidalguía,
Tan errónea explicación.

—

—Jesús soy, hijo mío,—le dice al mercenario;—
Y vengo desde el Cielo á ver á mi Vicario,
Á quien sin duda un César, que á Júpiter defiende,
En calabozo obscuro martirizar pretende,
Cual otro hizo al primero regar con sangre y llanto
Prisiones que debieran causar rubor y espanto.—

—

El suizo repetía,
Por sí ó por nó, un Padre nuestro,
Aunque honra tanta creía
Que no se la merecía
La pobreza del Maestro.

—

—Os engañáis, Jesús, el Papa es César;
Su morada ordinaria este palacio;
Á él tan sólo guardamos los suizos,
Y á nadie en las prisiones encerramos
Sino al que manda el vice-Dios; alguno (III)
De herética maldad contaminado;
Mas es para bien de ellos solamente,
Aunque el culto á la vez se honre cristiano.
Se ahorcan algunos, sí.... mas yo soy bueno,
Y, ya lo veis, Señor, pienso ayudaros:
Aquella es la escalera del servicio;
Conduce al aposento del criado
Que anuncia las audiencias; si agradarle
Conseguís, hablaréis al Padre Santo.—
Á casa de Caifás piensa de nuevo
Subir Jesús.—Pardiez, en un palacio
De plata y oro vive; yo no tuve
Do reclinar la frente en más de un paso: (IV)
Aquí el pobre es la nota discordante;
Pobreza y caridad yo predicando,
Jamás tuve otros guardias que los guardias
Que mi túnica rota se jugaron: (V)
Éste manda al patíbulo á los reos,
Yo fuí reo al patíbulo arrastrado,
Y si es verdad que así me representa
Con su pompa triunfal este.... fulano,
Preciso es convenir, por vida mía,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En que no estoy muy bien representado!—

—

Y mientras así murmura,
Va subiendo la escalera
Y da al fin en una rica,
Vasta y brillante meseta,
Á do se abre de gran sala
Alta y anchurosa puerta.
Cree Jesús que en un mercado
Ó inmenso bazar penetra
De innumerables objetos
De hermosura fraudulenta,
Y donde, al comprar alguno,
Salir engañado es fuerza.
Vense huesos carcomidos,
Y vense medallas nuevas;
Unos que el olfato ofenden,
Otras que la vista alegran.
Dependientes numerosos,
Despabilados horteras,
Con la vista en todas partes,
Hacen paquetes, que entregan
Al parroquiano, y reciben
En cambio muchas monedas.
No cabe duda, es la sala
El mostrador de una tienda.
El principal empleado,

Que desde pies á cabeza
Viste color de escarlata,
Cuando ve que Jesús entra,
Al verle tan miserable,
Ruge airado, con voz hueca:

—

—¿Qué es esto? ¿Cómo ha osado un pobre vagabundo
Atropellar la casa del gran señor del mundo?
¿Cómo entraste? ¿Qué quieres? ¿Tal vez de algún pecado,
Que al vice-Dios por grave se tenga reservado, (VI)
Perdón á implorar vienes, fiado en su clemencia,
Y es tu aire de mendigo, disfraz de penitencia?

—

Vamos, ¿es esto? ¿Qué dices?
Respóndeme, ¿qué te falta?
¿Asesinastes alguno,
Y, del peligro la cara
Esquivando, tu puñal
Le clavaste por la espalda?
¿Empuñaste arma homicida
Y á tu padre, con airada
Mano, le diste la muerte,
Ó á tu madre? ¿Es que tu hermana
Violaste, como hombre astuto,
Ó la hija de tus entrañas?

—

¿Traes muchos cuartos? Espera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces con fe sincera;
La romana autoridad
Te absolverá de cualquiera
Humana debilidad.

—

¿Quieres *agnus*, cirios, cruces?
¿Algún rosario bendito,
Aun mejor que si lo hubiera
Consagrado Jesucristo?
¿Comer de carne en Cuaresma?
¿De santos del paraíso
Auténticas y preciadas
Reliquias? Pues, pronto, dilo;
Abre la repleta bolsa;
Verás que ni por el mismo
Emperador de Austria hacemos
Más que por tí, si eres rico.

—

Si no puedes pagar, véte ligero,
Porque una bula, de papal clemencia,
Nos prohibe dar nada sin dinero:
Á nos el rico, al diablo la indigencia.

—

—Hé aquí buenos oficios, dignos empleos,—
Jesús dijo;—de cierto, por vida mía,
Que hubieron más vergüenza los fariseos.
Aquí no son cristianos, mienten; sería

Su desvergüenza infame, si aqueste inmundo
Tráfico, con que roban á todo el mundo,
Con mi nombre encubrieran.... pero veamos
Hasta el fin las maldades que tropezamos
Recorriendo las cuevas de este escondrijo:
«Como sólo dispongo de horas contadas
Al Papa ver quisiera pronto,»—le dijo
Al cardenal que vende preciosos.... nadas.

—

—¿Hablar al Papa? ¡Cielos! ¿Se burla este perdido?
¿Piensas que su babucha, á inmundos granujillas
De tu infeliz aspecto, les fuera permitido
Besarla de rodillas?
¿Oíste que se calza los pies el Padre Santo
Para tí? Te engañaron lo mismo que un bonete.
Si un calabozo obscuro no quieres con tu llanto
Regar muy pronto, véte.

—

—Mira, sacerdote, quiero
Librarte de un necio error:
Mi traje de pordiosero
Esconde á tu amo y señor.

—

Yo soy Jesús, ¿podré, dí,
Á tu Padre Santo ver,
Cuando tan sólo por mí
Tiene todo su poder?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Tú Jesús?—interrumpe el sandio cura.—
Me gusta la salida, y que me ría
Deja, buen hombre, en paz de tu locura.

—

Pues qué, el Dios de los Cielos ¿vestiría
Tus mugrientos andrajos; tu piadoso
Aspecto melancólico tendría,

—

Y tu pobre conjunto, signo odioso
De una miseria en Roma condenada
Al Transtevere? Hablaras, cuidadoso, (VII)

—

Verdad, como hombre honrado, y denegada
Fuera tu pretensión, vano tu anhelo,
¡Hablar al Padre Santo! ¡Pues no es nada...!

—

Negocios solicitan hoy su celo
En los que hay que pensar con más urgencia
Que en Cristo, en el breviario y en el Cielo.

—

Rumanía se agita; á la violencia
Del viento de infernales rebeliones,
Que las baten sin tregua ni clemencia,

—

Abandonadas ve las Legaciones;
El poder temporal huye ligero:
¿Halláis más importantes atenciones?

El cuidar de este bien, ¿no es lo primero?
Y si fueseis Jesús, de haber llevado
Tal desaire, culpaos, si sois sincero.

—

¿Por qué no aparecisteis rodeado
De todo el esplendor de vuestra gloria?
¡Entonces, ay, entonces con qué agrado

—

Os hubiéramos visto; qué victoria
Ganada contra el bárbaro enemigo
Que nuestra fe moteja de ilusoria!

—

¡Mas cómo aparecéis! De cierto os digo
Que fuérais Dios, y nadie os conociera
Aquí con esa facha de mendigo;

—

Pues hasta el Papa, al ver de tal manera
Vuestra pobre persona perjeñada,
Vergüenza de tal Dios sólo sintiera:
Ved, pues, si os cierro con razón la entrada.—

—

Aun hablaba el cardenal
Y ya Jesús, transformado
Como en el Tabor, austero
Lanza de sus ojos rayos:
Rayos de cólera santa,
De aquella que sintió airado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando á viles mercaderes
Hostigaba á latigazos
Arrojándolos del templo. (VIII)
Si al pronto los publicanos
Le miraban atrevidos,
De infame insolencia hinchados,
Ahora, en cobarde silencio,
Esperan que surja el rayo
De la tempestad, que ruge
De Dios en el pecho santo,
Y que estalla con terrible,
Trémulo acento de airado.

—

—¡Ay de vosotros, —grita,—la raza de reptiles! (IX y X)
¡Ay de vosotros, —dice,—los sacerdotes viles!
¡Ay de aquellos que explotan la fe de sus hermanos;
Fariseos que usurpan el nombre de cristianos,
Y con engaños velan las santas leyes mías,
Y manchan mis altares con mil idolatrías!
¿Habrá que recordaros lo que mi ley ordena?
¡Ciegos, guías de ciegos, huid de mí con pena! (XI)
¿Habrá que recordaros que yo pasé la vida,
El amor, la modestia, la paz, siempre querida,
Y el perdón predicando, á más de la esperanza
En Dios, eterna fuente de eterna bienandanza,
Y todas las virtudes que echásteis en olvido?
Decid, falsos cristianos, decid, ¿cuándo he sufrido,
En mi humilde existencia, que alguno, reverente,

Me aplicase los nombres de grande ó eminente
Con que os hincháis? ¿Vestíme de púrpura ó de oro?
¿Con el sudor del pobre aumenté mi tesoro?
Subido en una burra—pensarlo os avergüenza—(XII)
Jerusalén miróme, y hoy ven, sin que les venza
El rubor, conducido su Jefe los cristianos
En andas de oro y seda que llevan sus hermanos...
Y me sorprende cómo, de orgullo al verle lleno,
Aun les consiente libres andar de silla y freno.

—

¡Ved cómo siguen mis leyes;
Ved cómo toman mi ejemplo!
¿Quién de vosotros, humilde,
Llegó á cumplir mis deseos,
Dando la capa al que roba
La túnica? Nó; por ellos, (XIII)
Por los tesoros mundanos,
Diérais mil veces el Cielo.
Altar es de la codicia
Vuestro corazón, dispuesto,
Como vuestras manos viles,
Á moverse por dinero,
Y en tanto del desvalido
Jamás os conmueve el ruego;
Sacerdotes, comerciantes,
No pastores, carniceros
Que sin leche, carne y lana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejáis al rebaño vuestro;
La Iglesia para vosotros
Es un dominio terreno:
La salvación ó la muerte,
El Purgatorio ó el Cielo,
Nada os importan, pues sólo
Os interesa el dinero.
Vuestra máxima es «¡el oro,
Venga el oro á poder nuestro!» (XIV)
Ser pobre es el solo crimen
Que se os alcanza. Mintiendo
Vais con ojos y con labios:
Palabras de miel en éstos
Lleváis, dulzura en el rostro
Y de hiel henchido el pecho. (XV)
Rígidos sois, si se trata
De culpa ó pecado ajenos;
En cambio sois indulgentes
Para juzgar de los vuestros;
Jamás perdonáis ofensas....
Os gusta ser los primeros. (XVI)
El mayor de entre vosotros
Se llama, de humildad lleno,
Siervo de mis siervos.... Miente (XVII)
Como una bula; ¿en qué tiempo
Se besaron las sandalias
De los siervos de los siervos?

Y cuando algún desdichado
Piensa, y es su pensamiento
Del que tenéis diferente,
Ó quiere romper los hierros
Con que oprimís, al verdugo
Llamáis al punto, coléricos,
É invocando la justicia,
Se lo entregáis como reo.
Yo dije: «Misericordia,
No sacrificios cruentos.» (XVIII)
Y yo os dí para que diéseis, (XIX)
No para vender al pueblo
El bautismo cuando nace,
Y cuando muere el entierro;
Á los pecados la inútil
Indulgencia, y el derecho
De unirse á los que se aman,
Y al moribundo los rezos,
Y á los difuntos la misa,
Aniversario y sepelio,
Y rosarios, y oraciones,
Comunión, cruces, incienso,
Bendiciones.... Pero ¿hay algo
Libre de vuestro comercio?

—

Nada para vosotros es sagrado;
En vuestra iglesia entrar sabe cualquiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que es imposible sin haber pagado.

—

Mesa hacéis el altar, do se venera
El papado y los míseros doblones
Que va adquiriendo á cambio de humo y cera.

—

¡Es un gran usurero...! De oraciones
Mansión debiera ser, y convertido
Miro el templo en guarida de ladrones. (XX)

—

De tal modo le habéis prostituido,
Que allí compran villanos mercaderes
Favores de la Virgen, que hais vendido, (XXI)

—

Lo mismo que compraran los placeres
En lupanar inmundo, encenagados
En el liviano amor de otras mujeres.
Sois, malditos, *sepulcros blanqueados.* (XXII)

—

Escrita la fealdad de vuestras almas
En el rostro lleváis, y se refleja
En todo vuestro sér la raza infame
De escribas, que formó vuestra ascendencia;
Pero aun siendo tan vil la que ha pasado,
Eclipsaréis su fama de perversa.
Buitres, cuervos, cernícalos.... cantores
Los propios sois de fósiles iglesias.

Validos de actas falsas y de robos, (XXIII)
De astucias, de los Borgias, de violencias,
Vuestras quintas, decís, son de San Pedro
El patrimonio. Siempre, donde imperan
Vuestras máximas, debe el ciudadano
En fraile convertirse: ¡ay de él si piensa!
Delito es el pensar, que vuestras leyes,
Adustas y tiránicas, execran.
Vano orgullo é hidrópica avaricia
Entre vosotros, despiadados, reinan;
Y fingiendo el hipócrita bondades,
Con la justicia y la honradez comercia: (XXIV)
El único deber aquí consiste
En arrastrarse á vuestros pies; y, hueca,
Esa turba de esclavos, que os lo escucha,
El poder temporal llama á tal mengua.
¡Ah, nunca en él soñó mi pobre Pedro!
Para reinar sin trabas en la tierra
Sólo invocáis al Cielo; mas cambiando (XXV)
Los tiempos van, y el cetro de la Iglesia,
Ya caduco, muy pronto han de romperle
Estados que, aun ilusos, le respetan.
Auras de libertad en Rumanía
Saludables sonrisas doquier llevan:
Ya rebeldes se agitan los romanos,
Y si Francia, impolítica, no hubiera
Restablecido sus tiranos, antes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La raza clerical, la chusma negra,
Del mando despojada entre silbidos,
Dejara libre la Ciudad Eterna.
Sacerdotes del Papa, raza inmunda
De reptiles, temblad, gentes protervas; (XXVI)
Porque el Hijo concluye la obra santa
Que, valiente y honrado, el Padre empieza.»—

—

Aun consternados temblaban
Los dependientes, de miedo,
Y ya Jesús en la Gloria
Está ocupando su puesto;
Que en un solo instante cruza
El infinito de un vuelo.
—Por mi vida juro,—dice,—
Que es un loco ó es un necio,
Quien pretenda, eso que llaman
Poder temporal, hacerlo
Que dure siempre: tiránico
Ningún poder es eterno.
Es, á más, el de la Iglesia
Católica, osado, necio,
Ridículo y de tal modo
Execrable su gobierno,
Que antes debe el hombre honrado
Que prestarse á sus deseos,

En su oración fervorosa
Rogar, cual yo mismo ruego:
«¡Si he de pasar por la Iglesia,
Libradme, Señor, del Cielo!»

———

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Notas.

I. .....«los teólogos del siglo XVI, lo mismo que los canonistas del XV, llegaron á deificar su ídolo. Un franciscano, obispo y Padre del Concilio de Trento, dice que EL PAPA ES UN DIOS EN LA TIERRA, Y QUE HAY QUE OBEDECERLE COMO Á DIOS. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 14.) En una dedicatoria dirigida á Paulo V lo calificó un dominico de *vice-Dios*. (CARAFFA, GIESELER (KIRCHENGESCHICHTE): «Paulo V, *Vicedeo*.») «Lo que hace el Papa, dice un canónigo, *no es la obra de un hombre, es la obra de Dios*.» (LAURENT. *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, parte novena, libro segundo.)

II. «*Qui major est vestrûm, erit minister vester*.—El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo.»

«*Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit, exaltabitur*.—Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.» (MATEO, XXIII, 11 y 12.)

Hé ahí el fundamento de la hipócrita humildad con que el Obispo de Roma, que se deja llamar *vice-Dios*, se hace apellidar *siervo de los siervos*. Tiene la presunción

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Notas.

I. .....«los teólogos del siglo XVI, lo mismo que los canonistas del XV, llegaron á deificar su ídolo. Un franciscano, obispo y Padre del Concilio de Trento, dice que EL PAPA ES UN DIOS EN LA TIERRA, Y QUE HAY QUE OBEDECERLE COMO Á DIOS. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 14.) En una dedicatoria dirigida á Paulo V lo calificó un dominico de *vice-Dios*. (CARAFFA, GIESELER (KIRCHENGESCHICHTE): «Paulo V, *Vicedeo*.») «Lo que hace el Papa, dice un canónigo, *no es la obra de un hombre, es la obra de Dios*.» (LAURENT. *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, parte novena, libro segundo.)

II. «*Qui major est vestrûm, erit minister vester*.—El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo.»

«*Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit, exaltabitur*.—Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.» (MATEO, XXIII, 11 y 12.)

Hé ahí el fundamento de la hipócrita humildad con que el Obispo de Roma, que se deja llamar *vice-Dios*, se hace apellidar *siervo de los siervos*. Tiene la presunción

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ser el mayor de todos, y se hace llamar *siervo*, como si la servidumbre consistiese en un baladí cambio de palabras. De igual manera procedían los fariseos: letra muerta era para ellos el espíritu de la ley, y en tanto cuidaban, con nimia escrupulosidad, de cumplir lo que, en fuerza de ser insignificante, degenera en ridículo. Pagaban, como decía Jesús, el diezmo de la yerba buena y del eneldo, mientras olvidaban la justicia y la misericordia.

III. Véase la nota I.

IV. «*Et dixit ei Jesus: Vulpes foveas habent, et volucres cæli nidos: Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.*—Y Jesús le respondió: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.» (Lucas, IX, 58.)

Exactamente lo mismo que el Papa.

V. «*Postquam autem crucifixerunt eum, diviserunt vestimenta ejus, sortem mittentes: ut impleretur quod dictum est per prophetam dicentem: Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.*—Y después que lo hubieron verificado, repartieron sus vestiduras, echándolas á la suerte, para que se cumplieran estas palabras del profeta: Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes.»

«*Et sedentes servabant eum.*—Y sentados le hacían la guardia.» (Mateo, XXVII, 35 y 36.)

«*Et crucifigentes eum, diviserunt vestimenta ejus, mittentes sortem super eis, quis quid tolleret.*—Y después de haberle crucificado repartieron sus ropas, echando suertes sobre ellas para ver la que llevaría cada uno.» (Marcos, XV, 24.)

«*Jesus autem dicebat: Pater dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. Dividentes verò vestimenta ejus, miserunt sortes.*—Jesús decía: Padre *mío*, perdónalos, porque no saben lo que hacen, y dividieron sus vestiduras y las echaron á la suerte.» (Lucas, XXIII, 34.)

«*Milites ergo cùm crucifixissent eum, acceperunt vestimenta ejus (et fecerunt quatuor partes unicuique militi partem), et tunicam. Erat autem tunica inconsutilis, de super contexta per totum.*—Los soldados habiendo crucificado á Jesús tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una para cada soldado; *tomaron* también la túnica, y como no tenía costuras sino que era toda tejida desde arriba abajo,»

«*Dixerunt ergo ad invicem: Non scindamus eam, sed sortiamur de illa cujus sit. Ut Scriptura impleretur, dicens: Partiti sunt vestimenta mea sibi: et in vestem meam miserunt sortem. Et milites quidem hæc fecerunt.*—Dijeron entre sí: No la partamos, mas echémosla á la suerte, al que le toque, para que se cumpliese esta palabra de la Escritura: Repartiéronse mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes. Y esto fué lo que hicieron los soldados.» (Juan, XIX, 23 y 24.)

Dice Proudhon que estos pormenores del reparto en que entra Juan se deben á su mala inteligencia del salmo á que alude, cuyas dos partes expresan una misma idea. Mejor que Juan lo entendió Mateo y no puso tan á las claras la ficción de semejante reparto; no obstante la sana razón hubiera puesto en duda lo del reparto de los vestidos de Jesús, aun sin que á ello la ignorancia de Juan le moviese, porque mucho más probable que el cumplimiento de una profecía necia, es la invención del mismo por parte de los que tienen interés en que así suceda. Hé aquí ahora el Salmo á que se hace referencia:

«*Divisérunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.*—Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.» (Salmos, XXI, 19. En la traducción de Cipriano de Valera, Salmo XX, versículo 18.)

VI. Véase la nota I.

VII. Transtevere (más allá del Tíber), llamado tam-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bién *ciudad Leonina ó Leontina*. Es un recinto fortificado que hizo levantar en el siglo IX, León IV, para defender á la ciudad contra las correrías de los sarracenos de Sicilia.

VIII. «*Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes in templo, et mensas numulariorum, et cathedras vendentium columbas evertit.*—Y entrando Jesus en el templo de Dios, echaba fuera todos los que en él compraban y vendían, y trastornó las mesas de los banqueros y las sillas de los que vendían palomas.» (MATEO, XXI, 12.)

«*Et venerunt Jerosolymam. Et cum introisset in templum, cœpit ejicere vendentes et ementes in templo: et mensas numulariorum, et cathedras vendentium columbas evertit.*—Habiendo vuelto á Jerusalén, Jesus entró en el templo y empezó á echar fuera á todos los que en él compraban y vendían: y trastornó las mesas de los banqueros y las sillas de los que vendían palomas.» (MARCOS, XI, 15.)

«*Et ingressus in templum, cœpit ejicere vendentes illo, et ementes.*—Y habiendo entrado en el templo, comenzó á echar fuera á todos los que en él compraban y vendían.» (LUCAS, XIX, 45.)

«*Et invenit in templo vendentes, boves, et oves, et columbas, et numularios sedentes.*—Y habiendo hallado en el templo gentes que vendían bueyes, carneros y palomas, como también á los cambistas qué estaban sentados en *sus despachos*.»

«*Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de templo, oves quoque, et boves, et numulariorum effudit æs, et mensas subvertit.*—Hizo un látigo de cuerdas y los arrojó á todos del templo con los bueyes, carneros y palomas, y echó por tierra el dinero de los cambistas y derribó las mesas.» (JUAN, II, 14 y 15.)

IX. «*Væ vobis.*—¡Ay de vosotros!» Imprecación de uso frecuente para los evangelistas: Véase MATEO, XXIII, 13, 14, 15, 16, 23, 25, 27 y 29; LUCAS, XI, 42, 43, 44, 47, 52, etc., etc.

X. «*Generatio hæc, generatio nequam est.*» (LUCAS, XI, 29.) «*Generatio mala.*» (MATEO, XII, 39.) «*Progenies viperarum.*» (MATEO, III, 7.) «*Progenies viperarum.*» (MATEO, XII, 34.) «*Serpentes genimina viperarum.*» (MATEO, XXIII, 33.) «*Genimina viperarum.*» (LUCAS, III, 7.)

XI. «*Pharisæe cæce, munda prius, quod intus est calicis et paropsidis, ut fiat id, quod deforis est, mundum.*—Fariseo ciego, limpia primero el interior del vaso y del plato, á fin de que lo de fuera esté limpio también.»

«*Væ vobis duces cæci, qui dicitis: Quicumque juraverit per templum, nihil est: qui autem juraverit in auro templi, debet.*—¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si un hombre jurase por el templo, nada es; mas el que jurase por el oro del templo, obligado está á su juramento.»

«*Stulti, et cæci: Quid enim majus est, aurum, an templum, quod sanctificat aurum?*—¡Insensatos y ciegos! ¿Qué es de mayor estima, el oro ó el templo que santifica el oro?»

«*Cæci: Quid enim majus est donum, an altare, quod sanctificat donum?*—¡Ciegos! ¿Cuál es de mayor estima, el altar ó la ofrenda que está sobre el altar?»

«*Duces cæci, excolantes culicem, camelum autem glutientes.*—Guías ciegos, que cuidáis de colar *lo que bebéis, de miedo de tragaros* un mosquito, y os tragáis un camello.» (MATEO, XXIII, 26, 16, 17, 19 y 24.)

«*Sinite illos: cæci sunt, et duces cæcorum, cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt.*—Dejadlos: ciegos son, y guías de ciegos; y si un ciego guía á otro ciego, entrambos caen en un hoyo.» (MATEO, XV, 14.)

«*Dicebat autem illis similitudinem: Numquid potest cæcus cæcum ducere? Nonne ambo in foveam cæ-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dunt?—Y les hizo esta comparación: ¿Podrá un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos en el precipicio?» (Lucas, VI, 39.)

Se observa, al juzgarlas desapasionadamente, tal semejanza entre la conducta de los católicos y la atribuida por los evangelistas á los fariseos, que bastaría un simple trueque de nombres en los párrafos copiados para convertirlos en obras de actualidad: no parecen relatos históricos, sino profecías en la época de su cumplimiento. Ceguedad incurable, avaricia insaciable, docilidad hipócrita, escrúpulos de ritual y despreocupación absoluta acerca de los preceptos morales, que la misma Naturaleza imprime en el corazón de todo hombre culto, como condición indispensable de bienestar y de progreso.

Á buen seguro que se olvide el católico de *colar lo que bebe*, de hacer la señal de la cruz sobre sus labios cuando bosteza ó de exclamar: ¡Jesús, María y José! cuando alguno estornude; pero se *tragará un camello*, y muchos camellos, sin dificultad ninguna: habitará, comerá, vestirá regiamente, á serle posible; no dará lo que tenga á los pobres, antes les quitará lo poco que posean; no dejará á los muertos que entierren á sus muertos; harálos enterrar con la mayor pompa.... ¿Mas qué extraño es que los borregos caminen por sendero extraviado, cuando á él le guían los pastores?

XII. «*Ecce Dominus auditum fecit in extremis terræ, dicite filiæ Sion:* Ecce Salvator tuus venit: ecce merces ejus cum eo, et opus ejus coram illo.—Hé aquí que Jehová hizo oir hasta lo último de la tierra, Decid á la hija de Sión: Hé aquí viene tu Salvador; hé aquí su recompensa con él, y delante de él su obra.» (Isaías, LXII, 11.)

«*Exulta satis filia Sion, jubila filia Jerusalem: Ecce Rex tuus veniet tibi Justus, et Salvator: ipse pauper, et ascendens super asinam, et super pullum filium asinæ.*—Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén: hé aquí que tu Rey vendrá á tí, Justo y Salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna.» (Zacarías, IX, 9.)

«*Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum filium subjugalis.*—Decid á la hija de Sión: Hé aquí tu Rey, que viene á tí lleno de dulzura, montado sobre una asna y un pollino, de la que está bajo su yugo.» (Mateo, XXI, 5.)

«Según la regla del paralelismo hebreo, las palabras *super asinam* y *super pullum asinæ* no significaban que el Rey de Sión había de venir *sobre una asna* y *sobre un pollino* (el original francés dice en el vers. V á que se refiere esta nota, *sur une anesse et sur l'anon*, sobre una asna y *sobre el* pollino), sino que vendría sobre un asno, macho ó hembra. Este texto, mal comprendido por el escritor evangélico, le ha sugerido la idea de una asna y un pollino, idea disparatada que demuestra lo mal que los autores del Nuevo Testamento entendían el Antiguo. El autor del cuarto Evangelio (XII, 15) no incurre en esta falta y pone un asno en lugar de dos; pero en cambio se confunde en la colocación de los vestidos, de la misma manera que Mateo respecto del asno.» (Los Evangelios anotados, por P. J. Proudhon.)

«*Et adduxerunt asinam, et pullum: et imposuerunt super eos vestimenta sua, et eum, de super sedere fecerunt.*—Y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos y le hicieron sentar encima.» (Mateo, XXI, 7.)

«*Et duxerunt pullum ad Jesum: et imponunt illi vestimenta sua, et sedit super eum.*—Y trajeron el pollino á Jesús y echaron sobre él sus ropas y se sentó sobre él.» (Marcos, XI, 7.)

«*Et duxerum illum ad Jesum. Et jactantes vestimenta sua supra pullum, imposuerunt Jesum.*—Y lo trajeron á Jesús, y echando sus ropas sobre el pollino, pusieron encima á Jesús.» (Lucas, XIX, 35.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«*Et invenit Jesus asellum, et sedit super eum, sicut scriptum est.*—Y Jesús, habiendo encontrado un jumentillo, monta sobre él, según estaba escrito:»

«*Noli timere filia Sion: ecce Rex tuus venit sedens super pullum asinæ.*—No temas, hija de Sión; hé aquí tu Rey, que viene montado sobre un pollino de una asna.» (JUAN, XII, 14 y 15.)

Dice Frondhón que, «tomado visiblemente del Antiguo Testamento,» debe relegarse lo del asno «á la categoría de las ficciones evangélicas.»

Estamos conformes.

XIII. «*Et ei, qui vult tecum judicio contendere, et tunicam tuam tollere, dimitte ei et pallium.*—Y si alguno quiere ponerte á pleito y tomarte la túnica, déjale también la capa.» (MATEO, V, 40.)

«*Et qui te percutit in maxillam, præbe, et alteram. Et ab eo, qui aufert tibi vestimentum, etiam tunicam noli prohibere.*—Y al que te hiriere en una mejilla, preséntale también la otra, y al que te quitare la capa no le impidas llevar también la túnica.» (LUCAS, VI, 29.)

¿Habrá que enseñarle á alguno la manera católica de cumplir estas ordenanzas evangélicas? Pruebe el ilaso y verá cómo se ríen de los preceptos que llaman divinos, los que los invocan á diario para procurarse lo que piden en sus oraciones y toman cuando hay ocasión.

XIV. Véase la nota XI.

XV. «*Et dixit Dominus: Eò quòd appropinquat populus iste ore suo, et labiis suis glorificat me, cor autem ejus longè est à me, et timuerunt me mandato hominum et doctrinis.*—Dice, pues, el Señor. Porque este pueblo se *me* acerca con su boca, y con sus labios me honra, mas su corazón alejó de mí, y su temor para conmigo fué enseñado por mandamiento de hombres.» (ISAÍAS, XXIX, 13.)

«*Hypocritæ, benè prophetavit de vobis Isaias dicens:*—Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías diciendo:»

«*Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longè est à me.*—Este pueblo con los labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.» (MATEO, XV, 7 y 8.)

«*At ille respondens, dixit eis: Benè profetavit Isaias de vobis hypocritis, sicut scriptum est: Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longè est à me.*—Él respondió: Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según se lee en la Escritura: Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí.» (MARCOS, VII, 6.)

XVI. «*Melius est enim ut dicatur tibi: Ascende huc; quam ut humilieris coram principe.*—Porque mejor es que se te diga, sube acá, que no que seas humillado delante del príncipe que miraron tus ojos.» (PROVERBIOS, XXV, 7. Así la traducción de Cipriano de Valera: el *que viderun oculi tui*, comienzo del versículo 8, según la *Vulgata*, carece de sentido siguiendo la lectura de la Iglesia.)

«*Multi autem erunt primi novissimi; et novissimi primi.*—Mas muchos que *hayan sido* los primeros, serán los postreros; y *muchos que hayan sido* los postreros, *serán* los primeros.» (MATEO, XIX, 30.)

«*Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi: multi enim sunt vocati, pauci verò electi.*—Así serán los postreros, primeros; y los primeros, postreros; porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.» (MATEO, XX, 16.)

«*Amant autem primos recubitus in cœnis, et primas cathedras in synagogis.*—Y aman los primeros lugares en los festines, y las primeras sillas en las sinagogas.» (MATEO, XXIII, 6.)

«*Et residens vocavit duodecim, ait illis: Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et* OMNIUM MINISTER.—Y levantándose, llamó á los doce y les dijo: Si alguno quisiere ser el primero, será el postrero de todos y el siervo de todos.» (MARCOS, IX, 34.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«*Multi autem erunt primi novissimi, et novissimi primi.*—Mas muchos que habrán sido los primeros, serán postreros; *y muchos que habrán sido* postreros, *serán* los primeros.» (MARCOS, X, 31.)

«*Et in primis cathedris sedere in synagogis, et primos discubitus in cenis:*—Y ocupan las primeras sillas en las sinagogas, y en los festines los primeros asientos.» (MARCOS, XII, 39.)

«*Vae vobis Pharisaeis quia diligitis primas cathedras in synagogis, et salutationes in foro.*—Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos en las sinagogas y ser saludados en las plazas públicas.» (LUCAS, XI, 43.)

«*Et ecce sunt novissimi qui erunt primi, et sunt primi qui erunt novissimi.*—Y aquellos que son postreros serán los primeros, y los que son primeros serán postreros.» (LUCAS, XIII, 30.)

«*Dicebant autem et ad invitatos parabolam, intendens quomodo primos accubitus eligerent, dicens ad illos:*—Y observando luégo cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les propuso esta parábola y les dijo:»

«*Cùm invitatus fueris ad nupcias, no discumbas in primo loco, ne fortè honoratior te sit invitatus ab illo;*—Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya entre los convidados persona de más consideración que tú.»

«*Et veniens is, qui te et illum vocavit, dicat tibi: Da huic locum: et tunc incipias cum rubore novissimum locum tenere.*—Y que no venga aquel que te convidó á ti y á él y te diga: Da tu lugar á éste, y entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza.»

«*Sed cùm vocatus fueris, vade, recumbe in novissimo loco; ut, cùm venerit qui te invitavit, dicat tibi: Amice, ascende superius. Tunc erit tibi gloria coram simul discum bentibus:*—Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que

te convidó te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren á la mesa.»

«*Quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.*—Porque todo aquel que se ensalza humillado será, y el que se humilla será ensalzado.» (LUCAS, XIV, 7, 8, 9, 10 y 11.)

«*Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo: quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.*—Os digo que éste volvió justificado á su casa y no el otro; porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.» (LUCAS, XVIII, 14.)

«*Attendite á scribis, qui volunt ambulare in stolis, et amant salutationes in foro, et primas cathedras in synagogis, et primos discubitus in conviviis.*—Guardáos de los escribas, que quieren pasear con ropas talares y gustan de ser saludados en las plazas públicas y de las primeras sillas en las sinagogas y de los primeros asientos en los convites.» (LUCAS, XX, 46.)

Inspira verdadera compasión el considerar á Jesús obligado á malgastar su precioso tiempo y su poderosa inteligencia, en dar pueriles consejos de buena crianza á los hombres que andaban á su alrededor; y como lógico es suponer que hubieran necesidad de ellos, cuando Jesús se los daba, no quedan muy bien parados los apóstoles con los relatos de los evangelistas. Hé aquí el dilema para el buen católico: grosería de los apóstoles ó infidelidad de los evangelistas.

Nuestra opinión respecto á este particular es bien sencilla: la proverbial incultura de los clérigos es fiel reflejo, conservado por tradición, de la enseñanza apostólica; y en cuanto á la fidelidad evangélica ya está demostrada, hace años, con pruebas irrecusables. Á buen seguro que el pobre Juan entendiera las logomaquias alejandrinas que andan autorizadas con su nombre.

XVII. Véanse las notas II y XVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«XVIII. «*Quia misericordiam volui, et non sacrificium; et scientiam Dei, plusquam holocausta.*—Porque misericordia quise, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.» (OSEAS, VI, 6.)

«*Et ait Samuel: Numquid vult Dominus holocausta et victimas, et non potius ut obediatur voci Domini? Melior est enim obedientia quàm victimæ: et auscultare magis quàm offerre adipem arietum.*—Y Samuel dijo: ¿Tiene Jehová *tanto* contentamiento con los holocanstos y victimas como con obedecer á la palabra de Jehová? Ciertamente el obedecer *es* mejor que los sacrificios; y el prestar atención, que el sebo de los carneros.» (SAMUEL, XV, 22.)

«*Euntes autem discite quid est: Misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.*—Id, pues, y aprended lo que quieren decir *estas palabras:* ¡Mejor quiero misericordia que sacrificio! Porque no he venido á llamar justos, sino pecadores.» (MATEO, IX, 13.)

«*Si autem sciretis, quid est: Misericordiam volo, et non sacrificium: numquam condemnassetis innocentes.*—Y si supieseis lo que quieren decir estas palabras: misericordia quiero y no sacrificio, jamás condenaríais á los inocentes.» (MATEO, XII, 7.)

XIX. «*Infirmos curate, mortuas suscitate, leprosos mundate, dæmones ejicite, gratis accepistis, gratis date.*—Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios, dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.» (MATEO, X, 8.)

Y así lo hacen; tan graciosamente, que en algunos el cumplimiento de tales obligaciones resulta una verdadera monada. Es mucho desinterés y mucha gracia la de los sacerdotes católicos.

XX. «*Adducam eos in montem sanctum meum: et lætificabo eos in domo orationis meæ: holocausta eorum, et victimæ eorum, placebunt mihi super altari meo: quia*

domus mea, Domus orationis vocabitur cunctis populis.—Yo los llevaré al Monte de mi santidad, y les recrearé en la casa de mi oración. Sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar: porque mi casa, casa de oración será llamada de todos los pueblos.» (ISAÍAS, LVI, 7.)

«*Numquid ergo spelunca latronum facta est domus ista, in qua invocatum est nomen meum in oculis vestris? Ego, ego sum: ego vidi, dicit Dominus.*—¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa, sobre la cual es invocado mi nombre? Hé aquí que también yo veo, dice Jehová.» (JEREMÍAS, VII, 11.)

«*Et dicit eis: Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum.*—Y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.» (MATEO, XXI, 13.)

«*Et docebat, dicens eis: Nonne scriptum est: Quia domus mea, domus orationis vocabitur omnibus gentibus? Vos autem fecistis eam speluncam latronum.*—Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa, casa de oración será llamada de todas las gentes? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.» (MARCOS, XI, 17.)

«*Dicens illis: Scriptum est: Quia domus mea domus orationis est. Vos autem fecistis illam speluncam latronum.*—Diciéndoles: Escrito está: Mi casa, casa de oración es. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.» (LUCAS, XIX, 46.)

«*Et his, qui columbas vendebat, dixit: Auferte ista hinc, et nolite facere domum patris mei, domum negotiationis.*—Y dijo á los que vendían las palomas: Quitad *todo* esto de aquí y no hagáis la casa de mi Padre casa de tráfico.» (JUAN, II, 16.)

XXI. «León X creyó conveniente vender el cielo para llenar su tesoro: excelente especulación sobre la estupidez humana. Voltaire cuenta que los vendedores te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nian su mostrador en las tabernas, y que los predicadores pregonaban desde el púlpito que aun cuando se violara á la Santísima Virgen, se podía obtener la absolución comprando indulgencias.» (LAURENT, *Estudios sobre la historia de la humanidad*, parte vigésima, libro primero.)

XXII. «*Væ vobis Scribæ et Pharisæi hypocritæ, quia mundatis quod deforis est calicis et paropsidis: intus autem pleni estis rapina, et immunditia.*—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia!»

«*Væ vobis Scribæ et Pharisæi hypocritæ: quia similes estis sepulchris dealbatis, quæ à foris parent hominibus speciosa, intus verò plena sunt ossibus mortuorum, et omni spurcitia.*—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda corrupción!» (MATEO, XXIII, 25 y 27.)

«*Væ vobis, quia estis ut monumenta quæ non apparent, et homines ambulantes supra, nesciunt.*—¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros, que no lo parecen y que no los conocen los hombres que andan por encima!» (LUCAS, XI, 44.)

XXIII. La historia de la Iglesia es un tejido de *fraudes piadosos*, falsificaciones inocentes y otras santísimas lindezas, que llevarían á sus autores, de ser juzgados con arreglo á los principios morales que informan los Códigos de cualquier país culto, á la prisión más degradante.

«Desde el siglo V se comenzaron á fabricar documentos en favor del papado.» (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, § 92, p. 527, nota § 115, p. 670, notas *p. q.*)

¿Quién no conoce *las falsas decretales*, que aparecieron, en la primera mitad del siglo IX, con el nombre de

San Isidoro, y que son el único título jurídico del poder pontificio? Pues bien; en dicha obra, y en epístolas atribuidas á los papas de los tres primeros siglos, se cita la traducción de la Biblia conocida con el nombre de la *Vulgata*, revisada y corregida en el siglo IV por San Jerónimo; y como si no fuese bastante á demostrar su falsedad semejante anacronismo, en las mismas epístolas se leen pasajes de San León, San Gregorio y otros escritores, que vivieron muchos siglos después que los papas que los citan.

El honrado abate Fleury se indigna contra el reputado falsificador y monje *Graciano*, que reclamaba la excepción á favor de los clérigos de no poder ser juzgados por seglares por medio de cuatro falsas decretales, apoyadas en una falsa ley de Constantino, la cual está referida en una falsa capitular de Carlo-Magno. El monje *Graciano* se dió tal arte para estas cosas, que hizo decir á una Novela de Justiniano precisamente todo lo contrario de lo que dice.

La falsa donación de Constantino, extractada en el decreto de Graciano, figuró después en el *Cuerpo del derecho canónico*, con toda la autoridad aneja á un documento auténtico.—Voltaire, hablando de la donación de Constantino, dice que semejante impostura es digna de Gil y de Pierrot.—El arzobispo *De Marca* la llama fraude piadoso. (DE MARCA, *Concordia sacerdotii et imperii*, lib. III, c. XII.)—Urbano II, en 1090, decía: «Todas las islas han venido á ser patrimonio de San Pedro por la liberalidad de Constantino.» Y en virtud de ese título singular pretendió Gregorio VII hacerse dueño de la Córcega y la Cerdeña. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2 § 47, nota 9.)—En el siglo XVII demuestra un docto dominico la falsedad de la donación de Constantino, y los censores romanos condenan la disertación de una manera absoluta y sin reserva alguna. (NATALIS ALEXANDER. *Historia eclesiástica*. Lleva la censura: «*Tota dissertatio*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Donatione Constantini, título et cápite plectenda, stigmatizanda per singula.»

«¡Cosa singular!—exclama F. Laurent en la parte décimaseptima, libro segundo de sus *Estudios sobre la historia de la humanidad*, de cuya obra hemos copiado la mayor parte de los datos que anteceden.—La Iglesia se cree una institución divina, y refiere su origen y sus derechos á Dios.... Sin embargo, no hay poder humano que se haya manchado con crímenes como los de esa pretendida institución divina. ¿Dónde está el reino que se haya fundado en títulos falsos, alterados ó corrompidos? Pues en las pretensiones de la Iglesia todo es falso ó falsificado. Y nada más natural: las instituciones humanas no tienen necesidad de títulos falsos; su origen y sus derechos se hacen constar con pruebas ordinarias. Por el contrario, el derecho divino es por sí mismo una impostura, y no puede apoyarse más que en la mentira. Por haber querido una autoridad más que humana, se ha visto la Iglesia fatalmente impelida al crimen; y no pudiendo hallar verdaderos títulos para probar una pretensión imaginaria, ha tenido que forjarlos. Por eso ha llegado á ser como un taller de falsedad; sus milagros son falsos, sus leyendas son falsas, sus santos son, en gran parte, personajes forjados; la Iglesia contrajo el hábito de la falsificación tan perfectamente, que se sirvió de ella hasta para los negocios temporales. Acabamos de indicar las falsedades que pudiéramos llamar gigantescas; pero se podría escribir un libro con la historia de las falsificaciones eclesiásticas.»

XXIV. «*Va vobis Scribæ ét Pharisæi hypocritæ: qui decimatis mentham, et anethum, et cyminum, et reliquistis quæ graviora sunt legis, et judicium, et misericordiam, et fidem, hæc oportuit facere; et illa non omittere.*—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la yerba buena, el eneldo y el comino, y abandonáis las cosas que son más importantes de la ley,

é saber: La justicia, la misericordia y la fe! Esto era menester practicar, sin dejar lo otro.» (MATEO, XXIII, 23.)

«*Sed væ vobis Pharisæis, quia decimatis mentham, et rutam, et omne olus, et præteritis judicium et charitatem Dei: hæc autem oportuit facere, et illa non omittere.*—¡Mas ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la yerba buena, de la ruda y de todas las yerbas, y abandonáis la justicia y el amor de Dios! Pues era necesario hacer estas cosas y no omitir aquéllas.» (LUCAS, XI, 42.)

XXV. Conocida es la célebre definición del clericalismo, que daba un notable profesor; pero tan exacta, que juzgamos conveniente repetirla:

«El arte de apoderarse de los bienes de la tierra hipotecando el cielo.»

XXVI. Vease la nota X.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

